
Jesús Maeso de la Torre
El Jardín de las Vestales
Memorias de un librero de Gades
HarperCollins
Narrativa histórica


JESÚS MAESO DE LA TORRE
EL JARDÍN DE LAS VESTALES
Memorias de un librero de Gades
HarperCollins
Narrativa histórica


JESÚS MAESO DE LA TORRE
EL JARDÍN DE LAS VESTALES
Memorias de un librero de Gades
HarperCollins
Narrativa histórica

JESÚS MAESO DE LA TORRE

EL JARDÍN DE LAS VESTALES

Memorias de un librero de Gades

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®, adaptando libremente la obra Invocación de Fredric Leighton (s. XIX) Mapa de guardas: diseño e ilustración cartográfica CalderónSTUDIO®

ISBN: 9788410021372

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

A los libreros, noble y sufrido linaje en peligro de extinción, al que tanto debemos lectores, editores y escritores

Plinio saluda a su estimado Mecelio Sabino Nepote:

¿Nunca has leído la sorprendente anécdota acaecida en tiempos de Augusto, que se comentó en Roma con asombro?

Sucedió que un provinciano de Gades, impresionado por la reputación y gloria de Tito Livio, vino desde los apartados confines de la tierra para conocerlo. Ejemplo singular en los anales de la ciudad, que un lector y perseguidor de celebridades literarias ansiara vivamente conocer a su ídolo.

Ignoro su nombre y si llegó a relacionarse con él, pero no cabe duda de que hemos de elogiar su insólita iniciativa y aguardar a que otros amantes de los libros lo imiten y deseen tratar con los escritores a los que admiran.

Creo que supone gran necedad no valorar en su medida el afán del gaditano por comunicarse con quien tanto le fascinaba, pues nada es más grato y estimable en la condición humana que apreciar el arte y la escritura y valorar a sus creadores.

Para leer continuamente hay oportunidad, pero para escuchar al escritor y conocerlo, no siempre, caro amigo.

Plinio el Joven, Cartas. Libro II. 3-8

ESTA ES SU HISTORIA…

Diario de Tulio Vero Silano, librero de Gades

PRIMERA PARTE

GADES, AÑOS 28 AL 24 A. C.

La mano que sujeta la pluma es la que escribe esta historia

I

VALERIA DOMICIA

Los dioses nos hablan a veces por medio de presencias y de señales.

Las mías fueron un fardo de libros y la sonrisa acogedora de una muchacha fascinadora, a la que en Gades llamábamos la Forastera. Con mi niñez recién acabada, al inicio de mi madurez mi vida se partió en dos, como el haz de luz parte una nube y se filtra por sus nimbos algodonosos.

Mi relación con Valeria Domicia, ese era su verdadero nombre, comenzó de la manera que voy a narrar, y su imagen siempre ha poblado mis recuerdos, que no son sino rocas a las que nos asimos y que a veces nos impiden nadar con libertad en el océano de la vida.

Fue alrededor de las antecalendas de marzo, recién mudada la túnica praetexta, la prenda corta de la infancia, por la toga viril. Uno de aquellos días festejábamos al dios Términus, la deidad de los linderos y de la buena vecindad y símbolo del término de mi minoría de edad.

Me habían afeitado la primera barba y recortado las greñas del cabello y el vello de los genitales, que guardé en la bulla aurea de mi niñez, una bolita dorada que ofrecí a los dioses lares. Mis familiares me felicitaron porque un nuevo varón en la familia aseguraba una generación más de los Vero de Gades.

Mi casa se llenó de invitados que me felicitaron y cubrieron de regalos, aunque recuerdo que tuve la primera disputa con mi padre a causa de una petición que tildó de dislocada y desconcertante:

—Es mi deseo viajar a Roma para conocer a Tito Livio —le rogué —. Ahora que soy mayor quiero conocer a mi ídolo y escuchar su voz en el Foro.

Mi padre, el que me había inspirado el amor a los libros, era un hombre muy estricto al que no obstante yo amaba y admiraba. Se encogió de hombros y me observó con expresión disgustada, clavando su mirada gris en mis asustadas pupilas.

—¡Pero tú has perdido el juicio, puer! —me reprendió—. Aún no has hecho ningún acto meritorio ni por tu familia, ni por tu ciudad ni por Roma, y ya quieres volar solo. ¡Un hombre, un hombre! ¿Desde cuándo un Vero ha perdido la cabeza por conocer a un escritor republicano? ¡Por las sucias parcas!

—Pater, tú tienes amigos entre los libreros y puedes

recomendarme. Mi más ferviente deseo es viajar a Roma —respondí con mirada implorante.

—Si tu madre llega a enterarse, le da un arrebato. ¡Por Minerva! ¡Quítate esa idea de la cabeza! Jugarte la vida por conocer a un poeta…

Después recorrió el pasillo enfurecido por mi irreflexiva ocurrencia, salió de la estancia y dio un portazo que asustó a esclavos y sirvientes. No quise contradecirlo, pero en mi cabeza solo residía un pensamiento: viajar a Roma y acercarme lo más posible al escritor que más reverenciaba, aunque estuviera allende el mar Tirreno. Y con ese dilema viviría en el trascurso de mis años venideros, anhelando sucediera algo que orientara definitivamente mi existencia.

Yo estaba destinado a la sensibilidad, pues mi misión es la de propagar los libros, y lo digo sin arrogancia alguna. Amo la palabra escrita y a los escritores desde que tuve uso de razón y en mi soledad leía libro tras libro en la trastienda de la librería familiar, en un mundo privado que creé alrededor de mis libros preferidos, rodeado de orzas llenas de aceitunas y almendras.

Que los dioses me dispensen, pero tal era mi devoción, que mis amigos me llamaban Tulius Verus Graeculus, el Pequeño Griego, por mi talento para la poesía, mi afición a los clásicos helenos y mi fervor desmedido hacia la historia de Roma, sobre todo la escrita por Tito Livio. Había leído la totalidad de sus ciento y pico tratados, que había dividido en décadas. Solía hacerlo a la hora de sexta, cuando todos descansaban para evitar el calor del estío echándose en los catres. En la penumbra del taller de copistas, solo y en reposo, yo era feliz.

Estaba persuadido de que no había seguidor más devoto de Livio en Hispania que yo. Profesaba por el historiador de Patavium una veneración rayana en la adoración, aunque eso parezca una imprudencia. Era el instigador de mi imaginación y panal inagotable de sabiduría.

Perenne morador de la biblioteca de mi padre, dedicaba todo mi tiempo a la lectura y la escritura. A veces cogía el cálamo y trenzaba palabras, componiendo una red de versos. Así mis pensamientos no se convertirán en pasto de la desmemoria, porque la verdadera inmortalidad la conceden los que crean, inventan e imaginan; a estos retazos los he llamado vestigii somnorum, pisadas de sueños.

Crecí cerca del puerto marítimo de Gades, donde la fluidez del aire vivifica. Mi domus, asentada en el puerto fenicio, siempre estaba repleta de serones y sacas llegadas de Oriente y del norte de África, que veía tras las cortinas de las ventanas. En los bajos de la casa se hallaba la librería de mi padre, la única abierta en Gades.

En los bancos de los copistas aprendí a leer y a reconocer las tintas: el atramentum negro, el cadmio y el dorado para iluminar los cantos

de los libros. Por entonces, no sé si temía más la fusta trenzada de mi padre o los madrugones a los que me obligaba para atender a los clientes en la tienda, donde vendíamos libros y antigüedades egipcias, tartesias y cretenses.

Por la noche, mi madre, Aurelia, de la familia Flavia, me contaba historias de sus antepasados en la costa adriática mientras yo la peinaba con un alisador de marfil y contemplaba su rostro moreno y hermoso en un espejo de obsidiana. Nunca la vi llorar, pero yo sabía que era lastimada por mi padre. Cuando pienso en mi hogar, regresan a mí el tintineo de su risa y los efluvios de su perfume mezclado con el tufo de las albercas donde se maceraba el garum.

Mientras, en Roma, los triunviros Octavio, Lépido y Marco Antonio intentaban reparar la desdicha de una Roma dividida en medio de un complejo entramado de intrigas de Estado y guerras interminables y sangrientas, según nos contaba mi padre. Un grave conflicto civil tenía encadenada a la República desde que yo tenía uso de razón, y la guerra inminente resultaba más que inevitable.

En su ausencia, comencé a regentar la librería de mi padre cuando finalmente se enroló, como buen romano, en las legiones de Octavio. Y como el martillo en el yunque, yo seguía empeñado en conocer Roma y a Tito Livio. No estoy obligado a justificarlo, pero he de decir que era un anhelo desbordante a la vez que incomprensible.

Para el que no la conozca, diré que Gades es un laberinto. Las callejuelas, que alternan luminosidad, penumbras y sombras, conducen al mar y todas parten del palacio de los sufetes y del templo de Minerva, los centros de poder de la ciudad. Y allí, en mi ciudad natal, fue donde conocí el que sería el amor que corre por la linfa de mis venas, el que profesé y profeso a Valeria Domicia Balbila, la Forastera.

Rememoro aún aquel atardecer lento y poroso, en el que los ciudadanos ociosos aún deambulaban por las calles. Solo sabía de la desconocida joven que se alojaba en la fastuosa casa del patrono de Gades, Lucio Cornelio Balbo, cliente de mi padre. Sucedió que llevé allí un pedido de libros, tinta y una resma de rollos de papiro para escribir. Un siervo me condujo a su estancia, abrí la puerta con cautela, según me había indicado el nomenclator, y la vi frente a mí. Permanecí unos instantes con ademán respetuoso y la miré cohibido, en silencio, enmarcado en el umbral de la puerta como un autómata. La estampa fue tan inesperada como impactante: su piel del color del nácar atrapaba toda la luz exterior, apoyaba la barbilla en su mano y miraba, absorta, el vacío inmenso del mar de los Atlantes.

La acompañaba la vieja esclava Acilia Antuca, una mujeruca de tez arrugada, muy conocida en Gades porque tenía la cara marcada con una mancha, fabricaba y vendía conjuros y afrodisíacos y decían que

intimaba con los espíritus y las fuerzas ocultas. Cultivaba toda clases de hierbas curativas y prescribía pócimas, como la mezcla de nueces, cilandro, amapolas y almendras amargas que mi madre solía comprarle para enfriamientos y activar los ánimos de los melancólicos. Era una ibera sexagenaria que había regentado un burdel en Massalia, donde había espiado para Balbo Maior, y para Julio César, y que ahora, además de ejercer como maga y herbolaria, se ocupaba de administrar la casa de los Balbo junto a los libertos encargados de los negocios y la hacienda.

De golpe comprendí que mi vida cambiaría. Valeria se hallaba junto a un brasero de cobre, cuyas ascuas crepitaban, y el vaho formaba una opaca condensación en los vidrios. No me miró y me desatendió como si yo fuera una vulgar sabandija, y emanaba de ella un sereno aplomo. Parecía que había llorado recientemente y en su mano trémula sujetaba un pañuelo de seda que olía a jabón de Egipto y a perfume de rosas. Yo seguía paralizado contemplándola, sin articular palabra.

Nadie sabía casi nada de ella. Solo que el opulento magnate Balbo la había adoptado por orden de Cayo Octavio César, que había abandonado la Urbs imperial y se había instalado en la ciudad aliada de Gades, bajo su patrocinio, y que desde entonces la protegía como a una hija.

Las más peregrinas opiniones la cubrían con un velo de misterio y secretismo. Unos decían que era la rehén de un rey de Oriente, otros una hija bastarda de Octavio o una sacerdotisa extranjera, por sus salidas casi diarias al templo de Melkart, y los más, que había cometido una falta de lesa majestad, y que, por su condición sagrada, no podía ser ajusticiada y se la había condenado al destierro de por vida en la urbe atlántica. Un secreto más de Estado que ocultaban los Balbo.

Yo había reparado por vez primera en aquella beldad hacía meses en distintas ocasiones: en la procesión de las fiestas Liberalias de primavera, cuando los jóvenes de Gades ofrendan su vello viril a Baco; más tarde la descubrí en los Fastos de la Siega dedicados al dios Consus, y últimamente en las festividades de las Fuentes Divinas de los idus de octubre, en el teatro Balbo, durante la representación de una obra de Plauto, en la que apenas si presté atención a los diálogos de los pantomimos, prendado de su figura.

Valeria caminaba por las calles con andar calmoso y cimbreando su esbelta silueta mientras lucía altos y artísticos peinados y clámides griegas de suprema elegancia. Valeria Domicia, la Forastera, era para los gaditanos el paradigma de la distinción y el misterio, y muchos jóvenes estaban perdidamente enamorados de la romana. Yo entre ellos.

La enigmática muchacha visitaba los templos de Astarté, Melkart y Minerva, amparada por la familia Balbo como la pepita más preciada de un exquisito fruto. Nada terrenal parecía afectarla y era hermosa como ninguna mujer de Gades. Sin embargo, resultaba palpable que era sometida a una vigilancia permanente, lo cual aumentaba su aureola de mujer enigmática. Yo miraba de lejos sus sublimes ojos, de un oscuro intenso como de agua profunda de un manantial subterráneo, y en ellos me quedaba prendido aun sabiendo que jamás podría acercarme a ella.

Se sabía que Gades se había convertido para la joven, que aún no habría cumplido los veinte años, en un exilio forzado y en el vórtice de las murmuraciones de las ociosas matronas. Se la veía ensimismada en sus misterios y la lista de adinerados pretendientes de Gades no era nada despreciable, aunque los despedía uno tras otro para disgusto de su padrino.

Detenido en la puerta, las miré alternativamente a ella y a la vieja Antuca, que tampoco me prestaba atención, y volví a toser. Sus cabellos castaños le caían sobre los hombros y una túnica malva delineaba sus perfectas formas. Valeria poseía una exótica belleza de nariz griega, cejas arqueadas y finas, rostro ovalado con un firme mentón, pómulos acentuados en los que destacaba un sutil lunar, labios sensuales y elegante perfil.

Me hallaba ante ella y temblaba, e intuí que bajo su serena apariencia habitaba un alma rebelde. Carraspeé involuntariamente, y lo que ocurrió a continuación no sé cómo expresarlo, pero ella me miró y trabamos un imperceptible hilo de mutua atracción. Ella paseó su mirada, brillante como la escarcha, sobre mí y sus pestañas aletearon por un momento. Alzó su barbilla y yo me turbé.

—¿Qué deseas, muchacho? —me preguntó sin desviar la mirada.

La verdad es que ninguna respuesta me parecía adecuada y dudé, pero ella me dirigió un gesto reconfortante.

—Traigo unos libros para el patrón, domine Lucio —dije cohibido.

—Mi padre se halla fuera de la ciudad —me dijo serena—. Eres curioso, ¿verdad? Me has estado mirando durante largo rato. ¿Cómo te llamas?

La vieja Antuca me observó y me dedicó una mueca de disgusto. Azorado y nervioso, estuve a punto de tirar al suelo los dos hatos de libros y salir corriendo. La mujeruca, de melena canosa y piel renegrida, me observó con recelo. Al parecer tenía el encargo de que la extranjera no se relacionara con nadie, y menos con un jovenzuelo anónimo como yo.

—Mi nombre es Tulio Vero —dije ruborizado, y me atreví a hablar —. ¿Y tú, domina?

Noté que sus ojos se posaban en mí, escrutándome.

—¿Te interesa, chico impertinente? —contestó en su lugar, despreciativa, Antuca.

—Era mera curiosidad —repliqué nervioso, bajando la testa.

—Valeria Domicia —dijo la muchacha benevolente—. ¿Sabes?, tienes un cabello y un rostro agradables, y veo que no eres descuidado en el vestir y en tu aseo, como los demás muchachos. Dame los libros.

Desató el hilo de bramante que los ataba y examinó la década número CII del gran Tito Livio, la que narraba las peripecias del gran Julio César en Hispania, la Galia y Grecia. Yo, para romper el hielo de su actitud, le dije, comedido:

—Soy asiduo lector de Tito Livio. Esta década es muy querida para mí, pues narra la estancia de César en Gades. Te gustará, domina.

—Tengo cientos de razones para detestar a la familia Julia —contestó y detecté ironía en su voz—. Muchos en Roma tienen al divus César como el asesino de la República.

La reflexión no sentó nada bien a Antuca, que emitió un gruñido desdeñoso.

—Pues a mí me fascinan. Son invencibles —repuse convencido, y fue la primera vez que Antuca me dedicó un leve gesto de aprobación.

¿Me hablaba Valeria porque necesitaba un confidente? ¿Porque se hallaba sola y en tierra extraña? ¿Había errado en mi honesto comentario? Me bailaron las piernas y aguardé avergonzado.

—Acomódate en ese escabel —me invitó, y yo obedecí al instante.

—Gracias, señora —musité con gesto ceremonioso.

—Domina, te dejo. Tengo que atender asuntos domésticos —dijo Antuca con gesto crispado, y desapareció, no sin antes brindarme una ojeada ruin.

El proceder de la servidora me había inquietado, como si como vigilante de las palabras y de los actos de la joven estimase que aquel muchacho que había llegado a la casa Balbo tan inesperadamente, yo, no le desagradaba a Valeria. Yo estaba tenso. Miraba mientras tanto de reojo un friso de gran belleza y vivos colores que representaba los amores de Hércules y Onfalia.

La domina me miraba con sonriente descaro. Era evidente que disfrutaba conversando con alguien ajeno a la casa de los Balbo. Lo intuí. Ni en sueños hubiera imaginado que la beldad me dirigiera la palabra alguna vez.

—Verás, joven. Te aclararé lo de mi repudio a los Julios. Si antes gocé de la generosidad y del favor de la estirpe imperial, los extraños caminos del destino me reservaron probar también su dureza moral —me dijo y percibí que en su pecho cundía la inquietud.

—Todo ser humano es un misterio para los demás, y la vida una pura ironía, domina Valeria —intenté serenarla.

—En Gades se murmura de mí, ¿verdad?

Me comprometía con su pregunta, pero le respondí:
—Toda persona desconocida es un sabroso bocado para el chismorreo, domina. Las lenguas de las aburridas matronas son más afiladas que un cuchillo persa. Te conocen como la Forastera. Además, como eres ahijada del potentado Lucio Balbo y apenas se sabe nada de ti, aumenta el interés.
Noté cómo se dibujaba una sonrisa en su rostro.
—Mi pasado es respetable, aunque ahora mismo lo olvidaría si pudiera —repuso.
—Nadie lo diría, domina —repliqué confundido.
—Créeme, Vero, que nada está más vivo en mí que lo sucedido en Roma, aunque mi reciente memoria es un lago donde se mezclan las delicias y los errores. Vine a Gades para olvidar y para ser olvidada, ¿sabes? —dijo enigmática.
—Extraño jeroglífico —repuse—. ¿Te inquieta algo, domina? Parece que ocultas un secreto del que no desearas hablar.
Su rostro mostraba al mismo tiempo tristeza, reflexión y deseo de sincerarse. Yo estaba embrujado con su voz melosa. Entre nosotros, inexplicablemente, se había creado un clima de afinidad.
—Un cerrojo sella mis labios —replicó—. Solo deseo una vida que sea mía, de nadie más. Pero no puedo descubrir nada de mi pasado. Si lo revelara, quizá mis ojos no verían un nuevo amanecer, ¿sabes?
Me turbé. Valeria guardaba un enigma que no deseaba revelar, ni yo escuchar, pues los negocios de los poderosos queman los oídos. Preferí disimular mi interés y desvié mis ojos hacia la ventana.
—Y tú, ¿a qué te dedicas, Tulio? —me halagó pronunciando mi nombre.
—Pues verás, señora, soy librero y bibliófilo.
—Sí que eres un joven singular —sonrió, y me gustó el cumplido.
—Profeso un culto reverencial a los libros, y de ellos vive mi familia. Además, escribo y leo. Mis amigos me llaman Graeculus, pero no me molesta, es más, me agrada.
—Curioso nombre. ¿Tanto placer te produce la lectura?
—Sí, mi señora —insistí—. No lo vas a creer, pero con Homero he viajado por el Mare Internum, con Jenofonte me he retirado con los Diez Mil, he asaltado las murallas de Troya junto a Agamenón y Aquiles, con Virgilio he navegado al lado de Eneas y con Tito Livio he cabalgado a la grupa de Julio César en Farsalia. En eso consiste el prodigio de los libros.
En mi contestación había un acento de sinceridad.
—Tu mente está sedienta de sabiduría, ¿no? —me preguntó.
—Me deslumbran la belleza de los libros y la perfección de sus historias. Mi fantasía y esos papiros me ofrecen instantes grandiosos, domina.

—Una vida imaginaria, claro está. ¿No te gustaría mejor vivir la realidad?

Ella, que evidenciaba una educación principesca, deseaba platicar conmigo y lentamente se dejó ganar mi confianza. Su rostro se distendió y me escuchó.

—Siempre he albergado el sueño de visitar Roma y conocer a mi autor favorito, Tito Livio. Pero mi padre se niega.

La romana ahogó una exclamación de sorpresa. Yo la entretenía.

—¿Deseas codearte con Ovidio, Horacio, Virgilio y Tito Livio? Eres un chico muy especial, de veras. ¡Qué divertido!

—Pues así es, domina —sonreí y seguí hablando—. Desde niño, tener entre mis manos las obras de un poeta o de un pensador ha sido un goce insustituible. Por eso deseo conocerlos. Mi biblioteca y la librería de mi padre, Ulpio, son mi propia imagen, mi ser mismo. Te invito a visitarla.

Ella se enderezó en su silla. Mis palabras llamaban a las suyas. Para mí era tan inesperado que se interesara por mis gustos y anhelos que me quedé confundido, aunque satisfecho.

—Ignoro si lo sabes, Tulio, pero el fervor por la lectura de autores griegos acaba de iniciarse en el Imperio —me aseguró—. Antes muy pocos leían en Roma. Mi familia apenas si posee diez rollos en su biblioteca, eso sí, la Eneida de Virgilio es leída en los banquetes. Y yo misma en la Academia de Vesta de Roma he intimado con las matemáticas, la retórica y la astrología.

Con un agrado que exterioricé, entusiasmado, repliqué:

—Sí, domina, es cierto que los libros están conquistando el gusto de las más ilustres familias, que gastan grandes sumas en las bibliotecas espoliadas en Grecia. Son objetos preciosos y quizá podrías iniciar en Gades la costumbre de regalar libros en las Saturnales. Cicerón lo puso de moda en Roma —la alenté.

Valeria lanzó al aire una carcajada que iluminó mi cara.

—No lo había pensado —rio—. ¿Y es un negocio lucrativo, Tulio?

—Mi padre, Ulpio Vero, que es uno de los Quinientos Caballeros de Gades, se ha hecho rico en parte gracias a ellos. Enviamos oleum, vino, maderas nobles y cuero a Roma, y de allí importamos libros y antiguallas que luego vendemos en Gades, Híspalis, Onuba o Corduba.

Valeria cambió su actitud de indolencia por una expresiva afabilidad.

—Mi padre adoptivo, Lucio Balbo, tiene en gran estima al tuyo, aunque es una víctima más del poder de Roma. Todos apoyan a la gens Iulia.

Me turbó su opinión, pero comprendí que los fuertes suelen aprovecharse del trabajo de los más débiles y lo confirmé:

—Mi padre tomó partido por Julio César y ahora por su sobrino

Octavio, al que sirve. Apoyó a su tío con dinero y lo acompañó a África. Se alistó con él en sus ejércitos, luchando a sus órdenes contra Juba, el rey númida, y contra el partido pompeyano. Reveló su valor en la batalla de Tapsos, y en las conquistas de Cyrene y Numidia, y más tarde, en la decisiva batalla de Munda contra los hijos de Pompeyo.

—Son grandes sus méritos —replicó la doncella.

Yo proseguí:

—Participó en sus triunfos en Roma como decurión de la Legión V, la Alaude. En su estancia en Roma trabó amistad con influyentes hispanos, como el secretario de Augusto, Gayo Julio Higinio, un liberto y prestigioso erudito, rector además de la biblioteca Palatina. ¿Lo conoces, domina?

—¡Claro! Todos los asuntos del gobierno pasan por sus manos.

A Valeria parecía agradarle mi conversación. Yo estaba excitado, y en mi insensato orgullo creía haber alcanzado su favor. La que no parecía contenta era la esclava, que había vuelto para entrometerse en la conversación.

—Ven, acompáñame a la biblioteca. Colocaremos estos libros.

Me mostré complacido por su cordialidad y la miraba, para fijar en mi memoria sus formas y más tarde evocarlas en mi soledad: su cuello largo, sus mechones rizados, su talle esbelto y sensual, los senos. Cualquier joven de Gades se hubiera cambiado por mí al instante. Era un privilegiado. Cruzamos el umbral de una estancia bien abastecida de libros, pliegos y capsas con rollos de papiro.

La librería de Balbo poseía obras griegas y latinas y también fenicias, que detecté por sus signos cananeu sidonin, la lengua de Tiro y Sidón, que también conocíamos en Gades. Me entusiasmé ante tanto conocimiento y acaricié los tratados pitagóricos, y los de Heráclito, Euclides, Tales, Demócrito y Epicuro. Pero lo que más me sorprendió fue ver documentos procedentes de Caldea, escritos en caracteres cuneiformes, que yo no sabía descifrar.

—Estas son mis obras preferidas. Soy una amante de los astros y de su influencia en los humanos, de las fuerzas ocultas y del saber arcano, del que tiene que aprender mucho la humanidad. ¿Sabes que procedemos de las estrellas?

Respiré el aire de la biblioteca a cuero, papiro, tinta, sándalo y goma arábiga que tanto me agradaba, y le pregunté:

—¿Elaboras horóscopos y presagios del futuro, domina?

—Sí, aprendí a hacerlo desde niña en la escuela de las vestales de Roma. Ahora estoy realizando el de Cornelia, la hija del padrino Lucio. Es apasionante.

La romana agregaba un nuevo misterio a su persona. ¿Había dicho vestales? ¿Acaso no eran las hembras más sagradas de la Ciudad de la

Loba? ¿Qué hacía una vestal en Gades, cuando se les prohibía abandonar los muros de su templo?

Valeria observó las etiquetas de los libros que le había llevado y constató su procedencia. Le resultó asombroso, y me preguntó:

—Este tratado de Aristóteles, según asegura la etiqueta, perteneció al cónsul Flaminio. ¿Es eso cierto? ¡Qué sorpresa!

—Sí, domina. Lo desvalijó de la biblioteca de Filipo V de Macedonia y lo trajo a Roma. Este otro, lo arrambló el general Emilio Paulo tras la batalla de Pidna, y perteneció al rey Perseo. Llegó a nuestro poder junto con los archivos perdidos de Pérgamo y Rodas. El patrón, Lucio, nos lo encargó.

—Deben de ser carísimos por su antigüedad —adujo la joven.

—¿Existe algo que no pueda comprar la acaudalada familia Balbo? —le sonreí—. En el segundo hato vienen los libros más valiosos. —Los despojé de su envoltura—. Proceden de la colección de Escipión y del general Sila. Pertenecieron a los tesoros de Argos y a la Academia de Atenas y pasaron a sus colecciones privadas. ¡Un verdadero tesoro!

—¡Sorprendente, Tulio! Me gusta olerlos y acariciarlos.

—El dictador Sila saqueó la colección del mismísimo Aristóteles, ¿sabes? La mantuvo escondida en su villa de la Campania, pero como hiciera años más tarde Lúculo con los rollos saqueados en la biblioteca de Alejandría, los puso a disposición de los ciudadanos. Acertada decisión, según yo creo, domina.

—Roma intenta dar lustre a su aldeana civilización. No olvides que somos un pueblo de agricultores que ahora se está abriendo al lujo asiático.

Valeria acarició varios rollos de astrología caldea.

—Has de saber que ganarse la vida en Roma como librarius era hasta hace poco indecoroso y no daba prestigio alguno entre la nobleza romana.

Le sostuve la mirada. Su tono me pareció ofensivo.

—Lo sé —contesté secamente—. Pero tu padrino paga grandes fortunas por las obras griegas. El nuestro es un oficio modesto, benéfico y muy digno.

Se detuvo un momento. Abrió su sonrisa portentosa y temblé.

—¿Te han prometido ya a alguna joven casadera, Tulio? —me preguntó—. Posees una mirada limpia y distinguida —dijo y me escrutó como si estuviera examinando mi cabello peinado hacia adelante, mi piel bronceada y tersa y mi cuerpo esculpido en el gimnasio.

Había roto los muros de su impenetrabilidad: Valeria era altiva, pero se había fijado en mí. Una dama condenada a vivir a cientos de estadios de Roma, sin amigos ni cómplices. ¿Podría serlo yo? Mi corazón galopó.

—Ya lo está procurando mi padre Ulpio. Tengo dieciocho años, mi señora —le revelé azorado—. ¿Y tú, domina Valeria? En Gades se comenta que te pretenden ciudadanos notorios y grandes potentados.

Vi cómo se separaban sus sensuales labios. Se alisó su vestido ceñido y me sonrió mientras escanciaba un oloroso vino de Xera y me invitaba a beber. Me sentía de nuevo el más venturoso de los jóvenes.

—No deseo ser un racimo que se mordisquea y luego se tira. El amor no es para mí. Juré ser célibe y libre y no deseo el casamiento, joven curioso —me confesó echando una vasija de agua fría en mi corazón—. Además, en ausencia de mi padre adoptivo, no puedo tomar ninguna determinación.

Valeria había ya despertado en mí una devoción como jamás había sentido. Pero, claro, yo era un soñador, un iluso, y la aristócrata jamás amaría a un tipo vulgar como yo. No obstante, impulsado por la cercanía de los sentimientos de los que me hacía partícipe, me aventuré a descubrirle mi interés por ella, aunque no me hacía ilusiones, y creo que lo percibió.

—Pues yo estoy en las puertas de un amor idílico. ¿Qué debo hacer?

Valeria intuyó que me refería a ella y me sonrió afablemente.

—¡Vivirlo! Eres un joven íntegro e impresionable y debes comprender que todo está en el corazón. Yo carezco de él, pues me lo robaron junto con mi memoria. Solo quiero paz lejos del mundo y de sus complicaciones. No admito más caprichos de perros hambrientos de poder. He elevado altos muros entre los varones y yo, Tulio.

Comprendí definitivamente que el mío era un amor sin esperanzas y demasiado precipitado. ¿Quién era yo para alcanzar el favor de semejante mujer? No obstante, y se me notaba, yo ya idolatraba a aquella mujer tan inaccesible y de grandioso encanto, que me había encadenado a su ser aunque sostenía que solo deseaba ser libre como el viento. En la ciudad poseía fama de arrogante, una diva recluida en una suntuosa prisión. Su rotunda negativa para amar podría conducirme a la locura. Conocía a algunas muchachas de Gades y la mayoría eran soñadoras, pero Valeria era realista, frívola y excéntrica y vivía en un mundo de superlativos.

—Procura que tu felicidad nunca dependa de una mujer, Tulio.

Y me miró por encima del hombro, como si deseara abandonar la plática. Había adivinado, no era difícil, mi secreto más recóndito, y me observaba con disimulo. De súbito me habló en un tono cuidadoso:

—Acepto la invitación y visitaré tu librería. Probaré ese placer que pregonas con tanta fe —me aseguró mientras se apartaba el cabello del rostro—. Y puedes venir a visitarme cuando lo desees, Tulio. Yo no suelo pasear mucho por la ciudad. La multitud me asusta y me siento amenazada.

Al marcharme me saludó calurosamente y retuvo un instante su mano en la mía. Yo respondí con un ademán de asombro. Me resultaba difícil creerlo y la evocación subsiste intacta en mí.

—Queda en la paz de los dioses, domina —me despedí.

—Que la diosa Vesta te proteja, Graeculus —me sonrió.

Había creído penetrar en el ojo del huracán al entrar en la fastuosa domus Balbo, pero ahora consideraba que me hallaba en la dorada Argólida. No obstante, al alcanzar la puerta, como si hubiera salido de detrás de la cortina, Antuca, observándome con sus ojillos maliciosos, me espetó desabrida:

—Vero, la próxima vez manda un aviso e iré yo a recoger los libros. Domina Valeria no debe hablar con extraños. Es una orden del amo Lucio.

¿Acaso había agraviado el decoro de la domus? Aquella era una severa invitación a que no volviera, y me mortificó. Luego la ignoré. Solo podía pensar en Valeria Domicia, aunque asumí que el amor no era precisamente su religión.

Nunca olvidaré ese día de otoño y cómo abandoné el palacio Balbo henchido de amor. Fue una jornada sin viento, en la que unos extenuados haces de luz inundaban la domus Balbo, realzando el rostro de la que ya para siempre sería el amor de mi vida. Volví la cabeza y la contemplé inmóvil en el umbral. «Nunca se sabe, a lo mejor los dioses dictaminan que nuestros caminos se crucen en el futuro», pensé. Cercana y distante, indolente y viva, Valeria Domicia se asemejaba a una deidad griega en la penumbra de su templo.

Brillaba un sol esquivo entre el polvo dorado. Gades era pura languidez, pero cuando me encaminé a mi domus, un nubarrón color púrpura lo ocultó.

Aquella fue para mí una vigilia llena de quimeras y fantasías.

Mi familia añoraba la ausencia de mi padre Ulpio, enrolado en el partido Octaviano, y no sabíamos en qué nación o campo de batalla se hallaba, ni si volvería con vida. Mi madre, en medio de un abotargamiento mental que no la dejaba dormir, lloraba por la escasez de referencias y ofrecía sacrificios a Marte, hasta que un atardecer una galera llegada de Italia nos trajo noticias suyas. Mi hermano Nevio leyó la carta a toda la familia reunida en el impluvium:

De Ulpio Vero, a mi esposa Aurelia Flavia y a mis hijos Nevio y Tulio.

Brundisium, IV día de las antenonas del mes séptimo.

Queridos míos, tras una sangrienta lucha entre romanos, el más deplorable de los enfrentamientos que los dioses no aprobarán, Cleopatra y Antonio han sido derrotados por la flota y las legiones de Octavio y Agripa, en las que yo me hallaba enrolado. Ayer regresamos a las costas de

Italia, y la Thurma Gaditanorum, la caballería gaditana de veteranos de la V Alaude, volverá a Gades victoriosa junto a los jinetes del rey Yuba de Mauritania, nuestro aliado. Pero yo no arribaré a nuestro hogar hasta que se abran los puertos en febrero.

Vuelvo ileso gracias a la magnanimidad de Marte y de Belona. No participé en la que los estrategas han venido en llamar la batalla naval de Actium, ya que estaba destinado en tierra, en el campamento de Octavio en el griego golfo de Arta, para contener a la caballería del presuntuoso Antonio.

He soportado muchas penurias y fatigas, apreciados míos, y combatí contra hordas de jinetes sirios y arqueros partos de Cleopatra con más arrojo de lo que la sensatez aconseja, por lo que recibí una herida en una pierna, de la que me he recuperado. En esta guerra hemos luchado ochenta mil romanos contra otros tantos de Antonio, además de treinta mil egipcios, sirios y partos de Cleopatra, y confío que sea la última vez que los Hijos de la Loba batallemos entre nosotros.

Sé que a Tulio, devoto de la historia y de las Décadas de Tito Livio, le agradará que su padre sea por esta vez su más cercano historiador. Según mis superiores, Lucio Balbo y el general Tauro, la astuta estrategia de Octavio y de Agripa consistía en cazar al cazador Antonio, atacando desde el golfo de Corinto sus guarniciones griegas hasta arrinconarlo en la bahía de Actium, como así ocurrió y donde a la postre fue vencido y alcanzada la paz.

Los jinetes gaditanos, con Tito Marcio Tauro al frente, nos ocupamos de controlar los manantiales de Mikalitzi, la vía de víveres, y de cortar el acceso al río Louros, clave para que Antonio no recibiera el apoyo necesario. Sin agua y sin suministros, el segundo campamento de Antonio fue asolado por una pandemia de cólera y disentería que diezmó a sus legiones, por lo que, viéndose rodeado, no tuvo por menos que huir hacia el mar y hacer frente a Agripa en el mar Jónico, que poseía naves más ligeras y maniobrables.

Desde las marismas, el patrón Lucio y sus más cercanos, entre ellos yo, observamos el combate en el reino de Neptuno en un amanecer despejado y de cielo límpido. Me pareció más el asalto a una ciudad fortificada que una batalla en el mar. Fue una batalla entre la paciencia de Octavio y Agripa y la impaciencia de Antonio, que cansado de esperar penetró como un toro en la tupida red de naos octavianas. Por cada cuatro barcos de Octavio, había uno de Antonio, y estos fueron asediados con lanzas, flechas y proyectiles incendiarios, y apenas si pudieron bogar.

El mar brillaba como una lámpara gigantesca, con los barcos egipcios incendiados. A las dos horas de lucha, el viento cambió hacia el norte y la reina Cleopatra, viendo perdida la ofensiva, abandonó el lugar de la confrontación. Aún me parece ver su lujosa embarcación, el buque insignia adversario, y su vela escarlata huir hacia el sur, seguida de su flota y del

trirreme de Marco Antonio. Los amantes vencidos abandonaban el campo de batalla y sus generales se rindieron de inmediato.

Para nuestra desdicha, cinco mil romanos de Antonio habían muerto y cuarenta de sus galeras se habían hundido. Los vencidos fueron acogidos por su valentía en nuestras legiones y no hubo celebraciones. Hoy forman parte de las legiones de Octavio. Nuestros contrarios muertos eran también romanos, y Octavio nos rogó que rezáramos por ellos. Con Antonio y Cleopatra en Alejandría, las legiones de Cayo Octavio invernamos en la isla de Samos y los más veteranos regresaron a Roma, aunque descontentos por no haber cobrado las soldadas.

Pero el incuestionable soberano de Roma, Octavio, los contentó con promesas que ahora está cumpliendo con el tesoro conquistado en Egipto. Los legionarios de Antonio desertaban y se unían a nuestro ejército, mientras enviaba cartas a Octavio implorando por su vida. Antes de la primavera abandonamos nuestros cuarteles y, mediante una estrategia de pinza, nos dirigimos por el este —Siria— y por el oeste —Cirenaica— hacia Egipto, donde la extravagante pareja del lujo y las excentricidades, a la que llamábamos los Inseparables de la Muerte, nos aguardaba para cerrar el último acto de su extravagante comedia y pedir perdón de rodillas.

Antonio envió lo que le quedaba de la armada, pero los remeros levantaron los remos y se entregaron a Octavio, que los incorporó a su escuadra como corresponde a la magnanimidad de un general victorioso de Roma. Ante la negativa de ser perdonado, Marco Antonio entró en palacio y se echó sobre su espada para morir como un soldado; pero la herida cicatrizó pronto, según me narró un centurión amigo, Cayo Proculeyo, a quien Octavio encargó que siguiera en todo momento a la derrotada y faraónica pareja.

Cleopatra se encerró en su mausoleo, selló el portón de bronce y hierro e hizo que izaran con unas cuerdas el cuerpo herido de su amante y lo introdujeran por un ventanal. Al poco, el triunviro Antonio expiró lentamente entre sus brazos.

Entramos triunfantes en Alejandría cantando una evocatio al dios Dionisios, su patrono, para que nos fuera favorable y nos aceptara en su ciudad, como hicieron los griegos ante las murallas de Troya. Alejandría me impresionó, caros míos. Jamás había contemplado una urbe tan opulenta y suntuosa: el puerto Eunostos, el del Feliz Regreso, donde anclamos, el lago Mareotis, el Nilo sagrado, la Puerta del Sol, el Soma, la tumba de Alejandro, donde Octavio rezó y depositó una corona.

Nos dirigimos pronto al palacio de Cleopatra, que se había encerrado en su rico habitáculo, rodeada de joyas y de haces de leña para prenderse fuego. Proculeyo, aprovechando el ventanal abierto, capturó a la reina y la encerró en una habitación bajo vigilancia. Octavio le permitió salir para asistir al funeral por Marco Antonio, que quiso fuera solemne y adecuado

a un cónsul de Roma. Enseguida la visitó y conversó con ella. Cleopatra le pidió clemencia, pero el cónsul no atendió a sus ruegos.

El patricio Dolabela le pidió al vencedor que la perdonara y la condujera cautiva a Roma para exhibirla en el Triunfo, pero Octavio se negó: «Las mujeres incitan a la compasión y a la simpatía. No me agrada exhibirlas ante la plebe y menos ejecutar a una mujer, según la costumbre. No es el estilo romano», dijo, y yo lo oí, pues estaba junto a Estatilo.

Octavio la había colocado al borde del abismo, y ella sola se arrojó al vacío de la historia. Apareció muerta, ataviada con sus galas reales. Corrió el bulo de que se había suicidado con la mordedura de una víbora cornuda del desierto. Es poco probable. Yo estuve con el divus Julio en África y las sufrí. Su mordedura no es letal y mide la estatura de un muchacho, por lo que difícilmente puede caber en una cesta de higos.

Posiblemente se envenenó, o fue mandada ajusticiar por el cónsul, como ocurrió horas después con los jóvenes Ptolomeo Cesarión, el ambicioso y altivo cachorro de Cleopatra, y su otro hijo Antilo, a los que consideró culpables de traición, como a su madre. Los pequeños Filadelfo, Julio Antonio y Selene fueron perdonados y Octavio los conduce a Roma para que los cuide su hermana Octavia. Al fin y al cabo, ¿no eran hijos de Marco Antonio, su marido?

No lo vais a creer, pero cuando se repartió el botín, Octavio solo cogió una copa de ágatas. Su premio, claro está, eran Egipto, sus inmensos graneros, su colosal tesoro y el modelo de ciudad fastuoso que era Alejandría, como canon y medida para reconstruir Roma, como nos explicó a los caballeros antes de embarcar y abrazarnos sin demora como unos compañeros más.

El reino faraónico es hoy una provincia romana al mando de un prefecto y bajo la directa tutela del emperador. Cuando arribamos a Brundisium, el Senado en pleno lo recibió como a un ídolo homérico, otorgándole títulos y coronas, y a nosotros honores como héroes troyanos. Y Octavio, haciendo gala de una innegable modestia, solo ha aceptado el de imperator.

El guía y padre de Roma tiene poco más de treinta y tres años y celebrará su triple triunfo por las calles de Roma, y su quinto consulado. Sus más cercanos aseguran que su salud es precaria, pero no me cabe duda de que los dioses lo han bendecido. Cuando estuve cerca de él observé que es una persona taciturna, reservada, tímida, severa, compasiva y liberal, y también un semejante de naturaleza sigilosa y de voz suave y persuasiva. Está entregado en cuerpo y alma a Roma y en sus ojos azules, límpidos y penetrantes se adivina que gobernará con vigor los territorios del mundo conocido y también creo que con magnificencia.

Al pisar las tierras de Italia, el líder victorioso fue recibido con entusiasmo, y las satisfechas gentes lo están adorando como el dios del hogar, pues ha traído la paz al Imperio. El caos de la traición, queridos

míos, y las facciones entre romanos han concluido, os lo aseguro, y el orden y la concordia imperarán en nuestra poderosa nación gracias a Octavio, que ha prometido ante los dioses restañar las heridas internas de Roma. La escasa virtud que restaba en nuestra patria ha sido restaurada, y si antes desafió al Senado y luego a Antonio, fue para recuperar nuestras esencias y utilizarlas para que sobrevivamos en el tiempo.

Luché al lado del divino César en Thasos cuando era apenas un jovenzuelo, y en mi madurez lo he hecho con su sobrino Octavio, y en ninguna de las dos ocasiones me he sentido satisfecho, si no fuera porque he luchado por la libertad de Roma. Estimo que los dioses no me convocarán a ninguna batalla más. He hecho grandes amistades con ricos patricios, y servido a las Águilas de Roma, al mando de dos comandantes extraordinarios e irrepetibles. No exijo más a la vida.

Retornaré en la flota que protege las costas de Hispania y África, por lo que no debemos temer ataque alguno de piratas, pues Roma ha pacificado los mares. Así que, si la Bona Dea y Neptuno me salvaguardan, según mis sacrificios y oraciones, para las fiestas Parentales de las calendas del mes de Marte podré abrazaros en nuestra querida Gades.

Que los dioses os concedan salud.

Vuestro paterfamilias, Ulpio Vero Léntulo.

Mi madre, mi hermano Nevio y yo nos abrazamos estremecidos, pues gracias a los dioses no lo habíamos perdido en la fratricida contienda entre romanos. Días después, ofrendamos sendos sacrificios a Mercurio, la deidad de los pies ligeros, y a Neptuno, el agitador de los mares, para que nos devolviera salvo a nuestro paterfamilias.

Y aunque dejamos correr nuestro llanto, vimos por fin a nuestra madre sonreír.

II

EL CÁLAMO DE HERMES

Tras su regreso de Brundisium, mi padre parecía otra persona.

Era como si le hubieran tapado los ojos con una venda y solo tuviera pensamientos para asimilar la angustiosa visión de sangre y muerte que había vivido en la guerra civil entre Octavio y Antonio. Era notorio que su alma sufría pesadillas infamantes. Mi madre, Aurelia, lo instaba a estar ocupado:

—Deja de lamentarte, Ulpio, y ayuda a Tulio. Trabaja demasiado.

—Él está bien protegido en su guarida atestada de libros, Aurelia.

Siempre había sido un varón apuesto, de facciones simétricas, y ahora era un viejo prematuro. Ajeno a sus tareas, dejó en las manos de mi hermano Nevio y en las mías la marcha de los negocios familiares. Pasaba el tiempo con otros veteranos en el templo de Minerva recordando las peripecias vividas en Actium y Tapsos, aunque nunca perdió su proverbial abnegación por la familia.

—Tulio, salir vencedor de una guerra entre hermanos resulta miserable. No la provoques nunca con tus actos. Es como carecer de hogar y de ley —decía.

Mi madre no lloraba en su presencia, pero, aun así, entre suspiros y cuidados, atendió a su herida no cicatrizada que amenazaba con propagar su descomposición a toda la pierna. Y para que dedicara su tiempo al alivio de sus males del cuerpo y del alma, yo me dediqué por entero a sacar adelante la librería y el taller de copistas, pues eran muchos los pedidos de copias griegas de distintos lugares de la Bética.

Yo seguía dedicando mis pensamientos a Valeria Domicia, y me reconfortaba saber que, pese a nuestra diferencia social, seguía siendo la misma que conocí meses antes, decidida y valedora a ultranza de su independencia. La joven, que rechazaba con la mayor naturalidad tanto la falsedad de las murmuradoras damas de Gades como los acechos de sus solicitantes, era para mí un ejemplo de independencia y rebeldía. Era una mujer de secretos que además no tenía interés alguno en inmiscuirse en los ajenos.

Había conversado en varias ocasiones con ella, hasta que finalmente me negó la entrada a la domus Balbo el ama de llaves, la adusta y mal encarada Acilia Antuca, la atrabiliaria vieja que parecía odiar al mundo y en especial a mí. La rencorosa mujer me aseguraba una y otra vez que la ahijada del procónsul estaba refugiada en la soledad y en sus estudios de interpretación de sueños en el templo de

Melkart, en la Antípolis, o bien dedicada a los ritos a los que se debía. Yo sabía que, como mujer sagrada que era, no debía molestarla y lo acepté apesadumbrado.

Desde aquel momento me empeñé en desvelar el misterio de Valeria, que parecía vivir en medio de una latente amenaza, como si una diosa vengativa o un poder intangible hubiesen lanzado una maldición sobre hombros tan delicados. Estaba firmemente decidido a descubrir lo que no comprendía.

Una mañana de calmados vientos, el xiv de las calendas de junio, cuando los sacerdotes preparaban las fiestas Capitolinas, iba a ocurrir el prodigio de un encuentro providencial. Me hallaba con los copistas en la trastienda y tuve la impresión de que unas sombras acechaban tras las ventanas del taller. No le concedí importancia y seguí con la tarea impuesta por mi progenitor. Nadie mermaba nuestra hegemonía en la venta y edición de rollos y libros alejandrinos, la última novedad originaria de Egipto, librillos de papiro que se cosían con bramante para juntarse entre sí mediante un lomo de cuero, formando espléndidos manuales que lucían en las bibliotecas de los patricios.

Mi padre había levantado el negocio de traficantes de palabras escritas al modo del que poseía en Roma Pomponio Ático, el editor de Cicerón, Virgilio y Horacio. Compraba raros ejemplares y colecciones enteras a los generales victoriosos, que luego vendía a los aristócratas gaditanos, en especial a los Balbo, a los Flavios y a los équites que frecuentaban el templo de Minerva, la deidad de la Liebre Sagrada.

Como los autores no cobraban por la difusión de sus obras y los conquistadores no les concedían a las bibliotecas saqueadas gran valor, mi padre atesoró una aceptable fortuna con la venta y copia de originales, que ofrecía a los eruditos de la Bética.

Había abierto hacía dos décadas la librería y la fábrica de reproducción en la arteria comercial de Gades, junto al antiguo puerto fenicio. Para atender el obrador, pues otra pata del negocio era la reproducción de textos griegos y latinos, había comprado una docena de esclavos griegos y egipcios en Apollonia, los servi literati, a los que mantenía con largueza y con la promesa de convertirlos en libertos si su trabajo le complacía.

En el más estricto reparto de cargas, también trabajaban siete copistas libres, los librarii, griegos del Epiro que vivían en mi casa, y a los que había contratado por la excelencia de su caligrafía, fácil redacción, conocimiento de los autores del Ática, precisión en graduar la longitud de las líneas del texto, y también en establecer los márgenes y en la escritura a doble tinta, la roja y la negra. Su trabajo siempre me pareció impagable.

En la estancia laboraban también un orfebre, que realizaba los

estuches de cedro y plata para las colecciones de lujo, y un viejo cortador de cuero que elaboraba las cantoneras de los cilindros, las cubiertas de los libros y las cajas de los papiros. Y como el proceso entrañaba dificultad y los errores resultaban habituales, mi padre contrató en Roma, y por un alto salario, a un experto agnostator, que revisaba las erratas de los trabajos de copistería y ejercía de maestro librero.

Atendía al nombre de Amyntas, era natural de Mileto y antes había ejercido como filósofo, pedagogo y poeta en Atenas y Roma. Se ataviaba con una amplia túnica griega, cubría sus dedos con anillos, gastaba barba sofisticadamente rizada y paseaba por la orilla del mar leyendo el Kyriai Doxai, la esencia de la doctrina de Epicuro, el filósofo que nos invita a atesorar felicidad frente al dolor. Su erudición era inconmensurable, y a él en gran parte le debo mi afición a la lectura, mi devoción casi enfermiza por Tito Livio y el amor a los libros y a la palabra escrita, sea griega o latina.

Tras todas sus poses y afeites de intelectual, Amyntas era calvo, patizambo, de nariz báquica, chata y roja por su amor al vino de Qyos, sibarita y vividor. Eructaba sin consideración delante de los copistas, y sus pobladas cejas y rostro picado de viruela intimidaban a los esclavos, a los que reprendía e incluso castigaba con la vara. Pero su plática era para mí pura delectación y su destreza para cazar gazapos en las copias me parecía milagrosa.

—Tulio —me solía decir—, cuando Roma invadió Grecia con sus legiones, la cultura de mi nación os conquistó. Os enamorasteis de Sófocles, Safo, Demóstenes, Aristóteles, Fidias y Praxíteles, de nuestras estatuas y literaturas.

—Claro, éramos unos toscos campesinos, una nación de trigales, que no sabía ni escribir. Aún tenemos tierra en las grietas de las manos.

—Cierto es que con vuestras calzadas, puertos e imponentes tropas difundís una cultura superior, hijo. El corazón de los rudos agricultores del Tíber se ha hecho griego —se carcajeaba sonoramente.

Yo sabía que, al regresar a Roma, los ejércitos de Pompeyo, Sila, Escipión, Craso y Julio César arrastraron consigo a expertos filósofos, escultores, arquitectos y pedagogos, hasta el punto de que la koiné, el lenguaje popular de Ática, fue adoptado por la plebe del Mare Internum para sus conversaciones cotidianas. La Hélade había embrujado a su rústico conquistador.

Amyntas, como buen griego, ejercía la pederastia refinada y poco agresora con efebos del puerto fenicio, un vicio que los romanos habían adquirido con los contactos en Grecia y que ya ejercían en los gimnasios con voluptuoso deleite. Según él lo protegían dos diosas,

Venus Ericina, la del amor pasional a los jovencitos, y Venus Verticordia, la que aparta los corazones de los amores incomprendidos. El griego tenía una especial inclinación por los muchachos de piel broncínea y miembros recios, y no lo escondía:

—Tulio, solo un mortal bien educado puede amar a un ser bello de su mismo sexo —solía decirme—. Sócrates aseguraba que los espartanos y macedonios eran invencibles tanto por su valentía como por la pasión que los unía antes de la lucha. Las tumbas de las Termópilas lo son también de muchas relaciones amorosas entre hoplitas.

—¿Pederastia castrense, Amyntas?

—Así es. Fueron entonces los amantes de los efebos los que nos libraron de los tiranos: Hiparco fue asesinado porque le robó el adonis Harmodios a un rival. Pero hoy es en las Academias de Filosofía donde florece el hábito de que los alumnos vivan en íntima relación con sus maestros, igual que Sócrates, Aristóteles y Platón sedujeron a gran parte de la juventud de Atenas en su tiempo, y Fidias amó con fervor a su alumno, el bello Agorácrito de Paros.

—Amáis al hombre perfecto, igual que amáis la belleza en una escultura.

—Y además adornado de inteligencia, Tulio.

No esperaba aquel día ninguna visita. Seguía intrigado con las siluetas que había atisbado antes tras los postigos. Solían acudir a la librería visitantes, mirones, allegados y compradores, y si eran estos, ¿por qué no habían entrado? ¿Nos espiaba alguien? Tenía el cuerpo molido tras acarrear resmas de papiro desde el amanecer y después de una noche de sueños breves. Me dirigí a la tienda y el agotamiento me desapareció al instante.

Valeria Domicia, asistida por Acilia Antuca y por una esclava africana, que después supe que se llamaba Anaid, entraban por la puerta. Amyntas acudió presto y les mostró un ejemplar de las Crónicas de Tito Pomponio Ático y se explayaba en sus bondades y su excelsa caligrafía. Era una rareza que una mujer comprara un volumina, pero la dama Valeria era el paradigma de la exquisitez y la distinción.

—La domina preguntaba por ti, Tulio. ¿La atiendes? —me rogó el perspicaz Amyntas.

Me enjugué el sudor, arreglé mis cabellos, adecenté mi túnica de lino y le dediqué la mejor de mis sonrisas. Mi agitación estaba más que justificada. Su expresión amable me alentó. Se acercó a mí, mirándome con sus rutilantes ojos de obsidiana, y relegó su hermetismo de esfinge por un expresivo apego.

—Sed bienvenidas a mi casa, Valeria Domicia y Acilia Antuca —las

saludé con un aire humilde e irrefrenable dicha.

—Vale et tu, Tulius, dilectus Graeculus —saludó ella con simpatía —. Tu artesano ensalzaba la venta de los libros y valoraba las fortunas y goces que procura.

Me agradó la observación y la cumplimenté en nombre de mi familia.

—Y también los gastos que depara. El cuidado de los asalariados es costoso, domina, y yo me ocupo de su supervivencia. Es lo menos que debe hacer un patrono temeroso de los dioses.

—Desde que te conocí me siento más atraída por la biblioteca de mi padrino, ¿sabes? —dijo, y me infundió ilusión.

—¿Sí? Yo considero a los libros mis amigos y consejeros. Resulta arduo comprar libros y más aún la multiplicación a mano. Un prodigio a nuestro alcance que convierte en sabios a los cegados por la ignorancia —le dije.

Durante unos instantes leyó las etiquetas de las copias, seducida y atenta.

—La familia de los Vero —proseguí— posee el mejor recurso de propagación de la cultura: el libro. Vendemos ediciones cuidadas a una sola tinta, con minuciosas letras capitulares, y las editamos en formato de folio y en rollos a la antigua usanza. Contémplalos, domina Valeria. ¡Son muy hermosos!

—¿Cuál es tu labor en el taller? —se interesó.

—Desde que mi padre arribó tras la batalla de Actium, dirijo los trabajos en el obrador —relaté con orgullo—. Con el alba preparo las tintas, reparto los pliegos de papiro y distribuyo con mi corrector los trabajos que se deben copiar. El nuestro es un trabajo multiplicador a mano, mi señora.

La belleza de Valeria eclipsaba la de cualquier mujer de las que cruzaban los umbrales de nuestra tienda. Albergué la esperanza de retenerla allí lo más posible para gozar de su presencia. Le fui mostrando los rollos originales y reproducidos y, sin embargo, la joven, ante mi sorpresa, señaló una canasta de esparto. Antuca observó mi inquietud. La anciana me inspiraba aversión.

Estaba cubierta, pues guardaba atrevidas pinturas griegas de los amores homosexuales entre Zeus y Ganímedes, Heracles y el lindo Hylas y Apolo con Jacinto, y también papiros eróticos pintados en Luxor. No los consideraba apropiados para ser examinados por mujer tan delicada como Valeria, y con trémulo pulso me acerqué, retiré el paño y alcé lentamente la tapa.

—En verdad, este es un género exclusivo de caballeros. Mi padre me azotaría si me viera mostrártelo. Pero eres una mujer de mundo, vienes de Roma, y seguro que no te vas a escandalizar.

Me dejó hacer, y ordenó a Antuca y a sus sirvientes que esperaran

en la puerta. Por su avidez, pensé que nunca había visto algo semejante, pues sus ojos grandes y sus largas pestañas se agitaron. Le mostré un papiro de la época de Ramsés II, de estilo satírico. Destacaban varias viñetas con escenas sexuales, donde unos hombrecillos calvos y panzones, con penes extremadamente exagerados, copulaban con meretrices de voluptuosa belleza. Desde lejos la anciana no perdía detalle.

Cuando tuvo ante sí el papiro, lo contempló escandalizada, ahogó una exclamación de recato y el rubor creció en su rostro. Enrolló de un manotazo el papiro como si hubiera visto a Perséfone, la deidad de los infiernos, y me asió fuertemente el brazo.

—¡Por la llama de Vesta! ¿Esto qué es?

Parecía que se había tragado un batracio. La vergüenza salpicaba sus facciones. Creí que iba a abofetearme.

—¿No habías visto nada semejante, señora? Excúsame si… —musité.

Me empujó con suavidad hacia la trastienda, donde había dos sillas, una mesa con mulsum, un vino endulzado con miel, y me rogó que le sirviera una copa. Observé cómo Antuca intentaba seguirla, y la romana le ordenaba que la aguardara en la puerta. Realmente la esclava estaba obsesionada con que no se relacionara con nadie.

Allí, en la trastienda, me reveló enojada:

—Ellos lo creen, pero yo no soy posesión de nadie. Soy una mujer libre.

Dejó escapar una sonrisa plateada, y en su mirada se produjo un súbito fulgor. Parecía que un sutil velo se había caído de sus ojos y que yo era el causante del estropicio.

—Bebe de este néctar, domina —intenté apaciguarla.

—Te lo agradezco. Estas cosas me estaban prohibidas en el Atrium Vestae, la Casa de las Vestales, donde viví desde los cinco años hasta recalar en Gades, obligada por un asunto de grave naturaleza —me dijo misteriosa.

—Antuca no deja de observarnos —le advertí—. Esa mujer me intranquiliza. Parece el búho de Minerva atento a los movimientos de los humanos, ¡por Venus!

—Es muy fiel al patrono Lucio, mi padre adoptivo, y a su hija Cornelia. Intima con los poderes del submundo y en la oscuridad de la noche la oigo recitar ensalmos contra los lémures. Atiende a los espíritus vagantes y errabundos, y a los penates que ocasionan males a los humanos porque se han extraviado del Hades. Según ella están atrapados en el seculo pugnante, la invocación de su cuerpo mortal —dijo pávida, y yo experimenté un tenue temblor.

Yo esperaba que tales circunstancias no se me presentarían nunca.

—Mi madre asegura que la fuerza de los muertos es sobre todo

dañosa.

—Pues Antuca es capaz de conjurarlos y lo hace con el rombo dorado de Tesalia, instrumento de las magas etruscas. Es semejante a un huso de rueca, que lleva atadas cintas de colores. Verla utilizarlo da pavor, Tulio.

—He leído que ese artilugio se emplea también con fines hipnóticos.

—Pero llega a más, y me espanta. A veces recoge en la cuadra el hipomanes, un potingue misterioso que obtiene del sudor de los caballos y de las yeguas. Y, asómbrate, con esa mistura embadurnó las quillas de los barcos del patrón Lucio para que no zozobren en el mar.

—Esas prácticas vienen a confirmar que los romanos somos la nación más supersticiosa del mundo —sonreí—. Ni los fenicios ni los iberos lo son tanto.

Valeria sacudió la cabeza. Al parecer, durante la charla sobre los métodos mágicos de Antuca había bebido demasiado licor. Yo estaba hipnotizado con su belleza y deseaba hablar con ella sin parar. La insté a que se sincerara conmigo.

—Domina, me hablabas sobre la educación recibida…

Valeria debió de preguntarse si obraba bien haciéndome partícipe de experiencias tan personales. Pero los tres años fuera de Roma, desprotegida de su familia y sin amigos, habían hecho mella en su ánimo y parecía que yo le demostraba prudencia y amistad. Así, pues, prosiguió:

—Sí, yo fui en Roma una mujer ofrendada a la diosa Vesta, a la que debía el voto de pureza, y en él me educaron. Así que no solo no he yacido con ningún varón aún, sino que apenas si conozco nada de las relaciones entre amantes. Mi educación fue tiránica, dura y ajena al sexo —contestó.

—¿Nada, domina? —pregunté.

Su corazón se abrió de par en par. Miró en derredor y observó, como yo, que Antuca y el guardia estaban de espaldas, lo que la animó a sincerarse.

—Apenas unos coloquios íntimos, Tulio —me reveló con calma—. Estaba prohibido a las vírgenes vestales y constituía una ofensa a la diosa imaginar siquiera una relación con un hombre. Mi mente solo ha podido conjeturar lo que Cornelia me ha hablado sobre la mors minima, ese placer dulce e indescriptible que se siente al yacer con un amante. Estás ante una ingenua en esos menesteres.

—¡Por la maza de Hércules! Me cuesta trabajo creerlo, domina.

—Pues créelo. El deseo y el sentimiento no existen para una vestal. Tengo grandes reservas hacia el amor, y aún no he conocido las delicias del tálamo, Tulio —aseguró, echándose el pelo hacia atrás.

Me armé de valor y le pregunté:

—Entonces, y excusa mi atrevimiento, ¿permaneces todavía intacta?

Se sonrojó y tragó saliva. Su mirada era de disgusto.

—No debías osar preguntarlo, pero te agradezco que te muestres comprensivo en este asunto, que muy pocos conocen. Pero sí, no he roto aún el voto que hice hace casi tres lustros. Aún guardo la pureza de una mujer célibe que fue consagrada a la diosa Vesta en presencia del pontifex maximus de Roma, el triunviro Lépido, y ante el altar del Padre Júpiter.

—Me resulta admirable, domina —aduje sorprendido.

—Llevo tres años en la domus Balbo y no he tenido contacto con varones, salvo con los sacerdotes de Melkart que me enseñan astrología y geomántica, y con el tío de mi padre adoptivo, Publio Balbo, un viejo irreverente de los dioses que me hace proposiciones de matrimonio y me mira de forma lasciva. Hasta ahora me ha respetado, por ser sobrina suya, pero temo que, cuando esté borracho, intente sobrepasarse. Pero no se lo permitiré.

—¡¿Ese viejo impúdico?! —irrumpí indignado—. No lo hará. Como todos, teme a su sobrino, tu padre adoptivo. ¿Sabes que el patrón Lucio quemó vivo a un centurión por osar opinar sobre una acción suya? Todo lo que tiene de ilustrado y correcto lo tiene de vengativo. Que se ande con cuidado.

—Lo ignoraba. Aun así, lo mantendré a distancia —me prometió.

—Me resulta tan extraña tu condición… Me cuesta imaginarla —dije.

Su mente se sumió en la reflexión. Sabía que iba a descubrirme otra confidencia, y, con palabras apenas audibles, prosiguió con sus testimonios.

—Pues esa es la justicia de los poderosos y esa es mi actual realidad, que debe quedar entre nosotros. No espero la felicidad, que no existe, sino vivir libre —dijo abriendo sus hermosos ojos oscuros, y yo asentí con firmeza—. No obstante, Tulio, he decidido concluir este estado mío de virginidad.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y de qué manera, domina? —Me hice ilusiones, pues era hijo de équite y podía optar a ella—. ¿Vas a contraer matrimonio, quizá?

—No, ¡ni mucho menos! Verás. Concluiré en Gades mi voto sagrado y mi pureza ofrecidas en Roma, siendo apenas una púber. Poseo la fuerza necesaria para cerrar ese capítulo. Voy a dedicar mi castidad a otra diosa, a vuestra Astarté Marina Afrodita, entregándome al ancestral ritual sagrado de la prostitución sagrada. En breve seré una mujer como todas y quizá tome esposo después —aseguró con rotundidad.

La revelación penetró en mi cerebro como un metal punzante, y

una rabia inmediata y transparente recorrió mi cara, volviéndome un animal airado.

—¿Vas a ofrendar tu virtud en el ritual de la prostitución de Astarté con un extranjero al que no conoces? ¡Me sorprendes, por todos los dioses!

—Tú, que te precias de ser un erudito, ¿no recuerdas que Olimpia, la madre de Alejandro Magno, antes de desposarse con Filipo, su padre, ejerció el meretricio sagrado en Samotracia, dedicando su pureza a Afrodita?

—Así es. Estás en lo cierto, domina —repliqué—. ¡Pero tú!

—Ya lo he decidido, ¿sabes? Mi padre de adopción, el patrono Lucio Balbo, lo verá con buenos ojos. Es un devoto de la diosa de Gades. Como prescribe vuestra centenaria costumbre voy a entregar mi virginidad al primer extraño que yo elija en la Procesión de las Mujeres, las kiniras, o de Adonis, como lo llamáis aquí. ¿Te asombra, Tulio? Es una decisión sagrada y muy meditada, y vista además con buenos ojos por la deidad.

Le pregunté estupefacto:

—Un voto sagrado roto por otro voto sagrado, ¿verdad?

Me miró fijamente a los ojos y con dulzura replicó:

—Así es, y asumiré el riesgo de entregarme a un vulgar extranjero. Así mi diosa no se vengará de mí, si procedo honorablemente y según sus preceptos.

La respuesta me resultó extraña. El compromiso se ocultaba bajo el velo de un ofrecimiento divino y yo nada podía objetar. Sentí un escalofrío correr por mi piel. Muy pronto, Valeria iba a ser de otro, aunque solo fuera un fugaz encuentro en el atrio de la diosa fenicia. Y ese prójimo, por su condición foránea, me excluía a mí. Estaba prescrito que fuera un extranjero el que pagara el óbolo en el prostíbulo sacro, y además elegido por la misma joven virgen. Me dio incluso vergüenza haberlo escuchado.

—¿De verdad permitirás que un individuo sin nombre, quizá un zafio borracho, sea tu primer amante? —pregunté con voz racheada.

Valeria me agarró la muñeca y su voz me pareció burlona:

—No tienes ni idea de lo que soy capaz por cambiar mi destino, pero observo ira en tu voz. Parece como si te hubiera insultado. ¿Te parece mal mi decisión?

Intenté responder, pero no pude. Un furor negro se apoderó de mí y, aunque tengo recuerdos muy fragmentados, sé que sentí dolor.

—¿Mal, dices? Me es muy dolorosa tu decisión. He sentido un latigazo en pleno rostro, Valeria. Había soñado con ese momento desde que te conocí, aunque seas inalcanzable y sea por mi parte una osadía pensar tan siquiera abrazarte. Mi corazón rezuma afecto hacia ti desde que te vi por vez primera.

—Cierra los ojos y piensa. Lo que voy a hacer pertenece a la esfera de lo divino. Es una ofrenda que dedico a la deidad. Yo soy una mortal, como tú, y a la Diosa Madre nos debemos. Ese acto pertenece a mis creencias más profundas.

La ansiedad oprimió mi garganta. La había perdido irremisiblemente. Sus palabras habían caído sobre mí como rocas desde la altura. Valeria resplandecía como una fruta madura que yo no cataría. Bebí de la amarga copa de la desilusión y mis ojos se volvieron turbios.

—No es una decisión ansiada por mí, domina, pero deseo que cumplas tu promesa ante el altar de Afrodita y te liberes de tu voto. En mí siempre tendrás un amigo duradero, aunque sufriente —admití.

—Este es solo un trato entre la diosa y yo. Mi corazón hace tiempo que solo se inquieta por ti —dijo, pero un peso le lastraba la voz.

—Entonces, ¿eso no cuenta nada para ti? Solo deciden los dioses en tu deseo, ¿verdad?

Le besé la mano y fijé la mirada en su pelo espeso sobre la estola blanca. Seguiría siendo su amigo y su confidente si hacía falta, aunque nunca la tendría entre mis brazos, y menos en la noche sagrada del dios Adonis.

De repente de sus labios salieron unas palabras que en verdad eran un puñal persa, pues no sabía exactamente qué deseaba transmitirme. Sus ojos se volvieron insondables, y su fuerza y encanto se duplicaron. Había confianza en su mirada:

—Escúchame, Tulio. De mi experiencia en Roma aprendí una cosa: cuando desees fervientemente algo en la vida, ¡róbaselo a quien lo posea! Eso puede ayudarte a mitigar tu pena.

Reflexioné. ¿Me estaba indicando los pasos a seguir para no sufrir el dolor de la privación de su persona? ¿Qué había querido decir? Me besó en la mejilla y abandonó la tienda. Yo le mostré un gesto abstraído.

Vi cómo la desaliñada Antuca, encorvada en su propia malicia, me dedicaba una indiscreta mueca de desdén. No le caía bien, tal vez porque su ama me cubría con el velo de la amistad, o porque sospechaba que Valeria me acabase por revelar secretos que no se deseaba que fueran divulgados lejos de Roma.

Regresé sobre mis pasos para que Valeria no viera la lágrima que descendía por mis pómulos y pudiera regodearse en el dolor de un muchacho estúpido. Mi desesperada pasión no lograría impedir que se entregara a un desconocido. Percibí en mi interior una gran conmoción y derramé la jarra de mulsum sobre las tablillas y papiros, que quedaron manchados de vino. «Esa joven padece de soledad y carece de lo más fundamental para un ser humano, el calor de una amistad cercana», pensé. «Eso la incita a cometer locuras».

Medité todo el día sobre su extraño consejo: «Róbaselo a quien lo posea».

Paseé por la orilla del mar para desentrañar lo que había deseado transmitirme y mis pies desnudos recibieron las caricias sedosas de las olas, mientras cavilaba.

No me importaban sus razones sagradas o políticas, ¿qué sabía yo de eso? Lo único que me interesaba era que la mujer que más adoraba iba a entregarse a un embrutecido marino de Corinto, un salvaje mercader de Septa o un obeso tabernero de Cartago Nova por contentar a una diosa hecha en arcilla a la que los mortales poco importamos.

Volví a mi casa al atardecer y mi madre se asustó al ver mi rostro pálido como el de un moribundo, pero nadie osó a molestarme. Contemplé absorto la declinación de un sol rojo que se tragaba el océano y vi cómo sobre él comparecían miríadas de estrellas. No pude conciliar el sueño.

Esa vigilia mis visiones nocturnas fueron atacadas por las gorgonas y las furias, que permanecían quietas frente a mi yacija con sus ojos fulgurando como rayos. Y sus sibilinas palabras no paraban de resonar en mis sienes: «Róbaselo a quien lo posea, róbaselo a quien lo posea…».

Uno a uno se habían apagado mis anhelos de yacer con ella o convertirme en su amante, pero parecía que por mi cabeza se precipitaba una solución al enigma que me había sugerido Valeria. Una idea desesperada estaba surgiendo en mí, y un osado aguijón me incitaba a poner en práctica una acción innoble, pero muy deseada por mis instintos. La lamparilla se extinguió y su humo frío pareció salir de mi boca.

III

LA NOCHE DE LAS KINIRAS

Una primavera llena de fragancias anunciaba un verano sofocante.

La estación germinal se acercaba, y con la calma del océano arribaron las flotas de Atenas, Tiro, Corinto, Alejandría y Puteoli. Las palmeras, preñadas de frutos, competían con el cielo azul y límpido, y Gades, eternamente expuesta a los vientos, sesteaba plácidamente. Los telares de la púrpura, las factorías de salazones, el activo puerto y los calderos burbujeantes de los tintoreros la convertían en un modelo de laboriosidad.

Tras concluir con mis labores en la librería, solía frecuentar los baños públicos y la sauna y me entrenaba al pugilato en la palestra con otros hijos de équites. También me instruía en la equitación, el lanzamiento de jabalina y disco y el manejo de la espada y la lucha cerca del istmo de arena que mi patrono Balbo había apodado como Dídime.

Coincidiendo con las fiestas del Padre Tíber, en las calendas del mes séptimo, desde hacía más de un milenio Gades rememoraba a las kiniras, las míticas hermanas de Adonis, con un ritual arcaico, aunque paulatinamente iba dejando paso a las nuevas ceremonias del panteón romano.

Para mi desgracia, había llegado el momento fatídico de la ofrenda de la virginidad de algunas jóvenes a la deidad femenina de Gades. También, para mi desgracia, el cumplimiento de la promesa de mi idolatrada Valeria Domicia. Las viejas estirpes fenicias seguían brindando a sus hijas vírgenes a la divinidad de la fertilidad en un rito que consistía en ejercer por una noche la prostitución sagrada en honor de Tanit-Astarté, la Venus romana o la Afrodita griega.

Los vástagos de las familias más prósperas de la comunidad púnica, haraganes de la costa y libertinos mercaderes de Baessipo, Onuba, Colobona y Abdera venían en busca del capricho único de poseer una virgen en el templo sagrado de Istar-Astarté, y yo me revolvía en mi desesperación.

En verdad era una costumbre oriental en declive, pero la autoridad romana la toleraba, pues no era una solemnidad sangrienta y al parecer agradaba a la diosa que protegía el emporio gaditano. Las mujeres oferentes eran cada vez menos numerosas y la mayoría no consumaban el acto sexual.

Pero yo, en secreto, había preparado una osada treta para revertir

el suceso a mi favor y, con la anuencia de Valeria, tendría ventaja.

La voz de Orfeo, el dios que descendió a los infiernos para salvar a su amada, había resonado en mi corazón, y me disponía a imitarlo. Me propuse llevar a cabo un plan para suplantar por una noche al extranjero que yaciera con mi deseada Valeria para consumar su ofrenda.

Los vigilantes del templo no me conocían y mis posibles rivales, al no ser naturales de Gades, menos aún. Pensé que si, dando un rodeo, lograba entrar en el santuario y me confundía entre los pretendientes, podría lograr mi deseo de verme con Valeria y cumplir con ella su compromiso a la diosa. Mi clandestino propósito era salir en una barca desde la punta opuesta al templo de Astarté, cerca del Faro, para no ser visto en la procesión de las kiniras, que sí podrían acarrearme algún contratiempo al detectar mi identidad. En premisas tan simples se basaba mi intento para pasar la noche con Valeria.

Nada me detendría y lo planeé furtivamente y sin revelárselo a nadie. Creía haber comprendido el críptico mensaje de Valeria y concederle su sentido. La frase de ella, «Cuando desees fervientemente algo en la vida, ¡róbaselo a quien lo posea», había hecho mella en mí; pondría mi vida en riesgo y la honorabilidad de mi familia, pero estaba firmemente decidido a llevar mi ardid a cabo. Mi amor y deseo por Valeria sobrepasaban cualquier convencionalismo posible.

Sabía que si mi engaño y obsesión eran descubiertos por alguna sacerdotisa, mi vida valía menos que una nunmus de cobre, aunque por ella estaba dispuesto a todo. Claro está que contaba con la complicidad de Valeria y de Anaid.

Envié un mensaje varios días antes y se lo entregué al nomenclator del palacio Balbo, lacrado y sellado, para confiárselo únicamente a ella o a Anaid.

—Descuidad, domine, antes de una hora estará en su poder —me aseguró.

Salutem Valeria —decía el aviso—. Tu Graeculus comparecerá a la declinación del sol en el templo de Venus Astarté, en la noche de las kiniras. No me preguntes cómo, pero allí estaré. Será nuestro gran secreto. Elige al extranjero que se cubre la cabeza con un gorro frigio, propio de los marinos ligures, abarcas y un capote azul de piloto del mar. Con ese disfraz me distinguirás. Que la diosa nos proteja y bendiga nuestro encuentro.

Con el crepúsculo vespertino, un tropel de mujeres formó una hilera portando en sus manos teas encendidas. Tras ellas, diez vírgenes con los rostros cubiertos y con mantos negros peregrinaron por la arena en dirección al oratorio de Astarté. Habían hecho promesa a la

diosa, unas rasurándose la cabeza y ofreciendo su cabellera a Venus, y otras de entregarse al extranjero que solicitara sus favores tras pagar un óbolo al templo.

Enormes hachones iluminaban los muros y los devotos gaditanos, en su mayoría fenicios, se congregaban alrededor de una estatua de Adonis y de unas efigies de Océano, Saturno, Selene, Heracles y Júpiter adornadas de pámpanos.

Un efluvio a bajamar, salitre y garum impregnaba el denso aire del ocaso.

Yo, siguiendo mi sigiloso plan, había rodeado furtivamente el puerto, el coton fenicio. Lo hice a remo, con un esclavo de la casa de infalible lealtad, iluminados solo con la luz vaporosa del faro. Permanecí escondido en la proa mientras el remero me narraba lo que iba sucediendo. El astro mayor aún reflejaba sus rayos anaranjados en el mar e iluminaba las velas de los barcos llegados de los confines del mundo.

Compareció la noche y alrededor del templo de Astarté retumbaron los ecos de los himnos de la deidad y las oraciones de la gente que se acercaba a contemplar la procesión de las vírgenes. La estratagema dio resultado.

Acurrucado en la barquichuela, observé las escaleras que conducían al santuario, ocupadas por los extranjeros que se habían apostado antes junto a las puertas. A una señal del remero, salté de la barca, y sin hacer ruido para que no advirtieran mi presencia y me echasen de allí, me situé tras el grupo de foráneos, que no era muy numeroso. Nadie me había reconocido. Me sosegué.

Las mujeres lloraban la muerte de Adonis, el amante de Astarté Afrodita, antes de ofrecer sus castos cuerpos a la deidad por un trozo de metal. Me resultó repugnante la lujuria de los aspirantes, pues si en las doncellas prevalecía una intención pura del ofrecimiento a Venus, en los varones era pura lubricidad.

La mayoría de las jóvenes eran hijas de linajes acomodados de Gades.

—Que Poseidón me sea favorable, o soy un individuo muerto —rogué, y me confundí entre el grupo de extranjeros que buscaban mujer.

No deseaba cometer un sacrilegio, pero tal era la atracción por mi amada Valeria que me sentía capaz de afrontar cualquier contratiempo posible. Como me temía lo peor, el estómago se me encogió, aunque la expresión de mi rostro era de seguridad.

Siempre he profesado adoración a los dioses de Roma, pero los de otras tierras me causan espanto. En el templo marino se escuchaba el rumor del mar y el chisporroteo de los pebeteros quemando incienso y cinamomo. Aguardé inquieto, hasta que una puerta se abrió y apareció

una sacerdotisa con una lámpara que nos ordenó:

—Seguidme, extranjeros, y reverenciad las losas sagradas que pisáis.

Nos condujo a una gruta de piedra viva que se asemejaba a una colmena por la luz dorada que despedían las lámparas de oleum. En los muros había pintados tritones, náyades, ninfas y toros de color ocre y cobrizo. Descubrí sobre un pedestal de alabastro una imagen de la diosa fenicia Astarté o Tanit del Combate, tocada con un yelmo de bronce, que empuñaba un escudo y una jabalina. Un surtidor de agua borbolleaba cerca del podio. Caminé por las húmedas losas y entregué mi óbolo.

—Depositad la ofrenda y aguardad la decisión de las vírgenes —dijo.

Bajé la cabeza por si me reconocían, y el borlón del gorro frigio me tapó medio rostro, que no había afeitado para perfeccionar mi disfraz, pues un romano se afeita cada mañana. Escudriñé en mi escarcela y saqué de ella una bolsa repleta de monedas de plata. A la sierva le pareció una ofrenda óptima.

—Es evidente, caballero de tierras extrañas, que gozas de la fortuna de Astarté. El seno de la Muy Sabia, señora de la fertilidad, te ampara y ella te bendecirá por tu generosidad. Levántate y ven —me ordenó.

Mi pavor se tornó en seguridad, y me dejé conducir por la servidora.

—Pagarás con tu vida si revelas cuanto veas en este lugar sagrado —dijo.

Media docena de vírgenes miraban al grupo de pretendientes, entre ellos yo, con reticencia. Mis compañeros, ávidos de placer, hacían gestos para ser elegidos. Yo solo tenía ojos para detectar a Valeria.

De inmediato la identifiqué, a pesar del velo que ocultaba su cara. Había llegado la hora y contuve la respiración. Me aguardaba a mí, según el mensaje que le había enviado. Éramos dos cómplices del amor que romperían la antigua costumbre de la deidad femenina, pues me había presentado como un miembro de la nación ligur, un forastero natural de la costa del mar Adriático, cuna en verdad de mis antepasados ítalos, que habían llegado a Hispania medio siglo atrás. No mentía.

Comparecí, como le había indicado en el recado, disfrazado de marino y peregrino de Melkart, llegado para ofrendar un áncora de plata en el templo de Saturno. Un capote azulado con colgantes dorados cubría casi por entero mi cuerpo, por lo que difícilmente identificarían al marino itálico con el Graeculus, el hijo amante de los libros de Ulpio Vero, el Bibliópola de Gades.

Estaba nervioso, pero no debía manifestar mi apremiante deseo. Yo

solo era un aspirante más. Debía ser ella la electora y yo aceptar su deseo. Unos candeleros prendían en las paredes, iluminando las efigies de Adonis, de Apolo, la deidad de la lira, de Hefestos o Vulcano, el dios del fuego, y de Deméter la dadora de fortuna, que flanqueaban el mirador.

Al fondo, las moradas de Gades chispeaban como minúsculos braseros de ascuas, y a lo lejos distinguí el templo de Minerva, el Faro, centelleando en la noche, el santuario de Saturno y el teatro de Balbo, cerca del istmo arenoso. Era una noche brumosa, y el templo una isla de placer en medio del océano.

Me alarmé, porque Valeria no se decidía a elegirme. ¿Acaso no había recibido mi aviso? ¿Era demasiado orgullosa para entregarse a mí y esperaba un varón con más experiencia? Estaba confuso y me destoqué de la escarcela frigia, dejando mi rostro al descubierto. Me daba igual que me reconocieran.

Al instante, Valeria, que me miraba con ojos llameantes, como de alas de cigarra, salió de su embelesamiento. Me observó desconcertada. Yo la miré con ansia y ella obró como suponía. Se descubrió el rostro cubierto de seda negra. Me reclamó:

—Te he elegido, extranjero de la capa azul —me dijo—. Cobíjate en mis brazos y sígueme.

Por Clío, musa de la poesía y de la historia, juro que no esperaba aquel lenguaje. Oculto tras un velo de modestia, el cuerpo de Valeria, lamido por el fulgor cremoso de las lámparas, rayaba la perfección. Los senos, como dos palomas quietas, le palpitaban acompasadamente, y sus sensuales formas y largas piernas resplandecían en la noche. Acaricié la cascada de su melena que caía sobre su espalda y ella cogió mi mano, conduciéndome hacia un aposento.

Las puertas de los cubículos eran de ébano tachonado con herrajes, y tras ellas se escuchaban conversaciones entrecortadas y jadeos. En la nuestra, olorosa a brezo y cera de abeja, proliferaban adornos lujosos: arcones labrados, cortinajes de seda, una alfombra de lana de oveja y lámparas de obsidiana y cobre. Sobre una mesa de jaspe se encontraban viandas, una crátera de vino y vasos de ónice, una bandeja con pastelillos de almendras.

Valeria cerró la puerta de un portazo, y su semblante mostró contrariedad. Me alarmé. Cuando estuvimos solos en la cámara, me miró con expresión fría y distante como la luna y me espetó:

—Pero ¿estás loco? ¿¡Qué haces tú aquí, Tulio!? Esta necedad puede costarte la cabeza, ¡por Vesta! Vives en el mundo imaginario de tus libros, pero esto es la vida real.

—¿Qué? Sabes que mi amor por ti no conoce barreras —contesté confuso.

—El amor no siempre es suficiente para alcanzar a una mujer. No

basta con ser tierno, osado, entrañable y fantasioso como tú, ¡joven insensato! —gritó.

—Pero ¿acaso no me esperabas? —insistí perplejo—. He robado lo que más deseaba mi alma, tal como me sugeriste. ¿No era eso, quizá?

—¿Burlándote de la diosa, Tulio?

—Los dioses viven de nuestras limosnas, ambrosías, libaciones y sacrificios. Que paguen alguna vez —dije—. Te envié un mensaje hace dos semanas para que te fuera entregado a ti, o a Anaid.

—Me parece que ese recado no llegó a mis manos, Tulio. Ha debido de ser interceptado por Acilia Antuca, y ella solo es fiel a Cornelia, la hija del padrino Lucio. Yo no sabía nada.

—¡Por Marte Vengador! ¿Qué me dices? ¿Ignorabas entonces mi plan de aparecer en el templo simulando ser un forastero? —barrunté lo peor.

—No tenía ni la más remota idea, y mucho me temo que este encuentro pueda resultar fatal para los dos y que esta misma noche los peces de esa playa se coman los ojos de tu cuerpo muerto —receló Valeria.

—¡Por Júpiter que he sido engañado!

Valeria me tomaba por un loco que además transgredía la ley.

—Esta no era la forma que yo esperaba para ofrecer mi virginidad. Puede significar nuestra perdición. La mía por ser hija adoptiva de Cornelio Balbo y tú por ser un équite de Gades, que debe obedecer las leyes de Roma. ¡Por Vesta, qué despropósito!

Nunca la había visto tan colérica, con las mejillas ruborizadas y las pupilas tan negras como una noche de tormenta. Y allí se hallaba, medio desnuda, mirándome con las cejas arqueadas y su pelo pulcramente peinado al modo de una diosa griega. Mi vanagloria estaba por los suelos.

—Debía cruzar por las brasas de lo prohibido, y por Hércules que lo he conseguido. Esa es la realidad, Valeria. Cumplamos tu promesa, te lo ruego. Nadie me ha reconocido y me espera un bote en el embarcadero. Después desapareceré en las sombras de la noche y regresaré a mi casa como el joven más venturoso de la tierra. No temo a lo que pueda suceder después —repuse a la defensiva.

—¡Esto es un disparate! Además, te cubres con el estrafalario gorro emblema de los que asesinaron a Julio César, y del rey Midas, que recibió la venganza de Apolo y murió de inanición a causa de su avaricia. Llevas contigo la fatalidad —repuso.

Por unos instantes me sentí el hombre más desgraciado de la tierra.

—Pero te agradezco tu aparición, Tulio. Esos tipos me horrorizaban. Rendiré el voto a Venus con la persona que más estimo, tú. Aunque temo represalias de mi padrino Lucio, devoto de la diosa —receló.

—Dominus Lucius no te reprochará nada. Lo sé. No es estúpido.

—Pero ¿y tú? —se preocupó—. ¡Es tu seguridad la que está en juego!

Entonces fue cuando me di cuenta de que ya era demasiado tarde y que mi acción era reprobable. No huiría como una comadreja, pero a mi alrededor mi universo comenzaba a resquebrajarse. Antes o después alguien podía denunciarme y ya había vertido la hiel de la traición sobre mí. Una trampa artera se estaba cerrando y me veía atrapado en ella.

—Nada me ha detenido. Consumemos nuestra suerte, Valeria —dije.

—¿Sabes cuál es el más desastroso de los pecados de la juventud?

—No, Valeria.

—¡La vanidad! Yo lo padecí y hoy vivo exiliada en el fin del mundo y encerrada en la domus de los Balbo —dijo—. Ese es también tu pecado, joven engreído.

—Es posible, pero también soy tenaz, Valeria. Despreocúpate, tras nuestro encuentro me desvaneceré como un espíritu y desapareceré de tu vida —traté de convencerla.

Valeria debió de leer en mis ojos mi deseo salvaje de poseerla e intercambiamos miradas hambrientas. Por vez primera, vaciló y rezó, como si hiciera un conjuro a la deidad femenina a la que se disponía a ofrecer su pureza. Se echó en el lecho. Recordaré siempre su deliciosa figura, provocativa y bella, y la evocaré mientras perviva en este mundo.

Me desnudé y puse mis manos sobre sus rodillas. Momentos después dibujé con mis dedos trémulos sus párpados, sus pómulos, su cuello y sus rosadas orejas. La muchacha se dejó manejar por la blandura de mi tacto y al poco escuché sus jadeos entrecortados. Valeria vibraba con cada halago, beso o caricia. Pronto su cuerpo fue una tempestad que iluminó el aposento entero.

Nuestros sexos se encontraron y los rubíes de una castidad desflorada fluyeron por las sábanas. Agradecida y con la mirada entrecerrada, Valeria se sumió en el vértigo del juego del amor que yo le proponía, pues lo ignoraba todo de él. Fulminada y exhausta, la sacudió el placer máximo. Yo la seguí en una fluyente agitación, que hizo que me derrumbara agotado sobre su pecho. Sin dilación nos sumimos en una deliciosa somnolencia, fundidos y sudorosos.

No había habido violación, sino recíproca dicha. Valeria me regaló susurros de fidelidad. Pensé que esa noche nos uniría de por vida. Craso error.

—Jamás olvidaré esta noche. Antes de conocer este placer, para mí no había nada, Tulio —confesó—. Mi vida comienza ahora y no relegaré al olvido que tú has sido el testigo de mi voto sagrado y

también su salvador.

—Los dioses lo han querido así y lo hemos consumado con respeto.

—Pero un afecto venidero no se puede alzar sobre un conflicto con la diosa. ¿Lo aprobarían Afrodita y Apolo tras quebrantar sus reglas, Tulio?

Callé. El océano manaba cerca de nosotros y nos llegaba la brisa marina. La arropé con la capa azul, y así permanecimos, hipnotizados por los titilantes astros de la nocturnidad, mientras yo percibía un culpable deleite por la amenaza que se cernía sobre mí si no abandonaba el recinto aprisa.

Los cabellos negros de Valeria relucían con el brillo metálico de la luna, mientras por su rostro huían dos lágrimas. Yo, perdido en el abismo de sus ojos negros, pensé que Astarté me había arrastrado hacia apariencias engañosas, y que tal vez pagaría por ello.

—Márchate, y olvida por lo que has venido. Abandona este lugar sin ser visto, o puedes pagarlo con la vida, caro Tulio—me dijo deshaciendo el embrujo—. Afrodita nos ha reunido en el mal y en el bien, pero yo siempre lo negaré. Mi amante era un extranjero, un desconocido, no lo olvides.

No quise verbalizar mi disgusto. Si le hubiera contestado me odiaría para siempre y decidí escapar apresuradamente, como un ladrón en la noche. Me vestí, me calé el gorro rojo y me revolví contra mi suerte.

El azar, agitado por la mano de la diosa, había distorsionado hasta la locura una noche imborrable, que, no obstante, cambiaría mi vida. Un gran desasosiego me encogía el estómago. Pero aceptando la ineluctable realidad, abrí la puerta, que chirrió seca.

Crucé el umbral y temblé.

IV

DURA LEX, SED LEX

LA LEY ES DURA, PERO ES LA LEY

La más viva encarnación del mal y la crueldad en Gades se encontraba frente a mí. Todo sucedió muy deprisa, apenas tuve tiempo de recomponerme la túnica y cubrir mi cabeza con el gorro y los hombros con el capote. Me costaba mantener el equilibrio. Necesitaba huir y ni siquiera fui capaz de protestar, trabado por el pánico. Había sido pillado en flagrante transgresión de los mandatos sobre la prostitución sagrada de Astarté y mi acción podría costarme la vida.

Ante mi cara se hallaba un conocido rufián, un canalla que gozaba haciendo sufrir a los detenidos, el tortor o verdugo de la ciudad, un tal Coques, que precedía a otro grupo no menos pavoroso: dos guardias armados, un edil con toga, cuyo rostro hinchado desvelaba que lo habían sacado del lecho, y una vieja sacerdotisa de Astarté, roja de ira, que me echó una mirada incendiaria. La vi presta a denunciarme y luego condenarme a los tormentos más inhumanos del Hades.

El tortor, que olía a sudor y a vinazo, me observaba sarcástico viendo en mí a su próxima presa. Se trataba de un tarado y todo el mundo le temía por su crueldad: achaparrado, de pronunciada joroba en un hombro y cabello grasiento y apelmazado, tenía una cicatriz blancuzca que le cruzaba la cara y su glacial mirada causaba pavor. Antes de sayón y mano ejecutora del optio statorum, el oficial encargado de los castigos públicos, había trabajado como limpiador de letrinas y cloacas.

Ascendido de cargo, y para causar buena impresión al centurión, se había hecho experto en el manejo del flagrum de correas y bolas de plomo, con el que había ajusticiado a varios ladrones, mientras vociferaba insultos hasta verlos morir desangrados. Semanas antes había crucificado en el patibulum a tres esclavos fugitivos y ajusticiado con el pilum, la lanza legionaria, a unos piratas tingitanos que habían asaltado un trirreme. Era un monstruo y las piernas me retemblaron.

—Eres Tulio Vero Silano, ¿verdad? —me preguntó.

Percibí una ciega desolación y los miré como una presa atrapada.

—Sí —balbucí, con los ojos fijos en el esbirro.

—Es inconfundible a pesar de ese ridículo gorro. Es él —aseguró el

tortor—. ¡Síguenos y no te resistas! —me conminó, volviéndome la espalda.

Miré hacia la puerta, que había cerrado la sacerdotisa, y pensé en Valeria. Trastornado por el pavor, volví el rostro apesadumbrado. La expresión de mis ojos era la de una res camino del matadero. Intenté protestar, pero un soldado me hizo callar golpeando con la lanza mis costillas. Para mantener a raya mi pánico, respiré varias veces la fresca brisa de la noche y pensé en la romana. La sacerdotisa también intervino y, con mirada de reto, me espetó a la cara:

—Existen pilares inamovibles que no se pueden rebasar impunemente sin incurrir en la ira de la diosa. ¡Blasfemo, serás castigado como mereces!

No le repliqué. Emprendimos la marcha hacia el palacio de los sufetes, los reyes de la ciudad, junto al cual se hallaba la cárcel pública, un tétrico lugar donde cumplían su pena los profanadores de templos, como yo, antes de pasar por el tribunal y recibir la sentencia.

Cruzamos el descampado de arena de la isla superior de Eryteia, y lo hice con reticencia tozuda, por lo que recibí más de un bastonazo. Los perros y las lechuzas guardaban silencio y solo se oían nuestros pasos. Bajo la luz del farol que portaba uno de los guardias, rebasamos los cobertizos de las manufacturas de salazones y garum, de objetos suntuarios, oleum y tintes, y sin ser vistos por nadie, por lo avanzado de la vigilia, alcanzamos el desierto edificio.

Arrojé el gorro carmesí a un montón de detritus. No me había sido muy favorable. Me dieron escalofríos cuando un sayón de cara sombría, melena desaliñada anudada en la nuca con esparto y con la faz quemada me empujó a un cuartucho con el suelo lleno de paja podrida, donde corrían ratas presurosas, que desaparecieron por las rezumantes grietas de la pared. Me lanzó una mirada furiosa, y me espetó desafiante alzando un látigo:

—Si tienes algo en los sesos, permanece callado. Si no, te azotaré.

Procuré no provocarlo y mantuve la boca cerrada. Mi temerario plan de encontrarme con Valeria había obtenido una recompensa milagrosa, pero las consecuencias se aventuraban nefastas. Una cólera inveterada corrió por mi mente, mientras un feroz resentimiento por arrebatarme mis ilusiones me corroía por dentro.

Pensé que me había comportado con ingenua intrepidez y también que alguien desconocido nos aborrecía a Valeria y a mí, fraguando en el anonimato nuestra desgracia. ¿O era solo la mía? Pensé en ella, y se me vino a la cabeza el nombre de la anciana Antuca, esa gata que exhibía su aborrecimiento hacia mí cada vez que me veía. ¿Había sido ella quien había alertado a las autoridades? ¿Obedecía alguna orden secreta de Balbo y me había traicionado?

En cuanto a Valeria, pertenecer a la familia Balbo era una

salvaguardia para no ser reprendida, y me contenté. Era evidente, había sobreestimado mis destrezas y minimizado las de las sacerdotisas del templo. De todas formas, algo raro había acontecido en aquel asunto. Tenía una necesidad acuciante de vaciar la vejiga y la evacué en un rincón que olía a heces y orines secos y después me ovillé como un perro herido en un rincón, donde los piojos hicieron presa de mí. Hundí la cara en mis manos e inicié un llanto débil.

Había perdido algo dentro de mi interior e ignoraba qué era, si el afecto de Valeria, de mi familia, o el mío propio. Pensé que el amor trastorna a los hombres y que sería vapuleado por Coques, el verdugo de la cicatriz, y también decapitado al ser ciudadano romano, pero al menos no crucificado. Suspiré.

Al rato apareció otro carcelero, no menos patibulario que el anterior y también de aspecto andrajoso. Su nariz, gorda como un sapo, estaba horadada por el vino o la sífilis. Estaba ebrio, su semblante poseía una palidez extrema y su voz no parecía humana, ya que gruñía más que hablaba. No obstante, mostró misericordia e intenté entenderlo:

—Bebe de este mulsum. Tal vez lo necesites para escuchar la sentencia de ese demonio de juez. Una cosa es juzgar y otra condenar. ¡Ese escarmienta!

Tenía mi rostro sepultado entre mis manos temblorosas y, entre hipidos, bebí un trago del vino que me ofrecía en un pellejo mugriento. A continuación me dijo, paternal:

—No tengo muchas esperanzas sobre tu suerte, no. La diosa es poderosa.

Después escuché unos lamentos, quizá de alguien al que estaban torturando Coques y sus esbirros. Recogido sobre mí mismo, pensé en Valeria, que, como la flor del cerezo, el arbusto traído desde el Ponto Euxino a occidente por el general Lúculo, era una flor tan efímera como agraciada. Y con estos pensamientos, mantuve un temeroso duermevela e intenté mimetizarme con el frío muro.

Tres jornadas después, en las que apenas si ingerí alimento, solo agua y un trozo de pan negro, padecí mi primer ataque de asma, quizá debido a las frías infiltraciones de la ergástula. Hacia la hora sexta, vino por mí Coques, el siniestro tortor, que blandía ante mis ojos su flagelo de cuero y sus bolas de plomo con una arrogancia odiosa. Me empujó con saña hacia una sala contigua donde se hallaba la curia de los juicios y actuaba uno de los quattuorviri o magistrados de la ciudad y dos ediles enviados por Roma. Mi padre, avejentado, lloroso y cojeando, no pudo reprimir un gesto de disgusto al verme. No obstante, se vino hacia mí y me abrazó con sentimiento, cuando yo esperaba una de sus reprimendas. Pero fue leve y compasivo. Yo me

sentía abrumado.

—Has manchado la memoria de tu abuelo y deshonrado a tu madre.

—Lo siento, pater —aseguré avergonzado—. Es difícil saber lo que es correcto cuando se mezclan la pasión juvenil y el deber.

—La lectura de esos locos griegos te ha trastornado. ¡Te perderás!

Aunque dominado por el peso de la mala conciencia, repuse:

—Nada ni nadie usurpará mi fe en los libros, y así moriré, padre. Esta acción ha sido dictada por el amor.

—No seas insensato. Ahora la familia apela a tu nobleza. ¿Entiendes?

Luego descargó sus iras sobre sí mismo, calló y me volvió la espalda. Lo acompañaba un prestigioso legista que se colocó a mi lado. Se trataba del orator Gayo Trebonio, un buitre de los tribunales, de buena presencia, pero con los dientes descolocados y amarillos.

—¿Qué diantre has hecho, muchacho? ¿Es que has perdido la razón? —me preguntó, aunque me oprimió el hombro con seguridad —. Existen leyes y normas y hay que respetarlas. La gran Servidora de Astarté te ha denunciado.

—No supe contener ni mis instintos ni mis sentimientos —balbucí.

—Bien. Ignoro si habrá proceso al estar de por medio la ahijada de Balbo, aunque estimo que no, pues no me han permitido presentar advocatus pagados que nos jaleen durante la causa. Todo es muy inusual.

Yo me encontraba desmoralizado, vencido y enconadamente irascible. En la desgracia suele escucharse un vasto mutismo, a veces estremecedor, pero una palabra piadosa que resuena al oído con afecto suele alentarnos.

—Hijo, tú calla y deja que hable Trebonio —me alentó mi padre con gestos de apoyo—. El asunto es grave, ¿sabes? Pero saldrás de esta, espero.

—Sí, pater, siento mucho que sufráis por mi causa. Os he mancillado con mis actos. ¿Y mi madre?

—Atribulada, pero confía en la Bona Dea. Le ha dedicado un sacrificio.

Mi estado era deplorable y olía mal, y por mi mente cruzaban negros auspicios tras el escabroso asunto. Me había convertido en un fraude para los Vero y me sentía como un extraño incluso para mí mismo. El tribunal me recordó el zumbido de un avispero, con todo el mundo hablando a mi alrededor. La espera fue breve, pues solo había acusación y no se permitía alegato alguno. Insólito. Entré en la sala maniatado y con paso inseguro y me extrañó que no hubiera público, cosa infrecuente en Gades.

Clavé los talones en el suelo para no caerme por mi manifiesta

debilidad. Detecté la mirada de lobo del tortor e intuí que iba a ser flagelado. Apreté los puños y con las uñas me dañé las manos viendo la aflicción que sufrían mi padre y mi hermano mayor, Nevio, que había llegado de Baessipo esa misma mañana.

Era alto y delgado y con el pelo crespo, y velaba por nuestros negocios en las factorías de las Columnas Heracleas, cargando y descargando productos, y comprando libros en los templos fenicios de la costa. Nos mostrábamos un mutuo afecto y guardábamos secretos por los que mi padre nos castigaría con severidad. Me alentó con su gris mirada, y me sonrió con fraternal bondad.

El primer magistrado, el juez hastarius Persio Flaco, un individuo de mediana edad y con una nariz aquilina y superlativa, parecía más viejo de lo que era. Poseía además un tic nervioso y guiñaba constantemente un ojo. Se asemejaba a una rana tomando el sol sobre su nenúfar. Se enderezó en el sitial del tribunal mientras se cubría la cabeza con la toga para impartir justicia. Observé un brillo sagaz en sus ojos y que me miraba con suspicacia. Se alisó la túnica y habló con mi defensor, que afirmó con la cabeza, como si ya hubieran acordado algo que yo ignoraba.

Al inicio sonó la voz del delator, el acusador particular de la causa, un tipo celoso de su deber, desgarbado y filoso. Su voz fue creciendo en antipatía y volumen conforme hablaba, y mi pegajosa frente se perló de sudor. Comprobé que estaba dispuesto a cobrarse mi cabeza.

—Perfectissimi —se dirigió al pretor Flaco—, hoy comparece ante esta curia este ciudadano, Tulio Vero Silano, por conducirse sacrílegamente en el templo de Astarté y contravenir las costumbres de la ciudad. Se ha comportado con desprecio a los dioses, que lo convierten en reo de una muerte sumarísima. —Se hizo una tregua—. Solicito la pena capital.

El orator pidió la venia, y se paseó hinchado ante el tribunal. Luego dijo:

—Domini, las blasfemias contra los dioses no corresponden a esta jurisdicción, sino solo las que atañen a las leyes promulgadas por el Senado de Roma —me defendió—. Este joven es un romano fiador de la ley y de intachable conducta, al que ha espoleado no la aversión a una diosa extraña, sino un pecado de ardor juvenil, según el testimonio de la domina objeto de la denuncia, que he presentado en este tribunal y que viene a corroborar cuanto digo.

Oír que Valeria había argumentado a favor de mí resultó complaciente, y me sentí rehabilitado por su seguro afecto. Trebonio le presentó la declaración de la domina y un pliego sobre mi vida y costumbres en Gades.

Flaco dejó pasar unos instantes sabiamente calculados, y señaló:

—Ciertamente, un romano no puede quebrar la pax deorum, sean

estos propios o ajenos, aunque estimo que este no ha faltado al culto de la deidad, ni a la piedad o el respeto, ni a la integridad inherente de un romano respecto a los dioses extranjeros. Lo admito.

El inflexible acusador deseando verme con la cabeza cortada se volvió en redondo, e insistió en mis culpas, recordando el pasado fenicio de Gades.

—Pero ha faltado a la virtus romana, el ideal de decoro de todo ciudadano, perfectissimi, y merece ese castigo capital. Será un escarmiento que aplaudirá la sociedad fenicia de esta ciudad —alegó—. En tiempos del dominio púnico, el encausado hubiera sido arrojado al fuego, tenedlo presente.

Mi defensor, como si paseara por el atrio de un templo, lo rebatió:

—Hoy, por designio de los dioses, la ciudad de Hércules se rige en materia de religión por los decretos del Colegio de los flamines de Minerva, cuyos atributos del olivo y la liebre adornan la entrada de esta Curia. Lex romanae impera, domine!

—Pero Roma es la señora del mundo, orator, y no debe permitir que se blasfeme a los dioses de nuestros aliados —objetó el fiscal.

Ante tal ataque, Trebonio se limpió el sudor de la papada y echó el resto. Observé que preparaba una defensa contundente.

—Creo, perfectissimi, que mi docto colega el delator ignora la ley Ius Civile de Papaiano. No existe ofensa a la diosa. Mi defendido solo ha cometido un pecado de desacato o desconocimiento de la norma, nada más. No ha injuriado a la deidad, ni tampoco ha atentado contra la propiedad del santuario, por lo que se trata de una falta leve.

Después de enzarzarse los dos en vericuetos legales, mi defensor finalizó:

—Así pues, como no aprecio mala fe ni transgresión alguna, apelo a la Lex XII Tabularum, por la que, ante una falta de desacato a los dioses, se faculta al paterfamilias del acusado a intervenir en la imposición de la pena. Ya la tiene decidida de antemano, si el magistrado lo aprueba. Ulpio Vero, aquí presente, deberá, junto al tribunal, acordar la sanción a imponer a su hijo, el joven Tulio, y no aplicar una ley correctiva tan desproporcionada como la que solicita el acusador —expuso con convicción.

Quedé sobrecogido. ¿Mi padre iba a imponerme el castigo? Si él iba a convertirse en el árbitro de la reconciliación, tenía asegurada la vida. Habían encontrado el camino para salir del atolladero legal según los usos romanos, y al parecer era lo que deseaban. No prevalecería la petición del inculpador. Flaco asintió y llamó al estrado a mi padre, al orator y al delator, que se unieron en una confabulación de susurrantes murmullos y palabras entrecortadas. Deliberó un rato y emitió su veredicto, que me dejó sin habla.

Proclamó severo, mientras mi garganta estaba cegada por la

ansiedad:

—Con la anuencia del caballero Ulpio Vero, y bajo los auspicios de Júpiter Stator, resuelvo que el procesado sea imputado solo por el delito de irreverencia a los dioses. Nuestras leyes solo contemplan la admonición, veinte azotes y el castigo de un servicio en la milicia del Estado, solicitado por su progenitor a cambio de la pena mayor. Por lo tanto, con su permisión, el reo será enviado junto a la Thurma Gaditanorum, la unidad de caballería, al baluarte de Cirta, en la Mauretania Caesarensis, donde servirá a su patria como soldado y meditará sobre la moralidad que debe ostentar todo romano allá donde esté. ¡Esa es mi decisión, domini! Dura lex, sed lex!

Mi padre y Nevio se abrazaron con júbilo. Yo intentaba asimilarlo.

—¡Fausta tibi, compasivo juez! —exclamó mi padre, que temía mi muerte.

—Así enmendarás tu comportamiento, joven Vero. El escarmiento físico ayuda a forjar el carácter de un romano. ¡Esta es la justicia del Senado y del pueblo de Roma! —concluyó Flaco, que me miró con indulgencia, pensando que era un pecado de juventud y que en África mermaría mi fogosidad.

Mis lamentos se interrumpieron. Mi existencia daba un cambio radical y se lo debía al buen juicio de mi padre Ulpio. La insólita condena me llevaba como una hoja seca a cientos de estadios de mi ciudad, pero salvaba la cabeza. Me habían declarado culpable solo a medias y por desacato a unas deidades en las que no creía. Habían cambiado la condena capital por la milicia obligada en un reducto apestoso, y posiblemente ya nunca más vería a Valeria.

Pensé que el veredicto incluía una somanta de azotes en el pretorio, y me puse a temblar. Aquel bestia de Coques, que me miraba como el halcón a la presa, se relamía de placer. Mi cuerpo no aguantaría semejante castigo.

De improviso, un ujier con cara de comadreja vino a salvarme y a evitar que aquel canalla cebara su hiel en mi espalda. Exclamó:

—Los azotes pueden ser conmutados por una multa de cien sestercios.

Con lágrimas en los ojos, mi padre satisfizo el recargo, y me abracé a él y a mi hermano Nevio, y juntos nos fuimos a contar a nuestra madre el veredicto. En la mudez pude oír cómo fluían las reflexiones de mi padre. La tensión que había entre los dos decreció.

—Hijo, este juicio ha sido una farsa, ¿comprendes? El pretor Flaco fue llamado al palacio Balbo y se le sugirió que echara tierra sobre el asunto, y que no se mencionara el nombre de su ahijada. Pero como el acusador insistía en una pena grave, Trebonio y yo sugerimos lo de Cirta.

—¿Qué dispuso la familia Balbo sobre mí, padre? —le pregunté.

—Que no se te condenara a la sentencia de la espada, pero se te apartara de la vida cotidiana de Gades, desempeñando una labor de mérito para la República, y lejos de aquí. No olvides que soy un caballero y que luché hombro con hombro con César y Octavio.

No pude disimular mi agitación interior. Pero no tenía otra opción. Mi padre sollozó y mi hermano pasó su brazo por mi hombro, alentándome:

—Puer, este tiempo en el que servirás en el ejército será beneficioso para ti. A tu vuelta serás un hombre nuevo y se habrá olvidado el asunto. Pater ha obrado sabiamente y mater no ha perdido a su hijo, ¡por Minerva!

—La paciencia no está entre mis virtudes, Nevio, pero arrostraré mi culpabilidad como me corresponde. Me dejé llevar por una pasión verdadera pero imprudente, lo sé. ¿Y no podré ver antes de partir a domina Valeria, padre?

—Esa patricia está fuera de tu alcance, hijo. Olvídala. Además, ayer partió rumbo a Roma, según creo.

—No me digas que se ha marchado de Gades, pater —me lamenté.

—Sí, y es posible que ya no vuelvas a verla nunca más. No es de nuestra clase. ¿No te das cuenta de que vas a la deriva, hijo? —me exhortó.

—Mi acción ha precipitado su fatal destino —asumí abatido.

—Nadie escapa a él, ni el mismo emperador —me apremió mi padre.

Nevio insistía en que yo había sido un irreflexivo al eludir las normas y dijo:

—Siempre fuiste un soñador y defiendes tus convicciones con ardor, pero la vida real es otra cosa. Lo superarás y volverás más fortalecido.

—Querido hermano, lo que no soy es una oveja de rebaño —repuse, sabiendo que a mí me requerían una moral que la mayoría de los magistrados y caballeros de Gades no cumplían.

Estaba agotado, pero no pude dejar de notar cómo nos miraba la gente, algunos incluso escupiendo al suelo a mi paso, y pensé que había trascendido el eco de la noticia. Pero a mí, perdido en mis pensamientos, solo me importaba Valeria Domicia, camino de Roma y muy lejos de mí, a cuestas con su secreto.

También había perdido las esperanzas de hallar al causante del fiasco de mi plan, que indudablemente se movía entre los miembros de la familia Balbo y lo había destapado. Pero ¿ cuál era su oculto y siniestro motivo? ¿Quién podría haberlo consumado? También pensé que no hay amor si no lo acompaña el atrevimiento y la locura, y me reconforté.

El mal ambiente no hizo sino acentuarse en las calles. Me

insultaron a voz en cuello, y me desearon los peores males, ya que había despertado la animadversión de la diosa con mi infame proceder y la deidad se vengaría castigando a la ciudad.

—Graeculus, bufo merdose! ¡Sapo de mierda! —me menospreciaron.

—¡A ver si revientas como una vejiga de cerdo, Vero! —vociferó otro.

—Tulius, pathicus felator! ¡Cornudo chupavergas! —me intimidaban.

Pensé que los asuntos escandalosos, y más si están de por medio los dioses, suelen exacerbar los malos instintos y la intransigencia. Como un perro apaleado, y pensando en mi madre, vertí unas lágrimas. Lo acepté como una purga, aunque comprobé que las gaviotas carroñeras suelen acudir a la inmundicia y cuanto más escandalosa es esta, mejor.

—¡Reniego de todo! —dije a mi hermano—. Me repugna este mundo.

Me repugnaba la perspectiva de acatar órdenes de centuriones bestiales y más aún abandonar mis libros, pero me enrolaría en la tropa que cada verano relevaba a la guarnición. Tal vez allí hallaría una muerte meritoria. Esa noche, tirado en la yacija, me sentí como el ser más nimio del universo, y la desesperación me embargó por completo. El silencio del habitáculo se hizo estruendoso e intenso.

Siempre he sido un ser impresionable y sabía que me esperaba un mundo despiadado en África, pues sus pobladores solían acechar las vidas de sus conquistadores y procurar su desastre. Por vez primera en mi vida, recién cumplidos los dieciocho años, percibí que la muerte se aproximaba, invisible y codiciosa, hacia mí, y decidí esperarla y con el máximo honor.

Me buscaría a mí mismo en las arenas del desierto y, más que un castigo, la mía era una huida muy poco honrosa de la vida que más amaba junto a mis libros. Con la primera vigilia, entré en un sueño profundo, aunque sabía que volvería a despertar al horror de la perspectiva del destierro a una tierra extraña.

Era un manojo de pensamientos tristes, pero me dije que los seres humanos poseemos gran capacidad para soportar adversidades. De todas formas, la vida, en aquel momento, me mostraba su expresión más hostil, pues habían pisoteado y desacreditado mi reputación. Y sobre el afecto que me profesaba Valeria pensaba que bien pudiera ser un amor engañoso.

Aquella noche mi casa era un lugar deshabitado, sin calor, y los miembros me pesaban como el plomo.

V

LEGIO AUGUSTA

Cirta, en la Mauretania Caesarensis de África

Decididamente mi padre tenía razón.

La clarividencia me golpeó con naturalidad. Había ido demasiado lejos en mi pasión por Valeria. El tiempo de mi juventud en Gades se me escurría entre los dedos y, azotado mi rostro por la brisa marina, navegaba rumbo a la Cirta africana a causa de mis fantasías y al ultraje ocasionado a las costumbres del culto a Astarté.

Los restos del siniestro, o sea, los míos, flotaban en el mar de la desilusión y del fracaso, porque a la postre los momentos felices de mi vida siempre me provocaban gran dolor.

Antes de zarpar de Gades en unos trirremes ocupados por dos cohortes de soldados, y con el susurro de los lloros de mi madre, de Amyntas y de algún esclavo de la casa, mi padre me advirtió grave:

—No importa dónde te encuentres, hijo. Aunque sea al otro lado del mundo no podrás escapar de ti mismo. La culpa y la indulgencia van contigo.

—Me conduciré con honor —le prometí abrazándolo—. Cuida tu salud.

—Los dioses han levantado la mano sobre ti, pero te conceden una tregua para reflexionar sobre tu desdichada acción —me dijo al besar mis mejillas.

—La vida es demasiado corta para lamentarse, padre. ¡Volveré!

Al descollar el alba, dejamos atrás el emporio atlántico, sus islas y el templo de Melkart, al que recé para que me concediera el favor de regresar vivo concluida mi penitencia. No miré hacia atrás. Me consumía lo que dejaba, mi casa, mi pasado y la añoranza de mi familia, que circulaban con pesadumbre en mi corazón. Apoyado en la amurada, observé a los pilotos de rostros barbados, hombros encorvados y pies descalzos, que no sé cómo se orientaban en la niebla ebrios como estaban.

Echado sobre el bulto de las impedimentas militares, me devané los sesos pensando en la cara principesca de Valeria, que seguía reinando en mi mente como único pensamiento. Fantaseaba con ella y me preguntaba dónde se hallaría en aquel momento y si volvería a verla alguna vez.

—Todos los varones sois gobernados por una mujer, hijo mío —me

había dicho mi madre—. Procura que la tuya al menos te ame. ¿Acaso está ella enamorada de ti? Puede tratarse de un juego en el que la poderosa intente reírse del débil.

—Amo y siempre amaré a esa mujer, madre —le aseguré, convencido.

—Pues prepárate a un amor sufriente, quizá no correspondido e impredecible —vaticinó, no deseando mi sufrimiento.

Y besó mi cara cariacontecida, antes de la partida.

No puedo expresar de un modo coherente el cambio que supuso para mí la disciplina de la legión en la que me enrolaron. La Thurma Gaditanorum pertenecía a un ala de la III Legión Augusta, y estaba encargada de mantener a raya a los salvajes gétulos y a los garamantas del desierto, así como de la protección de las colonias norteafricanas de Tiddis, Cuicul y Milevum.

Estas ciudades estaban habitadas por los llamados sittianos, antiguos legionarios del general cesariano Publio Sittio, que habían fundado en aquel territorio prósperos asentamientos a los que se conocía como la Nueva Roma. La tropa a la que yo pertenecía estaba al mando del general Sempronio Atratino, un maniático de la disciplina, del orden y ávido por espoliar cuanto se ponía a su alcance. Le gustaba lucrarse y lo hacía con la proverbial impunidad de un gobernador romano.

El tocino rancio, las salazones podridas, el vino aguado, el aceite añejo, el pan correoso y las habas y judías agusanadas fueron el rancho que nos dieron durante la travesía. Ahí debía de radicar el poder de las legiones romanas, pensé: en la promesa de botín y matar de hambre a sus soldados. En la compañía gaditana rondábamos la veintena, y la constituíamos una centuria larga de chiquillos, entre équites e infantes. A algunos, la armadura de cuero, las polainas, el casco y el capote les estaban tan grandes que causaban más risa que temor.

Ya el viaje a aquellas tierras fue, desde el principio, penoso. Percibí la pesadez de una borrasca inminente al dejar atrás los farallones de Kalpe y Abyla, las Columnas Heracleas. La visión de mi propio vaho, un cielo de acero y la caída de una lluvia pertinaz hizo que quedara empapado y que hasta el desembarco sufriera una fiebre que me hizo temblar y sudar como una res.

Las órdenes del centurión nos hicieron temblar a los bisoños reclutas cuando el día treinta de las pridie calendas del mes octavo pusimos pie en tierra en el embarcadero de Rusicade, donde nos aguardaba un manípulo de la Legio III al mando de un decurión que atendía al nombre de Quinto Sisena, y que casualmente también pertenecía, como mi familia, a la tribu romana Clustumina y a la

clientela de los Balbo. Estimé considerarlo como mi leño salvador.

Y como la amistad es un negocio desinteresado entre iguales, al poco tiempo y en medio de las inseguridades de la vida militar, nacería un mutuo aprecio que hoy en nuestros días perdura aún vigoroso.

Depauperados, oliendo a salitre, paja podrida y vómitos y con el vientre revuelto, se nos abrió un camino pedregoso sobre el que caía a cuchilladas un sol perturbador. En perfecto orden, siguiendo el ronco ritmo de dos cornu dorados y las sandalias claveteadas percutiendo en la calzada, marchamos en marciales filas. Con las capas de lana de color cobrizo al viento, el casco protector sobre nuestras cabezas, las corazas de lamas y el pañuelo al cuello que nos protegía de las rozaduras, nos dirigimos al castro militar a un tiro de piedra de la capital, Cirta, donde se nos recibió en medio de un viscoso silencio.

Caminábamos a pie, infantes y équites, con la lanza, el escudo, los utensilios de campaña e higiene personal, el glaudius y las herramientas para cavar zanjas colgadas en una pértiga sobre la espalda, atosigados por las moscas. Al fondo, hacia el sur, se adivinaban las estribaciones azuladas de las montañas del gran Erg Oriental, de donde provenían los ataques de las tribus nómadas. El nuestro era solo una parte del ejército romano en África, que ocupaba otros fortines con el mismo propósito de mantener a raya a los belicosos garamantas.

Nos recibieron sobre un podio unos oficiales de alto rango: el prefecto del castro, que golpeó su mano en el pecho al saludar nuestro estandarte, el centurión primus pilus, segunda autoridad del presidium, y el tribuno del ala ecuestre, que sería mi jefe inmediato en mi estancia en Cirta. Los acompañaban algunos centuriones, dos opcio y varios legionarios de rostros aguerridos.

Cruzamos la Porta Pretoria en perfecto orden. Inclinamos la testa ante las insignias de la legión que se hallaban en el centro del pretorio, las águilas y el caballo alado de Mercurio, distintivo de la Augusta, y allí juramos defender los emblemas de Roma con nuestras vidas y cumplir los mandatos del Senado.

—¡Que estos reclutas sean alojados y alimentados! —ordenó el prefecto.

Nuestra tropa, precedida por el signun gaditano de los dos peces culminado por una mano de cobre, fuimos distribuidos en los contubernios, tiendas de ocho soldados. A los équites nos ubicaron en el lado oeste, donde se hallaban las tiendas de los caballeros y las cuadras, y al resto, los infantes o pedites, a la entrada, junto a las tropas auxiliares númidas, que percutieron sus armas sobre sus escudos a modo de saludo. El fortín estaba construido con toscos ladrillos de adobe, y a su alrededor se alzaban tiendas que albergaban

las tabernas y burdeles por la jarana que se adivinaba.

El campamento, habitado por legionarios y tropas auxiliares númidas, mostraba un aspecto deprimente y la milicia indígena, en su mayoría jinetes, pululaban por el castro en la más absoluta de las indolencias. Me pareció que aquel lugar estaba en el culo del mundo civilizado y que me pudriría tirado en una de aquellas tiendas sucias e indignas del ejército de Roma, con polvo, insectos y hasta alacranes.

No era un destino envidiable, pero debía armarme de valor, pues aún me quedaban dos años de ostracismo, susceptibles de convertirse en tres o cuatro si cometía alguna indisciplina.

Los novatos adecentamos la guarnición, puliendo las armas oxidadas, restañando las cuerdas de los arcos y limpiando el barro a los caballos en pequeñas piscinas de tres palmos de altura donde los cepillamos y aseamos.

—¡Este campamento militar parece una zahúrda! —dijo un recluta.

—Entrar en combate con estos haraganes es ir a una muerte segura.

Y como todo tiene visos de empeorar, se hizo cargo de los novatos un tenaz tribuno, veterano de la guerra. Con él fuimos sometidos a una disciplina y a un entrenamiento tan rigurosos que a veces creí que la sombra del tránsito a otra vida se me arrimaba acechante. En apenas cinco semanas fuimos convertidos en legionarios, y a menos que el desierto se congelara, al amanecer y hasta más allá del mediodía, nos entrenábamos en defensas improvisadas, caminatas demoledoras y en cabalgadas asfixiantes. Los justicieros rayos del sol caían sobre nuestras cabezas como flechas babilónicas, y regresábamos embadurnados en polvo y en nuestro propio sudor, sedientos y agostados.

Un cielo azul frío, arenas amarillentas, olivos escuálidos, tábanos irritantes y polvo sofocante nos acompañaban a todas horas, y mi constitución sólida, pero no musculosa, experimentó un cambio radical. Sin termas, masajistas ni cuidados maternos, las rudas marchas, las penurias del castro y el deleznable rancho legionario hicieron de mí un joven curtido, fibroso e impermeable al desaliento y al cansancio.

En una ocasión, a la vuelta de uno de los entrenamientos, un jinete de piel atezada que había tirado su arco al suelo tras una orden del tribuno fue colgado de la puerta del castro cabeza abajo, mientras profería toda suerte de injurias. La degenerada moral que había encontrado a mi llegada se había convertido en la más severa de las disciplinas. El tribuno, de nombre Gayo Fanio Cuadrato, nos advirtió:

—¡Cuando nos enfrentemos a esos bárbaros de las montañas, vuestra única esperanza de sobrevivir es convertiros en verdaderos veteranos sin clemencia! Sin adiestramiento, disciplina y obediencia

no es posible la victoria.

Mantuvimos algunas escaramuzas con los escurridizos gétulos, y la thurma gaditana e ibera, incluido mi amigo Quinto Sisena, demostramos no ser ningunos cobardes. Aferrados a nuestras monturas los perseguíamos hasta los cerros próximos, y los atacábamos en maniobras envolventes hasta que desaparecían de nuestra vista.

Se me hizo familiar el siseo de las flechas y de los pilum al ser lanzados, el entrechocar de las armas, los chillidos de mis compañeros, las órdenes del tribuno, los relinchos de los caballos oliendo a sangre, la tranquilidad amenazadora de las dunas y el humo suspendido sobre las chozas cuando devastábamos algún poblado rebelde.

Por las noches, alrededor de los fuegos de hermandad de la tropa, bajo la luz de la luna pálida, solía conversar con Sisena. Era una suerte haberlo encontrado en lugar tan inhóspito para mí. A primera vista me había parecido un sujeto pesimista y altivo, pero estaba equivocado. En una de aquellas primeras veladas, el vino que compartimos le impulsó a la confidencia. Como yo, cumplía una pena por desacato a los dioses tutelares de Roma. No es que fuera un delincuente, era otra víctima más de la justicia sacra. Destapó una vasija de mulsum, y me ofreció.

—¡Venga, prueba esto, hispano!

—¿Por qué has abandonado las delicias de Roma por este erial, Sisena?

Ironizó y me resumió una verdad a medias:

—Tres jóvenes disolutos y yo, en unas fiestas Saturnales, nos emborrachamos y despreciamos a los flamines del templo de Neptuno por convertirlo en un banco de riquezas. El desacato nos costó el ingreso en la milicia, aunque no el exilio. Nuestros padres son optimates ilustres. Yo vine a África y ellos viajaron al Rin, a Germania.

—Los dioses saben que hay cosas peores y han sido benévolos.

También yo le relaté mi heroicidad y se rio a carcajadas.

—¿Qué te empujó a llevar a cabo semejante locura? Ah, el amor, claro. Lo tuyo es un inocente pecado de pasión por una mujer. ¿Sabes?, yo mismo solicité este destino, un romano no es tal hasta que no ha derramado su sangre por la patria —me dijo convencido.

—Algo así como salir de Roma para conocer la vida y sus riesgos, ¿no?

—Cierto. Mi padre luchó contra Yugurta, y deseo culminar un cursus honorum en la milicia romana. Estoy haciendo méritos y muy pronto ascenderé. Y tú, amigo, ¿cuáles son tus sueños de caballero? —se interesó ya algo ebrio.

Yo, que me había mostrado cohibido desde que llegara, solté mi lengua:

—¡Por Marte, que te vas a reír de mí! Pero escucha: en Gades me conocen como Tulio el Librero, o el Graeculus, pues poseo una librería frente al templo de Minerva. No es un cementerio de libros, sino un mercado vivo y muy apetecible. Además, profeso un fervor desmedido por ellos. Leo cuanto cae en mis manos, en griego, púnico o latín, y también escribo poemas. Mi padre comercia con rollos escritos expoliados por las legiones y dirige los talleres con copistas especializados, con los que ha hecho una considerable fortuna.

—Me asombras. No pareces precisamente ni un sabio, ni un escribano, ni un librero —sonrió—. ¿Y ese oficio es rentable? —se extrañó.

—Más de lo que te imaginas, Quinto. Además, esos volumina me hacen feliz, en especial los escritos de Tito Livio, del que soy un fervoroso seguidor. He inventado mi propio espacio de soledad en mi domus, y leo repetidas veces la Ilíada, la Odisea y las Décadas de Livio como si fuera un vicio solitario, solo acompañado por el batir de las olas del océano. Una vez inventado el libro y la palabra escrita, el hombre ya no puede hacer nada más notable y benéfico para su espíritu. ¡Prueba ese placer!

—¡Vaya! Creía que todo final de una biblioteca era el fuego, Tulio —rio.

—Sé que en Roma no se ensalzan los libros como objetos valiosos, salvo los Sibilinos, porque contienen antiguas profecías sobre la Urbs. Pero existen otros pueblos, el egipcio, el griego, el judío, o el persa, que los consideran sagrados y los veneran hasta dar su vida por ellos. ¿Sabes?

—Mi padre, que fue amigo de César y ahora de los Balbo, posee una abastecida biblioteca. Si vas por Roma te la mostraré. Se alegrará de conocerte.

—Si salgo con vida de estas pocilgas, será lo primero que haré.

En medio del jolgorio de los équites, que descansaban del trajín, me dijo:

—Lo digo avergonzado, pero he llegado a quemar las bibliotecas y archivos de los templos de Isthar y Baal en Zucchabar, cuando los garamantas y gétulos los atacaron el año pasado, y tuvimos que sacarlos a punta de espada.

—Yo, lo más que he llegado es a mutilar ciertos volúmenes y venderlos por páginas a diez sestercios a lectores ávidos de Gades. Gente pobre y solo por el placer de extender la cultura en mi ciudad.

—Pues mi idea sobre la utilidad de los libros ha cambiado con tu plática, Tulio. Hablo y escribo el griego, pero no leo a sus poetas —admitió.

—Mañana te llevaré a tu tienda una de las Décadas de Livio.

El vozarrón del centurión confirmando el santo y seña a los vigías acabó con la conversación y con el vino, y nos retiramos a nuestras tiendas. La ciudad de lona y madera se llenó de humos y de vigilantes tiesos como estatuas.

Mi amistad con Quinto Sisena acrecentó mi confianza para sobrellevar el destierro, y, antes de la retreta, conversábamos y vaciábamos una jarra de vino.

No deseaba hundirme en el infortunio y traté de que mi desdichada acción del templo de Astarté fuera quedando en el olvido, no así la imagen idealizada de Valeria y sus últimas palabras, que resonaban en mi mente como el martillo de un fundidor. Me veía como el mítico Acteón, el héroe mitológico que cuando iba de caza sorprendió a la diosa Diana bañándose desnuda en una laguna, y esta, al verse descubierta, lo convirtió en ciervo y fue devorado por sus propios perros. Esa era mi auténtica herida. La nostalgia devoraba mi alma.

Aquel no era mi lugar, y en mi ociosidad me entregaba a mi pasatiempo favorito, leer y releer los cinco o seis libros que había podido acarrear en mi petate y, entre línea y línea, evocar a mi amada Valeria.

Las semanas transcurrieron porosas, mi piel se volvió tan morena como la de un númida y mis músculos resaltaban bajo la túnica.

Una vez a la semana, el tribuno Gayo Fanio, con su voz atronadora, nos formaba ante las insignias del pretorio, y como si del pregonero de la Rostra de Foro se tratara, nos relataba las noticias llegadas de Roma, y lo hacía con enfervorizado entusiasmo, conocida su devoción por la familia Julia, al haber combatido, como mi padre, a las órdenes del divino César:

—¡Soldados! Tras la batalla de Actium, Cayo Octavio ha perdonado a los ciudadanos contrarios a su causa que han solicitado su clemencia. Además, el Senado ha decretado que la memoria del triunviro Antonio sea suprimida, su nombre borrado de los fasti, los registros estatales, y su cumpleaños sea considerado día nefasto. Octavio César, el Imperator, ha recibido el título de Princeps, primer ciudadano, y de Augustus, el ilustre, el respetuoso con la ley.

—Augustus Augustus Augustus! —lo aclamamos.

Se trataba de un título que le confería el dominio del Imperio en lo religioso y en lo político. Y como ocurriera con su tío abuelo, Julio César, al amado de los dioses se le permitía portar en la testa la Corona Cívica de oro, el mayor título militar, y a vestir la toga picta de púrpura imperial.

—Imperator, Imperator!! —voceamos los legionarios.

Gayo Fanio prosiguió:

—Como quiera que el Senado le ha concedido el mando de veinte legiones y el gobierno de Hispania, Galia y África, ahora mismo es nuestro comandante en jefe. Concluidas las funestas guerras civiles que dividieron nuestra nación, César Augusto ha sido investido con el mando supremo del Imperio. Demos gracias a Marte y Belona, porque nuestro gran general ha restaurado la República y la paz extraviada. Salve, Caesar Augustus! —exclamó alzando el brazo.

—Augustus, Augustus, Augustus! —contestamos en las formaciones.

Para divulgar que era el heredero del divino Julio, Octavio se había dado el renombre de Imperator Caesar divi filius, el octavo mes pasaba a llamarse de Augusto, y por su decisión y justo gobierno, Roma, al fin, gozaba de una paz duradera, conciliación que se extendería a los confines del mundo conocido.

—¡Hoy habrá ración doble de vino, soldados de Roma! —gritó gozoso.

No obstante, la paz de Augusto no extendió su benévolo brazo sobre los legionarios del norte de África. Concluyeron las fiestas Liberalia del dios Baco y las Capitolinas de verano, y la guarnición de Cirta las celebró conforme a los ritos aprendidos de los antepasados, y un día, en las antenonas de septiembre, el vigía de la torre del este distinguió fuegos y humaredas y se enviaron exploradores para indagar el motivo. Volvieron echando pestes de los salteadores del desierto.

Vencidos por el agotamiento, revelaron que los salvajes garamantas habían abandonado las montañas y habían comparecido en la frontera retando el dominio de Roma. Se comportaban, según sus palabras, como un hervidero de langostas, asolando cuanto encontraban a su paso y robando cuanto querían en granjas, alquerías y aldeas. El tribuno nos reunió en las inmediaciones del altar de Marte. Ya teníamos una causa para morir y nos arengó:

—¡Esas sabandijas de los garamantas, ayudados por algunos gétulos traidores, han abandonado sus madrigueras y quemado los graneros de Theveste, de los que se abastece Roma! Esta vez han ido demasiado lejos y hemos de darles un escarmiento —dijo Fanio, y ordenó hacer los preparativos para la inmediata y expeditiva marcha de castigo.

Al alba siguiente, el tribuno, un soldado de brazos, piernas y hombros potentes, que se vanagloriaba por el escuadrón que había formado, hizo sonar los clarines para iniciar la batida. Pasó revista complacido. Olíamos a bosta, cuero, sebo, a oleum del que utilizábamos para untar nuestros cuerpos y a tierra mojada. Me apreté el sudarium rojo al cuello, pues la brisa era fría. Las prostitutas de

Cirta salieron al camino y nos saludaron con sus pañuelos de seda.

Con las piernas apretadas a la cabalgadura, negra como el caballo de Marte, me uní al canto del himno del dios, que solían entonar los legionarios de la Augusta. Me hubiera halagado que mi abuelo, mi padre y mi madre me hubieran contemplado con el uniforme de équite y la cimera con hebras de crin de caballo al viento y las brillantes armas sobre mi transformado cuerpo.

Cabalgaba al frente de la cohorte gaditana, formada por tres manípulos de ochenta individuos, entre jinetes, infantes y auxiliares númidas e iberos. A mi lado iban los signiferi, que portaban las Águilas y el estandarte del caballo de Mercurio de la III. Mi guarnición marchaba en ofensiva, y el corazón me galopaba en el pecho.

Pronto avistamos las primeras bandas de garamantas, individuos de aire lobuno con petos de lana de vellón y turbantes pardos. Se trataba de una tropa desordenada de dudosa disciplina, formada por hombres crueles y encarnizados, que preferían vivir en las ciénagas y arenas movedizas que en los predios de la civilización traída por Roma que les garantizaba el pan.

Se dirigían al río Nigris y los cabecillas montaban caballos veloces y pequeños y algunos camellos, y daban miedo por sus horribles bramidos y por sus rostros pintados de azul. Más que un ejército, parecían una desordenada manada de hienas que aparecía y desaparecía por las lisas dunas, intentando confundirnos.

—¡Legionarios, son hombres, no diablos! ¡Y su sangre es tan roja como la de un cerdo! —gritó Gayo Fanio para infundirnos valor—. Roma vincit!

—Roma Victrix! —clamamos al unísono.

Evoqué un verso de la Ilíada y lo recité para ahuyentar mi pavor.

—«Zeus, permítenos ser guerreros de corazón esforzado. Que nadie llegue a avergonzarse por parecer un cobarde en el combate. ¡Oh, mi gran dios!».

Aquel momento fue horrible para mi ánimo. Vomité hasta que solo pude arrojar la poca bilis que me quedaba. Solo deseaba expulsar el pánico de mi cuerpo y sentir la brisa fresca en mi cara. Mi valor guerrero no superaba a mi creciente pavor. Lo reconozco.

Gayo Fanio se reía burlonamente de la muerte y yo estaba aterrado. Hacía tiempo que no moldeaba la vida a mi gusto, y en aquella correría podría perderla. Era la cruda realidad que también adiviné en otros legionarios.

El plan era detenerlos con el fruto de sus pillajes antes de esfumarse al sur de las Sirtes o en los desfiladeros de Thelga o Gamara, su capital, donde con tan escasas fuerzas sería inútil perseguirlos. Además, el tribuno nos advirtió de que debíamos estar atentos a cualquier ardid o trampa, a los que los garamantas eran tan

aficionados. El polvo reseco de las sendas africanas se colaba en los poros de la piel y mi lengua estaba seca como el esparto. Comíamos higos secos, bebíamos mulsum aguado y galleta mojada en aceite, y el agua estaba restringida.

En las colinas del Nigris florecían alfombras de flores amarillas, amapolas y jaras, trémulas por la brisa del atardecer. Las contemplaba desde lo alto de mi montura y pensaba que tanta belleza se mezclaría muy pronto con la sangre y el barro de la cruenta contienda que se avecinaba, pues Gayo Fanio no les daría cuartel hasta acabar con los garamantas. La fatiga hizo mella en nosotros, y las cantimploras se vaciaron demasiado deprisa, mientras éramos fustigados por un simún despiadado, por los tábanos y un sol implacable y abrasador.

Acercarse a las lagunas o al río suponía una emboscada posible y un gran riesgo. Un legionario siempre va afeitado y con las correas e indumentarias brillantes, y el tribuno no permitía la menor indisciplina en la tropa. Cuando el sosiego lo permitía nos aseábamos, comíamos el rancho de habas, galletas, el bucellatum legionario, y lentejas cocidas con tocino.

Caminábamos ensordecidos por los relinchos de los caballos y el entrechocar de las armas con los escudos. Vivíamos la calima desértica y comenzó a cundir la desesperación entre los más bisoños y los reclutas por los gritos horrísonos de los nómadas, que parecían emitidos por fieras inhumanas. Sin embargo, los viejos legionarios de la Augusta no tenían ansiedad por nada y nos animaban al asalto y la pelea. La mayoría eran iberos y galos, y llevaban los rostros semiocultos por pañuelos sucios y empolvados.

Cruzamos aldeas arrasadas por los garamantas, que nos demostraron su barbarie y salvajismo, y acampamos en la orilla del Nigris, arropados por unas casuchas carbonizadas cerca de los lagos Thabudeos. Los juncos ocultaban sus cenagosas aguas y los muros desmochados estaban cubiertos de cenizas. Observé asqueado que las ratas y unos canes sarnosos y pertinaces roían los cadáveres de los granjeros muertos y de las bestias sacrificadas; y entre gruñidos sorbían los tuétanos y los hilos de sangre.

Los exploradores informaron de que los expolios habían cesado al ver a la columna romana dirigirse hacia el sur, y que los ladrones estaban escondidos en la otra orilla, dispuestos a escapar a la menor ocasión al Erg Oriental, su desértica tierra de origen. Cuando se establecieron las guardias, una tormenta se desató sobre nuestro improvisado campamento, a sabiendas de que el enemigo aguardaba frente a nosotros. A veces tanteaba a ciegas para comprobar dónde tenía la espada en caso de un ataque imprevisto, mientras las ratas chillaban a nuestro alrededor.

La noche compareció fría como el aliento de Hades. Permanecimos

inmóviles junto a las tiendas y solo se oía el crujir del cuero afilando las espadas, las lanzas y la flechas, la respiración anhelante de los legionarios y los bufidos de las caballerías. Nadie dormía. Al amanecer cesó la cellisca y el sol naciente del desierto lanzó su fuego habitual sobre nuestras cabezas. Era la hora del inevitable encuentro, y una sensación de vacío y de incertidumbre me cerraba la garganta.

El tribuno pasó revista a la tropa formada. En sus ojos claros como el azul del cielo no se atisbaba un ápice de compasión por los garamantas, a los que se disponía a golpear con una derrota tan brutal que nunca la olvidarían.

Yo, en menos de una hora, me convertiría en un soldado de Roma.

Pero podía morir, y mis huesos quedarían enterrados en la arena del desierto eternamente.

VI

GARAMANTAS

Río Nigris, en la Mauretania Caesarensis

Los veteranos nos animaban y Quinto me alentó al notar mi pavor:

—¡Perspectivas óptimas, muchacho! Atiborraremos nuestras mochilas de botín y haremos esclavos. ¡Será un juego de críos!

«Los romanos matamos más por el botín que por nuestra reputación», pensé.

Las estrellas habían desparecido y al amanecer la niebla se disipó. Las escudillas de vino que nos pasábamos de unos a otros calentaban los gaznates y la incipiente ebriedad aletargaba nuestro nerviosismo. El tribuno dio la orden de iniciar la marcha hacia el río, donde los garamantas habían abandonado sus despojos para, ligeros de equipaje, escapar cuando la ocasión les fuera propicia. Pero no lo permitiríamos y el encuentro era inminente.

—¡Soldados de Roma, no hay honor si no hay valor! ¡Recordadlo!

Gayo Fanio era un experimentado soldado y olió el peligro y las intenciones de los salteadores. Se asemejaba a un dios sobre su cabalgadura, presto a acabar con los enemigos que habían osado alzarse contra Roma y robar su trigo. Alzó la mano y nos detuvo. Su firme determinación tuvo sobre nosotros un efecto tranquilizador y evitó nuestro descalabro.

—¡Formad los testudos! ¡En tortuga! ¡Caballería a los flancos, por si intentan escapar! —ordenó mientras los legionarios preparaban la estrategia.

A Quinto Sisena le castañeteaban los dientes cuando, a trote lento, nos dirigimos codo con codo hacia los ribazos donde se ocultaba la primera línea de africanos. Todo era silencio y no se escuchaba el acostumbrado croar de las ranas. De súbito, una horda desbocada de enemigos se nos vino encima. El escenario del encuentro me pareció aterrador.

Era un terreno pantanoso y escondía peligros ocultos. Todo fue muy rápido. La celeridad de las tropas legionarias resultó impetuosa y en la primera batida matamos a un gran número de garamantas, que caían bajo las lanzas y espadas romanas como figuras de barro de un tenderete. El objetivo era exterminarlos: como nos exigían los centuriones, no concederles tregua y no mostrar liberalidad con el enemigo. Y fuimos implacables.

Imágenes efímeras e hipnóticas se sucedieron frente a mí. Decenas de garamantas caían a nuestros pies con los miembros cercenados y las cabezas cortadas. La silueta de un garamanta encorvado y feroz se me abalanzó enarbolando su pesada lanza, y de un tajo le corté el brazo. Fue mi primera acción de guerra, y después siguieron más. No había dios misericordioso que me detuviera. Las flechas botaban en las láminas de acero de mi loriga y los garamantas caían uno tras otro frente a mi caballo azabache, que saltaba bufando y sudoroso por encima de los cadáveres. El asalto fue un éxito desde el primer momento y me crecí con la matanza.

Pronto, la orilla del Nigris se transmutó en un pavoroso cenagal de barro, sangre, vísceras, tripas, miembros y espinazos partidos, mientras soldados y bestias heridas se retorcían en el suelo entre lamentos de agonía. Hacía calor y me retiré el pañuelo del cuello. Se acrecentaba el cansancio de los équites, que acudíamos en auxilio de los infantes, entre el centelleo de las lanzas, las espadas y los arneses. Los centuriones, altaneros y brutales, nos ordenaban no dejar a nadie vivo y se vivieron instantes de confusión. El desbaratado adversario, aferrado a sus armas, moría en los arenales. Les impedíamos ponerse a cubierto y los jinetes los aislamos.

Los garamantas supervivientes parecían fantasmas y sus cuerpos menudos, ululantes y curtidos por el sol, se movían de un lado para otro para confundirnos. Se produjeron escaramuzas furibundas y los fuimos exterminando sin piedad. Transcurridas unas horas de violencia extrema, con muchos legionarios sangrando incesantemente por las flechas garamantas, la zona me parecía una barahúnda de muerte estéril.

La ribera se llenó de cadáveres de norteafricanos, los ingobernables salvajes que habían osado retar al poder de Roma. Un enorme sacrificio de vidas fue dando paso al final del sangriento encuentro, pero un desbarajuste grave y amenazador surgió de repente: como había pronosticado Gayo Fanio, algunos salteadores se habían escondido dentro del río y surgieron como demontres de entre los juncos cuyas serpenteantes raíces pisoteaban nuestros corceles. La partida al Hades surgió resbaladiza y traicionera bajo nuestras caballerías.

Hasta entonces había sido una refriega dominada por nuestros caballos frente una horda de hienas del desierto, de renegrido aspecto y a pie. Nadie vio nada, pero los africanos que surgieron entre los altos cañaverales arrojaron una andanada de flechas y de cantos rodados, lanzados por hondas, capaces de matar a un combatiente con su letal impacto. Un grupo de jinetes iberos, númidas y romanos, que perseguíamos a los últimos garamantas, recibimos una insospechada andanada de piedras y flechas. Nos movimos como si un grupo de

gallos altaneros hubieran visto a una manada de zorros.

En medio de un grupo de guerreros enzarzados en una lucha enconada, mi corcel corveteó y bufó con las patas ensangrentadas y embarradas. Me pareció que barruntó el riesgo, pues me mostró sus rosados belfos y me miró oblicuamente.

Aún evoco el estruendo ensordecedor que se nos vino encima y cómo el pánico me enturbió la vista. Uno de los pedruscos me impactó de lleno entre la visera del casco y el pómulo, produciéndome una virulenta herida de la que comenzó a salir un chorro de sangre caliente y viscosa que pronto me cubrió toda la cara, la coraza y el brazo. Oí el resollar de mis pulmones y olí mi propia sangre.

Al mismo tiempo, vi aterrado que una flecha traspasaba el espacio intermedio de la loriga segmentada de mi amigo, el decurión Quinto Sisena, que cabalgaba a mi lado lanza en ristre, y pensé que había penetrado en su corazón.

A un númida que cabalgaba tras de mí una saeta le perforó el cuello de parte a parte, y a un ibero le atravesó la boca, saliéndole el virote por la nuca. Las pedradas de los honderos seguían causando estragos entre la thurma, y todo sucedió en unos instantes. Fui perdiendo el conocimiento paulatinamente y me resbalé de mi montura cayendo a tierra como un fardo. «Qué desdicha», pensé, «no viviré para contarlo».

Me precipité al légamo húmedo sin fuerzas. Comencé a no oír ni a sentir, inmerso en una nebulosa insonora. Pasado un rato, a duras penas percibí a un centurión que se acercaba a los caídos, nos tocaba el cuello, nos zarandeaba, y tras un somero examen propio de un veterano experto en heridas de guerra, informaba a Gayo Fanio, negando con la cabeza. Yo no pude hablar en mi estado de aturdimiento y decirle que me restaba un hilo de vida.

—¡Estos cuatro están muertos, tribuno! ¡Nada que hacer! —informó.

—Que el Elíseo les sea propicio y crucen la Estigia con mérito —respondió—. ¡Al galope, persigamos a los que huyen! —concluyó el asunto.

Sentí un vacío, como si la vida se me escapara sumiéndome en las brumas de un sueño de luz vivísima. Y mientras perdía la percepción de mi alrededor y se me borraba la noción del tiempo y del espacio, pude musitar entre dientes:

—¡Por Marte Vengador, me han cazado!

Después fue la ausencia de conocimiento. La nada.

Cuando el sol despuntó y traspasó mis párpados, volví a la vida. Pero no recordaba lo sucedido. Tenía los labios secos y exangües.

Impelido por la severidad de la luz, alcé mi dolorida cabeza y

escuché el trino de los pájaros en los juncales del río y el armónico discurrir de las aguas. No había nadie. Solo cadáveres. Me dolían las costillas, las rodillas y codos cubiertos con raspaduras lacerantes y el pánico que me roía las entrañas como si tuviera un zorro hambriento dentro. Palpé mi herida de la cabeza, ya reseca, y evoqué mi reciente memoria. Los sucesos que se agolparon en mi mente eran negros y confusos como alas de cuervos.

El entorno era un mundo flotante, irreal y terrorífico. Estaba herido, tenía que curarme a mí mismo y examinar también la herida del inerte Sisena, que presumía mortal. Yacía inmóvil, con espuma roja en la boca, pero de sus labios parecía salir un inapreciable gemido. Lo miré con atención y noté que respiraba imperceptiblemente. Le cogí la mano y él apretó la mía.

—¡Por Jupiter Stator! ¡Estás vivo, Quinto! —musité sediento y el alivio inundó mi semblante.

Me amurallé tras un caballo abatido que agonizaba con las vísceras en el suelo, pues ignoraba si algún peligro nos acechaba aún. No había nadie, solo bandadas de grajos y buitres, que a menos de tres brazadas se alimentaban de la sangre de los restos inermes y picoteaban en los ojos de los équidos muertos. Entre una barahúnda de muertos y moribundos, nosotros estábamos vivos. El lugar parecía desierto, pues la cohorte romana había partido velozmente hacia levante para acabar con el resto de los salteadores y recuperar el botín robado.

Era evidente que, creyéndonos muertos, habían abandonado nuestros cuerpos. Regresarían quizá una semana después para recuperarlos y enterrarlos, si antes los buitres y las alimañas no nos habían devorado. Sin emitir ni un solo quejido, me dirigí al ribazo tambaleándome.

Hundí la cabeza en las aguas revueltas del río, llenas de lodo y sangre. Tiritando, divisé cadáveres mutilados de garamantas que se hundían en el fondo, o flotaban en sus aguas barrosas. Me lavé la cara de sangre y bebí agua hasta saciarme, aunque me asaltaban el terror y unas náuseas aterradoras. Estaba al borde del desmayo. A continuación, hice un emplasto con barro, musgo de las rocas y ramitas de romero del ribazo y embadurné mi herida. Era un cráter en mi frente y me vendé la cabeza con mi sudadero. Acarreé agua en el cuenco de mis manos y enjuagué con cuidado el rostro de Quinto Sisena e intenté darle de beber un poco.

Quebré la saeta y, para no dejar astillas que infectaran las llagas, la embadurné con tocino de mi zurrón y luego se la extraje por la espalda de un tirón seco. Tuvo que serle muy doloroso. Observé sus heridas sangrantes como dos bocas abiertas. Apenas si resollaba, pues había perdido demasiada sangre, y quién sabe si tenía dañado algún órgano vital. Curé los orificios con vino y con el mismo emplasto y,

tras vendarlo con tiras del capote, le dispuse el brazo en cabestrillo con su mismo pañuelo de oficial.

Me tumbé al lado del agonizante Quinto, que apenas recuperaba el hálito. Especulé que una nación como Roma se había empequeñecido en aquella terrible contienda, donde habían quedado de manifiesto el imperio de la fuerza y los instintos opresores del todopoderoso.

—Los imperios lo impregnan todo de sangre y de dolor—musité.

Habíamos tomado consejo de la ira y del castigo. Esa era la guerra en la que yo había participado sin excesivo honor y en la que habían muerto en una desenfrenada carnicería algunos romanos y centenares de africanos, estos acuciados por el hambre y la necesidad, aunque también por la codicia. Detestaba a aquellas gentes, pero no me complacía su brutal exterminio.

Debía huir de inmediato o perecer allí mismo. El peligro acechaba a cada momento y pensaba que otra manada dispersa de perros garamantas aparecería en cualquier momento. En tanto recuperaba fuerzas, advertí que no había ningún otro romano herido. Hallé un puñado de granos de mijo en la faltriquera de un númida. Lo trituré con una piedra, lo remojé e introduje una parte en la boca de Sisena, que lo fue ingiriendo paulatinamente, junto a unos tragos de agua y vino. Me pareció que volvía al mundo de los vivos.

Aguantamos una noche entera, tirados y desmadejados entre los ribazos de la orilla. Habían transcurrido dos jornadas y nadie había regresado para rescatar nuestros cuerpos, pero era posible que acudieran ladrones de cadáveres, que nos segarían el cuello para robarnos. Aguardaría unas horas más, y aunque tuviera que llevar a Quinto sobre mis hombros, si no moría antes, abandonaría el desolado paraje.

Nos abocábamos a una carrera cuyo final bien podría ser otra agonía distinta y quizá más atroz. Pero había que intentarlo. Me estrujé la mollera y me decidí. La astucia refinada de un hispano romano de Gades debía ser puesta en práctica. Maldije y eché pestes por la boca, pero nadie, ni mis oficiales del castro, podría censurarme: al fin y al cabo, un legionario de Roma es algo más que el uniforme que lleva.

—Tulio, ¿dónde estamos? —balbuceó al fin Sisena, pálido como la cera, que había permanecido acurrucado a mi lado como un gusano aplastado.

—¡Loado sea Marte, al que he rezado por ti! En el campo de batalla donde fuimos abatidos, aunque nos creen muertos. ¿Tienes fuerzas para andar?

—No, pero lo intentaré. Abandonemos este lugar, Tulio…, ya. Aunque me siento desfallecer. ¡Agua…, por favor…, dame unas gotas de agua! —me rogó y bebió unos tragos, volviendo sus ojos acuosos

por la fiebre hacia mí.

Sustraje de las bolsas de soldados caídos coscorrones de pan negro, queso, tiras de cecina y salazón para resistir, y llené cuatro vejigas de agua. No era suficiente para regresar al presidium de Sirta, que era lo que me proponía, pero hallaríamos por el camino algún pozo o ayuda de algún nativo. Oteé las cercanías y no vislumbré ningún caballo sin amo, o mula de carga de nuestra intendencia. Los pocos que reconocí estaban agonizantes y bufaban entre estertores. Mientras preparaba dos cayados con las ramas de un árbol reseco, Quinto susurraba confusas palabras, quizá por la calentura, o por la debilidad.

Lo puse de pie, y no mantenía el equilibrio. Noté su áspero aliento, su flacidez y cómo me clavaba las uñas en el brazo, pues se tambaleaba de un lado a otro. Aunque sin el botín prometido, mi mochila duplicaba su peso, pues portaba lo necesario para subsistir al menos una semana, y la bolsa de monedas escondida bajo la subucula que siempre llevaba conmigo.

El asma me mortificaba, las moscas nos asediaban y decidí que marcharíamos cuando el calor fuera soportable y descansaríamos en las horas en las que la canícula resultara sofocante.

Me dirigí hacia una pila de cadáveres de gétulos y garamantas y desvestí a dos de los menos ensangrentados. Les quité sus túnicas parduzcas, dos chalecos de piel de cabra, dos cintos de esparto y otros tantos apestosos turbantes de color azulado con los que cubrían sus greñas.

—Vamos, hemos de cambiar nuestras vestimentas por estas. Si en la lejanía ven a dos infantes romanos caminando, nuestras vidas no valdrán ni un nunmus de cobre. Te ayudaré —lo conminé y negó con la cabeza, aunque lo asimiló después y, tras sentarse sobre una roca, se desarropó con torpeza.

—Estas ropas huelen a muerto…, no puedo. Los dioses nos castigarán.

—¿Más aún? Tápate la nariz y reza a Mercurio para que aligere tus pies —lo animé—. Hemos presenciado y ejecutado acciones horrendas. Esto carece de interés, y puede ser nuestra salvación. El objetivo es pasar inadvertidos y regresar al castro.

El hedor a putrefacción se hacía irrespirable, y nuestras siluetas se recortaron en la pelada meseta de horror, cardos y carroña. Nuestra campaña de guerra había concluido sin mucho mérito y de una forma poco digna. A Quinto y a mí nos habían hecho doblar la rodilla, pero éramos romanos y teníamos que levantarnos.

Nuestra desbocada fe en supervivir hizo el resto. Sisena, siguiendo fatigoso el curso del sol, se arrastraba más que caminaba, y pasaba su brazo hábil por mi hombro para poder sostenerse. A veces chillaba de dolor, mientras un frío helador le corría por la espalda debido a la

fiebre. Cansados, nos tiramos bajo una higuera, bebimos agua y vino, y comimos casi sin poder masticar un poco de queso, pan y cecina requemada.

El sol estaba en todo lo alto y nos quedamos dormidos. Al atardecer nos despertó el rebuzno de un burro, que atado a una noria cercana exigía al parecer su descanso. No nos convenía hacernos visibles, y proseguimos el camino bajo el manto ceniciento de una noche estrellada.

—No quiero que este desierto sea la tumba de nuestros huesos. ¡Ánimo!

Con serenidad y mirando en nuestro derredor por si surgía algún peligro indeseado, seguimos una pedregosa cañada paralela a la inacabada calzada romana, donde se veía sirle de cabras, pero no huellas de caballos.

De algo me habían servido las lecturas de la Historia naturalis de Plinio, los viajes de Pitias de Massalia y los recientes escritos de Estrabón: sabía cómo debía regirme para caminar por la noche observando el cielo. Fijaba la vista en el axis primordial astrológico, la estrella polar de la Osa, en la Vía Láctea, formada por las gotas de leche de Hera, la madre de los dioses, y el predominio de las Pléyades. Y como transitábamos en dirección norte, donde se hallaba Circa y nuestro campamento, no debería errar el rumbo.

Todos los días, antes de iniciar la marcha nocturna, tenía un pensamiento para Valeria Domicia, que aún gobernaba mi corazón, y para mis padres, y entonaba una oración invocando el favor de Juno y de Mercurio, patrono de caminantes perdidos: «Oh, Madre Ju-no, creadora de los seres humanos, diosa de las luminosas constelaciones, las sideras alumbradas por ti en la bóveda celeste, condúcenos a la salvación. Nuestra protección está a merced de tu voluntad y haz que no nos extraviemos en tierra enemiga».

Quinto Sisena sufría terribles dolores desde la cabeza a su hombro herido y requería agua con ansiedad, por lo que en la cuarta jornada de caminatas el agua menguó en nuestras cantimploras, que no eran sino vejigas de animales. El polvo de los pedregales se nos metía en los ojos y en las heridas y las llagas supuraban en nuestros pies cansados y descarnados. El destino nos había arrancado de las garras del exterminio de los garamantas, pero la sed, la fiebre y la infección de nuestras heridas nos devolvería al Hades, pues la desolación se había convertido en la cómplice de nuestro viaje.

Encontramos dos pozos, uno seco y el otro de aguas podridas, y solo pudimos extraer unos sorbos tras depurarlos con mi pañuelo. Descansamos y nos ocultamos de unos salteadores que pasaron de largo en sus veloces caballos. Durante la noche puse en práctica una maña para obtener agua aprendida del tribuno Gayo Fanio cuando

salíamos de patrulla: consistía en atar las vejigas vacías en las plantas espinosas del camino, a las que, con la transpiración nocturna y el rocío, se adherían centenares de gotas, suficiente para beber un par de sorbos y seguir caminando.

Con el capote sobre los hombros intentábamos dormir en los descansos, aunque Quinto rogaba constantemente un trago de agua mientras espantaba a los tábanos.

—¿Cómo te encuentras, amigo?

—Como un pajarillo recién nacido y con el ala partida —balbució Quinto.

—Sigamos adelante. No podemos desfallecer ahora —lo animé.

—Eres un tipo de recursos, Tulio, y posees una admirable sensibilidad hacia los demás —dijo sin vigor—. Las desdichas ajenas son como propias para ti. Te debo mi vida, y mi gratitud será perpetua.

—Quizá posea el don de la vida. Otros se esconden en un rincón y se agazapan para no luchar contra los aprietos. Los seres humanos, y lo dicen los filósofos, somos espíritus en lucha permanente contra las incertidumbres.

—Pero yo tengo miedo a morir entre estos pedregales, o ser hecho esclavo por alguno de estos cazadores de caballos —suspiró Quinto.

—Ninguno de estos salvajes ahogará nuestros sueños, compañero.

Pudimos ver, tras andar algunos estadios, un grupo de mujeres y niños de rostros ennegrecidos congregados en lo alto de las dunas, que desparecieron al vernos. Nadie quería ayudarnos y temimos por nuestra seguridad. Las puertas de las humildes chozas diseminadas por los cerros se cerraban a nuestro paso una tras otra y además perros sarnosos y algún chacal nocturno intentaron mordernos. Comidos por enjambres de moscas, proseguíamos.

Sisena veía espejismos y yo recelaba de que pudiera completar el viaje de retorno a Cirta. Estaba ardiendo, pero sin embargo él sentía un gélido frío, y se arrebujaba en sus ropas, pegado a mis costillares. Yo guardaba silencio, aunque en mi interior vociferaba con todas mis fuerzas contra destino tan esquivo.

Mi hermano Quinto se moría entre mis brazos y yo me desesperaba.

Con las primeras luces tiré de él como un fardo y lo llevé a cuestas por una rampa empinada, pues no podía sostenerse. Era el octavo día de marcha y caminábamos como dos perros escuálidos, sin rumbo y con la lengua fuera. Nos alimentamos con unos huevos de codornices que hallamos en un herbazal.

Renqueantes y acompañados por la luz matutina, hallamos bajo un olivo a un viejo ovejero que seguía nuestra misma trocha y que pastoreaba un raquítico rebaño de cabras y ovejas. Dormitaba sobre su

nudoso cayado y sentí un atisbo de esperanza. Dudé si implorar ayuda, pero la situación casi agónica de Quinto Sisena no era nada tranquilizadora. Merecía el riesgo, y supondría su salvación. Ignoraba lo que nos esperaba, pero arriesgué y nos hicimos visibles.

El buen hombre titubeó al vernos y más cuando me dirigí a él en púnico, lengua materna de Gades y de las colonias fenicias. Solo le dije que mi amigo precisaba de auxilio inmediato y se lo pedí en nombre de los dioses de Tiro, Cartago y Gades. La alusión a la divinidad tiria lo hizo serenarse, pues le dio confianza. Un romano no conocía tales deidades y menos aún hablaría el phoiqué. Le informé de que nos dirigíamos a Cirta y que unos salteadores nos habían agredido y quitado las monturas.

Le prometí unos denarios por anticipado si nos curaba y nos facilitaba comida, y al sujeto se le alegraron sus aviesos ojillos. Quinto estaba agonizante y no podíamos perder un solo momento.

En la choza del pastor, cerrada con una cortina de piel de cabra, el viejo le suturó las heridas con nervios de animal, las limpió con vinagre aromatizado con miel y las resanó con un bálsamo elaborado con tragacanto, tomillo, ajo y polvo de piedra pómez, según me explicó. Mi amigo el decurión, tras la curación, se quedó profundamente dormido en un sueño anormal y tembloroso.

Lo observé: tieso como una lanza, sudaba copiosamente y la oscuridad parecía haberse tragado su cuerpo, que como un guiñapo se encogía en el catre comido por los piojos. Sin poder pegar ojo, atento al enfermo, me preguntaba si mi amigo volvería al mundo de los vivos, pues no resollaba, ni se movía, y tenía el rostro demacrado e inexpresivo de un moribundo.

Al despertarme ya había luz, y Quinto, gracias al remedio recibido y al descanso, se irguió a medias y apenas sin fuerzas, reclamando agua. Bebió del jarro hasta no quedar una gota. Se había liberado de parte de mal, pero sus ojos no se posaban en ningún sitio, como si estuviera narcotizado. El pastor miró las cuencas de sus ojos, luego le palpó el hombro y miró su lengua, como si fuera un físico de Esculapio.

—La diosa Isthar ha velado el sueño de tu amigo y lo ha protegido —dijo.

—¡Por Pegaso, el caballo alado, que agradezco tus cuidados, anciano!

Y se lo agradecí apretando su mano, en la que deposité unas monedas. Después pude oír el canto de los pájaros y el ladrido de un perrillo estrafalario, seguramente del anciano, de pelaje sucio y anudado, que me lamía las botas.

El problema de las heridas de los soldados es la descomposición y la gangrena con el paso de los días; aquel anciano, seguramente

enemigo de los romanos, había salvado a mi amigo de un fallecimiento inminente y más que seguro. Un desenlace fatal ya no se reflejaba en la mirada de Sisena, que apretó mis manos lánguidamente. Entre la vigilia y la inconsciencia se recobraba y le prometí que alcanzaríamos pronto las inmediaciones de Cirta.

El ovejero, que batía leche de cabra para hacer un queso grumoso, nos trajo un cuenco con uvas pasas y dátiles, un tazón de cuajada fresca y otro de calostros.

Quinto, con los cabellos pegados a las sienes y en un sobrehumano esfuerzo, arrastraba las palabras, a veces inconexas y sin sentido. Habló en sueños y farfulló la palabra frater muchas veces. Las estrellas no titilaban en el firmamento, la luna era un gajo neblinoso de un cuarto, y parecía atraer malos presagios.

Todo parecía una masa informe y lóbrega, como mis pensamientos. Oré a la Gran Diosa, engendradora de las Tinieblas, de la Luz, del Mar y de las Estrellas, y a las diosas preferentes en el amor de Zeus, para que nos protegieran:

—Atenea de los ojos claros, Venus de las espumas del océano, Cibeles frigia, y Minerva nacida de la cabeza de Júpiter, iluminad nuestro camino.

Daba la señal de que situación tan extrema me había vuelto insensible.

—¿Qué nos espera ahora, dioses de mis antepasados? —susurré al cielo.

Sin desearlo, una desbocada corriente de miedo me envolvió, en tanto contemplaba empequeñecido y agotado un acopio de estrellas parpadeantes que plateaban la cúpula del firmamento, y que, con sus guiños, parecían animarme a seguir con la arriesgada marcha.

VII

CORONA CÍVICA

Cirta, en la Mauretania Caesarensis

El tiempo transcurrido dificulta diferenciar los sueños de la realidad. Sin embargo, aún evoco el olor acre y dulzón de la sucia choza del pastor, el gétulo que salvó a Quinto Sisena de presentarse antes que yo en el reino de Hades. El anciano cabrero lo curó para afrontar la última etapa y le agradecí sus cuidados y compasión. Su piedad me animó a conversar con él.

—Los garamantas anda revueltos, ¿no es así, amigo?

—Esas hienas del desierto nos están convirtiendo en mendigos.

El pastor no se fiaba, y más cuando advirtió las espadas en mi mochila y las caligae propias del ejército romano. Pero vi que le gustaban menos los nómadas del desierto que nosotros.

—Se comportan como bandidos sin alma —dijo—. Arrasan nuestras cosechas, cortan el cabello a nuestras hijas y las hacen sus esclavas.

—Antes de aparecer los romanos os matabais entre vosotros, ¿no?

—¡Siempre fue así! —gritó—. Ahora que al fin gozamos de paz con nuestro rey Juba, esos salvajes aparecen por aquí y roban e incendian, por el placer de matar y espoliar, sarim. ¡Que Isthar los maldiga!

Como nuestras dificultades se habían apaciguado, me animé a seguir.

—En Circa se asegura que Juba es un gobernante sabio educado en Roma y que, al casarse con Cleopatra Selene, hija del general Marco Antonio y la reina de Egipto, goza del apoyo del Senado y del emperador Augusto. Eso no traerá a la Mauretania sino beneficios —le aseguré—. Civilizar es garantizar la supervivencia, amigo.

—La paz acarrea prosperidad, lo sé, pero esos abusadores de cabras no merecen vivir —opinó acalorado—. Para acabar con esas hienas hay que sacarlas de sus madrigueras de Fezzán y Ghadamés, y llegar hasta su escondrijo madre, Gamara. Después hay que asolarla, no dejar piedra sobre piedra y sembrarla de sal. ¡Y que no quede uno solo! No existe otra solución, ¡por Baal!

Descansamos durante horas en la casucha, siempre con un ojo abierto. Me lavé mi frente descalabrada con pulpa de una hoja de palmera y Quinto sonrió por vez primera. Habíamos dejado atrás la espantosa soledad de las arenas, las amenazas invisibles y los secos

zarzales. Nos hallábamos en pleno territorio de la África Nova y pensé que pronto nos tropezaríamos con gente afín y aliada que nos ayudaría a llegar a Cirta.

Un sol sofocante flameó por levante. Rellenamos las vejigas en el pilón y partimos tras despedirnos del viejo, agradecerle sus piadosos oficios y regalarle mi capote de campaña, por el que había mostrado deseos. No obstante, Sisena aún seguía débil y desnutrido. Anduvimos dos estadios a paso lento y con las primeras luces nos tropezamos con una reata de acemileros que portaban frutas y verduras para el mercado de Cirta. Por unos ases nos permitieron subir a un carro donde, con las fuerzas algo recuperadas, descansamos. Y cuando la desesperación comenzaba a quebrar nuestra moral y nuestros cuerpos magullados y consumidos, vimos a lo lejos las azoteas de Cirta y los farallones del presidium romano. Recé a Marte y creo que lloramos.

Los dioses, clementes con los esforzados, habían premiado nuestra fe.

Había mugre en nuestras extremidades y en cada orificio de nuestra cara, y cerradas barbas cubrían nuestro mentón. Esperaba que no hubiéramos perdido nuestra reputación, y que nuestra durísima y temeraria lucha por regresar no hubiera sido en vano. Nos dirigimos a la Puerta Pretoria del campamento cuando el sol había recuperado sus fuerzas y asomaba esplendoroso por el horizonte. Había allí varios garamantas crucificados y despellejados a quienes los cuervos habían vaciado los ojos. Volví la vista.

Los vigilantes nos detuvieron y sacudieron la cabeza, pues no daban crédito a lo que veían. «¿Quiénes eran esos maltrechos espantajos?», se preguntaban con los pilum dirigidos hacia nosotros. Yo me planté con gesto desafiante y me abrí paso a codazos entre los arrieros seguido de Quinto.

—¡Juno Regina! —grité la contraseña y luego—: ¡Sol Invictus! —La segunda máxima de la legión—. ¡Somos legionarios de la Augusta!

Parecía que las cosas andaban por la senda de la racionalidad y nos franquearon el paso. Llamaron al oficial de guardia, que nos reconoció al punto.

—¡Decurión Quinto Sisena! —se asombró—. ¡Tulio Vero, el Hispano!

Desconcertado, nos condujo al pretorio donde se hallaba el prefectus castrorum, al que, agotados y sin voz, narramos nuestra peripecia con todos los detalles, mientras yo oía mi débil pulso percutiéndome en las sienes. El comandante nos escuchó con expresión pensativa, se alegró de que la expedición del tribuno Gayo Fanio hubiera sido un éxito y nos aseguró que ya venían de regreso, según un correo de la legión. Intuyó que el fallecimiento de Quinto todavía podía sobrevenirle e incluso que mi piquete en la frente

requería cuidados serios. Se cuadró y, con su potente vozarrón, ordenó:

—Llevad a estos dos legionarios al valetudinum. Que los curen y les den de comer en el hospital de campaña. Avisad al galeno griego, que seguro estará borracho en la taberna. ¡Viven Cástor y Pólux que esta peripecia ha forjado vuestro carácter! —nos felicitó rebosante de entusiasmo.

—Que los dioses os lo premien, prefecto —agradecí sus cuidados.

Hasta en sueños me persiguieron los garamantas, las hienas y los tábanos, y sufrí pavores nocturnos. Un sueño febril y reparador, propio del agotamiento, curó nuestras almas, pero el aborrecimiento que profesábamos a los garamantas era el combustible para no olvidar la matanza. Despertamos con el cobertor empapado de sudor, pero por las comidas abundantes, las atenciones del discípulo de Esculapio, un tipo con rostro de comadreja, y el descanso, nos hicieron escapar del callejón oscuro de una más que posible muerte por infección.

«¿Existe la gloria tras arrebatar vidas de seres humanos?», medité aquellos días.

En la enfermería cobré conciencia de que mi escaso espíritu combativo y mi ardor guerrero habían muerto definitivamente. Miraba a Sisena mientras dormía en el catre contiguo y recuperaba las imágenes de nuestra trágica experiencia. Sus armoniosas facciones habían recuperado su habitual lustre, y en su mirada, audaz e inquisitiva, se adivinaba un destello de agradecimiento. Yo no lo necesitaba, pero me halagaba. Las horas pasaron volando, pues era un excelente conversador y su trato grato.

En un amanecer en el que olía a artemisa fresca, abandonamos el hospital militar y visitamos la sacella, el oratorio sagrado del castro, donde se alzaba una estatua de bronce de Júpiter Stator y bajo cuyo altar se atesoraba la caja de los sueldos de oficiales y soldados, protegida por barrotes de hierro. Tras orar unos minutos, le ofrendamos una vasija de vino y encendimos cuatro lamparillas de aceite en su honor por nuestro feliz regreso.

De pronto, los ecos del himno de Marte, entonado por decenas de voces roncas, atronaron el campamento. Había regresado la victoriosa tropa de Gayo Fanio tras haber saqueado los poblados garamantas, capturado reatas de esclavos y salado sus campos de labor, castigo que no olvidarían durante tiempo los guerreros del desierto. Algunos legionarios volvían lisiados o mutilados y otros muchos heridos de cuidado, sobre todo los novatos. Con las cabelleras apelmazadas, saludaron a las insignias y al prefecto. El tribuno, en medio de un entusiasmo contagioso, proclamó la consigna con entonación clara:

—Salve, Jupiter Optimus Maximus! —Y las palomas escaparon volando.

—Salve Roma aeterna! Roma Victrix! —replicaron a una los legionarios.

Al vernos, el tribuno se quedó paralizado y nos señaló con su dedo trémulo. Sus ojos saltones se clavaron en nosotros, dos legionarios claudicantes a los que creía muertos, y se fijó en las vendas que ocultaban nuestras heridas. Parpadeó, descendió de la montura y movió la cabeza llena de cicatrices. Parecía atónito y se fundió en un viril abrazo con nosotros.

—¡Por los cuernos de Alejandro, que yo os vi muertos! ¿Habéis vuelto del Hades, acaso? —indagó a grito pelado, y la tropa nos dedicó una sonora ovación—. ¿Y bien? —dijo arqueando las cejas, y algo renqueante, tras desmontar.

Quinto y yo narramos la odisea en tono deferente. Él y los legionarios nos escucharon en corro con atención suma. Los ojos del tribuno estuvieron a punto de lagrimear al referirle Sisena y yo lo acontecido sin escatimar ningún pormenor.

—¡Homérico! Una hazaña sin precedentes en la III o alguna otra fuerza bajo mi supervisión. Sois dignos hijos de la Loba Luperca. Fausta vestrum!

—Marte y los dioses así lo quisieron —aseguró el decurión Sisena.

—Había subestimado tus habilidades para la supervivencia, équite Vero, pero no cabe duda de que tienes talento para la resistencia.

Es lo que tiene el ejército. Todos somos camaradas y nos alegramos por conservar la vida y auxiliarnos en la lucha, aunque en el campo de batalla somos soldados ciegos que matamos sin conocer a nuestras víctimas.

Pronto nos adaptamos a la rutina del castro y recuperamos fuerzas, vigor y ansias de vivir ayudados por nuestros camaradas. Yo seguía recordando a Valeria en la soledad de mis pensamientos y la noche pasada en el lecho en el templo de Astarté, y me negaba a aceptar su pérdida irremediable. Nos aproximábamos a los fastos Saturnales, y antes de primavera, si la fortuna me salvaguardaba, regresaría a Gades y sería liberado de aquel confinamiento, aceptado al fin y a la postre y pleno de vivencias. A menudo percibía punzadas en la cabeza consecuencia de la pedrada del hondero garamanta, pero la monotonía del castro cobraba forma a mi alrededor, y lo sobrellevaba con entereza.

Las horas habían transcurrido deprisa en aquel microcosmos militar y social donde era moderadamente feliz, y dos semanas después, un tibio amanecer, fuimos formados por nuestros comandantes en el pretorio. Se iba a celebrar la preceptiva ceremonia religiosa por nuestra victoria.

—¡Guardia, rendid honores al general Sempronio Atratino! —

ordenó el tribuno a la llegada del gobernador en visita al campamento.

—¡Ave, Sempronio Atratino, gobernador de África! —lo saludamos.

Équites, legionarios y tropas auxiliares fuimos convocados al Forum o Pretorium al toque de trompeta y nos alineamos en solemne y marcial formación alrededor de las insignias para rendir honores al general. Soplaba una brisa del mar que hacía mecerse las cimeras de los oficiales y caballeros, las capas rojas y los estandartes de la legión. Las tubas sonaban con gravedad.

El adusto gobernador examinó a la guarnición entrecerrando los ojos bajo sus mechones grisáceos y un rostro surcado de arrugas verticales que no expresaba emoción alguna. Poseía una figura imponente, alto, corpulento y con un fajín púrpura, un penacho soberbio de plumas azul magenta y una coraza repujada con el emblema del águila imperial.

Colgando del cuello llevaba la insignia de la luna creciente por méritos militares, y se disponía a asistir a la ceremonia llamada Spolia Optima, la consagración de los despojos arrebatados a los garamantas, rotura de una lanza enemiga y lanzamiento de una jabalina pintada de rojo en dirección a sus guaridas del sur y del este, que oficiarían los feciales, los sacerdotes del castro que se dedicaban al culto de la Tríada Capitolina.

Uno de ellos, al ancestral grito de agone!, «¡muere!», embardunó un gallo con la sagrada molsa salsa de harina, sal, vino y agua y con un cuchillo sacrificial lo inmoló en presencia de la tropa. Acto seguido, leyó en una tablilla de cera los presagios adivinados en sus entrañas, declarando la fecha propicia para festejar el protocolo castrense del triunfo sobre los garamantas.

—¡Los dioses inmortales de Roma bendicen la celebración! —reveló.

Mi tribuno, Gayo Fanio Cuadrato, que vestía una deslumbrante capa escarlata, el paludamentum, una coraza con leones y aves fénix de plata y un yelmo con penacho negro transversal, me rogó que me colocara a su lado, junto al signifer de la Augusta, que enarbolaba el vexilium, el gallardete con el SPQR romano. Parecía que el oficial había depositado en mí todas sus expectativas tras la conocida odisea por el desierto.

Reparé en que el comandante Atratino era mucho más joven de lo que su adusto gesto y voz áspera daban a notar. Aseguraban que era amigo personal de Octavio César, y su piel era tan nívea que parecía transparente. Sus espaldas eran el doble de anchas que las mías, y sus brazos y piernas eran como columnas. Tras las ceremonias de las lanzas, se hizo un mutismo incómodo.

El general se subió a la tribuna, junto al altar donde habían colocado unas estatuillas de Marte, Hércules, Minerva y de los Dióscuros, Cástor y Pólux, a las que los legionarios ofrecían dones y sacrificios en la capilla del castro. Su figura inspiraba en los soldados respeto y reverencia. Habló con vehemencia:

—¡Oficiales, équites y legionarios de la triunfante Augusta! Acudo además a Cirta para celebrar un ritual singular y poco corriente. Ya hemos rendido tributo a la Victoria, y ahora lo haremos a la Virtus y al Honos, la fuerza y el honor, en la persona de un soldado que se ha hecho acreedor de la máxima recompensa militar y cívica conocida que también obtuvieron Octavio Augusto, el divino Julio César y otros renombrados héroes del pueblo.

—Caesar, Caesar! —retumbó el grito de los veteranos.

—Según las leyes de Roma, todo aquel soldado que en el campo de batalla salve la vida de un compañero con peligro de la suya se hace acreedor de la imposición de la Corona Cívica, con las siguientes prerrogativas —siguió publicando, e hizo una somera relación de ellas —: El galardonado podrá acceder al Senado al producirse una vacante, llevar la toga laticlavia de los optimates y patricios y poseer la totalidad de los derechos cívicos de Roma. Y esa dignidad ha recaído en un équite de la Augusta, que salvó la vida al decurión Quinto Sisena y lo trasladó al campamento original estando herido y con riesgo de su vida, salvando además trágicas penurias. Me estoy refiriendo al caballero de la Thurma Gaditanorum, Tulio Vero Silano. —Y me señaló a mí.

Se me encendió el semblante y me parecía que las pupilas se me disparaban de las órbitas por el asombro. ¿Me convocaba a mí? El juicio se me nubló y prevaleció en mí la estupefacción. ¿Yo un héroe de Roma? Lágrimas de satisfacción asomaron a mis ojos, y fue tal el entusiasmo generalizado, que algunos legionarios lloraron. Se me ensalzó públicamente por haber luchado en primera línea de ataque y haber salvado del Hades a un soldado de Roma. Me vitorearon con un sonoro y atronador grito de mil gargantas:

—Tulius victor, Tulius victor, Tulius victor!

Ráfagas de atronadoras salvas invadieron el cielo de Cirta, en tanto Sisena, al que aún se le apreciaba la lividez en su rostro, se acercó con la corona en sus manos, hecha de hojas y ramas de encina y brotes de bellotas. Atratino volvió a hablar:

—¡Decurión Quinto Sisena, hijo de Marco Sisena, amigo de César!, ¿reconoces a este hombre como el salvador de tu vida? Júralo por Marte Quirino.

—¡Sí, general! Está frente a mí y atiende al nombre de Tulio Vero Silano. A él le debo la vida y lo respetaré como a un padre —elevó su voz.

Nunca me había vanagloriado por mis méritos castrenses, si acaso por mi celo por los libros. Saboreé la adoración rendida de mis compañeros. Me sobrecogí, y noté que se me había erizado el vello de la nuca. Y si bien pensaba que en ninguna guerra existe el honor, sí hay rituales que deben observarse para dignificar a los compañeros caídos.

El sol estaba en todo lo alto y el general me convocó a la tribuna. Aún retengo en mi memoria cada detalle del rito guerrero y el fervor religioso en el que se sumió la legión al escuchar la regla del nombramiento:

—Tulio Vero, se te concede la Corona Cívica en nombre del Senado y del pueblo de Roma. Que los dioses te otorguen prudencia en la vida. «Quienes son dignos de ella merecen ser premiados con una corona de ilex y con la clámide de los hombres honorables» —pronunció la fórmula usual—. «La muerte brilló a tu lado de tal forma, que el decurión Sisena no fue montado en tus hombros, sino en los de la diosa Fortuna» —concluyó el oficial.

El momento adquirió para mí tintes mayestáticos cuando Atratino depositó la corona en mi cabeza. Era el équite de la Augusta más venturoso, cuando en realidad a mí lo que me apasionaban eran los libros y no las armas. El estruendo, el entrechocar de las armas y el sonido de las tubas resultó clamoroso. Yo estaba conmovido, exultante y mudo.

—Fausta tibi, Tulius! —me saludó el general al abrazarme.

—Mi gratitud, general, a mis jefes y compañeros, no tiene límites —respondí—. ¡Viva Roma eterna! —exclamé, y fui saludado por toda la legión.

Con aquel galardón recobré mis ambiciones perdidas. El destino me sonreía para el futuro. En mi semblante pudo adivinarse una complacencia máxima. Y también humildad extrema, pues mi hazaña era solo fruto de mi obligación como soldado y de mi amistad con Quinto, al que quería como un hermano. El tribuno Gayo Fanio se acercó a nosotros y nos dijo:

—Tulio, hoy has recibido el galardón más preciado para un soldado de Roma. Quinto y tú os habéis convertido en dos therapiones, hermanos de armas unidos por los lazos del honor y la valentía. —Y nos abrazó.

Después, la tropa bebió a mi costa hasta caer gozosamente borrachos.

La noticia reverberó por las colonias del norte de África y pensé que tal vez llegara con el viento de levante a Gades y a Roma, donde también volaron mis pensamientos hacia mis padres y hacia Valeria. Y cuando la estancia se me estaba haciendo insoportablemente larga en Cirta, la recompensa de la Corona Cívica me alentó. Significaba mi

salvoconducto a la libertad, y no se trataba de un espejismo. Había pagado un precio alto, y aprendí que la rebeldía de la juventud a veces sale cara. Pero yo estaba perdidamente feliz.

El carácter del general Atratino se mostró tras la guerra. Reclamó un décimo del botín, aunque el tribuno Gayo Fanio ya había repartido a manos llenas los despojos capturados a los garamantas entre su tropa y conmigo tuvo un detalle exclusivo. A algunos hermanos de la Augusta los cubría el polvo del desierto y sus familias merecían el diezmo de su sangre. Ironías del destino, el tribuno decidió pagarme con carne humana. A mí, que detestaba la esclavitud en lo más hondo de mi corazón, como me había enseñado mi maestro Amyntas.

—Elige a dos de estos. Los podrás vender y sacarás un buen precio.

Me condujo a la empalizada de los esclavos. Estaban atados con sogas y algunos con gruesas cadenas, pues habían intentado escaparse. Sus excrementos se mezclaban con su sangre y estaban amontonados, enflaquecidos y mugrientos y soportaban a los legionarios que, en diversos estados de embriaguez, elegían su botín humano mientras narraban sus hazañas en la reciente expedición, adulterando el relato con las habituales baladronadas.

Fijé mi mirada en dos jóvenes, al parecer hermanos. Ella era delgada y de cabello rizado. Parecía tímida y tenía un rostro encantador, y el muchacho, que tenía la nariz aquilina y algo torcida y un labio partido por los golpes, no debía tener más de tres lustros.

Según Gayo Fanio provenían de una aldea próxima a Theveste y eran aliados de los garamantas, en cuya expedición viajaban. No poseían la tez oscura de los moradores del lugar, quizá por su origen cartaginés, y me comuniqué con ellos en lengua púnica. Me dirigieron miradas de miedo, difíciles de interpretar, mientras yo les prestaba atención. El galeno del castro me aseguró que eran de robusta constitución y que estaban sanos, aunque mal alimentados y llenos de piojos. El físico griego los sobó y me aseguró:

—La joven se ha mantenido sorprendentemente intacta, quizá porque estuviera prometida. No parecen pendencieros y son dóciles, Vero.

El acento fenicio de los muchachos me pareció pulcro. Olían mal y los conduje a mi tienda maniatados. Aún no me fiaba de ellos y les ordené lavarse. Iban medio desnudos y también les procuré ropas nuevas en la taberna y una talega con queso, pan y aceitunas. Limpios y alimentados, se acurrucaron junto a mi lecho y parecían tener la esperanza de que yo sería con ellos un amo indulgente. Desde el primer instante intentaron ganarse mi compasión y mi favor.

Les pregunté sus nombres africanos y me parecieron impronunciables.

—Desde hoy os señalaré de otra forma. Tú, puer, te llamarás

Cadmo, y tú Nausícaa, puella. —Ellos asintieron y comenzaron a memorizarlos.

Era mi homenaje a Homero y a su Odisea. Nausícaa, princesa de los tirsenos, era hija del rey Antínoo, el que le facilitó a Ulises las naves para regresar a Ítaca; y Cadmo, en alusión al que fuera hermano de Europa y fundador de Tebas. Les señalé cuáles eran sus obligaciones y el jovenzuelo dijo:

—Amo, ¿nos vas a vender en el mercado de esclavos de Cirta o de Sitifis como están haciendo otros soldados? Ten compasión de nosotros o acabaremos en un burdel. Apenas si hemos probado las delicias de la vida y sí todos sus sinsabores. Te serviremos de por vida y a satisfacción —me rogó de rodillas, besando mis sandalias—. ¡Amo, no nos vendas a un burdel, por Istar!

Me desconcertó su petición. Eran dos seres humanos asustados y vendían su lealtad al mejor postor. Me miraban sin el menor temor, pues habían calculado la maldad de su nuevo dueño. Sabían también que los romanos éramos inclinados a toda clase de vicios, y al menos los mantendría y protegería.

—Veo que estáis al tanto de todo. De momento no os pienso vender. Lo deploro. Quizá os deje libres cuando parta —les prometí.

En Cadmo y Nausícaa adiviné la sombra de una sonrisa de agrado. Para mí, la posesión de un ser humano era una abominación que no debe agradar a los dioses, pero Roma y los grandes imperios se sostenían sobre tan odiosa lacra. Mi padre, del que había aprendido a ser compasivo con los esclavos, me marcaba el camino a seguir. Los dos, al unísono, lo aceptaron con un suspiro de alivio y besaron mi mano. Una lluvia fina cayó en el campamento y, lentamente, se convirtió en una tormenta que llenó de barro y de charcos el castro.

Sobreviviría al invierno y, antes de primavera, volvería a Hispania.

Antes de partir hacia Gades, cumplido mi tiempo de servicio a la República y el castigo del juez Flaco, Quinto y yo fuimos a la taberna de extramuros del campamento, que olía a vino rancio, fritanga y humanidad. Nada más franquear el último escalón, el dueño me hizo una reverencia, tal era mi nombradía en Cirta tras la consecución de la Corona Cívica. Me aseguró que era digno de crédito y que la casa pagaba la primera ronda. Nos sentamos en una mesa, nos sirvió mulsum con aceitunas y pescado frito y bebimos a satisfacción.

Le confesé mis tribulaciones al decurión Sisena, salvado de las garras de la muerte, y mi deseo de abandonar Gades cuanto antes para dirigirme a Roma y conocer al historiador Tito Livio y buscar a la vestal Valeria Domicia.

—Esa diosa te ha sorbido el seso. Entregar el amor a una mujer es como abrirse en canal, ¿verdad, frater? —me dijo.

—No es solo eso. También importa mi deseo de conocer la ciudad y tratar al ilustre escritor Tito Livio. Deseo medrar en aquella ciudad, hermano.

—Te daré una carta para mi padre, Marco Sisena. Es senador y goza de la amistad de Augusto. Además, la posesión de la Corona Cívica te abrirá muchas puertas, incluso las del Palatino Imperial —me aseguró.

—Has de enseñarme cómo debo conducirme en Roma.

—En primer lugar, no te endeudes con ningún usurero, sé prudente y guarda tu bolsa de los que tienen grandes apuros y débitos y de los prestamistas, pues si huelen que tu bolsa está llena, intentarán dejarte sin un sestercio. Y, claro está, desconfía de las cortesanas y meretrices, pues con sus embelesos intentarán idéntica estrategia. Protégete bajo el manto del influyente clan hispano, y ellos te ayudarán a abrirte paso en esa endemoniada pero fascinante urbe, donde puedes disfrutar de placeres dionisíacos.

Parpadeé por los efectos del vino y seguí indagando:

—¿En qué bibliotecas, museos y librerías puedo perderme?

—Había olvidado tu amor por los pliegos escritos —me contestó con sorna.

—¡Quinto! —me defendí—. Leo para defender mi libertad y protegerme de la ignorancia, ¿sabes? Con un libro en las manos, escucho el mejor de los sonidos: la quietud y la sabiduría penetrando en mi sesera —le sonreí.

—¡Claro! Estás loco. Escucha, Tulio —me aleccionó.

Quinto me habló de los centros del saber que conocía en la Urbs, de los libreros y editores del Argileto, y del prestigioso hispano Julio Higinio, secretario de Augusto y director de la biblioteca Imperial, como persona clave en mi estancia en Roma. Debía conocerlo, pues a sus simposios literarios asistían mi admirado Tito Livio y lo más granado del cosmos cultural romano.

—Mi padre te conducirá a él. Era un ibero. Fue llevado a Roma de esclavo y Octavio lo convirtió en liberto, y hoy es un ilustre escritor de fábulas.

—Valeria Domicia me habló de él. Procuraré su amistad —aseguré para no parecer un ignorante provinciano.

Nos quedarnos un buen rato en la taberna y casi agotamos un pellejo de cabra lleno de vino. Nos sentíamos a gusto. A aquellas alturas la cochambrosa cantina comenzó a moverse, y algunas furcias se nos acercaron para conducirnos a sus apestosos catres. Las despachamos y nuestro tema de conversación sobre Roma fue concluyendo.

De repente, Quinto adoptó un gesto serio y apeló a la amistad y la sinceridad mutuas.

Yo ignoraba qué deseaba revelarme. Soportábamos bien el vino y no estábamos ebrios. El tabernero comenzó a encender las lámparas y los cabos de las velas, mientras un grupo de legionarios jugaban a los dados y gritaban apelativos indecentes a las rameras. En aquel instante, mi amigo Sisena entresacó de su cinturón de cuero un trozo de papiro, sucio y ajado, y lo depositó en la palma de mi mano. Recelé.

—Léelo, Tulio. Después te lo explicaré todo…, si puedo.

Abrí los dobleces. Mi reacción fue la esperada. Palidecí y me mostré enfurecido y tristemente afligido. Herido en la distancia, me resistía a creerlo. Ya no me quedaba nadie a quien decepcionar en mi querida Gades y mis nobles aspiraciones seguían en entredicho.

Al decurión Quinto Sisena —decía—, cliente de la casa de Lucio Cornelio Balbo. En esta expedición de la Thurma Gaditanorum viaja un sujeto, de nombre Tulio Vero Silano, un équite que ha agraviado la dignidad de la familia Balbo al transgredir una antigua tradición religiosa de la ciudad de Gades, en la que estaba involucrada la ahijada de domine Lucio, que cumplía una promesa hecha a la diosa. Ha sembrado el deshonor en un terreno baldío para su insignificancia. Se te sugiere que pagues a un sicario, o a un númida del castro, para que le quite la vida a ese insolente profanador de templos, aprovechando un ejercicio militar, o una escaramuza con los salvajes de ese territorio. No será dificultoso y se te recompensará.

Me quedé boquiabierto y, a medida que leía el mensaje, se me agrietaba más el alma. Mis ojos se abrieron en una mueca casi cómica, pues me resistía a creer lo que había averiguado. Era como si hubiera recibido un manotazo en plena boca. Deposité una mirada interrogativa en Sisena y dije enfurecido:

—¡Malditos Balbos! Veo que mi pecado no prescribirá nunca, ¡por Marte!

—Serénate, Tulio. Habrás comprobado que han transcurrido dos años y nada perverso te ha acaecido. Me lo hizo llegar un recluta de tu expedición. Al instante he hecho caso omiso a la sugerencia, y no creo que se hayan dirigido a nadie más para tan innoble acción. Creí que debía decírtelo para tu conocimiento. Tu amigo Quinto jamás atentaría contra tu vida, ni la de nadie, y menos por la espalda o a traición. Soy un oficial romano al que conduce el honor.

—¿Entonces, pensaste alguna vez llevarlo a cabo? ¡Dime la verdad!

Su reacción no fue la esperada, pero satisfizo mis dudas.

—Tulio, una buena bolsa no rebaja a nadie, pero un decurión de la III Augusta no desciende a ese infamante deshonor. ¡Júpiter me hubiera fulminado con un rayo vengativo! Después entablé amistad

contigo y me olvidé de la ruin y anónima sugerencia. Ignoran quién es Quinto Sisena. Igual debes hacer tú —me animó, aunque molestas dudas pululaban por mi mente.

No podía negarlo, me había alarmado y también avergonzado.

—¿Y si Balbo está detrás de esa amenaza?

—Creo que no lo conoces. Su único interés es estar al lado del emperador y convertirse en el próximo cónsul. Lo demás es baladí para él. Eso es cosa de palafreneros, eunucos tarados, criadas y mayordomos que no ven más allá de sus narices y son egoístas, malintencionados y chismosos. ¿Además, si lo hubiera ejecutado, a quién reclamaría? ¿Acaso ves la firma de alguien?

—Puede que sea cierto, pero para los importantes solo somos desechos.

Envalentonado con mi popularidad entre los legionarios y convencido de la firme nobleza de Quinto y de que ningún peligro me acechaba en el futuro, dejé varios denarios en la mesa y grité señalando al tabernero:

—¡Llena los cuencos de estos buenos amigos! ¡Paga el coronacivica!

—Nos veremos en Roma, Tulio —aseguró Quinto con un abrazo fraterno.

—Mañana tomaremos caminos distintos, pero nuestra meta será Roma.

No deseaba añadir un peso más a la degradación humana y atendí al ruego de mis dos esclavos, que, rodilla en tierra, me pedían clemencia:

—Amo Tulio, no nos concedas la libertad, ¡por piedad! No tenemos padres y, si nos dejas libres, un romano, un gétulo o un garamanta volverá a hacernos esclavos. Mi hermana morirá de la tisis en un burdel de la costa y yo atado a un remo.

La jovencita lloraba con el rostro entre las manos.

Me quedé sin habla. Fue como si me rodeara un enjambre de abejas aturdiéndome. Incomprensiblemente, no deseaban ser libres, así que determiné que me acompañaran a Gades con sus títulos de esclavitud en mi mochila. Cadmo sería útil en el taller de libros, y Nausícaa ayudaría a mi madre en las labores de la casa.

El trirreme donde regresaba la Thurma Gaditanorum se hizo a la mar. Las aguas del Mare Internum se mecían entre las espumas y las olas arremetían contra el casco de la embarcación con furor. Mi hogar sería una parada. Solo pensaba en viajar a Roma y cumplir el sueño de mi vida, conocer a Tito Livio, aunque ahora añadía un nuevo estímulo que me conduciría a la capital del mundo: Valeria Domicia.

Pensé que el más audaz es aquel que elige los dados con los que

jugar. Esta vez mi padre no podría oponerse. Me vi sumido en mis ensoñaciones y evoqué a Valeria. ¿Se hallaría en la Urbs? ¿Habría regresado a Gades? Allá donde ella estuviera, iría yo, aunque se tratara del finis terrae. La víspera de mi regreso apenas si había podido dormir, y admiré las estrellas moribundas del cielo africano, hasta que Eos, la deidad de la aurora, compareció por levante.

Al zarpar, el sol emergía en medio de una danza de tonos violetas que hacían brillar las azoteas, cúpulas y farallones del puerto. Cirta se transformó en poco tiempo en una línea gris difuminada en el horizonte.

Sentía que hubiera transcurrido una eternidad, y yo, el Pequeño Griego, cumplidos los veintiún años, no sabía cómo explicar el verdadero sentido del hecho heroico por el que todos me elogiaban. De todas formas, ignoraba el motivo de la presencia de un vacío en mi alma. Quizá porque el mundo que había dejado dos años atrás ya no existiría.

En tres apacibles singladuras arribé a Gades y me recibió un crepúsculo de rojo mineral que coloreaba de púrpura las espumas del océano, y razoné que la clepsidra de tiempo, la que administra el sabio dios Cronos, marcaba un tiempo nuevo para mí fuera de mi hogar y de mi venerada Hispania.

La historia de la vestal

Valeria Domicia

ROMA, AÑOS 42 AL 32 A. C.

I

LA ELECCIÓN

Roma, año 42 a. C.

La luz se esclarecía y la bruma se había disipado. Había llovido sobre Roma en las tempranas horas del alba y un sol tibio descubría un cielo traslúcido. A través de la puerta penetraba una luz de nácar, como si su fulgor traspasara un papiro empapado de aceite.

A la pequeña Valeria Domicia, que había cumplido los cinco años en las fiestas del Tíber, el VI de las calendas del mes séptimo, le había llamado la atención que su padre acudiera a visitarla tan temprano a los aposentos de las mujeres y le hablara con ternura, subiéndola a su regazo. No lo hacía casi nunca y pensó que algo inhabitual iba a sucederle. Besó su bula, el talismán que colgaba de su cuello contra el mal de ojo y las desdichas, y observó ansiosa a su padre.

—Posees un don divino para las cosas sagradas, hijita. ¿Sabes?

Valeria, desconcertada y presa del asombro, preguntó con inocencia:

—¿Eso significa, pater, que los dioses me prefieren a otras niñas?

—Algo así, cariño —dijo, y ahogó un llanto fugaz.

Casio Domicio Silva era un cuarentón obeso, de ojos dulces y de carácter tranquilo. Sin embargo, en esta ocasión parecía atormentado, pues había tomado una decisión difícil alentado por su tío Gneo Domicio Ahenobarbo, de la prestigiosa gens Domicia, una estirpe plagada de hechos heroicos, antepasados fundadores de colonias, cónsules y sacerdotes de Júpiter. Y aunque los Domicios habían sido anticesarianos y rivalizado en el asesinato del divino Julio, habían optado finalmente por el bando de Octavio y se les había reintegrado a la vida pública de la Urbs.

—Sobrino Casio, presenta a la pequeña Valeria a la elección de nueva vestal. Ha quedado una vacante en el colegium, y los Domicios necesitamos estar representados en la institución religiosa más considerada de Roma —le sugirió.

Pero la invitación era una orden. Sus negocios dependían de él.

La pequeña Valeria olió el aroma de las tortas recién horneadas y pensó que iban al templo de Vesta a que las bendijeran las vestales, como en otras ocasiones. Casio le explicó con palabras sencillas los deseos de la gens Domicia de convertirla en aspirante a vestal, con el prestigio que ello suponía. Tomó las manos de la niña en las suyas y la

alentó:

—Mi niña, mañana debes dejar esta casa, a tu familia y a tus muñecas. Vesta desea que dediques tu vida a su servicio y Roma entera te respetará. En su templo serás educada con la sabiduría de las musas y de la misma diosa, que te susurrará su sabiduría en los oídos.

Valeria percibió una sensación de indefensión y de soledad.

—No quiero irme de casa —gimoteó—. ¿Y no volveré a veros nunca, padre?

—Claro que sí, mi pequeña, aunque vivirás en la residencia de las vestales. Allí recibirás una esmerada instrucción y no habrá romano que no se incline ante ti. La estirpe precisa de ese sacrificio y de esa entrega tuya.

Dudas y espanto agitaron la cabecita de la hija menor de la casa. Estaba asustada y apenas si entendía tal decisión y menos aún su ocupación futura. No deseaba abandonar a sus amigas y sus juguetes, pero su padre insistía en que debía asumir su destino. Se abrazó a su cuello. No comprendía nada sobre aquel absurdo sesgo de su vida y unas lagrimillas cayeron por sus mejillas sonrosadas.

Se sentía muy desgraciada. Y aunque había sido enseñada a obedecer al paterfamilias, también había heredado la reticencia de su madre Helvia a ser manipulada, aunque fueran su padre y el enérgico y pelirrojo tío Gneo los que lo habían decidido. El padre insistió:

—Si la deidad del fuego te elige, harás feliz a los Domicios y serás engrandecida por todos, hijita. Y todo me hace pensar que así será —le vaticinó.

Sus ojos, negros como el manto de la noche, se abrieron como relámpagos. Eran dos grandes islas de fulgor en un rostro ovalado y perfecto. El cabello de la chiquilla, del color de las avellanas, lo había peinado su ornatrix en una larga trenza, y su nariz recta hermoseaba unos labios llenos del color de las cerezas. Su pudoroso atuendo, una túnica de color azulado, acentuaba su esbeltez y distinguidas formas.

Miraba a su padre sin entender. Carecía de la capacidad de ver más allá de la cáscara de su casa. En la periferia de su visión observó que su madre, las esclavas más cercanas, sus dos hermanos y el viejo nomenclator, el anunciador de visitas de la domus, lloraban apagadamente. Los miró con pena, pero no protestó.

—Si eres seleccionada entre las demás niñas, tu misión será mantener el fuego sagrado de Roma. Un magno privilegio desde la era de los reyes.

A la niña se la veía alterada, aunque parecía tomarlo como un juego más de su cómoda existencia. Si bien todos insistían en la notable distinción que aportaría a la casa, la verdad era que la apartaban de lo que más quería; y su corazoncito, que nunca hasta entonces había sentido el sufrimiento, se negaba a admitirlo. Pero la

rabia no formaba parte de su naturaleza y aceptó la disposición de su padre, al que tanto amaba.

Valeria había despertado de golpe del ensueño feliz de la infancia.

Con las primeras luces, las esclavas la vistieron con una túnica nívea bordada en oro, peinaron sus sedosos cabellos y le echaron una estola sobre los hombros. La familia Domicia vivía en una villa de la colina del Cespio, cerca de Porta Esquilina, y según el ritual debía ser conducida por sus padres en litera hasta el templo de la Paz, donde la aguardaba el pontífice máximo, el triunviro Marco Emilio Lépido, bajo cuya autoridad religiosa quedaría sometida de por vida, caso de ser la designada.

Rezaron a sus antepasados y a los dioses manes y lares, y cogida de las manos de sus padres, salieron de la morada. Valeria aligeró su corto paso. La bóveda celeste había desplegado en aquel amanecer otoñal su infinita luz color del marfil sobre las cúpulas, los tejados rojos y las murallas de Roma, que se había echado a la calle para asistir al ceremonial.

El gentío atestaba la Urbs Cuadrata o Pomerium, el recinto primitivo trazado por su fundador Rómulo, donde ningún general podía ingresar con un ejército. Roma, o Ruma en lenguaje etrusco, la Ciudad del Río, la Hija de la Loba Laurentia, era observada por la niña, que admiraba la atmósfera de jubilosa solemnidad y tomaba cuenta en su cerebro de lo que suponía ser elegida vestal.

Cruzaron las estrechas callejuelas, libres de bestias y carretas, aunque llenas de literas y viandantes. Alcanzaron la vía Sacra y el Atrium Pacis, donde los aguardaba el sumo pontífice con la toga blanca cubriéndole la cabeza, y acompañado de las otras aspirantes, veinte niñas sin ningún defecto físico. Ataviadas de blanco, unas eran hijas de senadores, otras de ediles o magistrados, y todas sin excepción provenientes de acaudaladas familias patricias que competirían con ella por el honor de ser elegida vestal.

—Salve Pontifex, adsumus! ¡Aquí estamos! —lo saludó el padre de Valeria.

—Vale et tu, Lucius Domicius —contestó, haciéndole una señal con la mirada cuya intención Valeria no comprendió, pero que denotaba complicidad.

Valeria, en su candidez, pensó que su padre comerciaba con ella de alguna manera, aunque en tal ocasión fuera con la mismísima diosa Vesta y a costa de su felicidad futura. En procesión se dirigieron al Foro en medio de las aclamaciones de los romanos, que las recibieron con ramos de olivo y laurel. Tal era la importancia de las vírgenes vestales para los romanos, consideradas no solo las vigilantes del fuego de Vesta, sino las aseguradoras de la relación y concordia de

Roma con los dioses.

A Valeria la seducía el bullicio del Foro, corazón de la civilización romana. El halo mágico de luz de los mármoles de las basílicas Julia y Emilia, los jaspes del templo de Júpiter, de Minerva y de Cástor y Pólux y las estatuas griegas de las columnatas le conferían un aspecto de recinto encantado. Le gustaba la amalgama de olores de buñuelos, especias de Oriente, bosta de caballo e incienso que exhalaban los santuarios. Valeria amaba la ciudad donde había nacido y le parecía que ambas respiraban como un mismo ser.

Se hizo un mutismo total cuando las veinte vírgenes alcanzaron el estrado alzado en las escalinatas del templo de Saturno, adornado para la solemnidad con guirnaldas de flores y coronas de los dos árboles sagrados de Roma: la higuera y el roble. El pontífice, Marco Emilio Lépido, un personaje delgadísimo, de rostro huesudo y nuez prominente, según los preceptos de la Lex Pappia, aseguró que los arúspices de Júpiter habían determinado como propicio el día señalado para la elección.

Rogó silencio e inició la captio, la ceremonia de designación, introduciendo veinte piedrecitas blancas con los nombres de las otras tantas familias que participaban en una caja de madera de sandáraca. A Valeria la invadió un gran alivio. Eran muchas y quizá ella podría librarse. Lo único que deseaba era regresar al calor de su hogar.

—¡Romanos, se inicia el sorteo público del puesto de vacante del Atrium Vestae, la colectividad de mujeres más venerable de Roma! —exclamó.

Las niñas lo observaban con sonrisas forzadas, unas indiferentes, otras llorosas por regresar a casa, y las más, mirando de reojo el abigarrado gentío, a sus padres o al toro blanco pintado de rojo que se sacrificaría tras la designación.

—¡A Júpiter Stator nos confiamos y que él conduzca mi mano! —gritó.

Un sacerdote asió el cofre, lo alzó a la vista de todos y se arrodilló ante la figura inalterable del pontífice máximo, quien introdujo en él su mano huesuda. Lépido movió las piedrecitas despaciosamente, instante en el que, con la otra mano, y sin que nadie lo advirtiera, dejó escurrir de su bocamanga otra piedrecita que mantenía guardada en el forro y que depositó en su palma, como si la hubiera extraído en ese instante. Estaba consensuada de antemano la identidad de la electa con el hombre fuerte del triunvirato, Octavio César. Volviéndose hacia la expectante muchedumbre, Lépido proclamó solemne:

—Gens Domitia! ¡Esa es la voluntad de la diosa Vesta!

Marco Emilio Lépido se dirigió hacia Valeria, ignorante de que no habían sido los dioses los que la habían escogido, sino la conveniencia política del momento: el ahijado y sobrino nieto del divino Julio César

había dispuesto que la nueva vestal perteneciese al clan Domitius, uno de los más prestigiosos de los optimates romanos. Casio, su padre, sí lo sabía y apenas mostró júbilo. Lépido se acercó a la niña, examinó su cuerpo sin mácula alguna y la alzó para mostrarla a Roma. Le puso en la cabeza una corona de flores y recitó la ancestral oración recitada desde el tiempo de los reyes etruscos:

—Itate amata, capio… Te tomo, amada, y te ordeno vestal de acuerdo con los mandatos de nuestros ancestros, para que ejerzas en provecho del pueblo las sacras funciones que competen al sacerdocio de Vesta. Desde hoy mismo pasas de estar bajo la autoridad de tu padre a permanecer bajo la del pontífice y de la virgo maxima.

El público, que abarrotaba el recinto, prorrumpió en una estruendosa ovación hacia la nueva virgen vestal, que no sabía qué hacer y que esbozó una tímida sonrisa, alzando su manita trémula. Valeria se envolvió en el rumor de los cánticos y oraciones, como un ídolo sagrado descollando entre una multitud abigarrada. Los observó desde su altura y se sintió observada, especial, diferente y amada por los dioses y por los romanos, que paradójicamente era el pueblo más incrédulo y a la vez más supersticioso de la tierra. La fascinación, el halo de misterio y el fervor que inspiraba solo era comparable a la inquietud que abrigaba al tener que separarse de su padres y hermanos, que la contemplaban con la mirada arrasada en lágrimas, mezcla de orgullo y también de pena por perderla.

De ser una niña desconocida había pasado a convertirse en una sacerdotisa de Vesta, con todos los privilegios que su ministerio conllevaba. Cientos de pares de ojos la observaban, la examinaban y la auscultaban, y la ciudad, que ya había memorizado su nombre, se abría ante ella alabando el abnegado sacrificio que la esperaba de por vida.

Valeria Domicia se había convertido en la sexta vestal de Roma.

De la mano del pontífice, como el rey Numa Pompilio hiciera con la primera vestal, descendió las escalinatas y se unió en un fuerte abrazo a sus padres y sus dos hermanos hasta que Lépido la despegó para entregarla al cuidado de quien dependería desde aquel momento.

Ella aún no sabía identificar los sentimientos, pero notó uno que le desgarraba el alma: en lo sucesivo, separada de la familia, debía vivir consigo misma y sin su amparo protector. Aquello la aterraba, pero todavía ignoraba que semejante desgarro en su alma se llamaba soledad.

Lépido la subió a la silla gestatoria y los porteadores y los lictores con sus haces sobre el hombro los condujeron al templo de Vesta, su próximo hogar durante treinta años. Cruzaron el atestado Foro entre las ovaciones del pueblo, que inclinaba la cabeza a su paso. Para ellos, la nueva virgen era el símbolo viviente de la integridad y de la

seguridad de Roma, pues mientras el fuego de Vesta crepitara y permaneciera encendido, gozarían del favor de los dioses.

Muchos lloraban, pero Valeria callaba y permanecía inalterable como una efigie. Era una hembra de la gens Domitia y debía mostrar recato y fortaleza en público. Llegaron al templo circular de Vesta y se preguntó qué le depararía el futuro en aquel desconocido lugar. Se relajó de la tensión acumulada en la ceremonia y pensó que debía superar con decoro las primeras horas de estancia en su nuevo hogar. Con el tiempo sería todo más fácil. Para ella aquello era como un juego.

En el portón los recibió la virgo maxima de Vesta acompañada unos pasos atrás por tres inmóviles vestales, pues la quinta se hallaba en el interior vigilando la llama perenne. Ataviadas de un blanco impoluto, casi luminoso, con la cabeza cubierta con velos blancos y franjas de color púrpura, parecían cuatro cariátides de un templo griego. Las miró curiosa.

Valeria observó con su ingenua mirada el rostro demacrado, como del color de la ceniza, de la vestal superior, la virgo maxima. Era una aristócrata de cabello pajizo, en otro tiempo quizá rubio, adusta e impertérrita; la fortaleza de su presencia le resultaba inquietante. Tenía la mirada dura y hostil. Sus ojillos, enterrados entre perceptibles arrugas, eran azules como el cielo de verano. Bajo el lóbulo de la oreja derecha tenía una pequeña sombra roja. ¿Una señal sagrada?

—Sé bienvenida a la sagrada casa de Vesta, la morada de Rómulo y el hogar de la diosa Minerva, la de la lanza poderosa —la saludó y le extendió los brazos, como alentándola a acercarse e ingresar en su nuevo refugio.

—Que la gracia de la diosa esté contigo, domina —replicó la niña.

La virgo maxima le acarició la mejilla y se mostró maternal, pero áspera.

—Sobre todas las cosas has de saber que tu virtud está ligada a la estabilidad de la República y a la salud del pueblo. El aumento de tu rango y consideración social es inigualable, niña, pero si abandonas el fuego o caes en el pecado de la lujuria, los dioses nos abandonarán. ¿Te das cuenta de tu responsabilidad?

—Sí. El pontífice y mi padre me lo han explicado —adujo con timidez.

—Mi nombre es Claudia Vipsania, aunque las vestales me llaman magistra maxima o vestal prima. Esta es Cecilia, la secunda virgo. —Y señaló a una mujer de anodina presencia—. Y estas, Emilia, la virgo tertia, y Sabina, la vestal quarta. La quinta se llama Elia, y nuestro único deber es cuidar el fuego sacro. Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó con una tenue sonrisa en su boca pintada.

—Valeria Domicia, mi señora —contestó comprendiendo que el

rango de las vestales se basaba en la edad y antigüedad de su ingreso en la casa.

—A ti se te conocerá como discípula o virgo sexta, pues seis somos las vestales. Desde hoy serás una mujer privilegiada y superior a todas las demás matronas romanas, y la familia Domicia gozará del orgullo de tener una vestal en su estirpe. Honra a Roma y serás honrada, y muestra siempre devoción, respeto y fineza. ¡Pasa adentro!

Entre el templo de Vesta y la residencia de las sacerdotisas florecía un cuidado jardín, cuyo perfume se diluía por las habitaciones de la mansión. Vipsania detuvo a Valeria y las vestales la rodearon.

—Antes de entrar en tu nueva casa has de ofrecer tu cabello a Aio Lucucia, el arcaico nombre de Vesta, la diosa de la Fidelidad y del Fuego Sacro —le dijo—. Cuando ores ante su imagen pronuncia ese nombre con veneración.

—Sí, madre, así lo haré —asintió la niña asustada.

Una inocente resignación empezó a crecer a en su corazón. Aquel suntuoso palacio se iba a convertir en su casa, pero también en su cárcel. Había extraviado su nombre por el de sexta, su vivienda por la morada de las vestales y a sus padres por la máxima y el pontífice, y ahora le arrancaban lo que más quería, su espesa cabellera color avellana que tanto le gustaba peinar ante el espejo. Valeria estaba desolada y observó cómo Cecilia, la secunda, una matrona rolliza y arrogante, se aproximaba con unas tijeras y una bandeja de plata para depositar en ella sus lustrosos cabellos.

La dejaron casi calva y sus largos tirabuzones fueron colgados en un roble centenario de tronco nudoso que se alzaba en el centro del jardín. Tras el corte del pelo, el pontífice se acercó con una redoma de aceite e, invocando una antigua plegaria, lo derramó sobre la cabecita de Valeria, que vio cómo el líquido viscoso caía por sus mejillas.

—Con el óleo sacro quedas ungida vestal in aeternum.

Al punto, unas esclavas se abrieron paso, la limpiaron y la vistieron, cubriéndole la cabeza con un velo. Luego le entregaron una lámpara encendida, que asió con sus manecitas blancas. Cumplido el ritual, y precediendo a las vestales, entró en el majestuoso palacio, el Atrium Vestae, situado detrás del templo y junto a la Domus Publica, la residencia del pontifex maximus. Sus tres plantas, peristilos, jardines y estanques de lirios lo hacían suntuoso, y nadie en Roma, salvo ellas, podían residir en el Foro romano.

Valeria había permanecido callada en la ceremonia y seguía sin alterarse, o al menos aparentemente.

Las primeras horas no fueron fáciles e intentó reprimir su llanto, pues la sensación de aislamiento del mundo era cada vez más creciente. Echaba en falta las caricias de su madre, Helvia, sus ojos oscuros, todo su mundo que había quedado tan lejos de aquel oscuro

espacio sagrado donde viviría tal vez toda su existencia y donde sufriría lo indecible, según le dictaba su devastado corazón. Por vez primera percibió la caricia fría de la clausura más absoluta, como si de un vestido nuevo y áspero se tratara, y mantuvo los ojos abiertos hasta familiarizarse con la negritud tenebrosa de la noche. Sus anhelos infantiles habían muerto para ella y todo cuanto le pertenecía ahora estaba allí, en aquella austera e impersonal celda.

Únicamente la cuarta vestal, Sabina, antes de retirarse, le acarició la cabeza recién rasurada y le regaló una expresiva sonrisa. Por sus palabras, Valeria pensó que era una joven compasiva en la que sería posible confiar cuando le dijo casi susurrando:

—Valeria, no te atormentes. Todas somos prisioneras de las severas creencias de Roma, pero aquí vivirás entre la comodidad y la admiración. Yo seré tu hermana mayor. Pero sé fuerte, como el roble del que cuelga tu pelo.

Valeria, al sentirse acogida por una igual, le dio las gracias y Sabina esbozó una sonrisa rebelde. Se miraron miedo contra miedo y a partir de entonces las dos jóvenes trenzaron una íntima amistad, como se trenzan los mimbres de una corona.

Ya de noche, notó la presencia de un inmenso vacío que casi la hizo vomitar. Echada en el lecho notó que estaba profundamente cansada y también apenada, pero no derramó una sola lágrima. Un perro ladraba en la lejanía y notó que el silencio desolador del lugar la oprimía. Miró por el ventanal y se limpió la naricilla con la mano, comprobando que Roma, entre nubes rojas y cárdenas, había quedado reducida a una sombría amalgama de siluetas tras el ocaso. Forzó a su mente a dejar de lado a sus padres y hermanos, a sus servidoras con las que jugaba y a sus juguetes, en especial a una querida muñeca Cleo, la pupa que representaba a la reina Cleopatra y que su padre le había traído de Egipto.

Regresó al presente y tembló en el frío silencio del habitáculo. Su infantil seguridad se tambaleó como una balsa en medio de un río torrencial. Se encerraría en su concha, como un caracolillo asustado, y trataría de emerger sigilosamente de ella. No temió a los fantasmas, pues ya tenía sus propios y recientes espantos en los que pensar. Al fin se durmió, repitiendo el consejo de Sabina: «Sé fuerte, sé fuerte…».

La niña Valeria sentía haber caído en el fondo de una sima, mientras, fuera del atrium, las estrellas se helaban en el frío turbio del firmamento.

II

LA LLAMA DE VESTA

Roma, año 36 a. C.

Desde el umbral del jardín, la niña Valeria avistaba el cielo refulgente de Roma.

Intentaron que no estuviera sola y le asignaron tareas sencillas en las primeras semanas, aunque dominadas por la acritud de Vipsania, que deseaba imponer su autoridad sobre la novicia.

Su vida encerrada en el templo había adquirido cierta rutina, se manejaba con más seguridad y afrontaba sus obligaciones con energía. Se había familiarizado con la rutina del templo y salía con las otras vestales a visitar templos. Asistía a las fiestas y procesiones, y la luz y las gentes que reían y comían en las calles, prosperando a su alrededor, la alegraban. Paulatinamente fue tomando conciencia de su verdadero universo y resistía los reproches de la superiora, que buscaba deliberadamente la palabra más vejatoria para zaherirla. Pero no le importaba.

Habían transcurrido varios años desde que ingresara en el Atrium Vestae y junto a Sabina, la quarta vestal, y unas esclavas iría primero a la Porta Colina y después al altozano del Vaticano y a los huertos Aciliorum, cerca del río Tíber, a recoger hierbas medicinales. Era el solsticio estival y las plantas y flores lucían en todo su esplendor y eficacia curativa. Era una de sus obligaciones.

Mientras las golondrinas habían viajado cada estío sin interrupción, ella había crecido como las parras en verano, y su mente de casi doce años se había liberado del sufrimiento causado por el brutal desarraigo de su familia. Había comprendido que la tristeza había que dominarla si deseaba ser feliz. Los dos primeros años de vestal los había pasado en un estado habitual de agitación, pero ahora el sosiego, la serenidad y el ejercicio de sus deberes sagrados colmaban su vida cotidiana. Y la amaba. Valeria había aprendido con el tiempo a sentir fascinación por el halo de misterio que envolvía sus obligaciones y el aprecio que recibía de Roma entera.

«Somos la conciencia de Roma, no lo olvides, Valeria», le decían.

Convertirse en la sacerdotisa de Vesta, la Hestia griega protectora de la humanidad, deidad del fuego, de la virginidad y del hogar familiar, resultaba un privilegio para cualquier mujer romana. Le alegraba el limpio olor de los pinos y el humo de leña del templo.

Rezaba a diario ante su idolatrada imagen, Vesta, una matrona de gran armonía con un cuenco en una mano y una antorcha en la otra, y le rogaba que la hiciera fuerte.

Las vestales significaban para la Urbs su pasado glorioso, la potencia moral de la República, las buenas costumbres de las matronas romanas, la austeridad, la modestia, la rectitud y la grandeza del Imperio, y eran tenidas por la encarnación del viejo esplendor de la diosa Vesta. El templete circular de la diosa se convirtió en el centro de su vida. Era de dimensiones modestas y estaba recubierto de un techo de bronce traído de Siracusa tras ser arrebatado a los cartagineses. Alzado en el corazón del Foro, cerca de la casa de Numa, poseía un tragaluz en el techo, un agujero por donde salía el humo permanente del fuego sagrado.

Con fervor, las vestales mantenían con devoción el focus publicus, la llama de Vesta, para que Roma disfrutara de un venero permanente de ascuas sagradas para sus altares familiares; si se extinguía, significaría grandes desgracias para el Imperio y un presagio de infortunio para la ciudad.

Después de cumplir los diez años dejaron de considerarla una discípula, convirtiéndose en servidora de la diosa, con muchos privilegios y derechos, como el de cobrar una soldada, recibir regalos, subsistencias de la annona y herencias de devotos de la deidad, como las demás vestales. Cada mañana hermoseaba su cara y se vestía de lino inmaculado. Luego, tras cuidar del fuego, asistía con Sabina a las clases que impartía Emilia, que repartía las tablillas de cera y los estilos antes de enseñarlas a hablar y escribir en griego, así como a recitar los rezos e himnos secretos.

La apacible vestal Emilia le recomendaba modestia y devoción con la magistra, y Valeria ya sabía que, cuando se convirtiera en mujer, asistiría a las ceremonias de la Bona Dea, a los banquetes a los que fuera invitada por las distinguidas familias romanas y a purificar el templo con el agua natural de la fuente Egeria, donde en la edad dorada se bañaba la citada ninfa.

De igual forma, aprendería de la magistra maxima, Vipsania, las esencias de las antiguas plegarias etruscas o precaciones, que las vestales solían recitar para contrarrestar las acciones maléficas de los espíritus y de las magas que proliferaban en Roma. También asistiría a los juegos en el Circo Máximo, al anfiteatro y al teatro de Pompeyo, y se sentaría al lado de los triunviros, senadores y cónsules. Pero lo más transcendental para ella era que sería nombrada por el pontífice máximo custodia de los documentos y de los testamentos de los generales, senadores y cónsules romanos y cuidadora del valiosísimo Palladium, el tesoro acarreado por Eneas de la mismísima Troya y regalado al abuelo de Rómulo y Remo.

A pesar de que asistió a algunos altercados entre la prima y otras vestales, ella nunca había sido regañada y mucho menos azotada por la negligencia de extraviar el fuego, ya que entendía que la prosperidad, la seguridad y el favor de los dioses dependían de su celo en cumplir obligación tan sacrosanta.

La obediencia a la virgo maxima y la pureza más absoluta envolvían sus actos cotidianos. La superiora, tiesa y rígida como un palo, la amonestaba, pero ella y Sabina se reían de sus regañinas, con la indiferencia de su juvenil felicidad. En el Atrio de las Vestales no solo no se les permitía la menor relación con varones, sino que jamás se hablaba del matrimonio, del sexo, del milagro de la vida, o de la concepción, en lo que Vipsania llamaba el omniun castitatum, la castidad absoluta que debían observar las vestales. Y ante el menor atisbo de descuido, el castigo del látigo caía inapelable sobre sus virginales espaldas.

Sin embargo, parecía que para la madre rectora no contaban semejantes preceptos. Asistía a las fiestas nocturnas en honor de la Bona Dea y celebraba los secretos ritos en la casa del cónsul en ejercicio, las damias, donde se entregaba a desenfrenados ritos. Se rumoreaba de la incontinencia de la virgo maxima con su secunda, Cecilia, y de cómo se entregaban ambas a asiduas prácticas del vicio solitario. Valeria lo dudaba, pero entendía que Vipsania, a la que detestaba, era capaz de todo.

Valeria renovaba en cada ceremonial del fuego sagrado su compromiso con Vesta y le prometía que dedicaría su juventud a su servicio mientras limpiaba el suelo del templo, adecentaba las estatuas de Minerva y de Hestia y atendía a las matronas romanas que venían a ofrecer sus dones a la deidad. En algunas ocasiones recibió la visita de su madre, Helvia, y juntas oraban contritamente y se saludaban tiernamente.

Sin embargo, el placer más codiciado por Valeria en el Atrio de las Vírgenes era el baño diario, cuando el primer haz dorado entraba por la ventana colmado de aromas y una esclava llenaba la tina de agua caliente y la aromatizaba con exóticas sales y aceites de Arabia. Era su momento de meditación, cuando ponía en orden sus sueños, reflexiones y recuerdos. Le agradaba contemplar sus carnes aún inocentes a la luz de las lamparillas y advertía que una profunda transformación se iba desarrollando en su cuerpo.

Sus miembros infantiles iban dejando paso a una cintura flexible, piernas esbeltas, senos incipientes y un rostro cautivador. Envuelta en la embriaguez de los sentidos y en la atmósfera del vaho perfumado, se entregaba al cuidado de la masajista y de la ornatrix, que le frotaba el pelo y el cutis con algalia, jazmín y alheña de Egipto, y así sosegaba su espíritu, pues desde que abandonara a su familia precisaba

diariamente de la quietud de su alma.

Las seis vírgenes y algunas ancianas de hosca expresión, que no habían abandonado el templo y servían de educadoras de las más jóvenes, vivían con ostentación en la prisión de oro del Foro romano, amadas por el pueblo. Algunas morían de viejas, si es que a los treinta años no ejercían su derecho a abandonar el Atrium, cosa muy corriente.

Pero a Valeria pronto le llegaría la primera menstruación y sus derechos serían otros y pasaría por el tamiz de su nueva vida los regaños de sus superioras.

Valeria vivía inmersa en el bienestar más lujoso y en una comodidad asiática que solo disfrutaban las matronas de los optimates más ricos de Roma. Cada mañana las esclavas que tenía asignadas la aseaban, la peinaban con los tirabuzones, los seni crines, y la vestían sin prisa.

Aquella mañana la embutieron en la impoluta túnica recta, que ajustaron con el cíngulo bajo sus senos anudándolo con el lazo hercúleo; luego le colocaron las cintas vitae, que formaban una diadema de lana púrpura sobre su frente, símbolo de la castidad y la pudicia.

Las prendas de las vestales se consideraban sagradas y preciosas y eran confeccionadas con meticulosidad en lino y lana por expertas costureras. En aquel momento, la joven vestal recordó el verso de la Eneida: «Y dijo Eneas: no nos desprecies, oh rey Latino, pues nos presentamos ante ti portando la imagen de la diosa Hestia y sus sagradas cintas de lana roja». Más venerable no podía sentirse.

Tras calzarle las soelia, las sandalias para el verano, le ajustaron el velo blanco sobre la cabeza, el suffibulum, la stola y el manto sobre el hombro, prendas que integraban la vestimenta más respetable de Roma y ante la que todo el mundo se inclinaba. Las siervas le acicalaron tenuemente los labios, los párpados y mejillas y Valeria suspiró. Era el mejor momento para examinar su figura frente al espejo dorado, una imagen que las demás vestales intuían como de futura perfección.

Sus enormes ojos negros, sus labios carnosos y su frente alta y nariz griega pregonaban distinción, aun siendo todavía una púber. El atuendo de vestal que implicaba pudor en Valeria incrementaba su incipiente feminidad y belleza, que ella solía ocultar al salir del templo.

Con un cesto en la mano abandonó la morada de las vestales. Las puertas de bronce de la morada se cerraron tras ella. Desde el exterior, el Atrium Vestae parecía una fortaleza de impresionantes dimensiones con las paredes de piedra pintadas de color terracota y exornadas con columnas griegas. En el pórtico de jaspe con figuras de la diosa Hestia,

la aguardaban su amigas Sabina y Emilia.

Las esperaba el carro de dos ruedas, el carpetum, una carreta forrada de púrpura de Bozrah, prohibida a las demás mujeres romanas, en la que viajarían más allá del Campo de Marte. Dos lictores, uno por cada vestal, las acompañarían hasta el lugar y evitarían que nadie las molestara, aunque era sabido que los romanos, por respeto, se inclinaban a su paso y otros, por miedo, evitaban cruzarse con ellas. Se detuvieron en el llamado Campus Sceleratus, donde crecían la juncia, el tomillo y el romero.

Sabina, la quarta vestal, era su más firme amiga y defensora. Le agradaban su desenvoltura y bondad, aunque también hacía buenas migas con Emilia, la tertia virgen. Parecía que disfrutaban siendo sus protectoras. Las tres vírgenes, por sus intereses semejantes, por la simpatía que abrigaban mutuamente entre ellas y por la rutina doméstica que compartían, habían establecido una amistad sin fisuras, frente al reverso formado por Vipsania, la virgo maxima, Cecilia, la secunda vestal, y Elia, que siempre hacían sonar sus voces imperiosas para hacerse obedecer, e incluso a través del frío terror de la autoridad y del castigo. «El silencio es nuestra virtud, niña, y tú eres una charlatana», la corregía constantemente la autoritaria trinidad del Atrium.

En el ocioso mecanismo de la residencia de las vírgenes, las tres vestales menores solían jugar a latrunculi, un juego de fichas que se movían por un tablero y cuyo propósito se asemejaba a una estrategia militar en la que ganaba quien más fichas tomaba al adversario. Sabina y Valeria eran consumadas jugadoras. También paseaban por el estanque, visitaban las cocinas y las habitaciones de costura de las esclavas y con indolencia comentaban los chismes de la casa y de la política de Roma; cuando no tenían servicios en el templo, conversaban ante sus tocadores y baños, siendo estos los más relajantes momentos de su enclaustrada existencia.

Las tres jovenzuelas se mostraban un sincero afecto pero sin excesos, pues la virgo prima no permitía ni el contacto ni el apego cercano entre sus discípulas. Ejercía de previsora carcelera, y ellas de prisioneras exquisitas y obedientes. Vipsania, con su voz chillona y estridente, era para Valeria un buitre frío, detestable, cobarde y repulsivo, a la que le encantaba visitar las casas de los políticos y generales más influyentes de la República para intrigar y sentirse importante. Esa era su verdadera vocación: intervenir e influir en las decisiones de Estado. Todas las vestales lo sabían, así como su apoyo a Marco Antonio.

Vipsania llegó a ser el enemigo número uno de Sabina y de Valeria. Siempre hallaba aliadas dentro de la casa para humillarlas. Las miraba con indiferencia, las regañaba con su voz seca y vieja y

permanecía alejada de las vírgenes que regía. A Valeria y Sabina les inspiraba desdén y desprecio. Y la rabia escapaba de sus pechos juveniles. Pero no le mostraban ningún resentimiento, y se enfrentaban a la virgo maxima esgrimiendo una sonrisa cínica y despreciativa ante su cara.

Emilia, la tertia, una joven alta y de tez rosada, de unos veinticinco años y gusto excelente para el cuidado del templo y del valioso tesoro del Palladium, era el paradigma de la virtud por su recto proceder, bondad y las buenas prácticas sacras, y Valeria la imitaba. Emilia era invitada a muchas mesas ilustres y era la maestra de Valeria, y su procedencia de la influyente gens Emilia le confería una gran autoridad en la casa.

Sonrió a la jovial y risueña Sabina Ateya, su cómplice más cercana, una muchacha de pelo del color del trigo maduro, que pasaba de los quince años, el paradigma de la alegría riente de la casa. Poseía un humor cercano y abierto, y mantenía un continuo tono de complicidad con ella. Todo en Sabina emanaba adhesión y confraternidad y pertenecía a la influyente familia Claudia-Ateya.

Valeria, por platicar, le preguntó:

—¿Por qué nos encierran los hombres en estas cárceles deliciosas?

—Desconfían de nuestra inteligencia, desde luego. Y desde niñas nos educan para ser sumisas. No desean rivales a su lado y nos indican nuestro lugar: el hogar. El nuestro es sagrado, pero es un hogar también.

Al poco, tras transitar por las vías de Roma, atisbaron al fin los huertos sembrados con árboles frutales. Unos desaliñados y otros cuidados, se mostraban exuberantes y olorosos a los ojos de las tres vestales. En un paraje bordeado de villas donde crecían los robles y sauces, las muchachas comenzaron a recolectar ramas de romero, ocultas tras un pedregal musgoso.

De repente, a Sabina se le cortó el aliento. Parecía que le aterraba el lugar.

—¿Qué te ocurre, cara Sabina? Has cambiado de color.

—En este siniestro lugar me siento vulnerable, Valeria.

Valeria preguntaba sin cesar. Aún no había madurado y todo era nuevo para ella.

—¿Por qué? Es un rincón de Roma hermoso y muy aromático.

—Y tétrico también para nosotras, las vestales —repuso su amiga —. ¿Acaso ignoras que allí, bajo aquel túmulo de arena y piedras, entierran vivas a las vestales que rompen el voto de castidad? No es un lugar para visitarlo. Acabemos pronto.

Valeria se alarmó y Sabina prosiguió:

—Te confieso que cuando cruzo esta puerta y diviso ese macabro montículo de tierra junto a la muralla, el maldito agger, pienso en las

vestales enterradas vivas en él por caer en el pecado del amor, o de la lujuria, quién sabe. Los huesos y las calaveras de Opia, Marcia y otras desgraciadas yacen aún bajo tierra, tras sufrir una muerte atroz. Vivimos en una sociedad donde las leyes de los hombres marcan nuestras vidas. ¿Acaso nuestros padres no decidieron nuestro destino, Valeria?

Valeria no comprendía por qué el llamado crimen incesti suponía para la ciudad un peligro. ¿Es que los dioses estaban en contra de los sentimientos de los humanos? Los romanos llamaban a aquel acto cruel y sanguinario el prodigium, pues según los sacerdotes que una vestal se acostara con un varón alteraba la naturaleza del fuego sagrado. Valeria sabía que la virtud de las vestales y la seguridad de Roma eran una misma cosa.

Emilia opinó, contrariada:

—Solo a una mente perversa se le puede ocurrir castigar a una mujer de esa forma tan fiera por perder su virginidad. La consideran una depravada, una impúdica cuando ellos visitan los lechos que les da la gana. Atarla con correas a una tabla, taparla con un sudario como a una muerta, pasearla por Roma así atada y someterla al escarnio público me resulta espeluznante. ¡Y después, enterrarla viva, por Vesta!

Sabina prosiguió:

—Escucha, Valeria, hay un episodio con el que sueño y que me pone los vellos de punta. Se trata de Sextilia, que fue sepultada siendo casi una niña, y, cuando se abrió la lápida para castigar a otra vestal, se descubrió su cadáver intacto. Y su cabellera, rubia como el oro, no había dejado de crecerle y le llegaba a los pies como si fuera una mortaja dorada. ¡La diosa habló por ella!

—Vesta no puede aprobar esta salvajada, ¡no! —respondió Valeria —. Y tampoco creo que los otros dioses se sientan satisfechos con esa condena, Sabina.

Sabina frunció el ceño y continuó:

—¡Qué desenlace más atroz! Agonizar comiendo tierra, impotentes por la inanición o la asfixia, consumidas por la claustrofobia y la desesperanza. Y todo por el temor a la ira de los dioses, dicen ellos.

Sabina prorrumpió con un tenue tono de voz:

—¿Y vosotras creéis que las divinidades se preocupan por nuestra existencia?

—Yo opino que la que nosotras sufrimos es la forma más depravada de someter a una mujer, cara —respondió Emilia.

Sabina tomó el camino de la sumisión y dijo:

—Será mejor entonces no romper el voto que juramos y mantenernos castas, Valeria. Me pregunto en mis pesadillas si abrirían los ojos allí dentro, a oscuras, aturdidas por el frío, palpando el techo

que sabían que sería su sarcófago eterno. ¡Por Vesta, qué trance más horrible!

Valeria terció:

—Sin embargo, el pontífice nos asegura que las leyes de Roma son justas, pues dentro del nicho donde las entierran vivas hay un lecho, pan, agua y miel. Espero y deseo que Vesta no nos haga caer en el pecado de la lujuria.

Valeria reparó en que a Sabina le palpitaba la sangre en las venas. El asunto del enterramiento en vida de las vestales pecadoras la aterraba.

—¡Vámonos! Este rincón me da pavor. Bajemos al Tíber, os lo ruego.

Abandonaron el paraje y el carro las condujo a las riberas del río.

***

Transcurrieron las semanas y las lunas y nada cambiaba en la Casa de las Vestales. Valeria pasó momentos duros, pero comprendió que era un mal necesario soportar las impertinencias y acosos de las dos magistras mayores, Vipsania y Cecilia, que, en su vanidad, rayana a veces en la ridiculez, seguían imponiendo su autoridad y castigos con ultraje. Su falta de comprensión clamaba a los cielos. Pero Valeria callaba y cumplía.

En el templo, cuando le tocaba servicio de oraciones o cuidar del fuego, Valeria hilaba o tejía, jugaba al latrunculi con Sabina y, sobre todo, meditaba sobre su futuro y sobre los dioses y diosas del panteón romano, que representaban los elementos, las emociones, los deseos humanos y todos los aspectos de la vida. «Demasiados dioses a los que acudir», cavilaba.

Valeria se había endurecido forzosamente, pero no pensaba rendirse al carácter definitivo de ser vestal de por vida y a veces se abandonaba a las lágrimas. Vesta, la madre, la creadora y a la vez la destructora y la garante de su virginidad, parecía que estaba satisfecha y la había bendecido. Pero solo pensaba cumplir su ciclo de treinta años de prestación y posteriormente aceptar el matrimonio de algún patricio al que amara.

Los días livianos, claros y sin nubes; la bóveda celeste enviaba al Atrium Vestae sus mejores augurios. Había clareado un amanecer estival sofocante, y el sol brillaba por levante. El ruido y los rumores del exterior llegaban amortiguados y Valeria se sentó en un banco del impluvium. Se tenía por un alma solitaria y gozaba de su quietud, pues los días se le hacían largos y tediosos, y a veces, al anochecer, cierta angustia la sumía en una soledad fría.

Gozó por unos instantes del aroma de los emparrados, de los

impecables bancales de flores y de las leves ondulaciones del estanque, limpio como un manantial de montaña. Aspiraba el aromático aire cuando súbitamente captó su atención un estrepitoso trajín que provenía del templo. Se sucedieron las carreras, las voces y los lamentos y después la súbita presencia del pontífice máximo en el palacio. Algo grave acontecía y se incorporó espantada.

—¿Qué sucede? —preguntó a Emilia.

—Parece que esta madrugada Sabina ha dejado que el fuego se apagara —la informó Emilia—. Se ha dormido durante el turno de vigilancia nocturna.

—¡Por Venus, qué tragedia! —Y ahogó una exclamación de espanto.

—Y la fiera tiene hambre de castigos —repuso pensando en Vipsania.

—Es una desdicha para nosotras y un escándalo para Roma. La desgracia se cierne sobre este lugar. ¡Vesta nos proteja! —exclamó la tertia vestal.

Después todo ocurrió precipitadamente. Callaban y se palpaba el pánico.

Vipsania, hecha una furia, convocó a las seis vestales al santuario. Una ira oscura le nublaba la mirada. Sin pausa alguna y con rostros de consternación, procedieron a encender de nuevo el fuego sagrado, mientras entonaban los himnos de desagravio a Vesta y le sacrificaban unas tórtolas para recobrar su favor. Se reunieron alrededor del círculo de bronce que aún atesoraba las ascuas sin extinguir. La virgo maxima encomendó a Emilia y a Valeria que intentaran reanimar una nueva lumbre. Airada, ordenó que el hecho no trascendiera extramuros del templo, pues cundiría el pánico entre la plebe, tan inclinada a las supercherías y un animal enloquecido en cuanto atañe a los malos augurios. Tampoco darían cuenta del incidente ni al Senado ni a los dos cónsules.

Emilia, sobre una criba de bronce repleta de briznas secas, aproximó un espejo cóncavo que orientó hacia el sol naciente, y al poco comenzó a surgir un humo blanco esperanzador. Valeria intentó alzar una llama frotando las ramas de un arbor felix, un arbusto que había dado frutos, signo de buen augurio, con una madera plana de roble, y al rato ocurrió lo mismo.

No bien hubieron concluido las preces a Vesta cuando consiguieron recuperar las llamaradas extintas ante el beneplácito del pontífice. El fuego de Vesta había logrado la victoria sobre el agobio de las dos jóvenes, extendiendo sus alas rojas a las alturas.

—La diosa ya está complacida —repuso Lépido—. ¡Loada sea Vesta!

Dos fulgores danzaban de nuevo en el ara de Vesta, y suspiraron

todos menos Vipsania, que abrió sus labios en un mohín de malicia.

—Ten presente, Lépido, que la vestal debe ser castigada por su negligencia. Solo así la deidad a la que servimos se hallará satisfecha y compensada —exigió al pontífice, que intentaba abandonar el oratorio.

Lépido, que no deseaba castigar a la muchacha, asintió a regañadientes. Estaba obligado a cumplir el rito y no encontró razones para evitar el castigo. Sabina, pálida como la cera y temblando, fue conducida al roble centenario que presidía el jardín y donde se hallaban colgadas las cabelleras de las iniciadas. En presencia de las vestales, Vipsania la despojó de la túnica, de la palla y de la infula vitae, dejándola desnuda de cintura para arriba y atada al rugoso tronco.

Depositaron en la mano de Lépido una vara de abedul, y este la movió nervioso. Tenía los dedos largos y la zigzagueó en el aire. Tomó fuerzas y sin más dilación le propinó quince azotes. Solo se escuchaba la respiración entrecortada del pontífice, los insignificantes gemidos de Sabina Ateya y los leves lloros de Emilia y Valeria. Las demás miraban a la compañera con ojos de lechuza mientras percibían la expresión despiadada de Vipsania.

Su ademán cínico afectó profundamente a Valeria, que comprendió que su lucha con Vipsania sería larga y fastidiosa. Era una mujer miserable.

Concluido el brutal apaleo, la desataron y la condujeron a sus aposentos a rastras, pues se había quedado sin fuerzas y estaba extenuada. La habitual armonía de sus facciones había desaparecido de la alegre, sana y bella Sabina.

Cecilia, la vestal curadora, le aplicó con cuidado un bálsamo en los violáceos verdugones y Valeria le dio a beber unos sorbos de vino con miel. No había sangre, pues Lépido se había contenido en el escarmiento. Valeria se estremeció al verla tan pálida y desfallecida. Junto a su lecho acudió también Emilia, una mujer inclinada a escuchar, que la consoló como una madre. A pesar del suplicio, Sabina se vio confortada por el ánimo que le proporcionaron sus dos compañeras cuando quedaron las tres a solas.

Tras unas horas de dolor indecible, Sabina se fue reponiendo con los paños fríos que le aplicaba Valeria y su consuelo, aunque estaba perdida en un mar de contradicciones. Sin apenas fuerzas, reveló:

—Os aseguro que la llama del ara no estaba apagada. Había tizones encendidos y soplando la hubiera recuperado. Pero Vipsania es una zorra y no tardó en irle con el cuento al pontífice.

—Desprecia a las mujeres que piensan, o intentan defenderse, como tú. Pronto recuperarás tus fuerzas y volverás a la normalidad —dijo Valeria.

—No os preocupéis. Empiezo a encontrarme mejor —respondió apenas sin voz.

A Sabina, Emilia y Valeria les costaba trabajo comprender aquel mundo de tan estricta disciplina que se alejaba mucho de lo que significaba la dedicación pura a la diosa. Para las dos amigas que velaron el sueño de Sabina, todo poseía una tonalidad cenicienta, solo alterada por el afecto que abrigaban entre sí. Comprendieron que Vipsania era una amenaza real para ellas.

Sabina, tras el castigo, no recuperaba el ánimo.

Valeria la exhortó a asistir a las carreras de cuadrigas en el Circo Máximo en honor a Marte, ya que Vipsania y Cecilia habían optado por quedarse en el templo cuidando el fuego. La ausencia de la detestable magistra y su acólita más fiel la convenció. Sabía que las vestales solían convertirse en el centro de las miradas, además de tener parte activa en el ritual de la sangre del caballo, y eso complacía a Valeria.

El Circo las recibió animado por miles de ciudadanos que se agrupaban en los vomitorios apostando sus salarios. La plebe, anhelante de sangre y diversión, de comida gratis y de regalos, perseguía desde el amanecer un asiento en las graderías, apretujándose como piojos en los pórticos.

Las vestales, bajo parasoles rojizos, se habían aposentado en la primera fila junto a los cónsules, senadores y magistrados. La vociferante masa las aclamó. Emilia, Valeria, Sabina y Elia respondieron alzando sus manos. Debían recoger los trofeos del caballo vencedor y su presencia satisfacía al pueblo. Recibieron en pie la solemne procesión, la pompa, que descendió desde la colina del Capitolio portando las imágenes de los dioses tutelares de Roma. La sagrada comitiva entró por la puerta central del Circo, frente al templo de Ceres, mientras la muchedumbre dispensaba gritos de aliento a los aurigas contendientes.

Millares de ojos estaban fijos en ellos, los verdaderos ídolos del pueblo. Los cuatro aurigas habrían de recorrer siete vueltas, unos quince mil pies, y para que el público supiera en todo momento las vueltas discurridas, siete delfines y otros siete remates en forma de huevo descenderían tras cada recorrido. Iba a librarse la carrera principal de los juegos de Marte, con un premio de cincuenta mil sestercios, el más preciado de los juegos. Los carros, a una señal del editor, escaparon vertiginosamente de las carceres entre el retumbar de los cascos, el rechinar de las ruedas y la barahúnda de miles de gargantas que clamaban como cien torrentes enfurecidos.

A Valeria, que nunca había asistido a las carreras, le pareció el más extraordinario espectáculo que pudiera verse en las orillas del Mare

Internum. Observó que la muchedumbre pasaba de la agitación al abatimiento y de este al alborozo según se sucedieran los virajes de su auriga favorito. Tras osadas maniobras, venció un gigantesco auriga hispano, de nombre Curcio, que por su audacia y maestría se ganó el favor del público romano y hubo de escuchar una ovación larga y clamorosa.

Las cuatro vestales y el flamen máximo de Marte descendieron a la arena ante la atención muda de la muchedumbre. El auriga ganador había desenganchado uno de los caballos vencedores, mientras los salios, los danzarines del dios de la guerra, bailaban frenéticamente en su derredor, enarbolando lanzas, escudos y cuchillos. Tras dar una vuelta al hipódromo, con los belfos rosados y bufando sonoramente, el corcel elegido como trofeo fue conducido bajo el pulvinar, el palco de los cónsules.

Se iba a proceder al sacrifico a Consus, la deidad de los caballos, cuyo altar se hallaba bajo la arena. Un salio, embadurnado de arena, avanzó desde atrás como un fauno salvaje y lo golpeó varias veces en la cabeza con una maza, hasta que el équido, desconcertado y herido de muerte, cayó tambaleante en el albero ante el clamor de la plebe. Era el momento de las vestales.

Los ojos brillantes del corcel se quedaron fijos en Valeria mientras abría su boca sin aliento. La vestal sufrió una honda impresión. Las vírgenes dispusieron alrededor de la cabeza del animal varias ánforas casi planas con objeto de recoger su sangre y guardarla en el templo de Vesta, para bendecir los veneros y manantiales de Roma en los fastos de las Fuentes Divinas en los próximos idus de octubre.

Los salios le cortaron la cola y la cabeza, que colocarían en una pica en el templo del dios guerrero o en una de las puertas de entrada de Roma para intimidar a los espíritus maléficos. Mientras, los chorros calientes de su sangre fueron recogidos por las vestales. Valeria flaqueó y vio que el mundo se le oscurecía, cayendo sin sentido entre las pezuñas sanguinolentas del caballo sacrificado.

No soportaba el hedor a sangre, el escándalo de la turbamulta y la estéril escabechina de aquel heroico animal al que antes habían aclamado con pasión.

Valeria se recobró y exhaló un suspiro y abandonó apesadumbrada las arenas del atiborrado hipódromo.

III

VIRGO MAXIMA

Roma, año 33 a. C.

Valeria alcanzó la plenitud de su belleza al cumplir los catorce años, y sus compañeras advirtieron que el mundo le preocupaba y que abrigaba fastuosos sueños de futuro. Y su carácter apacible ayudaba a las vírgenes que tenían dificultades para salvar los escollos de la vida en clausura.

La mayoría de edad la celebró ofrendando a la deidad de la pureza los paños con su primera sangre y festejando las lemurias, días nefastos para los romanos, que recordaban en los idus de mayo a los difuntos. En aquella festividad les era vedado a los romanos contraer matrimonio, viajar y mostrar felicidad en público para no incomodar a los espíritus maléficos, y Valeria cavilaba sobre la inmensidad del enigma del tránsito al más allá.

Las vestales, como cada año, instalaron con sus manos un altar en el Foro, con la ayuda de los epulones, los sacerdotes de Júpiter Máximo, que desde el amanecer sacrificaron los preceptivos animales. Sus carnes, expuestas en mesas, eran enterradas después en un agujero hondo para aplacar a los espíritus del Hades. Por turnos, las vírgenes, como si fueran tétricas vigilantes, se colocaban junto a las mesas y recibían a las plañideras vestidas con harapos y teñidas de cenizas. Se arañaban el rostro, lanzaban macabras imprecaciones y veían cómo las carnes se iban pudriendo y colmándose de moscas.

A Valeria le parecía una costumbre repugnante. La detestaba. En el último servicio no puedo evitar dar arcadas ante los sacerdotes y arrojar cuanto había ingerido. Vipsania, ante tal conducta, según ella impropia de una vestal, la castigó a meditar en su cuarto y sustentarse solo con pan y agua. Las lemurias no eran sus fastos preferidos y aprovechó para adentrarse en los Libros Sibilinos, que muy pronto estudiaría en el Palladium.

—Aprovecharé la reflexión para entender mejor la muerte —le dijo a Vipsania.

—Arrepiéntete de tu falta de respeto para con los lémures y difuntos —le respondió la virgo maxima.

Valeria, junto con sus amigas Emilia y Sabina, se apartaba de Vipsania, cuya vida era una maraña de mentiras e impiedades. Leía en

su cuarto cuantos rollos escritos caían en sus manos, sobre todo los de astrología, y paseaba por el jardín de las estatuas, entre el aroma y frescor de las flores y rodeada de un absoluto sosiego.

Pero los dioses eran compasivos y sin esperarlo pudieron recrearse con los dulces efluvios de una venganza no reclamada pero sí muy deseada por ellas.

La virgo maxima, que predicaba la modestia, la honradez y la austeridad entre sus vírgenes, se comportaba de forma arrogante y sádica, y no dejaba pasar ocasión para recriminar a las tres amigas, aun a pesar de ser tres dechados de corrección. Pero Vipsania cayó víctima del pecado de su propia codicia y del abuso de su rango. La justicia, que siempre suele inclinarse hacia el provecho del más fuerte, esta vez erró y vino a satisfacer a las tres vestales más afectadas por su impiedad después del solsticio de verano.

El Evento Cómico significaba otra festividad para las vestales, que disfrutaban de descanso y podían visitar el templo de la Bona Dea, al otro lado del Foro. A Valeria le gustaba dar una vuelta por el santuario, en el que había una bellísima pintura de Cibeles en un barco. Acompañaban a las mujeres para cumplir con sus ritos, la mayoría dedicados a la fertilidad, al amor conyugal, y a rendir homenaje a Afrodita, así como a sacrificar una cerda rolliza en su honor.

Había lloviznado durante toda la noche, y el alba, fría y húmeda, se nutría de una luminosidad azulada y acuosa que invitaba al sosiego de quienes habitaban el Atrium Vestae. Tras la alabanza en el santuario de la Gran Madre, Valeria regresó y se echó en el lecho, cuando la paz del templo se quebró súbitamente.

La enfurecida irrupción del pontífice máximo, Lépido, único varón que estaba autorizado a acceder al recinto, sembró el sobresalto entre las vírgenes, las esclavas y las domésticas. Con su recio vozarrón exigió la inmediata presencia de las vestales en la sala donde se atesoraba el Palladium. Antes había examinado con la vestal secunda, Cecilia, el habitáculo de Vipsania, donde confiscó un cofre que dispuso sobre la mesa de la regia estancia. Estaba a punto de estallar un gran escándalo en el templo de Vesta y se miraban unas a otras desconcertadas.

Valeria Domicia no entendía todavía qué ocurría y, mientras aguardaba, se extasió con la pulcra decoración de la habitación. Había pocos muebles, aunque sí varias hornacinas que cobijaban los tesoros más preciados por los romanos, bustos de héroes homéricos y también de las primeras y más ilustres vírgenes vestales: Rhea Silvia, Verania, Canuleia, Virginia Claudia, Tarpeia y la venerable Occia.

Observó las estanterías donde se acumulaban las cartas, documentos y vitelas de color amarfilado, en su mayoría testamentos

y sus copias de los más insignes personajes de la República, y esperó alarmada. Un brasero de bronce bruñido prestaba un calor benefactor a la sala. Frisos de ébano y marfil exornaban los marcos de las ventanas y puertas, mientras un tenue sol colmaba de luz dorada las paredes de estuco.

Al entrar Marco Lépido y Vipsania en la sala, las vírgenes comprendieron de inmediato, por la expresión de ambos, que algo de naturaleza grave había acontecido. Lépido habló pausado:

—Dilectas dominas —inició la denuncia—. Sobre la virgo maxima se cierne una delicada inculpación. Claudia Vipsania, amparándose en una prerrogativa privativa de las vestales, simuló cruzarse con un condenado a muerte en camino hacia su castigo capital en las Gemonias para salvar su vida, el cual, según la ley Papia, fue puesto en libertad de inmediato.

—Ese es un antiguo privilegio de las vestales, pontífice —lo retó Vispania.

—¡Calla, mujer! —la cortó severo—. Posteriores pesquisas del pretorio han desvelado que el condenado, Fulvio Nobilior, que había asesinado al legado del triunviro Cayo Octavio, había acordado secretamente con Vipsania la hora y la vía exacta por donde iba a transitar el grupo a fin de acogerse al indulto sagrado y salvar su pellejo con tan falsaria ventaja. Unos testigos, los verdugos de la cárcel y dos acusadores han jurado que el encuentro entre Vipsania y Nobilior no fue fortuito ni por voluntad de los dioses. Fue una vil patraña urdida de antemano. Además, la acusada cobró por la impostura mil piezas de oro, halladas en su cámara. ¡He aquí la prueba! —Y la mostró.

Lépido abrió la caja y descubrió el monto reluciente de las monedas y los tres documentos acusatorios sellados en la basílica Julia, donde el tribunal juzgaba y sentenciaba a la virgo prima. La ignominia por la voracidad y la innegable inclinación política de Vipsania contra Octavio César habían ensuciado el templo de Vesta.

Su mente estaba hecha para el engaño y para la intervención soterrada en los asuntos públicos de Roma, y el odio a las demás vestales reflejaba la podredumbre de su corazón. Nadie ignoraba que era amiga de Fulvia, esposa de Marco Antonio, el triunviro, al que apoyaba frente a Octavio. Sus delirios de grandeza habían acabado. Vipsania trató de defenderse, exponiendo:

—Las mentiras y las verdades suelen confundirse a veces, pontífice.

—No estas, que están probadas y contrastadas por la curia tras minuciosa investigación. La ambición te ha perdido, Vipsania —la inculpó.

La acusación produjo gran asombro y revuelo entre las vírgenes, y a Vipsania se le atragantaron las palabras de su acusador, sumiéndose

en un gemido amargo. La engreída enemiga declarada de las más jóvenes vestales, la de la perversa voluntad y el afán de riquezas, la que mantenía la distancia de su rango, estaba tirada en el barro del descrédito.

Trató en principio de negar su participación, pero Marco Lépido, muy enojado, leyó los testimonios de los testigos, así como el del implicado en el engaño, Nobilior, que había confesado en la basílica Julia su amaño con la vestal con la intención de que le conmutaran la pena capital por el exilio. Claudia Vipsania, ante la cascada de pruebas inculpatorias, perdió la compostura y se revolvió irritada. Estaba atrapada en una innegable red de acusaciones.

Su arrebato de ira no pilló desprevenidas a las otras vestales, acostumbradas a sus frecuentes estallidos de cólera. Aseguró que todo era una impertinencia, aunque la irritación se debía más a que el denunciante era el cónsul en activo, Valerio Mesala, que aportó testigos y un documento firmado por dos senadores. Había jugado con las inmunidades de la diosa y eso a un gobernante le era difícil aceptarlo. Se le habían terminado los privilegios.

Siempre mezquina y vanidosa, se resistió a admitirlo, y, balbuceando, lo atribuyó a una conspiración urdida por Mesala, Lépido y por la vestal Emilia, sobrina del anterior, pero las pruebas resultaban contundentes y finalmente hundió la cabeza entre sus manos. La antes locuaz Vipsania, con los ojos enrojecidos, fue incapaz de responder a los cargos y, secándose las lágrimas, se mostró distante con sus vestales y con Marco Lépido. Su fondo venenoso comprendió que no debía empeorar la situación y calló, aguardando la sentencia.

Una respetuosa reserva se adueñó de la sala del Palladium. Lépido se incorporó del sitial de alto respaldo, abrió un pergamino y anunció inexorable:

—Por orden del Tribunal II de la Basílica, se decreta que Claudia Vipsania quede excluida del sacerdocio de Vesta y de su título de virgo maxima, que devuelva la suma recibida al banco de Saturno y sea conminada a abandonar el Atrium Vestae y la ciudad antes de las antecalendas de este mes. ¡Es la inapelable ley de Roma!

El efecto de verse destituida del cargo fue aterrador y rabió como una fiera. El momento fue sumamente desagradable para todos y la acusada masculló un conjuro y una maldición entre dientes.

—Has profanado tu cargo, Vipsania, y puede que Vesta castigue a la Urbs con calamidades, hambrunas o lluvias torrenciales por tu causa. No mantuviste la compostura y tu sacro deber y ahora Roma puede padecer tus errores. ¡Abandona este lugar y no regreses nunca!

Taciturna, tapó su semblante con el manto y sin demora abandonó la residencia, dedicando una mirada de exasperación, odio y reto a las demás vestales.

Lépido felicitó a su sobrina Emilia, la elegida por el Colegio de Sacerdotes de Júpiter para sustituirla. Emilia era una mujer esencialmente cálida, ajena a las peleas e intrigas de la casa y consecuente con sus obligaciones sagradas. Nada maliciosa, era versada en las historias de los dioses y en las oraciones contra los genios maléficos. Le entregó el manojo de llaves y de las dependencias, el báculo de marfil y la lámpara de oro de la deidad y la invitó a que las vestales recuperaran el prestigio y la sacralidad del santuario.

—Es el deseo de la justicia de Roma dar a cada uno lo que es debido, y la virgo maxima ha utilizado su cargo para lucrarse. ¡Qué Vesta la juzgue!

Sabina entrecerró los párpados y dedicó un guiño cómplice a Valeria. Ambas percibieron una especie de cálida venganza por dentro.

—Al fin la bruja ha pagado su perversidad —murmuró Valeria, y le devolvió una sonrisa.

—La verdad, tarde o temprano, empuja a la mentira. Y Vipsania era una farsante —corroboró Sabina.

Emilia fue felicitada con efusividad por las demás vestales, que la abrazaron gozosas. Ser la rectora de las vírgenes vestales aportaba a la ilustre familia Emilia un enorme prestigio. Cecilia, a la que le correspondería por edad sucederla, había rechazado el cargo, pues su asma la mantenía con frecuencia en cama. Valeria pasó a convertirse en la quinta vestal y en la guardiana del Palladium y de los secretos documentos y reliquias que atesoraba.

A Valeria le encantaban el amor de Emilia al ritual de Vesta, su aire solitario, su celo, su firmeza amable, el color de su cutis, del color de las nueces, y la elegancia que provenía de una distinción innata.

Un naciente período se abría para Valeria en su vida de vestal.

El caso de Claudia Vipsania no era sino otro más de los acaecidos en los tiempos convulsos en los que vivía Roma, dividida entre los partidarios de Marco Antonio y los de Octavio. Valeria se esforzó más que nunca en el canto de los himnos y en las lecturas sacras, pero las luchas que se vivían entre los dos triunviros enfrentados llegaban hasta la apacible mansión de las vestales.

Germinaba en la Urbs la estación de la vida, y de las colinas del Celio y del Quirinal descendían las fragancias de los huertos en flor que aromatizaban la ciudad. Y mientras discurrían las benévolas horas del mes de Marte, las vestales renovaban el fuego sagrado y los romanos glorificaron al dios de la batalla y valedor de los cultivos. Las vestales visitaron en la Domus Regia al pontífice máximo, y junto a él cantaron los himnos del dios para que favoreciera las victorias de los

ejércitos romanos que luchaban en Oriente.

Las vírgenes también prepararon los Fastos Parentales, o de los difuntos, en el IX de las calendas, en el que las matronas romanas acudían al templo de Vesta a implorar por sus muertos. Una luminosidad esplendente se dispersaba por el aire, en tanto Valeria paseaba por el jardín con Emilia.

La nueva virgo prima, que no mezclaba los asuntos de Estado con sus obligaciones religiosas, como hacía Vipsania, le comentó a Valeria:

—Esta ciudad se ve incapacitada para mantener la Pax Deorum. Irritamos a los dioses con acciones indignas. Los genios perversos andan sueltos y solo veo a Octaviano, el sobrino del divino Julio, capaz de conducirnos a la concordia. Las vestales rezaremos por su victoria.

—¿Eso nos transmite Vesta, cara Emilia? Parece irritada en sus mensajes.

—Cuando la diosa truena, su voz suena como el fragor de la tormenta. Antonio es altivo y prepotente y solo traerá más sangre a Roma. Eso expresa Vesta. Octavio goza de un propósito divino en su destino —le contestó Emilia.

Valeria y Emilia sabían que la caída del divino Cayo Julio César seguía en la memoria de los romanos y que, debido a un incomprensible cúmulo de traiciones, había alterado el devenir del Imperio. Sus asesinos cayeron uno tras otro de forma inexorable, bajo el filo de la espada de su propia traición. Pero las vidas de los seres humanos cristalizan a su tiempo, y la serenidad de Octavio vencía a la belicosidad de Marco Antonio, que había asesinado a Cicerón a causa de las Filípicas contra él. La diosa y el pueblo no aprobaban su muerte.

Su futuro, cimentado en Oriente, se presentaba oscuro, según marcaban los Libros Sibilinos y las predicciones del templo de Vesta. Sin embargo, Cayo Octavio, el «hijo del dios», aconsejado por los Balbo gaditanos, se había aliado con el Senado y todos los indicios señalaban que muy pronto se convertiría en el princeps imperialis y el guía único de Roma.

Una generación de romanos se veía desengañada por las estériles guerras civiles y ansiaba la paz que ofrecía el sobrino de César para así acabar con los arrebatos de tiranía de Marco Antonio, quien, amancebado con la reina de Egipto, Cleopatra Filopátor, no era precisamente un ejemplo de patriotismo para los romanos. Era repudiado por el Senado, y esta situación resultaba ingrata para todos.

Valeria, para serenar su espíritu convulso, se dirigió al templo para rogar por la concordia entre los romanos, vigilar el fuego junto a Sabina y limpiar las imágenes de Vesta y de Minerva y el piso de mármol, siempre sucio por las astillas y las cenizas del fuego sagrado y

las pisadas de las matronas que acudían al ara a consagrar sus ofrendas.

La sala olía a cera y sándalo. Valeria cepilló el cortinaje que enmarcaba las estatuas sagradas, una red de hilos dorados, azules, amarillos y verdes que se enroscaban alrededor de una llama de color anaranjado, el signo de la diosa. El bordado era el testimonio de la dedicación de las vestales a la deidad de la pureza. Valeria saludó a Sabina, que rezaba con la cabeza gacha.

—¿Te encuentras bien, cara? —le preguntó preocupada.

—La menstruación me dura más de la cuenta y no dejo de sangrar. Como es preceptivo, le he ofrecido a Vesta los paños rojos, pero no mejoro.

—Recemos por tu salud —le dijo—. Te ofrezco estos carbones y ramas secas de cedro por la mejora del vigor de una de tus hijas. ¡Oh, Hestia, vigilante de Roma, tú que gobiernas el presente, el pasado y el futuro y que nos enseñas que todas las cosas existen fuera del tiempo! Te suplico que mejores la esencia de la virginidad de Sabina.

Sabina asintió y le sonrió. Valeria era el apoyo de su existencia y no dejaría que el pesimismo manchara las ilusiones de su amiga.

Pero la inquietud de Valeria creció. Sabina había perdido su ánimo, su rosada piel había adoptado una tonalidad trasparente y había adelgazado. Valeria abandonó el sanctasanctórum y sintió como si la muerte aleteara a su alrededor. No obstante, se resistía a admitir que el mal de Sabina fuera grave.

Y la amistosa complicidad entre Emilia, Sabina y Valeria prosiguió.

Ya no eran acusadas de disolutas por el mero hecho de ser amigas, como solía hacer Vipsania a fin de incomodarlas. Su voto de castidad siempre había sido para ellas una promesa invulnerable ante la diosa a la que servían y nunca hablaban de las relaciones entre parejas, y menos entre ellas. Compartían los aromas del tocador, hablaban de perfumes, compartían las tiras de lana, pero jamás tocaban, acariciaban o unían sus cuerpos.

Llegaron los olorosos preidibus de mayo y las vestales, cumpliendo un rito ancestral, cosecharon las primeras espigas de farro más allá del Campo de Marte. Iban cubiertas por un petaso, sombrero de paja de ala ancha, y guardadas por soldados del pretorio. El farro era similar al trigo, pero más antiguo y oscuro y sus granos debían ser tostados junto a la sal y ambos cocidos en el horno del Atrium Vestae.

—Sabina, has recuperado el color de tu semblante en el campo —mintió.

—Fueron tus oraciones, Valeria —adujo sonriente, pero decaída.

Bajo la vigilancia de Emilia, que jamás perdía su tono afable, extendieron la masa cocida en una mesa del templo, y con cuchillos

sacrificiales de hierro la desmenuzaron y espolvorearon. Al momento la depositaron en grandes jarras, a las que añadieron agua de la fuente Egeria, a fin de obtener la sagrada mola salsa, que posteriormente se entregaría a las madres romanas para que espolvorearan las cabezas de los sacrificios rituales de sus hogares y los dioses no hallaran insípidas las inmolaciones ofrecidas.

La entrega del unto sagrado se realizaba tres veces al año: en las fiestas Lupercales, en la Vestalia y en las de Júpiter Óptimo, ocasión en la que las vestales podían abrazar a sus madres, abuelas, tías y hermanas. Con la masa restante fabricaban tortas para dedicarlas a los dioses, y Valeria, tras besar a su madre, Helvia, y departir con ella, se sintió feliz y libre como un pajarillo.

Dedicaron ramos de flores a Rhea Silvia, hija de Númitor y descendiente de Eneas el troyano, la vestal más afamada, la madre de Roma y de los gemelos Rómulo y Remo, una virgen llena de modestia y devoción a los dioses ante la que se prosternaban para solicitarle favores y ofrecerle ramos de flores. Violada por Marte, y condenada a ser sepultada viva, fue salvada por Vesta, aunque nunca fue absuelta por su pecado por no saber interpretar los deseos de la deidad de la guerra.

Esta vez rezaron por la precaria salud de Sabina, que vivía sin ambiciones ni esperanzas. Valeria aprovechó para escudriñar su rostro: sus rasgos tan juveniles habían envejecido varios años en los últimos meses. Daba la impresión de que necesitaba ayuda, quizá esta vez de algún experto físico. La desmejorada Sabina advirtió flojedad en las piernas y se apoyó en el pedestal de la estatua. Contuvo el aliento y dejó escapar un quejido.

Una chorro menudo y caliente de sangre salpicó las losas del jardín y las flores, y hubieron de asistirla para que no se derrumbara en el suelo. Parecía no tener vida y su tez se asemejaba a la de la efigie de Rhea Silvia. Valeria acarició los dorados rizos de su pelo y la apretó contra su pecho.

El sol, en su declinación, se asomaba entre las tejas doradas del templo de Vesta, tiñendo de escarlata las estatuas del jardín. Se iba apagando el crepúsculo, saturándose el Atrium de veladas penumbras. Pronto, decenas de candelas fueron encendidas por las siervas de la diosa, como si centenares de luceros hubieran caído de golpe desde la bóveda celeste.

Cogidas del brazo, las tres jóvenes vírgenes abandonaron el vergel.

IV

EL PALlADIUM

Roma, año 33 a. C.

A Valeria se le instaló una sensación parecida al éxtasis en la garganta, y una alegría indescriptible afloró en su rostro cuando, en la festividad del dios de las Dos Caras, Jano, acto que abriría el nuevo año consular en Roma, vio aparecer a su padre en el templo de Vesta acompañando a los dos cónsules en ejercicio, Lucio Flavio, en representación de Octavio, ausente de Roma, y el aristócrata Gayo Fonteyo. Amaba a su padre con todo su corazón.

Los cónsules y Casio Domicio venían del templo de Jano, donde habían sacrificado doce bueyes blancos en una hecatombe a la que habían asistido el pueblo, el pontífice máximo, el renqueante Lépido y la curia senatorial escoltados por una cohorte de lictores. Comparecieron con un hígado palpitante en una bandeja de plata para ofrecérselo a Vesta, la divinidad del templo circular y del fuego, el que representa el ciclo inacabable del tiempo para los romanos. Los recibieron las seis vestales, con Emilia, la virgo prima, a la cabeza, e ingresaron en el oratorio al son de una flauta.

Los cónsules cubrieron sus cabezas con las togas en señal de sumisión y quemaron incienso ante el altar antes de arrojar al fuego la dádiva de la res sacrificada. Hilos de humo blanco se alzaron hasta el techo mientras sonaba la flauta pastoril tañida por Cecilia, para despertar de su sueño a la diosa. Tras purificar el fuego, Casio Domicio se adelantó y rogó paz, concordia y prosperidad:

—Diosa de la virginidad y madre de Roma, que ya existías antes que esta ciudad, concede fertilidad a nuestras mujeres y prosperidad a sus hijos. Protege a tu hijo predilecto, el triunviro Cayo Octavio, que ha prometido a los patres conscripti que acabará con el caos de la República, la guerra y la corrupción —concluyó la sentida plegaria ante la emoción de Valeria, y las vestales entonaron el canto de Eneas al recalar en las costas del Lacio.

Casio, ante de partir, se acercó a Valeria sonriente y le besó las manos, vertió algunas lágrimas y le deseó ventura. Fue un momento de vacilación y todos los recuerdos de su infancia irrumpieron en su mente. La joven lloró en un arrebato de afecto:

—Padre, rezo a Vesta y a Minerva por vosotros —sollozó.

—Y nosotros no hay hora en que no te recordemos, hija.

¡Bendícenos!

Vipsania, cuya memoria había sido relegada al olvido, había sido sustituida por otra nueva virgen, una niñita de piernas gordezuelas y carrillos redondos que, como vestal sexta, debía mantener su buena conducta, como le exigió el pontífice máximo al elegirla. Pertenecía a la influyente familia Severa y les correspondió a Elia y Valeria enseñarle lo esencial y tranquilizarla, pues gimoteaba sin cesar. Su piel era casi transparente, el pelo sedoso y rizado, y su carácter, terco e impulsivo, significó para ellas una prueba de paciencia y entereza.

Valeria y Sabina recibían a la hora de prima las ofrendas de las mujeres, una moneda de cobre o de plata, pan, palomas, velas, oleum o flores, dentro de la quietud y armonía del recinto sagrado, donde, desde muy temprano, daban lustre a las imágenes y brillo al epígrafe que describía a Minerva, la deidad traída por Eneas a Roma en una barca, como «Protectora de la Ciudad» y también a la peana de oro puro de Vesta, la valedora de las mujeres y del fuego.

Como merecido descanso subían después a la galería, y lejos de oídos indiscretos observaban el Foro y a sus viandantes y examinaban y censuraban entre risas sus reacciones. Avistaban en la lejanía el Circo Máximo, donde las prostitutas y los efebos de hermosas cabelleras ofrecían sus encantos a los transeúntes. Luego paseaban sus miradas por la ciudadela fortificada donde se alzaba el templo de Jupiter Optimus Maximus, y desde allí les llegaban los efluvios de los pinos del Celio, de las reses sacrificadas en el mercado Boario, de las especias de Oriente y también el tufo acre del cenagoso Tíber.

El calor comenzaba a sentirse y Sabina se secó la frente con el pañuelo. La pérdida continua de sangre la abocaba a una debilidad constante.

—Valeria, mira a aquel joven que se abre paso en el Pórtico de los Doce Dioses. ¿No sientes nada al ver un joven tan apuesto? —le preguntó.

—Lo que pienso es que ese joven debe tener cuidado, pues amantes de lo ajeno lo siguen para aligerarle de su bolsa. No me parece tan bello, la verdad —ironizó.

Sabina soltó una carcajada. Aunque estaba prohibido, siempre que estaba a solas con Valeria Domicia solía hacer alguna chanza sobre el sexo opuesto. Avizoraron el templo de la Concordia, después la basílica Opimia Volupia y los templos de Cástor y Pólux, Minerva, Jano y Saturno. Sabina tomó aliento.

—Nuestros padres deben de hallarse en el nuevo edificio del Senado o en el Palacio de la Concordia, donde también se reúnen —le dijo.

—Seguro, pero a mí me gusta más la Rostra, el alma de la

democracia romana —adujo Valeria, y le señaló la tribuna convexa adornada con las proas de seis barcos cartagineses capturados en las guerras púnicas y exornada de estatuas de grandes héroes de la República—. Que los tribunos y líderes políticos puedan dirigirse directamente al pueblo me parece grandioso, Sabina.

Comadreando entre ellas, oteaban el trasiego de los romanos que transitaban de un lado para otro. Veían cómo se mezclaban entre sí los zánganos de la plebe, las matronas con sus llamativas stolas, los esclavos de chitones pardos, los clientes con la cesta en la mano después de la salutación a sus patronos, los cambistas con las tablas bajo el brazo, los gramáticos que convocaban a golpe de vara a sus alumnos y los aristócratas del patriciado, que transitaban en ostentosas literas, transportados por esclavos y seguidos por una tropa de sirvientes a pie, los pedisequi.

—No existe un rincón más concurrido e imponente en el mundo. Esta es la verdadera Roma, la que lo mismo habla en griego koiné que en latín o en cualquier otra lengua. Cuando cumpla los treinta años de servicio abandonaré este lugar, regresaré a la vida pública y tal vez me case. Y tú, Valeria, ¿has recapacitado en lo que vas a hacer?

—Me complace ser vestal, pero indudablemente retornaré con los míos.

Las carretas que habían abastecido de mercancías la ciudad durante la noche habían abandonado el mercado del aceite, el Aequimelium, la lonja de las aves, los tenderetes de las Velabras y de la Annona, donde se abastecía de pan a la plebe y a la turba sin techo que vagabundeaba ociosa por las calles, libres al fin de carromatos. Solo se veían sillas y palanquines portados por esclavos.

Siguieron al mocetón que habían espiado antes con la mirada y vieron que depositaba un dupondius en el tazón de un ciego.

—Además de atractivo es compasivo, Valeria —le dijo y esta le sonrió.

Antes de que fueran reprendidas por Emilia, las dos vestales abandonaron su observatorio habitual. Sabina prefirió ir a su habitación a reposar y Valeria se dirigió a la aromática y serena estancia del Palladium para abrir las ventanas. A nadie, salvo a la virgo prima y a ella, le era permitido entrar en la venerable sala.

Imágenes coloreadas de Ceres, la enigmática Angerona, Vesta y Afrodita, y bustos de vestales históricas la hermoseaban y parecían ser jueces y testigos de sus atenciones. En los anaqueles se guardaban, bajo la tutela de las vestales, decenas de escrituras de las grandes fortunas patricias, los testamentos de las vírgenes y de las familias de los cónsules y documentos capitales de la República, confirmando la sacralidad de la estancia. Valeria, por deseo del pontífice, era la garante de los legajos y registros de las propiedades de los linajes

senatoriales de Roma y de sus escritos más capitales. Sabía que era envidiada por las demás vírgenes, pero para ella no suponía ninguna carga.

—Es Vesta quien los cuida. Tú solo eres la llave de acceso. Sé meticulosa en tu responsabilidad —le había rogado Emilia al confiarle las llaves—. La seguridad de Roma depende de ti, pues muchos emplearían esos secretos para su propio provecho.

La sala, construida con mármol liso de Paros, estaba fría en la penumbra y con los cortinajes echados. Los abrió. En la mesa había algunas carpetas gofradas y rollos de testamentos de próceres romanos que aún no había archivado, las listas de los diezmos que recibía la Casa de las Vestales para sobrevivir, las pagas de cien sestercios para cada una de ellas a cargo del erario, los gastos del horno y el molino, de las termas, la leña del fuego, las vasijas y telares y de los estipendios de las siervas. Un ramo de flores colocado en el centro de la mesa aún olía de una forma lozana y Valeria aspiró sus efluvios.

Las escribas de la casa, en determinadas horas, ingresaban en el habitáculo y hacían una copia de todos, por si eran necesarios en alguna curia o los requería algún familiar. Pliegos de papiro, tinteros y cálamos descansaban ordenadamente sobre la ancha mesa.

Valeria nunca se había sentido tan importante por sus obligaciones y, tomando un paño con agua jabonosa, acicaló el pequeño altar situado en un ángulo de la estancia donde parpadeaba una lamparilla de aceite. Sobre el ara lucía una pequeña y antigua imagen de Palas Atenea, conocida como el Palladium, que había acarreado hasta Roma Eneas desde Troya y de la que, según los sacerdotes, dependían la seguridad de Roma y del Imperio.

Valeria besó sus pies y alzando las manos imploró: «Señora de Troya y de Roma, hazme digna de ser tu cuidadora y protege la Urbs, a mis hermanas vestales y a mi familia. Muy pocas romanas han accedido a este sacro lugar y yo deseo ser digna de merecerlo».

Junto a la efigie se hallaban los tesoros regalados al rey Númitor a su llegada a las costas italianas: una vasija de ágatas con las cenizas de Orestes, el hijo de Agamenón, rey de Micenas, y de Clitemnestra, el cetro de oro y marfil de Príamo, el velo de Elena, esposa de Menelao y causa de la guerra entre griegos y troyanos, y una cuadriga de barro en miniatura llamada de los Veyenses, tomada como trofeo en las guerras del Lacio.

Renovó el aceite de la lámpara y retiró el polvo de los anaqueles donde se almacenaban los testamentos de los más gloriosos hijos de la República. Leyó las cantoneras y por su mente pasó la reciente historia de Roma: Catón, Sempronio Graco, Cayo Mario, Sila, Escipión, Pompeyo, Craso, Julio César o Marco Antonio. Mientras ojeaba las etiquetas, escuchó que alguien subía por las escaleras. Era Emilia.

—Salve, cara Valeria —la saludó con afabilidad.

—Vale et tu, Emilia magistra —replicó la quinta.

—Nunca estuvo tan cuidado el Palladium. Huele a rosas.

—Me alegra oír esa opinión, mater Emilia.

—Escucha, mañana llega de Cumas la sacerdotisa de Angerona y permanecerá hasta los idus en el templo de Volupia. Es mi deseo que Elia, la quarta, Sabina, la tertia, y tú aprendáis sus enseñanzas. Es hora de que conozcas el lado oscuro de los que compiten con los dioses por la unidad de Roma.

Valeria sintió un arrebato de interés y a la vez de temor, y asintió.

—Haré como me ordenas y te haré partícipe de lo aprendido sobre esos misterios.

El solitario templo de Volupia recibió al alba a las tres vestales.

Ofrecieron el sacrificio de unas tórtolas bajo el altar que guardaba los Libros Sibilinos, legajos revelados en la noche de los tiempos y comprados por el rey Numa a la Sibila de Cumas y que todo romano podía consultar ante una desgracia o desventura. Volupia, hija de Amor y de Psiquis, era para los romanos la deidad del placer, la salud y el bienestar. Alzaba su pequeño templete en la Porta Romanula, cerca del Foro, y en él se veneraban dos estatuas antiquísimas rodeadas de lamparillas, flores, columbarios con cenizas y pebeteros de los que escapaban hilillos de oloroso humo. Una de las estatuas era de Volupia aposentada en un trono como una reina oriental y con las virtudes a sus pies. La otra talla representaba a la oscura y misteriosa Angerona.

La sacerdotisa las recibió con cortesía. Era una mujer estilizada, de condición modesta, que lucía la cabeza tapada y la estola de bandas blancas cayéndole sobre los hombros. Se apoyaba en el litus, la vara retorcida de los que intimaban con el más allá. Sus ojos azulísimos parecían traspasar las mentes de las tres vestales. Emanaba de ella una sutil espiritualidad y se desenvolvía con una naturalidad propia de quien ha intimado con los secretos de la hora suprema. Alta, enjuta y de pelo blanco, su presencia imprimía una intensidad perturbadora. Las conminó a tener un corazón contrito para recibir sus enseñanzas y respeto a las deidades.

—Hermanas, mi nombre es Salustia, sibila de Volupia, y hoy os mostraré secretos que harían palidecer a otras mujeres.

Elia, Sabina y Valeria, llenas de inquietud, observaron la prodigiosa colección de rollos etruscos encastrados en fíbulas de oro que les mostró la sibila. Sus ojos se iluminaron.

—Quos exaltare mulieribus vult Angerona dementat prius. A aquella a quien Angerona designa para ensalzarla por encima de otras mujeres, primeramente, la pone a prueba.

Les leyó párrafos de profecías sobre Roma, avatares que ocurrirían en el transcurrir de los años y vaticinios que les helaron la sangre. Valeria lo iba anotando todo en sus tablillas y su punzón corría sobre la cera como el viento. Era sabido que las vírgenes vestales eran llamadas a ciertas mansiones para expulsar a los lémures y demones y liberarlas de espíritus perversos, así que aprendieron una retahíla de maldiciones, ritos expiatorios y fórmulas para establecer augurios y mensajes divinos sin tan siquiera examinar las entrañas de las aves u observar el vuelo de los pájaros como hacían los arúspices varones.

Tras varios días de instrucción, las vestales acudieron la última jornada con el desasosiego en sus ánimos, pues iba a serles revelado un secreto de naturaleza capital. Un alba radiante devoró la niebla y un sol tibio disipó las sombras de la noche. Por el camino, las mujeres se arrodillaban al paso de las vestales, los niños cesaban en sus juegos y los patricios y senadores, sin distinción alguna de rango u oficio, inclinaban la cabeza. Tal era la consideración y respeto que despertaban las vírgenes vestales al transitar por las calles de Roma.

Salustia, que las aguardaba en el atrio, lucía aquella madrugada una belleza fría y cegadora, adornada con una diadema y dos ajorcas de oro, imitando a serpientes, en los brazos. Rezó con sigilo:

—Angerona, Regina mea muta tácita, reina mía que callas, acoge en tu altar a estas vírgenes sagradas y acepta esta paloma acollarada que te ofrecen.

Una sierva cerró las puertas del tabernáculo a cal y canto y Salustia dispuso que se encendieran las velas y lamparillas y ordenó a una sierva que trajera una alcándara de bronce, donde había aposentado un búho que las miraba con sus ojos como carbunclos.

—Es el búho sabio de Minerva —les dijo la sibila.

La sacerdotisa, en medio de un ambiente de secretismo, besó la peana de la talla de la deidad protectora del nombre de Roma, una imagen oscura, casi negra, requemada, cuya boca estaba sellada y vendada y que esgrimía la maza de Hércules en la mano.

Angerona era una diosa muy singular a la que se le sacrificaban carneros y, junto a Vesta, era tenida por los romanos como la deidad tutelar de la ciudad. Pero lo más enigmático de la diosa de la cautela era que guardaba el nombre secreto de Roma desde su fundación, el más sagrado y venerable, el que solo conocían los flamines de Júpiter para sus secretas invocaciones.

—Si alguna de vosotras revela el título oculto de Roma, será rea de muerte y Angerona no tendrá conmiseración de su alma —aseguró intimidante.

Sabían que un ciudadano traidor había sido crucificado al destapar el nombre secreto de la Urbs al vulgo en un poema. Se trataba del poeta, tribuno y antes sacerdote Valerio Sorano, que en una de sus

odas se atrevió a publicarlo veladamente, para desgracia de Roma y la suya propia. Valeria estaba deseando saberlo y se saltó el protocolo, preguntando:

—Magistra, siempre ignoré que Roma poseyera un nombre oculto.

—¡Pues lo tiene! Enigmático y venerable. Los enemigos de Roma no deben conocerlo, pues ejercerían prácticas infernales para intentar destruirnos.

Sus pupilas de color índigo centellearon y de su boca salieron unas palabras que parecía que las pronunciaba la diosa, no ella:

—Escuchad, hijas, y guardadlo en los íntimos pliegues de vuestro corazón —dijo, y extendió los brazos, como si allí fuera a ocurrir un suceso extraordinario—. El verdadero nombre de nuestra Urbs no es Roma. ¿Sabéis?

—¿Y cuál es entonces, magistra? —preguntó una absorta Elia.

La sacerdotisa destiló algunos segundos de reflexión y dijo al fin:

—¡Hirpa! —repuso circunspecta—. Ese es su verdadero nombre.

—¿Hirpa? —balbuceó Sabina extrañada.

—Sí, y le fue impuesto en la edad de oro en homenaje a Hirpus, el dios-lobo de nuestros antepasados samnitas. Jamás lo descubráis a nadie, pues divulgarlo puede constituir la ruina de la ciudad y del Imperio…, y la vuestra.

—¡El nombre de Roma es entonces Loba! —no pudo contenerse Valeria.

—Así es, cara vestal —le contestó la sacerdotisa—. Pronúncialo con el miramiento y consideración que merece. ¡Somos los Hijos de la Loba!

A Valeria, sin saber por qué, le ascendió por la espalda un escalofrío, sintiéndose insignificante ante el influjo de diosas tan enigmáticas. De repente, surgió del cortinaje una serpiente de color amarillento que se enroscó en el cuello de la talla de Angerona, la muda. Las tres vestales dieron un paso atrás.

—No temáis, es inofensiva. Y no actúa sub luce maligna, por magia negra. Es el símbolo de la sabiduría que os voy a transmitir. A través de su fría mirada nos contemplan Plutón, Hécate y Perséfone, las deidades del inframundo.

El carácter impulsivo de Sabina hizo que, temerosa, lanzara una plegaria:

—¡Proserpina de los infiernos, apiádate de nosotras! —exclamó.

Valeria tenía temor y abrió unos ojos de a palmo. Miraba con desconfianza a la serpiente que avanzaba su cabeza triangular hacia ellas y decidió que, si abandonaba la imagen de la diosa, ella saldría despavorida del templo. Los romanos, en cuanto a las supersticiones, conjuros, males de ojo, nigromancias, hechizos y adivinaciones, eran el pueblo más crédulo de la tierra. Les gustaba todo lo morboso y lo

truculento, percibían pánico por los maleficios y creían a pies juntillas que los espíritus sin morada propia vagaban por el mundo y debían protegerse de su influjo.

Unas siervas les entregaron unos cestillos con trozos de papiro anudados con cintas púrpuras, las invocaciones secretas, y varias bolsitas con herbajes contra el aojo. Las tres vestales los aceptaron, no sin sentir cierta agitación, pues observaron que dentro de los cestos había también espinas de erizo, pies de tejo, lenguas de víboras y corazones de animales, secos y ennegrecidos. Valeria sintió repugnancia. A Valeria todo le parecía vulgar quiromancia.

—Magistra —se animó a intervenir Elia, la vestal de cuerpo menudo que apenas hablaba y parecía ensimismada siempre en sus misticismos—, las matronas romanas se nos acercan al ara de Vesta a rogarnos ritos para la venganza y ensalmos para expulsar a espíritus y demonios de sus casas encantadas. ¿Cómo hemos de obrar en esos casos?

La sacerdotisa aún tenía congestionada la garganta, pero dijo:

—Hijas mías, esos dos rituales, el de la venganza y el de la domus hechizada, son de muy simple solución. Para la primera, invocad vuestras plegarias a Némesis, la del rostro complaciente. En la segunda buscad el auxilio de Hécate, la doncella de las Tres Caras, la triforme Diana. Las vestales debéis ser el muro de los espíritus vagantes y de las magas negras que soliviantan a los moradores de Roma —repuso y quedó muda.

El tufo sutil del humo comenzaba a trastornarlas y las despidió la sierva más antigua. Las vestales inclinaron la cabeza y le dieron la espalda. Valeria y sus amigas habían aprendido a exorcizar y a vérselas cara a cara con los lémures y espíritus malignos y expulsarlos de las casas romanas.

Regresaron a pie, pues el camino era corto. Valeria había grabado en su mente las herméticas palabras de la sibila. Era su oficio y los conjuros habían sonado más en sus oídos que en su alma, pero en su mente se abría paso una nueva sapiencia. Notó a Sabina un poco más saludable, más fuerte y decidida.

Fuera del santuario, un sol coronado de nubes dibujaba un cielo amoratado.

V

RAMAS DE CIPRÉS

Roma, año 32 a. C.

A veces, Valeria se quedaba abstraída ante el fuego del altar y rezaba por su familia, por aquellas mujerucas necesitadas y por Sabina. La vestal seguía teniendo episodios agudos de su padecimiento, por lo que Emilia, a instancias de Valeria, decidió visitar a un médico experimentado de la ciudad, concluidas las fiestas Parentales en las calendas de marzo.

Emilia y Valeria la acompañaron al templo de Esculapio dentro del carpetum, la habitual litera de las vestales, a la que les abrían paso los vigiles. Se adentraron en el bullicio de las callejas con destino al Tíber. Habían desestimado visitar a los físicos de la Academia Medicorum aneja al templo de la Salud, donde se congregaban los enfermos moribundos, los perturbados y los tullidos de las guerras. El físico de Vesta les aconsejó que Sabina fuera examinada en el santuario de Esculapio, donde se atendían las enfermedades de las mujeres.

Así que tomaron la senda del templete del dios sanador e hijo de Apolo, el que había aprendido la medicina del centauro Quirón. Este se alzaba junto a un obelisco en la isla Tiberina, en medio de las aguas del Tíber. Hubieron de cruzar el concurrido puente del Janículo y ocupar una barca cargada de enfermos. En períodos pasados, los romanos abandonaban en la isla Tiberina a los esclavos enfermos y a los niños nacidos con imperfecciones, pero durante una terrible epidemia de peste, en tiempos de Sila, el Senado llamó a unos sacerdotes del dios de la medicina que curaron a centenares de infectados y se ordenó el cese de la inhumana práctica. Como símbolo, los curadores traían una serpiente, y al llegar a Roma, esta se escabulló y buscó refugio en el islote, donde ulteriormente se levantó un templo a la deidad terapeuta.

Grupos de lisiados, ciegos y enfermos y un cuadro de fealdad y monstruosidad de leprosos e impedidos se mostró ante ellas. Aguardaban a que los asistieran los físicos, por lo general de origen griego, que soñaban por la noche los diagnósticos con los que debían curar al día siguiente. Las tres vestales fueron recibidas por el superior y antes de explorar a Sabina sacrificaron un gallo. El médico, un anciano de Corinto, reconoció a la enferma por espacio de una hora. Al final diagnosticó su parecer moviendo la cabeza negativamente.

Hizo un aparte con la virgo maxima y Valeria y les prescribió:

—La vestal tiene un avanzado zaratán, un tumor, en la fuente de la vida —les dijo el terapeuta, que recibió un regalo de Emilia por su esmero—. Debe tomar estas hierbas para espesar la sangre y luego confiarse a los dioses.

—¡Diosa Madre, qué infortunio! —suspiró Sabina, y la compadecieron.

Un escalofrío las estremeció y, desalentadas, volvieron sobre sus pasos. Sabina, triste, lamentó su suerte. Siempre había sido una mujer valiente, pero la linfa de la sangre se le había corrompido y estaba cada vez más consumida por el mal. Emilia miró a Valeria con resignación.

Los fastos de las Vestalia, que los romanos llamaban fiestas de los panaderos, supusieron para Sabina un breve respiro para su enfermedad. Pero las palabras esperanzadoras de Valeria le sonaban vacuas. Sabía que el mal la estaba corroyendo por dentro, y participó en los actos con cierto desaliento. Caminaba junto a Valeria erguida, mientras recibía su atención y sus ánimos.

El fin de la primavera inundó Roma de cálido ardor, pero también con un perfumado aroma a mieses maduras y frutas sazonadas. Sobre el Tíber se descolgaba un hermoso paisaje de aires azules, rasgados por jirones grises y plomizos, y bandadas de gavilanes navegaban río abajo. Por los caminos blancos de sirga deambulaban peregrinos y carromatos.

Las vestales, según la costumbre, prepararon a los asnos de Vesta con laureas y coronas de flores en memoria de un hecho mitológico en el que los animales con sus rebuznos habían alertado a Vesta de que iba a ser abusada por el dios Príapo, quien con su exagerado miembro viril iba a descargar sus ardores pasionales en la deidad.

El templo irradiaba tranquilidad. A Valeria le encantaba acariciar a los pequeños jumentos, peludos, suaves y de grandes ojos inocentes, que rebuznaban ante sus caricias. Una procesión de mujeres descalzas y con cirios en las manos acompañaron a las cinco vestales, a horcajadas sobre los pollinos laureados de Príamo, y al pontífice máximo. Llegaron al puente Sublicio sobre el Tíber, el más antiguo de la Urbs. Al llegar, arrojaron al río unos muñecos hechos de paja, junco y caña que representaban la inmundicia, los pecados contra los dioses y la corrupción, para liberarse de ellos. Valeria pudo abrazar a su llorosa madre Helvia, y esta constatar la gran belleza de su hija que día a día iba creciendo.

Sentada al frescor del jardín, Sabina, que estaba al cuidado del fuego sagrado, sintió un gran alivio al contemplar junto a Valeria las

estatuas de jaspe de vestales renombradas, Numisia, Terencia, Rhea Silvia, Severina, Flavia Publicia y Celia, que habían dejado su legado en el tiempo para ser imitadas por las nuevas generaciones. Recibían las caricias del sol crepuscular y en sus peanas refulgían en letras doradas sus virtudes más señaladas: compasiva, piadosa, clemente, benéfica, virtuosa y magnánima.

Sabina contempló las efigies, reflexionó unos instantes y le preguntó:

—Si yo tuviera una imagen en este peristilo, ¿qué virtud inscribirías en mi pedestal, Valeria? Tú me conoces mejor que nadie. Anda, dímelo.

—Amante de la vida, libre. Disfrutas con solo respirar —repuso su amiga.

Una reflexión sumió a la enferma en la melancolía:

—¿Sabes, Valeria? Has acertado, pero en los últimos tiempos la angustia me acompaña, aunque ya me he habituado a su peso. Pasaré al Hades afortunada por tu amistad y eso me reconforta. Abandona este lugar cuando yo me vaya. ¿Me lo prometes?

Valeria le apretó el brazo, enviándole un mudo mensaje de afecto, pero un nudo en la garganta apenas si le permitía hablar.

—¿Y las plantas medicinales que te administra Cecilia? Ella respeta a los espíritus guardianes del bosque y reza a su dios Silvanus por ti. Nos asegura que su fuerza es muy poderosa y que puedes sanar, cara —intentó confortarla.

—Solo las flores de la caléndula y la amapola me están ayudando a soportar el mal. Pero mi sangre sigue vaciando mi matriz, ansiosa por escapar de mí —contestó.

Sabina inclinó la cabeza en el hombro de su fiel amiga y hundió su rostro y sus rizos de oro entre los pliegues del velo, y así quedaron, calladas y taciturnas, hasta que se hizo la noche. Valeria confirmó la palidez de su rostro demacrado, los ojos ardientes y la flojedad de sus brazos por el agotamiento. Su mirada chispeante y vitalidad habían desaparecido.

Y Valeria supo que Sabina se moría.

Súbitamente el humor de Sabina cambió en los idus del mes de Juno, cuando las vestales honraban el fasto de Mens, o de la Inteligencia, para recordar la batalla de Transimeno contra los cartagineses. Valeria no olvidaría la sofocante noche en la que secó sus lágrimas, viéndola tan desnutrida y pálida.

En la cuarta vigilia, Sabina, rodeada de las cinco vestales, emitió un gemido inconsolable, en medio de una conmoción contenida y de la congoja de sus compañeras. Su cuerpo dio unas bruscas sacudidas y se sumió en un profundo sopor, ya ajena a cuanto la rodeaba. Emilia y

Valeria, que la cuidaban, sintieron una desgarradora opresión en sus almas. Sabina, inexpresiva y fría, pálida como la cera, había expirado apacible, mansamente, como quien se sume en un sueño.

El águila del tránsito se lanzó sobre su hija predilecta, la sumisa y dócil Sabina, y su vida se extinguió como el aceite de un candil, traspasando la línea inexorable. Cruzó la Estigia y transitó hacia el Hades, y su genio o espíritu voló altísimo según refirió Emilia, la prima virgo. Valeria dijo:

—La flor más olorosa ha sido arrancada del jardín de Vesta. Cuán frágiles somos los humanos. Hoy amamos a una persona y mañana no está con nosotras.

—Sabina ha hallado el puerto de su descanso —dijo Emilia—. Se ha reconciliado con los dioses. Respetemos este dies ater, este día negro.

Como una zarza persistente el recuerdo de su amiga Sabina se enredó en el alma de Valeria. Se sucedieron los sollozos y los lloros de las plañideras que en un ir y venir inundaron el Atrio de las Vestales, como si aquello fuera un espectáculo. A Valeria todo le parecía un vacío sin sentido, una cadena insufrible que la conducía a aumentar su nostalgia por la compañera fallecida.

Los cirios y las lámparas alumbraron durante el alba la Casa de las Vestales y también el templo, que parecía un ascua incandescente en honor a Sabina. Cuando los gorriones y los estorninos comenzaron a gorjear, Emilia ordenó a las siervas y esclavas que cortaran ramas de los cipreses de toda Roma para cubrir los muros del santuario y del Atrium Vestae, y así anunciar a los romanos el fallecimiento de una vestal amada por todos.

Valeria, con olorosos ungüentos y agua de rosas, limpió su piel anacarada, alisó sus cabellos dorados hasta hacerlos brillar, frotó su cuerpo con aceite de Hispania, entre vahídos de pena, y observó que el cuerpo de su amiga adquiría un último resplandor. Después le entrelazó en sus cabellos dorados una corona de mirto, la amortajaron, y los restos mortales de Sabina se depositaron en un lecho de flores y fueron expuestos en el atrio del santuario a la vista de todos, para recibir los lamentos de sus allegados, de las plañideras y del pueblo de Roma, que adoraba a sus vestales, las mediadoras entre el cielo y la tierra.

El cuerpo de la virgen se expuso en el templo para cumplir con el osculos premere, la ceremonia de respeto hacia una persona considerada sagrada. Sus virginales restos yacían sobre telas de lino, adornadas con los lirios blancos de Vesta, la flor de la pureza, y fue visitada por cientos de romanos.

Se celebró luego el funeral sacro por la virgen fallecida. Lépido, el pontífice máximo, cumplió el arcaico rito en el templo saturado de

humo de madera de ciprés y de incienso. Verificó la usual conclatio, la llamada por su nombre tres veces seguidas para confirmar su muerte, para después depositar una moneda en su boca con que pagar al barquero Caronte su viaje por la Estigia, y tender su cuerpo inerme en el leptus funebris. Cumplido el ritual se iniciaron las exequie, los sufragios oficiales.

Cuatro lictores condujeron las angarillas hasta el Foro, que reflejaba los rayos de sol de una viveza dorada. Lépido leyó las oraciones preceptivas en la Domus Regia, de donde partió la procesión fúnebre hacia el Campo de Marte, donde Sabina sería incinerada en una pira de ramas de ciprés y encina.

Las vírgenes vestales, ataviadas con clámides negras, cantaban los himnos elegíacos de Hécate. Cerraban el cortejo los familiares y amigos de la familia del senador Ateyo Dolabella, su padre, vestidos de luto riguroso, el color que vinculaba su dolor con las divinidades subterráneas. El desfile del feretrum se detuvo en la Porta Fontinalis para despedirla, y Valeria, que lloraba bajo el velo, pensó que el instante era triste, pero también majestuoso y turbador.

—¡Salve, Sabina Ateya! ¡Virgen de Roma y protectora del fuego! ¡Que el Hades te sea favorable! —tronó Lépido al situarla en la pira funeraria.

Una columna de humo se alzó por encima de los tejados de Roma y de las murallas mientras el cuerpo mortal de Sabina ardía con las llamas purificadoras, junto a las teas de pino, las guirnaldas de flores y las coronas funerarias. Compareció la respetada pitia, la profetisa que habitaba en los montes Albanos, que rezó espontáneamente una oración por la vestal muerta.

Emilia, la virgo maxima, rogó a las dominas vestales que regresaran a la domus, pues la tarde avanzaba. Y, consternadas, tomaron el camino de vuelta a casa.

La pira permaneció encendida durante la noche, y alguna gente, temerosa de Vesta, veló la fogata de Sabina, hasta que, al amanecer, extintas las últimas llamaradas, los ciudadanos se dispersaron y tornaron a sus casas, villas e ínsulas. Fue el momento esperado por algunas mujeres para intentar obtener alguna reliquia de Sabina, astillas, o telas del catafalco o del sudario para emplearlas como ensalmos contra el mal de ojo y las acechanzas de los genios maléficos, tal era la devoción que les profesaban.

Algunas hechiceras de los montes Prenestinos, adivinos de las Velabras, de los que oficiaban rituales etruscos mágicos, y los ciegos que solicitaban limosna en el templo del Pudor rebuscaron entre los carbones, cenizas y despojos y guardaron algunos restos no calcinados. Sabina Ateya ya era considerada divina por su cercanía a Vesta, Minerva y Angerona. Unos esclavos del Atrium Vestae enviados por

Emilia cumplieron con el protocolo del os resectum, la recogida y enterramiento de algún resto mortal, para que su espíritu no vagara eternamente por el Hades, y una urna dorada con sus cenizas fue enterrada en el Jardín de las Estatuas.

Revolviéndose contra la fatalidad, Valeria y las vestales guardaron un mes de luto, que en la familia sería de dos años, y aunque la pesadumbre ensombrecía sus ánimos, la vida del Atrium Vestae debía proseguir. «Las lágrimas las secará el fuego sagrado», les aseguró Emilia.

«Me he quedado sola, completamente sola», se lamentaba Valeria. Desde aquella pérdida, se entregó poco dichosa a la mecánica vida de vestal. Sentía pesar, dolor y pena a partes iguales. Mentalmente contó los años que le faltaban para cumplir su servicio. No deseaba seguir en el Atrium Vestae tras la muerte de Sabina.

Había comprobado la escalofriante crueldad de la muerte y echaba de menos la conversación, siempre cordial y bondadosa, de Sabina. En el estío romano, los amaneceres eran luminosos y lucían con tonos plateados que apenas confortaban su dolor para iniciar las tareas en el templo. Envuelta en la toca blanca, se refugiaba en la sala del Palladium, envuelta por el silencio de los libros y las sombras, aunque el menor ruido la sobresaltaba.

Emilia, la virgo maxima, que por su condición y antepasados egregios participaba en los acontecimientos políticos de la ciudad, fue invitada una luna después a asistir a una cena en la casa de la virtuosa Octavia, hermana de Cayo Octavio, el triunviro inmerso en una lucha intestina y sin cuartel contra su rival Marco Antonio, el esposo que la había repudiado por la exótica Cleopatra.

Era sabido que Emilia, como la familia Domicia, apoyaba al sobrino del divino César, pero también quería que Valeria, su más valorada vestal, la quarta y protectora del Palladium, se involucrara en la defensa del grupo cesariano. Un tiempo acababa y otro incierto se aprestaba a revelarse en Roma, y la opinión política de las vestales era muy considerada entre los generales y gobernantes. Ella había quedado en la más infinita soledad, y se la veía apenada. Para animarla, Emilia le propuso, poniendo su mano en el hombro:

—Cara Valeria, la hermana de Cayo Octavio, la piadosa Octavia, nos ha invitado a su casa, y he pensado que me acompañes. El cónsul posee la lealtad del Senado y del ejército, y hemos de hacer patente que también tiene la de las vestales. ¿Te decides a acompañarme?

La vestal no se amilanó ante la perspectiva de encontrarse con prestigiosos personajes del Imperio. Era una Domicia. Aceptó sin pensarlo.

—Claro, magistra, me ayudará a evadirme de esta tristeza.

Valeria, que no pretendía sino distraer su nostalgia con una

actividad novedosa para ella, agradeció el gesto. Sabía que Emilia concurría a las cenas de la nobleza romana, donde su nombre era respetado y frecuentaba los festines de los optimates, a los que pertenecía por derecho de sangre. Comparecía en las sesiones de la Bona Dea con las damas de alcurnia, y también a los actos de la fundación de la Urbs, donde Roma desplegaba toda la fastuosidad de que era capaz. Y era su deseo que Valeria, de la ilustre gens Domicia y que despuntaba por su belleza, se dejara ver en los círculos de poder. Sería como presentar en sociedad a su vestal preferida y candidata a sucederla.

En el verano, una alfombra de anémonas brotaba en el monte Palatino perfumando los aires. Era media tarde, la hora undécima, y el calor había aminorado, aunque irritantes enjambres de moscas seguían martirizando a los romanos. A pesar de los rumores de una próxima guerra en Oriente, el ocaso se presentaba lleno de festines que solían acabar en placeres desconocidos.

El palanquín púrpura de las vestales, el carpetum, se detuvo en una de las domus más suntuosas del Palatino, en la vía llamada de las Cabezas de Buey. De ella descendieron Emilia y Valeria con sus distintivas túnicas y pallas blancas y el tocado trenzado de lana roja. Estaban espléndidas y olían a perfume de Arabia. Valeria sentía curiosidad por asistir a una cena de ricos patricios.

Unos esclavos, los ostios o porteros, las recibieron, y junto a una fontana las vistieron como a los demás comensales con la ritual sintesis, la túnica de los convites para no ensuciar las vestimentas de calle, una veste de color cereza y unas sandalias livianas. Unas estatuas de los dioses primordiales acostados en lechos, según una vieja costumbre etrusca, presidían los triclinios colocados en el fondo de la sala, el triclinium, o comedor, que tenía forma de U y estaba adornado por un colorido fresco presidido por Venus, la protectora de la familia Julia, emergiendo del mar en una concha de oro.

A la cena habían acudido cinco invitados imprescindibles en la causa de Octavio, cuya identidad Valeria ignoraba, y que libaron en honor de las vestales.

La anfitriona, Octavia, según Emilia, se asemejaba en todo a su madre, Atia Cesonia, un compendio de las virtudes de las matronas romanas, o sea, discreta, familiar y devota de los dioses. Distinguida dama, Octavia lucía el cabello en un alto peinado, tenía los ojos claros y transparentes, frisaba los treinta y cinco años y vestía una clámide griega azul que reflejaba la luz de las candelas. Las recibió con cortesía y las anunció:

—Estas son mis invitadas. Nos visitan Emilia Pupia y Valeria Domicia, que traen a nuestra casa el favor de Vesta.

—Que la diosa del fuego alumbre para siempre tu casa, Octavia,

querida.

—Os presento a mi hermano Cayo Octavio, y a sus colaboradores en el gobierno del Imperio, Marco Vipsanio Agripa y Cilnio Mecenas. Ellos y yo nos congratulamos por tan valiosa visita. Acomodaos, os lo ruego.

—Que los dioses estén con vosotros, domines —saludó la virgo maxima, que concluyó—: Vivir sin amigos no es vivir.

Las vestales se recostaron en los triclinios y Valeria, que descollaba por su belleza fresca y deslumbrante, hizo un esfuerzo formidable para no ruborizarse. Luego observó a los comensales que formaban el núcleo capital del dominio político en Roma, que era como decir del mundo conocido. Octavio fue el primero al que examinó. Y la sorprendió, pues parecía ausente. Creía que sería un personaje de apariencia regia y personalidad arrolladora, pero se trataba de un hombre más bien corriente, de unos treinta años, de gestos respetuosos, ojos azules, pelo entre rubio y castaño, nariz aguileña, cejas juntas y tez extremadamente blanca. De mediana estatura, aseguraban que gozaba de una débil salud y sufría de asma.

Valeria tenía la mirada clavada en él, y no extraviaba uno solo de sus gestos. Sostenía que pertenecía a esa clase de romanos que quieren dejar huella, y que muy pronto lo conseguiría si eliminaba del tablero político al otro triunviro, el bello y no menos ambicioso Marco Antonio. Emilia le susurró:

—Tú y yo, Valeria, lo veremos convertido en el amo del mundo.

A su lado se sentaron Agripa, que en lenguaje etrusco significa «el que nació con los pies hacia adelante». Este era un soldado recio, fornido y considerado un habilidoso estratega militar, y durante la cena mostró un espíritu jovial que llenaba el ambiente de energía. Junto a él se hallaba Mecenas, un personaje de pronunciada calvicie y formas exquisitas, casi femeninas. Hablaba con modos pacíficos y se proclamó ante las vestales como rendido amante de las artes y las letras. Inmensamente rico, formaba junto a Octavio y Agripa la cúpula del poder de Roma.

Valeria, con sus esplendorosos quince años recién cumplidos, atraía las miradas de los varones. Y como su recato le impedía hacerse notar, se ruborizaba, bajaba la mirada y se le aceleraba el pulso. Entre la gustatio y la prima cena le correspondió a Emilia hacer el brindis de felicitación a la matrona de la casa, quien tras escoger las ánforas de vino que creyó más selectas, eligió un exquisito vino de Capua.

—Bene tibi, Octavia! —brindó—. ¡Loor a Júpiter Óptimo!

—Felicitas, domina! —replicaron todos.

Valeria, mientras degustaba un atún de Caledonia con brotes de orobanca, escuchó a Octavio, que defendía la necesidad de acabar con la República y adoptar una forma personal de gobierno, iniciada por

su tío Julio.

—Desengáñate, Cayo, un dominio tan vasto como el de Roma solo puede ser gobernado por un Imperator. O sea, tú, Octavio —le apoyaba Mecenas.

—Excluido Antonio, ese debe ser el modelo del gobierno de Roma, contigo en la cúspide del poder —terció Agripa.

Valeria advirtió que Octavio poseía fuerza de carácter, una gran erudición y perspicacia para intuir el futuro. De su persona emanaba una serenidad que desarmaba, cualidad necesaria para la nueva Roma que pretendía instaurar.

—Demos gracias a los dioses, amigos, por ese propósito. Los obstáculos que tanto apremiaban al gran Julio, mi tío, para instaurar un imperio, hoy parecen desvanecerse. Es posible que el Senado, harto de guerras civiles y ansioso de una paz duradera, no se oponga a esa vía —observó Octavio.

El soldado, Agripa, se reclinó en el triclinio y bebió de golpe la copa de ambrosía, suavizando su rostro adusto. Con voz áspera, dijo:

—Te apoyan doce legiones, además del pueblo, Cayo.

—Sí, pero antes hay que acabar con ese renegado de Antonio —adujo juicioso—. Su mala reputación ante los romanos se la ha ganado a pulso, amigos.

Mientras daban cuenta de los manjares de la prima cena, cabrito de Ambracia untado de crema de espelta y habas, y de una langosta del Adriático con puerros y garum, Valeria aceptó las galanterías corteses de los comensales. Conversó con ellos de astrología, de las ceremonias sagradas, de la elección de la nueva vestal y de la interminable guerra en Oriente.

Sin embargo, no entendía cómo hablaban tan libremente de asuntos de alta política de estado ante una simple vestal como ella y juzgó que la intriga encerraba un propósito de naturaleza desconocida y que las vestales formaban parte de él. Departió con Mecenas, persona brillante, culta y de gustos refinados.

—Verás, domina Valeria —dijo con su melancólica voz—. Me he inscrito con otros patricios en la Academia Pitagórica de Alejandro Polihistor de Mileto. Él nos está enseñando las artes matemáticas, filosóficas y poéticas.

—Creo que las matemáticas, la música y la física rigen el cosmos, domine.

La mesa estaba colmada de cráteras de Samos para mezclar los vinos, y Agripa, que seguía en Roma velando por los intereses de Octavio, hacía gala de una gula desmesurada, ya que frecuentaba el vomitorio para vaciar el estómago y llenarlo de nuevo hasta saciarse.

El vino de Qyos de la secunda mensa fomentó los maliciosos diálogos, en los que Valeria reparó en que el blanco de los dardos eran

la reina de Egipto, Cleopatra, y Marco Antonio y sus conductas contrarias a los intereses de Roma. Un leve temblor le subía por el estómago, pues Valeria no estaba acostumbrada a oír secretos que podían herir sus castos oídos.

Octavio le dedicó una mirada de admiración furtiva, constatando que tenía ante sí a una diosa del Olimpo, pero que desafortunadamente le estaba vetada al ser una virgen dedicada a Vesta. Valeria quiso desviar la conversación y comentó:

—Tu cocinero, Octavia, es un talento.

—El mejor de Roma, Valeria, y creo que elabora afrodisíacos sublimes.

—Las vestales no precisamos de esos filtros —contestó Valeria, y todos rieron con su apreciación.

Más tarde degustaron un excelente vino de Cumas y, tras los postres, aduciendo su dedicación en el templo, las vírgenes se despidieron de Octavia y de sus invitados abandonando la domus Iulia, agradecidas y algo embriagadas. Valeria echó su hombro sobre el de Emilia, quien le dijo:

—Valeria, has demostrado ser una excelente comensal en cena tan distinguida.

Su cutis blanco estaba algo acalorado y reía contenta. Contestó:

—Sí, Emilia. Estoy muy orgullosa por haber departido con personajes tan honorables. Pero ¿no despertaremos sospechas al alinearnos con el bando político de Octavio César tan abiertamente? Recuerda cómo acabó Vipsania por favorecer a un legado de Antonio —recordó.

La virgo prima sacudió la cabeza mostrando desacuerdo.

—En la vida, Valeria, alguna vez hay que tomar partido por una idea. Vesta es la diosa que une a los dioses con los mortales y nosotras somos el puente. Roma precisa de una paz duradera y el único que puede garantizarla es Octavio, créeme.

—Pues, por lo visto, nos ha incluido en su clan más íntimo.

—Y ¿no has notado el aura de fortuna que lo envuelve, Valeria?

—Más bien he percibido su ego colosal, aunque si puede salvarnos de la guerra y de la mediocridad, rezaré por él a Vesta —respondió.

Mientras eran conducidas a la Casa de las Vestales en el carpetum, Valeria pensó que para ella se abría un período inquietante, pues le habían abierto, para bien o para mal, la puerta de la Roma todopoderosa e influyente. Se veía atrapada en un juego tal vez aventurado, pero la halagaba la empatía demostrada por hombres tan prestigiosos del Imperio.

En cuanto a Octavio, había extraído una valiosa lección: iba camino de convertirse en princeps de Roma y a forjarse una condición que no se parecería en nada a todo lo conocido hasta ahora en Roma,

rey absoluto sin corona.

Valeria descorrió la cortina y vislumbró una luna de belleza infinita que reinaba en el lóbrego cielo. El carruaje, alumbrado por la luz de las teas y el fulgor del astro menor, dibujó una senda de plata en el desierto Foro.

VI

EL TESTAMENTO DE MARCO ANTONIO

Roma, año 32 a. C.

Al alba, la masa borrosa de los edificios del Foro era como un espejo reflejado en la mente de Valeria. Parecía como si el propio paisaje de su alma, inquieto y brumoso, se pareciera al de su ciudad. El descanso la alivió de la guardia nocturna ante el fuego sagrado, de la que había salido rendida.

La víspera del día de celebración de los fastos del dios Consus, el señalado para leer el testamento de Sabina, Valeria acudió a la cámara del Palladium, donde todas las vestales se reunieron ante la presencia del pontífice máximo, Marco Lépido, que desde que fuera desposeído del título de triunviro del Imperio y perdonada su vida por Octavio, vagaba por Roma como una sombra, aunque aferrado al cargo que lo protegía.

Lépido debía dar fe de las últimas voluntades de Sabina, la entrañable compañera de penas y a la que aún no habían olvidado. Era costumbre que las vestales fallecidas legaran sus bienes al Atrium Vestae, pero todos recordaban el carácter de Sabina, mujer rebelde y poco convencional.

Se acomodaron todos en sillas y, tras elevar una plegaria a Palas Atenea, Lépido respiró hondo y expulsó el aire sin pronunciar palabra. Entre un centenar de testamentos, unos en pliegos de papiro, otros en vitelas, otros en pellejos y cada uno con diferente estilo y escritos con caracteres de distinto grosor, eligió el de Sabina. Extrajo el aro de bronce que lo sujetaba y desplegó los papiros que contenían las últimas voluntades de la virgen fallecida. Habló severo y solemne:

—La vestal Sabina Ateya subscribió antes de fallecer un testamento ante un magistrado para designar a los herederos de su patrimonio. Testado con su puño y letra y ante cuatro testigos, los lictores de Vesta, su decisión última es conocida por los juristas como trasmissio olografus mortis causa adjacere, escrita de puño y letra ante un desenlace fatal. Sabina estaba capacitada para tal decisión y no puede ser revocada por nadie. ¡Atended! Leeré las cláusulas.

Las vestales prestaron atención a los enunciados legales que Lépido leyó, hasta que alzó sus ojos saltones y movió la nuez para concluir:

En cuanto a mis bienes, en su mayoría donados por mis padres como

dote, determino que la villa y latifundio de Cumas sean legados al templo y a la Casa de las Vestales para cubrir sus necesidades materiales, así como los esclavos y animales que contienen. En cuanto a mis caudales depositados en el banco de Saturno, que gestiona la familia Sestia, y que sobrepasan la suma de trescientos mil sestercios, dono doscientos mil a la domina Valeria Domicia, y el resto, dispongo que sea repartido entre las demás vestales a partes iguales.

Rubricado en la basílica Julia, ante el magistrado Hostilio Mancino y el pontífice máximo, que dieron fe de mi última voluntad. Roma, III de los idibus de februariis, con la bendición de Vesta. Confirmans, Sabina Ateya.

El testamento lo decía todo y mostraba el orden de los afectos de Sabina. Valeria, sorprendida, tuvo que contener las lágrimas. Aunque de familia de posición, a Valeria tal abundancia económica la ayudaría a vivir cómodamente en el futuro, cuando abandonara la Casa de las Vestales, tal como pensaba hacer. Esa era una de las ventajas de ser vestal, poder testar y recibir herencias.

—No entiendo el mundo interior de las mujeres, sean o no vestales —susurró Lépido a Emilia, que estaba a su lado y ya había vaticinado lo anunciado.

—Sí, creo que el legado de Sabina ha estado influido por sus emociones, pero las creo sinceras y me alegro de que Valeria goce en un futuro de una alta posición económica.

Valeria, que había guardado hasta el momento una prudente reserva, comentó:

—Sabina ha sido sumamente generosa, pero con solo su evocación me hubiera bastado —dijo Valeria con gesto agradecido.

Tuvo que combatir una oleada de emoción, pues la esplendidez de su inolvidable amiga, la dulce Sabina, la había pillado sinceramente desprevenida. Fue felicitada por Lépido y salió de la sala con una sonrisa triunfal en el rostro y sin haber despertado envidias, salvo en Cecilia, la secunda, que la miró torcidamente.

Como solía, deseaba despreciarla, pero sin éxito. Valeria la ignoró.

Valeria se había percatado de que su situación en el Atrium Vestae había cambiado, y que la desdicha del mundo le parecía menor, pues lo miraba con tranquilidad. Por mera intuición sabía que algo iba a cambiar y que precisaba reflexionar sobre su porvenir, que cuando finalizase su servicio como vestal sería estable y lejos de aquellas vetustas paredes. La clara alborada de las antenonas de septiembre proyectaba en el cielo de Roma intensos destellos cárdenos.

Restaba poco para el cambio a la estación otoñal cuando de improviso la quietud de la casa de las vírgenes se vio alterada. La confusión llegó incluso a interrumpir los rezos matutinos cuando en el

portón herrado de la Domus Vestae sonó como un trueno el aldabón con forma de cabeza de loba. Era muy de mañana para recibir visitas, por otra parte, prohibidas. Sobresalto y desconfianza entre las vírgenes, prosternadas ante la imagen de la deidad del fuego.

Una esclava etíope abrió una rendija, asomó la cabeza y advirtió que se trataba de un senador embozado, al que acompañaban cuatro lictores, lo que revelaba que era una alta autoridad de la República. Tras exhortarle que ningún varón podía penetrar en el recinto y quebrar su paz, preguntó temerosa:

—¿Quién eres, domine? ¿Qué deseas de este sacro lugar?

—Soy el cónsul Cayo Octavio Turino y deseo hablar con la virgo maxima. ¡Avísala de inmediato! Es urgente, esclava —la conminó.

El triunviro apartó la mirada y esperó en el umbral pacientemente. Emilia y Valeria acudieron con el semblante alterado. La virgo prima, con exquisitos modales, lo saludó en nombre de Vesta. Después se interesó por el motivo de su presencia.

—Salve, domina! Vengo en nombre del Senado a conseguir el testamento del triunviro Marco Antonio y presentarlo como prueba en la curia consular, que debe conocer las felonías que perpetra a sus espaldas.

Declaró Octavio su intención y las vestales se quedaron petrificadas y lo miraban sin entender. Pero Valeria, como tenía capacidad de ir más allá de la cáscara de las cosas, comprendió que la situación era como ir contra gigantes, y habría que ceder. Octavio venía al templo a cobrarse el favor de su amistad.

—Pero eso no es posible, cónsul. Supondría un sacrilegio. Tú lo sabes mejor que yo, pues eres un flamen, sacerdote de Júpiter —lo detuvo firme Emilia.

La virgo prima defendía su santuario como el avaro su tesoro.

—¿Y si yo te dijera que dos generales llegados de Egipto han alertado al Senado de graves cláusulas contenidas en ese testamento? Además, el arúspice de Júpiter profetiza un grave peligro en Oriente en la persona del triunviro Antonio, que va a llenar de dolor, hambre y división a Roma. He de conocer sus propósitos, que, con toda seguridad, están escritos en el protocolo que guardó aquí antes de partir —se explicó.

Las dos vírgenes lo escucharon atónitas, con atención y sin interrumpirlo.

—Se trata de un procedimiento muy irregular, cónsul —insistió Emilia—. Las vestales no podemos renegar del voto que hicimos de mantener la inmunidad del templo y de cuanto contiene. No podemos participar en semejante profanación. Compréndelo, domine.

Octavio mantuvo un tono discreto y comprensivo, pues en el Foro había comenzado el tránsito de viandantes que iban de un lado para otro y había que mantener la sacralidad de la casa y su prestigio. Se

impacientó y una atmósfera glacial creció en la puerta del Atrium Vestae. A Emilia le horrorizaba pensar que se produjera un acto agresivo. No eran habituales tales acciones en tan venerable casa.

Valeria creyó que debía intervenir y lo hizo con determinación.

¿Acaso no era ella la que poseía la llave del Palladium, donde se atesoraban decenas de testamentos, y garante y responsable de los documentos del Estado? Miró al cónsul con sus ojos oscuros y comprobó que el cinismo que mostraba su conocido Cayo Octavio resultaba mayúsculo. Pero deseaba sacar de un apuro a Emilia. Ambas sabían que no venía a mancillar el honor de las vírgenes, sino a lograr un documento al que sacaría gran rendimiento político. Lo miró con desaprobación a pesar de sus corteses modales, y notando que nada ni nadie lo disuadiría de desvalijar la última voluntad de Antonio, quiso expresar lo que su sensatez le dictaba:

—Eminente cónsul y padre de la patria, las vestales pensamos que tu propósito no viene presidido por la violencia, ni existe pecado por nuestra parte y menos aún una colaboración servil, puesto que te lo dicta la voz de Júpiter Estator, del que eres sacerdote, y la salud de la República, según dices.

—Así es. Lo explicas cabalmente y percibes la integridad de mi deseo.

—Has de saber, domine Octavio, que yo, por designación del pontífice, custodio la llave del Palladium y por tanto de cuantos legajos se guardan allí —continuó Valeria—. Comprendemos que, si nos oponemos, tus lictores allanarán esta casa y penetrarán a la fuerza con el consiguiente escándalo que ello acarrearía. ¿No es así, cónsul?

—Vesta habla por tu boca. Y sí, es mi firme designio llevármelo y presentarlo en el Senado por el bien de Roma y ulteriormente devolverlo, claro está. Pero como piadoso de los dioses evitaré cualquier tipo de intimidación, domina —insistió Octavio, admirado con la inteligencia de Valeria.

La vestal se mordió el labio y resolvió hacerle una propuesta, ya que sabía de antemano que Emilia, dada su amistad con la familia Julia, la bendeciría.

—Si nuestra magistra Emilia lo aprueba, planteo un acuerdo a tu insólita petición, domine. Entrarás solo en la morada en tu calidad de cónsul y ungido del padre Júpiter. Las vestales nos apartaremos y desapareceremos de inmediato. Yo me anticiparé y abriré la puerta del Palladium, bajaré de su estante el testamento, saldré de la cámara y volveré mi mirada para no ser cómplice de tus intenciones. Lo recoges sin demora y antes de mediodía, tras presentarlo en el Senado, donde nos exculparás de cohecho e irreverencia por nuestra parte, vuelve a quedar depositado en su lugar originario y sin intimidación alguna. ¿Aceptas la componenda, Cayo Octavio?

Valeria concedía crédito a la tácita y secreta alianza entre Emilia y Octavio, pues era evidente que el registro no era sino una puesta en escena más de su ansia de poder. Quería Roma para él solo, como su tío el divino Julio, y no pararía en mientes hasta conseguirlo, aunque tuviera que escalar los sacros muros de Vesta.

—¡Acepto! —admitió—. Vestal Valeria, la cordura y discreción la llevas en tu sangre Domicia. Prometo por la memoria del divus César que, antemeridium, esos pliegos se hallarán de nuevo en este templo. Y si me veo en el deber de alterar la paz de Vesta es porque Roma me lo demanda y pienso en el dolor que pueda causar a la patria lo que esos documentos ocultan.

Emilia asintió y garantizó la decisión de su vestal predilecta, y dijo:

—Que Antonio, el paladín de las batallas, responda si es que ha cometido traición contra el Senado y el pueblo de Roma —repuso—. Entra y tómalo.

Octavio abandonó el Atrium Vestae con la cánula del testamento de Antonio en la mano un rato después. Lo aguardaban impacientes los lictores y una turba de senadores partidarios, clientes y muchos seguidores de la plebe, que lo vitoreaban de forma clamorosa. Con gesto triunfal, se encaminó a la curia senatorial, que se hallaba al otro lado del Foro, entre un hervidero de gente. Destacaba su toga cándida, sin adornos, y marchaba con gesto decidido.

Valeria se dirigió a una emocionada Emilia y le confesó su inquietud:

—Cara, me temo que este acontecimiento cambiará nuestras vidas.

Emilia se estremeció. Su amiga tenía el gesto demudado, como si hubiera sido testigo de la más repulsiva de las profanaciones. Algo había acontecido en el Palladium que había impactado en la vestal. La conocía bien y le preguntó:

—¿Me ocultas algo que debería saber, Valeria?

—Déjame, Emilia, que sea yo quien cargue con el peso de ese secreto. Pero sí, he asistido a una vileza que jamás creí que fuera perpetrada por Cayo Octavio —repuso cariacontecida y con el semblante pálido.

—¿Más comprometido que lo que yo he presenciado, cara?

—Infinitamente más grave, virgo maxima. Aún no puedo creerlo, pero mis labios quedarán sellados de por vida, o mi vida no valdrá un as de cobre —afirmó con miedo; y dándole la espalda, desapareció encorvada por el atrio.

Emilia se quedó impactada, pero no insistió. Muy delicado debía de haber sido el trance ocurrido arriba que había cambiado el carácter afable de Valeria. Y de pronto supo que se arrepentirían de haber dejado paso franco al cónsul y que el pueblo de Roma no se lo

perdonaría jamás. No había sido un accidente, sino una toma de posición entre la rivalidad de Octavio y Antonio.

En otra parte del Foro, Octavio cruzó las fauces o puertas del Senaculum, la Curia Julia. Los senadores se alzaron de sus asientos entre murmullos. Había renunciado semanas antes al título de triunviro y el Senado quiso concederle el de dictador. Evocando a su tío Julio se negó, pero sí aceptó el de Dux Romae, guía de Roma.

Aunque era el aristócrata más fuerte y el preferido por las linajudas estirpes romanas, la sorpresa se reflejó en los gestos de todos. Se aprestaban a vivir un episodio más del enfrentamiento entre Antonio y Octavio en la sesión del Senado único en la reciente historia de Roma.

Octavio solicitó dirigirse a la asamblea y el senator maior le concedió la venia para hablar y presentar su propuesta, mientras un rumor de avispero recorría las bancadas.

—Salve, patres conscripti! —dijo con vigorosa voz—. Sabéis que desde que Antonio se instalara en Egipto como un rey oriental vengo reclamando que sea declarado traidor a Roma. Pues bien, hoy traigo una prueba irrefutable.

—¡Conjeturas! —soltó Pisón, amigo de Antonio.

—¡Calla tu boca, odre de vino! —lo calló Agripa.

Los partidarios de Marco Antonio enmudecieron incrédulos y nerviosos.

—Insisto —prosiguió Octavio firme— en que la República está al borde de la anarquía y que una nueva guerra civil se cierne sobre nosotros. Sabéis que procuro la pacificación de Roma, el cese de hostilidades entre romanos, recuperar la democracia en los comicios y en los tribunales y volver a la pureza de las leyes de nuestros mayores, pues la dignidad ha desaparecido de nuestra querida patria. —Resonó un ruidoso elogio, casi atronador.

—¡No existen ni República ni Senado! —intervino un adicto a Octavio.

Se alzaron murmullos y opiniones contrarias, y prosiguió:

—Vengo a esta cámara a denunciar grandes agravios de Antonio a Roma, pues las pruebas que he ido aportando a esta curia nunca han sido aceptadas.

—¡Tráenos una evidencia y te creeremos, Cayo! —le demandó el senador Lucio Poplícola, soltando una risotada impertinente.

—Pues ha llegado esa ocasión, ilustre Poplícola —profirió Octavio dirigiéndose al optimate partidario de Antonio—. Aquí en mi mano —dijo sacando de su bocamanga el rollo—, porto el testamento de Marco Antonio que paso a leer ante esta sacra asamblea para darlo a conocer públicamente y confirmar su pérfida felonía. ¡Prestad

atención!

Poplícola, visiblemente airado, quiso defender a su amigo Antonio.

—Ese codicilo se hallaba guardado en el templo de Vesta, de modo que es un procedimiento ilegal. ¡La voluntad de un soldado de Roma es sacrosanta y no puede hacerse pública, dux! —gritó fuera de sí—. ¡Devuélvelo!

Un tumulto de opiniones encontradas sobrevoló el Senado. El presidente alzó su vara con energía. Sin demora dictaminó:

—Cierto es que no está permitido quebrantar un testamento militar in procinctu, de un general en marcha de combate. Pero, por su carácter público, sí puede ser consultado por un flamen o sacerdote de Júpiter, por un magistrado o por un cónsul en ejercicio si la integridad de la República se viera en peligro, como así parece. ¿Habéis quebrado las prerrogativas del templo de Vesta, o amenazado a sus vírgenes para conseguirlo, cónsul Octavio?

Un mutismo denso se alzó en la sala. Decenas de ojos se detuvieron en él.

—¡En modo alguno, patres conscripti, y lo juro por mis dioses lares! Se me ha permitido sacarlo por mi propia mano en mi condición de sacerdote de Júpiter, para ser examinado en el Senado y antemeridium debe confiarse de nuevo al templo. Ese ha sido mi compromiso con las vestales.

—¿Y qué te ha hecho pensar, dux, que ese escrito contuviera una traición a Roma? —lo retó Poplícola.

El revuelo en la cámara resultó mayúsculo. De repente, de la bancada se incorporaron dos conocidos senadores, antes partidarios de Antonio. Se trataba de los comandantes Titio y Planco, recién llegados de Egipto.

—¡Pido la palabra, maior! Roma vive un tiempo delicado y deseo hablar.

—¡Tienen la venia para declarar Lucio Munacio Planco y su sobrino Titio!

El general no tuvo que pensarlo y con voz serena elevó su perorata:

—¡Senadores! No hace ni tres meses que por convencimiento personal adulaba en Alejandría a Antonio y a la reina Cleopatra, conocida en Roma como la Hechicera. Pues bien, yo he sido testigo de cómo Antonio, que desea ser llamado en público el Alejandro de Egipto, ha caído en una degradación moral indecorosa impropia de un romano, siendo la reina, varios eunucos y un tal Epímaco quienes gobiernan sus actos y no este Senado.

—¿Quién es ese Epímaco, senador? —se interesó el maior.

—Una hiena egipcia que odia a Roma y maneja al triunviro en contra del Senado —replicó el general—. Es el sumo sacerdote de los templos de Heliópolis, según él, la encarnación del dios Thot, custodio

del Libro de la Magia, y nada se hace en Egipto que no tenga su aprobación. Marco Antonio se ha convertido en su perro faldero, para ignominia de esta cámara.

Los senadores no se movieron. Era grave lo que allí se decía. Silencio.

—Y no hay que olvidar que Antonio repudió a su esposa, Octavia, mujer de probadas virtudes, para amancebarse con la reina egipcia, con la que vive en una promiscuidad indigna para un hijo de Roma —recordó Titio.

—¡Eso es inaceptable! ¡Antonio, traidor! —replicaron los descontentos.

La conmoción crecía y los senadores se miraban unos a otros perplejos.

—Cuanto asegura mi tío Lucio es cierto —instó Titio—. Lo abandonamos porque Antonio se ha alejado de las costumbres y virtudes romanas, y se ha inclinado de forma vergonzosa al lujo asiático, convirtiéndose en una grave amenaza para el Estado, pues controla ilegalmente provincias que no le competen. ¡Eso es deslealtad a la República, patres conscripti!

El general Planco vio que los seguidores de Antonio callaban, cohibidos.

—¡¿Acaso dudáis de su alta traición, senadores?! —presionó Planco con las venas del cuello hinchadas—. Os diré que, en presencia de sus comandantes, la víspera de nuestra fuga, Antonio proclamó ante la corte faraónica que quedaba disuelta su alianza con Octavio. Pero, para su desgracia, he de proclamar que esas decisiones no salieron de él, sino de Cleopatra, de Mardión el eunuco, de Potino, de Eira, la peinadora de la reina, y del ministro Carmión el castrado. ¿Existe motivo más indigno para un romano que sus decisiones las tomen extranjeras y viles eunucos?

—¡No, no! ¡Fuera! ¡Eso es deshonroso! —se oyeron objeciones y el revuelo de las voces se recrudeció en la curia. Era un escándalo mayúsculo.

—En ese mismo banquete, casi borracho, y venerado como un dios por la corte egipcia —siguió el exaltado Titio—, Antonio reveló que había hecho testamento en favor de Cleopatra y de sus hijos, y que este se hallaba guardado en el templo de Vesta. Fuimos nosotros, por bien de Roma y de su pueblo, los que se lo confiamos a Cayo Octavio. ¡Y esa es la razón de exponerlo hoy aquí!

Tío y sobrino habían puesto en ascuas el Senado. Una nube de espera aguardaba la lectura del testamento, que enarbolaba Cayo Octavio en su mano, aguardando que el clamor cesara. Expectación. No lo había previsto, pero los testimonios de los generales Planco y Titio no tenían precio para su causa. El senator maior blandió su

cayado amarfilado y se dirigió a él con su voz cascada:

—¡Dux, léelo, pues, y que los dioses protejan a Roma! —lo animó el anciano—. Y espero que sea como dices, si no serás severamente amonestado y privado del título de triunviro que has llevado dignamente durante diez años.

Octavio esgrimió su nobilitas romana, tratando de salvar la dignitas del Senado. Abrió sus vivaces ojos azules y, seguro de sí mismo, dijo:

—¡Padres de la patria! No seré prolijo y solo leeré los párrafos más reveladores. Escrito de su puño y letra, que conozco como la mía propia, esto es lo que manifiesta. Y, ¡por Júpiter!, que es la perfidia más alevosa que vio Roma.

Octavio hizo una pausa para acrecentar el interés.

—Yo, Marco Antonio el triunviro, hijo de Antonio Crético y cónsul de la República, estipulo que, si muero en Roma, sean tenidas en cuenta estas disposiciones que son mi firme voluntad. —Y prosiguió leyendo con voz ofendida e indignación—: Dispongo que mi cadáver sea embalsamado según los ritos egipcios y que se envíe a mi esposa Cleopatra VII Filopátor para que sea enterrado en Alejandría junto al héroe macedonio Alejandro y en su misma tumba. Que la biblioteca de Pérgamo, que atesora doscientos mil volúmenes, sea entregada a la reina de Egipto y…

—¡No puede ceder lo que no es suyo! ¡Pertenece a Roma! —gritó uno.

Octavio se apoyó en sus talones y se secó el sudor.

—Eso estimo yo también, insigne Mesala —terció Cayo—. He escuchado en este mismo Senado llamar a Antonio como «el más romano de los romanos», soldado esforzado, ciudadano de gran celo patriótico, audaz, eminente y amante de su patria…, pero hace diez años que no aparece en la Urbs, embrujado por esa hechicera de Cleopatra, administradora de bebedizos y venenos, que sabemos que empleó con nuestro aliado el rey Mitrídates. Además, sabemos que ha apostado su flota frente a Italia. ¿Es que pretende invadir su propia tierra?

—¡No viene a Roma porque sabe que es una amenaza para él y ha de rendir cuentas de su conducta intrigante —clamó Lucio Balbo, el Hispano—. ¡Sea declarado hostil a la República! —Y asintieron—. ¡Es un títere de Cleopatra!

Un ambiente de sospecha planeaba por la sala. Octavio aclaró su voz.

—Prosigo con la lectura, indignado con el triunviro Antonio, tan querido por mi tío el divino César. ¿Cómo ha podido caer en tal indecencia sin respetar ni los usos ni el derecho de nuestros antepasados? Oíd lo que decide sobre el Imperio: Lego a mis hijos

habidos con la reina de Egipto los siguientes territorios: a los mellizos, a Alejandro Helios, Armenia y Partia, con el título de rey, y a Cleopatra Selene, Cirenaica y Libia. A Ptolomeo Filadelfo, los reinos de Siria y Cilicia.

Primero se hizo el silencio y luego se oyó una ruidosa protesta.

—¡Perjuro, eso es una insolencia! ¡Que se revoque su triunvirato! —se oían voces desde todos los puntos del acalorado Senado.

—¡Está repartiendo el Imperio de Oriente! ¡Qué obscenidad! —gritó otro.

—Jamás se escuchó en la curia tal indignidad —dijo el maior.

Octavio, cerca de su triunfo personal, arqueó las cejas y prosiguió ufano:

—¿Os preguntáis, honorables padres de la patria, si se ha atrevido a legar a la reina Hechicera algún territorio más perteneciente a Roma?

—¡No puede hacerlo! ¡Eso corresponde a este Senado! —gritó otro.

—¡Pues lo ha hecho! No contento con repartir parte de Oriente entre sus vástagos, esto es lo que le promete. ¡Escuchad, patres! En cuanto a mi esposa Cleopatra, Reina de Reyes, la nombro soberana de Egipto y de Chipre. —Miró con gesto de indignación a sus colegas—. ¿Pero él puede nombrar y deponer reyes sin consultar al Senado? Y a su hijo Cesarión, Ptolomeo XV, hijo de Julio César, lo designo heredero del divus tanto de las tierras de Oriente como de Occidente. ¡Esto es execrable! ¡Se atreve a disponer de la Madre Roma!

Agripa, que asistía encrespado a la lectura, no renunció a intervenir:

—Senadores, todos oímos el testamento de César en el que nombraba hijo y heredero a Cayo Octavio César. ¿Quiere Antonio enmendar a su general?

Octavio quedó unos instantes callado y continuó:

—Dilectos padres de la patria, poseo pruebas de que ese niño, Cesarión, no es hijo de mi tío Julio, sino de un esclavo de Cleopatra, que siempre ha utilizado a sus amantes para su propia ambición. Y yo os pregunto: ¡¿Es que deseáis sentar a un monarca egipcio en el trono de Rómulo, a un bastardo manejado por su madre?! ¡Roma no desea ningún rey! ¡Somos una república de ciudadanos libres! —exclamó Octavio, vivamente enardecido.

—¡No queremos reyes, por Júpiter! —declaró Planco, que fue aplaudido.

—¡Fuera Antonio! ¡Fuera! —se escuchaba entre los escaños.

Octavio observó que su lectura había escandalizado a los senadores, que discutían entre sí. Salvo los muy adictos a Antonio, el Senado lo creía.

—Ahora colocaré estos pliegos en la mesa curial donde podrán ser

comprobadas la firma, el sello y la autenticidad del documento. Las vestales no me lo entregaron. Fue decisión mía sacarlo de allí, senadores, para acreditar su felonía. No hubo profanación y mi cargo de dux, flamen y cónsul me permite hacerlo para salvaguardar la ley —adujo con voz persuasiva.

No hubo sombra de duda entre los senadores, que ni se acercaron a examinarlo, indignados como estaban tras la revelación. Sabían que Cayo Octavio no había abusado del uso de sus prerrogativas y que las vírgenes vestales no habían incurrido en sacrilegio, pues a seis débiles mujeres les era imposible oponerse a un grupo de senadores decididos y a una cohorte de lictores.

El maior y Cayo observaron que, dando grandes zancadas, más de un centenar de senadores abandonaban el edificio. Eran los más tenaces defensores de Antonio, que muy pronto huirían con sus pertenencias a Grecia y Egipto para unirse al traidor. Agripa había ordenado rodear el Senado con un contingente de soldados leales y no hubo que lamentar ningún enfrentamiento. Octavio alzó el brazo triunfante y se dirigió a la curia:

—Tras las pruebas expuestas, ¿dudáis, padres de Roma, de que Antonio está hechizado por esa bruja egipcia, que ya no obra como un romano auténtico y que los intereses del Imperio han sido menoscabados y escamoteados por él? Antonio nos conduce a las amarguras de una nueva guerra civil.

—Octavius dux, Octavius dux! Ave Roma aeterna! —gritaron a una.

—Solicito a esta asamblea que despoje del poder al triunviro de Oriente, Antonio, y que declare la guerra a esa ambiciosa reina — exigió Octavio—. Sobre esta mesa se hacen los juramentos. Jurad conmigo, senadores, que derramaremos nuestra sangre por defender los privilegios de la República.

Nadie estaba más seguro que Octavio de que el Senado atendería a su moción. Había atinado al no declarar a Antonio «enemigo de Roma», sino a la ambiciosa Cleopatra. No deseaba criminalizarlo y siguió los mismos modos que César con Pompeyo. Era un romano, a pesar de todo.

—Deliberemos, discutamos la petición y después nos pronunciaremos —propuso el maior, que se rodeó de los más ancianos de la cámara.

Mientras tanto, Cayo aguardó en tranquila meditación, hasta que, concluidos los debates y oídos los senadores, el maior determinó:

—¡Senadores! Hemos de evitar que nuestra patria caiga bajo el influjo de esa perversa reina. Esta curia ha decidido privar de la autoridad al triunviro Marco Antonio, declarar la guerra a Cleopatra de Egipto y otorgar la defensa del Imperio a Cayo Octavio, hijo del

divus César. Desde mañana se abrirán las puertas del templo de Jano. ¡Estamos en guerra, romanos!

En el fin del segundo triunvirato, el porvenir de Roma se veía cargado de incertidumbres, y Octavio, alcanzado su propósito, convocó a Agripa, Mecenas y Balbo para reunirse en su casa del Palatino y revisar los últimos acontecimientos con su esposa Livia Drusila, según Cayo, siempre acertada en sus opiniones políticas. El dux, indudablemente, se había granjeado la devoción del Senado y del pueblo como nuevo prohombre de Roma.

Sin embargo, muchos romanos veían en el joven Cayo Octavio César un tirano que difícilmente restauraría la República y no confiaban en sus intenciones, por lo que Roma entera se perdía en conjeturas ante la inminente guerra entre romanos.

El cónsul devolvió ceremoniosamente el testamento al templo de Vesta y, con sus tres amigos, para aliviar el cansancio, se dirigió al ludus Graci, la academia de gladiadores de Graco en el Campo de Marte, donde los espectadores y apostadores, incluso las matronas, admiraban a los colosos del espectáculo de la arena, el sudor, la sangre y el nervio mientras cataban deliciosos vinos o se solazaban con los tunicati, los gladiadores afeminados, y con los más musculados en las trastiendas de la villa.

Cayo Octavio pensó que su desafío contra Antonio comenzaba con buenos auspicios, pues contaba con valiosos aliados que le prodigaban consejos con su visión de Estado y con más de medio millón de romanos que lo apoyaban en recuerdo de su tío César. Estaba satisfecho con la estratagema empleada con el testamento de Antonio, aunque lamentaba que las vestales, sin culpa alguna, estuvieran en las maledicentes bocas de los chismosos romanos.

Octavio sabía, no obstante, que había dado un paso indispensable y de dudosa legalidad para hacer realidad el eterno sueño de la gens Julia: convertir a uno de sus hijos en el dueño único de Roma y reinar sobre la totalidad del Imperio como un monarca. ¿Había cometido quizá otra violación no conocida que le rumiaba las entrañas? ¿Acaso la vestal Valeria no lo había taladrado con su mirada acusadora al abandonar el templo de Vesta?

Entretanto, en la domus de las vestales y tras la teatral representación de Octavio y su asalto al Palladium, Valeria, irritada y meditabunda, cavilaba que la acción del cónsul había constituido una infamia a la diosa a la que servía. Sin perder un instante, fue a visitar a Emilia a su estancia.

—¿Cómo hemos podido permitir este escarnio, magistra? —le preguntó sin acusar, pero tampoco sin exculpar—. Madre Vesta nos lo demandará.

—Ya ves, los audaces dominan el mundo. Lo ha devuelto y ya está.

Pero me preocupa qué pudo ocurrir en el Palladium que tanto te impactó, Valeria.

—Algo que me puede acarrear la muerte si hablo. Pero callaré.

La virgo prima se quedó sin habla, pero no deseaba saberlo. Valeria se tragó el enojo, se despidió y se retiró a la soledad de su cámara. Su mueca indignada fue advertida por Emilia, que no obstante no la censuró. Estaba de acuerdo con ella. Sin embargo, percibía que Valeria sabía más de lo que había contado y que algo extraño había ocurrido en la sala de los testamentos. Pero ¿de qué naturaleza se trataba? ¿Era otra acción infamante de Octavio?

—Hasta los dioses son utilizados por los poderosos —musitó para sí.

En la oscuridad nocturna, el Atrium Vestae brillaba con la presencia de una luna de lechosa claridad. Millares de menudas luminarias delataban la vida en las terrazas, ínsulas y palacetes de Roma; y, en la lejanía, se movían las siluetas de lanza de los cipreses bañados por el Tíber.

Aquella noche, Valeria trató en vano de concertar su descanso con la quietud. Sabía que debía callar lo que había contemplado en el Palladium.

Sería el gran secreto de su vida y de la historia reciente de Roma.

VII

LA ADOPCIÓN

Roma, año 32 a. C.

En vísperas de la guerra se advertía una agitada inquietud en Roma.

Los debates sobre su inminencia se trasponían a los baños públicos, donde, entre vapores, majases, encuentros sexuales y juegos, se opinaba de la enconada rivalidad entre Octavio y Antonio, de las inaceptables donaciones de Alejandría, del indecente tratamiento de Antonio a su esposa Octavia, la sobrina de Julio, y el apoyo a Ptolomeo Cesarión como sucesor único del divus César.

Marco Sisena, agente de propaganda y asuntos de espionaje de Octavio, inundó las paredes de la Urbs con octavillas y carteles difamando a Antonio y avisando de la guerra abierta contra el que había transgredido las leyes de Roma. Cayo Octavio, en medio del fervor popular, logró reunir una clientela multitudinaria de miles de romanos que recordaban a su tío, veteranos de las legiones y padres de familia que le debían favores y que le juraron lealtad.

No había taberna donde no se hicieran cábalas sobre la providencial substracción del testamento de Antonio, señalando como cómplices a las vestales Emilia y Valeria, muy conocidas entre el vulgo. La primera por ser la virgo prima y la segunda por su belleza y modestia y por ser requerida en los hogares para expulsar a los agato demones y espíritus perversos.

Octavio seguía empeñado en cumplir su compromiso de restablecer los valores de Roma, apelando a las arcaicas costumbres del Lacio, y para demostrar que le preocupaba el pueblo, nombró edil de Roma a Agripa, quien construyó dos acueductos, más de quinientas fuentes públicas, baños y termas, y consolidó los subsidios a los pobres y los repartos de sal, pan, dinero, ropa y aceite, acreditando que se inquietaba por el ciudadano común, práctica olvidada por Antonio. Y la plebe comenzó a amarlo, tanto como a su tío César.

La ciudad de las estrechuras y del ladrillo de adobe fue dando paso a la del mármol y el jaspe de los templos de Venus Genitrix y el Foro de César. Octavio, a instancias de Livia, quiso escenificar el inicio de la campaña contra Cleopatra con una ceremonia ancestral en el templo de Belona, la diosa de la guerra, en el Campo de Marte. Para los romanos era un lugar temido. La tierra que rodeaba el santuario

era considerada territorio extranjero y frente al atrio se elevaba una columna que los romanos llamaban de la guerra.

Roma entera acudió enfervorizada al ritual, y al sonido de las tubas comparecieron el dux Octavio, los senadores precedidos por los lictores, las vestales y el pontífice máximo, Lépido, investido con la capa sacerdotal púrpura. Fueron recibidos por los sacerdotes, los fetiales, pintarrajeados con la sangre de un cerdo sacrificado, que bendijeron la empresa militar de Octavio deseando valor y ventura a sus legionarios.

El cónsul Gayo Sosio hizo una ofrenda y rezó en el oratorio, y, ante el gentío, cinco sacerdotes enarbolaron sendas lanzas, las untaron con sangre y las arrojaron hacia el lado este, escenificando que se dirigían hacia Oriente. Seguidamente cerraron el portón de bronce del santuario.

—¡Cónsul Octavio César —le deseó un sacerdote—, con este ritual Roma ha declarado la guerra a Egipto! ¡Que el valor y la fortuna te acompañen!

Cayo Octavio, inmóvil y con la toga nívea impecable, se asemejaba a una deidad viviente bajo el atrio de su santuario. Con humildad recibió en el podio la ovación de cientos de romanos que lo aclamaron enardecidos:

—Octavius Caesar, dux populi! Victoria, victoria!

Entre las nubes del humo sacro, Cayo metió su mano en el verraco inmolado y con ella embadurnó los relieves de la columna de la guerra. Se volvió y clamó arrebatado:

—¡No regresaré vivo si no es con la palma del triunfo! ¡La humillante afrenta de esa ramera egipcia, la Hechicera, será lavada con sangre!

La cima del mundo la tenía al alcance de su mano y sonrió con levedad. La multitud abandonó el templo de Belona, y Cayo Octavio advirtió con su perspicacia habitual que entre la masa humana con seguridad habría partidarios de Antonio infamando a las vestales que habían participado en el despojo del documento, incluso pronunciando irrespetuosamente los nombres de Emilia y Valeria. No le había pasado inadvertida la acusación y decidió reparar el asunto.

Al ascender a la litera y lejos de oídos indiscretos, Livia le preguntó:

—¿Has oído lo que yo referido a las vestales, esposo? —le susurró.

—Claramente, Livia cara. Ese asunto no se puede dejar sin resolver, pues afecta a lo más sagrado. Hablaremos más tarde en la domus.

El pueblo regresó alborozado a Roma intramuros, pues su guía había cumplido con sus deberes como cabeza visible de la República iniciando las represalias contra el insidioso Antonio, que se había

olvidado de Roma y de sus deberes para con el pueblo. Al abandonar el tabernáculo, las palomas zurearon y volaron hacia el sol poniente y los augures le hicieron llegar a Octavio que se trataba de un buen presagio. Para los romanos los signos del cielo eran decisivos, y el cónsul lo agradeció.

La ingente maquinaria de guerra de Octavio se había puesto en marcha.

Valeria escondía en las esquinas de su corazón el malestar interior por el asunto del expolio del testamento de Antonio. No despegó los labios más tarde, ni tampoco jugó al latrunculi con Elia, con la que solía compartir momentos de recreo y plática tras cuidar del fuego sagrado. Como la misma Emilia, había escuchado las veladas descalificaciones salidas de la enardecida plebe. Vacilaba si su conducta y la de Emilia habían sido acordes con el voto prometido a la diosa y se notaba angustiada. Habían ofendido a la deidad.

Llegó la noche y un creciente de luna ascendía sobre los oscuros perfiles de Roma cuando sonaron unos golpes suaves en su puerta. Al poco entró la amable y cercana virgo prima.

—Pareces cansada, cara Emilia —se interesó Valeria.

—Inquieta. Además, me aqueja un dolor de muelas —adujo—. El pontífice desea vernos mañana a la hora de prima en la Domus Regia. Los varones, y más si estos son potentados, nos utilizan y disponen de nuestras vidas a su antojo, ¡por Venus!

—Aún colea el asunto del testamento de Antonio, ¿verdad? —preguntó.

—Eso me temo, carísima Valeria —admitió atormentada.

—Madre Vesta nunca ha dejado de protegernos. Somos dos víctimas más de la locura de los hombres, la guerra, y de sus desmedidas ambiciones por obtener el poder —repuso—. ¡Mantengámonos fuertes!

Asintió con media sonrisa, pero apreció en su cara una infinita tristeza.

Envueltas en una vaporosa calima, no se distinguían las cúpulas y tejados del Foro a la hora posterior al alba. Con las tripas cargadas de vientos de tormenta, Emilia y Valeria, con los velos blancos ocultándoles el rostro, se dirigieron a la Domus Regia, morada del pontífice. La adornaban columnas etruscas y griegas y era un palacio austero y carente de ornamentos. Su calidad se la concedía el haber sido morada de Julio César, el anterior sacerdote máximo. El ostio, un siervo con chitón rojo, las condujo a una sala decorada con mosaicos de la fundación de Roma y de la batalla de Zama y se detuvo en la puerta.

Las recibió Marco Lépido, el bilioso pontífice, que desde que había sido depuesto del cargo de triunviro por Augusto parecía un cadáver viviente.

—Salutem, señoras. Pasad, os aguardan notables dignatarios de la República en el tablinium —las invitó y las dos se miraron desconcertadas.

Emilia y Valeria creían que la reunión era solo con él y se alarmaron. Desconcertadas, vieron allí a tres hombres: a Cayo Octavio, al elegante senador Lucio Balbo el Joven y al anciano magistrado Hostilio Mancio, sentados en otras tantas sillas curules de rica taracea. Valeria pensó que de semejante reunión no podía resultar nada ventajoso. Se quedaron sin habla y aguardaron. Tomó la palabra el cónsul con su proverbial cortesía. Partía para Grecia de inmediato y les extrañó que deseara hablar con ellas:

—Que Apolo, el dios que conduce el carro del sol, os aliente. Acomodaos.

—Salve, favorito del Destino —saludó Emilia—. Salud, domini.

Emilia, asidua a la casa de Octavio y Livia, estaba menos nerviosa, pero Valeria se sintió turbada y las piernas le temblaban. Su hermosura no había dejado indiferente a varones tan distinguidos. Octavio, con la habitual seguridad en sí mismo, serio y circunspecto, habló primero:

—Es sabido que los mortales no podemos escapar al efecto de nuestras obras, y mucho me temo que el episodio del testamento de Antonio ha ocasionado daños colaterales en el templo de Vesta y directamente a vosotras dos, carissimae, sin que en modo alguno tuvierais culpa, y eso lo sabemos los tres… y la diosa Vesta.

—Así es, pero aceptamos tu deseo sin calcular los riesgos —dijo Emilia.

—Pero la maledicencia ha hecho su trabajo. Mis agentes han sabido que familiares de Antonio y de Fulvia, su primera esposa, pagaron a unos indigentes para que os insultaran el día del sacrificio de Belona. ¿Los oísteis, quizá?

Emilia asintió con gesto de incomodidad y Valeria respondió:

—No me extraña la conducta de Fulvia, una arpía de afiladas garras que no tuvo piedad con el sabio Cicerón, llegando a clavarle un alfiler de su pelo en la lengua cortada que expusieron en el Foro. ¡Vesta la confunda! —corroboró Valeria—. Sí, cónsul, llegaron nítidamente las acusaciones a nuestros oídos.

—Eso ya no ocurrirá más, pero, desgraciadamente, el mal está hecho, y hemos de liberar de sospechas y purificar el tabernáculo por el bien de Roma. No conviene que sobre él se cierna el recelo. Lo que menos precisa nuestra sufrida República es un escándalo religioso —sostuvo Octavio.

—¿Purificar, dices? —preguntó Emilia indignada.

No replicó Octavio, sino Lépido, a cuyo cargo estaban las vestales.

No se anduvo con rodeos, y con su semblante de cadáver contraído, determinó:

—Así es, Emilia. El cónsul y yo hemos decidido que abandonéis el sacerdocio de Vesta hacia otros destinos y lugares, bajo nuestra protección.

Era como si una bofetada las hubiera golpeado.

—Esa pretensión nos ofende, tío. Nos sentimos ultrajadas por una culpa no cometida. No es justo —dijo Emilia dirigiéndose a un Lépido cohibido.

—Escucha primero y después opina, Emilia. Es un hecho que el asunto ha constituido un escándalo. En lo que a mí respecta ya lo he explicado en el Senado. Obré así para desenmascarar a un traidor y en beneficio de Roma. Pero ¿y vosotras? —habló Cayo—. ¿En qué situación quedáis? La plebe no olvida.

—No opusimos resistencia en tu beneficio. ¡Eres el dux de Roma!

—No basta, Emilia. Sé que el único responsable de la sustracción he sido yo, pero resulta innegable que hay que depurar el templo y olvidar esa lastimosa cuestión enviándoos a otro lugar. Debéis considerar este punto de vista. Mis obligaciones para con Roma me obligan a protegeros y a protegerme de mis enemigos. ¿Entendéis, dominae? —insistió persuasivo.

La primera impresión fue de rechazo, pero Valeria, siempre anticipándose a los deseos del gobernante más prepotente de la tierra, dijo:

—¿Y cuál sería ese destino que no hunda nuestras vidas y preserve nuestros nombres en el futuro? —preguntó Valeria inclinando la cabeza.

—Has demostrado, Valeria, ser una mujer hábil y clarividente, y no has de preocuparte, pues las dos permaneceréis bajo el ala de mi favor.

Intervino Emilia, entristecida por tener que abandonar su rango.

—Te escuchamos, dilecto cónsul. —Miró con ardor a Octavio.

—Verás, tu condición no disminuirá un ápice. Tu tío el pontífice, de quien dependéis, y yo, deseamos que aceptes el cargo vacante de gran sacerdotisa del santuario de Venus Ericina… —dijo, y la vestal lo cortó tajante.

—¿El templete de Puerta Colina? Eso es descender a los infiernos.

—No, querida Emilia —rio Octavio—. Me refiero al templo de Venus Ericina de Sicilia, el que Eneas le dedicó en la cima del monte Erix. Goza de una vista majestuosa del mar y de un exuberante valle de viñas. Diecisiete ciudades le rinden tributo en oro, por lo que pasarías a ser una dama rica y muy respetada. Podrás residir en la

ciudad de Messana, al norte de la isla, rodeada de sirvientas, esclavos y atendida por una guardia de gobernador. ¿Aceptas?

Un suspiro de alivio calmó a Emilia, pero la zozobra seguía instalada en el semblante de Valeria. Esperaba su turno y su destino.

—En cuanto a ti, señora Valeria, siempre he creído que estás destinada a llevar a cabo cosas mejores en el mundo civil —arguyó Octavio César.

—Soy feliz en mi universo sagrado, domine.

—Verás —prosiguió—, el pontífice, Lucio Balbo y yo hemos pensado el siguiente acomodo. Si lo aceptas, el senador Balbo se ha ofrecido a adoptarte como hija suya, ya que por ley no puedes regresar a tu casa. Por unos años vivirías con su familia en la ciudad de Gades, en las Columnas Heracleas, donde podrás seguir ampliando tus experiencias en astrología en el templo onírico de Melkart, con todos los honores de sibila de la diosa Vesta.

Valeria pensó que la vida les regalaba una nueva oportunidad, nada desdeñable, y quiso calmar a la atormentada Emilia, a la que tanto apreciaba. Acercó su cara a la virgo prima y le dijo en voz queda:

—Emilia, en nuestras vidas se ha prendido un fuego que no nos permite mirar hacia atrás. No mostremos decepción —dijo, y sus ojos se iluminaron—. A ti te resta poco para cumplir tu servicio y yo no pensaba estar un año más del justo en el Atrium. El cónsul se muestra generoso con las dos.

La virgo maxima asintió con la cabeza, mientras Valeria la miraba desde la intensidad azabache de sus ojos negros. Emilia no pudo contenerse:

—¿Tiene esto que ver con lo que ocurrió en el Palladium el día de la sustracción del testamento de Antonio, cara? —musitó en su oído.

—Indudablemente, Emilia. Mi secreto vale su peso en oro —ironizó.

Luego, segura de que el secreto compartido con Octavio le serviría para alcanzar un rango de honor o morir, se dirigió a Octavio con firmeza:

—¿Me envías a Gades? Eso está en el fin del mundo.

—No más de una semana de viaje en la flota de Balbo. Al convertirte en su hija adoptiva pasarías a compartir sus riquezas, su estatus, su herencia, su influencia y la carrera brillante que le espera a mi lado.

Las vestales se sumieron en una honda deliberación. Intercambiaron miradas de duda y perplejidad. Tras unos instantes, habló Valeria:

—Seré una desconocida en una tierra ignorada, cónsul Octavio.

—Es lo que más te conviene por un tiempo, domina —intervino

Balbo—. Que todo se olvide y en unos años regresarás a Roma como hija mía y muy pocos te relacionarán con el asunto del testamento de Antonio. ¿Quién recordará entonces a la joven vestal que auxilió a Octavio César? Nadie, créeme. Y claro está, podrás visitar a tu familia cuando lo desees. Tu padre Casio ha aceptado y lo ve con buenos ojos. Su reputación alcanzaría altas cotas en Roma.

Remontando la mirada la posó en Emilia en señal de aceptación.

—¿Puedo hablar con franqueza, seniores? —dijo.

—Claro está, Valeria —la animó el sumo sacerdote.

—Las mujeres en Roma siempre estamos a merced de la voluntad de los varones, pero seguramente así lo querrán los dioses. No sé la virgo prima, pero yo estoy dispuesta a abandonar el templo de Vesta, ser adoptada por el ilustre senador Lucio Cornelio Balbo y renunciar a mis votos sagrados y a mi virginidad —adujo—. Me complace la idea de aprender las prácticas oníricas.

—La diosa será indulgente contigo, cara Valeria —intervino Lépido.

—Virtuoso pontífice, no podría mirar a ninguna mujer sabiendo que mi llave abrió el Palladium. Así que me enfrentaré a los vientos del fin mundo. Soy una desamparada y no puedo elegir el puerto de mi salvación —dijo segura.

Balbo, convencido de que Vesta así lo habían decidido, aseguró gozoso:

—No te arrepentirás, señora. Gades será tu hogar —repuso.

Emilia también anunció su decisión:

—¡Sí, domini! Acepto ese cargo, donde serviré a Afrodita con fervor.

Hablaron entre ellas unos instantes, en voz baja. Valeria le murmuró a Emilia:

—La vida es un misterio, pero de algo estoy segura: compensará nuestro sacrificio. No me parece tan mal destino y nos imagino dichosas cerca de la diosa. La trama pudo haber acabado mucho peor, créeme.

—Mi esposa, Livia, mujer temerosa de Vesta, también lo aprueba. He de dejaros, dominae, debo ocuparme de los preparativos de la guerra. Yo no olvido los sacrificios de mis leales. ¡Quedad con los dioses! —concluyó Cayo.

Octavio se incorporó de su escabel y acercándose a las vestales les besó las manos y se llevó la mano a la frente a modo de saludo. Todo había ocurrido muy deprisa.

Lucio Balbo miraba fijamente a Valeria, y esta notó calor en sus mejillas.

—Cara Valeria, concluiremos este acto ante el documentalista Mancio, que otorgará legalidad a la adopción. ¿Estás dispuesta a dar

ese paso?

—Sí, senador Balbo. Me siento honrada y satisfecha —afirmó.

Valeria había entrado en la sala como vestal, y salía de allí como la hija adoptiva del acaudalado Lucio Cornelio Balbo, el senador hispano amigo de César, y convertida en una patricia heredera e hija del próximo cónsul, una de las grandes fortunas de Roma. Dejaba su condición de virgen e hija de un équite para adoptar el máximo estado reconocido en Roma. Se sintió cómoda y compensada.

Regresaron al templo de Vesta y de momento silenciaron su salida inminente del santuario. Octavio protegía a Valeria de una forma extravagante. ¿Pero de qué secreto se trataba? ¿Qué vio Valeria en el Palladium? Conociendo a Valeria, Emilia sabía que se lo llevaría hasta su tumba.

Valeria Domicia, tumbada en su lecho, contempló a través de las vaporosas cortinas el firmamento constelado de estrellas. El ocaso teñía el cielo con jirones púrpura y pensó en su familia y en Sabina durante largo rato. Le brillaban los ojos por el llanto. Le esperaba una vida apasionante al lado de los Balbo.

—Me marcho antes de lo esperado, Sabina, y con un secreto demoledor guardado en mi corazón. Protégeme desde las estrellas, amiga. Tu presencia me acompañará eternamente.

En el acto jurídico, después de que los flamines del Capitolio hubieran auscultado en las entrañas de un ganso para certificar que el acto era propicio, Balbo presentó en el templo de Cástor y Pólux el árbol genealógico de Valeria, facilitado por su padre natural, Casio Domicio, su declaración de bienes y el papiro de adopción firmado por el censor Hostilio Mancio, que se invistió de gran solemnidad para el evento.

Carraspeó y movió su nariz cruzada de venillas rojas por su afición al vino. Leyó con voz tonante el legajo que estaba escrito en un pulcro latín caligráfico. Cuando habló, lo hizo con una voz débil, como la de un castrado:

—Bajo los auspicios de Júpiter Stator y con la conformidad del caballero Casio Domicio, padre de la prohijada, hago pública la adopción alieni iuris, o sea, bajo la patria potestad de Lucio Balbo, de la matrona Valeria Domicia, antes virgen electa del templo de Vesta. Esta adoptio conlleva la obtención de los mismos derechos que sus hijos naturales, la parte de la herencia y el nombre, bienes, tribu y sus dioses lares, que desde hoy serán los suyos. No incorpora a la gens su patrimonio y como dote de la ceremonia se le aporta la cantidad de treinta mil sestercios y una villa en el Celio. Confirmans H. Mancio.

Valeria, Balbo, Lépido y Emilia testificaron el documento, y la joven miró fijamente a su padre adoptivo, como si quisiera ver

directamente en su corazón. Y lo que intuyó le agradó. Lo hacía con sentimiento. Se acercó a él, lo tomó por las manos y le dijo con voz débil:

—Padre, jamás olvidaré tu generosidad y seré para ti una hija ejemplar.

—Querida Valeria, para mí será una distinción que compartas mi nombre y mis bienes. Estoy deseando que conozcas a mis hijos.

Valeria se había convertido en una patricia de primer orden, con todas las atribuciones ciudadanas, pasando a poseer las mismas capacidades legales que si fuera hija de Balbo el Joven. Por deseo suyo conservó el praenomen Valeria y el nomen de su gens, Domicia, y como cognomen, adoptó el de Balbila.

—Me complace tu sonoro nombre: Valeria Domicia Balbila, ¡por Marte!

Balbo ingresó en el banco de Saturno los veinte mil sestercios que establecía la ley para adquirir el rango de patricia optimata y le regaló el anillo para su dedo índice, tallado con los peces de Gades. Más tarde ofreció un festín privado en un mesón de la vía Sacra al que acudieron las familias.

Lucio Balbo abrazó a su hija. Tendría que acostumbrarse a ella, pero reconoció que ya había despertado sentimientos paternales en su corazón.

El aspecto de Valeria no se parecía en nada al que exhibía en el templo de Vesta. Antes austero y recatado, ahora era refinado y elegante. Había heredado de su madre, Helvia, una complexión esbelta, acentuada por un cuello largo y un rostro armonioso. Se había enjoyado y acicalado con antimonio, lapislázuli y kohl y se asemejaba a una distinguida reina salida del mismísimo Palatino. Al entrar, Lépido, extasiado con su apostura, no tuvo por menos que proclamar:

—Una náyade ha irrumpido con su luz la estancia, ¡por Júpiter!

—Más aún —lo corrigió Balbo y brindó por ella alzando su copa—. Yo diría que Artemisa en persona, deidad de la pureza, ha comparecido para presidir esta mesa. ¡Salve, Valeria, hija mía!

Valeria los miró con los ojos turbados y bajó la cabeza sonrojada. No estaba acostumbrada aún a las galanterías y a las miradas de los hombres.

Valeria y Emilia se despidieron de sus compañeras en un acto íntimo y emotivo. Elia fue elegida virgo maxima, se nombraron dos nuevas niñas vestales y el templo no sufrió ninguna merma de atenciones. Valeria dejó un ramo de nardos ante la lauda sepulcral de Sabina, donde estaban depositadas sus cenizas. Se trasladó luego a la casa de los Domicios, saludó a su familia explicándoles la situación y tomó posesión de la villa que le había regalado su nuevo padre en el

Celio. Era esplendorosa.

Lucio Cornelio, patrono de Cádiz, la ciudad más opulenta de Hispania, seguía fiel a Octavio, y su patrón viajó secretamente a África para solicitar dinero al rey aliado, Bogud de Mauritania, para financiar la campaña de Cayo contra Cleopatra. La lucha de posiciones había concluido y se abría una guerra abierta entre romanos.

Valeria conoció a Cornelia Balbila, la hija de su padre adoptivo, una mujer de notoria belleza, cultivada y lúcida. La patricia hispana se había casado con el optimate Cayo Norbano, un senador presumido que iba mostrando sus músculos por los gimnasios de Roma y que para hacer méritos ante Octavio se proponía fundar una ciudad sobre las ruinas de Castra Cecilia y otorgarle el nombre de Norba Cesarina en honor al divus César.

La despedida de Lucio Balbo el Joven de Valeria fue conmovedora.

—Hija, pronto salgo para Grecia. He de ponerme a las órdenes del general Marcio Tauro con mi caballería. Acude a Cornelia si precisas algo en Roma. Es una hija muy capaz y ha aceptado tu adopción con la delicadeza y el afecto que la define. Como tú, sabe de retórica, matemáticas, filosofía y astrología. En Gades, estarás bajo la protección de mi tío Publio Balbo. Nada te faltará. Te acompañará a Hispania nuestra sierva Antuca. Es como de la familia y educó a Cornelia. Te será fiel, hija, aunque su carácter te resulte agrio.

La besó en la frente y se despidieron en el atrio de la domus de los Balbo.

—Rezaré a la diosa para que desvíe las flechas, y añoraré tu presencia, pater.

Le confió que los conspiradores de Antonio huían como ratas a ocultarse en las aldeas de Grecia, y que Octavio y Agripa lo aguardaban. Le aseguró que formaba parte de su Estado Mayor Octavio César, que según él poseía la madurez e inteligencia de un imperator. En Roma se había roto el equilibrio, y la muerte y la venganza se movían con el mismo viento. Sin embargo, Valeria dejaba la ciudad y ponía tierra de por medio.

Conscientes de que tardarían tiempo en verse, se abrazaron en silencio.

El vuelo de las palomas despertó a Valeria el día de la partida a Gades.

Se disponía a abandonar Italia en una flotilla de la compañía Gerión. La antigua vestal portaba en su equipaje un ánfora de plata, que depositaría a los pies de Astarté Marina como ofrenda. Pensaba que la diosa fenicia juzgaría que el exvoto era una explicación por su abandono a Vesta. Debía permanecer un tiempo en Gades, y dedicar su atención a aprender a interpretar los sueños en el santuario de

Melkart por un tiempo indeterminado.

Durante el viaje al puerto, Antuca, la nodriza de los Balbo, la enigmática anciana a la que Lucio Balbo había sacado de un burdel de Massalia para convertirla en ama de cría de Cornelia y curandera de la familia, trabó confianza con la joven Valeria. Se acomodaron en un carro con esclavos armados y dos esclavas fenicias. Se trataba de una cómoda cisia, coche de dos ruedas tirado por peludos caballos germanos.

De edad indefinida, Antuca lo mismo aparentaba cuarenta que sesenta años. Vestía como una dama etrusca, se acicalaba como una puta romana y se adornaba con ricas joyas tartesias y egipcias. Le contó a Valeria que era ibera, de la ciudad de Calagurris, donde había sido hecha esclava y que había servido de espía al divino César en los burdeles donde había estado. Era eficaz, sigilosa y leal en su trabajo diario, y los Balbo confiaban en ella. Estaba atenta a todos los movimientos y deseos de la nueva ahijada de su amo. Arrebujada en su capa para abrigarse del céfiro otoñal, preguntó a Valeria:

—En la domus Balbo aseguran que eras una sacerdotisa en Roma.

—Así es, Antuca, lo fui. Era virgen de Vesta, pero renuncié a mis votos.

—Yo también estuve consagrada a la Ataecina ibera, la deidad de la vida y el tránsito. Pero de eso nunca se prescinde. Somos pitonisas de por vida.

Valeria la miró aturdida. Era de áspero rostro arcilloso y gesto impasible.

—¿Y cómo sirves a tu diosa ahora, Antuca? —se interesó.

—Protejo del mal de ojo y de todas las acechanzas malignas a los que sirvo. Por eso el amo me ha enviado a Gades. Para protegeros a ti y a Cornelia —reveló—. Los lémures están a nuestras espaldas. Pero yo os preservaré.

—Yo también intimé con esas artes sagradas en el templo de Angerona.

Antuca sonrió con malicia. Su mente trabajaba a toda velocidad. Valeria consideró que entre ella y su ciencia oscura habría conflictos.

—Tacita Muta, la Callada, ¡diosa del miedo y de la oscuridad!

—Así es, y valedora contra las artes malignas. Gracias a su ciencia sé componer invocaciones contra los espíritus dañinos y sin forma, pero yo temo más a los que los mortales llevamos dentro del alma —aseguró convencida—. También sé cómo enfrentarme a los espectros de las casas encantadas y expulsarlos.

—Te respeto por ello, domina. Yo le rindo culto a Erebo, un dios primordial griego poco conocido en Roma. Es la personificación de la noche y del infierno. Bajo su poder nada has de temer, ni tan siquiera a esa maga negra que merodea por el palacio de Octavio y que a veces

conversa con amo Lucio. ¡Es mala y detestable!

Le extrañó que la mujeruca conociera a una hechicera tan abyecta.

—¿Hablas de Locusta, la maga gala? —dijo—. Es muy temida en Roma.

—Y otros la admiran, como la familia Julia, que haría bien en escapar de su influencia. ¡Pero, claro, como los sirve eficazmente! La llaman para que los libere de las enfermedades ocasionadas por los penates, los dioses domésticos siniestros, y para procurarles venenos seguros. Octavio y Livia son unos príncipes supersticiosos. Esa maga trabaja sub luce maligna, para obrar el mal.

Valeria estaba impresionada con la peculiar personalidad de la mujer, pero no deseaba estar bajo su influencia. Estaría atenta.

Una tumultuosa desbandada de gaviotas sobrevoló frenéticamente el embarcadero al llegar el carromato. Decenas de barcos, en su mayoría trirremes, victoria y oraria, entraban y salían del puerto de Puteoli, de donde partirían con la marea rumbo a la luminosa Gades. Habían acudido a la despedida sus padres naturales, Helvia y Casio Domicio, que la abrazaron llorando.

—Llegó el momento de la despedida, padres míos. No me arrinconéis en vuestras invocaciones. Volveré a Roma transcurrido un tiempo, como el viento etesio retorna cada año a las costas de Italia.

—Rezaremos a la Bona Dea por ti —contestó Helvia besándola.

El vivificador aire marino lanzó al viento la cabellera de Valeria. Con la emoción de la partida, Casio Domicio le deseó:

—Que los dioses guíen la navegación y tus pasos en Gades, hija mía.

Lágrimas clandestinas obligaron a Valeria a volver su rostro, pues un viaje al fin del mundo siempre sobrecoge. Los trirremes de los Balbo se batieron con las olas y al poco la silueta de la costa de Italia se tornó borrosa y fue desapareciendo. Las velas gaditanas se ocultaron tras la bocana del puerto, y con ellas, la figura de Valeria, la antes sagrada vestal de Roma y ahora una desconocida desterrada a la lejana Gades.

Al salir al mar abierto, un ligero terral levantó olas de costado, corriendo el peligro de encallar o extraviar el rumbo. Pero el piloto, experto nauta, aguardó el crepúsculo de un sol anaranjado para guiarse por las estrellas y los fuegos de los faros costeros, minúsculos a aquella hora como los astros del firmamento.

Valeria, de pie en la amurada, ignoraba cuál sería su devenir en el puerto atlántico de Gades, tras el cual solo se hallaba la nada, y sintió pavor. De repente miró hacia la quilla. Antuca la escrutaba con sus inquisitivos ojillos azules, como si un estilete penetrara en sus entrañas. Sin pensarlo, volvió el rostro sobrecogida.

Notó que su pecho poco a poco se sosegaba. Abandonaba su querida ciudad natal por un infortunio ajeno a su voluntad y por no divulgar un secreto temible que pertenecía a la condición de la alta y repugnante política de Roma.

Aguardaría a que el sol de levante asomara con todo su fulgor.

Diario de Tulio Vero Silano, librero de Gades

SEGUNDA PARTE

GADES Y ROMA, AÑOS 24 A. C. AL 15 D. C.

Mis emociones más íntimas están escondidas en cada rincón de estas memorias

I

MARCIA FLAVIA

Gades, año 24 a. C.

Desde mi regreso de África, después de la conclusión de mi servicio a la milicia, cada mañana mi solícita madre, Aurelia, llevaba a cabo el mismo ritual. Me arrancaba del sueño despertándome con delicadeza, como si fuera un tierno infante. Yo la observaba y percibía la extraña sensación de que era otra persona. Aquella mañana me froté los ojos para verificar si era cierto que había regresado. Vislumbré por la ventana un retazo del rutilante cielo de Gades en el que revoloteaban unas gaviotas anunciadoras de un tórrido estío.

El retorno a mi ciudad natal anunciaba venturosos auspicios. El patrono, Publio Cornelio Balbo, en ausencia de su sobrino Lucio, me recibió en el palacio de los reyes fenicios, sede del gobierno de la ciudad, como si fuera un héroe homérico. Nunca había tratado con él, un équite obeso, de nariz torcida, pronunciada calva y cargado de hombros, que se me acercó sudoroso. Apoyó su mano en mi hombro y me mostró a todos como un trofeo.

—Ni mi hermano Lucio Cornelio Maior, el cónsul de Roma y amigo del divino Julio, ni nuestro sobrino Lucio Minor han alcanzado el galardón de Corona Cívica que tú has obtenido, Tulio Vero. El emporio de Gades se enorgullece de ti, y desde hoy formarás parte del Consejo de los Caballeros de Minerva —dijo, y me abrazó y me impuso en el dedo un anillo dorado en el que sobresalía burilada una liebre, el símbolo de la diosa.

—Gracias, domine Balbo. Mi lealtad a nuestra ciudad y a Roma será imperecedera. Solo ejercité las virtudes de valor, altruismo y rectitud que me enseñó mi padre —aseguré ufano—. A Minerva dedico mi Corona.

—¡Larga vida al emperador y a la gens de los Vero! —clamó Publio Cornelio Balbo pomposo.

Se celebró un banquete al que asistieron veteranos de las guerras cesarianas, dirigentes de la República, optimates, comandantes y armadores. Advertí que mi censurable hazaña de romper los usos de la prostitución sagrada había sido olvidada, o proscrita, por las mismas autoridades. Nadie me habló del asunto, como si hubiera caído sobre él el más impenetrable de los olvidos; y mientras comíamos y bebíamos tuve que narrar las escaramuzas y combates contra los

garamantas del desierto y el salvamento de mi inolvidable amigo Quinto Sisena, al que recordé con añoranza.

—Tu hazaña requiere mucha fortaleza y valentía —volvió a alabarme Publio Balbo, cuando, algo ebrio, brindó por mí alzando su copa de oro.

Me vino a la memoria la revelación de Valeria sobre la insistencia de Publio Balbo en casarse con ella y conseguir sus favores, y de cómo la espiaba y atosigaba en la domus, prendado de su belleza. No se lo reprochaba, pero me parecía inmoral en un patricio de su ascendencia. No obstante, cuando las borracheras se prodigaban entre los comensales, un viejo comerciante se me acercó al oído y, soportando su hedor a vino, me confesó entre susurros:

—Ese Publio carece de las virtudes de su hermano y de su sobrino. Es un avaro empedernido y por un sestercio es capaz de cortarte el cuello.

—Es un hombre de negocios y no se hacen caudales sin ambición —dije.

—Olvídate, joven Vero. Publio es una abominación y proclive a toda clase de vicios y gusta de recibir sobornos para que su sobrino consiga privilegios. Además, es de los que no olvidan las ofensas. Témelo, pero no lo respetes —me aseguró y, tal como había venido, se fue tambaleando a su sillón.

¿Por qué me había confiado semejante confidencia aquel desconocido? ¿Deseaba descubrirme algún secreto que atañía a mi vida? En mí asomó la sombra de una sonrisa, pero también de algunas dudas sobre el pasado.

Me senté junto a mi padre mientras cavilaba sobre lo que había oído.

Nausícaa y Cadmo, los esclavos que me tocaron en la escaramuza contra los garamantas, se adaptaron a las labores del taller de libros. El muchacho, a instancias mías, fue enseñado por Amyntas en los rudimentos de la escritura helena y latina para que su contribución a la librería fuera efectiva. Su hermana se encargó de las labores de mi estancia, de preparar mi ropa y de ayudar a mi madre. E incluso tuvimos algunos escarceos en el catre.

Resulta innegable que no hay vida sin cicatrices y que no existe ni la felicidad ni la desgracia completas, sino la sensatez o la imprudencia con la que afrontamos nuestros actos. Las vidas no tienen más plan que la casualidad, pues a los dioses inmortales poco les importamos. Los agasajos recibidos tras mi llegada a Gades habían resultado inefables. Todo eran felicitaciones, homenajes y obsequios, aunque ignoraba lo que me depararía el futuro inmediato.

Sí sabía que ya no habría más imposiciones de nadie sobre mí y

que estaba preparado para soportar los avatares de la vida. Me había vuelto cauteloso y avisado, y en breve, con o sin el permiso de mi padre, marcharía a Roma con la esperanza de intimar con nuevos horizontes, y, claro está, a conocer a mi admirado Tito Livio, el gran maestro de la palabra, y si el destino me favorecía, encontrarme con Valeria, dueña de mis pasiones.

Pero a la vida le encanta cambiar inesperadamente el orden de las cosas y mi padre tenía pensada una nueva versión de mi existencia. De modo que la liberación de la tutela de los míos debía esperar, muy a mi pesar.

Cierto día, bajo la beatífica mirada de mi adorada madre Aurelia, mi padre me miró y me dijo enérgico:

—Caro Tulio, tu madre y yo te hemos buscado una esposa.

Mi faz no dejó traslucir emoción alguna. Estaba hondamente afectado, anonadado. Absorto en mis conjeturas, pregunté con un hilo de voz:

—¿Y quién es la elegida, pater? —pregunté como si fuera un castigo.

Pudo ser el episodio más venturoso de mi vida, pero al principio se convirtió en el más adverso. Olvidar las dulzuras de Valeria Domicia golpeaba en mi corazón como el chorro de un manantial en la roca.

Así que mi padre, durante mi ausencia y siguiendo los usos romanos, ya había concertado mi matrimonio con una chiquilla de catorce años, Marcia de nombre, que estaba más atenta a sus muñecas y juegos que al arte y obligación de convertirse en esposa. Destacaba por su estilizada delgadez, cabello pelirrojo, tez blanca y algo pecosa, ojos verdes, pestañas claras y rostro armonioso. Sonreía con gentileza y bajaba la cabeza en mi presencia, a pesar de mi natural afabilidad.

Pertenecía a la gens Flavia, como mi madre, y su padre, Marcio Flavio Silón, era uno de los Quinientos Caballeros de Gades. Debía su fortuna a las remesas de aceite para las legiones del norte de Hispania y la Galia y a la púrpura que se fabricaba en la isla Eryteia. Poseía caravanas y varias naves olearias, y vivía en una opulenta domus en el norte de la isla Kotinoussa.

Amyntas, el maestro de taller, actuó como casamentero y mi pater pagó la dote de la novia de forma espléndida. Y yo, por respeto a mis padres, prometí ofrecerle mi vida, mi afecto y mi ansiada libertad. Me mostré como un amante apasionado y cortés, y por Venus que intenté amarla, pero la niña era el paradigma de la timidez y de la cortedad. Como rito previo a la boda, celebramos la simulación de compra de la novia, la coemptio, en mi mismo hogar, entre las lágrimas de mi madre. Amyntas le entregó a Marcia un cofre con el nummus unus, las trece arras de oro, e improvisó un verso del último libro de la Ilíada, con una alusión inventada a mi esposa:

La Aurora de azafranado velo se esparcía por toda la tierra. Ningún hombre, ni ninguna mujer de hermosa cintura, los vio llegar antes que Casandra, de belleza igual a la resplandeciente Afrodita, hoy personificada en la recatada Marcia.

Un apacible atardecer de verano, antes de los fastos Capitolinos de las calendas de agosto, festejamos los esponsales según el ceremonial de las familias latinas y etruscas, sacrificando a Júpiter un carnero. El haruspex de Minerva leyó los presagios y con el sello de la gens de los Vero se estampó el pacto que quedaría expuesto en el altar familiar del nuevo matrimonio.

Marcia compareció ante los invitados como una matrona. Su piel, extremadamente pálida, y sus ojos verdes relampagueaban de modestia, y se movía con elegancia. Era tan distinta de Valeria, con su cabello negro de diosa, sus ojos hondísimos y bellos y sus formas sensuales, que no pude caer en la tentación de compararlas. «Que Venus me absuelva», pensé. Firmamos nuestro compromiso con una libación a los dioses lares, al imperator Augusto y a Himeneo, el hijo de Venus y patrono de los desposorios, mientras unas bailarinas gaditanas contratadas por mi padre nos ofrecieron la danza del amor de Dionisio y Ariadna. La tímida Marcia se ruborizó.

Mi cuerpo se había transformado en África, y si ya de por sí era alto, ahora añadía una robusta fortaleza. Había peinado mi cabello negro y rizado sobre la frente, y mis ojos, de los que mi madre me decía desde niño que no sabía si eran azules o grises, desafiaban al dorado de la Corona Cívica, que mi padre había encargado a un joyero fenicio de Puerto Menetheo. Mi túnica de équite refulgía inmaculada.

Marcia y yo juntamos las manos y recitamos al unísono la fórmula ritual de los esponsales, con la que quedamos unidos ante las familias y amigos:

—Ubi tu Gaius, ego Gaia! —nos prometimos.

—Congratulationes, Tulius et Marcia! —nos aclamaron los convidados.

Mi padre nos mostró una escudilla con agua y un pebetero donde sobresalían unas tenues llamas, que tocamos levemente con nuestros dedos, según la costumbre del Lacio. La fiesta duró hasta el amanecer, amenizada por una orquestina de flautas, y se sirvieron exóticas viandas llegadas de lejanas geografías y vinos exquisitos. A medianoche, unos jóvenes disfrazados de Cupido tomaron a Marcia de su triclinio, siguiendo la tradición del rapto de las Sabinas, y la transportaron al tálamo nupcial adornado con ramos del espino blanco de la pasión. La recibieron en el tablinium sus amigas con los atributos de las matronas romanas: un bastidor, una crátera con agua y un huso

para hilar. Sobre el lectus genialis, el lecho conyugal, nos colocó mi madre una estatuilla de plata maciza de Príapo con un miembro viril descomunal que la asustó.

Para Marcia yo era un soñador obcecado con los libros y la lectura y procuré concederle cierto margen a la fantasía en mi noche de bodas y extremar mi ternura con la asustada niña. Marcia me aguardaba en el lecho sumida, ignoro si en el pavor, o en la alarma. Era virgen, indudablemente, pero me pareció que yo para ella no era el mejor de los esposos. Mi esposa me pareció un pajarillo despavorido que ansiara la llegada del alba, una cervatilla extraviada.

Su cándido cuerpo apenas se movió, sus pies patalearon y su vientre se encogió, implorando el cese de mi asedio. Sus ojos verdes me lanzaron destellos de desdén e incluso de rencor mientras yo le ofrecía el acogedor puerto de mis besos, caricias y dulzuras. Marcia estaba cada vez más pálida y sus pupilas relucían en la penumbra. Al cabo de una hora de intentos vanos para poseerla, se dejó llevar por mis arrumacos y sus caderas se mecieron bajo los asaltos de mis halagos, mezclados con el dolor que sentía, aun a pesar de mi intencionada suavidad y fineza al amarla.

Sus manos intentaron separarme de ella, y el trance de la unión se convirtió en un sinsabor. No sé si por orgullo y pudor consintió finalmente la cópula, y, suplicante, suspiró por vez primera y se me ofreció ávidamente. Al momento gimió de placer, su cuerpo tembló y percibí cómo su pecho palpitaba. Un instante después quedó desfallecida entre las sábanas. Me dedicó una sonrisa entre burlona y despreciativa. No la entendía y recé a Afrodita Corintia para que prendiera el fuego de la pasión en mi joven esposa, a la que una confusa inquietud mantenía tensa y asustada. Simplemente era una niña.

Mis chanzas y sonrisas nos reconciliaron poco después, y su sufrimiento cristalizó en entusiasmo por su nueva vida. Para ella todo volvió a ser luminoso y apacible. No se mostraba insumisa, al contrario, procedía como una matrona romana, pues atendía la casa que me había preparado mi padre en el distrito de Dídime con dedicación extrema, no opinaba de lo que no debía y asumía la autoridad del paterfamilias con agrado. Empezó a hablarme con confianza y se me entregaba con entusiasmo en el lecho conyugal.

Se deleitaba en la contemplación de los bucles rizados de mi pelo y me ofrecía tendida en el lecho conyugal la punta de cerezas de sus senos y su boca ansiosa de deseo y, entonces, sus ojos verdes y anhelosos soltaban lágrimas de felicidad.

—Marcia, me haces muy dichoso. ¿Por qué llorabas antes?

—Tal vez por exceso de felicidad, esposo mío —me contestó sosegada.

Al fin, Marcia admitió que había encontrado en mí el refugio ansiado, y cada noche que compartíamos me parecía más mujer. Se acicalaba con altos peinados a la moda de Roma, subrayando la fragilidad de su cuello, sus pupilas de un verde oceánico, y su boca fina y delicada. La veía más animosa y su alma más iluminada, y agradecí el cambio a Venus Corintia.

No me seducían las ceremonias que celebraba la hermandad de los Quinientos Équites de Gades en el templo de Minerva y a la que yo pertenecía por derecho. Observaban un aparatoso despliegue de lujo, de togas bordadas de púrpura, de joyas y de impecables túnicas a la menor ocasión.

Esta vez, Publio Cornelio Balbo, protector de la ciudad en ausencia de Lucio, había encargado una estatua en mármol de Augusto para agradecer a la diosa su favor hacia el princeps, que había luchado en el norte de Hispania contra los astures y cántabros en sus escabrosas montañas. Contaban que, en una noche de tormenta, tras caer un rayo sobre su litera y matar a su esclavo personal, había salido ileso, y aseguraban que envuelto en un halo de luz. Aprovechando las fiestas del dios Consus se iba a descubrir su efigie en el vestíbulo de nuestro más sagrado santuario de Gades.

Convaleciente de los avatares sufridos en el monte Medulio y en Astúrica, y cuidado por su esposa Livia Drusila, Octavio había convalecido en Tarraco, donde los flamines atribuyeron el milagro del rayo a su poderoso genius personal. En su estancia en Hispania había escrito una autobiografía, que muy pronto sería copiada y distribuida entre nuestros lectores.

En testimonio de ofrenda, el Senado había alzado un templo en Roma en honor de Júpiter Tonante frente al Foro, y Augusto había depositado su amuleto de la suerte, un trozo de piel de foca pintada traída de las tierras hiperbóreas.

—Alzamos esta imagen de Cayo Octavio, y oramos para que se recupere de su precaria salud, a la vez que lo felicitamos por haber alcanzado la potestad tribunicia a perpetuidad y el Imperium proconsular de por vida. Elevamos también votos de felicidad a la familia cesariana por la boda de su hija, la ilustre Julia, con su sobrino Marcelo, hijo de Octavia. Para ello encendemos esta lámpara perenne en este templo de Gades, y ofrecemos un buey blanco al Padre Júpiter por su bienestar —declaró Balbo.

—¡Salve César Augusto, salud y ventura! —exclamó el sacerdote.

—Salutem, Imperator Romanorum! —respondimos los caballeros.

Balbo prendió el pebetero y de inmediato ascendió un hilo blanco de incienso purificador que veló la efigie de Augusto, representado como augur y sacerdote de Júpiter, no como general. Los équites nos

cubrimos la cabeza con el manto, en señal de respeto y veneración. Posteriormente, uno de los flamines esgrimió un cuchillo sacrificial y degolló al bóvido, ofreciéndole las vísceras y una crátera de sangre a Minerva, la deidad de la sabiduría y de las artes, patrona de comerciantes y artesanos y protectora de Gades.

Concluido el ritual religioso de reverencia al emperador, símbolo de la unión del pueblo romano en los territorios gobernados por las águilas de Roma, mi suegro Marcio y mi padre nos invitaron a mi hermano Nevio y a mí a comer cordero con mijo cocido en un mesón de Dídime, antes de asistir a los juegos organizados por Publio Balbo por el restablecimiento del emperador.

Me apasionaban las carreras de caballos, y las munera, las luchas entre gladiadores, su forma altiva de morir, ofreciendo sus gargantas desnudas con las caras desafiantes. Marcio, enfundado en una túnica escarlata, dejaba al descubierto sus peludas pantorrillas y unos brazos fuertes y gruesos. Achaparrado, pelirrojo y de tez rojiza, gozaba en Gades de reconocida fama de comerciante audaz y de palabra creíble. Pero a mí, lo que más me agradaba de él era su actitud irónica y su reconocido buen humor y talante.

Brindamos con vino de Xera y mi padre habló reservado:

—Marcio y caros hijos. Durante mi estancia en Brundisium, cuando el Senado recibió a Octavio, Mecenas, el amigo del césar, nos habló de favorables contactos comerciales con Egipto. Nos contó a algunos que tras la conquista del país del Nilo se abría un pingüe negocio de perfumes, joyas, muebles, adornos y papiros antiguos, que llegarían en sus barcos atestando las bodegas. Pues bien, me han llegado noticias de que cuando se abran los puertos llegarán esas mercancías a su poder, y es llegado el momento de unirse a esas ganancias.

Los cuatro nos devoramos con la mirada. ¿Qué pretendía decirnos?

—Es conocido que Tulio lleva años queriendo ir a Roma para observar cómo funcionan allí los talleres de escritura, para conocer a los escritores, en especial a Tito Livio, y comprar bibliotecas de los expolios de Oriente. ¿No es así? La forma más rápida de prosperar en Roma consiste en arrimarse al poder.

—Es cierto, padre. Pero no tengo casa en Roma y estoy casado —adujе—. Mis obligaciones de paterfamilias me lo impiden de momento.

Contestó en tono afectuoso mi suegro:

—Tulio, hijo, sabes que comercio con productos de la Bética desde hace décadas, pero se abre para nosotros una época dorada. Las amistades de tu padre y las oportunidades que te confiere tu Corona Cívica pueden abrirte muchas puertas en Roma. Si mi hija ha de viajar contigo en el futuro, has de saber que poseo una domus en el clivus Argentarius, cerca del templo de Juno Moneta, y que he depositado en

el banco de Saturno la cantidad de cincuenta mil sestercios para vuestros gastos iniciales. La casa es de la sociedad y la podéis ocupar. Estimo que vuestro destino es Roma.

—¿Sociedad? ¿De qué nos hablas, Marcio? —preguntó mi hermano.

—¡Escuchad! Habéis de saber que, desde hace un mes, tu padre y yo somos socios. Hemos formalizado una compañía naviera y comercial denominada Gadeira. Se ha diligenciado la escritura de la sociedad en el libro de registros del Estado, como una Societas publica unius rei, o sea, una sociedad familiar. Nuestro banco de transacciones será la Banca de Marco Sestio de Roma, y el exercitor, o transporte marítimo, será propio, o sea, mis naves olearias —explicó Marcio efusivamente—. ¡Somos socios, Tulio!

Mi hermano y yo no dábamos crédito a lo que oíamos y mi padre sonreía.

—Los dioses conceden sus frutos a los que obran con audacia —dije.

El aire sofocante del levante entraba por la ventana y a mí me pareció delicioso. A mis oídos esas palabras eran como músicas divinas.

—Estamos autorizados a abrir cuantas tabernae o tiendas sean necesarias para el comercio —dijo mi padre—. Nevio controlará las de la Bética y las de las Columnas Heracleas, pero es hora de abrir algunas en Italia y concretamente en Roma. Hemos convenido Marcio y yo que tú, Tulio, seas nuestro agente y factor en la capital del Imperio. Libros, productos de Oriente, aceite, garum y púrpura pueden hacer que nuestras dos familias fortalezcan sus negocios.

Yo me estaba enloqueciendo. Ni en mis sueños más optimistas lo había pensado así. Pero aún no había escuchado todo. Lo que oí me hizo enrojecer.

—Además, Tulio, creemos que puedes optar a un escaño en el Senado.

—¡¿Yo, senador?! ¿Tú estás cuerdo, suegro? —exclamé azorado.

—¡Ese es nuestro propósito, Tulio! Eres ilustrado, de una antigua familia procedente de Hadria y familiar del cónsul Balbo. Además, tu galardón de Corona Cívica lo posibilita. Eso es ley. Con nuestro apoyo financiero y el del clan hispano, muy prestigioso en Roma, podrás alcanzarlo —repuso mi padre.

—¡Ojalá los dioses os escuchen! —exclamé, fuera de mí.

Marcio insistió:

—Para entrar en la curia más sagrada del Imperio se necesitan tres cosas: una gens notoria, y la de los Vero lo es, una hazaña relevante, como la tuya en África, y también un millón de sestercios. Esa cantidad la aportaremos a partes iguales tu padre Ulpio y yo, o sea, mi

querida hija y tu esposa, Marcia. ¿Qué te parece, hijo?
Me quedé mudo y boquiabierto, para luego decir:
—Que Júpiter, el omnisciente, alumbre con su rayo esta empresa.
Solo recuerdo que los cuatro agarramos una gozosa y colosal borrachera.

Rebosaba felicidad, y la de Marcia se multiplicó al saber que alzaríamos nuestro hogar en Roma. Pasadas unas semanas, creyó desfallecer durante los festejos del Padre Tíber, en las calendas de septiembre. Le contó a mi madre que notaba algo diferente en ella y que no había sangrado de forma regular. Su rostro comenzó a teñirse de transparencias y su figura a redondearse. La comadrona y el físico de Esculapio le confirmaron que estaba preñada. Nadie ignora que un embarazo agota y desfigura a la madre, pero también le confiere el tinte fresco de la próxima maternidad.
Marcia me dijo con gravedad:
—Tulio, estoy encinta, y mañana iré con tu madre a ofrecer un sacrificio a Venus. Los dioses bendicen nuestra casa.
—Esposa mía, la de la dulce sonrisa, me haces muy dichoso —repliqué, y me mantuve abrazado a ella largo rato—. Los Vero y los Flavio se perpetúan.
Y una sonrisa cubrió su semblante de joven madre.

Deploraba las despedidas, pero aun así decidimos, antes de mi partida para Roma, que ella aguardaría hasta que diera a luz para reunirse conmigo. Hicimos acopio de nuestra ventura y nos amamos hasta las primeras luces como si fueran las últimas de nuestras vidas. Sus dedos me golpeaban febriles, su boca mordía mi torso, y cada mordisco se convertía en un beso incendiario. Tal vez estaríamos un año sin vernos, y para entonces ya habría nacido nuestro retoño. Se acurrucó contra mí hasta el alba, como si temiera perderme.
Sus labios temblaron por la ansiedad de la despedida. Y con la seguridad de que en menos de un año veríamos cumplidos nuestros deseos, le dije:
—Marcia, te encarezco por nuestros dioses lares que cuando nazca nuestro hijo, o hija, observes escrupulosamente el ritual de la purificación, decores con flores el atrio y deposites la criatura sobre el suelo, nuestra madre nutricia, y la levantes en tus brazos mostrándosela a todos. Que mi padre y el tuyo, con un hacha y un mortero en las manos, den la vuelta a la casa y lo ofrezcan a las divinidades fastas, Júpiter, Marte y Minerva. Solo así detendrás al genio Silvano, enemigo de las parturientas y de los recién nacidos.
Marcia se enjugó los ojos, pues lloraba, y me aseguró:
—No debes preocuparte, mis padres y los tuyos son devotos de los

dioses. Será el orgullo de la familia. No somos pastores ni labriegos, sino caballeros de un origen antiguo —me recordó con vanidad.

—Mi madre y tú buscad una nodriza experimentada para que lo cuide, y es mi deseo que si la primogenitura es masculina se llame Elio, como mi abuelo, el que vino de Hadria a Gades, y si es femenina, Tulia. ¿Lo recordarás? —le solicité.

Depuse mi salida una semana, pues en los cargueros llegaron noticias de que Roma se hallaba ensombrecida por funestas noticias y por el dolor de la ciudadanía. Una pavorosa pandemia, no se sabía si de tifus, cólera o viruela, había caído inclemente sobre la Urbs y un tufo fétido y letal corría por sus aires. El mismo Augusto, se decía, había caído enfermo y había entregado a su colega Agripa el sello sagrado, el símbolo de su autoridad con la efigie grabada de Alejandro Magno, y su médico, Antonio Musa, célebre por sus milagrosas curaciones, recelaba de su mejoría.

Ofrecimos sacrificios y rezamos por su curación. Una carta enviada por Lucio Balbo desde Roma nos contaba, poco después, que había sido tratado con baños fríos, por lo que el emperador había recobrado la salud y la población recuperó sus ansias de vivir. La epidemia había cedido y los puertos recobraron su actividad.

Yo era un joven équite decidido a abrirse camino en la capital del mundo y quedaba libre para partir y cumplir mis sueños.

Recuerdo hoy que percibí un leve estremecimiento cuando una de las galeras olearias de mi suegro Marcio partió el XVI de las antecalendas de octubre, rumbo a Puteoli, con la primera marea del alba, y yo en ella como pasajero distinguido. Al fin cumpliría un sueño largamente deseado: conocería Roma y conversaría con Tito Livio. Toda mi familia acudió a despedirme y Marcia derramó lágrimas de inquietud por mi seguridad y mi pronto regreso. Su gravidez se le notaba avanzada y su imagen me enterneció.

—¡Que Mercurio, guardián de viajeros, te proteja! —me deseó.

Me acompañaban mis dos esclavos africanos, Nausícaa y Cadmo, que habrían de asistirme en la tienda, en el taller y en la casa. Llevaba pagarés de la Banca Sestia y cartas de presentación para Julio Higinio, el bibliotecario de Augusto, un hispano que mantenía una antigua amistad con mi padre.

La nave zarpó dejando atrás las radiantes islas gaditanas y pronto divisé el límite del océano Tenebroso, mientras una brisa fresca del oeste inflamaba las velas rojas de la galera. Después, bajo el abrigo de una clámide griega de lana y de un sombrero de ala ancha, me abandoné a la visión de las espumosas olas del Mare Internum y me dediqué en la amurada a las lecturas de Tito Livio, asistido por Cadmo y Nausícaa. Bogada tras bogada, el vivificante aire inundó mis

pulmones en tanto trazaba un plan sobre mi devenir en Roma. Soy un hombre de sueños, pero también sé que creer en ellos te hace sufrir.

Tras varias jornadas de travesía, en las que Cadmo y yo sufrimos una disentería y un cólico desgarrador, divisamos los perfiles de Sicilia, y mi espíritu sintió que había sido liberado por un genio venturoso.

II

ATRIUM LIBERTATIS

Roma, año 23 a. C.

La emoción de estar cerca de Roma fue inmensa para mí.

Al descender de la nao en el atronador muelle de Puteoli inspeccionaron nuestro equipaje con rigor y hube de pagar seis sestercios por cada pasajero, la obligatoria portula. Más tarde, para deshacerme del salitre, la mugre y el sudor, visité las termas, donde recibí los cuidados de un masajista y de un tonsor que me rasuró barbas y cabellos y me devolvió mi talante romano.

En los baños me enteré de una noticia luctuosa que atañía al gobierno del Imperio y a la familia Julia: había muerto de la epidemia de tifus el joven Marcelo, el presumible sucesor de Cayo Octavio en la dirección de Roma, el hijo de su hermana Octavia y esposo de su hija Julia. Gran desgracia para los romanos, pues era, según los concurrentes, un joven muy querido por el pueblo.

—El dolor del emperador ha sido inmenso y el entierro el más solemne de cuantos se habían celebrado en la ciudad —terció uno—. Se juntaron todos los que viven del sudor de los demás: los sacerdotes de Juno, de Ceres y Minerva, las vírgenes de Diana y los ardales de Júpiter, que mandan lo suyo.

—Y el panegírico pronunciado por Octavio fue un noble elogio del que consideraba su sucesor. Ha roto todos sus planes de sucesión —opinó el barbero.

—Marcelo es el primer fallecido enterrado en el mausoleo de los Julios —dijo otro, que habló del luto promulgado por el Senado—. Y claro, Augusto no ha tenido más remedio que casar a la viuda con Agripa, y asociarlo al Imperium.

—Gobernar el mundo es un desafío abrumador. Dos mejor que uno —opiné—. Agripa siempre estuvo al lado de Augusto y le es indispensable.

En el trayecto hacia Roma me vi sumido en la reflexión sobre el fallecimiento de Marcelo, y consideré si aquel infausto suceso podría tener consecuencias sobre mis proyectos, al hallarse la ciudad presumiblemente paralizada. Nos sobrepasaron carruajes de patricios que regresaban de los montes Albanos, de sus villas campestres de Aleria, en la isla Corsica, de Capua, de las termas de aguas curativas, y de Puteoli, donde, compitiendo en riqueza y pomposidad, se habían

refugiado tras los primeros brotes de la pandemia.

Nubes grises reflejaron un sol asustadizo durante las antecalendas de octubre cuando llegué a Roma, medroso pero entusiasmado. Cadmo detuvo el carruaje alquilado delante de las caballerizas del mercado de los Bueyes. Entregué la carreta a la espalda de la basílica Sempronia y reparé en el templo circular de Hércules Vengador y en los dos pequeños santuarios ofrendados a la Fortuna y al Pudor Patricio, dos de los oratorios más arcaicos y considerados de la Urbs. Recé en cada uno de ellos por Marcia y su feliz parto.

Aún recuerdo mi talante provinciano en aquellos días, y eso que memoria e imaginación juegan a mezclarse con frecuencia. Admiraba boquiabierto la grandiosa ciudad que tenía ante mí, donde nuestra presencia era poco menos que nada. Mi mirada había permanecido apagada al gran espectáculo del mundo hasta que tuve ante mí la más cosmopolita de las ciudades, donde lo majestuoso se mezclaba con lo trivial y lo frívolo con lo miserable, desbordando los límites de lo comprensible.

Al ver las altas ínsulas del vicus Tuscus, los pórticos y las basílicas del Foro, quedé sobrecogido. El duelo por Marco Claudio Marcelo había concluido, pues las vías estaban pobladas de cientos de alborotadores viandantes, de literas, de niños abandonados con los pies descalzos que pedían una moneda y de esclavos que portaban en sillas a sus amos. Reparé con pasmo aldeano en el trajín de los barberos, cambistas, mercachifles y juristas que discutían por cualquier nimiedad congregados alrededor de un puesto de sopa.

Demasiadas cosas de mi vida pasada cambiaron su esencia, dejando de impresionarme lo que para mí había sido antes esencial y ahora era diminuto. Lo máximo, lo inimaginable y colosal se daban cita en la Roma que comencé a conocer. Al dirigirme por las apretadas calles a la casa de mi suegro Marcio, experimenté algo semejante al deslumbramiento.

Del mismo modo advertí la indolencia de la perezosa plebe, cómo defecaban en las esquinas sin pudor, y el número incontable de esclavos de todas las razas conocidas que iban de aquí para allá, cargados de espuertas tras sus exigentes amas, o de los lanistas, vendedores de carne humana. Lobas de cabelleras rubias se ofrecían bajo los arcos, en medio de una lujuriosa mundanidad y a plena luz.

Cadmo y Nausícaa caminaban a mi lado asustados, pues jamás habían contemplado una urbe tan bulliciosa, lujosa y gigantesca, y tan repugnante, amoral y sucia como esplendorosa y cosmopolita. Pero lo que más me impresionó fue ver a unos vigilantes de las cohortes urbanas recoger de los vertederos a recién nacidos abandonados, que seguramente serían vendidos a los proxenetas de los prostíbulos de las Velabras. Pensé que una ciudad tan embrutecida debía de estar

vaciada de sensibilidad y compasión.

Discurrí también que la urbe imperial era una grandiosa cloaca llena de artificios, donde la pobreza y la riqueza se mezclaban con sus fétidos olores a cuero curtido, aguas cenagosas, especias, fritanga y detritus. La Ciudad de la Loba era una madrastra que amontonaba a sus hijos en las miserables ínsulas de las Carinas y el Esquilino junto a las villas patricias del Capitolio y el Celio.

Pero, a pesar de todo, me sentí dueño de mi destino. Hasta noté que se había obrado en mí una metamorfosis interior, un ímpetu cuyo poder desconocía, fundado en una confianza capaz de abatir cualquier dificultad. Desconocía el designio de los dioses y ni siquiera sabía si bendecían mi nuevo destino, pero, mientras caminábamos por la vía Sacra hacia el templo de Julio César, comprendí que no había lugar más propicio para triunfar.

Antes de tomar posesión de la domus de mi suegro, entramos en una taberna para restablecer nuestras fuerzas. Al instante, comencé a sufrir burlas por mi brusco acento hispano, así como vanos intentos para robarme y estafarme de algunos amigos de lo ajeno. Bebimos vino aguado, el masica, y almorzamos el puls juliano, la plebeya pasta de trigo, manteca y sesos y las tortas de garbanzos. Las mesas las ocupaban los jugadores de dados, asesinos a sueldo y algunos facinerosos, y Cadmo puso su mano en la falcata ibera que llevaba en su cinturón. Jamás se separaba de ella y hubiera dado su vida por defenderme.

La estación otoñal germinaba en Roma con colores rojizos, y acarreaba la brisa de los Albanos que compensaba con su frescor el hedor de las cloacas. Con los sentidos a flor de piel, me detuve atónito ante las sigillae ambulantes del Foro, unas marionetas que ridiculizaban a los personajes públicos de Roma en medio de una musiquilla que interpretaban los cómicos con un órgano hidráulico. Se veía un muñeco de oronda calvicie, el emperador y una dama. Un oyente gritó:

—¡Cuidado, Mecenas, que Octavio te roba la esposa! —se carcajearon.

Cansados, nos dirigimos a las colinas de la Alta Semita, donde se hallaba el clivus Argentarius. Me pareció una calle algo estrecha, pero señorial; el nombre del barrio se debía a los banqueros que allí moraban y ejercían su oficio de cambio, depósito y préstamo junto al templo de Juno Moneta, la deidad femenina, hermana y esposa de Júpiter Máximo. La divinidad gustaba de exhibir el rayo y la tormenta y era tan temible su cólera que hacía temblar las cumbres del Olimpo.

Para griegos y romanos, Juno personificaba la dignidad y la honra, y además aseguraban mis vecinos que advertía de cualquier ataque a la ciudad de Roma, tal como había obrado en la invasión gala,

cuatrocientos años atrás, despertando a los gansos sagrados. El término «moneda» proviene justamente del Moneta, debido a que la casa en donde se acuñaban los efectivos en metal está anexa al templo y se halla bajo su divina y colérica protección.

Nuestro barrio de residencia era un antiguo camino que corría por las laderas del Capitolio, tras el foro del divus Julio César. Incluía una fuente de seis caños y una letrina semicircular a la que acudían los vecinos que carecían de baño propio. Antes de abrir la casa, entré en el santuario y ofrecí una vela y unas monedas por el feliz embarazo de Marcia, que seguramente añoraría mi presencia. La calleja estaba animada y varios vecinos acudieron ofreciéndose a ayudarnos a poner orden y adecentar el impluvium y las habitaciones.

La casa, de dos pisos y jardín, era acogedora, aunque estaba algo descuidada. Atendida por un casero, conservaba cierto olor a mirra y artemisa de cuando estaba habitada. Había baúles polvorientos, sencillos muebles, mesas de mármol, varias camas deshechas, una biblioteca vacía y sillas descoloridas. Por suerte, Cadmo descubrió que tenía un hipocausto, una calefacción que calentaba bajo las baldosas a través de un hogar que halló en la bodega y que encendió con presteza. En poco tiempo, Nausícaa, Cadmo y una familia que contraté hicieron habitable la morada de Marcio. Designamos a nuestro Numen particular, deidad menor que protegería la domus de los malos espíritus.

La segunda noche de nuestra estancia en Roma conocimos algo que nos desconcertó y escandalizó. Antes de la hora prima, sonaron voces. Salimos a la calle con gran turbación y vimos a un grupo de vespillones, los sepultureros públicos, individuos patibularios a los que se los conocía por llevar la mitad de la cabeza rapada, que portaban un cadáver para conducirlo a las Gemonias, las escalerillas donde se exponían los cadáveres de desconocidos para ser identificados, víctimas de los ladrones y asaltantes nocturnos.

Era evidente que el individuo había muerto por ahogamiento, seguramente en el Tíber cercano, y que las anguilas habían devorado sus ojos y partes pudendas. Una asustada vecina, ahogando una exclamación de pavor, nos dijo:

—Otro pobre diablo que se ha aventurado a salir de noche. Cuídate de hacerlo, Vero. En esta ciudad es una temeridad abandonar el hogar al oscurecer.

Luego me alertaron de que de noche no frecuentara la Subura y las laderas del Viminal sin escoltas, al tratarse de los lugares más inseguros de Roma.

Debía organizarme con prontitud, pues el tiempo transcurría deprisa.

En los anteídus de noviembre pude al fin encender el candil con

aceite de Corduba para iluminar las estatuillas de mis lares que había traído desde Gades, con lo que la casa quedaba bendecida por los dioses domésticos y por mis antepasados, ya que se acercaba el tiempo dedicado a Proserpina, reina del Hades, la diosa encargada de que se cumplan las maldiciones de los muertos sobre los vivos. Tomé un desayuno de pan con ajo y vino caliente y me vestí con pulcritud. Me encaminé ladera abajo, aterido por la niebla húmeda que cubría en la mañana la Urbs, de la que apenas se distinguían sus cúpulas y pináculos.

Me cubrí con la capa de lana que me había plisado Nausícaa, y me dirigí presuroso a presentar mis respetos a Cayo Julio Higinio, el amigo de mi padre y rector de la recién inaugurada biblioteca Imperial, un hispano que había sido hecho esclavo por Julio César y que, tras formarse en la acreditada Academia de Alejandro de Mileto, a donde acudían los hijos de los patricios, se había convertido en liberto y secretario documental de Augusto.

Según mis noticias, Asinio Polión, el gran librero de Roma, había regalado al archivo imperial una ingente colección de libros y rollos en griego, caldeo y latín, tal como había prometido al divino Julio. Sabía que Higinio se hallaba en el edificio a aquella hora temprana y me apresuré, pues su amistad me resultaría ineludible para emprender mis pasos en la Urbs. Me recibió un guardia al que le dio un ataque de tos por el relente y que, tras carraspear sonoramente, recogió la carta de presentación y desapareció. Regresó poco después y me rogó que lo acompañara.

La luz que se filtraba a través de los cristales emplomados de la sala me impidió verle la fisonomía, pero sí su figura espigada y su cabeza pequeña, con escaso pelo gris, casi blanco, peinado hacia adelante. Al levantarse, sí pude verle el alargado rostro cruzado por algunas arrugas y una sonrisa franca. Percibí en el despacho un acre olor a pergamino y papiro viejo.

—¡Por Júpiter que mis ojos se alegran al ver al hijo de Ulpio Vero!

Le correspondí con un saludo y el anciano prosiguió:

—Tu padre tiene depositadas en ti grandes expectativas, según he leído.

Me di cuenta de que era extremadamente cordial, pero no servil. Se trataba de esa franqueza que suele emerger en los eruditos, en los que la zafiedad y el desdén no tienen cabida, pues su honda sabiduría los protege. La modestia, pensé, es la gran virtud de los sabios, y aquel hombre la poseía.

—¡De modo que eres un Corona Cívica, y que salvaste de la muerte al hijo de Marco Sisena! Qué casual eventualidad. Has de conocerlo —me dijo.

—Quinto hubiera hecho lo mismo por mí, domine, te lo aseguro —

dije.

—Según tu padre deseas convertirte en tratante de libros y mediador de ciertos productos de Hispania. Pero lo que me ha sorprendido sobremanera es que ansíes tanto conocer a Tito Livio. ¿Por qué ese deseo, Tulio?

Le repliqué:

—En verdad, domine, los negocios me han traído a Roma, pero si te soy sincero llevo años deseando conocer al escritor Livio. He leído sus Décadas y cuanto de él ha caído en mis manos. Soy un gran amante de los libros y de la lectura, y esa es la vocación que encamina sin remedio mis pasos en la vida.

Mi proclama de amor hacia los libros le hizo sonreír aún más abiertamente.

—Joven Vero, tú y yo hemos sellado hoy una íntima amistad, pues a ambos nos une el mismo amor a la palabra escrita. ¡Acompáñame, te voy a mostrar mi reino!

Proliferaban las ventanas para prestar claridad y los altos techos estaban pintados con escenas mitológicas, que me parecieron visiones de la vieja Grecia. Los suelos de mármol jaspeado relucían bajo nuestras botas, y por doquier se veían bustos y estatuas de los más eximios sabios, dramaturgos, poetas y prosistas helenos y latinos. Los salones estaban saturados de estanterías de cedro colmadas de volumina, rollos y cajas de cuero etiquetadas alfabéticamente. En medio del vestíbulo brotaba una fuente de chorros menudos, a cuyo alrededor había sillas y bancos ocupados por discretos lectores, que susurraban en voz baja los textos escogidos, la forma habitual de leer.

Observé que Julio Higinio entornaba los ojos y esforzaba la vista cuando me señalaba algunos volúmenes de su nutrida biblioteca, que estaba dividida en dos estancias: la de la literatura griega y la de la latina. Era evidente que era miope.

—Existen similitudes entre ambas culturas, pero no son iguales —dijo—. Los escritos griegos conservaban la memoria del mundo antiguo en rollos de papiro y los latinos conservamos el saber religioso en libros y en tablas las normas jurídicas.

Recorrimos salas donde decenas de escribanos estaban volcados en los papiros, con el cálamo y la tinta en la mano, componiendo las letras capitales y las cursivas, en griego, la lengua franca sin discusión en todo el Imperio. Me mostró una sala tras otra, todas desbordas de capsae o scrinium, las cajas cilíndricas de cuero donde se guardaban los textos llegados de Oriente. Pedagogos y alumnos, con el punzón, las tablas enceradas y los raspadores, estudiaban las etiquetas identificativas acomodados en las sillas de lectura y discutían sobre citas de Aristóteles.

Experimenté una gran emoción cuando me mostró unos anaqueles

donde estaba depositada, con todo lujo de letras doradas, la biblioteca del rey Perseo de Macedonia, vencido en Pidna por los romanos hacía casi dos siglos.

—Estos valiosos rollos, caro Tulio, son la joya de esta biblioteca —dijo orgulloso—. Un hito en la historia de la Roma culta. Los librarii griegos se la enviaron a Tito Pomponio Ático y este se la regaló a Augusto.

—Me alegra comprobar que se pueda consultar libremente y que no adorne las estanterías de lujo de un ricachón analfabeto. El pueblo debe acceder a ella.

—Y así es, Tulio —me aseguró—. La pasión por los libros crece en Roma. Hay ciudadanos que se sientan a los pies de las estatuas de Platón y Aristóteles para recitar sus escritos, e incluso llegan a vestirse con el manto y las sandalias griegas para imitarlos. En los convites y tertulias literarias que organizan Ático, Augusto o Mecenas en sus casas no falta el lector que recite a Píndaro, Safo o Sófocles. Roma es ahora la capital cultural del mundo y el libro es el rey.

Comprendí por sus palabras que había elegido bien mi oficio de librero y que recalar en Roma era una acertada decisión. La romana era una sociedad alfabetizada, favorecida por la pax Augusta. Tanto los senadores, caballeros y decuriones como los plebeyos deambulaban por las salas y, según Higinio, se estaban convirtiendo en compradores y lectores asiduos.

—Esta magna sala donde nos hallamos, la mandó construir el senador Varrón, reputado bibliófilo y coleccionista, según un proyecto de mi mentor Julio César, que deseaba abrir al pueblo el saber griego. Marco Varrón se cuidó de las compras y de los fondos y yo he proseguido su labor —me contó.

—Conozco su De bibliothecis libri. Me sirvió para organizar mi librería de Gades y mi colección. Todos los amantes de la palabra le debemos mucho.

—El divino César, por el que derramé muchas lágrimas tras su asesinato, Varrón y Asinio Polión han hecho realidad este proyecto cesariano, alzando este imponente Atrium Libertatis, su nombre verdadero, que él mismo financió con dinero propio, cerca de la Curia Senatorial. ¡Este es el legado de Julio César, mi padre adoptivo y mi protector!

Una oleada de satisfacción me invadió.

—Me ha llamado mucho la atención que este templo de la lectura distribuya sus tesoros en dos apartados, los textos latinos, por un lado, y los griegos por otro.

—Nuestra cultura es bilingüe, Tulio. ¿Acaso en los foros no se habla el griego koiné? Augusto ha fundado dos bibliotecas más de libre acceso, ambas bilingües, dedicadas a la libertad del saber. Una

consagrada a su hermana, en el Pórtico de Octavia, y otra sobre la colina del Palatino, que te recomiendo visites, porque Tito Livio es un asiduo invitado a las lecturas —sonrió.

Regresamos a su despacho y no dejó de hacerme preguntas sobre Hispania, su situación política, el recuerdo dejado por Julio César en Gades, y por mi padre, al que conoció tras la batalla de Munda, y en su participación en la guerra de África, en Tapsos. Cuando ya me despedía, tuve la osadía de formularle una pregunta atrevida.

—Domine Higinio, excusa mi indagación. ¿Conoces a una dama llamada Valeria Domicia? Desearía presentarle mis respetos, como también a mi patrono, Lucio Balbo. Quizá vivan en la misma mansión, ¿verdad?

Pareció sobresaltado. Se detuvo como un autómata.

—¿Por qué deseas saber de esa mujer, joven Vero?

—La conocí en Gades. Vivió allí unos años —respondí.

Su siguiente pregunta al que alarmó fue a mí.

—¿Acaso huyes de ella? —preguntó, misterioso.

—Quizá huya de una decepción y deseo curarla encontrándola. Es difícil conocer a una mujer con tal acopio de belleza, perseverancia y fortaleza.

Higinio me replicó y sus palabras fueron un aviso:

—Esa dama esconde un sórdido secreto de Estado, ¿sabes? Es una fruta prohibida y solo se relaciona con los muy pudientes. Acude al círculo poético de Augusto y Livia y de su hija Julia. En el círculo hispano la llamamos la vestal olvidada, pues no se le ha agradecido su apoyo a la causa de Octavio. Sin su ayuda, el entonces triunviro no hubiera conseguido declarar la guerra a Antonio y hacerse con el poder absoluto que ahora detenta. Es una dama singular y enigmática.

—¿Tan capital fue su apoyo a la ascensión de Augusto?

—Esencial, diría yo, y se jugó su prestigio y su cabeza, aunque no conozco los detalles. Te prevengo, Valeria Domicia es inabordable. Además, intima con lo arcano, lo oscuro y la astrología. Ofreció su pureza a Vesta y rechaza cualquier boda. Es rica, poderosa e hija adoptiva de Balbo, y al pertenecer a las familias Cornelia y Domicia, es de las matronas más envidiadas, aristocráticas e imitadas de la ciudad. Junto a Livia, son las dos mujeres más admiradas de Roma.

Higinio ignoraba la relación que nos unía y no podía imaginar la dimensión de mi anhelo por verla. Yo era un équite sin rango y sin estatus y no quise insistir.

—Pues era una incondicional consumidora de libros, una joven tímida, y muy temerosa de los dioses.

—Lo es, pero no podrás verla. La familia Balbo abandonó Roma en plena epidemia y no han regresado a la Urbs. Más tarde, Lucio Cornelio zarpó para África con varias legiones, investido por el Senado

como procónsul para enfrentarse a los garamantas del desierto, que han vuelto a asolar las ciudades de la costa. Cornelia y Valeria o están en Padua o en Capua. O sea, lejos de los aires pútridos de Roma. Será difícil que la encuentres aquí.

Defraudado, asumí:

—Aguardaré entonces a su regreso. Ansío verla fervientemente.

—Esa domina realmente no merece la atención de un joven como tú —dijo misterioso.

—Domine, parece que deseas apartarme de ella. ¿La detestas, quizá?

—No es eso, joven Vero, pues no se halla corrompida por los vicios de las mujeres romanas, pero está fuera de tu alcance —aseveró—. Posee inteligencia y destaca sobre las mediocres, pero intimar con la familia imperial es un dulce envenenado. Y ese fue su castigo.

—Lo tomaré como una advertencia —contesté, pero parecía una amenaza.

Higinio dio por terminada la visita, y me sorprendió su confianza.

—Tulio, en verdad eres una caja de sorpresas, pero sé que realzarás nuestro clan hispano. —Y me propuso—: Por eso deseo que conozcas a mis amigos del círculo literario más prestigioso de Roma. Muchos patricios y poetas darían media vida por ser invitados, te lo aseguro. Considérate un privilegiado.

—Mi gratitud hacia ti es perpetua, domine —dije reconocido.

—Nos solemos reunir en la villa de Mecenas, el amigo de Augusto. Conocerás a personajes valiosos del Imperio y a los literatos más aplaudidos del momento. Serán cruciales para tu negocio. Te enviaré la invitación a tu domus.

Ávido por encontrarme con mi escritor favorito, salté gozoso:

—¿Acudirá a ese cenáculo mi admirado Tito Livio? —balbucí.

—No. ¡Tito Livio es un republicano fervoroso! No, no lo verás allí. Por lo que sé no se halla en la ciudad, sino en Patavium, su lugar de nacimiento.

Se acercó a un armarium y extrajo un estuche dorado con un cálamo y un primoroso tintero de cristal que me colocó en las manos.

—Es para ti —me lo ofreció con gentileza—. Tu padre arriesgó la vida por mi mentor, el divus Iulius, en la batalla de Munda, y eso no se olvida. Acude a mí cada vez que lo precises, Vero, y que Minerva favorezca tus aspiraciones.

—Y Apolo ilumine tu vida y tu casa, domine —me despedí agradecido.

En tanto abandonaba la biblioteca imperial pensé que la insinuación sobre Valeria quedaba clara. Tardaría en verla, o quizá ya no la vería nunca más. Aquel asunto pondría a prueba mi paciencia y me había preocupado la alusión a la amistad con los miembros de la

familia Julia. ¿Deseaba advertirme de algo?

De todas formas, no me sentí contrariado, pues, a pesar de mi situación de advenedizo en Roma, se me abrían algunas puertas fructíferas para mi negocio.

Había dado un paso imprescindible y no quise perderme en conjeturas. Regresé a mi casa satisfecho y me distraje observando la bullanguera plebe romana que atestaba el pórtico de Munucio, donde se distribuía el pan diario.

«Las más de las veces la honradez es la causa de la pobreza», reflexioné observando su atroz indigencia y comprobé una vez más que en la Urbs convivían el lujo desenfrenado y la máxima pobreza.

Me llegó el olor de los cinamomos del huerto de Mecenas, que saturaba con sus fragancias el frescor de la mañana en la colina del Esquilino. Al poco recibí en mi rostro el tibio fulgor de la mañana romana.

Mi plática con Higinio había sido el primer contacto amable en Roma y me esforzaría para corresponder a su generosa amistad. Mi futuro dependía de ello. «Te protegeré de las trampas de esta ciudad corrompida», me había dicho.

III

MECENAS

Roma, año 22 a. C.

Necesité tiempo para buscar un local en el Argileto y lo hice con ahínco. Pensaba que puestos a fracasar mejor que fuera en Roma, donde todo se compraba y se vendía, hasta la virtud.

El barrio de los libreros estaba situado tras el Foro de la Paz y el Ara de las Oraciones, y entre la Curia y la basílica Emilia. Se trata de un lugar estrepitoso, frecuentado por locos místicos que timaban a los forasteros con doctrinas insostenibles, pero donde se hallaban las librerías de Roma.

Me invadió una extraña excitación tras contemplar las copisterías y las tiendas repletas de libros. Estaban unas junto a las otras, y eran idénticas a la del viejo Tito Pomponio Ático, el primer editor romano e impresor de las obras de Cicerón, Horacio, Tito Livio, Propercio y Virgilio. Ático, así llamado por su pasión por la culta Atenas, había sido el creador de mi oficio. Me sorprendió ver a libreros ambulantes y a vendedores de papiros clandestinos de dibujos eróticos, que incluso hacían de sacamuelas para poder subsistir.

El mundo que se me descubrió era fascinante. Encontré un espacioso local que hacía esquina entre las calles del Pelícano y de Semíramis. Pertenecía a un perfumista egipcio, al que representaba un avispado corredor de la Subura. Cuando le expliqué que pertenecía a la compañía naviera Gadeira y que me avalaba la banca de Marco Sestio, aceptó sin ambages mis proposiciones de alquiler, pues sabía que cobraría tarde o temprano.

Había decidido dividirlo en dos tiendas, con un taller de escritura en la parte interior. En la primera vendería colecciones de libros, y en la otra, productos de Hispania de la sociedad, o sea, garum de Gades, oleum primum viride, la primera cosecha de la Bética del más selecto de los aceites, y tinte de púrpura o murex.

Firmamos el acuerdo en una taberna, donde constaté que Roma es la ciudad de los supersticiosos, y tanto que llegan a extremos enfermizos. En medio de la cháchara y ante mi escéptica mirada, al firmar el acuerdo con el arrendador, lo hice en nombre de Júpiter Tonante, protector de Roma, pero me cortó corrigiéndome porque la verdadera protectora era Minerva, y que mi blasfemia podría procurarme mala suerte. Me costaba trabajo creer que, siendo tan

cándidos en absurdas futilidades, los romanos fuéramos una nación conquistadora de pueblos y naciones.

Roma controlaba el Mare Internum y estaba a las puertas de Partia. La Urbs de la Loba, que nació como refugio de delincuentes y proscritos, tuvo que robarle las mujeres a los sabinos, para procrear hijos con los que defender las murallas. En poco tiempo se había convertido en la más poderosa potencia económica y militar del mundo, y dueña además del gran mercado del orbe conocido. En solo dos siglos, había saqueado y esclavizado a la tercera parte de la humanidad y, sin embargo, profesaba un pánico cerval a que una gallina cacareara de forma extraña o que unos vencejos volaran desordenadamente sobre el Capitolio.

Como necesitaba mano de obra para mi casa y para las dos tiendas, me dirigí al templo de Cástor y Pólux, el colosal bazar de los buenos negocios en carne humana, tomado por un séquito de prostitutas y sobre todo de lanistas, los astutos tratantes de esclavos de la Urbs.

El botín de cientos de seres humanos apresados en las guerras de Oriente atestaba las domus romanas, las minas y los campos. En la subasta, así llamada por celebrarse bajo un asta con el lábaro imperial del águila, compré un cocinero griego y tres rollizas camareras para que ayudaran a Nausícaa y a Marcia cuando esta diera a luz y viniera a Roma. Posiblemente el viaje lo realizaría en verano con su padre, si Venus así lo determinaba, como me aseguraban las cartas llegadas de Gades.

En el mismo Argileto contraté a un capataz y maestro librero, Senecio Servando, que había trabajado con Ático, y que en vez de responder titubeaba en sus contestaciones, indicativo de prudencia y humildad. Se trataba de un pedagogo desgarbado, de dentadura escasa, con orejas de soplillo, poco hablador, culto y servicial. Se definió como estoico y discípulo del filósofo Zenón de Atenas. Era natural de Tarento, en la Magna Grecia, conocía el trabajo de corrector y también la literatura helena, y se convertiría en mi servidor de confianza en el Cálamo de Hermes II, nombre que le impondría en recordatorio de nuestra librería de Gades.

Asintió con gesto pensativo a mi oferta y sin apartar su mirada me dijo:

—No me ha convencido el sueldo, sino el amor que profesas a los libros.

—Dentro del caos del mundo, es mi único refugio, Servando —repliqué.

—Cuando leemos, son los dioses quienes nos hablan a través de ellos. Una casa sin libros carece de dignidad, créeme, domine —me dijo y asentí.

Lo invité para hablar de mi futuro negocio a las termas de Los

Siete Sabios, no lejos de allí, entre las murallas y el foro de las Corporaciones, donde refrescamos nuestros cuerpos y hubimos de sortear a una caterva de dentistas y barberos que negociaban en la puerta. Mi nuevo agnostator se encargaría de contratar a los copistas, los librarii, y a varios ayudantes, los servi literati, de su total confianza. Los escribas esclavos, y más si eran griegos, alcanzaban en el mercado la cifra de diez mil a cincuenta mil sestercios, por lo que la compra de capital humano resultó relevante y onerosa para mi bolsa.

Era mi pensamiento que, tras dedicar la primera inversión a la compra de muebles, adecentamiento y artículos, estrenaría la librería antes de las fiestas Parentalias de febrero, así como el almacén de productos de la Bética que regentaría mi fiel Cadmo, que, por su origen fenicio, había mostrado grandes habilidades para la compra y la venta. Además, su conocimiento del cananeo, griego y latín y su don de gentes resultarían capitales en su quehacer.

En Roma seguía reverberando el eco del buen gobierno de Augusto, el fatal desenlace de Marcelo y su esfuerzo y el de Agripa por gobernar el inmenso territorio que dominaba Roma. Viajaban constantemente y la paz prevalecía en el Imperio, pues las guerras civiles pertenecían al pasado.

A pesar de que el aire húmedo y el frío invernal romano irritaban mi garganta y tosía tenazmente por mi asma, las ansias por conocer a Tito Livio me llevaron muchas mañanas a visitar las bibliotecas de Apolo, la de Octavia, la del templo de Augusto y el Atrium Libertatis de mi amigo Higinio, por si aparecía por sus salas u ofrecía alguna lectura de sus obras. Pero todo fue en vano. Livio se había esfumado de la Urbs.

—El magister Tito Livio tiene claras sus prioridades, domine. En el invierno se recluye y no nos honra con su presencia —me dijo uno de los libertos.

La falta de progresos en mi deseo de conocer al escritor de mis amores me llevó a la colina del Celio donde, según mis informaciones, tenía la casa Valeria Domicia, no muy lejos del ludus magnus, la escuela de gladiadores más popular de Roma. Cadmo me llevaba en una cisia, un coche de dos ruedas tirado por un caballo, la forma que elegí para moverme por la ciudad.

Echaba un vistazo de forma apática para no alertar a los criados de mi presencia inoportuna, pero la casa parecía desierta. Una tarde hice una tentativa para entrar. Un hosco esclavo, que cumplía su función de portero para impedir el paso a desconocidos y evitar robos, me dijo resoplando:

—La domina quizá no regrese a Roma hasta pasados los fastos de Marte.

Era demasiada espera para mí y la decepción no hizo sino

acrecentar mi decepción. Valeria seguía en mi pensamiento, pero se había evaporado de mi vida para mi pesar. Me consideraba casi agraviado y llegué a convencerme de que regresaría a Gades sin verla, pues mi estancia en la capital en principio solo sería temporal, según el acuerdo con mi suegro Marcio.

Sin Valeria, la dama de mis pensamientos, con Marcia y mi familia a cientos de estadios y sin poder conocer a Tito Livio, todo carecía de sentido, y pensé que la única forma de levantar mi ánimo era dedicarme con mayor ímpetu a mis negocios del Argileto, a disfrutar de mis libros y esperar acontecimientos.

Celebré con pompa las Saturnalia, el séptimo día del mes, junto a Nausícaa, Cadmo y los sirvientes. Invité a Higinio y fue una celebración íntima y familiar, e improvisando un coro, cantamos las carmina convivalia, los himnos recordatorios y de alabanza a mis antepasados, como nunca había hecho. Intercambiamos regalos, los esclavos se vieron libres de cumplir con sus obligaciones, Cadmo fue elegido rey del festival de Saturno y alcanzamos sonoras borracheras, hasta el punto de que Higinio y yo amanecimos bajo una mesa abrazados.

Y así, aunque fuera por un día, se levantó mi ánimo, que ya empezaba a flaquear.

Tras el Festival Latino, en las calendas de enero, mi procurator de libros, Servando, había viajado con un crédito ilimitado a Crotona, Reggium, Alejandría, Patras y Corinto a comprar capsas de rollos, libros escritos en lino y viejas colecciones de escritores helenos. Varios potentados de Roma estaban deseosos de contar con una biblioteca privada que les proporcionara prestigio entre sus amistades y yo se la procuraría. Ahí radicaba la esencia de mi negocio, al que me entregué con infatigable laboriosidad.

Así, unas semanas después, comencé a ejercer mi profesión de librero en Roma, y con excelentes auspicios, pues Servando regresó con bellos estuches repletos de cilindros de filósofos epicúreos, estoicos y platónicos que valían una fortuna. Emprendimos sin dilación la tarea de realizar copias de Horacio, Ovidio, Virgilio y Cicerón, y como no precisábamos de la aprobación del autor, resultó un pingüe negocio, pues en poco tiempo llegamos a elaborar cerca de mil copias que vendimos con cuantiosos beneficios que no compartíamos con nadie.

Los copistas contratados por Senecio Servando eran esclavos especializados que dividían los libros en partes, o cartas, para acelerar su trabajo. Cada amanuense copiaba un fragmento, para luego, sin demora, unirlos en cuadernos de pulcra belleza. La reproducción de varios rollos de una obra duraba apenas dos jornadas, y los trabajos se reduplicaron. Además, copiaban obras antiguas griegas, los

voluminae, con una celeridad asombrosa para la compra inmediata de las élites romanas, donde la lectura y el acopio de libros se había convertido en un signo de distinción.

Y como corrector Senecio Servando era un consumado maestro. Con el corazón desbocado y la respiración entrecortada de tanto trajinar, me dijo:

—Domine Tulio, hoy en Roma, cuando visitas la casa de un senador enriquecido, lo primero que te enseña es su baño privado y luego la biblioteca. ¡Zeus los bendiga!

—Siempre que el libro no sea un trasto decorativo más, me complace.

—Posiblemente hayamos de contratar algún copista más. No damos abasto. La Anábasis de Jenofonte, la Ilíada y la Odisea nos dan mucho trabajo.

—Te asalarié para que mantuvieras el orden y decidieras. No podemos espantar a la clientela con demoras. Haz lo que creas conveniente, Servando.

Las transcripciones que eran copiadas defectuosamente no las tirábamos al vertedero, sino que las vendían los empleados ambulantes en hojas separadas para disfrute de la plebe y por una sola moneda de cobre, lo que hizo que mi librería fuera conocida por tan barata e inédita difusión de la cultura en poemas desgajados y capítulos sueltos de la Eneida, las Geórgicas y de Catilinarias, sesión a sesión. La práctica llegó a oídos de Mecenas, que la alabó en público.

Aparte de una sala repleta de anaqueles y estanterías de cedro y marfil, el Cálamo de Hermes exponía a mis clientes decenas de cajas etiquetadas por autores con su título. Construí unas salitas en las que mientras se degustaba un vino espeso de Cécubo o Falerno estaba permitido ojear los muestrarios más valiosos acarreados de Oriente. Senecio Servando ponderaba su valor a los compradores con su inacabable erudición, y las ventas no cesaban.

Discretamente, los bibliófilos eran libres de examinar libros egipcios, y pertenecientes a reyes y tiranos helenos. En un atril labrado, exhibí manuscritos originales de Esopo, Jenofonte, Esquilo, y las Filípicas de Demóstenes, por los que pujaron notables patricios romanos. Coloqué pebeteros de incienso y plantas olorosas para atenuar el olor acre de los papiros y rotulé los anaqueles con epígrafes dorados.

El bazar de productos de la Bética no se abriría hasta la apertura de los puertos, cuando los barcos de mi suegro Marcio llegaran a Roma con la selecta mercancía que Cadmo ya publicitaba entre los compradores de libros. Yo, el Graeculus de Gades, me había convertido en uno de los libreros más señalados de Roma y mi librería era una de las más elegantes y visitadas. Y bien saben los dioses que

me impulsó no el amor al dinero, sino solamente la veneración que sentía por mis adorados libros.

Mi vida en Roma era un arenal en calma y, cuando ya pensaba que Higinio había olvidado sus promesas de presentarme al padre de Quinto y de convocarme al cenáculo poético de Mecenas, recibí en mi casa una invitación para asistir al privilegiado cenáculo de poetas romanos. Lleno de alegría, besé las estatuillas de mis dioses lares en agradecimiento. Antes visité a un físico de las Velabras, para que me atendiera de un soberano dolor de muelas y adecentara mis dientes. Su emplasto resultó providencial y saludable y hube de pagarle cinco denarios.

Había advertido que en Roma se solía juzgar por las apariencias y que el vestuario era muy importante en los círculos aristocráticos. En una sociedad marcadamente hedonista, no deseaba parecer frívolo, sino elegante y formal. Antes de salir de la casa y alquilar una silla, me atavié con la toga laticlavia de los équites, con las franjas rojas cayendo en perfectos pliegues y la fina corona de bronce dorado, como me concernía por mi condición de Corona Cívica y que debía exhibir en banquetes, ceremonias y cultos y usos del Lacio.

Explicaré mi repentina vanidad.

Un gran honor se me presentaba recién llegado a Roma, y un viento vigoroso batía las velas de mi ilusión y de ser alguien en la Urbs, pues las moiras, las repartidoras de la fortuna a los mortales, me miraban con benevolencia. Intimar con algunas de las más egregias figuras de la literatura romana significaba mi máxima aspiración ahora que mi negocio de librero comenzaba a progresar. Debía seducirlos y obtener su beneplácito, apareciendo modesto y recatado, pero cercano a ellos y con un distintivo tan valioso como la corona.

Pensé en los invitados que asistirían al círculo poético. Ovidio procedía de una familia de équites de los Abruzos, Virgilio era un caballero de Venetia, como yo. El poeta épico Lucio Varo Rufo y Propercio eran unos buscadores de fortuna, y Horacio, hijo de un esclavo de Venusia, pero con mucho talento.

Al ascender al palanquín mi ánimo se removía inquieto. La lujosa villa de Mecenas se hallaba en el monte Esquilino, cerca de la muralla de Servio Tulio, en la intersección de las tranquilas calles Merulana y Mecenate. Rodeada de jardines, daba la sensación de estar aislada de la ciudad, y por eso Augusto, cuando se hallaba enfermo, solía retirarse a ella por su salubridad y porque tenía agua propia proveniente del acueducto Marcio.

En la entrada destacaba una torre de ladrillo, desde donde se divisaba toda la ciudad. Un nomenclator me recibió y me precedió. El camino destacaba por la profusión de estatuas griegas que se mezclaban con una exuberante naturaleza. Conforme me acercaba a la

domus se sucedían las terrazas, los pórticos, las fuentes, templetes y estanques, todos de una lujosa belleza y fabricados de los materiales más costosos. Era media tarde, y aun así los esclavos encendían centenares de candelas y hachones perfumados.

—Domine, acompáñame al Auditorium, donde se celebrará la cena.

Descendí por unas escaleras de pórfido y penetré en una sala elíptica iluminada con decenas de lámparas de aceite perfumado. Me detuve admirado. Estaba profusamente decorada con efigies de dioses y pinturas murales con escenas mitológicas de suprema perfección y colorido. Al fondo, sobre una gradería, se alzaba un altar y estaba colocada la estatua de Apolo circundada por efigies de las nueve musas, de Hipólita, reina de las amazonas, y del fauno Marysas, el que desafiara en una pugna musical al dios, la perdiera, y sin dilación fuera despellejado vivo. Al pie del ara hermoseaba un rhiton o cuerno de la fortuna de singular perfección. Una docena de divanes y mesas componían el refinado mobiliario. Quedé abrumado por el profuso lujo y el refinado gusto.

Frente a mí se encontraban una joven desconocida, varios varones y los anfitriones, Cayo Cilnio Mecenas y su bella esposa Terencia, cuyo títere había visto en el foro sirviendo de mofa, pues era sabido que era la amante de Augusto.

Rodeándolos, el geógrafo Estrabón del Ponto, anciano de huesudos miembros, Virgilio, el príncipe de los poetas, el rechoncho y corto de estatura Horacio Flaco, de pelo encanecido, los líricos Propercio y Lucio Rufo y el excelso poeta Publio Ovidio Nasón. Intenté no adoptar una pose aldeana y no ponerme en ridículo con movimientos inseguros o saludos estúpidos. Avancé con decisión.

Los criados iban disfrazados de Baco, con hiedras en la cabeza, tirsos y pieles de corzo. Otros lo hacían de Mercurio, con las sandalias y las espaldas aladas, y los menos de Hércules, con la piel del león de Nemea en sus hombros.

Para los ricos del momento, y Mecenas lo era en grado sumo, el lujo consistía en exhibir y en amontonar antigüedades y exponerlas, pero aquel lugar estaba decorado con pulcra exquisitez. Observé que todos estaban intrigados con mi persona y aguijoneados por la natural curiosidad me miraban con irónica seriedad. Alguno hasta pensaría que yo, por mi corona, era un pícaro devoto de la diosa Laverna, deidad de los engaños y trapacerías, o un chiflado.

—Que los dioses colmen de dicha a esta casa y a sus moradores —saludé.

—Bene tibi, Tulius Verus —respondió Mecenas, quien como los demás me examinaba y no adivinaba cómo osaba tocarme con semejante atributo propio del emperador. Reparé en que la impresión les resultaba chocante y atrevida.

Cayo Julio Higinio, que ya se había puesto la túnica leve sin ceñir de los festines, me presentó al dueño y a los convidados. Se dejó para último lugar a la bella muchacha anónima que me examinaba con su mirada vivaz.

Tenía los ojos de color ámbar, el pelo castaño y admirablemente peinado, con un gran bucle que le caía por la frente, una nariz recta y genuinamente romana, boca sensual y una barbilla con un hoyuelo. De talle delicado, la elegante mujer me ofreció su mano, que besé azorado, pues no reprimía una sonrisa entre irónica y admirada. Estaba intrigada con mi corona, seguramente creyendo que yo era un histrión o un actor de teatro.

Era Julia, la hija de Augusto y de su primera esposa Escribonia, de la que Octavio se divorció el mismo día que la alumbró para casarse con la intrigante Livia. Solo tenía dieciséis años y ya era viuda de Marcelo, su primo, y prometida de nuevo a Agripa. En Roma se rumoreaba que frecuentaba en secreto los lechos de algunos patricios para mitigar la ausencia de Marcelo.

—Domine, por un momento creí que eras mi padre con esa corona —dijo, hablándome con familiaridad.

—Disculpa mi atrevimiento, pero la luzco sin jactancia. Me fue impuesta en nombre de tu padre, el césar, por el general Sempronio Atratino en África, por un hecho meritorio de armas que te relataré si lo deseas, domina —repliqué, y se aplacaron las murmuraciones solapadas. Julia me sonrió.

Mecenas alzó la mano para acallar la disputa y estimó mi servicio a Roma.

—Toda una distinción para esta domus, Vero. No conozco, aparte de Cayo Octavio, a muchos Corona Cívica en la ciudad. Es muy meritorio, créeme.

Sonrojado me coloqué la sintesis, guardamos la quietud debida en honor de los lares de Mecenas, brindamos por la salud del emperador y a continuación en honor de Talía, la musa de la comedia, de Clío, la de la historia, Erató, la de la poesía, y Melpómene, la de la tragedia, patronas de la reunión.

Mecenas elevó la copa, convocó a Baco y deseó:

—¡Que la dulce Calíope, musa de la elocuencia, nos otorgue erudición!

Recuerdo que no pude reprimir mi gozo al hallarme junto a personajes tan ilustres de Roma, siendo yo un intruso, un simple provinciano. Intercambiaron conmigo opiniones sobre los poetas griegos, elogiándome por mi intensa preparación, tras tanta lectura. Unos rapsodas tocaban liras de marfil con filos de oro. Me atrajo desde el inicio la soberbia belleza de Terencia, mujer de facciones sonrosadas, nariz de lisura aristocrática, cabello dorado y gentileza en

sus gestos.

Higinio me había contado que mantenía relaciones secretas con Augusto fuera de Roma, pero que a Mecenas no le importaba, conocidos sus gustos homosexuales. Mientras departíamos sobre la poesía griega, me fui fijando en los comensales y forjándome una opinión de cada uno.

Atrajo mi atención por su elegancia Ovidio, un individuo alto, apuesto y de una dicción perfecta, que acariciaba la mano de Terencia, mientras Mecenas les sonreía con benevolencia. Pensé para mis adentros que Venus Viriplaca, patrona de cornudos, contaba a Mecenas entre sus devotos. Tras despojarme de la Corona Cívica, les expliqué mi odisea con Quinto Sisena por el desierto tras el encuentro frente a los garamantas, y me escucharon con un interés inusitado.

Ovidio me alentó con sus palabras y me dejó sin habla al dirigirse a mí:

—Aplaudo tener entre nuestros amigos a tan esforzado soldado, que olvidando el polvo de la batalla ha venido a Roma a formarse en el saber.

—Curiosamente, Balbo Minor se halla combatiendo en África a esos bárbaros del desierto —dijo Mecenas—. Es una espina clavada en la sandalia del Senado —dijo con voz aflautada.

Mecenas, que recordó sus batallas junto a Augusto y Antonio, pasaba por ser el paradigma del ideal patricio, y siempre se jactaba de su origen real etrusco. Por la ostentación de la que se rodeaba vi que poseía un gusto selecto. Era un individuo fornido y recio, y se mostraba decididamente afeminado. Su colosal fortuna había servido para financiar las empresas guerreras de Octavio, y junto al estratega Marco Agripa formaban la tríada del poder en Roma.

Les hablé de mi pasión por la lectura como si fuera un vicio, para no parecer arrogante, que pasaba desde conocimiento de los dramaturgos, filósofos y poetas griegos, hasta las obras de los allí presentes, pues recité algunos versos improvisados de las Georgicas, del Ars Amandi y del Beatus Ille, que me aplaudieron benévolos sus autores, ganándome su favor.

Y cuando después les participé que había abierto una librería en el Argileto y que había llegado a la capital del Imperio con el único e insólito propósito de conocer en persona a Tito Livio, me miraron como si un asno hubiera entrado en la sala. Asombro. Ovidio exclamó vivamente sorprendido:

—Mi querido Tulio Vero, hasta hace unos instantes no te conocía, pero recibe la veneración de este versificador. Tu correría me parece excelsa.

—No creas que soy un cazador de celebridades, sino un amante de los libros, Ovidio —le contesté.

Él me replicó afable:

—Créeme, amigo, la tuya no es sino una declaración de amor a la palabra escrita, y un elogio para quienes escribimos. Te felicito por tu feliz ocurrencia.

Julia, que me había sonreído con cordialidad durante el relato, intervino.

—Tu historia es propia de quien ha sido seducido por los libros. Su consuelo nos hace dichosos a nosotros también. ¿No es así, caro Quinto?

Se había dirigido al que fuera su maestro, Horacio, que movió su regordeta figura en el diván. Tras beber un largo sorbo de vino, opinó hosco:

—Carissima, creo que las musas son profanadas a diario por parlanchines y pésimos poetas —habló crispado y con petulancia—. Lo asombroso es que nosotros tengamos ganas de componer versos. Mis poemas son para mis amigos, nada más. Yo no deseo tener seguidores entre la plebe, que mis poemas se vendan o que un lector venga de las Galias o de Germania a conocerme.

El respeto hacia mi anfitrión me impidió contestar al vanidoso y antipático Horacio, que deseaba para sí un público de lectores exclusivos, o sea, como Mecenas, relegando a los no pudientes, que tenían tanto derecho a la cultura como él. Además, Horacio era hijo de esclavos y su altanería me ofendía.

Mecenas observó que yo ahogaba por cortesía una contestación agresiva, alegró su rostro y me preguntó por mi peculiar deseo:

—Nos ha sorprendido tu fervor por Tito Livio. ¡Lo juro por Apolo! ¿Has venido desde Gades solo para presentarte ante él? Me cuesta creerlo.

Las palabras del estirado Horacio me habían provocado un aguijonazo en el estómago. Carraspeé y defendí mi antojadiza locura frente a su grosera opinión:

—Entre otros propósitos, sí. Nunca es tarde para perseguir un sueño.

—Los sueños nos inducen a hacer cosas notables, Vero —dijo Mecenas—. Y la literatura sale ganando con hombres fervorosos de la palabra como tú.

—Así es, domine. Desde muy joven deseé acudir a Roma solo para verlo y regresar después a Gades, pero mi padre me lo impidió. Esa es mi ilusión.

—En Roma no adoramos a las aves raras —terció Horacio con acritud.

Se miraron unos a otros, no sé si con desconsideración o asombro. Esperé su chistosa réplica y me encogí de hombros como temiendo sus críticas y mofas.

—Me resulta verdaderamente asombroso, Tulio. ¡Que Atenea te proteja! —dijo Ovidio.

Inmediatamente, Horacio volvió a expresarse con rudeza:

—¡Resulta ridículo! Ningún escritor merece esa insana admiración y mucho menos que alguien navegue por dos océanos para mirar su jeta y escuchar sus toses.

No lo tomé como una afrenta y deseé entender su resentimiento, pero no lo aceptaba. Era un genio literario, que aun siendo de extracción humilde, parecía despreciar a los desconocidos lectores de la plebe. Prefería dedicar sus escritos a sus adinerados bienhechores y vivir como un sátrapa a su lado y a su costa, ignorando que la literatura es un bien universal.

—Bueno, Horacio, he preferido intimar con los libros más que con mis semejantes, pero también te admiro a ti. Yo, siendo un niño, me sentía un gigante leyendo a Tito Livio, y con sus relatos escapaba de la gris realidad del mundo. Vivía una vida paralela y mi espíritu se elevaba por encima del hastío. La sabiduría y el placer de los libros ayuda a la persona a ser lo que es capaz de ser. Y aun así me tengo por un ignorante —dije, y se hizo un viscoso mutismo.

En la tregua se oyó el aplauso de unas manos femeninas. Eran de Julia.

—¡Excelso cuanto dices, Tulio Vero! Te felicito por tu coraje y por tu erudición, y ese deseo de conocer a una mente elevada. Has demostrado gran sabiduría, siendo tan joven. Tu acción de venir del fin del mundo a conocer a un escritor no tiene parangón, créeme. Hoy he conocido a un romano singular.

Quinto Horacio volvió a la carga. No era hombre fácil de convencer.

—Los textos de Tito Livio exudan ideas republicanas. Según él, el divus César acabó con el sistema de libertades y, aunque cautiva a tu padre, cara Julia, ¿su héroe más admirado no fue siempre Pompeyo, el gran rival de Julio César? —dijo mostrando unos celos impropios de poeta tan eximio.

—Cierto. Mi padre llama a Tito Livio «mi amigo pompeyano». Pero desde su llegada al poder, Roma disfruta de una valiosa libertad de expresión. Las publicaciones aparecidas promueven los valores de la República, incluso las de Tito Livio, que cuenta con su admiración. Cuando vuelva de Patavium, te lo presentaré, Tulio. Es modesto y admirable, y se alegrará de conocerte.

Virgilio se mostró conciliador y quiso acabar con la disputa.

—La ambición de poder vuelve en estiércol la gloria del triunfo, pero nuestro amigo y césar, Augusto, ha conquistado la paz para los romanos y vivimos en una república renacida, mucho más justa y menos viciada y libre.

Mecenas animó entonces al tímido Virgilio Nasón a entonar un canto de sus Geórgicas y sin hacerse rogar declamó aquel de la muerte de Julio César, cuando algunos bueyes de Roma tomaron la palabra y anunciaron las excelencias del nuevo dios. En mis oídos sonó como música de la musa Euterpe.

Sin embargo, recordé el velado correctivo de Virgilio a Julio César en su Eneida cuando le reprochaba: «No ataques el corazón de tu patria con la mano de tu patria». Era humano en un genio que intimaba con lo más elevado. El festín se animaba, y de repente el santuario literario se convirtió en un misterio cuando la esposa de Mecenas, Terencia, tiró de la mano de Julia.

—Os dejamos, pero regresaremos convertidas en Afrodita y Safo —dijo.

Miré a Higinio y me negó con la cabeza. Ignoraba lo que iba a suceder. El mofletudo Horacio, que había tomado la plática como una ofensa personal, me miraba ceñudo, como si yo fuera un intruso que le había hurtado protagonismo a sus ocurrencias. En otras circunstancias me hubiera sentido contrariado, pero una sonrisa de Julia dirigida hacia mí me hizo sentir un gran alivio.

La luz anaranjada del salón resaltaba sus formas perfectas. La admiré y olvidé todos los pensamientos adversos de mi mente. Aguardé expectante la aparición de las damas.

La noche, llena de susurros y fragancias, prometía.

IV

JULIA

Tal como había insinuado Terencia, su reentrada resultó apoteósica.

Las dos bellezas nos fascinaron por los sutiles y transparentes indumentos que vestían. Se desprendieron de sus mantos púrpura y vi que solo las tapaba una tenue túnica de seda, una de color malva y la otra de azul, que no dejaban demasiado pábulo a la imaginación, ya que se transparentaban sus cálidas formas, los senos y sexos.

La hija de Augusto llevaba una lira y Terencia una cítara griega. Pulsaron las cuerdas y sacaron cálidas notas de cálido deleite. Bajo la boca de Julia se formó un hoyuelo cuando sonrió y anunció que entonarían el himno de amor de Afrodita. Tañían los instrumentos y cantaban sus estrofas, que aún revivo:

Oh, tú, Afrodita, que en cien tronos reinas.

Oye mi ruego, que como un carro veloz lleva mis palabras.

Son como gorriones sacudiendo el ala que del éter puro raudos a tus pies bajan. Arde de nuevo mi corazón que enredas en suave lazo.

Ven, oh, diosa, y mis anhelos cumple, como protectora que lidias las guerras del amor.

Acompañaron su canto con sensuales movimientos, seguras de que avivaban los instintos viriles de los que allí nos hallábamos. Sus vestidos giraban y las ajorcas y brazaletes se mecían en torno a sus muñecas y tobillos. A mí me corrió un escalofrío por las venas cuando aplaudí frenéticamente, dejando traslucir mi emoción, a la que se unieron los otros poetas.

—¡Talía y Melpómene han descendido a este auditorio! —dijo Mecenas.

Las damas, con sus melenas recogidas, volvieron a sus triclinios y pude oler el perfume de nardo de Julia, que al reclinarse lanzó un suspiro de satisfacción, mientras proseguía el festín literario y gastronómico. Mecenas eligió al arbiter bibendi, el maestro de la bebida de la cena, en la persona del tímido y afable Virgilio, quien, por sus conocimientos de vinos y viñas, debía ordenar a los esclavos la mezcla correcta de los selectos vinos de Qyos, Cumas y Paphos.

Provistos de parihuelas, los sirvientes acarrearon bandejas enormes con trufas de Tréveris, pulpejos de camello, lenguas de flamenco de

Cirene, ostras del lago Lucrino y codornices de Melos. Y degustábamos los extravagantes platos servidos por efebos y sirvientas ataviadas como eros y náyades.

El anfitrión, para convencernos de su fortuna, había hecho preparar por su cocinero un venado relleno sobre un lecho de exóticas legumbres con los ojos de topacios que parecía iba a saltar de un instante a otro. Las viandas resultaron espléndidas, y las pláticas, las discusiones sobre poesía, las recitaciones y los brindis nunca se retirarán de mi memoria por su excelencia.

Las esclavas nos ciñeron la cabeza con coronas de laurel y mirto y se sucedieron las declamaciones de los versos de los escritores presentes. Yo me distraje mirando el atractivo perfil de Julia, admito que en un impulso inadecuado, pues su canto y danza me habían embelesado.

Nunca había estado de mejor humor, y para mi complacencia la princesa se me acercó. Sabía por Higinio que había sido educada por el filósofo Fedro de Corinto, por el pedagogo Atenodoro de Damasco y por el fatuo Horacio, siendo la alumna más aventajada de la Academia Imperial.

De carácter rebelde, como todos los Julios, poseía una belleza y elegancia naturales. Roma entera sabía que Augusto profesaba veneración por ella y que su único motivo de inquietud era que olvidara sus virtuosas costumbres. Julia se tendió lánguidamente en el diván de mi lado para conversar de temas triviales en tanto un efebo le llenaba la copa de vino.

En tono cercano y cordial, la hija de Augusto me dijo:

—Tu hazaña en África fue muy meritoria, Vero. Mi padre debe conocerte. Valora mucho esos actos de ardor guerrero, y como tú, ama la literatura.

Demasiado azorado por la promesa, asentí.

—Estaría encantado, domina Julia, pero ¿no sería demasiado atrevimiento? El mero hecho de haberte conocido ya es un honor excesivo para mí, créeme —admití.

—En modo alguno. Sabiéndote un Corona Cívica, le agradará. Y en cuanto a mí, el sino de la vida ha hecho que me relacione con mucha gente, alguna estúpida y otra irrelevante. Tú eres una persona singular. Tu afán por venir a Roma a conocer a Tito Livio divertirá mucho a mi padre —me dijo.

—¿Por qué, domina? —le pregunté—. Solo deseo cumplir mi sueño.

—¿No lo sabes? Tito Livio es un republicano convencido, pero mi padre lo adora. No creas que Augusto es un tirano. Simplemente ha decidido acabar con las guerras civiles. Respeta al Senado y controla las codicias de los exaltados.

Como si hubiera estado esperando una señal, quise cambiar de tema. Deseaba hablarle de mi librería mientras degustábamos un plato de coles de Cumas, brotes de orobanca y puerros de Tarento con morena escabechada. Julia y yo estábamos enfrascados en nuestra plática privada, ajenos a los demás.

—Domina, perdona mi atrevimiento —le dije—. ¿Me harías la bondad de visitar mi librería? Significaría un altísimo honor para mí y mis copistas. Casualmente me ha llegado un libro de la poetisa Safo, escrito e iluminado en la misma Lesbos, que deseo ofrecerte por tu excepcional intervención en mi favor. De lo contrario te lo enviaré al Palatino, mañana mismo, si así lo deseas.

—¡Sí, lo haré! Me complace. Deseo regalarle a mi padre con motivo de su genius un libro original y tú me aconsejarás —repuso—. ¿Y de astrología, tienes alguno en tus estanterías? Una amiga mía es amante de esos temas.

—Pues me ha llegado un papiro sobre los astros. Perteneció a Epímaco, el sacerdote custodio de los libros esotéricos y de magia de Egipto. Lo guardaba para una conocida mía, cuando al fin consiga verla. Tengo otros volúmenes caldeos traducidos al griego que la satisfarán, domina —salí del paso.

Julia hizo una mueca de decepción. Era una mujer y yo había espoleado su curiosidad, trayendo a colación a otra fémina anónima. No había sido acertado por mi parte. Me miró con sus magnéticos ojos casi dorados.

—¿Ya posees amistades entre las damas romanas? Llevas poco tiempo en Roma y veo que no pierdes el tiempo —dijo bebiendo un sorbo de vino.

Mi credibilidad era puesta a prueba por una hembra sagaz. No tenía escapatoria. Había sido demasiado ingenuo al hablarle de una amiga cercana.

—La conocí en Gades, mi princesa, aunque reside en Roma, en el Celio.

Julia me fue cercando como el cazador a su presa. Deseaba saber quién era, y a medida que le daba más datos sobre su identidad, más atención ponía.

—¿Y carece de nombre esa dama, Vero? —insistió, azuzada por el vino.

—Quizá la conozcas, domina. Se llama Valeria Domicia y fue vestal.

Julia soltó la copa de ágatas y me miró con extrañeza. Su semblante se volvió tenso y se quedó atónita. Incluso ahogó una carcajada al oír el nombre.

—¡Que las parcas me aspen! —exclamó—. Valeria es mi mejor amiga, mi confidente y mi hermana mayor. ¡Mi querida Valeria!

Era difícil saber si su contestación había sido maliciosa o descarada. El caso fue que, derribados los muros del respeto por nuestro dispar rango, hablamos del amor, de la pasión y del enamoramiento. Y claro está, de Valeria. Tanto ella como yo compartimos algunas confidencias, y más tarde lo empeoré, pues me reconocí como un enamorado.

—¿Sabes, domina?, tengo a Valeria en un pedestal. La conocí e inmediatamente la amé.

—¡Claro, y Cupido lo sabe! Los jóvenes somos osados y nuestra pasión estúpida. A los catorce años yo ya estaba casada con Marcelo, a quien apenas si conocía. Era un extraño, pero me entregué a él con entusiasmo, aunque la noche de bodas se durmió como un niño. Mi padre estaba en Hispania, y mis padrinos fueron Livia y Agripa, el que pronto será mi segundo esposo. Os envidio.

Julia me miró seria.

—¿No estás casado, Tulio Vero? —preguntó curiosa.

Le respondí:

—Sí, con Marcia Flavia, de una familia de Hadria. Está encinta, por cierto, pero se quedó en Gades a causa del embarazo. Vendrá pronto.

—Todo mortal virtuoso posee algo de perverso —me confesó afectuosa—. Valeria es atractiva, inteligente, respetuosa con los dioses y también rebelde y ambiciosa. ¿Sufres por ella de mal de amores, Tulio?

La verdad es que Julia no me decepcionaba. Era una mujer sensata, culta y modesta, a pesar de tener tras de sí todo el poderío de su padre. Además, consideré que hacía de la amistad una virtud y me ofrecía su hombro amigo.

—Verás, domina, te voy a descubrir una confidencia. Añoro aún, pasados ya cuatro años, el instante de pasión que gozamos en el templo de Astarté. Desde aquel día ella ocupó mis pensamientos antes de conocer a mi esposa.

Julia, impactada, volvió otra vez a observarme asombrada, confusa. Dejó de comer por un momento. Por lo visto yo era para ella una caja de sorpresas. Al instante me dirigió una mirada de asombro.

—¿Tú eres el joven a quien entregó su virginidad en Gades? Me hizo esa confidencia hace ya tiempo, aunque con sumo respeto —me reveló.

—Sí, ese fui yo —contesté serio—. Creí que no lo divulgaría a nadie.

—A veces las confidencias surgen de la necesidad, Tulio —aseguró.

—Sí, pero ahora debo mirar por mi reputación. Aquello ya pasó. No obstante, ardo en deseos de volver a saludarla —le confesé.

Se distendió y soltó una carcajada, pero de comprensión. Luego dijo:

—El torbellino de la vida carece de bondad y tritura los sueños. Lo pagaste caro, pero Valeria ha cambiado desde entonces, ¿sabes?

—No poder verla es un tormento para mí, domina. Otro de los motivos de venir a Roma fue volver a contemplar su divino rostro.

—Permíteme un consejo, Tulio. Conozco el corazón de Valeria. Cuando regrese a Roma no debes interferirte en su mundo —me sugirió—. Desde que dejó de ser una vestal sagrada por decisión de mi padre y por una misteriosa cuestión de Estado es una barca a la deriva en el río oscuro de la vida.

—No me contó nada de eso, pero se juzgaba desgraciada a sí misma. Creo haberla perdido —dije bajando la cabeza.

—Las mujeres somos quienes elegimos a los hombres, menos las de sangre imperial, que estamos a merced de los arreglos de nuestros padres.

—Lo sé, desgraciadamente ese es el patrón de vuestras vidas —le dije.

Las palabras salieron de su exquisita boca como un tropel de sensatez:

—Tal vez Valeria no pueda elegir ni su vida, ni sus afectos, Tulio. Ya ves, yo soy la hija del todopoderoso Augusto y solo se me tiene en cuenta porque soy una matriz fértil para procrear herederos para el trono imperial.

—Tu vientre puede ser también tu campo de batalla y tu defensa —dije.

—Pero ¿hay peor desventura que esa? —se sinceró—. A los ojos de mi padre me siento eclipsada. No me toma en consideración, caro amigo.

Mi padre me aconsejaba que no escuchara los secretos de los soberanos, pues suelen acarrear desgracias. Pero la plática con Julia me resultaba cautivadora. Alcanzamos siendo noche cerrada la comissatio, o sobremesa, donde sirvieron frutas escarchadas con jengibre y elixires para aliviar la digestión. Julia seguía a mi lado y su conversación era sincera y cautivadora.

—Excúsame, domina Julia. Te conozco poco, pero parece que seas amiga mía desde hace años. Agradezco tu compañía, pues en nada me tengo. Si ves a Valeria te ruego que le digas que has conocido a su Graeculus y que estoy en Roma. Puede verme en el Argileto. —Y le expliqué el motivo del mote, logrando de su boca perfecta una risa sincera.

—La amistad, caro amigo, es mucho más tolerante que el amor, créeme.

Mecenas, que había aplaudido unos versos del rechoncho Horacio, se dirigió a mí e interrumpió nuestra plática. Tal vez deseaba separarme de la princesa. Vino dando saltitos y las joyas del pecho y

las manos tintineaban a cada paso. Deseaba que el coloquio final, quizá por la novedad, se centrara en mí.

—Hablemos de negocios, Tulio Vero. Alabo tu visión comercial y puedes visitar mi cobertizo del Aventino. Escribiré a mi factor para que te atienda. Con el arrebato coleccionista que sacude Roma debe de ser un gran negocio traficar con libros y antiguallas. Poseo decenas de colecciones llegadas de Oriente —me dijo.

—Lo es, ilustrissimus. Además, en breve venderé también garum de Hispania, oleum y púrpura para los mercados de Roma. Hacer transacciones con Mecenas sería un honor. Y sobre los libros, si deseamos arrebatar la primacía cultural a Grecia, debemos empezar por conocerlos.

Los poetas hicieron un círculo a nuestro alrededor, y cansados de comer y de beber con exceso, dejaron las bandejas de dulces sin probarlos.

—Aplaudo esa razón de que los romanos conozcamos la cultura griega —se pronunció Ovidio, que me prometió visitar la librería en breve. Después se haría el más asiduo de mi tertulia, que se formó en la trastienda del Argileto.

—¿Aunque Catón el Viejo y Juvenal achaquen los vicios que se apoderan de Roma a los libros llegados de Oriente? —preguntó el viejo Estrabón.

—Yo prefiero que en el botín del conquistador lleguen libros y no esclavos —opinó Virgilio—. Pero tengo tantos que no sé cómo organizarlos.

—Antes, se escribía para los amigos y como obsequio, pero veo que hoy se puede ganar el pan con la literatura, de lo cual me alegro —comentó Higinio.

—Eso me temo —dijo Horacio molesto—. Resulta muy curioso, pero en las últimas Saturnalia se ha puesto de moda regalar libros. ¡Qué insensatez! ¿No habrás sido tú, Tulio Vero, el promotor? Me parece indignante, por Diana.

—En modo alguno, domine. Mi librería aún no estaba abierta, pero aplaudo esa costumbre. Dioses, fiestas, libros y placer, todo mezclado —lo corté desabrido—. Si cada libro lo vendo a cinco denarios, puedo conseguir una fortuna. Lo que sí he puesto en marcha es una venta ambulante de hojas sueltas para lectores pobres, que Augusto y Mecenas han alabado, caro Quinto.

—Alabo tu decisión, Tulio. —Se unió Estrabón—. Quieran los dioses que nuestros libros sean objetos de regalo y la cultura llegará muy lejos.

Horacio, cosa que nunca entendí, se opuso a nuestros deseos:

—Desconfío de los lectores anónimos. ¡Me dan pánico! Mis Epístolas solo serán leídas por mis amigos y protectores, como tú,

carísimo Mecenas. A Juvenal le daba asco que un galo, un germano o un picto leyeran sus escritos. La escritura y la lectura son actos íntimos, solo para eruditos y amantes de la palabra. ¡Lo demás es mugre!

Había acabado por irritarme y, empleando la ironía, le contesté:

—No puedo estar de acuerdo contigo, Horacio, y excúsame, pues eres uno de mis autores favoritos y te recomiendo a mis clientes. Ahí radica la fuerza de un escritor. Que su obra sea leída por cientos, quizá miles de lectores en todo el Imperio. Ha nacido el autor universal, amado e imitado, caros amigos. Así vuestras obras alumbrarán a miles de vidas, e influenciarán a cientos de personas. Ese es el milagro de un libro, admirado Quinto.

Oí la voz dulce de Julia, cuya sensatez era conocida:

—Esa opinión, Vero, me resulta sensata y atinada. Ese será el futuro de los libros. Tu visión sobre la cultura es innovadora. ¡Admirable, por las musas!

Deseaba contestar a la hostilidad de Horacio con el desdén que inspiran los arrogantes, pero callé. No deseaba comprometer mi dignidad. Yo era dueño de mi destino y mis ilusiones, y sus opiniones no me herían. Pero me resistía a aceptar a un enemigo despiadado entre los escritores romanos.

—¿Y qué textos son los que más se venden en tu librería? —preguntó Virgilio.

—Los cuadernos unidos por los lomos, o sea, los libros, y también los pugilares, pequeñas obras para llevarlas en los viajes y paseos. La palabra textus, como sabéis, viene de «tela tejida», y ofrezco volúmenes y textos indios y egipcios escritos en seda.

Higinio, que estaba ya algo achispado, me defendió con ahínco:

—Fraternos amigos, yo he instaurado una costumbre en la biblioteca Imperial que me llena de orgullo. Desde hace un mes se hacen préstamos de libros que han de devolverse. Era el deseo del divus César y de nuestro Augusto: divulgar la cultura.

—La máxima: De sua pecunia fecit, vive de su dinero, ha concluido para los escritores romanos —insistí—. Yo gratifico con buenos dividendos a quienes editan conmigo. Preguntad al poeta Fabio Rústico. Le he pagado recientemente quinientos denarios por sus ventas. Animaos a publicar conmigo, amigos.

—¡Eso es prodigioso, por Juno! Editaré contigo, Vero —dijo Ovidio—. Al fin los autores podremos vivir de nuestro trabajo y no esperar la herencia de una viejo ricachón que lea nuestras creaciones o de un protector que pague nuestras facturas. Me agrada que cientos de devotos me paren y me saluden en el foro.

—A mí me aterran, querido Publio. Es más, salgo huyendo cuando se me acercan. Detesto tanto la bibliomanía como el culto al poeta —

dijo Horacio.

—He encargado medallones en bronce dorado de todos vosotros con vuestra efigie, que muy pronto colgarán de las paredes del Atrium Libertatis. Ha nacido en Roma un nuevo héroe: el escritor —dijo un Higinio arrebatado.

A juzgar por las palabras entrecortadas de los comensales y sus escarceos con las esclavas, adiviné que el festín se estaba convirtiendo en una bacanal y que pronto concluiría. Higinio y Virgilio se excusaron por lo tarde de la hora y abandonaron el Auditorium. Julia, Ovidio y yo estábamos deliciosamente borrachos y reíamos.

—Querido Tulio —me dijo Ovidio con palabras balbucientes—. Has de saber que ya formas parte de nuestras pláticas literarias y, lo más importante, eres un miembro más de la «facción de Julia», como todos nosotros.

—¿De la facción de Julia? No te entiendo, Ovidio.

—Verás. El poder en Roma ha tomado dos direcciones, los que apoyamos a Julia y su descendencia para que suceda a Augusto en la sede imperial y el bando de Livia, que desea a toda costa que sea su hijo Tiberio o Druso el sucesor.

—Mi corazón y mi entendimiento estarán siempre con Julia —contesté.

Pensé que los contactos mantenidos marcarían el derrotero de mi vida futura en la capital del Imperio y me sentí orgulloso. Siempre he tenido un especial talento para leer en la mente de los hombres y conocer sus miras e intenciones. Ovidio me pareció un sibarita listo y seductor, Virgilio un alma sublime y Horacio un cascarrabias inspirado.

Terencia nos animó a seguir bebiendo, y nos ofreció unas lujosas habitaciones para pasar la noche, por lo que no debíamos preocuparnos. Tambaleándome, y tras un rato de brindis, subí las escaleras ayudado por una esclava a la que besuqueé el cuello. Una gran cama apoyada en una pared pintada con escenas eróticas estaba frente a una ventana y me arrojé a ella. Pero súbitamente salté como impelido por un resorte oculto.

Sobre los almohadones y las sábanas había una mujer desnuda que dormía, pues escuchaba su serena y acompasada respiración. ¿Quién sería la joven? No tenía fuerzas, ni mi mente estaba para tener una relación pasional. Seguramente era una de las bailarinas de la compañía de mimos que había actuado en los postres. Con la penumbra no distinguía su semblante.

Me desnudé con la ayuda de la esclava y me acurruqué al lado de la desconocida, cuya mata de pelo le caía desordenada por la espalda. Mis sueños se mezclaron con mis evocaciones y mi subconsciente trajo a mi cabeza la imagen de Valeria, hasta el punto de que abracé

fuertemente a mi acompañante anónima, e intenté hacerla mía, entre besos ardientes.

En sueños escuché gemidos de lujuria en las habitaciones de al lado, ecos rumorosos del festín y risas de placer, y me animé a poseerla, a pesar de que mi lucidez era mínima. Nunca olvidaré el olor de su piel y sus deliciosas formas. Al poco me fue venciendo el sueño y en el exterior comenzó a caer una cellisca menuda antes de quedar profundamente dormido y abrazado a la beldad, que no había dicho palabra con mi ofensiva.

Con las primeras luces me desperté con la impresión de ser observado y por el leve traqueteo de la cama. La misteriosa y muda mujer que yacía desnuda a mi lado se incorporaba mientras bostezaba sutilmente. Con el pelo revuelto y el paso inseguro se dirigió a la puerta con la túnica, la estola y las sandalias en la mano. Con mi sopor me fue difícil verle la cara, pues la débil luz del alba no era aún clara.

Al llegar al soportal volvió el rostro y descubrí unos grandes ojos y un destello del color del ámbar que me examinaba. Me desperté de golpe. Insólito dilema. ¿Acaso aquella no era Julia, que quizá se había extraviado en el laberinto de la domus de Mecenas? No pude precisarlo, pero ¿había dormido desvestida y acurrucada junto a mí la hija del césar?

—Sigue descansando, querido Graeculus —me deseó.

La desconocida se despidió esbozando una sonrisa cálida y en su semblante percibí que me transmitía una emoción de amistad y cercanía. Por un momento me sentí aturdido.

Pero sin demora me noté considerablemente dichoso.

De Ulpio Vero, en Gades, a mi hijo Tulio, en Roma.

Que la Bona Dea te guarde y te proporcione firmeza. Salve, filius.

Ojalá estuvieras junto a nosotros para aliviarte de la trágica realidad que me propongo comunicarte y que fustiga sin misericordia a nuestras familias, pues, ¿existe algo peor que la impotencia contra el furor del destino? Jamás en mi vida me tembló el pulso al tomar el cálamo para anunciar una noticia, y a la hora de escribirte apenas si puedo contener mi mano y mi aflicción.

He de notificarte que tu esposa, Marcia Flavia, la kata gastrós, «la que llevaba en su vientre la vida», fue llamada al Hades y hoy pasea por los Campos Elíseos al fallecer tras un penoso parto que, no obstante y gracias a los dioses, nos reportó el nacimiento de tu hija, alegría inefable para todos. La unión en la que habíais depositado vuestra recíproca felicidad se ha visto desbaratada por el más fatal de los sinos. Murió en las antecalendas del IV día del mes de Iunius, ante nuestra inconsolable presencia, a pesar de las solicitudes del físico y de la partera fenicia que la asistieron.

De nada sirvieron las curas arriesgadas y las pócimas proporcionadas por los más expertos médicos de Gades. En pocas horas, la palidez que todos considerábamos ligada a su belleza se trocó en transparencia enfermiza y comenzó a arrojar flujos por su maternidad, arrebatándonosla el terrible hado en muy poco tiempo.

Nada más pudimos hacer salvo encomendar su alma a Perséfone, a nuestros antepasados y a los dioses lares y tutelares. Murió en paz y fue depositada en el columbario de nuestra gens de Dídime, observando todos los ritos sagrados que exige nuestra sangre y religión secular. No estabas aquí para levantar en tus brazos a tu hija y así mostrar al mundo que entraba en la familia, pero yo lo hice por ti y también la deposité en la tierra desnuda y recé para implorar el apoyo de los dioses Levana y Natalis, deidades de recién nacidos, y ofrecí en tu nombre un sacrificio a Lutricus, el Puro, en la misma fecha de su purificación.

En tu nombre, las familias Vero y Flavia celebramos la cena de purgación tras la muerte de Marcia y rociamos tu casa con agua lustral e incienso, para recobrar la pulcritud de las cosas tras su partida al Hades. Por si te sirve de consuelo, te diré que Marcia te mencionó en su agonía, pues ocupabas un lugar de privilegio en su corazón. Sé que en la lejanía no existe contrapartida para tu dolor, y que recibes una trágica conmoción y un sesgo brusco en tu vida, que de seguro te desolará. ¡Valor, Tulio!

Tu hija, a la que insistió en que se llamara Tulia, goza de buena salud y vitalidad. Le ofrecimos un sacrificio a Filia, deidad del alumbramiento, y nos escuchó. Es rubia, de un blanco transparente, y sonríe a todas horas,

convirtiéndose en nuestro apoyo, sostén y regocijo. A falta de una madre, posee tres: la nodriza que la amamanta, tu madre Aurelia y la esposa de Marcio. La alimenta una dama de cría de Puerto Menestheo y no debes preocuparte por su atención, cuidado y sustento.

En otro orden de cosas y dada la distancia que nos aleja, te informo de otras eventualidades que acontecen por aquí. La sociedad Gadeira prospera en Roma y al primer cargamento de garum, púrpura y oleum se añadirá otro al final del estío. Hemos recibido las colecciones de libros y rollos griegos que nos anunciaste y todas ellas han sido vendidas a los nuevos ricos y magistrados a los que tenemos por clientes. Marcio Flavio, tu suegro y nuestro socio, está gozoso con tu gestión y reza a los dioses por ti.

Nuestro patrono, Lucio Cornelio Balbo Minor, ha concluido las obras del teatro que lleva su nombre y de la vía Augusta, culminando los puentes, el portus y la muralla de la nueva ciudad. Gades ha celebrado con sacrificios y festejos que fuera nombrado por Augusto procónsul de África a fin de dirigir la campaña contra los garamantas, aquel indómito pueblo de sediciosos al que tú te enfrentaste.

Ha marchado al mando de dos legiones y se enfrenta al riesgo de tener que internarse en el desierto. No obstante, Balbo posee experiencia militar, es un óptimo estratega, audaz y valeroso y a la hora de mostrarse cruel e implacable con el enemigo es único. La caballería gaditana lo acompaña y le ayudará a tomar su capital, Gamara, y el escondrijo de Cidamus, donde se refugian esas alimañas.

Te mantendré informado de los progresos de la guerra que seguro engrandecerán su nombre y el de Gades. Esta campaña no durará más de tres meses y la Roma victoriosa descansará del peligro gétulo y garamanta por mucho tiempo.

Te exhorto, querido hijo, a que no incurras en el natural desánimo y en una estéril evocación de Marcia. Alivia tu alma, Tulio, y disfruta de la vida. Ya habrá tiempo para concertar otro matrimonio ventajoso para ti. Rezamos a los dioses por tu salud. Tu madre, tu hermano Nevio y el magister Amyntas te saludan. Mors ultima ratio. La muerte es la definitiva razón de todas las cosas.

En Gades, VI día de las antenonas de Iulius

V

EL TRIUNFO

Roma, año 20-19 a. C.

Asumí con gran dolor el fatal trance de Marcia y con regocijo el natalicio de Tulia. Mi desconocida hija se trocó en el objeto de mis nostalgias, apaciguando mi pena, aunque aún no la había alzado en mis brazos.

—¡Dioses de mis antepasados, sed magnánimos con esa niña! —rogué.

Leí la epístola con los ojos enrojecidos y apuré el último sorbo de un jarrillo de vino que me supo como si saboreara hiel. La tiránica realidad de la muerte de mi esposa había sido súbita, fulminante y despiadada.

Marcia apenas si había gozado de la vida y me sumió en el abatimiento. Mi ánimo desgarrado se igualó a un cementerio, donde la memoria de mi efímero enlace era exclusivamente la tumba imaginada de Marcia y de algunos días de felicidad.

Desgarré la carta en cien pedazos. Pero debía proseguir mi vida valerosamente. Saludé indiferente a mis copistas y salí tropezando con unos viandantes andrajosos. Cadmo y Nausícaa advirtieron que mi mirada se había abismado en una cruda aflicción y me consolaron desde el primer instante con sus cuidados. El fallecimiento de Marcia me sumió durante meses en una pena opaca y en su memoria prescribí una limosna anual para los ciegos, tullidos e indigentes del templo del Pudor, para no olvidarla nunca.

***

Yo seguía con mi obsesión por relacionarme con Tito Livio, aunque solo fuera verlo en la distancia, y visitaba la biblioteca Octavia para enterarme de los anuncios de las lecturas. Su nombre no aparecía, e incluso pedí a Higinio que me acompañara a Patavium, su lugar de retiro.

—Apreciado Tulio. Tito Livio está de viaje por Atenas, Antioquía y Alejandría. Ha viajado con Nicolás de Damasco y Estrabón de Amasia para recabar datos sobre la campaña de Augusto César. Tardará en retornar.

—Pues aguardaré su regreso. La fatalidad me lo sustrae.

Animado por contar con la confianza de Julia, que me invitó a dos festines en su domus, puse en práctica mi habilidad para la persuasión. Volví a interesarme por Valeria, cuya recordación me absorbía el seso todavía. Pregunté titubeante:

—Domina Julia, ¿sabes si Valeria ha regresado a Roma?

—Valeria huye del mundo, Tulio. ¡No! Sigue en Cumas. Resígnate.

Bajé la frente y acepté mi decepción. Felicité a Julia en una cena literaria organizada en la domus de Higinio por su avanzado embarazo, fruto del matrimonio con el general Agripa, y ella me mostró su amistad sin fisuras agradeciendo mis deseos de salud.

—Debo cumplir con mi deber. ¿Y tu esposa, Tulio? ¿Sigue en Gades?

—Los dioses se la llevaron en el parto, pero me dejó una hija, Tulia.

—Hónrala, y honrarás su memoria, caro amigo —me deseó—. Hazla feliz.

—¿Acaso tú no lo eres, carissima? —me atreví.

—Mi padre y mi marido tienen los dos una hija predilecta: Roma, y otra elegida para sus provechos: yo. Pero yo los amo de igual modo. Augusto es el dueño del mundo, un dios, y su efigie preside los hogares, las basílicas, los templos y las encrucijadas de caminos de todo el Imperio. Ignoro sus designios sobre mí, Tulio, pero mis sentimientos no cuentan en el Palatino.

Me confió que el anuncio del embarazo había llenado de gozo a Augusto, que veía a su futuro sucesor en su vientre, si es que era varón, hasta el punto de que había dado por concluido su periplo por las provincias y regresaba a Roma para estar presente en el nacimiento. Julia me besó en la mejilla y yo le sonreí.

Julia era un objeto más en las manos de un tirano, su padre.

En cuanto a mí, el destino se había confabulado para que mis dos inveterados deseos no se cumplieran. Ni conocía a Tito Livio, ni hallaba a Valeria en Roma. A veces mi ira convertía mi cabeza en un furioso enjambre de abejas. La suerte no me asistía y me encolerizaba.

Pero en la vida no pueden sacarse conclusiones precipitadas de las cosas. Y donde se esconde la congoja, suelen también abrirse ventanas a la dicha. Nausícaa, mi esclava, que se preocupaba por mí constantemente, decidió calentar mi lecho y me acompañaba en las frías noches invernales de Roma sin que yo se lo solicitara. Poco a poco se convirtió en mi apoyo y en el cálido consuelo de mis deseos.

Se acostaba en mi lecho en actitud lánguida y voluptuosa, esperando que yo aplacase sus pasiones y ella mis sinsabores. Disfrutaba de su cuerpo de piel tostada y la inicié en los goces del tálamo. Noche tras noche se dormía abrazada a mí, reconfortaba mi espíritu y satisfacía mi virilidad. Y en su serena y ardiente compañía,

escuchaba el murmullo de las aguas del Tíber, aliviándome las añoranzas de Gades y de la malograda Marcia.

Tengo aún presente aquel marzo lluvioso, tras los fastos de los Salios, y lo hago con júbilo. El desasosiego me confundía y no sabía qué hacer, si permanecer en Roma, o regresar por un tiempo a Gades y conocer a mi hija. La librería y la tienda de artículos de la Bética prosperaban en manos de Servando y de Cadmo, y paseaba bajo el tibio sol de la mañana por la vía Sacra inmerso en mis pensamientos. Atravesé distraído el concurrido Aequimelium, el mercado de las aves, y crucé ante las escalinatas del templo de Julio César, donde menudeaban los cojos, lisiados y mutilados de las guerras civiles.

Sorprendí a Cayo Higinio, conversando con un patricio de pelo blanco, alto y bien parecido. Aquel encuentro iba a cambiar mi vida. Me detuve.

—Frater Tullius! —exclamó—. Créeme, nos dirigíamos a tu librería.

—¿Es él? —escuché la voz interrogativa de su acompañante.

—Sí, el mismo —oí que le decía el bibliotecario al desconocido.

De repente, el acompañante de Higinio se precipitó sobre mí y me abrazó con un afecto del que ni mi mismo padre hubiera sido capaz. Pero mi asombro llegó al extremo cuando vertió unas lágrimas en mi hombro. Al fin, dijo:

—Mi nombre es Marco Sisena. Soy el padre de Quinto, al que tú salvaste la vida en Cirta. Mi agradecimiento y el de mi familia serán eternos, amigo mío —afirmó temblándole la voz—. ¡Vamos, entremos en esa hospedería!

Una oleada de emoción recorrió mi cuerpo y los seguí. La remembranza de la odisea junto a Quinto por las pedregosas trochas africanas, los campos abandonados del río Nigris y sus páramos resecos volvieron a mí de golpe. Y una vez más, cuando estuvimos acomodados en la mesa de un refinado comedor para peregrinos adinerados, hube de relatar con todo lujo de detalles lo acontecido en el norte de África, mientras apurábamos una vasija de oloroso de Campania y Marco lloraba e hipaba como una mujer.

—Y Quinto, ¿sigue enrolado en la Augusta? Sus heridas necesitaron tiempo para sanar y espero que prosiga su carrera castrense —me interesé.

—Tan curado que ha participado en la campaña contra los garamantas al mando de nuestro patrono Lucio Balbo, que ha concluido con una victoria completa. Pronto lo verás en Roma, pues las naves que transportan a las legiones vencedoras ya han partido de Sicilia. El Senado ha concedido el triunfo a Balbo Minor, el general vencedor al que su ejército ha aclamado como imperator, y muy

pronto lo recibiremos juntos. Quinto agradecerá a los dioses verte en Roma.

Con el pasado arremolinándose en mi cabeza, respondí:

—A tu hijo lo tengo por hermano y hace tiempo que deseo abrazarlo.

—Él te respeta como a un padre. Nos relató que ya se había abandonado a la muerte y que tú, con tu valor, le devolviste el ansia de vivir. Que Marte te lo premie, querido Tulio. La Corona Cívica es poco premio para esa proeza.

Le mostré mi cicatriz en la frente alta, tapada por mis aún abundantes cabellos, y rememoré la herida casi mortal de Quinto. Dimos cuenta de un opíparo almuerzo y, tras charlar de la contienda en África, Sisena me miró con aprecio y me tendió la mano.

—Sé por Higinio que tu honorabilidad te impide solicitarme algo que precises para mejorar tu vida y que yo te concedería sin rechistar. Por eso seré yo quien te lo ofrezca —me dijo enigmático—. Verás, Tulio. He permanecido más de un año fuera de Roma, enviado por Augusto con una comisión senatorial. He estado buscando nobles jóvenes équites, eruditos y de estirpe antigua, como tú, para promocionarlos a altos cargo de la administración imperial.

Yo sabía que Marco Sisena era un speculator, un emissarius o agens in rebus, o sea, un agente encubierto, que ya había trabajado para el divus Julio y para Augusto en sus campañas y en la maquinaria de propaganda y espionaje militar. Su influencia en Roma era grande. El consejero del emperador hizo una pausa, mordió una aceituna y bebió de la copa.

—Escúchame con atención, Tulio. Eres un Corona Cívica y de la ilustre gens de los Vero de Hadria y Gades. Higinio me asegura que eres un équite culto y con agallas y avezado en los negocios, y que tu compañía naviera Gadeira mercadea con gran éxito en el Mare Internum. Además de no ser soltero, tus costumbres son intachables, y algo que me congratula, perteneces a la faccio Iuliae frente a la maquinadora Livia.

Me invadieron sentimientos encontrados y le dije:

—¿Y bien? ¿Qué deseas de mí? No te llego a entender, Marco. No has de agradecerme nada. Créeme, tu hijo Quinto lo hubiera hecho también por mí.

—Te honran tus palabras, que denotan virtud e integridad —contestó.

Marco Sisena hizo un paréntesis. Su voz sonó nítida:

—Has de saber que tengo que presentar a Augusto una lista con cincuenta jóvenes caballeros de Córsica, Sicilia, Galia e Hispania, a los que he investigado, para que ocupen las vacantes del Senado que desea reformar con savia nueva. Tú encabezarías la de la Bética. Y si

no tienes un millón de sestercios para ingresar en el banco estatal de Saturno, yo mismo los pondré. ¿Qué me dices? ¿Aceptas, Tulio?

Experimenté confusión, no fuera que lo hubiera entendido mal. Ignoraba si debía rechazarlo por mera modestia, pero agradecía su insólita propuesta.

—¿Yo, senador de Roma? —me quedé boquiabierto y recordé la conversación con mi padre y mi suegro.

—A Higinio le parece justo, legal y apropiado —corroboró.

—¿Es por mis merecimientos, domine? O porque te ves obligado.

—Por tus méritos y valía —afirmó—. Además, para mí sería una satisfacción, y mi esposa, Zinthya, agradecería a los dioses que hayas aceptado. Reza por ti y desea conocerte, pues le devolviste la vida a nuestro único hijo.

Mi mirada siguió impasible como un plato de melaza. Recordé a mi padre Ulpio, a mi suegro, a mi madre y a mi hija Tulia. Por otra parte, Julia, Ovidio, Mecenas y Virgilio, mis ilustres amistades, se congratularían, y yo me hallaría en el vórtice mismo de las decisiones del Imperio. El júbilo se extendió por mi rostro, y asentí. Fue una reacción de gozo que me salió del corazón mismo y busqué unas palabras adecuadas que no mostraran engreimiento. Le contesté agradecido alzando mi copa:

—Tú y la diosa Fortuna me habéis señalado con su dedo favorable. ¡Acepto! —repuse, y solté una risa forzada, mientras Higinio y Sisena me abrazaron.

Salimos a la calle a media tarde y tan ebrios que apenas si nos sosteníamos en pie. Y desde aquel día dichoso me convertí en asiduo a la domus de los Sisena, intimé con la madre de Quinto, que me trató como a uno más de la familia. Y mi estancia en Roma, desde entonces, se hizo más complaciente.

A partir del encuentro con Marco Sisena todo se sucedió muy deprisa.

Augusto no había subestimado las habilidades y la capacidad militar de su amigo el procónsul Lucio Cornelio Balbo Minor, el gaditano, mi patrono de Gades, que había regresado a Roma victorioso tras su campaña contra los gétulos y garamantas, a los que yo me había enfrentado en escaramuzas sin mucha gloria. Según las noticias publicadas en el Foro, Balbo había llegado con sus legiones hasta lo más profundo del desierto y rebasado el curso del río Nigris, o de los negros, con lo que el limes del Imperio alcanzaba en África su máxima extensión, llegando incluso más allá de las ciudades de Thelga, Debris y Garama, la capital y refugio de los hostiles africanos.

Recordé mi encuentro contra los feroces guerreros de tez ennegrecida y ágiles como panteras, donde recibí mi primera gracia de

sangre y donde casi pude perder la vida, y también al viejo pastor que había curado a Quinto, que me auguró que no acabaría el peligro para Roma hasta no ser exterminados como alimañas y hasta que se devastaran sus guaridas de adobe rojo.

A petición de Octavio Augusto y del Senado, y por derecho propio al haber sido aclamado Imperator por sus legiones, se le concedió a Balbo el Hispano el derecho al carro y a la entrada triunfal en la Urbs.

Una lámina de azul impoluto imperaba en el cielo y un sol soportable, surgido tras las colinas del Celio y el Esquilino, apenas si agitaba con su ardor el aire. El rumor había pasado de boca en boca y la plebe arrastró consigo el ruido de sus sandalias y el apresuramiento en un homenaje de promesas de espectáculo, comida gratis y quizá la recompensa de algunos denarios. Los barqueros maldecían a los que habían llegado del otro lado del Tíber y unos y otros cogían sitio para contemplar el séquito del general, del que se decía era el primer no nacido en Roma que era aclamado en triunfo en la Urbs.

Como Corona Cívica, que lucí ufano en mi cabeza, fui invitado a una de las tribunas levantadas a lo largo del trayecto, junto a Marco Sisena, Higinio y Ovidio. Pero desde el inicio de la procesión estaba atento a otra cosa. No hacía sino mirar a las tribunas cercanas para descubrir a Valeria Domicia y mi corazón cabalgaba inquieto por mi pecho. Siendo hija adoptiva de Balbo, necesariamente debía hallarse presente en el grandioso acto. Pero no la vi, ni siquiera en el estrado imperial, y mi ánimo se sintió abatido.

Balbo salió de la Villa Pública, edificio estatal para alojar a los embajadores alzado tras las murallas y el Campo de Marte, y de la vía Triunfalis, iniciando el fastuoso desfile frente al templo de la diosa Felicitas. Al pasar junto a mi tribuna contemplé al vencedor, quien exhibía una coraza de plata con imágenes de Hércules, el patrono de Gades, y los símbolos del Triunfo: la cara tintada de rojo, los indumentos del mismísimo Júpiter, o sea, la brillante capa escarlata, el paludamentum distintivo de un procónsul romano, y una estatuilla de oro con su genius particular, mientras recibía la salva de sus legionarios y de la plebe con el brazo alzado.

El patrón de los Vero, Lucio Balbo, al que yo conocía sobradamente, era un hombre membrudo, de rostro viril y cercano a la cincuentena. Saludó grave al ser acogido por el público con una salva de aplausos. Observé, encastrada en el frontal del carro, una pequeña imagen de la diosa Fama, la de los Cien Ojos, cuyo hijo predilecto recibía los clamores del pueblo.

—Balbus victor! —lo aclamaban—. Balbus imperator!

Lo acompañaban sus dos legiones vencedoras y a la que yo pertenecí, la Augusta, ante cuyo lábaro incliné la cabeza con lágrimas en los ojos. Lo seguían el rey Juba de Mauritania, el gran aliado de

Roma en el territorio, con sus jinetes númidas, los arúspices del Palatino, las seis vestales y los flamines o sacerdotes de Minerva y Ceres, con los litus en sus manos.

Un coro multitudinario de músicos y danzarinas rodeaba los thensae, los carromatos que transportaban las efigies amarfiladas del panteón romano, y grandes cartones pintados apresuradamente con los nombres y las imágenes de las gentes bárbaras vencidas, así como las ciudades tomadas al enemigo que yo conocía por mi estancia en Cirta: Tabudium, Gemella, Thuben, el monte y el río Níger, el río Dasibari, Debris y Garama y las riquezas que producían.

Bajo el frontal de carruaje de Balbo, tirado por caballos blancos, se oía el tintineo de un falo de plata para prevenir al vencedor de los malos espíritus. Mi victorioso patrono lucía sobre su cabeza una corona de laurel y se vestía con una túnica bordada con palmas de oro, la túnica palmeta, y una ostentosa toga púrpura de Bozrah, bordada con estrellas doradas: la sacra toga pacta.

—Io triunfe! ¡Salve, oh triunfo! —lo aclamaban los legionarios.

Lucio Balbo saludaba sonriente a la oleada humana, concentrada en foros, esquinas y vicus, mientras sostenía en una mano un cetro de marfil, el imperium, y en la otra una frondosa rama de laurel. Montado en el carro, tras él, iba un esclavo que sujetaba por encima de su testa la corona de oro de Júpiter, mientras le susurraba al oído: «Mira hacia atrás y recuerda que eres mortal».

De repente, entre los oficiales que desfilaban a su lado, advertí a Gayo Fanio, mi recordado tribuno, el bravo soldado pelirrojo que me hizo soldado y que solicitó para mí la Corona Cívica. Renqueaba al marchar y llevaba oculta por un pañuelo amarillo una herida a medio cicatrizar en el cuello. Fanio era un varón de redaños, un soldado temerario. Marco Sisena gritó y señaló al decurión que lo acompañaba. Era su hijo, mi idolatrado amigo Quinto. Me emocionó su marcialidad. Los saludamos, pero entre el griterío y el redoblar de los timbales no nos escuchó. Tenía ganas de fundirme en un prolongado abrazo y beber a su lado.

—Balbus, imperator! —retumbaba la voz de los legionarios.

Tras el carro del triunfador, al que arrojaban guirnaldas de flores y ramas de olivo y roble, cabalgaban los miembros masculinos de su familia, como su yerno, el magistrado y antes cónsul, Norbano Flaco, otros sobrinos, sus libertos, los altos dignatarios de Roma y sus oficiales, rodeados por una cohorte de lictores ataviados con túnicas rojas y portando los intimidatorios fasces.

Tras su rueda se movían unos carromatos adornados de guirnaldas con el espectacular botín amasado en los asaltos a los poblados garamantas, sobre todo de gemas, diamantes, oro, joyas desvalijadas al enemigo, armas, imágenes pintadas en pancartas con las batallas

libradas y miniaturas en madera y cartón de las fortalezas asaltadas y destruidas.

El gentío rugía de fervor hacia el triumphator, y los veteranos, de viejas cicatrices y voces roncas, seguían cantando himnos castrenses y distribuyendo monedas entre la marea humana. A los legionarios se los veía exultantes, pues recibirían diez mil denarios como recompensa y el doble los comandantes. Habían sustituido sus armas por laureas que balanceaban en sus manos mientras cantaban las excelencias de su general triunfador. Una reata de esclavos nubios tiraba de unos carretones con jaulas donde los reyezuelos capturados y los caudillos de los pueblos del desierto miraban cabizbajos y sobrecogidos a la plebe. Los aguardaba la muerte.

El vulgo les arrojaba inmundicias y los insultaba, recordando los feroces asaltos a las ciudades de la costa africana donde se habían perdido muchas cosechas de trigo, imprescindible para la manutención de la gran holgazana: la plebe de Roma. Los seguían los toros blancos que se sacrificarían ante el Capitolio, coronados de flores y con los cuernos pintados con pan de oro, junto a los trompeteros del Senado y los danzarines capitolinos que bailaban danzas arcaicas al son de las flautas y tamboriles.

Las tribunas del Foro se hallaban atestadas con los cargos públicos, los invitados más ilustres de la República y los embajadores de Capadocia, Pérgamo, Tiro, Gades y Laodicea acomodados en sillas de marfil y bajo un dosel anaranjado de seda que aliviaba la resplandeciente luminosidad.

Al comparecer ante el templo de Vesta y de Cástor y Pólux, el general triunfador miró hacia la tribuna e inclinó la cabeza ante Octavio Augusto, Agripa y los senadores más ancianos. Allí estaba también a quien más amaba Balbo: su hija Cornelia, que le correspondió con lágrimas de emoción.

Pero Valeria no se hallaba entre los familiares del general triunfante.

Decepcionado y con el ánimo desfallecido, deposité la mirada en el séquito. Era el momento más festivo del jubiloso desfile militar, coincidiendo con la llegada del triunfador al Capitolio. Después resonaron como truenos los timbales de guerra y las tubas de los legionarios, entonando el himno de Marte. Cientos de palomas volaron asustadas por encima del friso del templo, instante en el que fueron separados del cortejo los prisioneros y rehenes africanos, quienes fueron conducidos a la cárcel del Tullianum, donde serían estrangulados y arrojados sus cadáveres a las Gemonias del Tíber. Era la norma aceptada que no admitía la misericordia y Balbo no haría ninguna excepción.

Llegados al templo de Júpiter, fueron sacrificados los toros en una

gran hecatombe ante el padre de los dioses. Balbo Minor bajó del carruaje de caballos blancos y subió los escalones del santuario de rodillas, para manifestar su humildad. Había cumplido cincuenta y cuatro años y mi patrón se hallaba en el cénit de su gloria, aunque recitaba: «Nada soy ante los dioses inmortales».

El victorioso se cubrió la cabeza con el manto escarlata y rezó contrito ante la estatua sedente de Júpiter Óptimo Máximo, como habían hecho muchos generales romanos antes que él. El pueblo contemplaba al hispano, eufórico por contar con un estratega de su calibre, y lo ovacionó con largueza. Después, el Senado, los altos funcionarios, magistrados, familiares, vestales e invitados del Estado participaron en un suntuoso banquete en el mismo Capitolio. Merodeé por sus salas para intentar descubrir a Valeria, pero allí no se encontraba, ya que a las mujeres no les estaba permitido participar. Abandoné el santuario decepcionado y busqué a algún amigo conocido.

—¿Has visto por algún lado a Valeria Domicia, Higinio? —le pregunté.

—Es demasiado orgullosa para juntarse con los mortales, Tulio —dijo irónico—. Debe hallarse en Roma, pero debe de acompañar a Cornelia o a Julia.

No deseaba montar una escena y pasar por un estúpido enajenado y abandoné el templo. Mientras tanto, el pueblo romano y los soldados de las legiones fueron agasajados en grandes mesas que se ubicaron en el Foro y en el Aventino, donde sobraron la comida, las diversiones y el vino; y post meridium se celebró un espectáculo de carreras de cuadrigas en el Circo Máximo que complació a la ciudadanía.

Roma se divertía y saciaba su hambre a costa de Lucio Cornelio Balbo.

Un sol agónico delineaba el crepúsculo romano cuando me dirigí a mi casa del templo de Jano, acompañado por Cadmo y Servando y rodeado de una ingente y satisfecha muchedumbre que había asistido a un espectáculo único en el mundo conocido, comido abundantemente y disfrutado con sus ídolos más queridos: los aurigas del circo. Se encendieron millares de antorchas de resina, y Roma entera se asemejaba a una gigantesca ascua de fuego.

Pero por más que había buscado a Valeria Domicia y preguntado a sus amistades, no había podido encontrarme con ella, y mi melancolía creció como un torrente en primavera. Ante la dificultad de verla, pensé en regresar a Gades y conocer a Tulia. A Quinto Sisena, mi hermano, mi amigo, solo podría abrazarlo, vaciar un ánfora de vino de Falerno en su casa, preocuparme por su salud y desearle fortuna, ya que regresaría con su unidad días después del triunfo a la Mauretania Caesarensis, donde seguía destinado.

Regresé a mi domus pensativo cuando las calles comenzaban a quedarse desiertas. Tan solo una reata de ciegos, haciendo sonar sus escudillas de latón, se encaminaba al templo de la Salud. Mil humos escapaban de las ínsulas, mientras el sol rojizo del ocaso lamía las lonas del mercado de las especias, donde los mercaderes guardaban sus cestos, apilándolos junto a los asnos de carga. Las tiendas o tabernas de los perfumistas también echaban las cortinas a sus negocios. Al cabo de una hora, Roma, gastada su vitalidad en el bullicio del triunfo, caería rendida en la frescura del río Tíber y de sus riberas.

Al entregarme a un baño reparador preparado por Nausícaa, una oscuridad azulada se apoderó del firmamento. Aún se escuchaba el gorjeo de los mirlos que anidaban en los cipreses del Capitolio y en los recovecos del atrio del Tabularium, donde se guardan las viejas tablas de las Doce Leyes de Roma.

VI

AUGUSTO

Roma, años 19-18 a. C.

Para atenuar la contrariedad por la ausencia de Valeria, realicé con una acaudalada dama, asidua a mi librería y a las cenas de Julia, un viaje a Capri. La había seducido con mis modales sugerentes y disfruté en su villa unas semanas. Pero regresé a Roma pronto, más insatisfecho si cabía, pues el asma me acuciaba.

No podía evadirme de la lucha interior que mantenía por la evaporación de la vestal del mundo de los vivos. La busqué en la domus Balbo y en el Celio, y nada sabían de ella.

Se sucedían las nonas de aprilis y cierto día amaneció Roma lustrada por el verde tapiz de los cipreses, los mirtos y los pinos. La incierta luz del albor fue disipando la bruma que lamía las columnatas del templo de Fortuna Viril encaramado cerca del puente Emilio, que fue lo primero que vieron mis ojos.

Aspiré el aroma y contemplé las techumbres de los santuarios de Minerva, Jano y Saturno, los obeliscos egipcios y los mausoleos, mientras los madrugadores romanos, insensibles a la magnificencia que los envolvía, transitaban de un lado para otro, sumidos en un panal de miel donde pululaban con igual prisa los zánganos de la plebe y los engreídos optimates del patriciado.

Antes de la hora de prima me dirigí al templo de Apolo, donde se guardan los Libros Sibilinos revelados en la noche de los tiempos y comprados por el rey Numa a la Sibila de Cumas. Todo romano, por pobre que fuera, podía consultarlos ante una desgracia o desventura. Mi propósito era encender una candela por la salud de mi hija Tulia y distribuir unas limosnas entre los cojos, ciegos y tullidos que pedían en las escalinatas.

Pero, de repente, levanté la mirada y me sobresalté. Era como si el suelo se abriera ante mis pies y mi alma se hubiera contraído ante la aparición de un ser largamente añorado y al fin hallado. El velo del pasado se descorrió de golpe y me quedé petrificado. Había encontrado a la mujer de mis quimeras.

Valeria estaba allí, y fijó en mí su apacible mirada.

Mi estúpida esperanza de hallarla se había hecho realidad. La descubrí a la vez candorosa y provocativa cuando abandonaba el lugar. Y con la sangre palpitándome en las venas, me estremecí de los

pies a la cabeza. Le aprecié los pómulos más pronunciados, era más esbelta y resplandecía olorosa y apetecible como una fruta en sazón. El destino me había devuelto la ilusión. No había languidecido, su figura seguía siendo sublime, su piel y su cabello tenían el mismo brillo, y sus ojos de obsidiana me observaban como si viera a un aparecido, en una mezcla de sorpresa y emoción. Forcé una sonrisa y ella me correspondió.

Sus mejillas enrojecidas hablaban por sí solas. La había sorprendido tanto como ella a mí, quizá por la frustración del tiempo transcurrido sin verla y hallarla allí, tan radiante, frente a mí. Mi vida daba un vuelco crucial.

No mantuve una actitud descarada, sino afable y sumisa. Me acerqué con pequeños pasos y tuve una sensación de vértigo. Olía como un aromático campo de lavanda y sus gestos seguían siendo excelsos.

—¡Por todos los dioses! ¡Eres Tulio Vero! —exclamó—. Eres el último que esperaba encontrar aquí, en el templo de Apolo. ¿Qué haces en Roma?

Se apoyó en un escaño de mármol. A mí me temblaban las piernas.

—Buscarte, Valeria, y hallar la quietud de mi espíritu. La verdad es que nos hemos sorprendido, ¿verdad? —contesté turbado—. Que Vesta esté contigo, cara —le deseé, y me besó en la mejilla.

La perspectiva de haberme hallado no parecía haberla alegrado en demasía y hasta me rechazó suavemente, poniendo sus manos en mi torso.

—Me abrumas. Siempre fuiste perseverante en tus sueños, y mi alma se ha conmovido al verte, créeme —me recordó.

—Para mí tu vida siempre ha estado envuelta en un halo de misterios. Pero has cambiado, Valeria. Eres una mujer más madura, más atractiva, y te veo más mundana —dije, tras percibir en su mirada un fulgor de rebeldía.

—¿Qué tratas de decirme? ¿Por qué tiemblas, Tulio? —me intimidó.

Sentí crecer la desazón en mi interior. Decididamente estaba nervioso, a pesar de que ella me mostraba su suave y dulce confianza.

—Que he perdido media vida de felicidad sin tenerte a mi lado. Te he buscado desde que nos separamos en Gades. Nuestra ruptura fue traumática. ¿Lo recuerdas? —hablé sincero y ella adoptó una postura desafiante.

—Te lo advertí cuando te vi en la terraza del templo de Astarté. Fue una locura peligrosa —me recordó.

Una sonrisa de ansiedad por la mención se me borró enseguida.

—Pasé por el infierno de la guerra. Me despojaron de todo —le dije, y con brevedad le narré mi aventura en Cirta, incluyendo la

concesión de la corona del valor, que escuchó absorta.
—Ese galardón es muy prestigioso en Roma. Me congratulo, de veras. Con él te precederá una excelente reputación. Tu padre te libró de una ejecución segura, ¿sabes? Era lo que exigían el magistrado y la sacerdotisa máxima. Pero mi petición a Balbo, y su poder en la ciudad, hicieron el resto.
—Lo sé por mi padre y te agradeceré siempre tu parte —le reconocí.
Valeria, a la que aguardaban dos esclavos, insinuó no tener prisa.
—Me pareces más viril, un hombre hecho, y muy distinguido —me aduló.
—En ti, un halago es como aire para respirar. Ya sabes que renegaría del padre Júpiter por ti.
Un silencio azorado nos detuvo, pero ella lo resolvió:
—El pasado vuelve a asaltarnos donde menos lo esperábamos.
—Las personas no desaparecen sin más, y doy gracias a Afrodita.
—Mis ojos se negaban a mirar hacia atrás, Tulio.
—Una carta tuya hubiera bastado, Valeria —le reproché.
Ella posó sobre mí sus ojos perturbadores.
—Tulio, el pasado es como un collar de cuentas acumuladas en el tiempo, y algunas de ellas nos atormentan, como la de aquella noche insustituible para mí. Pero ¿reconocerá nuestro afecto si retrocedemos? La memoria navega a contracorriente y al regresar ya nada es lo mismo. Soy otra.
—A todos nos consume algo del pasado. Tú eres mi tormento. Me enloquecen tu voz, tus labios, que un día besé con pasión, y tu perenne recuerdo.
Intenté leer sus pensamientos, pero era refractaria a mis insinuaciones.
—¡Estás loco, Tulio! No debes confundir deseo con amor —quiso advertirme con su mesurada voz.
—El amor no se ve con los ojos, sino con el corazón. Te he amado siempre.
—Pues no deberías. No te convengo —me reprendió—. Fui una vajilla rota y tuve que recomponerme. Ya no estoy intacta para ti y mis lágrimas se secaron con el fuego de la distancia y el tiempo. Vesta me castigó por faltar al voto que elegí por voluntad propia. Cuando te dejé en el templo de Astarté, sentí pesar y pena. Fuiste solo un amor efímero, aunque quedan rescoldos.
—Pero yo no me dejé abatir y te busqué por esta ciudad laberíntica.
—No me hallaba aquí —me explicó—. Cuando estalló la epidemia de tifus me trasladé a Cumas, a la casa de mi hermanastra Cornelia Balbila. He vuelto a Roma por el triunfo de mi padre adoptivo, que

admiré desde la domus del pontífice máximo. He pasado unas semanas en la Casa de las Vestales.

—Yo llegué como un forastero y hoy, gracias a la diosa Fortuna, me relaciono con nobles patricios y con escritores de Roma, pues he abierto una librería y una tienda en el Argileto. Incluso conozco a Julia, la hija de Augusto.

Con un movimiento asombrosamente rápido de su mirada me taladró.

—¡¿Has tratado a Julia?! Es mi mejor amiga y goza del amor del pueblo. ¡Nada de eso me ha dicho! Enigmática reputación la tuya, Tulio. ¡Cuéntame! Recuerdo que deseabas venir a Roma para conocer a un famoso escritor, ¿no?

Me sentí aliviado al referirle mi amistad con Julia. La noticia de la hija del césar había roto su muro de compostura.

—Sí, era joven y buscaba un ideal por mi amor a la literatura. Por eso vine a encontrarme con Tito Livio, y sigo deseándolo. Aunque no es mi única ocupación, ya que comercio con la compañía Gadeira con productos de Hispania, además de los libros. —Y le describí cómo eran mis tiendas y cómo accedí a través de Higinio al contacto con Ovidio, Virgilio y Mecenas.

—Es pasmoso de lo que eres capaz para lograr un sueño, Tulio.

—No te equivoques, mi única ilusión has sido tú, Valeria —me sinceré.

—¿Y en estos años no te has enamorado de ninguna mujer?

—No, de ninguna. Después de poseerte, ¿conseguiría amar a otra?

La domina emitió una triste sonrisa, como si me compadeciera.

—¿Qué quieres de mí, Tulio? No te ofrecí ninguna falsa promesa. Y no soy lo que tú crees, aunque tú sigues siendo igual de atento y sentimental. Las mujeres en Roma no podemos elegir, y yo menos aún —se justificó.

Su acento de sinceridad y sus amistosas confidencias me animaron.

—¿No podremos vernos y retomar la pasión que nos unió aquella noche sagrada en Gades, carissima Valeria? —le rogué y ella arrugó su deliciosa nariz.

Saltó como un resorte, y no creo que fuera una estratagema de evasión.

—No deseo una relación única. Como mucho podrás aspirar a ser mi amante. Aquel tiempo se perdió inexorablemente, Tulio. Soy un espíritu libre. Sigues siendo tan atractivo, soñador, respetuoso y ambicioso como cuando te conocí. Pero no quebrantaré mis principios por la relación con un hombre.

Le tomé una mano y ella se dejó.

—Concédeme una oportunidad, Valeria. Yo no me perdí. A mí me empujaron a no tenerte. No sé si huía del pasado o corría hacia él,

pero lo que es muy cierto es que no he podido olvidarte desde entonces.

—Salvé tu cabeza con un acto de amor al solicitar a Balbo tu absolución.

En un impulso espontáneo acaricié un mechón de pelo bajo su velo.

—Me persigue una duda. ¿Fue Antuca quien me traicionó?

—No. Nada mejor que vivir con una envenenadora para evitar ser envenenada. Un día te relataré lo que realmente pasó. Hoy no es apropiado.

En los refinados labios de Valeria se perfiló una sonrisa y en sus mejillas se le formaron sus dos hoyuelos tan atractivos para mí. Le respondí:

—Doy las gracias al destino por haberte hallado. ¿Sabes que he paseado muchas veces por el monte Celio y ante tu casa con la pretensión de verte?

La mujer negó con la cabeza. ¿Seguía obstinada en ahuyentarme?

—Tulio, créeme, soy un juguete roto, pero recogí los pedazos y me recompuse a mí misma. Ciertos potentados han jugado conmigo. Y no es que yo sea mejor que ellos, pero desde que abrí la puerta de Vesta y permití a Octavio Augusto substraer el testamento de Marco Antonio, perdí el rumbo de mi vida y otros lo han tomado por mí —me confesó misteriosa.

—Ni te juzgué cuando nos conocimos, ni te juzgo ahora. Solo que echo de menos que seas parte de mi vida —le dije.

—Tulio —siguió sincerándose—, me han convertido en un despojo. No existen los finales felices y, si supieras realmente lo qué pasó, me mirarías de otra forma. Me vendí al deseo del más prestigioso hombre de Roma.

No entendía nada. Era como un rompecabezas. Pero no insistí.

—¿Deseas volverme loco otra vez? Te he buscado por todas partes, Valeria.

Su pecho subía y bajaba y creí escuchar sus débiles latidos.

—No seré un obstáculo si deseas verme. Puedes visitarme cuando lo desees. Ya sabes dónde vivo. Encontrarnos ha sido cosa de la diosa —aseguró.

—Eso es muy esperanzador. Gracias en nombre de Afrodita.

—Tendrás una amiga, pero sufrirás. Es demasiado tarde para mí.

—He comprendido —admití—. Te has hecho una nueva vida y no hay sitio para mí, ¿verdad?

—Tú eres el que has vuelto a mí, no yo, caro Tulio. Nuestra oportunidad murió aquella noche. —Se le rompió la voz—. Roma se ha convertido en «el reino de la Medusa», donde Augusto convierte en piedra a quienes se cruzan en su camino y lo contradicen. Ya lo hizo

con Antonio y lo repetirá de nuevo conmigo, o contra quien se le oponga. Vivo a su merced, sabiendo que no debo hablar —me advirtió enigmática.

Valeria se incorporó del escaño. Debía regresar a su domus, y se interesó:

—¿No estás casado entonces, Tulio?

—Lo estuve. Mi esposa, a la que respeté y obsequié, murió en el parto de mi única hija, Tulia, que se halla en Gades y a la que aún no conozco.

—Quizá te venga bien regresar y levantarla en tus brazos.

—Lo haré este verano. Aún debo formalizar la patria potestad sobre ella.

Su tono se había vuelto más entusiasta, incluso teñido de cordialidad.

—Queda en la paz de Juno, Tulio querido —me deseó cariñosa.

—Que Vesta te acompañe. Te visitaré pronto —le anuncié sonriente.

Valeria se despidió haciendo ondear el vuelo de su túnica y de la clámide griega, con un gesto en el que se apreciaba su elegancia y su incomparable figura. Yo la observé embelesado y gozoso mientras desaparecía calle abajo. Se detuvo un instante, ladeó la cabeza y me miró. Desde la distancia, la saludé.

Al otro lado del Tíber, con la primavera avanzada, comenzó a soplar un viento cálido, precursor de un estío asfixiante. Era incapaz de describir la felicidad que percibía con la presencia de Valeria en Roma y todos mis proyectos pasaron a segundo término. Había reavivado la ilusión en mi alma y daba gracias a Venus en mis súplicas. Mi buen humor se volvió contagioso y mis amigos lo advirtieron. Nunca había sido capaz de ocultarles mis emociones.

Me hallaba sentado bajo la pérgola de la librería, cuando vi aparecer a un siervo del Palatino. Traía un mensaje del emperador para mí y el taller se conmocionó. ¿Acaso el Augusto, escritor en secreto, deseaba publicar sus obras conmigo? Cundieron la alarma y el interés y una docena de pares de ojos se fijaron en la nota amarillenta.

El sirviente no esperaba contestación y se marchó. Dejé un fajo de pliegos y leí el mensaje colocándome en la ventana bajo los rayos de la luz vespertina. Sentí una punzada de sobresalto en mi estómago: Augusto me esperaba en su casa del Palatino. No decía el motivo y me aturdí. Lancé un silbido de sorpresa y los copistas me miraron confundidos. Servando bajó la cabeza. Deseaba no opinar. ¿Debía tomarlo como un honor, como un motivo de desconfianza? Me marché a mi domus y me preparé para la solemne visita. Antes visité los baños públicos y las termas de Agripa y apacigüé mi cuerpo tensado.

Elegí la lógica sobre la confusión y borré las impaciencias de mi mente.

El palacio de Augusto me impresionó por su modesta austeridad. Difería mucho de ser medianamente suntuoso. Al contrario, mi imperial anfitrión poseía una sencilla y cómoda casa en el Palatino frente a la de su esposa Livia, cerca del templo de Apolo, cuya estatua dorada sobre un carro se veía desde sus habitaciones. Había sido la guerra en Egipto y no la herencia de su gens Iulia la que lo había convertido en un romano riquísimo.

La marmórea silueta del santuario se difuminaba en la blancura brumosa de las primeras horas del alba. Cualquier potentado presumiría de una casa más fastuosa que la de Augusto, que así demostraba al mundo la llaneza de su vida privada. Unas columnas blancas que soportaban un friso despejado daban paso a un patio recoleto adornado con bancales de flores.

Acudí, como establecía la nota, a la hora de tercia, en una mañana en la que el sol aclaraba las sombras, disipándolas con su fulgor amarillo. La puerta de la domus estaba llena de visitantes de toda condición, demandantes, parásitos, cortesanos y allegados que deseaban ver al césar y entregarle sus peticiones. Un ostio me llamó y me hizo pasar, y el nomenclator, que me aguardaba en la puerta, dio muestras de no conocerme, pues al subir el escalón me detuvo y me preguntó desconfiado:

—¿Eres el ciudadano Tulio Vero Silano? Si es así, sígueme, si no, detente.

—Lo soy —respondí.

—Augusto te espera en el estudio llamado de Siracusa, en el piso de arriba —me especificó, y después supe que el emperador lo llamaba así por ser exactamente igual al de Arquímedes, el matemático siracusano al que tanto admiraba.

La estancia desde donde Octavio César gobernaba el mundo se hallaba junto a su dormitorio, un cuarto sin ventanas, donde pude ver de soslayo una cama baja con un cobertor propio de un esclavo y una silla donde el barbero lo afeitaba al amanecer, tras levantarse con el pie derecho, según Higinio, denotando su espíritu supersticioso.

Mientras ascendíamos vi que la mansión no era protegida por la guardia pretoriana, sino por veteranos de las legiones de su tío Julio, algunos de los cuales daban de comer a un gato. El siervo me comentó que Augusto, después de abandonar el lecho a la hora de prima, había recibido, según la costumbre romana, a algunos ciudadanos, senadores y clientes, a los que había saludado con un beso y retribuido con algunas monedas para su alimento diario.

Comprobé que junto a la vivienda de la familia Caesaris había otras similares ocupadas por los escribanos y funcionarios, todos

libertos, como Licino y Celado, que actuaban como secretarios privados. En oficinas contiguas regentaban el complejo entramado del Imperio, la correspondencia con los reyes extranjeros y los asuntos cotidianos del Estado. Y si se veía obligado a recibir a algún embajador, el emperador lo hacía en una de las lujosas cellas, las salas del adyacente y grandioso templo de Apolo, edificado con los despojos conseguidos por los Julios en las contiendas de Oriente.

Cayo Octavio, cuidadoso de su respetabilidad, me invitó a pasar con un amplio ademán a su gabinete biblioteca, donde trabajaba incansablemente. Contuve la respiración y agucé mis sentidos. Luego incliné la cabeza y paseé la mirada por la estancia con comedimiento. El habitáculo del césar estaba decorado al estilo alejandrino, con pinturas de color rojo, amarillo y negro con cisnes, cálices, láureas de flores, grifos, las máscaras cómica y trágica del teatro y columnas simuladas de severa elegancia.

Sobre la mesa del despacho había un revoltijo de pliegos, rollos de papiro, plumas, tinteros, un cubilete de dados de marfil y ónice, juego al que era aficionado, y los restos de un desayuno donde se apreciaban aceitunas negras, queso, leche de cabra y vino aguado. En una de las paredes se amontonaban algunos libros de los autores griegos más célebres y rollos de correspondencia.

—Vale et tu, ilustrissimus princeps. Heme aquí —saludé.

—Salve, Tulio Vero. ¡Acomódate! Voy a apartar esos dados. Anoche jugué con Livia, que por cierto me ganó más de cincuenta sestercios. Pero ¡por Júpiter que los recuperaré! —Me regaló este sorprendente momento de intimidad.

—Quis amicior quam frater uxoris, princeps? —«¿Quién más amigo que una esposa, príncipe?»; intenté parecer solícito, a la par que devoto.

—Sabia observación. ¿Estás casado, Tulio Vero?

—Mi esposa murió ha poco en Gades, pero me dejó una hija póstuma. Mi padre, tras los meses del luto, me busca otra cónyuge —dije prudente.

—Eso es lo que mis leyes presentadas al Senado esperan de la juventud. Que procreen romanos. No deseo patricios y caballeros solteros —repuso.

Había un brasero encendido y Octavio se frotó las manos, como cualquier romano de condición modesta, y lo hizo con la seguridad y rigidez del que lo mismo enciende un fuego que gobierna un imperio. Era evidente que era friolero, pues observé que llevaba dos túnicas bajo el peto de cuero y unas polainas altas de lana. Pasaba de los cuarenta años, era de figura delgada, mediana estatura y un estadista de voluntad prudente y cautelosa, que además presumía de una comprensión profunda de la filosofía griega. De tez pálida, cabello

rubio, ademanes refinados y ojos de un azul sorprendente, se me mostró como un gobernante modesto, siendo como era el amo del orbe conocido.

Lo había visto transitar solo por el Foro, camino del Senado, como un romano más, y a veces en uno de los lujosos mesones de la vía Sacra almorzando pescado con higos, queso fresco y lechuga, alimentos recomendados por sus médicos para el reuma y los dolores de vejiga que sufría a menudo. Sus deportes favoritos eran el pugilatio, las carreras de carros y la equitación, que practicaba casi a diario en el Campo de Marte, y en las termas de Agripa se le solía ver jugando a la pelota con amigos, siempre con un pañuelo rojo anudado al cuello.

Aparte de sus virtudes públicas, también se le conocían vicios privados que escandalizaban incluso a los más libertinos de Roma. Trascendía que solía disfrazarse de Eros, y Livia de Diana, y que fornicaban en los banquetes que daban a sus amigos. Era sabida también una perversidad morbosa que él encubría a Livia y a sus amistades: el traficante de esclavos Toranio desnudaba a las esclavas vírgenes en su presencia y seguidamente el Augusto las desfloraba en su austero dormitorio. Un hombre, al fin y al cabo.

Aunque me encontraba vacilante y tenso por la dignidad de la ocasión, proseguimos hablando en griego, la lengua de la aristocracia culta de Roma. Su voz era firme y perceptible, incluso armoniosa, y parecía sentirse complacido con mi visita; él, que había llevado a cabo la más grande hazaña de nuestra historia: conducir a los romanos a la concordia definitiva.

Del linaje de los Iulios, Octavio honraba a los dioses, a su gens y a Roma, aunque su único propósito, que me repitió varias veces, era que no se produjeran más enfrentamientos entre romanos, cerrar las heridas abiertas por el caos, la codicia y la traición y restaurar el orden del Estado.

Augusto aflojó la severidad de su ademán y buscó el tono adecuado. Tras una pausa, se dirigió a mí sin precipitación.

—Vero, he traído la paz y la prosperidad a nuestra patria y quiero que con la nueva generación de équites como tú florezca una nueva Roma —me dijo sin alardear—. Las viejas familias son proclives a los enfrentamientos. Una guerra civil no aporta ni glorias ni triunfos, sino sangre, dolor y miseria. No puedo permitir que la lucha entre dos generaciones romanas haya sido en vano.

—Esas mismas palabras las pronunció mi padre al regresar de Actium.

—Sabiamente. Por Sisena conozco que tu padre luchó al lado de mi tío y con Balbo y con el general Tauro en Egipto. Tú has heredado su gloria, Vero. Sin embargo, he de decirte que antes de alcanzar la paz,

Roma ha soportado grandes sufrimientos. Y yo los evitaré en lo sucesivo.

Al leerme el decreto sobre la renovación de la Curia, advertí que era ligeramente disléxico, pues destapaba dificultad para leer con fluidez y sin errores el texto. Y según su máxima, conocida en toda Roma, de «Hacer una cosa bien es hacerla pronto», me dijo:

—Abreviemos, Vero. Roma no se gobierna sola. Te he llamado porque sé que, aunque recibes honores, al mismo tiempo los desdeñas. Tu conducta y la reputación que te preceden me han llamado la atención. Higinio, mi hija Julia y Mecenas hablan de ti en términos elogiosos, y de tu librería del Argileto. Marco Sisena me asegura que representas como nadie la hornada de nuevos équites con los que pienso reformar Roma y te señala como futuro padre de la patria.

—Excesivo mérito para mi persona, bonus princeps.

—Eso deja que lo decida yo. Además, has alcanzado la Corona Cívica, como mi tío Julio César y yo mismo y otros pocos soldados de Roma. Por ello mereces mi simpatía y la complacencia de Roma —me dijo, mirándome a los ojos con afabilidad.

—No es que deseara la muerte, Augusto, pero la vida de un romano es sagrada, y más si este es un amigo, como Quinto Sisena —repliqué con seriedad, y le narré a grandes rasgos la causa de la concesión del galardón concedido por Atratino en su nombre.

—No hay duda de que te has convertido en un hombre popular entre mis amistades, que además visitan tu librería con asiduidad.

—Así es, césar. Ovidio, Propercio y Virgilio han establecido una tertulia, junto a Higinio y Polión, el librero. Soy un privilegiado, príncipe.

Cayo Octavio echó su cabeza hacia atrás y soltó una sonrisa displicente.

—¿Y ese anhelo de conocer a Tito Livio? Me parece algo sorprendente e insólito —adujo—. Observarás que en Roma se conoce todo.

Sabía que todos se reían de mi mezcla de sueño, locura e ingenuidad.

—Sé que resulta absurdo, incluso irreflexivo, princeps, pero fui el joven más satisfecho de la tierra leyendo su historia de Roma, hasta el punto de que mi corazón sucumbió al deseo de agradecérselo en persona, pero, para mi infortunio, aún no he podido conocerlo.

—¡Claro! Su última carta me la escribió desde Samos. Anda por Oriente. Pero aleja tus desvelos, regresará pronto, supongo. Le he prometido celebrar un banquete en su honor. Tú estarás invitado y lo conocerás, Vero.

—Eternamente agradecido, dilectus et iustus princeps —dije asintiendo.

Cayo Octavio se frotó las sienes con sus dedos largos y finos y me dijo:

—Escucha, Vero. He examinado un centenar de informes y observado que un buen número de caballeros representáis lo mejor del talento de Roma. He concebido un proyecto, ahora que en Roma he creado una conciencia común. Deseo savia nueva y sin prejuicios ni quimeras republicanas en la curia senatorial. Es conocido mi deseo de que la vieja aristocracia, por el mero hecho de serlo, no domine el Senado, y que en él participéis équites y patricios jóvenes que consolidéis la armonía entre los romanos. Mi esperanza de cambiar Roma reside en vosotros, y he decidido proponerte como senador —me ofreció.

En contra de la etiqueta, me froté la cara con la mano. Contuve la respiración y elevé un poco mi voz. Deseaba expresarle mi gratitud.

—Mi augusto emperador, lejos de mí rechazar honor tan alto.

—No lo hagas —repuso categórico—. Con los viejos senadores mantengo reservas insuperables de desconfianza y hostilidad. El Senado necesita hombres nuevos. En especial caballeros, como tú.

Yo pensé que deseaba senadores desconocidos que le debieran algo.

—Mi sapiens princeps, ¿me crees merecedor de tal dignidad? —repuse en el más humilde de los tonos.

—Absolutamente, y cumples con los requisitos de la dignitas y nobilitas romanas, desciendes de los Vero de Hadria y Gades, posees una red de clientes y un millón de sestercios para mantener tu rango, y la Lex Claudia te permitirá mantener tu actividad comercial. Fausta tibi, Tulius Annius! Serás nombrado en el próximo consulado y formarás parte de la minoría selecta de prohombres de Roma, como padre de la patria y con capacidad legislativa y con autoridad.

Me incorporé emocionado y le besé la mano. No me cabía mayor mérito. Así que recuperé mi inicial aplomo y asentí satisfecho, agradeciéndoselo.

—Mi esperanza reside en que tú nos gobernarás, Augusto César.

Al punto, y con aire pensativo, se incorporó de su asiento y cerró la puerta sin hacer ruido. Quedé desconcertado y reprimí un respingo en mi escabel. Parecía que deseaba hacerme una confidencia, lejos de oídos indiscretos. La luz que entraba por la ventana le pasaba por encima de los hombros, creándole un halo dorado. Me habló con aviso y agucé mis oídos.

—Tulio Vero. Sé que frecuentas el círculo de Higinio, Terencia, Sisena, Mecenas, Virgilio y Ovidio, al que a veces se une mi hija Julia, lo que los cortesanos llaman la faccio Iuliae, frente a la faccio Liviae —me dijo.

—César, yo solo lo hago en mi calidad de librero. No entiendo de

más.

—No debes excusarte. Pero esa pugna es inexistente, créeme. Livia ama y favorece a Julia y no le desea ningún mal, y yo me enorgullezco de los míos. Que quiera lo mejor para sus hijos Tiberio y Druso es normal en una madre.

En otras circunstancias me hubiera sentido contrariado, pero la confianza depositada en mí por el señor del mundo me halagaba, y me atreví a confiarle:

—Nada de eso me consta, príncipe, aunque algo he oído. Pero jamás escuché de labios de Julia un reproche a tu esposa —aseguré, y me puse en guardia, pues los secretos de los reyes suelen condenar a quienes los escuchan.

—Pues bien, aunque Julia está dedicada a su hijo Cayo y ya está embarazada de nuevo para mi alegría, sé que por la ausencia de su marido Agripa acude sola a ciertas fiestas y banquetes. Tengo motivos para pensar que un pájaro cantor al que salvé la vida cuando pude matarlo por traición la ronda con intenciones sospechosas.

—¿A quién se refiere el césar? —pregunté aturdido y ajeno al asunto.

—¿No lo sabes, entonces? Se trata de Julio Antonio, hijo de Marco Antonio y Fulvia. Fue educado por mi hermana y quizá esté maquinando vengar la memoria de su padre valiéndose del candor de Julia. Lo he casado con mi sobrina Marcia, hija de Octavia, mostrándole mi amistad. No agita al pueblo, pero sé que oculta insidiosas intenciones —confesó—. No dejéis que la corrompan.

Le advertí un tufo moralista y yo carecía de alma de delator.

—Con prudencia y previsión cuidaré de Julia allá donde me halle. La pugna entre Octavio y Antonio concluyó en Actium —observé grave.

Augusto hablaba en otro lenguaje: el personal, y balbucía. Era evidente que estaba atormentado por un dilema familiar que encarnaba Julia. Cuidadoso de su respetabilidad, y tras vacilar un instante, me confesó:

—Es el mismo ruego que le he hecho a Mecenas, Sisena, Higinio y Virgilio. Tampoco me fío de Ovidio y de sus amistades. Julia representa las virtudes de la matrona romana y es feliz en su matrimonio con Agripa, que la ama y aprecia, pero está demasiado tiempo fuera de Roma. El general carece de linaje, pero me ha dado un heredero. A él y a Julia debemos protegerlos.

Comprobé que Augusto era un guía de pueblos que caminaba por la senda de la racionalidad y el cuidado. La violencia no le atraía y amaba a su hija y a Roma por encima de todas las cosas. Lo conforté y le hablé de libros y de autores nuevos, momento que aprovechó para enseñarme como un tímido aprendiz de escritor unos borradores de su

biografía escritos durante la campaña contra los astures en Hispania, unos hexámetros líricos titulados Sicilia, que me parecieron decorosos, y su obra suprema, El estímulo de la filosofía, aún inacabada, de la que se sentía muy orgulloso.

—Cuando la concluya te llamaré. Deseo que tu taller realice las copias para mis amistades. Polión edita a Virgilio, Horacio, Cicerón y Ovidio y no deseo compararme a esos genios a los que asisten las musas —dijo—. Gran prodigio el de la multiplicación de los libros por medio de copistas, Vero.

—Será una gran distinción para el Cálamo de Hermes, y mis amanuenses se cuentan entre los mejores de Roma. Será una edición muy cuidada.

—Y trascenderá el tiempo, Tulio Vero —repuso, vanidoso de su obra.

En aquel momento entró un criado que nos ofreció vino añejo de Pucinum, el predilecto de Augusto, dátiles y uvas que compartimos en franca camaradería, siendo yo un insecto a su lado. Finalmente me dirigió una mirada, fácil de interpretar: otros asuntos del Imperio lo convocaban a las dependencias administrativas del primer piso. Me dijo que estaba altamente complacido con mi visita y según dijo «mi erudita y fiel personalidad».

—Dilectus princeps, permíteme que te obsequie con dos publicaciones como lector y árbitro de la escritura romana que eres. La primera son dos rollos de unos escritores de poca monta, Casio Severo y Tito Lavieno. Pueden considerarse libelos contra tu persona, para que tú los destruyas —dije—. Nadie los compra, te lo aseguro.

El césar no se alteró por los reproches de los poetas.

—Nada nuevo, Tulio Vero —repuso al ojearlos—. Son como perros ladrando a la luna. Los conozco bien y se lo permito. ¿Y la otra?

—La primera edición miniada e ilustrada de Las odas romanas, de Horacio, y las Geórgicas de Virgilio, tus amigos, Augusto.

—Lujoso regalo. Me has hecho feliz —sonrió con un toque de teatralidad.

—No puedes imaginarte lo que mi corazón siente al haberte conocido. Te doy las gracias por tu confianza y por la designación, y ruego que Júpiter te auxilie en la guía de Roma —le deseé, y me despedí inclinando la cabeza—. Mi padre, Ulpio Vero, caballero de Gades, llorará cuando le refiera este encuentro.

—Roma, refundada con latinos como tu padre, procura la concordia de quienes pueblan el Impero, Vero. Es el destino de Roma gobernar el mundo. Ayer fuimos guerreros y hoy, en la paz, podemos ser poetas.

—Ya lo proclama Homero en su Ilíada, mi príncipe: «No tengamos más que un solo jefe». Tú —le dije reverente, y me dedicó una amplia

y franca sonrisa.

—Satis. Es suficiente. ¡Ve con los dioses, Tulio Vero!

—Que ellos queden contigo y te protejan, Augusto —me despedí.

De inmediato, tuve la certeza de que el emperador sabía muy bien cómo utilizar a las personas, cómo controlarse y también cómo reprimir sus antipatías, pues aseguraban que sostenía una silenciosa hostilidad hacia los que consideraba inferiores. Era un maestro de la persuasión, pero de los que no olvidaban las ofensas y pagan los favores.

Conforme me dirigía al Foro, cavilé sobre el enfrentamiento entre los dos clanes del Palatino, el de Livia y el de Julia, y me pareció peligroso. Pero ¿qué recursos podría emplear yo, un simple librero, para proteger a la hija del césar, si era evidente que las dos lobas querían a su descendencia como sucesora? ¿Sabía yo lo que había detrás de aquel desafío? De lo que sí estaba seguro era de que, por haber entrado en la lucha por el trono, me haría con unos enemigos formidables. Sin embargo, asumí el riesgo con resolución.

La mañana asomaba entre centelleos de una luz vivísima cuando me dirigí a la librería pensativo y orgulloso. Escribiría inmediatamente a mi familia de Gades comunicándoles la nueva: el pequeño Graeculus iba a convertirse en el primer senador de la gens de los Vero de Gades.

Por la tarde fui a visitar a Marco Sisena y a Zinthya e informarlos de la grata noticia desvelada por el césar, y luego a la de Valeria para pedirle consejo. Nadie como ella conocía las cloacas de la familia Julia, de la nobilitas y del gobierno del Imperio. Pensé que debía preparar una excepcional cantidad de dinero, adecentar mi casa y hacerme con una fiel clientela a la que debería alimentar. Me aguardaba una actividad devoradora y por el momento hube de suspender mi viaje a Gades para conocer a Tulia, no sin gran dolor de mi alma.

La visita había resultado conmovedora, pero ni Augusto había elegido su destino, ni yo tampoco. Sin embargo, algo me decía en mis tripas que había entregado mi lealtad al mejor postor, de modo que la sombra de una sonrisa afloró en mi rostro e imaginé la fuerza de voluntad que precisaría en el futuro para navegar en el proceloso mar de la política de Roma.

Pero de una cosa sí estaba seguro: el león imperial se había despojado de su máscara frente a mí por una razón que yo ignoraba, y la fe en mí mismo se agigantó. Había estado a merced de su zarpa y había salido ileso y reconfortado.

Tulio Vero, el insignificante Graeculus amante de los libros, estaba a punto de lograr lo impensable: convertirse en senador de Roma. Ni en mis más confiados sueños lo hubiera sospechado. Y por eso reflexioné, camino de mi domus, que el acomodo que nos marca la

vida inclina, pero no obliga nunca. Y una cosa me quedó clara tras visitar al emperador: no existe fuerza ni virtud humana que pueda variar lo que el destino nos prescribe al nacer.

Aquella noche, en la que sufrí un agudo ataque de asma por la humedad y Nausícaa hubo de llamar al físico, no escuché música en la calle, ni jolgorio de las bandas de jóvenes libertinos. Solo percibí el rumor silencioso de las luminarias y un saludable perfume proveniente de los huertos del Palatino.

Diario de Tulio Vero Silano, librero de Gades

TERCERA PARTE

ROMA, AÑOS 15 A. C. AL 3 D. C.

El secreto para mandar es saber que los demás son aún más cobardes que tú

I

NEMUS

Roma, años 15 al 13 a. C.

Suele acontecer que algunos mortales se rinden ante las adversidades de la vida, y otros, por mor de las veleidades de la diosa Fortuna, se encumbran sin saber exactamente por qué. Ese fue mi caso.

La corriente de la vida me arrastró como agua que filtra por una grieta y, tras unos años de estancia en la capital del Imperio, en el decimoprimero del reinado de Augusto, me convertí en un homine novo y en un padre de la patria. Me invistieron con la toga angusticlavia senatorial y la orla púrpura, que he lucido desde entonces en la curia, en las solemnidades religiosas y en mi cargo de censor o juez imperial, dispensando la vida o la ruina a mis semejantes.

El niño Graeculus se había transformado en un senador de Roma por deseo de Augusto, y cuando se me requería en algún tribunal o litigio, hacía respetar mi magistratura con ecuánime proceder, mientras escuchaba tanto al débil como al sobrado según las arcaicas leyes del Lacio.

He sobrevivido a mi asma y a los acontecimientos más gloriosos del Imperium de Octavio César y mi rango senatorial no supuso un sueño de vanidad como algunos creían. Quien a estas memorias se asome y piense que en mis palabras aletea un acento de engreimiento, juro por los dioses que anda errado, pues en la jurisdicción que se me ha otorgado comen de mi mano el lobo y el cordero, el pobre y el rico con igual trato.

Soy modesto en mis exigencias y manejo con integridad, prudencia y lealtad los caudales de la República, los asuntos y las vidas que administro. Con los ingresos de la naviera Gadeira, de la librería y la tienda del Argileto, más los diez mil denarios que recibo de paga de la curia, vivo holgadamente.

He embellecido mi casa del Vicus Argentarius y para el jardín he adquirido valiosas estatuas áticas. Visto decorosamente, como un patricio, y mantengo a mis esclavos y sirvientes con respetabilidad. Y estimo que la modestia de mis exigencias y mi habilidad para discernir lo sustancial de lo fútil agrada a Augusto. Mi codicia no va más allá de lo que necesito. Si acaso, gasto demasiado en libros y en los perfumes

y joyas que periódicamente regalo a Valeria Domicia o que compro para enviárselos a Tulia.

Después de ganarme la confianza de Octavio, y por su orden directa, cambié de destino a otro que requería el trato directo y secreto con él. Fui nombrado por el mismo césar censor administrador de los caudales reservados del Senado para asuntos de espionaje, de los que no se rinden cuentas en la curia, por la índole confidencial y secreta que requiere la seguridad del Estado. Se trataba de un cargo de confianza y de gran responsabilidad, al que muchos notables y optimates hubieran deseado acceder.

Las oficinas se hallaban en el santuario de Saturno, y en una de sus dependencias ubicaron mi nuevo acomodo. Por eso me muestro exultante por la confianza personal del emperador, que me solicitaba recomendaciones en asuntos muy delicados que atañían a la defensa y diplomacia del Imperio.

Augusto César eligió para esta tarea a algunos équites de la tribu hispana, que colaboramos estrechamente en sus excelsos sueños, y especialmente en los asuntos que se referían a las actividades secretas de los llamados agens in rebus, o sea, los escuchas, informadores y espías que tenían su sede oficial en el Castra Peregrina, fuera de las murallas. Se trataba de una unidad anónima reclutada en tiempos del divus Iulius, al modo de la Cripteia espartana.

En una posición invisible, yo mismo, con la ayuda de libertos de la casa de Lucio Balbo, mi patrono, regularizábamos las partidas, supervisábamos la correspondencia y los gastos confidenciales de los gobernadores, procónsules y prefectos de las provincias, que después despachábamos en el Palatino con el senator maior y con el mismísimo emperador. El grupo de agentes estaba bajo el mando y supervisión de Marco Sisena, padre de mi amigo Quinto, que ya había ejercido la misma misión durante la dictadura del divus Julio César.

En poco tiempo me convertí en los informados oídos de oscuras conspiraciones, rumores, insidias e imposturas que se escuchaban y urdían en cualquier mercado, cena privada, foro o en las termas de las urbes más apartadas del Imperio, por lo que tuve que informar a Octavio Augusto de tres complots que fueron abortados por nuestros agentes con discreción, invitándolos a que tomaran la cicuta o a que desaparecieran de Roma.

Y claro está, debido a mi cargo, puse en cuarentena la amistad con algunos de los que consideraba amigos, como mi admirado Ovidio, que se movía con imprudencia entre el respeto y el repudio hacia Octavio. Desde el inicio de mi anónima ocupación, hube de tratar de forma cercana con Marco Sisena, el auténtico creador del grupo de información, llamado Nemus. Sisena había forjado de la nada un temible instrumento de poder, un tupido e impenetrable tejido de

espías, que extendió por todos los rincones del Imperio.

Veinte años atrás había instituido de entre los oficiales de las legiones del dictador una organización secreta que era temida en Roma por su hermetismo, impenetrabilidad, poder e inaccesibilidad. Su nombre, Nemus, le venía de un vocablo que significa «bosque» en el primitivo lenguaje del Lacio, aludiendo al lugar donde Diana, la diosa cazadora, se miraba en sus aguas cristalinas y cuyo templo se alza en los montes Albanos.

El meticuloso artificio de indagación y la formidable armazón de investigación a gran escala estaba formado por los emisarios de Nemus, integrados por centuriones curtidos en el servicio y escoltas de las cohortes urbanas que eran llamados en la milicia «los soldados sin uniforme». Marco Sisena, con fidelidad absoluta al emperador, empleaba todo medio disponible a su alcance, legitimando los métodos al margen de lo que era honesto o moral en Roma, que era bien poco.

Pese a todo, mi camino hacia la cima de la política de Roma me obligó a aceptar curiosos compañeros de viaje, errar por extraños paisajes y callar secretos. Pero a los pocos meses de su arranque, todo cambió en Nemus. Marco Sisena, dada su edad, sufrió un ataque de apoplejía y hubo de retirarse al campo dejando el cargo libre. Fue entonces cuando, en un golpe de audacia, Augusto reclamó a su hijo, mi amigo el decurión Quinto Sisena, para ocupar la secreta y alta responsabilidad de su padre.

Inmediatamente recuperamos una amistad y colaboración nunca extraviadas, y trabajamos codo con codo en las dependencias del santuario de Saturno, donde yo distribuía los fondos necesarios a mi discreción. Participamos de los secretos del gobierno de Roma con total reserva, y formamos parte de la entidad clandestina más poderosa de la potencia hegemónica del orbe, labor que nadie se atrevería a identificar públicamente.

Tal experiencia resultó imborrable para mí.

Nemus se movía con rapidez, eficacia y sigilo por las cloacas del Imperio. Los inmensos territorios que dominaba Roma no eran un ente político uniforme, pues había reinos vasallos, provincias romanas, como Egipto o la Bética, colonias, ciudades libres y también aliadas o tributarias. Quinto y yo instalamos un mapa donde figuraban los nombres de Tracia, los reinos de Capadocia y el Ponto y las tetrarquías de Abilene o Galilea con los agentes distribuidos en ellas.

Quinto, desde la discreción el templo de Saturno, servía de vínculo a los agens nexus, los espías distribuidos por los puertos, albergues, vías y mercados, desde donde nos enviaban concisas informaciones confidenciales, bien verbales o escritas. Quinto los protegía, los ocultaba, les ofrecía seguridad y les prestaba asilo, pasaje y dinero,

que yo mismo gestionaba con los peculios que Octavio y el Senado habían puesto a mi discreción personal.

Dos centenares de anónimos soplones, que se hacían pasar por curanderos, pedigüeños, lanistas de esclavos o gladiadores, mimos y actores ambulantes, filósofos errantes, vendedores o cortesanas distinguidas, viajaban por todo el Mare Internum, África, Siria, Germania, Galia e Hispania. Eran nuestros ojos y oídos en el mundo y también en Roma, y utilizaban palomas mensajeras, correos terrestres y sobre todo los veloces trirremes de la flota imperial.

Los tenaces emisarios de Quinto Sisena, a los que yo pagaba con largueza, poseían un código gestual para reconocerse entre sí, y escudriñaban, indagaban, seguían y husmeaban en cualquier parte de los dominios de Roma, enviando sus pesquisas con una clave tan simple como indescifrable, como era sustituir cada letra por la quinta que le seguía en el alfabeto latino, o griego, y según un índice de números secretos preestablecido de antemano.

Sin ningún signo de recelo u olvido, el reencuentro con Quinto Sisena resultó fraternal y caluroso. Había regresado del campamento de Cirta, donde había alcanzado el rango de centurión primus pilus, segunda autoridad del castro, para dirigir la red de espías imperiales creada por su padre. La camaradería entre ambos creció como la espuma y nos llamábamos «hermanos». Seguía poseyendo la misma mirada inquisitiva y clarividente, y la fortaleza de carácter de un soldado. Casi podía oír cómo discurrían sus pensamientos en el tratamiento de los delicados asuntos de Nemus.

—La paciencia no se halla entre mis virtudes, Tulio, pero tú me la procuras con tu prudencia e inteligencia —me solía decir.

—Juntos los dos no defraudaremos a Roma —aseguré persuadido.

Como Lucio Balbo, su padre adoptivo, y Cornelia no abandonaron la ciudad, Valeria permaneció en su casa al calor de los suyos y cerca de mí. Así que me dispuse a competir contra su amor propio, ganándome su amor, escasamente correspondido, con respeto, pasión y amistad. Se trataba de una batalla de ingenio y seducción.

Aunque mis posibilidades eran las mismas que las de volar por los aires como Ícaro, consideré que debía perdurar en su corazón una brasa de afecto, pero detestaba imaginármela soltera y sola. Tardé en decidirme, pero una vez acomodado en mi nuevo estatus y obligaciones, un día sentí fuerzas y fui a verla, aunque el estremecimiento me helaba el resuello.

Al subir las cuestas del Celio me alcanzó un limpio olor a gencianas y a leña de olivo quemada. Concluía el mes de marzo y la atmósfera se convirtió en primavera al verla bajo el arco de su tablinium. Me presenté con mi impecable toga senatorial surcada por el grueso lacticlave rojo, botas de suave cuero atadas hasta la rodilla y

peinado con bucles en la frente. Mi rostro se mostraba alegre por el vaso de vino que me había tomado en una taberna cercana para insuflarme valor.

—Al verte me has devuelto tu aspecto de tembloroso provinciano, Tulio. Mi corazón se alegra de verte —sonó su suave voz.

Emergió un destello en mi mirada. Nos saludamos con efusividad y afecto. Seguía siendo una belleza arrebatadora, su boca un cesto de cerezas, y sus ojos, dos constelaciones en su rostro ovalado y sensual. Sabía por la hija del césar, Julia, que seguía dedicándose a las artes mágicas de Belona y a los ritos expiatorios y purificadores de las mansiones romanas, y que, aun habiendo abandonado el templo de Vesta, representaba a la diosa primordial en la ciudad, siendo para todos una hembra sagrada, respetada e intocable.

Como vestal electa tenía derecho a lucir una efigie suya en su domus, y su padre adoptivo, Balbo, le había regalado una ius imaginum en jaspe que Valeria había colocado en el atrio. La miré atentamente y vi que el escultor había atinado con sus delicados rasgos. Ella me miró fijamente, como un ave rapaz que observa a su presa, esperando mis reacciones. Por un momento pensé que me despediría, pero me dijo cercana:

—Así que te resistes a olvidarme, ¿no, Tulio Vero?

—Sigo mis sueños con confianza y empeño, Valeria —repliqué ufano—. Te convertiste en el propósito y en el motivo para seguir viviendo.

—Ser tan impulsivo puede llevarte al ridículo, ¿sabes? —me aclaró.

—Es más, fantaseo contigo. He ligado mi nombre al tuyo y, aunque me hayas ignorado en las fiestas a las que hemos acudido, creo que los dioses así lo quieren —confesé—. Venus desea que sigamos siendo amigos y amantes.

Su alma, instintivamente rebelde, sopesó mis palabras.

—Soy consciente del regalo que me hiciste: convertirme en mujer. Pero la decisión fue mía, no tuya. Astarté te puso en mi camino —me recordó.

—¿Acaso detestas el matrimonio y la maternidad, cara? —la corté.

—No. Sencillamente sigo siendo servidora de la diosa, igual que tú consagras la tuya y tus esfuerzos a la República. Nada más —replicó.

Sus mechones de pelo, de un castaño dorado, le caían sobre los hombros. Debió sentir mi mirada ardiente y se dejó seducir. Me condujo a su gabinete privado, una habitación adornada de hojas de acanto de estuco y pinturas de diosas olímpicas. Pude ver una biblioteca atestada de pergaminos, capsae de rollos y tablillas de cera, señal de que había seguido mis consejos sobre la lectura, y muebles y lámparas de oro, roble dorado y ágatas.

—Ahora eres de mi clase, un optimate, y muy cercano a Octavio César. Pareces frágil, mi Graeculus, pero eres astuto y has elegido las armas más nobles de un romano para triunfar: la inteligencia y la virtud —me sonrió.

—Valeria, yo solo creo en la voluntad, el trabajo y la honradez —adujе.

—Te conocí siendo un joven équite decidido a abrirse camino y hoy eres amigo de Augusto. La diosa Fortuna se ha mostrado espléndida contigo.

—El punto de vista del gusano es importante para el águila, querida.

—Por alguna razón le caes bien y sé que manejas asuntos delicados del Estado. Es justo, pues eres honesto y culto —me dijo orgullosa.

—Augusto ha hecho un reglamento para ordenar Roma y tenemos un lugar de privilegio. En Roma el monopolio estratégico pertenece ahora a los équites. La nobleza, con sus luchas y privilegios, la condujo al caos —opiné.

De repente, la romana me pidió una cosa insólita y me detuve.

A Valeria le gustaban los rituales y me rogó que me prosternara a sus pies. Yo obedecí, pues era una vestal sagrada que intimaba con lo más alto y misterioso. Ignoraba qué deseaba hacer. Con parsimonia me puso sus manos sobre la cabeza para bendecirme, derramando unas gotas de aceite de la primera cosecha, pues me puso bajo la protección de la deidad del fuego.

—Haec fortasse tua in Urbe, Tulius. Esta es tu hora en Roma, Tulio —me bendijo en tono profético, como refiriéndose a hechos que ocurrirían pronto.

Me incorporé y se lo agradecí. Acaricié los mechones de su pelo y le besé la mejilla. Olía a nardos. El agrado fue evidente en su cara, tan fresca como cuando la conociera en Gades. Seguidamente me invitó a comer y beber en privado. Platicamos y contemplé su rostro terso, que seguía impreso en mí.

—Tenías una hija en Gades, ¿verdad? —se interesó.

—Sí, Tulia. Crece rápido y aún no la conozco. Los asuntos del Palatino me lo han impedido. La cuida mi madre y espero ir a por ella este verano. Aún no puedo imaginar el mundo completo sin su presencia —dije—. Pero temo no saber educarla.

—Ver crecer a un hijo es vivir en un miedo constante.

—A Minerva y su sabiduría me encomendaré, Valeria —repliqué.

Mientras bebía su vino almizclado acercó su cuerpo hacia el mío. Me dijo:

—Hemos madurado de golpe. Nos conocimos antes de cumplir los veinte años, y ahora andamos por los treinta. Pronto seremos viejos.

—Nos hallamos donde empezamos, Valeria. Cada noche imagino la

vigilia en el santuario de Gades. Desde entonces he vivido en el vacío.

—En lo que a mí respecta, la puerta de mi jaula sigue cerrada, Tulio. No soy una sirena devoradora de hombres, ni una grotesca gárgola. Soy una mujer.

—Detestas las locuras del corazón, pero tu sarcasmo sigue igual, cara.

—Los varones me producen sentimientos perturbadores. Tengo decenas de admiradores, entre ellos ricos patricios y arrogantes libertinos, los que llaman en Roma los iuventi, unos aristócratas detestables que arrastran tras de sí el mal y la traición a las buenas costumbres de Roma. Pero ninguno me interesa.

Esas palabras me complacieron, pues me otorgaban alguna oportunidad.

—¿Y por qué no te decides a tomar esposo, Valeria? —me interesé.

—No lo preciso. Carezco de dificultades financieras. Soy rica, pertenezco a dos familias poderosas, los Domicios y los Balbo, duermo en sábanas de seda y me muevo independiente por el Imperio. Aunque, eso sí, el emperador sigue invisible a mi lado, observándome y espiándome, para que no descubra su ruin acción en el templo de Vesta. Por eso me he resignado a la soledad —me dijo persuasiva, y me ofreció un bocado de su gran secreto.

Decidí no darme por enterado de la mencionada ruin acción y de las murmuraciones y le dije:

—Tu espíritu aún no ha sido liberado, Valeria. Precisas amar, entregarte.

—Prefiero coger una mano y hablar con un amigo que acostarme con él.

Su piel era pura, como de pétalos de azucenas, y se sonrojó. Todo en Valeria era complejo, y yo traté de recordarle los momentos pasados en Gades.

—El tiempo te ha vuelto más sentimental, Tulio. ¿Ignoras que el amor nos pone en ridículo? No construiré un santuario para nuestro afecto. Me dejo llevar por mi rango intocable y detesto las estúpidas miserias de mis amantes —dijo.

Ambos éramos perspicaces y yo sabía que tarde o temprano saldría el tema a colación: Julia, la hija del césar. Debía moderar mis comentarios, pues lo que expresara allí podía llegar a oídos del césar, o de ella, y yo los veneraba a los dos. Abrió sus bellos, grandes, oscuros ojos de largas pestañas, y me preguntó:

—Desde tu lugar de privilegio, ¿qué sabes de nuestra querida Julia?

El aroma a nardos seguía inundando el habitáculo y sentí mi pulso latir.

—A veces las cosas no son lo que parecen. La venda se ha caído de

mis ojos. Creo que el viaje de Julia a Grecia la ha vuelto más vanidosa y atrevida. No he conocido mujer, salvo tú, más sensual, femenina, divertida y culta, aunque también excesiva en sus actos. Su pasión por las letras y la lectura la hace única a mis ojos y no tengo clienta más cumplida que Julia.

Valeria se quedó colgada, en tensión, sin creer mis palabras.

—¿De qué me hablas? No comprendo nada —se extrañó—. ¡¿Grecia?!

—Sabes que me ocupo de las finanzas de la red de agentes del Estado, quehacer senatorial que me hace estar al tanto de secretos muy reservados.

—Lo sé, aunque sin conocer sus comprometidos entresijos. Conozco su alma y sé que Julia desea desquitarse de su padre por utilizarla como un útero para alumbrar y procrear hijos según sus intereses. Augusto ha adoptado a los dos hijos de Julia, Cayo y Lucio, y él mismo los educa para que le sucedan en el trono imperial. ¿Dónde está el problema de Julia? Ha hecho lo que su padre le ha solicitado. No llego a entender, Tulio.

En nuestra indolente intimidad quise hacerla partícipe de una noticia.

—Te voy a relatar de forma reservada un informe sobre los desvaríos de Julia en Grecia. Escúchalo y ocúltalo en tu pecho, te lo ruego —le dije—. Julia, desde que interpretó el papel de Diana en el festival conmemorativo de la fundación de Roma, al lado de Livia, interpretando a Juno, parece no haber descendido de aquel trono divino. ¡Se cree una divinidad olímpica!

—¿Opinas que se cree tocada por la mano de una diosa? —protestó.

—Así lo dicen mis informes. Se ha vuelto más vanidosa, arrogante e imperiosa, e incluso flirtea a escondidas con algún patricio, como Sempronio Graco, en fiestas que acaban en bacanales y donde es adorada como una deidad.

—Me cuesta creerlo, querido —se extrañó sobremanera.

—Estoy bien informado, Valeria. Acude a ellas como descendiente directa de Venus. ¡Una locura! —dije.

Valeria contrajo su rostro. Para ella aquello significaba un mal trago.

—También es verdad que Julia, siendo tan bella e inteligente, no ha podido elegir su destino como mujer. Es una forma de sentirse libre. Huye de los burros porque no desea acabar rebuznando —la defendió.

—Pero es que en verdad se cree que es Afrodita reencarnada, cara.

Cerré los párpados por un momento y hundí mi barbilla en el pecho, mientras de mi bolsa extraje un documento recibido en la sede

de Nemus que venía a confirmar mis temores sobre Julia. Augusto me había solicitado que la protegiera, pero no que la espiara, y dudaba si entregarle aquel delicado documento. Deseaba someterlo al criterio de mi mejor amiga, que tanto la apreciaba, y se lo entregué sin pensar en las consecuencias. Me fiaba de ella.

—Léelo y corre después un férreo candado en tus labios. Guárdalo en tu pecho para siempre, te lo ruego —le solicité sereno y confiado.

—¿Confías en mí plenamente, Tulio? —Me miró severa.

—Sí. No hay nada oculto que no llegue a descubrirse, ni secreto que no venga a conocerse. Julia es nuestra amiga y debemos socorrerla. ¿No es así?

Valeria tomó en sus manos los abarquillados pliegos de unos papiros enviados por un agente de la organización Nemus desde Grecia. Por su perfección en la escribanía resultaba evidente que habían sido transcritos desde una cifra secreta previa. La vestal sucumbió pronto ante la descarnada revelación de la conducta de Julia, que iba leyendo paulatinamente con el ansia propia de la incertidumbre que le producían las increíbles y sorprendentes acciones de su amiga en Jonia. La tensión pareció paralizar su semblante en un rictus de estupor, desconcierto y sorpresa.

Se resistía a creer lo que sus ojos dubitativos releían sin pestañear. La revelación, encabezada por el dibujo de una rosa cerrada, emblema de Nemus, hizo que Valeria fuera la viva imagen de la confusión.

Testimonium arcanum, bajo la rosa de Harpócrates, dios del silencio. Dirigido a Minister a secretis, Q. D. Quinto Sisena.

De Ambrosios de Megara, filósofo. Salutem.

Dominus, envío mi testimonio desde Corinto, una vez abierto a la navegación el Mare Clausum, cerrado durante el invierno, conocedor de que el consejero del emperador, el sabio Nicolás de Damasco, también prepara un memorándum para enviárselo al césar. Confío que este llegue primero a las oficinas de Saturno. He seguido como el trueno al relámpago la misión diplomática de Marco Vipsanio Agripa y de su esposa Julia a Oriente, tal como me ordenaste. Y sin menoscabar detalle alguno, os lo relato.

Desde su llegada, la pareja imperial fue agasajada como incumbía por su rango por el rey de Judea, Herodes, que se considera amigo y deudor de su cargo, persuadiendo a Agripa para que acudiera a Jerusalén, su capital y centro religioso, donde el general exhibió sus dotes de experto diplomático y conciliador de pueblos. Para congraciarse con sus sacerdotes, ofreció una hecatombe en el patio del santuario dedicada a su deidad invisible, que fue muy del agrado del pueblo.

Hasta el punto fue considerado un hombre piadoso de su dios, que cuando Julia y Agripa abandonaron la metrópoli en dirección a Cesárea,

un gentío multitudinario lo siguió en procesión, cantando himnos y sembrando el camino de ramos de olivo y flores silvestres, ante el beneplácito de Herodes y de los esposos. El respeto de Agripa a las tradiciones y creencias judías ha calado hondamente en Judea, así como algunos decretos emitidos para favorecer el comercio y mejorar de una vez por todas los impuestos debidos a Roma.

Tras semanas de fructífera estancia en Judea, Agripa aceleró la partida hacia Grecia, acompañado por su esposa Julia, que recibió honores nunca ofrecidos a mujer alguna en el mundo heleno. El mar de Jonia estaba sereno y el viaje fue apacible. Al alcanzar tierras de la Hélade, sus espías comunicaron a Agripa que Dynamis, soberana del reino de Bosporán, al norte, tras la muerte de su padre Asander, amigo de Roma, se había casado con el bárbaro Escribonio, un antirromano reconocido, y que el reino andaba revuelto. Agripa envió a un general aliado, Polemón del Ponto, que depuso al levantisco Escribonio imponiendo la paz y la influencia de Roma en todas las tierras.

Inopinadamente, y para estar a su lado, Herodes siguió a Agripa hasta Grecia, a fin de servirle como un perro faldero durante su estancia en Oriente, acción que el general valoró amistosamente. Herodes siguió el mismo itinerario que Marco Agripa: Cesárea, Rodas, Cos, Lesbos, Qyos, Mitilene, Bizancio y Sinope, donde se encontraron ambas comitivas. Julia, haciendo gala de su generosa liberalidad, aportó una estimable cantidad de dracmas de oro para reconstruir en Qyos el atrio del templo más antiguo del mundo, que los lugareños llaman Monte Panzudo, dedicado a los dioses primigenios. Allí la llamaron Hija de Venus.

En Andros erigieron a Julia una estatua de mármol y en Mitilene, en la isla de Lesbos, para no ser menos, le alzaron otra de mayor tamaño con las formas de la diosa Afrodita, proclamando además que era su reencarnación. Tal reconocimiento la llenó de orgullo y trastornó su carácter. Julia no cabía en sí de gozo y dejó que la agasajaran como a una diosa. Al decir de los cortesanos romanos con los que hablé, aquellas inconcebibles adulaciones, asemejándola a una deidad del Olimpo, cambiaron su forma de comportarse y se sintió como una heroína al verse adorada por el pueblo, con lo que creyó poseer los mismos distintivos de Venus, Artemisa o Atenea, extremo que no complacerá al césar, su padre.

Entretanto, lejos de allí, Agripa visitaba los territorios de la reina Dynamis. Fue entonces cuando aconteció un hecho singular y asombroso que paso a relatar con detalle y en clave. Ignoro si Nicolás de Damasco, en su despacho privado a Octavio, lo silenciará, pues es harto delicado dado que atañe a la desviada conducta de la hija del emperador en Grecia.

Secretum maior: Estancia de Julia, hija del César Augusto, en Ilión-Troya:

El caso es que Julia, hija de Augusto y esposa de Agripa, procedente de

un culto sagrado, había sido aclamada como hija de la Madre Tierra y enviada de Afrodita. Julia llegó a Troya en el ocaso de un día frío y nebuloso. Para acceder a la ciudad de Príamo debía cruzar el río Escamandro, pues no deseaba ser vista por nadie debido al secretismo de los ritos. Desbordado por las lluvias torrenciales, la barca donde viajaba Julia zozobró y la hembra imperial estuvo a punto de perecer ahogada. Fue salvada por un guardia del pretorio que la acompañaba y Agripa, al enterarse del funesto episodio, impuso una multa de cien mil dracmas de plata a los habitantes de Ilión por no auxiliar a su esposa como era su deber.

Los troyanos pusieron el grito en el cielo y se dirigieron a Nicolás de Damasco y al rey Herodes para que intercedieran ante Agripa y proclamaran su inocencia en el luctuoso hecho. La cólera de Agripa y de Julia no estaban justificadas, pues era de noche al acontecer el naufragio y los naturales del lugar ignoraban dicho viaje. Y como había que salvar la reputación de Roma, Nicolás, demostrando gran prodigalidad de conducta, hizo la travesía desde Amisos a Bizancio y de allí a Pagonia y habló con Agripa, quien, llevado por su proverbial largueza, perdonó la deuda a los troyanos.

Pero como el oficio de agente del Imperio comporta sumergirse en los hechos que se indagan, he de manifestar que Julia, al llegar a Troya, blasonó de que su familia, los Iulios, eran descendientes de Eneas, con todo lo que conlleva el entroncamiento de su sangre con el príncipe de Ilión. Al punto, sus veleidades divinas adquirieron en Julia un descontrol desmedido, pues se presentaba ante los lugareños como heredera de la estirpe de Eneas e hija de la diosa Afrodita.

No sé qué narrará Nicolás de Damasco, pero el incidente de Julia en el río encerraba otros motivos que paso a revelar y que de saberse por los iniciados y sacerdotes de las diosas Gea, Cibeles y Perséfone podría costarme la vida, pues valiéndome de mi condición de filósofo de la Academia pude participar en ellos.

Realmente, lo que aconteció en el inocente naufragio en el río se debió a que Julia regresaba de la sesión del citado rito místico en un estado lamentable, ebria y narcotizada. Había participado en las ceremonias en una cueva dedicada a Perséfone, la deidad que desciende y asciende del Hades. Dicha gruta es un telesterión o subterráneo sagrado y se halla en un bosque de robles centenarios. Está oculto a las gentes, que lo temen, y en él solo se escucha el chirrido del grillo y el ulular de las lechuzas.

Con la anochecida se iniciaron las ceremonias de tipo eleusino, donde participaban tanto romanos como griegos. Un sacerdote de gesto patriarcal eligió a los que iban a iniciarse y en procesión penetraron en la caverna. El anciano se aproximó a Julia, a la que dio de beber un néctar llamado kykeón, droga elaborada con cebada, menta y cornezuelo del trigo. Yo me abstuve, pues debía tener la cabeza despejada y la visión y oídos certeros.

—Que Hermes calme a Cerbero, y Orfeo lo aturda con su lira, señora —dijo—. Suplicaremos para que Perséfone, esposa del irascible Hades, deidad de lo Irremediable, comparezca esta noche en este santuario y te hable.

El firmamento crepuscular, grana como la púrpura, penetraba en la caverna, donde encendieron decenas de lámparas de aceite. El lugar es parecido a la grieta Tarentina del Campo de Marte de Roma, donde existe un altar dedicado a Proserpina y a las oscuras deidades del inframundo.

Al poco, como salidos de las entrañas de la tierra, surgió una comitiva de efebos de cuerpos perfectos y vigorosos, doncellas coronadas con laureles y mirtos y sacerdotes dominados por un exagerado fervor religioso que conducían en unas angarillas la efigie de Perséfone, la que acoge a los muertos y promete una vida dichosa en el más allá. Portaba el acostumbrado murciélago dorado en una mano y en la otra el narciso de plata y una granada de zafiros.

El alucinante lugar que parecía flotar fuera del compás del tiempo prendió pronto en Julia, que danzaba desordenada y sensualmente ante la imagen de la deidad, a la que llamaba hermana. Observé que la acompañaban en la danza falsos faunos y ninfas ataviadas con sutiles tules, prestos a ofrecer placer y los secretos de la diosa a los iniciados en el oscuro culto mistérico.

—Domina Julia, reencarnación de Afrodita en la tierra, suplica a Perséfone para que te ilumine con su revelación y halles la verdadera autopsia, la contemplación de la verdad —le imploró uno de los sacerdotes—. Cuando mires a la diosa te susurrará unas palabras y descorrerá el velo de la vida y de la hora suprema. Y la visión del más allá te liberará del temor a morir.

—Lo deseo fervientemente, kurós —aseguró Julia—. Sé por Afrodita que nuestras almas inmortales solo se hallan temporalmente en nuestros cuerpos.

Julia, de una hermosura sobrecogedora, vestía aquella noche únicamente un chitón de seda con un pecho al descubierto, como Diana Cazadora. Se dejaba manosear y acariciar obscenamente en todas las partes de su cuerpo por los danzantes, tan ebrios como ella. Me pareció que había perdido la noción del espacio real y que notaba estremecimientos, y todos deseaban tocarla lascivamente y simular cópulas con ella. Temblaba, balbucía y su mirada se asemejaba a la de una bacante de Dionisios en plena revolución de los sentidos.

El mismo sacerdote, tras unas horas de danzas, festines y jaculatorias aberrantes dirigidas a la deidad, y al abrir Julia los ojos, le reveló que estaba preparada para cumplir con el segundo rito del ceremonial, que vendría a cumplir sus apetitos. Se trataba, según explicó, de la hierogamia, la sagrada unión matrimonial y carnal con un joven elegido de entre los del coro, que haría las veces del dios Hades y al que podía hacer lo que le

placiera, incluso quitarle la vida.

Los jóvenes escogidos se hallaban atados a unos grilletes con ligaduras de esparto. La hija del césar, que parecía traspuesta, asió un cuchillo sacrificial y se dirigió a un efebo de gran gallardía, al que besó, le apretó sus carnes y de súbito le cortó el cordel y a jirones sus ropajes con la hoja, hasta dejarlo completamente desnudo. Y ambos, entrelazados y palpándose los sexos impúdicamente, se perdieron en el fondo de la cueva, rincón donde habían depositado comida, bebida y elixires espirituosos. En él pasaron tres jornadas entregados a los goces eróticos, y sus gemidos se escuchaban fuera como si se tratara de fieras salvajes. Entre tanto, el resto de los participantes se entregó a una bacanal de lujuria y frenesí que haría enrojecer a la hetaira más lasciva de Atenas.

Yo esperé fuera, hasta que compareció Julia, convertida en inmortal hembra por su contacto con la divinidad, mientras su marido, Agripa, era ajeno a sus devaneos divinos y a su licenciosa conducta. Fue entonces cuando pude escuchar de la boca de Julia estas palabras, que transcribo como las pronunció:

—Reniego de toda autoridad mundana y masculina, y no me someteré jamás a ningún varón, pues soy hija de Zeus, y tan libre como Venus, Juno y Diana. He comprendido que la expiración no es el final de la vida. He percibido la unidad de dios con mi alma y he conocido el Campo de los Juncos, o Aaru, donde moran los espíritus. Volveré a Roma como tu hija, oh, Afrodita.

Abordó la barca medio desnuda, con la cabellera revuelta, arrastrada por un soldado y tambaleante por los bebedizos. Más tarde ocurrió el triste asunto del naufragio, del que no se había dicho la verdad. Esto fue lo que ocurrió realmente, domine Q. S.

Yo conocí a Aurelia Cota, la madre del divus Julio César, matrona romana de acrisoladas virtudes y sacerdotisa de la Bona Dea, y a Octavia, la hermana del césar, y estoy seguro de que no hubieran aprobado la licenciosa conducta de Julia. Estos ritos se sucedieron tal como los he narrado, y en épocas anteriores Platón, Sócrates, Cicerón y Séneca el Retórico también anduvieron por estas cuevas buscando el mismo signo de la inmortalidad.

Marco Vipsanio Agripa, Julia y su séquito, reclamados por el propio Octavio, se hacen a la mar en dos semanas, rumbo a las islas griegas, y desde allí a Atenas, o a Corinto, desde donde partirán hacia Roma, dejando por doquier estatuas, estelas e inscripciones de su aclamado viaje y la inconcebible conducta de la hija del césar. Los acompaña en el viaje el joven Antipas, hijo de Herodes, que conspira contra su propio padre por el trono judío. Esta información irá en misiva aparte en el correo habitual.

Ambrosios de Megara, en las pridie calendas de enero.

La lectura del escrito provocó en Valeria una gran irritación. Luego

inhaló profundamente para recapacitar:

—No hay duda, en Julia crece la corrupción y se mueve en unos círculos de inmoralidad que su padre no admitiría. Temo por ella, pues creerse en Roma una diosa sin serlo puede costarle caro —lamentó apenada.

—Y más cuando Augusto, con las reformas de la Lex Iulia, reclama a las matronas de Roma el regreso a las sobrias costumbres de la República y de los tiempos de Catón —aseguré.

—¿Se lo comunicarás al césar, Tulio?

—No tendré más remedio, Valeria, aunque ella cuente con mi amistad.

—Una vez en Roma, y al lado de su padre, su proceder en Oriente se olvidará y se comportará con más recato —adujo la vestal convencida.

—No lo hará, la conozco. Se trata de un desafío a su padre, jefe duro y amargo como un nogal. Y Octavio, llegado el caso, no la redimirá —opiné.

—Jamás pensé que Julia se entregara a esos perversos ritos y se creyera tocada por el hálito divino de la diosa. ¡Es inconcebible, Tulio!

Mientras platicábamos, una tormenta imprevista cayó sobre la Urbs y caló las terrosas calles. Al poco, vapores brumosos se alzaron sobre el barrizal del monte Celio. Valeria consideró que era el momento propicio para las intimidades en su lecho, y me tiró del brazo con dulzura, cumpliendo su deseo de convertirnos en amantes. Ceñida a mí, me condujo a su cubiculum.

Creo que interpreté sus deseos, a pesar de mis titubeos. Dispuso su cabeza sobre mi pecho y durante un tiempo formamos un solo ser. Al momento deslicé mis dedos por su cuello y el arco de la nuca y acaricié la mata suelta de su pelo. Abrazados, traspasamos las fronteras de las caricias para pasar al frenesí y el incendio de los sentidos. Era un tropel de caballos por la pradera de su liso vientre y de sus opulentos senos.

Rastreé con mis labios las curvas de su cuerpo entregado, le arranqué gemidos de placer, y sus ojos negros traspasaron mi mirada. Y desfallecidos, aguardamos callados la llegada de la noche.

Así fue como me convertí en el amante asiduo de Valeria Domicia, la mujer más deseada de Roma, la enigmática vestal olvidada por la reciente historia de Roma, donde se decía guardaba un secreto infamante del pasado de Augusto, quien no se había atrevido a desembarazarse de ella porque era temeroso de los dioses, y recelaba de la despiadada venganza de Vesta.

Pero la vigilaba de forma subrepticia, perenne y cercana.

Fuera, un viento suave y una lluvia fina hacían más grato el fuego del brasero y la calidez de las sábanas del lecho de Valeria. Miré por

entre los vidrios y contemplé la luz de una luna cargada de penumbras, que por un instante iluminó una estrella fugaz que se perdió por el acerado firmamento.

II

TITO LIVIO, EL POMPEYANO

Roma, año 13-12 a. C.

Tulia cumpliría pronto los siete años y cuando la evocaba, sin conocerla aún, un escalofrío corría por mi piel. No podía dilatar más el tiempo sin alzarla en mis brazos, práctica ordenada sin la que no podía decir que era hija mía.

Aproveché el viaje de Augusto a la Galia y en su ausencia y a bordo de una galera de la compañía Gadeira de las que normalmente traían a Roma garum, púrpura y aceite, viajé a Gades aquel estío para ejercer ante el magistrado la patria potestad sobre Tulia, como era mi obligación, e imponerle el nombre y el cognomen familiar. Tulia, por deseo de mi recordada Marcia, y Adriana, en ofrenda de los antepasados ítalos de los dos abuelos, oriundos de Hadria.

Me recordaba a Marcia, con su misma piel blanca, anacarada, los ojos verdes, el pelo entre dorado y rojizo y la figura estilizada. Pero la nariz recta y romana, y la barbilla alta y firme, eran las mías. Emocionado la abracé con amor y, elevándola por encima de mi cabeza, la ofrecí a los dioses.

Mi estancia en Gades era privada, pero a causa de mi rango senatorial y cercanía a Augusto, finalmente resultó oficial y tuve que presidir varios consejos del Conventum Gaditanum, dos sacrificios en el templo de Minerva, una parada militar y aceptar el agasajo del patrono de la ciudad, Publio Balbo, al que vi muy viejo, servil y decrépito.

Ganarme el afecto de Tulia no fue tarea fácil. Yo era un desconocido para ella, y si lo logré a medias fue por la ayuda de la matrona que la había amamantado y cuidado, una vigorosa mujer de carácter sensible y servicial, y de mi madre, que la había preparado para vivir conmigo en Roma.

—¿Soportará el viaje y la estancia en una ciudad que no conoce, madre?

—Claro, hijo. Es de tu sangre y te debe obediencia y respeto — repuso.

Mas yo me propuse que mi relación con Tulia o sería de amor y confianza o no sería, y con la esperanza de ganarme su favor, paseé con ella por Dídime, la ciudad gemela de Gades tras el canal, limpiamos el columbario donde yacían los restos de su madre,

navegamos con el locuaz Amyntas por la bahía de los Tartessos, visitamos el templo de Melkart y ofrecimos un sacrifico a Ilitía, deidad de los nacimientos, a la que debía un tributo. Recorrimos las tiendas del emporio, donde descubrí que Tulia poseía gran gusto por las copas labradas, las cráteras, los vasos de ágatas, las estatuillas egipcias y los sellos de jade y marfil.

Comencé a ganarme su confianza cuando me preguntó por mi apodo:

—Padre, ¿por qué en Gades te llamaban Graeculus?

La miré perplejo y solté una sonora carcajada que la hizo sonreír cuando se lo expliqué. Había sido un niño amante de los libros y lo llevaba a gala.

—Yo también sé griego. Me lo está enseñando Amyntas —me dijo contenta.

—Me has dado la mayor de las alegrías, Tulia. ¿Sabes?, en Roma tenemos una librería, mucho más lujosa y espaciosa que la del abuelo Ulpio. Será tuya en el futuro —le dije, y me miró embobada cuando le hablé de nuestra morada, del césar y de la Urbs más grandiosa del mundo conocido, donde pronto viviría.

En un bazar le compré ropa para el viaje, una capa, unas botas, un gorro bordado y una pupa, una muñeca que representaba a Livia, la esposa de Augusto. Tulia terminó ablandando sus reticencias cuando le prometí, a petición suya, que su niñera nos acompañaría a Roma. Después, en la Urbs, tendría dos madres más. Nausícaa, la esclava, a la que amaría con denuedo por su dulzura y trato maternal, y Valeria, con la que pasa semanas enteras, pues la antigua vestal la ha tomado como la hija que nunca tuvo y la venera.

Retornados a Roma, el sonido de la risa de Tulia se convirtió en la sinfonía diaria de la casa del Clivus Argentarius, una mezcla de alegría de vivir, felicidad e inocencia que bendijeron la domus y a cuantos habitábamos en ella. Ansiosa por estar al corriente de todo, Nausícaa y Cadmo la acompañaron para que conociera los monumentos, y por la noche disfrutaba cuando se dormía acurrucada y agarrada a mi cuello. Y desde que llegara, comenzó a opinar sobre cosas que muchos adultos no entendían, sentada en mi regazo. Su dulzura y talento colmaron de placidez mi ajetreada vida.

Pero esta no resultó perfecta del todo. Suele acontecer que los dioses son esquivos a que la felicidad de los mortales sea completa y continuada, y una carta, y otra llegada tres meses después desde Gades, colmó de dolor a la familia de los Vero de Roma, y en especial a Tulia, que se había criado con ellos. Mi padre Ulpio había fallecido tras un grave deterioro de su salud y mi madre Aurelia Flavia lo había seguido al entrar en una doliente melancolía meses después, tras unas

fiebres. Recibí muchas pruebas de amistad, y me llegaron pésames del emperador, de Mecenas, de Ovidio, de Julia, de Valeria, de Cayo Julio Higinio y de muchos senadores, magistrados, escritores y clientes.

Mi hermano Nevio llevó a cabo las exequias fúnebres en Gades, me envió sus mascarillas de cera y unas figurillas para depositarlas junto a los dioses manes, y en Roma Tulia y yo celebramos sacrificios por sus almas inmortales en los altares de Plutón, Proserpina y Destino, el dios ciego. Lloramos su fallecimiento y en mi triclinium mandé pintar sus figuras por un artista griego.

La memoria de Aurelia y Ulpio Vero no desaparecerán de mi mente.

***

Se me encogió el estómago cuando recibí una invitación del Palatino enviada por Livia Drusila, la esposa de Augusto, quien con una recepción daba la bienvenida a Roma a Tito Livio. Mi complacencia fue inenarrable y salté de gozo. Mi admirado autor y causa principal de que yo me hallara en la Urbs, tras su prolongado viaje por Grecia y una larga estancia de trabajo en Patavium, regresaba para entregar un misterioso regalo al césar que había hallado en un templo de Alejandría y sobre el que nada se sabía.

Debo reconocer que me emocioné y se me hizo un nudo en la garganta.

Además, Livia se proponía anunciar que su esposo recibiría dos honores máximos cuya naturaleza nos ocultó a los comensales, rodeándola de secreto. La domus de Livia no escamoteaba lujos y estaba decorada con columnas, estatuas y bustos de dioses griegos, y el tablinium, la sala del banquete, lucía adornado con vasos y jarras de ónice, enóforos de cristal de Arrentium y lámparas de bronce. Era la antítesis de la austera domus de Augusto.

Confieso que Livia Drusila, la esposa del césar, era una mujer hermosísima, de figura altiva y refinada. Gustaba de ataviarse con túnicas de seda de Partia teñidas en tonos azafranados, azules y púrpuras y elegantes pañuelos anudados al cuello que le colgaban airosamente. Procedía de una familia noble y republicana, cuyo padre había luchado contra Octavio, y representaba el ideal patricio de las matronas romanas. Se había divorciado de su esposo, Tiberio Claudio, para entregarse a Octavio en matrimonio, con solo diecisiete años, de una forma escandalosa y donando una cuantiosa dote.

En la casa, contigua a la de su marido, Livia era asistida por un ejército de costureras, ornatrices, zapateros, masajistas y expertas margaritarias, o sea, ensartadoras de perlas y piedras preciosas. La tarde de la recepción, como solía manifestar el rechoncho Horacio, la dama compareció en el salón, simplex munditiis, sencilla en su

elegancia.

Vestía de amarillo pálido y peinaba su pelo dorado parcialmente hacia adelante y con un alto moño trenzado. Su rostro había sido maquillado con plomo blanco, lanolina y ocre de vino seco, y los párpados con antimonio y lapislázuli.

Aunque yo no había dejado de considerarme un équite advenedizo, comparecí conforme exigía la etiqueta, con la túnica senatorial y tocado con la Corona Cívica dorada que me regalara mi padre. Pero quien realmente concitó el interés y las miradas de los invitados fue el varón del momento en Roma, Julio Antonio, ante el que los demás varones palidecíamos en la vulgaridad.

Las damas aseguraban que se parecía en el porte a su padre, el bello Marco Antonio, y en el atractivo a su madre Fulvia. Antonio, joven de personalidad ambiciosa, era encantadoramente estúpido, un Adonis vacío, un narcisista consumado que se creía arrebatadoramente atrayente y que ninguna mujer podía resistirse a sus encantos. Pero era el paradigma de la jactancia, y no me extrañaba que el emperador recelara de sus intenciones.

El envarado Antonio lucía una piel morena brillante, se movía con petulancia y era membrudo y de cabello rizado y negro, con bucles que le caían sobre los hombros. Augusto lo recibió con diplomacia, sin excesos, pero intuí que no complacía mucho a la inquisitiva Livia, que veía a su esposo situarlo por delante de sus hijos Tiberio y Druso para asignar altos cargos del Estado.

En la domus de Livia se exhibía el lujo oriental en el que vivía la esposa del césar. Sobre el pórtico de entrada lucía el broquel de oro que el Senado había entregado a Octavio, donde se reconocía su liderazgo moral y las bondades que lo distinguían: Virtus, Clementia, Iustitia et Pietas. Livia, fría como un témpano, nos recibió con cortesía, probando que era una domina a la antigua usanza, como le gustaba a Augusto. El nomenclator, conforme llegábamos los comensales, nos anunciaba a los anfitriones.

—El cónsul Marco Valerio Messala, el maior senatus, Claudio Pulcro, Antonio Musa, médico imperial, Cayo Cilnio Mecenas y su esposa Terencia, Quinto Horacio, el procónsul Julio Antonio y su esposa Marcia, Cayo Julio Higinio, el escritor Tito Livio, la vestal Valeria Domicia y el senador Tulio Vero.

Era evidente que yo era el elemento extraño en aquel círculo de poder y nobleza, donde había acudido lo más renombrado de Roma. Yo tenía la promesa de que Julia u Octavio me presentarían a Tito Livio, a quien no quitaba ojo, y por eso me hallaba allí. Al fin el sueño de mis sueños iba a cumplirse, aunque años más tarde de lo que yo había aventurado. Augusto me miró con sus azulísimos ojos, tan pasmosamente claros, y me saludó:

—Tulio Vero, dilecto amigo, mi casa se honra al recibir a un héroe de Roma —me tomó del brazo y me llevó hasta Livia, que me dedicó una sonrisa.

—Salud, senador Vero. Pronto visitaré tu librería —me sonrió afable.

—Salve, domina ilustrissima. Inmerecido honor. —E incliné la testa.

Valeria entró en compañía de Julia. La vestal besó mis mejillas. Mágicamente perfecta, fulguraba entre las damas. Parecía Aurora, la deidad del alba, con su aristocrática nariz empolvada. Yo gozaba del trato diario en su lecho y los dioses agregaban felicidad a nuestros encuentros, pero como el amor de Valeria procedía de su capricho, temía que se desvaneciera cualquier día.

—Guárdate de Livia. Segrega hiel por los engaños de su marido con Terencia, que esta noche la tendrá a su lado. Espero que la Medusa paralice su malicia —me susurró al oído.

Y yo le respondí con cierta ironía:

—Que Venus Viriplaca, deidad de los cornudos, la calme. —Y me sonreí.

Un esclavo sirvió a Livia su vino preferido, un selecto caldo añejo de una viña suya en Trieste, conocida como Campus Duinus, y llenaron nuestras copas. Nos dio la bienvenida en nombre de la familia imperial y ocupamos nuestros triclinios. Brindó por Druso y Tiberio, sus hijos, que se hallaban guardando las fronteras, y tuvo un recuerdo maternal para ellos y por su lealtad a Augusto.

Reputada creadora de elixires, emplastos, e incluso especialista e inventora de pócimas letales, Livia fue comisionada por el emperador para convertirse en la magistra o regina bibendi, la encargada de mezclar los vinos para la cena, ante el aplauso general. Augusto, amante de los dados, manifestó:

—Hoy no nos jugaremos a los dados la elección del vino estando Livia con nosotros. ¡Que el Padre Júpiter conduzca su mano!

Por mi cargo en las finanzas de Nemus conocía informes secretos de que Livia respetaba las decisiones políticas de Augusto. Ninguno de mis agentes había descubierto que interfiriera en los asuntos de Estado y mucho menos que hubiera intervenido en la anómala muerte de Marcelo, el sobrino del césar y primer esposo de Julia, de la que algunos palafreneros la acusaban.

Uno de sus familiares la llamaba la Ulises Stollatus, Ulises vestido de mujer, por la sagacidad demostrada en dirigir la casa y los asuntos del césar.

«Dentro de una inusual fortaleza, es una dama sumamente discreta, aunque también ambiciosa. Carece de escrúpulos y muestra un carácter firme en su relación con los demás. Augusto la respeta por su

valía, ingenio y prudencia, y cuida de Julia, la hija del césar, y de sus hijos como si fueran de su sangre. A veces finge esa calidez y aprecio hacia la familia del emperador. Es reservada en sus afectos y no se le conoce injerencia alguna en las cuestiones de la República, ni existe prueba de que conspire para subvertir las intenciones de sucesión al trono marcadas por el emperador», la describían nuestros informes secretos que ni el mismo emperador conocía.

Cayo Higinio levantó la copa y brindó por los anfitriones:

—Bene tibi, Augustus, feliciter Livia Drusila.

A lo que contestamos:

—Salve imperator Romae! Ave Livia!

La reunión no podía presentar mejores augurios por la presencia de mi idolatrado Tito Livio, además de la concurrencia de la élite intelectual de la Urbs, escritores y eminentes pensadores. Mi ilusión de juventud se cumplía al fin aquella noche, y nada menos que en la domus imperial.

De repente, el emperador recabó la atención de todos y habló con afabilidad:

—Caro Pompeyanus. —Mote con el que conocía Augusto al escritor por su republicano entusiasmo hacia Pompeyo—. Hoy nos acompaña el senador Vero, que lleva años deseando conocerte. Es más, arribó a Roma hace unos años con el solo propósito de verte y luego regresar a su lejana ciudad. ¿No es insólito?

Tan serio como si presidiera un sacrificio, Livio dio un paso hacia mí.

—¡Qué imperdonable ceguera! —exclamó Tito Livio con gentileza —. Así que ¿tú eres el librarius hispano del que me habló mi amigo Juvenal, el poeta, que habías venido de Gades para conocer a mi humilde persona? ¡Qué inmerecida dignidad! Es lo más halagador que jamás me ha ocurrido.

—Ese soy yo, y ese fue mi delirante sueño desde que leí tus Décadas.

—Me cuesta creerlo. Excesivo riesgo para conocer a un modesto poeta.

—Pero no a cualquiera, domine. Venciendo mi natural timidez, arriesgué mi reputación de viajar a Roma por el solo placer de tratar contigo. En Gades me tacharon de loco, y en Roma, de necio inclinado a la ridiculez. Después el veleidoso destino me ofreció otros caminos. Tus libros me hicieron dichoso desde que era un niño, y deseaba decírtelo y agradecértelo.

El historiador cruzó una mirada de simpatía conmigo y también de turbación, pues era un hombre tímido. Tenía la misma edad de Augusto, cuarenta y siete años, y yo había leído su monumental obra sobre la historia de Roma de ciento cuarenta y dos volúmenes desde la

fundación de la ciudad hasta la dictadura del divus César. Lo observé con detenimiento. Tenía la frente amplia, la nariz larga y con un puente alto, y el cabello corto, gris y ensortijado. Era esbelto, incluso flaco, de hombros estrechos y orejas grandes y rojas.

Higinio me aseguraba que había contraído el tifus en Oriente, de ahí su tardanza en regresar a la Urbs. Sus pupilas se movían inestables, y su voz tenía un deje muy propio de los latinos del norte y de la Galia Cisalpina, su cuna.

—¡Por las nueve musas, senador Vero! —me abrazó—. El pudor me impide vanagloriarme, pero me complace tu testimonio de amor a los libros, a la palabra escrita y a la cultura de Roma. Yo solo soy un respetuoso divulgador. Tu deseo te engrandece a ti, y no a mi persona. Mi pluma y tu fervor por los libros se han unido hoy, gracias a las musas. Estoy reconocido por tu culta pasión que me anima a proseguir con mi obra. —Y resonó una ovación.

Julia, la divertida, suave y bondadosa hija del césar, intervino en mi favor, y se expresó entusiasmada una vez más:

—Tulio despierta en nosotros una gran consideración, como solo despiertan los espíritus excepcionales, Tito. —Me regaló una sonrisa única.

Livia, sin poder abstraerse de la conversación, habló en tono amable:

—Tulio Vero, no te conocía, pero, créeme, tu acción fue noble y apasionada, y mi esposo y yo alabamos tu decisión y coraje —me elogió.

Horacio, con sus manos regordetas en el obeso vientre, intervino:

—Pocos romanos son capaces de cruzar el océano por tan insólita razón.

—Soy un apasionado lector, Horacio, que en un rapto de locura decidí conocer al que es para mí uno de los paradigmas de la literatura romana, como lo eres tú, créeme. Gracias a todos por vuestra consideración —aseguré azorado.

Los dioses restituían en compañía tan excelsa mi excentricidad. Un sentimiento de complicidad afloró entre los dos. Desde entonces, mi admirado Tito Livio fue asiduo tanto en mi librería como en mi casa, y solo la muerte acabará con nuestra amistad.

La familia imperial, siempre lo defenderé, es un agradecido linaje que se desvivió por nuestro bienestar, demostrando su excelente talento para la amistad. Con la puesta de sol, mientras cenábamos, entraron unos mimos que representaron escenas de la vida de Augusto. Tito Livio había sido colocado a mi lado y lo agradecí a Livia. Aquello sucedía de verdad y mi gran sueño de juventud se había hecho realidad.

—La modestia es también una virtud y tú has hecho gala de ella —

me dijo—. Créeme, todo lo que merece la pena en la vida es un grato desafío. Te admiro.

Yo estaba cohibido ante su presencia. Su túnica era formal, aunque muy anticuada, y su piel era blanca como el jaspe. Tenía unas pequeñas cicatrices de antiguas pústulas en el cuello, quizá de la viruela o de alguna otra enfermedad.

—¿Por qué tu interés por mi obra, querido Tulio? —se interesó de nuevo.

—Soy un lector empedernido desde que tengo uso de razón y mi padre tenía por entonces una librería en Gades, lo que propició mi interés por los libros. Pero tus Décadas son grandiosas y retratan el esplendor de Roma, de la que tanto me hablaba mi abuelo. Leerlas para mí significaba un placer difícil de explicar.

—¿Solo eso, Tulio Vero?

—Has inmortalizado a los héroes invictos de Roma, como antes lo hizo Homero con los de Grecia. ¿Te parece poco mérito? Hay más, magister. —Me aclaré la garganta con vino—. Son tus diálogos filosóficos, tu estilo pulcro y el cultivo psicológico de los personajes lo que más me atrajo. En la historia hay que describir los sentimientos de los héroes, como tú lo haces. El hecho en sí mismo carece de alma y tú se la procuras.

—Que desde tan joven me hayas juzgado con tanto tino me abruma y me da pavor. ¿Algo más te ha llamado la atención de mi obra, senador Vero?

—Sí, la pirueta histórica de imaginar a Alejandro de Macedonia no dirigiéndose a Persia o a la India, sino hacia Occidente. Hoy la historia sería otra. Me agradó mucho la ucronía tuya y la comentamos en los círculos de lectura.

—Es como si Aníbal hubiera entrado en Roma. ¿Verdad, Tulio?

Reí, incluso lanzando una carcajada, ante tan irónica reflexión.

—Además de escritor eres un pedagogo eminente, Tito —lo adulé.

—¡Vaya! Es lo mismo que me asegura mi alumno predilecto, ¿sabes?

—¿Quién es ese joven privilegiado, magister?

—Claudio, el nieto de Livia. Un mozalbete con problemas de dicción y cojera, pero extraordinariamente culto y ávido de saber. Te lo presentaré y lo llevaré a tu librería, que estoy deseando frecuentar.

—Será un día festivo para el Cálamo de Hermes, caro maestro.

Con los postres, unos criados trajeron varios estandartes romanos con el águila imperial capturados por los partos en la guerra contra Craso, y que con la paz de Octavio habían sido devueltos. El aplauso de los comensales resultó clamoroso y el césar hubo de incorporarse para acallar las muestras de afecto.

—Pronto lucirán en el templo de Marte Vengator, para gloria de

Roma.

A una orden de Livia, unos esclavos nos entregaron en mano unas cajas que contenían los apoforetas, los regalos preceptivos de todo festín que se preciara de suntuoso. A mí me correspondió un vaso de oro, con Aquiles el aqueo tallado prodigiosamente, y a Valeria una redoma de perfume de Palmira. El banquete era un agasajo digno de Creso.

En cambio, una impaciente Livia deseaba revelarnos los misteriosos regalos dispuestos para su esposo. Ordenó que corrieran las cortinas, que la orquestina interpretara una música sutil y se hiciera el silencio.

—Queridos: es sabida la gran labor ejercida por mi esposo Octavio, hasta el punto de que las puertas del templo de Jano jamás han estado tanto tiempo cerradas, señal de que la paz reina en el orbe romano.

—Augustus imperator, rex pacis! —lo aclamó Higinio y lo ovacionamos.

—Gratias tibi —se lo agradeció Livia—. Pues bien, en esta íntima cena deseo ofrecerle a mi esposo un presente traído por Tito Livio de Egipto. —Lo apremió afablemente a que lo presentara ante sus ojos—. Vamos, Livio, tu amigo arde en deseos de contemplarlo.

Tito Livio se incorporó de su diván y, con su modulada voz, dijo:

—Imperator! Los márgenes donde la familia Julia ha llevado a Roma son los límites del océano que rodea la tierra, que como sabemos es un disco plano. Viajé a Egipto para que los geógrafos y matemáticos de la isla Elefantina elaboraran para ti un orbis terrarum, un plano del mundo, que completara el que el divus Julio César depositó en el Capitolio. ¡Traedlo! —ordenó.

Dos esclavos apostaron un atril y otros dos más, que los seguían, depositaron en él una tela de suave piel, encuadrada en un marco dorado y pintada en vivos colores. Nombraba en letras carmesíes los continentes de Europa, África y Asia hasta la India, siendo el Mare Internum el centro. A su alrededor se ubicaban en un círculo perfecto la Galia, Hispania, Britania, Italia, Tracia, Armenia, Iliria, Escitia, Partia, Arabia, Egipto, Numidia, Libia y Mauretania, completando un planisferio admirable.

—¡Las águilas de Roma sobrevuelan el mundo conocido! —exclamó.

El asombro del princeps fue contagioso. Los demás ahogamos una exclamación de admiración. Luego besó a su esposa y abrazó a Tito Livio.

—Nunca en la Urbs se vio nada igual, así que dispongo que esta obra magna sea depositada en el interior del Pórtico de Vipsania, erigido por la hermana de Agripa, y que pueda ser contemplado por los romanos de cualquier condición. Portentosa obra —manifestó

orgulloso.

Livia Drusila nos devolvió a la realidad y concitó la atención de los comensales con su voz mesurada:

—Atendedme de nuevo, caros amigos. Las sorpresas no han concluido —dijo y nos reímos tenuemente—. Esta es la cena de las ofrendas a mi esposo. Sabéis que muchas han sido sus gestas militares, al que algunos tachan de poco belicoso, cuando liberó a Roma de la tiranía de la vieja aristocracia y nos ha regalado una paz donde todos viven y se enriquecen.

—Nada más cerca de la realidad, Livia. Hoy, y por voluntad de los dioses, Roma domina el mundo y nuestras fronteras no conocen límite alguno, gracias a Octavio, mi amigo —la interrumpió Mecenas para confirmar sus palabras.

—Cierto, Mecenas —prosiguió la dama—. Su estrategia militar en el norte, que lideran Marco Agripa y mis hijos Tiberio y Druso, ha hecho que se consolide definitivamente la frontera en el Danubio, Moesia y Panonia, Serbia, Eslovaquia, Austria. A los cuatro puntos cardinales ha llegado su paz.

—Roma vincit! —exclamó un enfervorizado Messala y lo coreamos.

—El strepitus Romae, el rugido de Roma, se oye en todo el orbe —continuó Livia—. Pues bien, los generales de Octavio han erigido un monumento conmemorativo, el Trofeo de los Alpes, en las cumbres marítimas de Provenza para evocar esas conquistas; y a tal efecto nos han enviado una réplica en miniatura, que deseo ofrecerle.

Augusto lo ignoraba, pues compuso un gesto de extrañeza. Apretó el brazo de su esposa y emocionado se puso en pie y paseó su mirada sobre los invitados. Fedro de Corinto, el esclavo personal del césar, se lo entregó en las manos. Debía de pesar, pues era de oro macizo. Se trataba de una peana cuadrangular que soportaba una torre circular rodeada de columnas, y sobre ella un pináculo con la estatua de Augusto vestido de general en campaña y señalando el norte pacificado.

Octavio se emocionó de tal manera que, soltando alguna lágrima, se abrazó a Livia y besó el pequeño trofeo, de dos palmos de altura, que nos mostró a todos con humildad, mientras lo aplaudíamos entusiasmados.

Había sido un golpe de efecto de Livia, que deseaba divulgar ante sus amistades que la labor militar de sus hijos en la frontera resultaba esencial para Augusto, aunque ella sabía que los pequeños Cayo, de siete años, y Lucio, hijos de Julia y de Agripa, unos niños vivaces y abiertos, eran los herederos para sucederle al frente del Estado. La mirada de la augusta dama daba a entenderlo, y Julia me miró de reojo, sonriéndome con perversidad.

Siguió alguna cháchara y Augusto anunció que en memoria de su sobrino Marcelo, hijo de su hermana Octavia y muerto en plena juventud, iba a inaugurarse un teatro que llevaría su nombre con la representación de la guerra de Troya, y que su nieto Cayo participaría en la obra como soldado troyano.

Sin embargo, aún no habían concluido los honores. Pulcro, el senator maior, parecía que también tenía una sorpresa preparada en connivencia con Livia, que lo animó con una señal. Augusto lo escuchó atento. Le reconoció la acertada renovación de la curia con jóvenes équites, entre los cuales yo me encontraba, alabando nuestro trabajo incansable, que había hecho que la actividad de la República hubiera cobrado nuevos bríos y efectividad.

—Princeps Augustus, lamentamos que Lépido, pontífice máximo, y compañero tuyo en el segundo triunvirato, falleciera hace unas semanas. Debió poner a disposición del Senado su cargo tras Actium, pero era autoindulgente. Te debía la vida incluso después de traicionarte y retuvo ese cargo obstinadamente. Pero al fin ha quedado liberado para bien de Roma.

—Era un soldado con poco honor y menos valor, pero un romano.

Sabíamos que había sido un títere en manos de Marco Antonio, un soldado pobre de espíritu, ignorante y débil, en el que Augusto no había querido cebarse y sustraerle el cargo. Pero ¿existe situación más penosa que estar aislado en una ciudad bajo el gobierno de tu enemigo? Así era Lépido.

—Pues bien, estando la sede vacante, la cámara del Senado ha decidido designarte pontifex maximus y desea que lo asumas con orgullo.

Pulcro se detuvo sabiamente y propició un prolongado aplauso.

—La grandeza de Roma —prosiguió adulador Pulcro— se mide por la probidad de sus varones, y tú has logrado la pax deorum para la nación. Por todo ello te ruego, princeps, aceptes el nombramiento.

Augusto parpadeó. Era una pose teatral. Lo deseaba hacía tiempo.

Él sabía que la investidura sellaría su enorme popularidad con el pueblo, asociando su persona con los cultos de las deidades romanas. Además, su genius se uniría al espíritu místico de Roma como sumo sacerdote de los dioses protectores de la ciudad. Aquel cargo capital lo acercaba a la divinidad y, una vez elegido, en todas las provincias del Imperio se escenificarían ceremonias de lealtad y devoción a su persona como mediador entre lo divino y el Estado. Se convertía en un dios de facto.

—Me uno a la dignidad de mi tío Julio, también pontifex maximus. Lo asumiré y decretaré unos juegos para celebrar la elección, caro Pulcro. Hoy me habéis hecho tocar el Elíseo. Gratias aeternas!

Brindamos por la elección. Ningún gobernante en Roma había

acumulado tantos rangos de poder. Vi que Julio Antonio, confiado y arrogante, aplaudía con arrebato, y que la frívola Terencia, que amaba a Augusto y se veía en secreto con él, apenas si lo miraba para no levantar sospechas. Livia, conocedora del turbio asunto amoroso entre ellos, se comportaba cautelosa, e incluso conversaba con ella de banalidades.

Llevaban casi diez años como amantes, y los respectivos esposos, Cayo Mecenas y Livia, hacían como si nada sucediera entre ellos y se trataban con la naturalidad y llaneza de unos viejos amigos a los que nada había que reprochar. Así era la vida entre los optimates de Roma.

Examiné a la encantadora y elegante Julia, a la que asistía su liberta Phoebe, una muchacha de Libia de cabello ensortijado y piel de gacela, que atraía por su belleza y extravagantes túnicas africanas. La joven se mostraba desde su llegada de Grecia imperiosa, arrogante y amargada por la ausencia de su marido Agripa e indiferente con su familia. La veneración de la que había sido objeto por parte de los griegos la había transformado. Había sido Afrodita en Troya y escalado el Olimpo, y en Roma era considerada solo como una domina más, que además estaba al servicio de los intereses de la política sucesoria de su padre.

Por mis agentes conocía que Julia, para evadirse de la austeridad del Palatino, frecuentaba la villa del mundano Sempronio Graco, patricio presuntuoso y muy corto de entendederas, donde sí la tenían como descendiente de Venus y como tal la agasajaban. Error que Augusto no toleraría. En el palacete, según los informes secretos que nos llegaban a Quinto y a mí, Julia exhibía su gusto por las más disparatadas perversiones y frivolidades.

En las postrimerías de la cena, cuando los vapores de los vinos nublaban nuestros intelectos, observé que Julia conversaba de una forma melosa y nada apropiada con Julio Antonio, elegido recientemente pretor por el emperador por encima de los de su propia estirpe, como Druso y Tiberio, los hijos de Livia. Era como si deseara reavivar la memoria de su padre, Marco Antonio, su inveterado enemigo en la lucha por el poder.

Antonio vestía a la usanza asiática, no como un romano, y tanto Julia como el emperador se habían mostrado en el festín obsequiosos con el hijo de aquel que había sido vencido en Actium. En especial Julia, a la que dedicó algunas galanterías y sobeos que inmediatamente fueron detectados por Livia, quien por la expresión de su rostro manifestó que le parecían indecorosos.

Esgrimió una mueca desaprobatoria y se volvió hacia Marcela, la hija de Octavia, la distraída esposa de Julio Antonio, que parecía ajena a la escena de la osada lisonja a su prima y los devaneos de su

marido. Livia, que conocía como yo ciertas confidencias, me miró y le ofrecí un mohín forzado, como si también lo hubiera advertido, muy a mi pesar. Se me erizó el cabello de la nuca, pues andando por medio Livia, Julia debía tener cuidado con sus flirteos y yo con mis informes secretos.

La hija del príncipe estaba perdiendo los estribos, y el escorpión de los celos y la alarma ascendían por las escalinatas de la domus de la estirpe imperial. Al poco nos despedimos de los anfitriones, agradeciéndoles sus atentas solicitudes. Augusto me abrazó con sincera gentileza.

A Valeria le gustaba escenificar sus enfados al estilo de las romanas. Con ira. Subimos al carruaje y al acomodarnos no pudo frenar su furor mal contenido. Me habló de la hija del emperador, a quien adoraba.

—Julia es mi debilidad. ¿Te has dado cuenta de la frialdad y el desprecio con el que la ha tratado Livia en la cena? Si bien es cierto que hemos de reconocer que el infortunado viaje a Grecia la ha cambiado, ¡por Vesta!

—Sus libertinos amigos, esa caterva de borrachos indeseables, en vez de ayudarla le siguen la corriente para medrar y la lisonjean como una diosa. Ha escogido un camino errado y la perjudican.

—Livia posee un carácter insensible y Julia es un volcán de afectos, Tulio. Mucho me temo que muy pronto se declare la guerra en el Palatino.

—Lleva ventaja la esposa del césar. Ella sabe de Julia más de lo que calla —revelé—. Viven en dos mundos antagónicos y hostiles entre sí por el delicado asunto de la sucesión. Saltarán chispas con ese asunto.

No era suficiente que Julia se dirigiera con afabilidad a la gente sencilla de Roma y que fuera compasiva con los humildes y amable con los aristócratas que la abordaban en el Foro. Valeria había acertado y, sin precisar la amenaza, comprendí que un sombrío futuro planeaba sobre la hija de Augusto, mi cálida amante de una noche de verano.

Aquella tibia vigilia, Roma, como una novia protegida por el velo de la noche, desvelaba la diafanidad de sus aires, de sus terrazas y de sus jardines preñados de flores, cidros y cipreses.

III

SECRETOS DESVELADOS

Roma, años 12 al 9 a. C.

Al despuntar el alba el ajetreo se apoderaba cada día de mi casa.

A veces hacía un frío que cortaba los rostros cuando los pinos del Palatino apenas si emergían de las sombras. El ruido seguía siendo incesante en la ciudad, tanto de día como de noche. A veces padecía insomnio por semejante barahúnda y si el asma me respetaba abandonaba el lecho entre una luz amarillenta que difuminaba las siluetas de los templos. Entonces observaba absorto a Tulia Adriana, que ya subía y bajaba las escaleras y se interesaba por mis clientes como si fuera la paterfamilias.

Su vitalidad resultaba admirable y yo no podía sentirme más feliz.

Con la paciente Nausícaa, Tulia organizaba la casa, a pesar de su tierna edad, y me apremiaba para abrir la librería. Era un torbellino de actividad, y cuando no era convocado al Senado, me acompañaba al Cálamo de Hermes, donde, por iniciativa propia, ya desde su llegada a Roma, se había hecho cargo de la trastienda donde se hallaba la «gruta de las maravillas», una estancia sin libros en la que se exponían a la venta objetos de adorno, antigüedades tartesias, fenicias y egipcias, vasos griegos y joyas persas, que ella colocaba en anaqueles de cristal con delicado gusto.

Yo la observaba con ojos llorosos y me producía una gran dicha.

A su corta edad, sobre los diez años, hablaba un griego impecable y lo escribía mejor. Algunas tardes leía a Homero y Hesíodo en casa, ante el embeleso de Nausícaa, y en la librería participaba como lectora en las tertulias a las que asistía la celebridad de la cultura de Roma.

Servando le enseñaba la excelencia de la lengua jónica bajo la tenue luz matutina del Argileto, y a Cadmo, que regía la tienda de artículos de la Bética, solía ayudarlo en las cuentas. A la hora sexta venía por ella Valeria, que la llevaba a su morada del Celio donde le consentía cuantos caprichos pedía, aunque también le enseñaba las dotes morales que debían adornar a toda patricia. La vestal se había convertido en su auténtica madre.

—Querida, la estás volviendo una niña caprichosa —le advertí.

—Qué sabrás tú de educar a una niña. La estoy transformando en una dama romana —decía, y me dedicaba su más cálida sonrisa.

En muchas ocasiones pasábamos la tarde los tres juntos en la

domus de la vestal, que me ofrecía luego en el tálamo sus encantos. Mis esperanzas de convivencia definitiva se mantenían vivas.

—Deberíamos desposarnos —le decía entre sonrisas.

—Para las romanas el casamiento es una transacción y yo no deseo eso.

—A veces no sé si eres una viuda, una soltera, una dama casadera o sigues siendo una vestal en ejercicio, querida.

—Todo eso junto —se carcajeó—. Pero ya sabes que contraje promesa con la diosa Vesta de rechazarlo.

—¿Es porque otros calientan tus sábanas, querida?

—No te aseguré que serías mi amante exclusivo, Tulio.

—Sí, lo recuerdo. Eres tan arrebatadora como insoportable, pero te advierto que quienes estamos destinados a amarnos al final hallamos la ocasión de juntarnos para siempre —repuse besando sus mejillas.

Nuestras miradas se cruzaron teñidas de complicidad. Conmigo se comportaba como una déspota, pero también como una amante inigualable, y acepté el pacto. Valeria defendía su libertad y yo asumí mi impotencia.

Reverberó el eco de la noticia en Roma. El general Marco Agripa, el esposo de Julia, regresaba a la Urbs tras años de guerras y diplomacias en Oriente y en el norte. Esencial en el reinado de Augusto, jamás había exteriorizado ambición alguna para sucederle o suplantar a su amigo de juventud, Octavio César. Sería uno de sus hijos, Cayo o Lucio, quien le sucediera. Agripa siempre había tenido claras sus prioridades: ser la segunda autoridad del Imperio, pero en la sombra.

Arribó al puerto de Puteoli y se encerró en su villa al cuidado de sus médicos. Venía enfermo por el inclemente invierno padecido en los campamentos de los Balcanes y sufría un severo ataque de gota y fiebres. Su físico le recomendó introducir el pie en vinagre hirviendo, pero, lejos de remitir el dolor, Marco empeoró de forma preocupante.

Entretanto, su esposa Julia, obligada a acudir a su encuentro y asistirlo en sus dolencias, reaccionó mal y tarde, y permaneció en Roma olvidando sus deberes de desposada. Resultó que uno de sus declarados amantes, Sempronio Graco, ofreció una fiesta en su honor que sería recordada en el tiempo. Asistimos más de cien invitados, entre senadores y patricios, y dio mucho que hablar. Graco anunciaba en la invitación que participaríamos en la exaltación gloriosa de la hija del césar.

Yo lo tomé como una adulación exagerada de aquel aristócrata tarambana para impresionar a sus rivales y enaltecer a Julia, pero por desgracia iba a asistir al inicio de la ruptura entre Augusto y su hija. Valeria y yo la advertimos, pero hizo caso omiso y prefirió ser la diva

del festín a la esposa fiel y compasiva, como estaba obligada.

Decidí observar los acontecimientos de cerca, pero sin inmiscuirme. Mantendría la máxima discreción y me cuidaría de permanecer sobrio. Intuí una extraña sensación no exenta de expectativas funestas. Ocupé mi triclinio junto a Tito Livio, al que vi exultante por el lujo exhibido. Flameaban los hachones de incienso perfumado y centenares de luciérnagas acudieron como minúsculos luceros para iluminar el ocaso romano.

La cena resultó espléndida y Graco decoró el peristilo donde se celebró el agasajo como un palacio de Egipto. Manaban fuentes de aguas cristalinas rodeadas de palmeras, plataneros y obeliscos, y domésticos vestidos de campesinos del Nilo servían las viandas y vinos. Los árboles habían sido decorados con gemas y nos rodeaban medio centenar de estatuas mitológicas del panteón egipcio. Julia compareció ataviada como una reina, con un peinado cercado de diademas, muy maquillada y jovial.

La asistía su sirvienta africana, Phoebe, ataviada como una cortesana de Tebas. La hija del césar fue recibida con pétalos de nenúfares. Se acomodó en un sitial elevado sobre un túmulo en forma de pirámide adornada de guirnaldas, como una diosa, y fue agasajada como tal. Estaba en el máximo esplendor de su belleza. Los comensales, colocados a sus pies, éramos sus súbditos.

Ovidio le dedicó unos versos eróticos subidos de tono y unos rapsodas de Menfis entonaron cantos del poeta Píndaro exaltando a la imperial invitada. Pronto se quebró la rigidez del protocolo debido a los excesos del vino y comparecieron efebos y cortesanas bellísimos que se perdían en los jardines abrazados a sus amantes.

Yo constaté con tristeza el desprecio al decoro de que hacían gala tanto Julia como Graco y sus invitados aristócratas. Sobaban sin pudor a las danzarinas y bailarines, vertían entre risas el vino sobre sus cabezas y cantaban a voz en cuello canciones obscenas y ramplonas en las que los varones alardeaban de cómo desvirgar doncellas o se vanagloriaban de incumplir las rígidas leyes de Augusto y los usos decentes de antaño, censurando incluso al severo emperador públicamente.

—Los dioses añaden más dicha a mi felicidad. ¡Gracias, amigos míos! Fausta tibi, Sempronius! —agradeció Julia el homenaje.

Con el festival en su cénit y cuando la diosa de la noche, la esquiva Selene, compareció en el firmamento de los idus de marzo, advertí que un esclavo del Palatino, al que yo conocía por sus recados a Nemus, un viejo desdentado, se escurría entre los divanes con diligencia y hacía señas a su señora, Julia, de que era portador de un mensaje urgente para ella. Julia descendió del estrado cogida del brazo de Phoebe y casi ninguno de los comensales lo advirtió. Yo dispuse toda

mi atención y escuché el recado al hallarme cerca.

—Tu esposo Agripa, domina, está gravemente enfermo y tu padre, el césar, parte inmediatamente hacia Puteoli. Te ruega que lo acompañes sin falta, pues está agonizando —le dijo en tono suplicante.

Julia no titubeó tan siquiera y replicó de forma terminante:

—Dile a mi padre que no puedo abandonar una fiesta organizada en mi honor donde se halla lo más granado del Senado y del patriciado de Roma. Sería un desaire a la nobleza. Lo seguiré cuando concluya y mañana partiré por mi cuenta. ¡Vamos, márchate!

Me pareció una desacertada decisión. Se había permitido despreciar en público a su padre. Despidió al doméstico como la que escucha y no entiende. Augusto, prudente y cauteloso, se comportaba con ella con bondad máxima y ella, por su afán libertario, equivocaba una vez más el camino. Lo lamenté y, excusándome, abandoné la villa.

Lo supe más tarde por los agentes. Augusto se hallaba con sus nietos, Lucio y Cayo, presidiendo un duelo de gladiadores y lo interrumpió para salir raudo hacia Puteoli. Cuando llegó a la villa, Marco Vipsanio Agripa, su gran amigo de la infancia y juventud y sostén del Estado, había muerto cuando el dominio de Roma se veía finalmente bendecido por la paz. El efecto en el emperador resultó demoledor y ya no volvería a ser el mismo hombre. El soldado y el estadista habían compartido una vida que la historia reconocería más tarde como esplendorosa.

Julia llegó al atardecer siguiente. Impávida, apenas si lloró su muerte, dedicándose a arropar a sus hijos. Se mantuvo callada y cabizbaja ante el cadáver de su esposo y Augusto no le dirigió la palabra. Su relación personal había sido puesta a prueba y la joven la había extraviado. Las honras fúnebres por Marco Agripa resultaron memorables y conmovedoras. Octavio, Livia, Julia y sus cuatro hijos pequeños, vestidos de luto, acompañaron el féretro desde la portuaria Puteoli a Roma.

Augusto lo hizo a pie y el Senado organizó un entierro solemne. La oración fúnebre del emperador resaltó por sus vibrantes palabras y en ella anunció que Agripa legaba sus jardines a la ciudad y cien denarios a cada ciudadano. Julia exhibió ante Roma su fría severidad y exiguo dolor. No había derramado una sola lágrima por su esposo muerto.

La memoria del guerrero tardó tiempo en eclipsarse entre los romanos, pero Julia se vio libre como un pájaro para volar del Palatino hacia sus placeres y libertinas amistades del Tívoli, aunque tuviera que enfrentarse a su padre. Sin embargo, un propósito reinaba único en su mente: mataría con tal de ver a uno de sus hijos, o Cayo o Lucio, como heredero de su padre y reinando en el trono de la Loba.

Livia y Julia se colocaban decididamente en la arena, frente a frente.

Transcurrieron meses de placidez y delicias para Julia, pero su padre le tenía dispuesto otro servicio al Estado. Sería el más doloroso de cuantos le había impuesto y el que más odiaría en su vida, haciendo trizas la relación entre padre e hija. Con la fría eficacia de gobernante, Augusto había decidido que su hijastro, el agrio y despegado Tiberio, se divorciara de su esposa Vipsania, la apacible hija de Agripa a la que amaba intensamente, y se casara con Julia. En la dolorosa decisión, en la que sacrificaba la dicha de Julia por razón de Estado, todos vimos la mano de la intrigante Livia.

—Mi padre solo me desea para alumbrar sucesores, y esa gorgona —por Livia—, para meterme en la cama de su insulso hijo —nos confesó triste.

No obstante, evidencié que Julia no estaba dispuesta a comportarse como una matrona y, tras el casorio impuesto, huyó como una gacela espoleada por el viento de la rebeldía. Tiberio cumplió con su obligación matrimonial, y tras la boda la fecundó y regresó al frente de batalla del norte dejándola embarazada, aunque Julia abortó prematuramente.

El Palatino se transmutó en un lugar sombrío donde prevalecían los intereses del princeps y de Livia sobre el afecto familiar. Solo el calor del hogar procedente del hipocausto subterráneo se colaba por las rendijas del suelo. Todo lo demás eran frialdad y resentimiento mutuos.

Los ojos de Julia, antes encendidos y penetrantes, despedían ahora el brillo de la desdicha. Precipitadamente, la hija del césar corrió a refugiarse en la calidez de la madriguera donde más la adulaban sus inmorales amigos, Graco, Cornelio Escipión, Ovidio Nasón, Quinto Crispino y el atractivo Julio Antonio, un círculo nada recomendable que solía reunirse en las frondosidades de Tívoli, donde se entregaban sin tasa a sus excesos y también a conspirar contra el césar como si fuera un juego inocente.

Una mancha indeleble en el impoluto mantel de Julia, que ignoraba que Antonio sentiría el mismo aprecio por una rata de cloaca si le conviniera para sus intereses. Yo sentía un gran aprecio por Julia, y lamenté que cimentara su perdición definitiva. Tiberio, que había dejado informadores en Roma como su inseparable amigo Calpurnio Pisón, fue conocedor de la licenciosa vida de su esposa, a la que odiaba con visceralidad por sus desenfrenos. Llegado ese término, se propuso utilizarla como moneda de cambio para acceder al poder.

Las reveladoras cartas de Pisón no hicieron sino alimentar su resentimiento hacia Julia y se dispuso a revelar el escándalo ante el

Senado.

Tras el malogrado embarazo de Julia, Valeria, paño de lágrimas de sus penas, la invitó a una cena privada en el Celio. En ella nos habló de su precipitada boda, de su fatal aborto y de la actitud tajante de su padre. De su boca escuchamos un juicio implacable del que era su nuevo marido:

—El egoísmo de Tiberio no conoce límites. Es tan orgulloso como todos los Claudios. He concebido cinco hijos, dispuestos al servicio de Roma. ¿Es que mi felicidad no cuenta? De mi padre se escapa o casándose o muriendo, y de Tiberio huyendo muy lejos.

—¿Has intentado amar a tu esposo? —preguntó la vestal.

—No, Tiberio es un mal amante, adusto e introvertido y es más bien un anciano quejoso e irascible. Mi consuelo es que él tampoco se quiere a sí mismo. No ama la vida y yo me consumo a su lado —dijo con amargura.

—Solo tú, domina Julia, con tu popularidad, ingenio y humanidad puedes rescatar a la gens Iulia. Tiberio se propone protagonizar un escándalo mayúsculo aprovechándose de ti.

—Ya es tarde para volver atrás, Vero. He perdido la batalla dentro de mi propia familia. Pero mi padre no se da cuenta de que por las puertas del poder también entran las furias y las gorgonas con sus fraudes, acechanzas y traiciones —aseguró enigmática en clara alusión a Livia.

Valeria la rodeó con su brazo, como si fuera una madre, y percibí su leve aliento. Su cabello sedoso se le desparramó por la espalda y la vestal lo acarició. Curioseé con delicadeza:

—Quinto Sisena y yo despachamos con tu padre, y lo vi cambiado.

La mirada de Julia se hallaba más allá de cualquier causa y efecto.

—Mi padre es un hombre temeroso de los dioses y pusilánime con los presagios. Envejece mal y el fallecimiento de Agripa le ha resultado devastador. Y para colmo de males, su filósofo Ático, ese anciano agorero, le informa de portentos que se están sucediendo en Roma, como el incendio de la cabaña de Rómulo, que causaron unos sacerdotes descuidados. Pero él le concede mucha importancia y se acobarda. Lo veo temeroso.

Julia no se quedó mucho tiempo con nosotros. Llamó a su asistenta Phoebe para regresar al Palatino. Un palanquín y una guardia enviada por su padre hizo que se apresurara. La dama nos abrazó y besó en las mejillas al despedirse.

Tulia Adriana, confortablemente dormida, se negó a abandonar la casa de Valeria, y decidí pernoctar allí. La vestal me miró con curiosidad y me sonrió. En la medida de lo posible yo no solía inmiscuirme en las obligaciones religiosas que ejercía en la ciudad,

pues yo era escasamente supersticioso y poco creyente de los dioses, aunque los lugares sagrados y mágicos siempre me han perturbado. Esa noche le solté:

—Valeria, siempre hablas con medias palabras de tu encuentro con Octavio, cuando acudió al Senado con el testamento de Marco Antonio, tras visitar el templo de Vesta. Somos amantes y sabemos todo el uno del otro. Pero ¿qué ocurrió aquel día que has corrido un velo de secretismos?

—Parece que esta vigilia es momento de revelaciones. —Me sonrió—. Sígueme. —Y me dirigió una mirada difícil de descifrar.

Valeria se apoyó en mi brazo y salimos de la estancia.

Me adelanté con el candil y desaparecimos por el peristilo engullidos por las sombras. Notaba mi respiración cortada. Atravesamos un corredor angosto que se revolvía sobre sí mismo, para confundir a un posible extraño que intentara acceder al lugar, seguramente el oratorio donde la dama celebraba sus secretos rituales. Encendió varias velas y flameros y pude admirarlo en su totalidad. Me quedé atónito. El gabinete de Valeria era una estancia circular. Estaba desierta y mis ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra.

Aspiré la atmósfera caliente y con olor a sándalo de Arabia y a romero. Allí no llegaba el más mínimo rumor de la ruidosa ciudad. En verdad se trataba de un recoleto santuario donde se adoraba a la diosa Volupia, aposentada en un trono con las virtudes a sus pies, y a la misteriosa Angerona, una estatuilla ennegrecida de la Muta Tacita, diosa romana de la oscuridad, quien junto a Vesta eran tenidas por los romanos como las deidades tutelares de la ciudad.

Distinguí un planetarium astronómico pintado en la techumbre, un santuario astral donde fulguraban miniadas las constelaciones del firmamento. No era un lugar sub luce maligna, un antro de brujería de los que utilizaban las magas o lamias, tan solicitadas por los romanos aficionados a lo siniestro, al mal de ojo y a los maleficios.

Yo sabía que Valeria, por su contacto con lo celeste, era convocada desde hacía lustros por los sacerdotes de Júpiter en las fiestas lemurias, fastos en los que las sabias presidían los rituales caseros para mantener a raya a los muertos. Valeria había sido requerida años atrás por el mismísimo Augusto para expulsar al espíritu de su abuelo, Cayo Octaviano, que solía mostrarse en la habitación del pueblo de Velitras donde el emperador había nacido.

—Qué estancia tan fascinante. No infunde temor, sino que sosiega el alma.

—Es una imitación del tabernáculo griego de Dodoma, donde se interpretan los designios de los dioses a través del susurro de las hojas de las encinas, el árbol de Júpiter, y de los calderos de bronce colgados de las ramas de los olivos. Yo jamás me he dedicado a la

hechicería, como esa perversa de Livia, según dicen, o la sierva de Cornelia, Antuca, que no dudan en entregarse a las fuerzas de Averno para acumular más poder.

Había tratado de sonsacarla y Valeria me sonrió. Estaba dispuesta a revelarme su gran secreto en un sacro lugar.

—¿Así que deseas saber lo que ocurrió aquella mañana en el templo de Vesta entre la virgo maxima, Octavio, el entonces triunviro, y yo?

—Sí. Sé que le entregasteis el testamento de Marco Antonio. Nada más.

—No, Octavio lo robó del Palladium. —Valeria, detalladamente, me narró el episodio, al que añadió un final que todo el mundo ignoraba.

La verdad es que los detalles se me hicieron condenadamente largos. Se acercó a la talla de Volupia, y de la base dorada del trono tocó un resorte y se abrió una trampilla bajo sus pies de barro, de donde sacó un papiro amarillento. Me lo mostró y me explicó con la severidad de un juez, sin dejar que lo leyera.

—¿Ves esas letras al pie que parecen semejantes a las demás?

—Claro, muy nítidas. Están escritas por la misma mano, ¿no?

—¡Pues no! He de decirte que ese párrafo final no lo escribió Marco Antonio originariamente, sino Octavio cuando llegó al lugar. Añadió hábilmente una breve cláusula que lo favorecía para obtener el poder y conseguir que el Senado repudiara a Antonio. Esa es la auténtica verdad.

—¡Por la maza de Hércules! ¿Se valió de un subterfugio falso para condenar a su rival?

—A veces nuestros enemigos no son sino versiones siniestras de nuestro propio interior. Y Augusto se comportó como un rival deplorable —dijo.

Vi que no estaba dispuesta a confesarme el enigma en su totalidad.

—¿Y qué dice esa cláusula añadida, Valeria?

—Es una baza en mi manga que guardo por si peligra mi vida. En otra ocasión te lo revelaré, pero te diré que era un tanto contundente de Octavio en contra de Marco Antonio. Ese es mi gran secreto y mi arma para sobrevivir. La cogí y guardé cuando Octavio lo devolvió. Lo que hoy se custodia en el Palladium es una copia. Nadie en Roma lo sabe, salvo yo, y ahora tú.

—Vesta conduce tus pasos por senderos insondables, Valeria —afirmé.

Me sentí como un ciudadano privilegiado. Conocía el gran secreto de los secretos del emperador, aunque no en su totalidad. Pero no me detuve ahí:

—Ahora que nos hallamos en un lugar sagrado y por la veneración

a las dos diosas que nos contemplan, te pregunto, Valeria —la interrogué de nuevo—: ¿Quién me denunció la noche en la que entregamos nuestra virginidad en el templo de Astarté de Gades? ¿Sabes que después quisieron asesinarme cuando cumplía el servicio en la legión, en Cirta?

Percibí que deseaba esquivar la contestación y se hizo de rogar. Insistí.

—¿Quieres saberlo de verdad? ¡Fue la misma persona, Tulio!

Guardó un mutismo extraño y vi que su buen humor se había extinguido.

—¡Antuca, esa bruja de los infiernos!, ¿verdad? Ya me lo parecía —exclamé.

—No fue precisamente esa inofensiva viejuca. Apunta más alto.

—¿Más alto? —me sorprendió—. ¿Quién fue entonces?

—Te costará trabajo creerlo, Tulio.

—¡Por Minerva la sabia, habla! —le imploré.

Se resistía a revelármelo, pero al final abrió sus labios.

—Fue el tío de mi padre adoptivo, Publio Cornelio Balbo.

—¡¿El patrono de Gades?! ¿El amigo de mi padre? —No lo entendía.

—¡Sí! El mismo que te aduló a tu regreso glorioso de África. Un ser abyecto, rastrero e innoble que me espiaba en el baño, que me sobaba en los rincones, que me propuso casorio y que intentó forzarme —confesó—. Te odiaba por haber yacido conmigo y buscó tu perdición y tu exterminio de forma cobarde. Él fue quien interceptó tu mensaje y esperó a la conclusión para tenernos a su merced y perdernos a los dos. Pero se lo conté a Antuca y a Cornelia, quienes intervinieron y nos salvaron a los dos.

—Lamento haberla acusado sin razón y se lo agradezco a Cornelia.

—Balbo, que estaba en Tingis, sabedor del asunto, me ordenó que regresara a Roma con Cornelia y a ti que te quitaran de en medio por la más que segura venganza de su tío, a quien conocía por sus perversidades. Esa es la pura verdad, Tulio —dijo—. Que deseara eliminarte mediante un esbirro sobornado resultaba improbable que llegara a consumarse, una vez advertido por su poderoso sobrino, a quien temía.

Me negaba a aceptar tan infame indignidad. Arrojé por mi boca un juramento, envuelto en los peores calificativos aprendidos de niño.

—¡Por Júpiter! —grité—. Ructole et nebulo! Bolsa de eructos y de basura.

Con la respiración entrecortada y el corazón desbocado, me derrumbé.

—Solo te pido que de tus labios no salga ni una palabra o tú y yo seremos dos testigos muertos. De conocerlo alguien cercano al césar,

podría costarnos ser arrojados por la roca Tarpeya —añadió Valeria.

—Esta es nuestra historia. Pero ¿cuál será su fin?

—Lo dictará el destino, caro. Vamos a descansar —me pidió afectuosa.

Tras la cena me sentí más aligerado de ánimo y me dirigí al cuarto donde dormía Tulia, a la que besé en la frente. Su suave respiración y su grato olor a algalia consiguieron que aplacara mis inquietudes.

Fuera gemía el viento, y las ramas de los pinos, tan antiguos como la propia Roma, se movían a su compás. De pronto oí que graznaban unos grajos que seguramente se disputaban un trozo de carne podrida de algún sacrificio.

«Adverso augurio», pensé sobresaltado.

La luna se ocultó tras las siluetas de los árboles del Celio mientras la luz de un candelero alumbraba tenuemente la estancia. Dejaba escapar efluvios de sándalo que nos prestaban una atmósfera de quietud y descanso.

IV

SAGO, EL JEFE DE LOS CURIOSI

Roma, año 9 al 2 a. C.

En Roma se sucedieron inclementes meses invernales que trajeron nieve y lluvias intempestivas, barro y charcos. Nuestro oficial del círculo de infiltrados, chivatos y soplones de la ciudad, el optio emérito Sago, seguía con sus hombres cada paso de Julio Antonio y sus partidarios, que, quizá alertados, habían paralizado el complot, suspendiendo sus encuentros clandestinos.

Para añadir confusión a la situación política, surgieron noticias luctuosas que impactaron entre los romanos. Cayo Mecenas, el amigo del césar y socio mío del consorcio Gadeira, falleció de fiebres en su finca de Tívoli, donde llevaba una vida de excentricidades junto a su esposa Terencia y su esclavo Batilo, un bello actor al que adoraba, delicado y bello como una doncella, un adonis de rasgados ojos azules y rizadas pestañas.

El pacífico patrocinador de poetas nombró como único heredero a Octavio, al que conocía desde la niñez y al que había prestado un sostenido apoyo durante toda su vida. Una semana después, y de forma inopinada, murió el irritante Horacio, y ambos fueron enterrados uno junto al otro.

El princeps había perdido en poco tiempo a sus dos apoyos más ineludibles para acceder primero al poder y luego sostenerse en él: Mecenas y Agripa. Y ni tan siquiera la inauguración del Ara Pacis, el altar de la paz, y el Reloj del Sol, el Horologium Augusti, un gigantesco obelisco egipcio que con una vara de oro señalaba las horas y los equinoccios, le levantó los ánimos.

La casa imperial desplegó todo su boato y prestigio para dar una imagen al pueblo de la imperturbabilidad del césar. Pero toda Roma comprobó que su grandeza se estaba eclipsando. Su rostro parecía más afilado y su expresión era de insatisfacción. ¿Quizá por la sucesión? El primer ciudadano de Roma, el señor de las naciones, se mostraba medroso y atemorizado.

Rememoro aquel verano sofocante y ardoroso, en el que por las noches salíamos al jardín de Valeria a respirar las fragancias de las flores, abrumados por el ardor de las estancias. Conversé con ella sobre el césar:

—Augusto ha sido arrancado del sueño feliz en el que Agripa y Mecenas le sostenían la corona, y ahora se ha vuelto suspicaz y vacilante.

—El ambiente en el Palatino está enrarecido y Julia no habla con él —añadió ella.

A pesar de la canícula, fuimos convocados a varias sesiones en el Senado por el emperador para recabar fondos para la guerra en Germania. Al concluir la última y a pesar de nuestras leves togas, sudábamos copiosamente mientras caminábamos por la vía Flaminia, cerca del Tíber. Algunos padres de la patria caminábamos al lado del césar, siempre tan cortés y atento, y conversábamos con él sobre asuntos de la annona romana, que daba de comer a la negligente plebe de la ciudad.

Observé su rostro lleno de arrugas, quizá debidas al pesar producido por las muertes de los de su estirpe, cuyas efigies estaban talladas en el altar de alabastro erigido por él, el Mausoleo de Augusto. Nuestro princeps poseía mayor estabilidad y dominios que cualquier monarca de la tierra, pero no era un mortal dichoso. Después, las veces que le entregué informes cifrados en su despacho, le noté una angustiosa inquietud.

—El emperador es un hombre atormentado —le confesé a Quinto.

—Antes en el Palatino reinaba la concordia, y ahora el recelo y el odio.

***

Nuestra misión en asuntos de seguridad no nos concedía respiro en las actuaciones de espionaje y en los pagos a los confidentes. Las sesiones del Senado me mantuvieron ocupado y hube de salir de la ciudad, a Napoli, donde se construían un acueducto y una nueva vía, para informar al Senado. Pero llegó la época de los festivales y la curia hizo un receso para participar en los Fastos de Flora, los Juegos Tarentinos y las solemnidades de Marte.

Una mañana recibí un alarmante aviso de Quinto. Deseaba verme en la taberna del Sirio, un lugar apropiado para pasar desapercibidos y lejos de oídos indiscretos. Me pedía que usara mi capa de viaje y que asistiera solo.

Bastó que me recibiera con señas el mesonero, un sirio de tez negruzca y dudosa reputación, indicándome un cuartucho interior, para que creciese mi aprensión. El antro olía a rancio, a vino mediocre y a tortas de garbanzos. Uno de los parroquianos salía tambaleándose y otro vomitaba en el escalón. La mayoría de los bancos, de mugrienta y tosca madera, estaban ocupados por jugadores de dados, uno de los cuales aullaba, quizá por una repentina fortuna. Parecía que el vino

los hacía inmunes al frío y al calor y algunas de las toses se asemejaban a ladridos.

Era el rincón perfecto para nuestras confidencias. Nadie advirtió mi llegada, salvo una ramera de piel morena y senos prominentes que, medio desnuda, se contorneaba sobre una mesa al ritmo de una flauta que tocaba otra joven prostituta de piel de color ébano, y que, al pasar, acarició mi mejilla con sensualidad. Tosí imperceptiblemente y busqué a mi amigo.

Vi a Quinto que gesticulaba ante mí. Me tiró del brazo y corrió la cortina de un reservado donde había una jarra de vino griego y dos vasos limpios de barro. Había despachado con el césar, quien le había encomendado una misión tan secreta como delicada y urgente. Estaba excitado y de un humor furibundo. Aguardé la aclaración de mi amigo y el motivo perentorio de la convocatoria.

—Caro Tulio, marcho de inmediato para Panonia, donde se hallan los dos comandantes de las legiones del norte, Tiberio y Druso, los hijos de Livia, con una misión precisa y secreta del césar. Le han llegado informes preocupantes y contradictorios —me reveló balbuciente.

—¿De qué naturaleza, Quinto?

Mi amigo tuvo que pensarlo unos momentos y me ofreció su objeción:

—Alta traición, Tulio —me dijo bajando el tono de su voz.

La contundente revelación resonó en mis oídos como un tambor.

—Por eso hemos de mantener un puente de información particular. Puede que se esté jugando la seguridad del emperador —me soltó.

—¿Dónde se desafía la integridad del Imperio? —me interesé.

—Aquí en Roma y en la frontera de Germania, según el princeps. Por una parte, según Sago y sus espías, el procónsul Julio Antonio y algunos furibundos republicanos siguen reuniéndose secretamente en lugares dispares de la ciudad, donde se habla de recuperar la jerarquía del Senado. Y por otra, ciertos oficiales destinados en Panonia desean exigir a Octavio el restablecimiento de la República. Yo me ocuparé de la frontera, y tú y Sago, de los agentes de la Urbs. Abriréis los ojos por todos los rincones. ¿Entiendes, Tulio?

—Sí, claro —asentí—. Todos estos deberían leer a Tito Livio y comprender que, de ser así, volveríamos a las guerras de antaño. Estos jóvenes desconocen la miseria, los horrores de una contienda entre hermanos y el deshonor de la derrota. ¡Que Isis les abra los ojos!

—Creen que la guerra es un juego en la arena.

Quinto escanció vino en las copas y yo, con gesto ansioso, le dije:

—¿Ha salido a colación el nombre de su hija Julia?

—En ningún momento. El césar sabe que la naturaleza lo vencerá pronto, y cuenta con ella para tutelar a sus nietos, Cayo y Lucio.

—Uno de los dos se sentará en el trono cuando él muera —repuse.

—Por eso, el césar, en asunto tan espinoso y habiendo familiares de por medio, desea que seamos tú y yo quienes intervengamos, Tulio. Yo investigaré en la frontera, y te enviaré mensajes cifrados. A mi regreso hablaremos con el césar, y quieran los dioses que todo quede en agua de borrajas —deseó Quinto.

—¡Por las siete musas que esto me gusta muy poco, Quinto!

—Un crimen contra el Estado debe tratarse con máximo cuidado.

Me llevé el vaso a los labios y moví la cabeza. Al momento hablé:

—En estos asuntos, el césar es duro como el pedernal. Temo conflictos.

Quinto apuró el oloroso vino y golpeó afable mi hombro.

—He apartado dos habitaciones arriba. Compartiremos lecho con esas danzarinas. Esperan nuestra llamada. Parto mañana y deseo recordar las delicias de Roma en tan gélidas tierras —me animó.

Las dos lobas entraron en los cubículos moviendo las caderas y mostrando sus pechos generosos y el vello de sus sexos tintado de rojo carmesí. Quinto era poco remilgado con las mujeres y dejó la puerta abierta del cuartucho donde crepitaban dos velones. Yo corrí la cortina del mío y entablé con la etíope, que hablaba un latín precario, una amigable conversación. Se había empolvado las mejillas con polvos y se tocaba la cabeza con una peluca rubia, que le quité. La joven no se mostraba descarada y el reflejo de la ventana en su piel de ébano le confería un brillo casi hipnótico.

La joven, del país donde nace el Nilo, cogió una redoma de una mesita y espolvoreó unas gotas de perfume en su cuello y también en mi turgencia viril. Me sonreí y la rodeé con mis brazos. Fue un detalle delicado. No es que fuera una «intacta», pero percibí que aún no conocía bien el oficio.

Pronto fundí mi cuerpo con el de ella, que se arqueó como si fuera un animalillo herido. Estaba asustada. Fui afectuoso y la arropé con mi calor y mis caricias. Poco a poco su salvaje forma de amar se fue debilitando y su respiración se volvió más lenta. Tembló, se agitó y se estremeció y yo la seguí satisfecho. Al momento se tendió relajada a mi lado y me miró suplicante. Buscaba mi aprobación.

—Le diré a tu dueño que eres una apasionada hija de Venus —le aseguré, y sacando de mi bolsa diez monedas, se las puse en la mano.

—Son solo tres ases, domine —se extrañó, como si no hubiera comprendido el sentido de mis palabras y mi largueza.

—Guarda para ti el resto. Poco a poco puedes comprar tu libertad.

Me despedí de ella y recuperé mi seriedad habitual.

***

Hice un ademán para levantarme del lecho y no pude por el cansancio y la somnolencia. Y cuando llegué a las oficinas del templo de Saturno, no conseguí concentrarme, a causa de las vigilias y del mal sueño. El asunto de los desvaríos republicanos de uno de los hijos de Livia, Druso, y de algunos comandantes de las legiones me inquietaba, pues olía a guerra civil. Así comenzaban las contiendas en Roma. El tema era sumamente delicado.

No habían transcurrido dos semanas cuando comencé a recibir mensajes cifrados de Quinto, que fui transcribiendo y guardando en una caja de hierro, para ir completando un cartapacio y transferirlos a Augusto cuando regresara de un viaje imprevisto a Aquileia, en el norte de Italia.

El penúltimo de sus informes sobre Druso y Tiberio fue el que más me impactó. Los primeros relatos, en su viaje entre Iliria y Panonia, habían sido vagos y ambiguos y me hablaban de asuntos militares y bélicos. Este era de política pura y terrible para la familia imperial.

En Ticinium, en los idus del mes dedicado a Augusto. Año 9 a. C.

Salutem. Mensaje sometido a cifra. Caro amigo Tulio, agotado por el frío y las cabalgadas, prosigo con mis secretos manuscritos, que espero estés guardando para el césar. Mis agentes entre la oficialía de las legiones me han estado asegurando que Druso se comportaba en la frontera como un revolucionario de claras ideas republicanas.

Según sus testimonios, deseaba restaurarlas con o sin la anuencia de Augusto. Recuerda que ya antes, por su mismo hermano Tiberio, conocía tal desviación política, que lo enfurecía. ¿Retienes aún en la memoria la carta que envió Tiberio al emperador acusando a su propio hermano de simpatías por la República y que interceptaron Sago y nuestros espías?

El caso es, dilecto Tulio, que Nerón Claudio Druso, el popular hijo de Livia y otro posible sucesor de Augusto, ha muerto esta mañana de verano en su campamento de los Alpes, quizá de gangrena. Pero ¿no te parece providencial y muy oportuno?

Al caer de su caballo se causó una grave herida en el muslo que ha resultado mortal. Pero yo me pregunto, ¿conociendo a los excelentes físicos y cirujanos de las legiones, avezados en tales fracturas, deberíamos creer que ha sido una caída fortuita? Nuestro agente, el tribuno C. L., asegura que ya había sido retirado por el césar como comandante en jefe de las legiones de Germania, y que sobre su inesperada muerte revolotean ecos de envenenamiento. La grandeza del destino de Druso se ha truncado definitivamente y el Hades ha dictaminado su inapelable justicia.

El caso, Tulio, es que su afligido hermano, Tiberio, avisado por Druso, llegó a tiempo para verlo morir, y ha acompañado a pie el féretro hasta Ticinium, donde casualmente se hallaban Augusto y Livia, muy afectados por su muerte. Irradiando prudencia y serenidad, Livia Drusila y Augusto

recibieron el cadáver de Druso, que estaba envuelto en un manto recamado de oro, para conducirlo a Roma en itinerante procesión por media Italia.

Se ha anunciado que el mismo emperador pronunciará el discurso fúnebre en el Circo Flaminio y ha ordenado que sus cenizas sean enterradas en su mausoleo personal. La familia divina sigue siendo atacada con furia por los dioses, y Tiberio es cada día más imprescindible para el emperador. Pronto te daré un abrazo en Roma.

Cerré la misiva y compuse un gesto de apatía. Ni Quinto ni yo podíamos solventar las injusticias del mundo y menos las luchas de la gens imperial. Entretanto, yo seguía muy de cerca las oscuras actividades de Julio Antonio.

Habían transcurrido casi dos años del fatal desenlace de Druso y Quinto y yo estábamos inmersos en el extraño juego de detectar conjuras contra el emperador, que era como jugar con tahúres y naipes marcados para mantener la pax deorum en Roma. Nuestros oídos se habían aguzado y nuestra vista afinado. Pero ¿tenía yo alma de espía? No.

Tulia, recién cumplidos los quince años, lució como ninguna joven casadera en las fiestas Capitolinas y en las Saturnales de aquel año. Vivía en el candor y la despreocupación, pero a mi lado, y ambos nos compenetrábamos. Frecuentaba la librería, donde conoció a Tito Livio y a Ovidio, maestros de la palabra, a los que escuchaba con devoción, y con los que recitaba textos griegos, aunque vivía más con Valeria que conmigo, Cadmo y Nausícaa.

Valeria sostenía su afecto con sonrisas, cuidados y caprichos. Adoraba a Tulia, hasta el punto de que había testado a su favor y la consideraba como hija propia. Significaba todo para ella y se propuso disponer su casorio con un miembro de la adinerada familia Domicia, a la que ella pertenecía por origen. Como amante era complaciente, pero como casamentera no tenía precio.

Cumplida la hora de tercia, hube de soportar una acalorada reunión en el Senado sobre los impuestos al cereal de Sicilia y me oculté en mi despacho del templo de Saturno, que, por su frescura, confería una grata sensación de soledad y quietud. Descansé los pies en la espesa alfombra, me aclaré la garganta con vino, pero alguien llamó con sutileza en la puerta del despacho. Lo lamenté.

Se trataba de nuestro informador de más confianza en Roma, un optio, militar segundo en el mando tras un centurión, perteneciente de la casa de los Sisena. Ignoraba su nombre, pero lo conocíamos por el apodo de Sago, en referencia al capote de legionario que siempre llevaba sujeto al hombro. Era un emérito de sienes grises y oídos agudos que hacía gala de una curiosa mezcla de inteligencia, astucia e

ingenuidad. Discreto y digno de confianza, poseía un cargo delicado del que sacaba sus provechos.

Dirigía el grupo de los curiosi, una cuadrilla de falsos mendigos, soplones e infiltrados que nos informaban de cuanto sucedía en la Ciudad de la Loba, que era mucho y comprometido. Amaba sobre todas las cosas una bolsa repleta de sestercios para gastársela en el juego. Vinculado a la red urbana de espías como jefe, se apostaba en las letrinas del Foro donde los romanos se detenían a defecar y orinar mientras charlaban y chismorreaban, en cualquier rincón de una taberna, o a espaldas de los templos donde otros ciudadanos y bribones solían aliviarse con las lobas, a la par que comentaban los chismes más escabrosos de la Urbs, que él me contaba con profusión de pormenores.

Perro guardián de Nemus, Sago poseía su propia cuota de poder. Conocía a antiguos soldados, porteros, licenciados, esclavos y libertos de las principales casas patricias, que solían irse de la lengua por unas monedas o por un jarrillo de Falerno, por lo que oía todo tipo de rumores que luego me relataba. Era un individuo de pobladas cejas y dientes de perro, que exprimía su vida más rápido que el resto de los mortales. En aquella ocasión no venía solo y, cuando me habló, me estremecí.

—Domine, ahí aguarda un amigo, cuyo nombre ocultaré. Está dispuesto a hacerte una confidencia de mucha gravedad. Debes escucharlo, pues tal vez se trate de lo que estábamos esperando hace tiempo —me solicitó.

—¿Y por qué habría de hacerme a mí su confidente, Sago?

—Porque odia a su antiguo amo, que le ha sisado la casa que le regaló, y creo que también a su amante, un efebo griego de gran apostura —me informó.

—O sea, que se trata de una venganza personal, ¿no? ¡Hazlo pasar!

—La mayoría de los casos los conocemos por acusaciones y venganzas.

El desconocido soplón vestía con lujo y no aparentaba edad alguna. Rondaría los cincuenta, era algo afeminado y quizá había servido en el gineceo de su antiguo amo al que deseaba desenmascarar. Era un tipo obeso, fofo y desagradable. Carecía de cuello, brillaba su cráneo rasurado y su piel era tan blanca como la masa de las tortas. Escrutó la sala con sus ojos vacuos y quizá le extrañó ver las paredes austeramente desnudas. Su voz aflautada casi me hizo reír.

—¡Salud, senador Vero! De momento omitiré mi nombre, pero te diré que pertenezco a la casa de Valerio Asiático, que por cierto está endeudado y desea robarme lo que es mío, quebrantando la ley y el decoro entre amo y liberto.

—Si vienes a denunciar un robo has errado el lugar y debes ir al pretor.

Resonó su voz aguda en la sala y, aunque cohibido, repuso:

—Vengo a revelar un caso de traición a Roma y a Augusto, domine, y no deseo nada a cambio —dijo, y me extrañó la modestia de sus pretensiones.

Lo examiné con cuidado y le rogué que se acomodara. Me parecía uno de esos atildados sacerdotes de Cibeles que se hacían castrar por devoción. Hacía tiempo que no sabíamos nada de la conspiración de Antonio y me preocupé.

—Habla, pues —lo animé—. Debes saber que anotaré cuanto digas.

—Juro por Afrodita Corintia, mi madre protectora, que cuanto voy a relataros es verdad, de lo contrario que Júpiter me fulmine con un rayo. En mi casa del Esquilino, esa que desea arrebatarme Asiático para pagar deudas, se urde la traición, el engaño y quizá el asesinato de nuestro princeps. Mi familia está muy agradecida al divus César y a la gens Julia, que nos salvó de la esclavitud tras la batalla de Filipos —reveló envalentonado y en tono neutro.

—Bien, continúa, pero cíñete a lo esencial —lo invité a ser conciso.

—Siendo muy joven, mi amo Asiático participó en secreto en la conjura contra Julio César, pero en la sombra, pues la cobardía y la maldad constituyen los rasgos más señalados de ese patricio —dijo con una rabia congelada.

Las pupilas del liberto estaban fijas en mí y su cara era una careta de ira.

—Su idea de socavar el gobierno de Octavio no es nueva —prosiguió—. Esta nueva intriga, quizá la definitiva, se ha venido gestando desde hace semanas en mi domus, a espaldas del huerto de Mecenas. La noche pasada, que los conjurados llamaron «de la liberación», soplaba un viento que quemaba los pulmones y los intrigantes llegaron envueltos en capotes y con sigilo furtivo. Valerio Asiático colocó sobre la mesa un farol que apenas rompía la oscuridad, aunque los reconocí a todos.

—¿De quién se trataba? —pregunté frunciendo el ceño y pluma en ristre.

—Tito Sempronio Graco, Crispino Sulpiciano, Apio Pulcro, Cornelio Escipión, Demóstenes el Griego y los senadores Valerio Asiático y Plotino Viniciano, más el cabecilla que los presidía. Mi amo me ordenó que abandonara la sala, pero desde mi cámara se escuchaba toda la conversación, incluso sus respiraciones. Lo oí todo, domine —confesó a borbotones.

—¿Quién era el cabecilla de este complot? ¿Tu amo, quizá?

—No, quien llevaba la iniciativa era Julio Antonio, el que fuera procónsul. El hijo de Marco Antonio y de Fulvia. Es hombre hipócrita

y ambicioso, amante de los placeres y muy popular en los ambientes patricios.

Mi rostro permaneció expectante. Escuché impávido, pues hacía tiempo que andábamos tras información tan sustancial.

—¿Y que exigió a sus secuaces de sedición? ¿Matar a Augusto? —inquirí.

Los labios del liberto apenas titubeaban. Jugaba sus bazas con fe. Asiático ya no lo pondría nunca más en ridículo, como si fuera un papagayo decorativo.

—Dijo esto, domine: «No deseamos más príncipes de esa familia de naturaleza putrefacta. Recuperemos las libertades republicanas y devolvamos los derechos al Senado y al pueblo».

—¡Una fanfarronada! —exclamé.

—Dijo más, domine: «Me divorciaré de Marcia y me casaré con Julia, la hija de Augusto, que está entregada a mí y dispuesta a abandonar a su ausente marido, Tiberio» —adujo el liberto, horrorizado por la desvergüenza.

La confesión del soplón me crispó. Antonio era un traidor de dos caras.

—¡Ese perro invertido no agradece al que lo ha encumbrado! Esta revelación decepcionará al emperador. Antonio es un demente irresponsable —solté iracundo.

—¿Añadió algo más de importancia? —le requirió Sago, que seguía el diálogo—. ¿Reveló algo del día del golpe de gracia y sobre la princesa Julia?

El liberto no se hizo de rogar. Lo tenía todo impreso en su mente y su sed de reparación lo animaba. Sabía que el foco del escarnio era Julio Antonio, pero la espada de su venganza actuaría también contra su amo, Asiático, al que detestaba.

—Julio Antonio convenció a sus aliados de que Augusto no es más que una estatua de mármol con pies de arcilla, y de vez en cuando deslizaba hacia el emperador insultos cuarteleros con aterrador desprecio. Aseguraba que cuando Augusto fuera expulsado del poder y el Senado recuperara sus atribuciones, él se convertiría en el protector de los hijos de Julia, Cayo y Lucio, y en el defensor de la República.

—Y más tarde en dictador y en tirano de Roma. Conocemos sus ambiciones —repuse—. ¿Y no puntualizó nada sobre las legiones? Podrían levantarse en armas.

—No escuché nada al respecto, domine —aseveró el liberto.

—Entonces es que quieren asesinarlo y enseguida dar un golpe de Estado.

Vi en el futuro las alas de la muerte batirse cerca del césar y lo relacioné con las legiones estacionadas en el norte, comandadas por oficiales afines a la República. Se habían ocultado, pero al fin habían

aparecido.

—Ofrendaron junto a sus espadas y bebieron copas de vino con gotas de su propia sangre. ¡Lo juro! —Y el misterioso denunciante se echó mano a los testículos, como un romano cuando promete por lo más sagrado.

Nos detuvimos unos instantes en la plática. Sago lo sonsacó de nuevo:

—¿Determinó Julio Antonio cuándo llevarían a cabo la trama?

—Señaló que el más favorable sería el tercero de los Juegos Compitales de enero. El recinto estará lleno a rebosar, y el momento más propicio sería el descanso del mediodía, cuando Augusto se retira a comer y la gente no se mueve de sus asientos. Antonio, al parecer, tiene previsto cada movimiento.

—¿Y la guardia pretoriana? Con ellos vigilando, les resultará irrealizable.

—Él mismo llevará de incógnito a una veintena de gladiadores de su escuela, que la interceptará y mantendrá apartada del palco imperial —aseveró—. También escuché su consigna: «Que la plegaria sea escuchada por los dioses» —recordó, aludiendo a la fórmula de los sacerdotes de Júpiter.

Aquello sembró la extrañeza en mi corazón y miré confuso a Sago.

—¿Hay más revelaciones, amigo? —insistí.

—Sí, recuerdo sus últimas palabras: «Ha llegado el momento de la reparación. Yo soy un romano, y su conducta de avaricia de poder me subleva. Le arrebató Roma a mi padre, a quien Julio César, el pueblo y el Senado veneraban. Involucraré a Julia en la conspiración para recuperar las inmunidades republicanas». También he de decir que nunca hablaron de asesinarlo, ni de sangre derramada.

Una angustiosa inquietud se cernía sobre el templo de Saturno.

—No puedo creerlo. ¡Necio e insensato Julio Antonio! Intentar acabar con la autoridad del césar supondrá una amenaza para el orden, y se instalarían en Roma el caos y la ruina.

—Un emperador tiene que ser temido, domine, de lo contrario nos despedazaríamos los unos a los otros —intervino Sago moviendo la cabeza.

Reflexioné, sopesé y evalué la capital confesión, que había quedado anotada. Julio Antonio siempre me había parecido un simulador y un narcisista que ansiaba solo el poder, al que se había acercado como un zorro astuto y malintencionado.

Pero estaba muy por debajo de la grandeza de sus padres, Marco Antonio y la luchadora Fulvia, y mediaba un abismo entre él y Augusto. Decididamente aquel ambicioso y mujeriego joven no devolvería la pureza a las instituciones republicanas que tanto cacareaba. Era como estar frente a un animal salvaje, que antes o

después te acometería, te despedazaría y te comería las entrañas.

—¿Firmarías esta declaración? —le pregunté al liberto.

—¡Claro! —respondió solemne, y añadió—: Llevad a uno de esos insidiosos a la cárcel Mamertina y sometedlo a interrogatorio. Veréis cómo sostienen mis palabras.

Tras rubricar la manifestación, soltó una risita triunfal y se despidió.

La venganza, pensé, es propia de espíritus mezquinos, como la de aquel anónimo saco de manteca, pero los conjurados eran nobles convertidos en individuos indignos que obraban solo por codicia, cuando Augusto les había concedido sobrados honores. Julio Antonio había sido bendecido con una belleza y un aura de autoridad que magnetizaban, pero la ambición y la sed de poder lo maldecían, dictándole un final miserable.

Fue entonces cuando percibí lo cerca que estaba Augusto del desastre. El equilibrio de su pacífico reinado estaba a punto de trastocarse, y llamé con urgencia a Quinto. Apartó con delicadeza los cuadernos, archivos y rollos de mi mesa, y cuando le di a conocer los pormenores del complot, su habitual fría calma lo abandonó. Su reacción resultó desproporcionada y dio un fuerte golpe en la mesa. Nuestros semblantes estaban a menos de un palmo de distancia, y me miró con fijeza.

—No creas que Julio Antonio es un loco inofensivo. En su absurdo desvarío se muestra como un corderillo en el Palatino y como un león furioso fuera de él. Olvida que le debe su posición al césar. Pero este será su fin definitivo. Sin embargo, temo por Julia —opiné.

En la mirada de Quinto Sisena había algo parecido a la decepción, y dijo:

—La compasión debe provenir del poder y Augusto es sabio y piadoso. Puede corregir los actos con benevolencia, pero la alta traición solo se paga con el hacha del verdugo. Queda aún tiempo y, desde hoy, esos traidores serán sometidos a una férrea vigilancia. Han de saber que su trama, antes de nacer, ya ha muerto.

Vi que sus ojos se perdían en el infinito. El momento era de suma gravedad para la madre Roma.

Me incorporé y cerré con cerrojo la puerta de bronce tachonado que encerraba los secretos de Nemus.

V

LAS CARTAS DE PHOEBE

Roma, año 2 a. C.

La peligrosidad a la que se enfrentaban los conjurados era tan arriesgada como pasar saliendo ileso la rampa de las Gemonias, que tanto aterraba a los romanos y donde acababan expuestos los traidores y criminales de Roma y a la vista del pueblo.

Los conjurados, quizá alertados por alguien cercano al Palatino, se emplearon con precaución y se movieron con cautela, aunque no dejaban de denunciar en los corrillos del Foro el gobierno opresivo de Augusto y su necesario fin, según nos informaba Sago. Roma siguió sumida en una ola de incertidumbres, pero Nemus no descansaba. Aguardábamos el primer paso de Julio Antonio y de sus secuaces, según órdenes del césar. Pero recelaron y no confiaron a nadie sus intenciones inmediatas, por lo que nuestros espías y agentes se perdían en vanas conjeturas. Augusto nos pidió serenidad:

—Cometerán un error y habrá llegado el momento de actuar.

Quinto y yo no cejamos en nuestro empeño, y la vida seguía, en especial los preparativos de la boda de Tulia, que Valeria arreglaba con dedicación.

Los ojos de Valeria desprendían el día de la boda de Tulia, a la que miraba orgullosa y arrobada, un infinito afecto hacia mí y hacia su ahijada.

Antes Valeria había adornado su domus: mandó colocar un friso con dos medallones circulares y dorados con las efigies de los contrayentes. Los invitados, entre ellos Julia y lo más selecto de Roma, se detuvieron a admirarlos.

—¡Qué vida tienen! Por vida de Vesta que son los novios —dijo Livio.

Yo sentí una agitación incontenida, pues la familia no solo celebraba el casamiento de Tulia, sino la visita a Roma de mi hermano Nevio y de Amyntas, mi magister, y el fin de la esclavitud de Nausícaa y de Cadmo, que habían sido testigos de gran parte de mi vida y me habían servido con lealtad y estima en África, Gades y Roma. Por deseo de Tulia, que me lo pidió, se convirtieron en libertos de la domus con todos sus derechos, y reconocidos miembros de la gens de los Vero de Hadria y Gades y con casa y peculios propios, aunque como era habitual seguirían con nosotros y en los negocios de la

familia.

El ánimo festivo y la suntuosidad adornaron la ceremonia de las nupcias, el IV de las antenonas de aprilis, víspera de las fiestas Liberalia. Tulia apareció en el umbral destilando encanto. Aunque no era una beldad como Valeria, era difícil evitar admirar su tez nívea, sus ojos verdísimos y su pelo del color del trigo. La boda se celebró en la espléndida villa de Valeria, en el Celio, donde prevalecía el lujo asiático.

El novio, Nero Domicio Avidio, era ese modelo de joven romano que jamás comprometería la reputación y la felicidad de mi hija. De mediana estatura, pelirrojo y grata presencia, me parecía un buen hombre, tratable y de gran gusto por el arte. Tras varias conversaciones, hizo que se desvaneciera cualquier extrañamiento o recelo sobre él. Y lo más importante, a ambos novios se los veía atraídos por el irresistible flechazo de Eros.

Yo había advertido en Nero talento para su prometedora carrera política, que había iniciado como pretor en Córsica y que, según él, por su sangre patricia terminaría en el Senado y por consiguiente en el consulado. Poseía un productivo latifundio en Ancona y un negocio de adiestramiento de gladiadores con gran prestigio en Roma.

Tulia compareció ante el ara de Venus de mi mano. Lucía el pelo recogido en la ritual redecilla escarlata, con la túnica blanca de desposada, un ceñidor de oro y el manto de las antiguas matronas romanas. Un velo color azafrán cubría sus cabellos dorados con la habitual diadema de mejorana y azahar. Sellaron su juramento con una libación a los dioses lares que había traído de mi domus y a Himeneo, el hijo de Venus, patrón de desposorios.

El aire del cercano bosque de fresnos y robles, un sol plácido y un cielo translúcido invitaban a la fiesta y, aunque las nostalgias acarrean melancolía, traje a mi memoria a mi esposa Marcia, a mis padres y a mis suegros, ya fallecidos, que hubieran sido dichosos con el casorio de Tulia, bella como una ninfa en la mañana primaveral. Me anticipé a la pareja con un cofre con el nummus unus, las trece arras o monedas de plata traídas de Gades por mi hermano Nevio, mientras un grupo de puellae gaditanae, bailarinas del templo de Astarté de mi tierra, entonaron los cánticos de Afrodita.

Nero le entregó a Tulia el anillo de hierro recubierto de oro en señal de la rectitud de su promesa. Valeria, que vestía una túnica espectacular de seda malva, como antigua vestal, leyó los presagios y la fórmula habitual y concluyó con la fórmula de las bodas con la que los novios quedaron unidos ante los dioses:

—¡Que Hera, guardiana de los esponsales, os proteja!

La fiesta se prolongó a lo largo de las horas, y se sucedieron los espectáculos, las danzas, los platos exquisitos y los vinos más selectos,

hasta que los amigos de Nero colocaron a la novia sobre el lectus genialis, el catre nupcial, donde sobresalía una figurilla del dios Príapo con un miembro gigantesco, y entre chanzas, animaron al novio a que los acompañara al tálamo marital.

El convite prosiguió en el peristilo y en el tablinium y a él me dirigí cuando dejamos a los recién casados en su lecho. Departí con mi hermano Nevio y su esposa, y con mi admirado Amyntas, mi viejo maestro de Gades, al que le presenté a Tito Livio, invitado en la ceremonia. Al viejo griego se le saltaron las lágrimas de emoción cuando entre copa y copa de masicum conversaron en griego sobre filosofía, y le prometió que iría a sus lecturas en la biblioteca Octaviana, pues permanecería un año en Roma.

—El invisible causante de la locura de Tulio de venir a Roma a conocerte fui yo, maestro Livio. Le inculqué el amor a los libros y a tus escritos desde niño.

—Pedagogos como tú necesitamos en Roma —reconoció el escritor.

Julia, ausente de nuestra compañía durante semanas, y Valeria se habían apartado y conversaban en el jardín, bajo la luz de una tea y oliendo el efluvio de los lirios. Me complacía estar con ellas y me uní a su charla. Eran dos mujeres sensibles y divertidas y me sonrieron, quizá por los vapores del vino de Qyos que bebían, apartadas de los invitados.

Recordando cuánto sabía de la peligrosa relación de Julia con Antonio, sentí una oleada de compasión. Hablaba de desencuentros con su padre y vi en su semblante que no había más que resignación, ni siquiera esperanza.

—Nos has cogido por sorpresa, padrino. Bebe con nosotras —me invitó—. Inmejorables bodas, Tulio. Afrodita mira hoy a tu hija con envidia —me halagó.

Tras brindar, agradecerle sus deseos de prosperidad y su imperial presencia, reuní las fuerzas necesarias para advertirle con delicadeza de los rumores que nos llegaban a través de Sago de su cuadrilla de aristócratas sediciosos, para así apartarla del rumor que la asociaba con la trama de Julio Antonio. De momento, en Nemus no teníamos noticias de un levantamiento inmediato, aunque los observábamos muy de cerca con espías y soldados del pretorio. Ella no le concedió importancia e intentó tranquilizarme:

—No te atormentes, los susurros sin hechos probados no son relevantes, senador Vero. La política de Estado posee razones que el vulgo no entiende.

—No son especulaciones, cara domina, sino una operación peligrosa que puede entrañar riesgos para ti. No es un conflicto familiar, se trata de una maquinación contra el césar que puede

acabar en tragedia.

Es probable que sintiera vergüenza de su conducta, pero lo negó:

—¿Crees, Tulio, que debería avergonzarme por frecuentar a mis amistades? No lo haré. Pero si intuyo que peligra el futuro de mis hijos en beneficio de Tiberio, afilaré mis garras. Me divorciaré de él y me casaré con Julio Antonio, que ha jurado convertirse en el protector de Cayo y de Lucio —nos confesó.

Valeria saltó:

—¿Te fías de esos patricios? Son una jauría de lobos sedientos de poder.

Comprobé que no era sino otro episodio más de la pugna entre las dos facciones del Palatino: la de Livia, favorecedora de su hijo a la sucesión, y la de Julia, harta del desconsiderado Tiberio, el esposo con el que no compartía lecho.

—Esto es lo que nos distingue al linaje de los Julios. Los líderes son los varones, suyas son la discusión y la acción. Sus mujeres estamos para obedecer, parir hijos y difamar a otras damas. —Y se carcajeó—. El deber entra en conflicto con el amor filial y mi padre es como el agua estancada, o sea, inamovible.

—Pero, Julia, el vínculo entre un padre y una hija es sagrado —le recordé.

Julia parecía sentirse cansada de charlar sobre el tema. Aun así, replicó:

—Él fue el que me enseñó a fingir, senador Vero.

Valeria poseía talento para insinuarse a los demás y le recomendó:

—Julia, te amamos y puede que esos aristócratas se estén aprovechando de tu debilidad y pasión. En Roma llaman a Tívoli «la guarida de la inmoralidad», y tu padre está al tanto de todo. Debes extremar tu prudencia.

Se quedó pensativa durante unos instantes y lo negó con la cabeza.

—Mi plan de vida en el Palatino me ha sido prestado. No es mío, Valeria, y necesito seguir mis instintos y habitar en un mundo de amigos verdaderos.

—Las emociones puede que te engañen, cara— insinué.

—Tulio, querido, no pongas límite a las ambiciones de una mujer. No entiendes la realidad del vínculo que me une a ese frígido y miserable Tiberio, y las intenciones de la arpía insensible de Livia —sostuvo—. ¿Sabéis qué decisión ha tomado mi esposo? Pues dejar la jefatura de las legiones y autoexiliarse en la isla de Rodas, donde dice que encontrará su liberación y se dedicará al estudio de los filósofos, lejos de mí. He sentido como un vendaval de aire fresco. ¡Que Venus lo confunda y no vuelva jamás a Roma!

Valeria y yo ignorábamos la noticia. Asumíamos que era un viaje oficial.

—Y el emperador, ¿cómo ha reaccionado a esa deserción de Tiberio?

—Lo ha llamado traidor y le ha retirado los títulos, pero desde Rodas vaciará toda su hiel sobre mí y mis hijos. Por eso busco el apoyo de Julio Antonio. Es el momento en el que preciso un desafío radical en mi vida.

—Pero él aprovechará tu conducta para erigirse como un salvador.

Se cernían nubes de tormenta. En contra de su parecer creí que Julia vivía una situación irreal y que debía despertar de un sueño falso de libertad e independencia condenado al fracaso. Si continuaba entregada a él, el desastre estaba anunciado.

Al poco, cuando jirones rosados de luz anunciaban el estallido de la alborada, Valeria y yo nos retiramos a su alcoba, donde la llamada de la pasión volvió a convocarnos. Yacíamos abrazados cuando de improviso oímos que la puerta se abría apenas dos palmos y que una figura femenina descalza se deslizaba furtivamente por el piso.

Alcé la cabeza y olí su perfume. Era Julia, que sollozante venía a recibir consuelo y calor de quizá sus únicos amigos verdaderos en Roma. Valeria se volvió y la cubrió con el embozo, y ella se abrazó a su piel suave y tibia. La vestal besó su rostro, el cuello y sus hombros, y al cabo, entre el crepitar de una lamparilla de aceite, nuestros tres cuerpos se entrelazaron en una vorágine ardiente de deseo, placer, gemidos, afecto y frenesí.

Sobre la hora de prima, quedamos agotados entre las revueltas sábanas.

Días después del casamiento de Tulia y Nero, cuando uno de los copistas atrancaba los postigos de la librería, comprobé que una litera se detenía en la puerta trasera y que los porteadores la declinaban en el suelo y descendía de ella una mujer encapuchada. No entraba por la puerta principal, sino por detrás, donde almacenábamos los papiros, la leña, el carbón y la tinta. Yo estaba cada vez más sorprendido. Intuí que la mujer no venía a comprar libros.

El sol, con su luz sesgada del crepúsculo, me impedía identificarla, aunque reconocí su hermoso cabello ensortijado, su piel morena y unas pestañas largas. Era Phoebe, la liberta de Julia. Como mirar a los ojos a un patricio era considerado presuntuoso para una doméstica, me observaba de soslayo. En las manos llevaba una arqueta de madera taraceada.

—¿Eres el senador Vero, el dueño de la librería? —balbuceó insegura.

—Sí, y tú eres Phoebe, ¿no? ¿Qué deseas de mí? —la observé serio.

—Sabes que asisto a domina Julia en las labores de ornatrix y servidora —me dijo—. Me ha pedido que te trajera este cofre para que

lo guardes.

—¿Y qué contiene, si puedo saberlo? —pregunté extrañado.

—Algunas cartas personales, domine. Una sierva de Livia ha entrado en su alcoba y las ha buscado, pero las guardaba yo en mi habitáculo. Pueden comprometerla si la malicia de la señora Livia interpreta lo que no es —alegó.

—Las podíais destruir, ¿no te parece? —manifesté mis dudas.

—Mi ama no lo desea. Son pruebas de emociones nobles. Nos vigilan demasiados oídos y ojos indiscretos que lo advertirían y recelarían —dijo.

El hecho no dejaba de preocuparme, pero la lealtad hacia Julia me impedía negarle un favor. La mujer recobró la calma y no parecía un burdo engaño. Confiaba en su sinceridad y ella en mi discreción.

—Déjalo ahí encima. Los ladrones no suelen robar libros. Me imagino que solo conocemos el asunto los tres, ¿no? Detestaría deshonrar al emperador.

—Domina Julia os lo garantiza y os lo agradece —aseguró—. Aunque su resistencia no es eterna y recibe ataques desde todas partes. Venus la ampare.

Su patetismo despertó en mí lástima. Era evidente que ama y sirvienta pasaban por malos momentos en el Palatino. Por otra parte, sabía que Julia no traicionaría nuestra amistad y me sobrepuse. Yo, por mi cargo y rango, no debía permitirme el lujo de formar parte de la conspiración y rendirme a las ensoñaciones de la revoltosa Julia. Phoebe seguía con la mirada en el suelo, como avergonzada. La despedí solícito y ella, antes de salir, me miró de reojo con una mueca de afabilidad. Desapareció en las sombras sin mirar hacia atrás.

—Procura llegar al Palatino antes de que oscurezca, Phoebe —le deseé.

—Que Diana te proteja, noble domine —se despidió.

Cuando me quedé solo y Servando y los copistas abandonaron la librería, me encerré en mi habitáculo, encendí unas velas, atranqué la puerta y me dispuse a leerlas. De tratarse de epístolas de manifiesta traición al emperador, callaría, pero se las devolvería a Julia inmediatamente. Mi hija no podía quedarse sin padre ni yo permitirme el lujo de dejarla desvalida. Lo primero que hice fue abrir la arquilla de madera bien trabajada, pero muy frágil. En su interior encerraba una docena de cartas, unos pequeños rollos amarillentos atados con cintas púrpura.

Hice la caja cien pedazos y los arrojé a la cuba donde vertíamos los desechos de tinta y los recortes de papiros. Me arrellané en la silla y me dispuse a leerlas una a una, no por malsana curiosidad, sino por calibrar su gravedad, ya que no deseaba ser arrojado al Tíber degollado o que mi cadáver de conjurado fuera expuesto en las

Gemonias junto a los despojos de los delincuentes de la Urbs.

Al cabo de una hora, concluí las lecturas. Sudaba, pero me sentí aliviado.

Carecían de riesgo para el Estado y no encubrían ninguna trama contra el emperador. Eran genuinas cartas de amor, de enamorados decididamente pueriles, en este caso del procónsul Julio Antonio, de Sempronio Graco, del heleno Demóstenes y del senador Apio Pulcro, en las que halagaban a Julia, la convocaban a sus orgías y festines y le dedicaban galanterías.

La llamaban «Afrodita reencarnada», «hija de Zeus», «viuda olvidada», «tierna musa de Roma», «hija llorosa del amo del mundo», «flor del Lacio», «madre de reyes», «deseable gacela», «Venus del tálamo», «fuente de nuestros deseos», «mensajera de eros», o «diosa de Ilión». Sus amantes eran aristócratas hechos y derechos, aunque con ensoñaciones amorosas propias de jóvenes vacíos con pocas obligaciones. Puse atención en una epístola de Antonio. Si era sincero, era un genuino canto de amor y devoción a la hija de Augusto:

Cara Julia, puedo beber de tu amor sin celos hacia tu marido, pero no sin temores. ¿Qué tendrá la traición hacia nuestros esposos, Marcia y Tiberio, que tanto nos atrae? Tu afecto posee mil maneras de hacerme dichoso, pero tiene muchas más de robarme el sosiego, y como no se hace nada por nuestra pasión si no se hace todo, estoy dispuesto a darlo todo por ti, incluso mi posición y mi vida.

No calibré ninguna peligrosidad en la epístola. Ella le replicaba afectuosa:

Querido Antonio, no siento nada por Tiberio, y puedo asegurarte que no me queda ira, ni amor, ni repulsión, miedo o celos por ese bloque de mármol.

Por unos momentos pensé que las acusaciones hacia Antonio bien podían carecer de fundamento. Pero ¿acaso no escribía Antonio justo lo contrario a lo que sentía y buscaba en verdad el poder absoluto asociándose a la hija del césar y simulando un sentimiento falso? Más por compasión que por interés, me convertí en cómplice del epistolario amoroso de Julia. Creí que en nada me implicaría, salvo que la acusaba sesgadamente de adulterio, cosa que ya era vox populi en la ciudad.

Leí otra de Demóstenes el Griego, en la que le recordaba cuando nadaron desnudos en la villa de Crispino y consumaron su tributo a Venus en las espesuras del jardín mientras aspiraban el perfume de los lirios.

Tomé un viejo libro y en uno de los codicilos metí las doce cartas. Su título era Libro egipcio de los muertos, o el ascenso al cielo del Ka, que, por el espíritu supersticioso de los romanos y su impenetrable escritura jeroglífica, no había conseguido aún vender a ningún lector. Tenía la seguridad de que lo había ocultado en un lugar seguro y que nadie se interesaría por él.

El tiempo diría si había hecho bien en guardarlas y no destruirlas.

En medio de una atmósfera preocupante, recibí informes de Sago que venían a confirmar la conducta de la descarada Julia y su descontrol emocional a la vista de Roma entera. Su falta de decoro en las plazas y vías de la ciudad, donde era tan popular, traspasaba los límites de la decencia. Quinto me informó de que el emperador estaba indignado e incluso avergonzado, pues su única hija conculcaba todas las órdenes que había dispuesto cumplir a las matronas romanas en sus costumbres. Pero, por prudencia, no se atrevía a detener a los juerguistas, hijos de las grandes familias patricias, y darles un escarmiento. Tanto comedimiento perdería finalmente a Julia.

—Quinto, la falta de Julia es personal y no un crimen contra el Estado. Cuando despaches con el emperador házselo saber. Es una esposa infeliz que siente repugnancia por un marido impuesto, nada más —le rogué.

—Lo suyo es un delito de adulterio penado por la Lex Iulia, y el césar no será benévolo.

De repente, pareció que no teníamos nada que decirnos y se abrió una ominosa cautela entre los dos. Mi defensa de Julia lo desconcertaba. Quinto abandonó el templo cabizbajo y yo me dirigí a la librería, donde me aguardaban Tulia, Amyntas, Tito Livio y Ovidio, ilustres animadores de mi tertulia.

—En el Palatino se ha desatado la ira —dijo Ovidio.

Livio opinó:

—Julia está desacreditando a su padre al unirse a ese hatajo de aristócratas engreídos que no conocen autoridad alguna y consideran a Roma como estiércol de caballo. Esto acabará en desdicha, y lo siento por Julia.

Un terrible desenlace era previsto por mis amigos.

—Esos frívolos creen que oponerse al emperador es una bendición para la ciudad. Ignoran que Roma lo adora, pero temo por la hija del césar —asentí.

Mis tertulianos y yo intercambiamos miradas de inquietud, pues sabíamos que una guerra civil nos conduciría a otra era de sangre y desastre. Trocamos la plática política por la literaria, y escuchamos la palabra elocuente de Livio, que nos recordó la grandeza de la ciudad de Rómulo.

Morir es terrible, pero quitarse la propia vida me resulta espantoso.

Valeria bajaba la cuesta del Palatino con dos esclavas, cuando me crucé con ella. La aguardé. Su fisonomía era cautivadora y la lucía con su natural elegancia, pero estaba pálida, suspiraba y se secaba las lágrimas. Se adornaba con un medallón de lapislázuli y una diadema de las que forjaban los orfebres de Tiro. Me llamó y me lo reveló consternada. Tenía paso franco en la domus imperial y estaba bien informada. Cambié mi rumbo y la escuché atento.

—Phoebe, la liberta de Julia, se ha quitado la vida. Era su paño de lágrimas y sufría por su señora. No ha soportado la presión —dijo sombría.

—¿Y cómo ha ocurrido? —pregunté conmovido y conociendo que estaba tras los descuidos y secretos de su domina.

—Me lo ha narrado la propia Julia, que está sumida en un llanto inconsolable. Le echa la culpa a su padre y a Livia, que seguro la habrían forzado para que contara algo o desvelara los contactos con sus amistades —me contó—. Seguramente, después precipitó su propia muerte.

Traje a mi memoria las cartas escondidas en mi estudio.

—¡Por las musas! Jamás se había visto algo así en el Palatino. ¿No la habrán ajusticiado? Sé de lo que es capaz el poder —dije conmovido.

—Según Julia nadie ha visto nada, pues vivía en sus propias habitaciones. Todo estaba en su lugar. Se ha colgado de una viga con su cinto, encaramándose sobre un taburete. Pero hay un indicio que invita a la duda, Tulio —dijo Valeria, con el dedo en su barbilla.

—¿Cuál? —le pregunté algo cohibido.

—Tenía un escupitajo en la cara y colgaba de su cuello la placa de su antigua condición de esclava. Alguien quiso recordarle lo que había sido.

—Una advertencia, quizá. El salivazo puede obedecer a que alguien la odiara por la familiaridad con Julia, y deseara vengarse.

—Pero me han contado otra cosa peor, aunque de Octavio lo creo todo. Cuando Julia fue a expresar las quejas a su padre, este, a voz en grito, para que todos los presentes lo oyeran, incluso Livia, la increpó en la cara: «¡Hubiera preferido ser el padre de Phoebe! ¡Quítate de mi vista, hija ingrata!».

—¡Por Marte Vengador que no puedo creerlo! Se está escenificando la ruptura total entre padre e hija —dije.

—Se ha encerrado en su cámara y llora con desconsuelo, Tulio. Parece un cachorrillo que se muerde a sí mismo —añadió.

Mientras caminábamos hacia la casa, comencé a considerar con pavor la posibilidad de que Julia, por su tozudo proceder, siguiera los

pasos de Phoebe. Eso complacería a Livia y a Tiberio, y Augusto no se mostraría desconsolado. Todos los rumores y escándalos era posible zanjarlos con una sola acción: el suicidio.

El césar había vuelto definitivamente la espalda a Julia.

Y yo, por mi cercanía al príncipe, sabía que su sangre fría era muy capaz de un espectacular escarmiento en la persona de Julia y, además, sin sentir el menor de los remordimientos. Así se comportaba Augusto.

En el Foro, el ruidoso corazón de la ciudad, refulgían las blancuras de los templos, basílicas y pórticos, aclarando el rojo de los baluartes y murallas.

VI

ALTA TRAICIÓN

Roma, años 2 al 1 a. C.

No olvidaré mientras viva aquel ocaso de locura y desenfrenos en el Foro. Los vigilantes de la guardia urbana encendían las antorchas, arrumbando las penumbras cárdenas de la puesta de sol. Decenas de candelas se encendieron en las casas, como estrellas que hubieran caído de golpe desde el firmamento romano. Del templo del divus César descendía el aroma a aceite perfumado y los monótonos canturreos de los sacerdotes, recitando los himnos sagrados.

Julia, como si deseara corroborar los rumores de adúltera que corrían por la ciudad, cometió otra locura y a la vista de Roma entera. Yo no lo comprendía. Parecía una mujer perturbada que se perjudicaba a sí misma. Valeria, que estaba invitada a la celebración, me arrastró asegurándome que solo se trataba de rendir homenaje al legendario Marsias, el mitológico sátiro flautista que retó a Apolo en un concurso musical y ganó. El dios, enfurecido, mandó desollar vivo a su contrincante, que desde entonces fue considerado el símbolo de la libertad, y se le alzó por su determinación un monumento en el Foro romano.

De repente compareció una noche oscura y sin luna, recién iniciados los idus de noviembre. Yo tosía por mi asma desatada. El gran Foro, cerca de la alberca que los romanos llamamos el Lacus Curtius, fue el punto de encuentro de la alegre partida de Julia, que ya venían achispados. Sus rostros, iluminados por los hachones, parecían los de una turba de borrachines alocados.

En la piscina se alzaba la estatua de Marsias con un odre de vino en la espalda y tocado con el gorro frigio, símbolo de las libertades perdidas.

—Tulio, ¿recuerdas el tocado rojo con el que cubrías tu cabeza la noche de Astarté en Gades? —me recordó Valeria, y el vientre se me encogió.

—¡Cómo olvidarlo, cara! Fue la noche de tu entrega y de mi desdicha.

Liderados por Julia, que nos saludó alocada, entraron cantando en el cercado, donde crecen una higuera, un olivo y una vid. Fueron pasando unos a otros una vasija de vino y al poco se los vio gozosos y atrevidos. Se arremolinó una multitud estupefacta, que no entendía

tanta irreverencia ante estatua tan sagrada. En consonancia con el talante libertario que practicaban, Julia se encaramó en los hombros de Julio Antonio y colocó en la cabeza de la estatua del sátiro una corona de laurel, práctica prohibida por el Senado que podría incluso acarrearle la muerte.

De repente lanzaron vivas de rebeldía: «Libertas! Libertas!».

—In civitate libera mens liberae esse debent! —«¡En un Estado libre, la mente debe ser libre!», exclamó el griego Demóstenes, que improvisó un discurso dictado por la estupidez y el vino, en un tono de burla y mofándose del Senado y del mismísimo Augusto, pues remedó algunas frases suyas. Yo asistía a la escena aturdido y atónito.

Quinto Crispino y Sempronio Graco, iluminados por los faroles, también lanzaron arengas en son de chanza desde la Rostra del Foro, donde hacen sus proclamas los próceres de Roma, instante en el que tiré del brazo de Valeria, que me siguió horrorizada, pues acudía cada vez más gente. Apartándonos del grupo seguimos los acontecimientos a distancia. Yo no daba crédito a lo que contemplábamos. Pronto, la guardia urbana pudo testificar el atropello cometido contra los dioses y el decoro de la ciudad y sus gobernantes.

Julio Antonio, arrogante y altivo, también improvisó una petulante disertación, con sus ojos inexpresivos y saltones por la bebida. Un anciano bajo la Rostra, cuyas pupilas estaban muertas a la luz, pedía clemencia a los dioses de Roma por las palabras de Antonio, que en su arrogancia creía que el Imperio se arrodillaría a sus pies y las legiones le obedecerían.

—¡Roma necesita sangre nueva y la vuelta a los viejos símbolos! —gritó.

Con Tiberio apartado en Rodas y Augusto retirado en el Palatino con graves dolencias, deseaba convertirse en el líder fuerte del Imperio, y más tarde, una vez casado con Julia, convertirse en el príncipe indiscutido de Roma.

—Es demasiado estúpido para comprender la enormidad de su traición, Tulio —opinó Valeria, que seguía los pasos de Julia, abrazada a Graco.

Mientras tanto Antonio sonreía burlón a los aplausos que le dedicaban cuatro borrachos que pasaban por allí junto a la caterva de sus ricos amigos, que posiblemente escenificaban el último acto de desobediencia libertaria de sus vidas antes de poner en marcha el complot definitivo contra Augusto en los siguientes juegos. Si no, no hubieran obrado con tanto descaro.

Al abandonar el Foro reflexioné y dije a Valeria:

—¿Pero qué simpatías cree que despierta Julio Antonio?

—Solo la de algunos nostálgicos de la República, frívolos nombres de las viejas estirpes de Roma, como Asiático, los Gracos y los

Escipiones.

Lo último que vimos fue cómo nuestra amiga, la adúltera y disipada Julia, se comportaba con torpeza y reía a carcajadas. Valeria, en un último intento, pretendió sacarla de allí, pero la rechazó con desaire. Estaba ebria y se había entregado a varios de sus admiradores a la vista del público.

Valeria se inclinó hacia mi oído y me confesó:

—No existe esperanza alguna para Julia y Antonio. ¡Vámonos!

Es lo que acontece cuando los mortales ahuyentan la piedad de sus corazones y les puede el ansia de poder y la codicia. Tan insensata rebelión iba a acabar en desastre. Desafiar a Augusto era una temeridad y la mayoría de los oficiales del ejército le eran leales.

Nos marchamos sin hacer comentarios y pensé que la juventud de Roma estaba depravada y rechazaba la concordia. Ignoraban que podría estallar una guerra civil, que traería hambre, dolor y adversidades.

Aunque al final los dioses imponen sus deseos, había que tomar medidas para salvar la concordia de Roma, y yo era leal al emperador, como él a mí.

Augusto fue informado inmediatamente por Quinto, a quien manifestó:

—Caro Quinto, esos detractores míos no son enemigos importantes, ni tan siquiera una amenaza, sino tábanos molestos a los que me dispongo a aplastar sin piedad. Ni una sola legión apoya a esos ilusos. Estemos alerta.

Al revelarme Quinto la contestación del emperador, yo le dije:

—Estos estúpidos estaban cavando su sepulcro y le han concedido una excusa perfecta a Augusto para quitárselos de en medio.

—Parece que no soportan la paz de Roma, caro Tulio.

En Roma no se hablaba de otra cosa más que de la desafortunada extravagancia de Julia con sus locos amigos. Unos se reían, otros no le concedían importancia y los más lo ponían en el saldo de unos jóvenes excéntricos. Pero el hecho cobraba capital importancia para dos personas: una en el Palatino, Livia, y otra en Rodas, Tiberio, que decidieron escarbar en el rendimiento político que les proporcionaba el episodio. Era la ocasión largamente esperada.

Augusto perdió la ocasión de zanjar el asunto con su autoridad, pero Tiberio fue audaz y más rápido. Era su momento. Aprovechó el desconcierto y, avisado por Livia y por su amigo Pisón, envió una carta urgente y sumarísima al Senado advirtiendo de la trama y cundiendo el pánico entre los patres conscripti, que estaban obligados a emitir una opinión.

Perdido en mis conjeturas fui a ver a Quinto al templo de Saturno.

Estaba al tanto de todo por Sago, y hablamos de la carta. Tiberio no dejaba a Augusto un resquicio de piedad hacia su hija al hacerlo público en la Curia Senatorial.

—Pretende soliviantar a los descontentos contra su esposa Julia, a la que odia, y obligarla a desenmascararse públicamente —aseguró Quinto—. Nadie confía en la pureza de sus intenciones y con hipocresía máxima destapa la conjuración de Antonio, su gran rival, denunciando que está al tanto de una confabulación contra Augusto que haría temblar los cimientos del Estado.

—¿Acaso Tiberio ha perdido la razón? —contesté—. Eso no es cierto. Augusto lo sabe todo y actuará cuando sea más conveniente.

—Es una coartada para acercarse a Augusto. Julia le importa un rábano.

A modo de respuesta me facilitó su opinión al respecto:

—Su vocero, Cneo Calpurnio Pisón, y su denuncia me parecen muy graves: ¡traición a Roma! Tiberio, bien informado de lo que ocurre en la Urbs por su amigo y espía, observa el desarrollo de los acontecimientos desde su retiro de Rodas. Sabe que, si la trama de Antonio es coronada por el éxito, significaría su olvido absoluto en la sucesión por el poder. Eso es todo.

—Y el emperador, ¿qué dice a todo esto, Quinto?

—Augusto detesta a Tiberio, pero se ha encerrado en su despacho como un gusano herido. No quiere saber nada del asunto y deja al Senado que emita su sentencia. Sabe que el hijo de Livia odia visceralmente a Julia y que proyecta relacionarla con los conspiradores. Está hundido, créeme.

—¡Claro! —dije—. Haciéndolo público, Tiberio se desembaraza de su infiel esposa e impide al césar ser piadoso y exonerarla de culpa. ¡Qué taimado!

—Sé que el emperador teme que Tiberio levante un ejército y se presente en la Urbs como un libertador, con lo que su popularidad alcanzaría su máximo grado. Aunque desprovisto de títulos, Tiberio es el jefe de la gens Cornelia, no lo olvides, la más ilustre del patriciado romano, y sería creído por los senadores.

Estando de por medio Livia sabía que no podía inducir a nadie a sentimientos piadosos. El ambiente en Roma era irrespirable.

—Todo está pensado por Livia —dije—. Quinto, yo creo que la esposa de Augusto ha traicionado su confianza, alentando a Tiberio a que dé este paso. Su actitud conciliadora es falsa.

Al llegar a mi domus, estaba dividido entre el alivio y el disgusto. Nausícaa me escanció una copa de vino, pero no me sirvió para serenar mi espíritu. A la mañana siguiente, Quinto me mandó llamar con urgencia al templo de Saturno; mi semblante era una máscara griega.

—Querido Tulio —me soltó—, tras el asunto del Foro, los devaneos de Julia y los informes que nos aportan nuestros agentes, no hay duda: los rumores de una conspiración inminente se confirman. Se fragua un levantamiento contra el césar Augusto, creo que en las fiestas Compitales, aunque está controlado.

—Así que nuestras informaciones no mentían, ¿no es así, Quinto?

—Así es. Julio Antonio, el líder, y Quinto Crispino, ambos amantes de Julia, planean formar un potente ejército y, so pretexto de defender a Roma de Tiberio, hacerse con el poder, asesinar a Augusto y eliminar a Tiberio, enviando un sicario a Rodas —me aseguró pasándome unos informes cifrados de Sago, que leí apresuradamente.

—Y a Julia, ¿la involucran tus confidentes en la intriga? —me interesé.

—No directamente, pero está implicada por ciertas cartas que hemos buscado en vano. Odia a Tiberio y ama a Antonio, y aquel por despecho ha reunido muchos testimonios contra ella y la hará aparecer ante el Senado como una conspiradora más. Con su sibilina acción mata a dos enemigos con el mismo tajo. La seguridad de Roma está en peligro. ¡Estamos en alerta, Tulio!

—Créeme, temo por Julia. Admiro su espíritu libre, pero se ha involucrado en una trama muy comprometida —contesté y recordé las cartas.

El tono de Sisena era de reproche hacia nuestros agentes. Yo callé.

—Si hubiéramos descubierto algún papel escrito, pues se carteaba con ellos, su vida pendería de un hilo, pero han desaparecido. Eso obrará en su favor para salvar la cabeza —me reveló—. Casi me alegro, Tulio.

Yo enmudecí. Estaba obligado a no revelar una palabra de su escondite. Las cartas que me entregó Phoebe estaban ocultas a buen recaudo en mi gabinete.

Bajo el efecto de la inquietud por Julia, me dirigí a la casa de Valeria. Ella, su mejor amiga, debía conocer lo que se tramaba. Pero al contárselo no dejó traslucir la más mínima emoción. Julia era un caso perdido para ella.

—Notable capacidad de mimetismo de ese Julio Antonio. Acabará mal.

—Nadie lo discute, Tulio. Corderillo ante Augusto, fiera ante el pueblo.

El senator maius convocó a la Curia para leer públicamente la denuncia de Tiberio llegada desde Rodas, que leería el senador Pisón, su amigo y espía. Augusto, enfermo y vencido de ánimo, anunció que no asistiría, pero nos comunicó que apoyaba y asumía nuestros dictámenes. El futuro de Roma iba a ser interpretado en los bancos del

Senado atestado de padres de la patria.

Las brumas del Tíber ascendían ocultando el Capitolio, el Foro y el Teatro de Pompeyo, concurridos por un gentío expectante. Julia era muy popular en Roma y querida por la plebe, que veía en ella la oposición del débil hacia el tirano, aunque este fuera su padre. El ocre de las fachadas refulgía como el cobre, y se escuchaba el rumor de las gentes, que esquivaban los lodazales y el fango causado por la tormenta nocturna.

No sería una sesión de eternos y soporíferos discursos. El tema era único. Sobresalían unas cabezas sobre otras en las puertas del Senaculum, y una ira mal contenida se reflejaba en los gestos del orador Calpurnio Pisón, el delator de Tiberio en Roma, quien, con su peculiar palidez de cadáver, se proponía advertir de la maniobra de Antonio en contra de su amigo ausente y de Augusto.

Nausícaa me perfumó la túnica senatorial y tras cruzar el Foro, el Capitolio y el vicus del Circo Flaminio, traspasé al imponente teatro de mármoles de Crisanto, alzado por Pompeyo en el Campo de Marte, y accedí a la curia. Se había sobrepasado con creces la hora quinta, pero llegué a tiempo. A ambos lados de los dos sillones de los cónsules se abrían dos largas hileras de bancos donde debíamos acomodarnos los patres. La luz era azulada y las palomas zureaban en las cornisas del edificio legislativo. Las puertas estaban abiertas y por las ventanas, desprovistas de vidrios, penetraba el rumor del Foro, donde la plebe ardía en deseos de oír la disertación de Pisón.

Marco Plauto, el otro cónsul en ejercicio, se había acomodado en el sillón de cedro y oro dejando libre el de Augusto, ausente de la asamblea. Tras él brillaban los símbolos sagrados del Imperium, el águila y la loba, junto a la mirada inerte de las estatuas de gloriosos héroes de la República: Rómulo, Escipión el Africano, Sila, Julio César y Pompeyo.

Tras solicitar la venia, el denunciante, Pisón, alzó su tonante vozarrón:

—¡Hablo en nombre de Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia, actualmente en Rodas! El ausente acusa a Julia, su esposa e hija de nuestro princeps, de adulterio y de desacatar las leyes sobre el matrimonio dictadas por su propio padre, que ha infamado y trasgredido repetidas veces y en lugares públicos, con los siguientes amantes. —Pisón dio los nombres de todos y cada uno de ellos, entre las murmuraciones de los senadores, detallando los actos de libertinaje, la venta de su cuerpo en casas de lenocinio y aportando pliegos firmados de testigos de sucesos de perversión que tanto habían escandalizado a la ciudad.

Los ujieres los fueron pasando por las bancadas. Yo los conocía todos y preferí no participar en la redacción de la sentencia, donde

Augusto era el fiscal, y Tiberio, el juez implacable, a decenas de estadios de Roma.

A los senadores les costaba disimular su asombro. Pisón, que no deseaba limar la contundencia y la gravedad de los cargos, prosiguió después:

—¡No obstante, a la hija del princeps no se la puede acusar de alta traición, porque unas cartas que la vinculaban a los conspiradores han desaparecido! Pero merecen un severo castigo. De este modo, solicito para Julia, Sempronio Graco, Quinto Crispino, Apio Pulcro y Cornelio Escipión la pena de exilio para siempre de la ciudad de Roma —profirió acalorado y echando saliva por la boca.

Un murmullo de aprobación se elevó por encima de nuestras cabezas.

La mención de las cartas de Julia, que Phoebe me había confiado, hizo que diera un respingo como si hubiera sido picado por un tábano furioso.

—¿Te ocurre algo, senador Vero? —me preguntó mi colega de al lado.

—No, solo un pequeño vahído, senador —intenté disculparme.

—Yo creo que Julia se ha asociado a esos para proteger el derecho a la púrpura de sus hijos Cayo y Lucio, todavía jóvenes. Creo que preferiría que fueran protegidos por Antonio y no por su esposo, el sombrío Tiberio, del que no se fía. Pero los calificativos de sacrilegio me parecen excesivos.

—Mi parecer es que solo veo una oposición de Julia a su padre y una errada conducta de una muchacha harta de acatar tanta imposición —opiné por mi parte.

—Octavio no ha podido soportar la vergüenza en su propia casa. El beneficiado de todo este escándalo será Tiberio —replicó el viejo senador.

Pisón buscó el tono adecuado y con temple acometió su otra petición:

—¡En cuanto a Julio Antonio, hijo de Marco Antonio y Fulvia, líder de la confabulación, con las pruebas que he aportado de su promiscuidad sexual y oscuras intenciones para derrocar al emperador, es evidente que urdía un complot para asesinar primero a Tiberio y después al noble Augusto en los Fastos Compitales, por lo que solicito para él la pena capital! —dijo mientras se le iban hinchando las venas del cuello—. ¡Esta es mi denuncia, padres de la Patria!

Una leve tos le hizo detenerse, haciéndose el mutismo más absoluto en la sala. Pisón, agotado por su esfuerzo verbal, se derrumbó sobre su asiento y los senadores iniciamos un turno de consultas y discusiones durante más de una hora antes de opinar y

dictaminar las penas a los encausados. Mientras tanto, por el Foro corrían todo tipo de noticias e interpretaciones. Post meridium, el Senado decidió por votación mayoritaria considerar a los acusados enemigos de la República, incluso a Julia, pero solo Antonio sería ejecutado por el cargo de alta traición. La reacción fue unánime y pausadamente abandonamos el edificio curial asediados por el gentío, que pedía sangre.

—¡Es la decisión inapelable del Senado y del pueblo de Roma!

Yo me alejé con el ánimo convulso. Estimaba demasiado a Julia.

Julio Antonio recibió la sentencia mortal con el ánimo de un soldado, con valor, y se le dio la opción de ser su propio verdugo. La noticia corrió por Roma, y la plebe aclamó a Augusto, que había evitado otra absurda guerra civil más.

Valeria y yo visitamos ese mismo día a la desconsolada Marcia, la esposa de Antonio, muy amiga de la vestal, que agradeció nuestro pésame. Pocos la habían visitado por miedo. El acusado había recibido la víspera la visita de dos pretorianos que portaban la orden conminatoria del Senado de entregarse para ser ejecutado en la cárcel Mamertina como ciudadano romano que era, muriendo por la espada.

Pero en ofrenda a su padre, se le otorgó la gracia de quitarse la vida en su hogar, según orden del mismo Augusto, para evitarle la ignominia de ser expuesto en las Gemonias junto a los demás bandidos, incendiarios y transgresores de la ley ajusticiados durante la vigilia.

Marcia, sobrina de Augusto, que estaba de rodillas ante sus dioses lares con las manos en el pecho, se incorporó con un ademán de fortaleza y se echó en los brazos de Valeria. Lloró largamente, dando hipidos que resonaron en la bóveda de la villa. Nos acompañó al baño matrimonial y señaló compungida el cuerpo sin vida de su marido, Julio Antonio. Su atlética corpulencia había sido vencida por la cicuta y por un corte preciso en las venas de sus brazos. La artesa rebosaba de agua tan roja como el estanque de un tintorero. Yacía desnudo y con los brazos caídos. Una redoma de cristal, que despedía un acre olor al brebaje, el veneno de Sócrates, estaba volcada en el suelo.

La cabeza la tenía echada hacia atrás, la piel lucía cerosa, la mirada ciega y la nuez del cuello monstruosamente salida. Se distinguía un regato blanco del tóxico pegado a la comisura de los labios. La visión impresionaba por su rudeza. El físico le había vendado las muñecas y estaba listo para ser incinerado.

—La condena de mi tío y del Senado le fue insoportable —dijo Marcia.

Pensé que había pisado en falso y no había rectificado a tiempo. Allí yacían la tentación por el poder, la estupidez, la venganza necia,

la arrogancia sin tino y la lujuria desmedida, aniquiladas por la fuerza de la codicia. La comedia de Julio Antonio había terminado y no lo había salvado su sagacidad. Siempre río abajo o río arriba, no le había servido su doblez para engañar al césar. El que se creía el dueño del mundo se había acercado a la púrpura imperial y había salido escaldado. Iluso Antonio.

—Que Proserpina, divinidad de las tinieblas, le conceda luz para caminar por el infinito sombrío, Marcia —le deseé después de consolarla largo rato.

—Y yo deseo que Hades te escuche, Tulio Vero —deseó la enlutada dama.

Al salir vi una pareja pretoriana que vigilaba la domus y compuse un gesto de sorpresa, observando que ni de un muerto se fiaba Augusto.

La mañana de los idus de enero, cargada de rumores y luciendo un cielo ceniciento, parecía sumarse al luctuoso acontecimiento del exilio de Julia, cuya noticia conocía toda Roma. Únicamente el monótono fluir de las acequias y arroyos del camino rompían el grave momento. Pudo haber significado su muerte, pero Julia transitaba hacia el más doloroso de los destierros.

La tarde anterior, antevíspera de las fiestas Compitales y de los juegos Seculari, día señalado para el golpe de Estado, Julia se despidió de Livia, que estuvo materna con ella, y de sus llorosos hijos, Gayo, Julia la Menor, Lucio, Agripina y Póstumo, aunque no de su padre, Augusto, que, irritado por no haberlo obedecido como una corderilla, se resistía a admitir el ridículo y el bochorno padecidos, negándole un beso de despedida. No quiso verla y mostró su desprecio encerrándose solo en su despacho Siracusa, que cerró a cal y canto e incluso clausuró los postigos.

Tomando conciencia de su dignidad no la vería nunca más en vida y, como recompensa, el Senado le concedió a Augusto el título de pater patriae por librar a Roma de otra discordia fratricida. Lo aceptó días después con humildad, como era su costumbre al recibir un título. Prefería ser padre de Roma y de los romanos que de su hija.

Las olas del mar se batían contra la escollera desde donde partiría la barcaza con destino a la isla de Pandataria, en el archipiélago de las Pontinas, frente al puerto de Puteoli en el mar Tirreno, donde Augusto había construido una villa de recreo años atrás.

En un carro de dos ruedas cubierto con cortinas de lino, viajaban Julia y su madre Escribonia, que había solicitado a su exesposo Octavio acompañarla en el confinamiento. Detrás, en dos carretas de viaje de cuatro monturas, viajábamos sus amigos más leales, los que en Roma llamaban la faccio Juliae, o sea, Valeria, Julio Higinio, su

maestro Atenodoro de Tarso y los escritores Lucio Vario, Ovidio, Tito Livio y yo, autorizados por Augusto, más dos criadas ofrecidas a Julia por Livia. Arribamos al puerto junto a seis pretorianos armados que nos seguían a caballo.

Los tenues rayos del sol golpeaban con levedad nuestras cabezas. Hacía frío y nos abrigábamos con capotes, pero no llovía. Julia descendió de la carreta con la cara asfixiada por la amargura y el excesivo castigo del destierro que la aguardaba. Ofrecía una imagen lamentable y lágrimas descendían por sus demacradas mejillas.

—Mi hija está rota, Valeria —le confió Escribonia—. Su estado anímico es deplorable y temo que haga una locura en esa maldita isla.

Las sombras de la mañana se habían vestido de luto con la partida de Julia y las siluetas de las naves y cobertizos de Puteoli me parecieron fantasmagóricos. La barca tardaba en zarpar a causa de las aguas embravecidas y buscamos el abrigo del albergue El Tridente de Neptuno, donde, al calor de los braseros, nos sirvieron leche caliente de cabra, miel, vino y pan recién horneado. Julia se acomodó junto a Escribonia y Valeria, y nosotros lo hicimos en un banco contiguo. Sus cabellos estaban alborotados por la brisa. La exilada nos habló, con la mirada endurecida:

—Esa barca es mi ataúd y la pena me duele como una puñalada. A partir de ahora, mis únicos compañeros serán la añoranza de mis hijos y el desconsuelo.

—Esto acabará. Rogaremos al césar tu regreso, no lo dudes —dijo Livio.

La esperanza de nuestra promesa le resultó dolorosa y soltó unas lágrimas de impotencia. No la creía posible, pues su padre se había encerrado en la sinrazón. En medio de un irreprimible llanto, replicó:

—Me encuentro al borde del abismo de mi vida. Deseo verme muerta.

Su habitual expresión de frescura y vivacidad había desaparecido como si se le hubiera quitado una venda de los ojos y viera la fría realidad del mundo. En sus facciones había desesperación y en el borde de su boca advertimos una mueca cargada de advertencias hacia los suyos, si bien a nosotros nos miraba llena de gratitud, mientras Escribonia intentaba ocultar el llanto.

—El furor colérico de mi padre no permitirá que regrese. Os lo aseguro.

Cada uno de nosotros le hizo un presente: yo un perfume egipcio, Higinio una estatuilla de la diosa Venus, y se los entregó el viejo republicano Tito Livio, el gran ídolo de mi infancia y juventud y ahora mi gran amigo.

—Unas ofrendas a tu altura, cara Julia, un volumen de mis Décadas. Aminorarán tu soledad —le dijo.

Ovidio le ofreció abatido unos rollos del Ars Amandi, que habían sido elaborados en mi librería.

Nuestro gesto emocionó a Julia, que recibió los obsequios con mano temblorosa. Alzó la cabeza y lo agradeció. Nos incorporamos y Julia se despidió de cada uno de nosotros con cordiales palmadas en la espalda y un abrazo sentido. Valeria le regaló un amuleto de oro y jade de las personificaciones divinas de la vida y del destino. Amorosamente se lo colgó del cuello y le recomendó:

—Debes desear vivir. Solo así lograrás volver. No te olvidaremos nunca.

Su voz había sucumbido al desconsuelo y sollozaba. Antes de zarpar, su mano apretó mi brazo y comprobé que tenía miedo. Julia caminaba llorosa hacia un cruel exilio como una majestuosa Palas Atenea en el umbral de su templo, rodeada de la cazadora Diana, su altiva madre, y de dos amazonas camino de Escitia, su patria lejana. Su orgullo estaba por los suelos, Julia aún no había interiorizado su penosa situación real. Allí estaba, sola y vulnerable ante el devenir incierto, como una niña desposeída de juguetes, despojada de todo salvo de nuestro afecto.

La seguimos con la mirada para cerciorarnos de que desaparecía por poniente y no se la tragaba la furia del poderoso Neptuno. Abatidos, volvimos a los carros y emprendimos el retorno a Roma.

Y mientras Julia sufría una dolorosa inquietud por lo desconocido, mis amigos, Valeria y yo, con los cabellos agitados por el viento marino, respiramos la brisa salobre sumidos en la más amarga de las tristezas.

VII

PANDATARIA, LA ISLA DE LAS ADÚLTERAS

Roma, años 1 al 3 d. C.

El tiempo y los acontecimientos se convirtieron en un jeroglífico fatal para cuantos habíamos frecuentado la amistad de Julia, a los que algunos romanos jocosos nos llamaban los «malqueridos» o «la camarilla de Julia», razón por la que muchos patricios nos saludaban con tibieza. Se desataron las más viles maledicencias en nuestra contra, teniendo a la vez que superar nuestro dolor por Julia y su terrible destierro.

Tito Livio regresó a su ciudad natal durante un tiempo. Valeria, por su sacralidad, y yo, por mi discreción y rango, no fuimos reprobados por la aristocracia romana, que nos toleró, pues no se nos relacionaba con las extravagancias y excesos de Julia.

Sus amigos de la villa del Tívoli, la banda de borrachos sediciosos, fueron deportados a tierras extrañas y condenados a no regresar nunca más a Roma so pena de muerte. Los arrepentimientos comenzaron a sucederse, pues la culpa y el remordimiento por haber sido amigos de Julia pesaban en algunos.

Higinio, su secretario privado, sí hubo de enclaustrarse en su biblioteca, ajeno a todos. Ovidio, muy cercano en el favor de Julia, fue sumergido en la niebla del rechazo ciudadano y del repudio de Augusto, que le retiró su favor. Nunca había sido moralmente decente en sus hábitos, bien es verdad. Pero no lo merecía y refugió su rechazo en el círculo de mi librería, en sus frívolos placeres y en sus amistades femeninas, despreciando a los altivos patricios.

Transcurrieron los meses, y sabíamos por Quinto que Julia gozaba de una tolerable salud, a pesar de sus privaciones. No le estaba permitido recibir visitas en la isla sin la aprobación del obcecado Augusto, llevaba una vida de ostracismo y soledad absolutos, asistida por su madre y por las dos esclavas.

Ajena a los placeres terrenales y sin poder ver a sus adorados hijos, era considerada persona non grata por el Senado y por su padre. Apelamos a su piedad en dos ocasiones y solicitamos clemencia a algunos senadores, siendo denegada una y otra vez. Hasta el hipócrita Tiberio pidió desde Rodas su absolución, y se le rechazó.

La primavera había arrinconado las nubes grises, los braseros, las

candelas y los cobertores de lana de los lechos. Las umbrías perfumadas cubrían el jardín de mi domus y la de Valeria, llenándolas de fragancias.

El buen tiempo había desembarcado súbitamente en la Urbs, coincidiendo con las fiestas Parentales dedicadas a los difuntos, y conversaba distendidamente con Valeria, cuando el nomenclator nos anunció la visita de Quinto Sisena, mi amigo, mi hermano. En la mano portaba un rollo de varios pliegos lacrados. Nos saludó y esgrimió su peculiar risa desprovista de alegría y bajó la mirada, como si se dispusiera a anunciar algo que le resultaba embarazoso. Se acomodó y nos explicó:

—Verás, Valeria, la hija del césar te ha escrito una carta. Solo ha escrito desde su destierro otras tres, una a su padre, otra a Marcia y otra a Julio Higinio. Por orden del emperador, fueron interceptadas y quemadas. Ni él mismo las leyó. No desea saber nada de ella. Para Augusto, su hija ha muerto.

—¿Y bien? —lo corté.

—Está en mi mano destruirla, o entregártela, Valeria. Por la amistad que nos une, si me prometes que tras leerla la arrojarás al fuego, te la daré.

Los ojos de Valeria se arrasaron en lágrimas. Quinto la puso en su mano. Rompió el lacre y desató el bramante que unía los pliegos. Sin dilación, la leyó:

Carta de Julia a Valeria Domicia desde Pandataria.

Mi querida Valeria, salutem. Te escribo desde Punta Eolo, donde se alza la villa en la que mi padre me ha condenado a vivir, rodeada de un cementerio de naves encalladas y riscos volcánicos. Apartada del trato con mis amigos y de mi querida Roma, me dejan escribirte y lo hago con complacencia y cariño, ignorando si llegarás a leerla. Los griegos llaman a esta isla Pandotea, y mi madre y yo la maldecimos cada hora convocando la venganza de las divinas Euménides, a quienes ya hemos sacrificado dos aves negras para que confundan a nuestros adversarios y nos concedan el beneficio de un pronto regreso. Pero dudamos de la piedad de mi padre.

En mi solitario vacío, carente del calor humano de mis semejantes, solo las arañas, las lagartijas y los escorpiones se arremolinan a mis pies como única compañía. Lloro a diario, y no intento ocultar el llanto devastador a mi sufrida madre. Recién llegada a la isla sentí mucho temor, enseguida desconsuelo y, ahora, fría indiferencia. Ya han transcurrido casi cuatro años de exilio, yo sobrepaso los cuarenta y cuatro y el silencio me resulta insufrible hasta el punto de que aún no me he familiarizado con los vientos de este desolado rincón, que no acarrean sino desesperación a mi alma.

Conozco cada piedra de esta tierra estéril y es muy posible que ya no sea capaz de reconocer otro lugar. Me resisto a aceptarlo, cara mía, pero

mi madre asegura que moriremos aquí. Escribonia, tú la conoces bien, es una matrona enérgica, voluntariosa y sufrida, que aún me arrulla cuando duermo con su cálida voz. A pesar de su edad conserva su belleza casi intacta. Sin ella ya hubiera muerto.

Cada mañana me calo mi petaso y paseo por los acantilados de esta islita, que es poco o más grande que el Circo Máximo, contemplo la línea de las costas de Neápolis, recojo aceitunas en otoño y camino por las veredas enfangadas donde florecen las centaureas, único adorno que embellece nuestra casa, que mi padre ha desposeído de cualquier estatua, pintura o friso para hacer más dura nuestra estancia.

Una mesa de grosera madera, unas sillas, dos catres de esclavo, una hornilla y una tina de baño constituyen nuestros únicos lujos; y alrededor de ellos he edificado la ilusión de hallarme en palacios de pórfido para no caer en la locura. Cuando cae la noche contemplo las barcas de pesca con los fanales encendidos, como luciérnagas flotando sobre el mar, y los fuegos de las casuchas de los pescadores que se encienden con el ocaso. Brillan como estrellas prendidas en la oscuridad de una aldea desamparada, mugrienta y maloliente.

Después todos duermen menos yo, que sufro de un tormentoso insomnio.

Con mi vida truncada para siempre, malvivo en la frustración del desengaño, mi querida Valeria, y solo me reconfortan las lecturas de Tito Livio, Propercio, Homero, Hesíodo y Virgilio, pues no se me permite leer a Ovidio y Safo. Y en esta calma, medito sobre mi vida y las nefastas decisiones del pasado, en las que creía no dañar a nadie, pues todo lo hice con amor. Estoy dispuesta a perdonar a quienes me hirieron, aunque estoy lejos de absolverme a mí misma.

Aborrecer es más sencillo que amar, créeme, y lo he comprendido en este apartado islote, donde el recuerdo de lo que aconteció me acarrea un sufrimiento desmedido. En el pórtico, bajo un grosero cañizo, mirando al mar tranquilo o borrascoso, según la estación, transcurren mis interminables jornadas, que son como una cadena infinita de desdichas que susurran a mis oídos.

Mi ánimo se halla hundido y estoy sometida a emociones irracionales. Y es ahora cuando comprendo que mi error fue rodearme de falsos aduladores. Soy consciente de que metí la mano en el avispero de la irresponsabilidad y el libertinaje, creyendo que vivía en un Olimpo efímero. No obstante, admitiré que a Julio Antonio lo amé y aún lo sigo amando, pues me trató con ternura y cariño verdaderos.

Nos quisimos desde niños, pues no olvides que fue criado por mi tía Octavia a mi lado. Tuvimos los mismos pedagogos, Fedro de Corinto y Atenodoro, y todavía hoy lloro su terrible final. Fue el único hombre a quien quise de verdad, pues ni mi primo Marcelo, ni Agripa, ni menos aún Tiberio ocuparon un lugar digno en mi corazón, ya que me fueron

impuestos por mi padre. Los brazos y los labios de Antonio fueron los últimos que me abrazaron y me besaron con amor.

Mis infidelidades fueron reales, lo sé, Valeria, pero Roma ha de comprender que estaba obcecada con mi deseo de asumir mi voluntad personal y que no se me permitía ser libre. Fue mi forma de protestar. Sé que he perdido mi reputación y ya solo me resta ver cómo mi hijos, Cayo y Lucio, suceden en el gobierno a su abuelo, que ya los considera ciudadanos de primer rango y se atavían con la toga de adultos. Su futuro me mantiene con fuerzas, ya que hace tiempo perdí la capacidad de reacción ante el dolor y la venganza. Asumo cuanto me acontece, Vesta lo sabe.

Me alimento frugalmente, pues en nuestra mesa no abundan las exquisiteces. Quizá por la falta de comida adecuada he notado que mis manos tiemblan, la humedad está atacando mis huesos y no hallo consuelo en el calor de la cocina. Mis cabellos están encaneciendo y sutiles arrugas cruzan mi rostro, que ya no puedo intentar aplacar con cremas, untos y potingues exóticos. Los que me regaló Tulio Vero el día de mi partida se me agotaron pronto y mi padre no permite reponerlos, como no permite que beba vino ni coma ambrosías.

Nuestros platos de barro solo contienen las verduras que cultiva mi madre, higos secos de Esmirna, pescado ahumado, dátiles de Tingis, pan negro y, solo de vez en cuando, alguna ave escabechada. El dolor físico y las carencias las tolero con paciencia, pero son las del alma las que me atribulan. Yo solo deseaba ser una romana libre en la fastuosa Roma y mi destino me ha sustraído ese simple gusto.

Pienso en mi padre, aunque él no lo haga en mí, pues Mnémone, la musa de la memoria, aún no me ha abandonado. Él, el gran Augusto, adorado por todos, me ha destruido. «Mis leyes, frente a tus pasiones», me dijo cuando nos despedimos. ¿Y el corazón humano? ¿Acaso no cuenta para él? Te aseguro, cara Valeria, que nunca comprenderé la rencorosa y exagerada respuesta de mi padre a mi conducta.

Se revela como el dios Cronos con su hoz en la mano, separando y cortando lazos de sangre y afectos de forma implacable. Enquistado en su caparazón de poder se ha convertido en el dios del tiempo. Él solo desea una sumisión ciega de las mujeres de la familia y de todas las hembras en general.

Tú lo sabes bien, que has sufrido las garras de su poder. Los varones matan y las mujeres resistimos. Su condena posee la malicia de un puñal afilado y corvo e implacables barrotes de hierro encierran mi alma. Antes del destierro, contestó a mi carta, en la que le encarecía que me divorciara de Tiberio, ese esposo obtuso, frío y autoritario, negándose con tozuda fiereza, sin pensar en mis sentimientos. Por ese motivo yo reaccioné como una verdadera Iulia, con rebeldía y determinación.

Parece no comprender que no amo ni amé nunca al hijo de Livia, un hombre lleno de amargura y cautelas, insociable, huraño, calculador y

ambicioso, que espera como una comadreja en su madriguera de Rodas heredar el trono de mi padre. Al fin y al cabo, tanto Livia como Tiberio son Claudios, enemigos de los Julios, que han forjado héroes temibles. Pero antes que él están mis hijos, para su desgracia, y uno de ellos me sacará de aquí.

Estaba harta de soportar su actitud tiránica y de ser calificada por su arrogante superioridad moral, por el simple hecho de ser un útero disponible para sus ambiciones políticas y para inmortalizar el linaje de los Julios. He de admitir que mi padre siempre tuvo sueños grandiosos para Roma y que los ha cumplido, pero no es un ser inofensivo, no, créeme, aunque los romanos lo nombraran Dios del Hogar, y lo adoren en todas las partes del Imperio como un dios.

Ya nada me importa de mi padre y a veces tengo pesadillas y sueño con él transfigurado en el dios Saturno devorando a sus hijos. Jamás olvidaré su descorazonador comportamiento con mi vida y mis emociones.

El poder no engrandece, sino que envilece. En el Palatino simula velar por la pureza de las costumbres, cuando él representa lo contrario. Pero, claro, es un líder con poder y no siente el menor remordimiento por el sufrimiento de los débiles, y más si son mujeres. Él sabe a qué tipo de humillación me está sometiendo y su corazón lo tolera, ¡por Jano el de las dos caras, que le pedirá cuentas en el Elíseo!

Mi deseo de casarme con Julio Antonio era para que los protegiera de mi despreciable marido, pero Augusto lo interpretó como una traición.

Los dioses saben que digo la verdad. Por eso culpo de mi desgracia a Tiberio, que quieran los dioses reviente como la vejiga de un cerdo. A través de Calpurnio Pisón y sus fieles adeptos del Senado, urdió una sucia estratagema para humillarme y él aparecer a los ojos de todos como un libertador de Roma. Indigno y miserable Tiberio, que quiso acusarme de alto perjurio, el muy innoble y fingidor.

¡Queda tan lejana mi proclamación como Afrodita en Ilión! Me convirtieron en diosa y ahora solo lo soy de las gaviotas y vencejos. Me noto deshecha, mermada de fuerzas y acabada, pero no pierdo la ilusión de regresar.

Soy una sombra de lo que fui, Valeria, una actriz sin papel en la obra de la vida. A veces golpeo las rocas de la playa con mis puños hasta desollarme los nudillos, movida por la frustración y la cercanía de un abismo de locura. Yo, que siempre odié la banalidad y la vulgaridad, ahora soy su reina.

El gobernador de las islas Pontinas, que a veces nos visita, más para vigilarnos que para responder a nuestras necesidades, confesó a mi madre que, tras el nombramiento de los nuevos cónsules, tal vez se nos permita trasladarnos más cerca de Roma. A él le entregaré esta carta, que espero te llegue.

La experiencia de mi destierro me está enseñando, dilecta amiga, que la

vida de cualquier mortal, la tuya, la de mi padre y la mía, no prevalecerá sobre lo que el destino nos tiene dictado y lo que la sabia naturaleza nos prescriba. Así que deseo pensar que poseo esperanzas para el futuro inmediato, aunque mi padre, el divino Augusto, lo único que ha conseguido con su hipocresía y ferocidad es despojarme de mi felicidad.

Reza a Vesta por mi pronto regreso. Salud.

Valeria guardó reserva con la cabeza gacha y puso la epístola sobre sus labios, como si la besara u oliera. Al punto sacudió los hombros y dijo:

—Hemos pasado tanto tiempo separadas, que es como si no la conociera. A Julia no se la puede juzgar según principios que valen para otros, Quinto.

—La aversión hacia su padre le sirve de escudo para su pena —opiné—. Pero lo difícil no fue liberarse de su tutela, sino qué debía hacer con su libertad. El amor, si no es sincero, como el de Antonio, no es garantía de felicidad.

—Nació en la púrpura, conoció la cima de la gloria y seguro que estos años están siendo aterradores para ella —respondió Valeria—. La creen una frívola solo porque ama la libertad. ¡Pobre Julia!

Luego rogó a Sisena que él mismo tirara los pliegos al gran brasero que calentaba el peristilo. Valeria estaba orgullosa de ser una de las amistades ante las que Julia se despojaba de su máscara.

Al poco, la carta de la infortunada Julia era solo cenizas y pavesas.

Tenía muchas cosas en la mente y, para evadirme, invité a Servando a los baños de mi casa. Conversábamos sobre las pruebas de las memorias de Augusto, que ya estaban dispuestas para ver la luz. Tras la sudación en el caldarium y el laconicum, pasamos al frigidarium, donde en uno de los escaños nos entregamos a las fricciones de un masajista de manos portentosas. Allí le hice sabedor de una confidencia.

—Dilecto Servando, dejo Roma por un tiempo. El Senado me ha elegido, junto a otro senador de la Bética, Fulvio Esparso, para renovar el acuerdo con el pueblo gétulo, en el norte de África. Llevo cartas del emperador y del senator maius. Partiré en verano y posiblemente esté fuera más de un año, quizá dos, o tres. Visitaré también mis negocios de allí y a mi hermano Nevio.

Servando se sobresaltó.

—¿Y te vas a poner en peligro en las peligrosas arenas de Getulia?

—En modo alguno —repliqué sonriente—. La firma del nuevo pacto, en el que Roma entrará como socio beneficiario del cereal y de la excelente púrpura que producen, la haremos en la ciudad portuaria de Iol, en la costa de África, en el palacio de Juba II, rey aliado y

amigo del pueblo romano.

—¡Ah! Ese monarca se educó en Roma con los cachorros de la familia de Julio César. Espero que puedas conocer a su esposa, Cleopatra Selene, hija de Antonio y de la reina de Egipto. Aseguran que posee una belleza poco común.

Servando era mi mano derecha en los negocios y no podía hurtarle nada.

—Aunque aliado de Roma, Quinto me asegura que ande con cuidado, pues es un rey arrogante y capaz de las mayores bellaquerías. Pero nos está muy agradecido, pues Roma acabó con los saqueos de los garamantas, a los que conozco sobradamente. Es una tarea que me produce gran orgullo.

—¿Y tus negocios en Roma, domine? ¿Quién se ocupará de ellos?

—De la librería, tú, querido Servando. Ya lo haces ahora. De la tienda de mercancías de la Bética, Cadmo, que desde que es socio y liberto y no esclavo ha duplicado los beneficios. De mi casa del Vicus Argentarius, Nausícaa.

El brillo de sus ojillos inquisitivos delató que lo asumía con inquietud.

—¿Y domina Valeria? —preguntó con confianza.

Envueltos en toallas de lino y sumidos en el vaho del agua y de los ungüentos, entramos en el vestuario y proseguimos con la plática.

—Me acompañará. Se asocia al séquito, pues desea volver a Gades, donde su padre le ha dejado algunas posesiones. Creo que al fin he conquistado su duro corazón —le confesé.

—Haría falta ser un duro filósofo para no amarte, domine —me aduló.

—Escucha. Dama Valeria desea volver a interesarse en las predicciones oníricas de los templos de Melkart y de Esculapio de Gades, ¿sabes?, en lo concerniente a la interpretación de los sueños. Todo lo místico la atrae —le participé.

—Sé que es una entendida en los viejos arcanos de la profecía —añadió—. ¿Y nuestra querida Tulia? Deseo verla revolotear de nuevo por la librería.

—Tulia se traslada en breve a Roma con su marido, desde Lugdunum, la capital de la Galia, donde ha ejercido el cargo de pretor. Será nombrado edil y deseo que pronto me den un nieto. Te ayudará, no lo dudes. Ama más que tú y que yo los libros y los quehaceres en el taller de copia.

—Es una obligación que cumpliré con denuedo, domine Tulio —me aseguró—. Deberás cuidarte de tu asma. Pienso que, si el Senado te ha elegido firmante de un pacto con otra nación aliada, debes tenerlo como una de las dignidades públicas más importantes del Imperio.

—Detesto la política, Servando, pero esto solo es un acuerdo económico.

Servando me confesó que en su opinión yo era un hombre honesto entre una legión de hombres indignos y me rogó sumo cuidado. Pedí unas copas de vino de Capua y celebramos después una copiosa comida en un mesón de la vía Sacra.

Tres galeras de mi naviera zarparon del puerto de Puteoli un amanecer del mes séptimo. Los augures del templo de Júpiter habían escudriñado las entrañas de un ganso y lo habían señalado apto para navegar. Valeria subió la escala envuelta en una clámide griega. Olía a su fragancia habitual, el nardium oleum, un costoso perfume que se hacía traer de Arabia.

—Ayer ofrecí un sacrificio a Isis y a Afrodita Corintia, y espero que nuestro viaje sea apacible. No sabes lo que ansío regresar a Gades contigo —dijo.

—Sabes que soy un heterodoxo de la religión y confío más en los vientos y en mi piloto que en los dioses. Despreocúpate, en una semana atracaremos en Gades. Allí aún quedan rescoldos del fuego que sentí por ti.

Resonó la trompeta del nauta mayor y las gaviotas, espantadas, sobrevolaron el colosal faro. Olía a salitre, pez, resina, tripas de pescado y uva de Falerno y Calenum del millar de vasijas estivadas en los trípodes de la atestada bodega. Valeria, de pie en la amurada, me confesó:

—Donde fuimos felices no deberíamos volver. Lo aseguran los filósofos.

—Tú y yo somos dos lobos solitarios. Da igual el lugar donde estemos.

—Pero juntos formamos toda una manada, no lo olvides —me reconfortó.

Arropé sus manos con las mías mientras los remos batían la mar picada. Amaba la firmeza de su espíritu y su sabiduría y estaba seguro de que jamás renunciaría a mi amor conquistado. En el horizonte del mar Tirreno lucía límpida la estrella de la mañana, que, antes de declinar, alumbraría nuestro viaje de regreso al pasado. El mascarón de proa, una figura coloreada de Poseidón, cortó las aguas como un cuchillo gigantesco, y Notos, el dios del viento del sur, sopló favorable y tempestuoso.

A los siete días de singladura, avistamos las islas gaditanas, el cristal donde se reflejaban nuestras añoranzas. Tanto Valeria como yo deseábamos que el viaje a Gades y a la Iol africana calmara las aguas de la corte del Palatino y que, cuando retornáramos, quizá en un año o en dos, según fueran las negociaciones, se convirtiera en un lugar

más indulgente para nosotros y para el deseado regreso de Julia.

Un sol sedoso alejaba las penumbras de la alborada y desvelaba a mis ojos mi querida costa original, punteada de plataneros, palmeras y olivos silvestres que a aquella hora imprecisa lucían un tono azul magenta.

Epílogo

ROMA, AÑOS 14-15 D. C.
EN EL REINADO DE TIBERIO CÉSAR

TIBERIO

—¡Augusto ha muerto! —vociferaba la ruidosa plebe de Roma.

Murmuraban que Tiberio, asociado al poder desde que murieran muy jóvenes los nietos de Augusto, había asumido a regañadientes el gobierno del Imperio.

La dolorosa pérdida que supuso el fallecimiento de Cayo y Lucio, los hijos de Julia, en un lapso de menos de dos años, aceleró la muerte de Augusto. Lucio César falleció en Marsalia a causa de sus desmedidos excesos, y Gayo César, un joven excesivamente fogoso, que fue apuñalado en una riña de taberna, lo hizo en la apartada Armenia. Ante tal tesitura, Augusto se encontró con una impensable situación sucesoria y nombró a Tiberio su heredero y copríncipe, muy a su pesar.

Tiberio, un hombre resentido y desarraigado de la familia Julia, era deudor no de la sangre de Augusto, sino de la oportunidad y la conspiración. Había permanecido en Rodas maldiciendo en los rincones a su padrastro, y ahora disfrutaba de su poder absoluto. Yo había vivido el proceso de sucesión muy de cerca y jamás hubiera apostado que la corona imperial fuera a reposar en una cabeza que no lo merecía y que tanto daño le había hecho a mi recordada Julia, traspasada de dolor por la muerte prematura de sus dos hijos.

Todos los sucesores de Augusto, Agripa, Marcelo, Druso, Germánico, Gayo, Lucio y Póstumo, habían sucumbido al terrible viento del destino, a los enredos de Livia y a lo dispuesto por la veleidosa Fortuna Dubia, la implacable deidad de la suerte en Roma.

Augusto, resignado y consumido, le había regalado a Tiberio un vasto solar en el Palatino, entre el Circo Máximo y el templo de Apolo, donde comenzó a construir un pretencioso palacio. Y en medio de las poleas, los bloques de mármol y el cemento de los albañiles, y a pesar de que le faltaba imaginación y elegancia, intentó convertirse en el alumno aventajado del viejo emperador que, a causa de la sorda insatisfacción padecida por las desgracias familiares, tomó decisiones muy drásticas, tal vez dictadas por la amargura de su alma. Según Quinto, su ánimo estaba aniquilado y conversaba con Tiberio de los asuntos de Estado, que luego me revelaba:

—¿Cómo se reconoce al sol, mi emperador? —le había preguntado Tiberio a Octavio para adularlo, pues le acobardaba tanto como lo odiaba.

—Mírame, lo tienes ante ti, Tiberio. Tú puedes ser el mejor o el peor de los emperadores, pero no me imites nunca. Fracasarías.

Según Quinto, Augusto buscaba la forma de humillar a aquel soldado cauteloso y retorcido, a quien solo exigió fidelidad en los últimos años de vida, sabiendo que era una persona carente de ingenio y grandeza.

Augusto no disimuló su preocupación por la paz interna de la familia. ¿O fue Livia, quizá? Pero la más drástica decisión la aplicó contra su nieto Agripa Póstumo, el hijo menor de Julia, un gigantón siempre al borde de la locura, un borracho pendenciero y amigo de púgiles y gladiadores, a quien le retiró la adopción y envió al destierro, confinándolo en la isla de Planasia.

Antes de morir, me lo confió Quinto, el césar escribió una disposición que entregó cerrada al prefecto del pretorio, Sejo Estrabo, con esta sumarísima orden: «Cuando yo expire, mata sin piedad a mi nieto Póstumo, o este acabará con la concordia del Imperio». Octavio se mantuvo implacable hasta la hora suprema.

La terrible orden se cumplió tras su fallecimiento. Roma no creía tanta brutalidad en su emperador y menos el modo de castigar a su propia familia.

Valeria y yo, tras nuestro regreso de Hispania, seguíamos penando por Julia años antes de que su padre falleciera. La vestal, la virgo prima y la sacerdotisa de la Bona Dea elevamos un ruego conjunto al emperador rogándole que terminara con el suplicio de su hija en Pandataria, no como padre, sino como pontífice máximo.

El viejo amargado accedió al fin a nuestro ruego y decidió trasladarla de la isla a la ciudad de Regium, en Calabria, pero con las mismas condiciones de severidad que sufría en la isla, negándose en rotundo a recibirla. Ni el cercano tránsito al Hades lo hizo más misericordioso. Vigilada por legionarios veteranos, llegó enferma y sin ganas de vivir, y allí, recluida y melancólica, escribió Julia los últimos instantes de su vida.

Tras el fallecimiento de Augusto, Tiberio tuvo tiempo de vengarse de su esposa. Según los rumores que circulaban por la Urbs, fue envenenada por él mismo, y ya antes había ordenado que se le retirara la alimentación. Así que murió de inanición, desprecio, cicuta y olvido. Tristísimo final para la princesa de Roma que tanto amamos Valeria y yo y que el pueblo recuerda con afecto. Mis espías me desvelaron que Julia profería el nombre de Julio Antonio en su atroz agonía.

Tiberio no accedió a nuestra súplica de procurarle un entierro privado en el jardín de alguna de nuestras casas. Se negó con firmeza y aún hoy no sabemos dónde yacen los restos de Julia, una mujer que bebió la vida a borbotones y el dolor y el desprecio de su familia sin tasa alguna.

Valeria se encerró en su alcoba, lloró su trágico fin y gritó:

—¡Ojalá las Erinias, terribles diosas de la venganza, cobren su tributo!

Supimos después que, semanas antes de agonizar, Augusto siguió aplicando su desmedido rigor con las féminas de su familia. Julia II, que había seguido los pasos de su madre Julia en cuanto a rebeldía, excesos y asociación a un complot llevado a cabo por el general Emilio Paulo y por el senador Silano, también fue enviada a la inhóspita Pandataria, acusada de depravación y adulterio. La joven ya nunca regresaría a Roma. Se repetía la historia del mismo desamor de Octavio Augusto a las mujeres de su estirpe.

—Triste destino por el abierto desafío a su abuelo Augusto —dijo Valeria—. Lo que se les permite a los varones Julios no se lo consiente a las mujeres.

La verdad es que yo conocía a través de informes privados de Nemus que Julia II solía reunirse con un cenáculo de filósofos pitagóricos de disolutas costumbres considerados por Augusto como ateos y frívolos. Además, también asistía el mundano Ovidio, que había publicado en mi librería Las metamoforsis y Los fastos, obras de claro sesgo iniciático y contrario a los dioses de Roma y a las antiguas tradiciones. Tal conducta le resultó fatal.

Servando, con el ánimo abatido, me trajo una mañana la noticia:

—Domine, tu amigo el poeta Ovidio Nasón, nuestro contertulio, ha sido condenado también al destierro. La facción de Julia está siendo diezmada.

—Los poetas no han creado el mal en el mundo, solo lo interpretan —dije.

—Se ha confirmado el veredicto de los astros. Él lo sabía —contestó.

—Al parecer, los «malqueridos» de Julia no merecemos respiro alguno. Siempre he pensado que la verdadera dimensión del hombre se halla en el fondo del tintero y en la punta de la pluma de los escritores.

—Sé que a Ovidio cuanto más se le prohíbe, más se le provoca —dijo Servando.

Yo había regresado de mi legación al norte de África con bríos renovados e incluso mi asma había mejorado con tisanas de nébeda, y los amigos más cercanos a Publio Ovidio pasamos con él su última noche en Roma antes de partir a la remota ciudad de Tomis, en la costa del mar Negro, donde aún pena su destierro.

Le pregunté a Ovidio cuando montaba en el carro que lo llevaría al puerto:

—¿Qué causó la ira del emperador hacia ti, caro Publio?

—Carmen et error. —«Una obra y un error», me contestó—, aludiendo a su Arte de amar, un desafío a las leyes morales de

Augusto, su relación adulterina con las dos Julias, madre e hija, y su amistosa relación con Póstumo y el traidor Emilio Paulo. Había volado demasiado alto y cerca al sol.

Viviendo tan lejos de Roma y sin perspectivas de regresar, perdió el único motivo de su inspiración que poseía y desde allí sigue enviándonos su desesperado grito de libertad en estériles epístolas. Estando Augusto en el poder y más tarde Tiberio, la clemencia no tiene lugar en sus almas.

Setenta y seis años tenía Augusto cuando expiró tras un virulento cólico de higos. ¿Envenenado por Livia? Tal vez. La maga Lucusta solía frecuentar el Palatino y en aquellos días se la había visto por allí en compañía de Livia. Tiberio había cumplido cincuenta y seis al alcanzar la púrpura. Fue nombrado emperador por el Senado y accedió al cargo ante la indiferencia del pueblo. Un temor ardiente fluía por las colinas de la ciudad y se multiplicaba por los foros, por sus colinas legendarias y entre el caos de las míseras ínsulas.

Se palpaba una mezcla de expectación y miedo. Tiberio no era un hombre accesible y popular como Augusto, Marco Antonio o el divus Julio, y sufría frecuentes ataques de ira. Por las calles circulaban rumores de ciertas purgas de los que fueron amigos de Julia, tan amada por unos y ultrajada por otros.

El escándalo aumentó cuando un conocido amante de Julia, un auriga de nombre Turbo, apareció desangrado en el lodo del Tíber. Pero lo que causó conmoción en las oficinas de Nemus fue la noticia de que nuestro sagaz y expeditivo Sago había aparecido degollado en una cuneta de la vía Apia. Le habían vaciado los ojos y cortado las orejas, signo inequívoco de que sabían que espiaba para Augusto. Algún adepto a Tiberio lo deseaba muerto.

Ciertos ciudadanos contrarios al ascenso al poder de Tiberio sufrieron sacudidas de pánico al escuchar las sandalias claveteadas de los pretorianos cerca de sus casas. Roma vivía inmersa en la pesadilla, pues conocía el carácter bilioso del nuevo césar. Los Julios se identificaban con el pueblo, Tiberio solo consigo mismo.

Vivíamos días sombríos y los cercanos a Julia recelábamos de Tiberio y de Livia. Recorríamos nuestras memorias buscando una fiesta comprometida a la que hubiéramos acudido en el pasado. Yo temía las represalias del nuevo emperador, lo reconozco. Tiberio era imprevisible y yo lo sabía por los informes que había manejado en Nemus. A su vez él sabía que yo, por mi cargo, conocía demasiados secretos de la familia, y se decía en el Palatino que yo ocultaba comprometidas cartas de la hija de Augusto.

Además, nadie ignoraba en Roma que era amante de Valeria Domicia, la enigmática vestal de pasado borrascoso muy relacionada con Octavio y Julia. A mi edad, con más de sesenta años, ya no me

tenía por valeroso y desconfiaba del poder caprichoso del actual césar.

—Cuando los escorpiones se adueñan del nido donde nacieron, pican con furor para hacerse respetar —sentenció Valeria, conocedora de que el corazón de Tiberio rezumaba rencor.

—Se ha rodeado de astrólogos y aduladores. ¿Dónde están su herencia griega, de la que tanto presume, y su estoica forma de vivir?

Así que, para no convertirme en blanco de sus represalias, me refugié en mis labores senatoriales, en la quietud de mi domus y en la villa de Valeria mientras leía los tratados de mi dilecto Tito Livio. En la ciudad reinaba una extraña efervescencia y se desataban amenazas soterradas hacia los que habíamos frecuentado la facción de Julia. Y yo era uno de ellos.

Ayer, yo, Tulio Vero, el Hispano, o el Librero de Gades, como me llamaban en Roma, gozaba de la amistad de la púrpura imperial, de Mecenas y de los más notables escritores de Roma, y quizá mañana me vería abocado a la desgracia si Tiberio removía el borrascoso pasado de su adúltera esposa. Yo era un senador de Roma, un caballero perteneciente a la ilustre tribu Clustumina, la misma de Pompeyo Magno, pero percibía un ligero resquemor de peligro en mis tripas.

Me habían otorgado un honor no buscado por mí, aunque largamente esperado por mi padre y mi suegro, y había intimado con importantes secretos de Estado. Me froté los párpados tras contemplar la cúpula dorada del Panteón de Agripa y comprobé que el desasosiego a veces me paralizaba los pulsos. Las horas, antes del entierro de Augusto, transcurrían lentamente, y mi mundo plácido y seguro se había vuelto convulso y pesimista.

La luz de Roma era cegadora y lujuriante la mañana de los funerales.

Me situé cerca de la fuente Juturna, en el Foro, donde Tiberio declamaría el discurso de despedida a Octavio Augusto, de la que emanaba el agua más fresca de la Urbs, por si las honras funerarias se alargaban. Me acomodé junto a mi entrañable amigo, Quinto Sisena. Siempre me había impresionado su piel, apenas arrugada, que se asemejaba a la cera de las tablillas de escritura. Parecía no envejecer. Quinto conocía todas las fragilidades y mezquindades de las familias patricias y sobre todo de Tiberio.

Corrían las antecalendas de septiembre y la canícula había vencido. La luctuosa ceremonia significaba la cita social por excelencia en Roma. Cumpliendo con la respetuosa ceremonia del osculos premere, el cadáver exhumado había yacido sobre una litera de oro y marfil adornada con lirios blancos de Venus, la flor de la gens Julia, siendo visitada por cientos de patricios y por la plebe romana, la

más holgazana ciudadanía conocida en la ecúmene. El gentío estalló en gemidos desconsolados. Vi que los asistentes estaban conmovidos por la sola razón de que Augusto no había enviado a sus hijos a matarse contra otros romanos.

Ataviado con túnica negra, Tiberio, el calculador soldado de las mil caras, cumplió con el ritual de la conclatio llamando por su nombre tres veces a su padrastro Cayo Octavio Augusto César, cuyos restos yacían en el leptus funebris. Antes de iniciar las honras oficiales, colocaron una estatua de oro de la diosa Victoria ante el catafalco, y a ambos lados nos situamos los senadores, la familia Julia-Claudia, la virgo maxima, las matronas patricias con estolas blancas y las altas prefecturas del Imperio.

El prefecto del pretorio, el comandante Sejo Estrabo, pidió la contraseña, y el emperador electo dio un paso al frente y exclamó:

—Roma aeterna!

Resonaron las trompetas y Tiberio pronunció la laudatio con voz quejumbrosa y potente, alabando las virtudes del marido de su madre y haciendo temblar a los allegados. Su enfoque no fue original, pues lo comparó con su tío César, con Pompeyo y Escipión el Africano. Partió enseguida la procesión hacia el Campo de Marte. Se produjeron arremolinamientos de una masa expectante, y yo seguí la comitiva junto a Quinto. Los cónsules, investidos con la negra y ceremonial toga pulla, precedían la marcha.

Seguían al féretro las estatuas de Augusto, Julio César, Cayo Mario, de sus antepasados y de los romanos más ilustres, desde Rómulo a Marco Antonio y Agripa, cortejadas por la cohorte pretoriana y los superiores de las legiones. Los soldados más veteranos de la Augusta, la Macedonia, la Gémina, la Victrix, la Rapax y la Alauda, con los lábaros adornados con crespones, hacían sonar las tubas y los timbales de campaña con cadencia fúnebre.

Las vestales, con clámides oscuras, cantaban a su paso antiquísimos loores lastimeros. Cerraban el cortejo los magistrados, los flamines de Marte Vengador, los tribunos, las plañideras y los clientes, familiares y amigos del césar muerto. El desfile del feretrum se detuvo ante la pira funeraria, donde nos hallábamos los miembros del Senado y lo que quedaba de su familia.

—Legionarios, Ave, Augustus Caesar imperator! —aclamó un centurión.

—Salve Roma! —Y golpearon sus armas contra los escudos.

A una señal de Tiberio, cien centuriones designados por el Senado lanzaron al mismo tiempo teas encendidas con el fuego traído del templo de Vesta sobre la pira funeraria en forma de templo cuadrado. Un sacerdote de Júpiter, apostado frente a la hoguera, soltó un águila al cielo, que ascendió rauda hacia las alturas del Palatino,

simbolizando el vuelo del alma de Augusto al reino de Hades. La teatral representación me resultó perturbadora.

Los restos del césar ardieron durante casi una semana. Después Livia, que había sido nombrada por el Senado Iulia Augusta y Mater Patriae y divinizada por su hijo, iría a recoger las cenizas para guardarlas en una urna de alabastro y depositarlas en el mausoleo construido por Augusto, en cuya cámara sepulcral ya dormían el sueño eterno sus nietos y familiares fallecidos, menos Julia. Tiberio, que había rechazado el título de Augusto, sí había asumido la autoridad suprema del gobierno y el Imperium, y había ordenado que se fabricaran placas de bronce con citas de las Res Gestae que el fallecido había publicado en mi librería, con gran éxito de ventas, por cierto.

La estirpe Julia se había extinguido, o había sido eliminada por las garras del destino. La aristocrática gens Claudia, de origen sabino, heredaba el poder absoluto de Roma por parentesco directo con la poderosa familia del divino Julio César. Regresamos a la ciudad conversando sobre nuestro incierto futuro en Nemus. Con ironía, Quinto y yo pensamos que pronto seríamos sustituidos de nuestro cargo en el espionaje de Estado, según se había comentado en el Senado.

—¿Acaso lees en las estrellas, caro Tulio? —ironizó.

—Es de pura lógica. Cada gobernante elige a sus consejeros y Tiberio se está rodeando de libertos griegos. ¿Qué te parece el nuevo emperador, Quinto?

—Es un soldado capaz e inteligente, pero maneja muchas máscaras: la de la cautela, la de la falsa consideración y la de la despreciativa frialdad.

—¡Claro! Dicen que adora el teatro griego y sobre todo la tragedia, aunque yo me inclino por la máscara de la desconsideración a sus súbditos.

Transcurrieron las semanas, germinó la primavera, llegó después el tórrido verano con los campos amarilleando de mieses maduras, y mi alarma remitió, pues no había sufrido ningún acoso por haber sido uno de los amigos de Julia. La fama de Augusto no se había desvanecido aún y su sombra me protegía.

Tiberio, que en otro tiempo había sido conocido como el fulmen, el rayo, por la rapidez de sus campañas militares en los frentes del norte y en Oriente, ahora era el paradigma de la prudencia y se demoró en repartir los cargos de gobierno. Ministros fuertes, los incondicionales Calpurnio Pisón, Julio Marino y Cornelio Léntulo, acapararon las obligaciones de más responsabilidad y prestigio, y él se retiró a Campania.

Quinto y yo seguíamos dirigiendo Nemus, aunque sin contacto alguno con el emperador. Una mañana sofocante y anodina, el jurista Coceyo Nerva, consejero del Palatino, nos visitó en el templo de Saturno acompañado por dos libertos del círculo imperial, sobradamente conocidos por mí. No se mostró cortés, sino desatento y esquivo. Venía a reemplazarnos ebrio de poder y nosotros de frustración.

—Domines —dijo—, con la nueva administración, es deseo del emperador que la sociedad de agentes Nemus cambie de mando. Yo me haré cargo de ella. Caricles y Trásilo, libertos del césar, se ocuparán de todo lo demás.

Lo aceptamos al comprobar el documento emitido por el césar, que nos mostró imperioso. Les entregamos las llaves del centenar de cajas de hierro con documentos y secretos de Estado e informes ocultos que nadie conocía. El servicio de información del Imperio se llenó en pocos días de resolutivos escribas y libertos y nos sentimos como si nos desposeyeran del alma. Nos exigieron todo tipo de explicaciones y hubimos de entregar hasta legajos personales y el más fútil de los informes recibidos de cualquier parte de las provincias. No se fiaban.

Yo resollé aliviado, pues no deseaba trabajar con aquel Tiberio anodino y desconfiado. Volví a mis quehaceres en el Senado y en la librería, y Quinto a su cargo militar de comandante en el Castro Pretoria, tras las murallas. Tiberio, el general, el filoheleno, se había convertido en el nuevo arquitecto de Roma, pero no deseaba aprovechar ningún tiesto viejo de la anterior administración. E incluso en el Senado me sentí como un jarrón inservible.

Conforme se sucedían los acontecimientos, algunos amigos que habían colaborado en Nemus fueron llamados a declarar. Quinto y yo nos preocupamos, por si algún documento secreto nos comprometía. Así que una galopante crisis de sobresalto comenzó a atormentarme en la ferrosa canícula:

—Dime con franqueza —le dije a Valeria al abandonar el lecho común—, ¿crees que Tiberio y Livia me han olvidado? Ha pasado un tiempo más que prudencial.

—¿Olvida alguna vez el lobo al rebaño de corderos? Ahora la madre y el hijo están desvelando su verdadero rostro. Tú no levantes mucho la cabeza.

No he echado en el olvido el maldito episodio de aquel septiembre, una mañana de fría belleza otoñal. Lo que iba a suceder vendría a quebrantar mi existencia con la rudeza del martillo que golpea el yunque. No se trata de un recuerdo vago e intangible, sino áspero y lacerante, pues fue lo más terrible que el destino ha dispuesto en mi vida.

La amanecida me sorprendió con un cambio de tiempo, e hilos de lluvia me resbalaban por las mejillas cuando me dirigía a mi emporio librero del Argileto, mi orgullo y dedicación, donde trabajaban más de treinta copistas e iluminadores al mando de Senecio Servando. Un aroma a tierra mojada y empapada de lluvia ascendió a mi nariz y aspiré gustoso.

Un trozo de pan con miel y un vaso de vino servido por Nausícaa, que no había abandonado mi domus aun siendo libre, habían sido mi apresurado desayuno. Errantes masas de nubes rozaban las copas de los cipreses de Roma y los viandantes se estremecían por el fresco. El repentino aguacero hizo que los viandantes se refugiaran en la columnata del templo de la Paz. Cuchicheaban en corros y yo estiré las orejas mientras caminaba por la vía Sacra.

Había tenido lugar una redada de viejos conjurados, el habitual vicio romano de conspirar contra el gobernante de turno. Por lo escuchado, intuí que las puertas de la Mamertina se habían abierto de nuevo para encerrar en agujeros infectos a dos amotinados del ejército y a un senador, que al parecer maquinaban contra Tiberio. Me detuve en la basílica Julia y conversé con un magistrado originario de Tarraco, quien me contó que habían ajusticiado a dos para escarmentar a futuros sediciosos.

—Espantoso, Vero. Fueron torturados y decapitados. Sus cuerpos descuartizados a hachazos están expuestos en la cuesta de las Gemonias.

—Lo que con Augusto parecía inmutable, ahora se quiebra con Tiberio —opiné—. Sé que cunde la alarma y nadie está seguro, de momento.

Noté el lodo bajo los pies cuando dejé atrás el templo de Jano y la Rostra, donde no se hallaba ningún orador debido a las inclemencias del tiempo. La sensación de seguridad de aquellos meses había sido pasajera. Pero lo que contemplé en la puerta de la librería hizo que me detuviera en seco. Percibí el latido de mi desbocado corazón y se me ensombreció el semblante.

Algo de grave naturaleza estaba ocurriendo y, como un ciervo se alerta cuando escucha los ladridos de la jauría, me turbé. Vi en la puerta a dos individuos con vistosas túnicas que intimidaban por su porte severo: se trataba de un censor de la basílica Emilia y de un palafrenero del Palatino, con su distintiva veste verde y roja. Conversaban con Servando y me corrió un sudor frío. No preveía nada bueno, pero debía mostrar fortaleza de ánimo: era un senador de Roma. Respiré y recobré el control. Me acerqué pausadamente, con serenidad.

—Vale et tu, senator! —me saludó—. ¿Eres el caballero Tulio Vero?

—Ave! Así es. ¿Qué se te ofrece, domine? —recelé.

—He de entregarte una orden del prefecto del pretorio, Sejo Estrabo, y has de firmar esta tablilla ante testigos de que se te facilita en mano —dijo, y me alargó una cajita alargada de cera donde estampé el sello de mi anillo, dos peces idénticos, el distintivo de Gades, mi ciudad natal.

Recogí el rollo de papiro sellado y envuelto en una cinta púrpura, el color imperial. Mientras veía desaparecer a los mensajeros, intenté recobrar el control. Impartí a Servando las órdenes oportunas y regresé a mi hogar para leer en privado el alarmante escrito. Con andar vacilante me encaminé a mi biblioteca, que olía a pergamino y a cuero, y encendí unas velas. La cámara era un lugar atiborrado de pliegos, tratados, cilindros de badana, libros cosidos con bramante, cajas de cálamos y tinta atramentum. Manoseé el documento, que a todas luces escondía o una fortuna inesperada o una desgracia. Rompí el lacre y lo abrí.

Leí con recelo mientras mis ojos se llenaban de estupefacción. Pensé en Tulia, en Valeria y en mis padres fallecidos. Estaba desconcertado, mudo.

Según la Lex Cornelia de Proscripciones y la Lex Iulia Maistate, Senatus consulto, se condena al équite y senador, Tulio Vero Silano, de la tribu Clustumina y de la clase de los équites honestiores, a la RELEGATIO TEMPORALIS IN OUASIS EXTRA TERRA ITALICA, destierro temporal en un oasis fuera de Italia, por un espacio de siete años, acusado de ocultación de documentos imprescindibles para el desempeño del gobierno del Estado, por la posesión de libros mágicos, venta de tratados prohibidos, ocultación de pruebas que atañen a la estirpe imperial y expoliación de bibliotecas patrimonio del Estado.

Esta condena no comporta la perpetuidad ni la pena capital, salvo en el supuesto de quebrantamiento de la orden de exilio, que deberá ser cumplida en el poblado de Siwa, en la provincia romana de Egipto. Esta disposición ha sido remitida al emperador para su supervisión y no cabe recurso legal, pero sí la apelación ante la clemencia del príncipe.

El plazo fijado para su cumplimiento es el día XV de las antecalendas del mes décimo. De transgredir el plazo fijado, el castigo será ampliado al inmediato superior: Proscripción Perpetua y la subasta de bienes, según la Lex Marcela.

En el destierro solo se le permitirá el viaticum acostumbrado: lo necesario para la subsistencia. El lugar de confinamiento, el oasis de Siwa o de Anmón, se halla situado en el desierto, a diez jornadas de Alejandría, donde el inculpado será sometido a vigilancia militar por los soldados de la guarnición del poblado de Sahali.

Transcurridos los siete años de expiación, si el acusado sobrevive y el

césar lo considera pertinente, a Tulio Vero Silano se le reintegrará la dignitas romana y el escaño oficial de Padre de la Patria, tras informe favorable del gobernador de Egipto. Con la presente disposición, los bienes propios le serán respetados y podrá conservar su derecho a testar, testamenti factio, y la patria potestas sobre sus descendientes.

En Roma, en los pridie idus del mes noveno, del año I del reinado de Tiberio Claudio Nerón. Confirmans: el prefecto del pretorio: Sajo Estrabo.

Me quedé sin aliento y me limpié las lágrimas con la bocamanga de la toga. No estaba preparado para aquella bofetada emocional y me vi obligado a respirar profundamente. Abatido y desalentado, me dejé caer en una silla.

En mi desolación, mi garganta se colmó de ira.

—¡Han hundido mi reputación! ¡Yo vender libros prohibidos y expoliar bibliotecas! —grité, y nadie me oyó.

Era una falsedad palmaria movida por un mezquino afán de venganza.

—¡Que Hécate lleve a todos a los infiernos! —exclamé.

Apoyé la cabeza en el mentón y con la mente en blanco quedé un largo rato aletargado, pues la sentencia era exageradamente dura para absorberla de un solo trago. Dejé escapar un prolongado suspiro, desesperado ante la perspectiva de padecer un exilio tan despiadado. Mi mente se inundó de un caótico desorden de ideas. ¿Aludía la acusación a las inofensivas cartas de Julia que guardaba en mi gabinete? El papiro se me cayó de las manos y musité:

—¡Por la maza de Hércules! ¡Qué deshonra más injusta! Jamás regresaré a Roma, y mis huesos reposarán eternamente en las arenas de Egipto.

El destino me hablaba entre las negras siluetas de un negro futuro y mi autoestima reptaba por los suelos. Estaba desesperado y tosía sin continencia. Era una acusación dictada por la venganza, y quizá por la envidia. No cabía recurso legal, aunque sí interpelación al césar, y se me negaba acudir a un abogado y a los miembros de la influyente tribu hispana salvo al mismo emperador, única tabla de salvación del náufrago político en el que me habían convertido.

Mi patrono, Lucio Norbato Balbo, el nieto de Balbo el Menor, el cónsul e ideólogo del Imperio, se hallaba a cientos de millas, en la Mauretania Tingitana, y mi más sincero amigo, Quinto Sisena, ya no detentaba la dirección de la inteligencia militar de Roma. «¿Y visitar en Capua a Cornelia, la hija de Balbo?, pensé. No tenía tiempo, por lo que decidí ir a comunicárselo a mi alma gemela, mi amante y amiga, Valeria. Era mi única tabla de salvación.

«Han destruido el sentido y la esperanza de mi vida. El simple rumor en Roma pronto se convierte en una calumnia y luego en la

desgracia máxima», razoné amargo.

Mi espíritu necesitaba verla inmediatamente, pues su corazón era un ancla con la que yo me sujetaba al mundo.

No lo pensé más y me dirigí consternado al monte Celio.

VALERIA

Tenía prisa y Nausícaa me acomodó los dobleces de la toga antes de cruzar la concurrida Porta Salutaris, repleta de carros y caminantes.

Una luminosidad azafranada lamía los tejados, y a pesar de mi turbación, y para sosegarme, aspiré los efluvios de la ciudad: el olor a ciprés, el sirle del ganado, el oleum de las lámparas de los templos y el aroma de las huertas de la colina Pincia. Presté atención a la infinitud de ruidos urbanos y al zureo de las palomas que anidaban en las cornisas del templo de la Salud. Mi alma necesitaba del sosiego y del bálsamo del afecto, y Valeria era mi único amparo. Atravesé el jardín de la domus sembrado de azucenas, la flor predilecta de Venus y de Valeria Domicia, la única mujer a la que había amado y que me correspondía con su sincero afecto. Me hice anunciar por el nomenclator, un giboso que arrastraba los pies y que traspasó el vestíbulo sin prisa.

Mientras esperaba, observé los dioses familiares de la dama y las lamparillas de oro que los iluminaban. Al poco se escuchó el sutil ruido de unas sandalias y el rasgueo de la clámide de una mujer.

En el pórtico apareció Valeria. Aunque seguíamos siendo amantes y ella tutelaba a mi hija Tulia, hacía una semana que no la veía. Tenía más de sesenta años y aún mantenía su agraciada figura. Se apoyaba en un bastón con pomo de marfil, más por elegancia que porque realmente lo necesitara, como era costumbre en las matronas romanas. Me observó con los párpados entrecerrados, como descifrando la gravedad de los motivos que me habían llevado a su casa.

Dos criados y unos hermosos gatos persas de pelaje blanco la precedían. La rotunda hermosura de antaño y que en su juventud le acarreó fama de ser bella como una diosa egipcia persistía en ella. Su magnética mirada, bajo unas finísimas cejas pintadas, era tan penetrante como la de los felinos.

Valeria se hallaba apartada del mundo y recluida a medias en la domus que yo tanto frecuentaba, cercana a la fastuosa villa de Lúculo que perteneció a su padre adoptivo, el ya fallecido Lucio Cornelio Balbo el Menor, el enérgico cónsul hispano insustituible consejero de Julio César y de Augusto.

Y no es que ella hubiera caído en desgracia, sino que las damas de las familias aristócratas cruzaban la calle para no encontrarse frente a ella por el temor que les inspiraba. Le regalaban los mejores modales

en su presencia y se preguntaban por qué Octavio Augusto mostró primero una gran crueldad con ella, siendo casi una niña y una vestal sagrada, para enseguida otorgarle el perdón más absoluto y respetarla más que a la Sibila de Cumas.

Nadie sabía nada de ella. Valeria era solo recato, belleza y misterio. Discreta y admirada, aparecía en público en las solemnidades festivas y siempre en sitio preferente, junto a las vírgenes vestales y el pontífice. Gracias a aquella circunstancia, Valeria había aprendido el valor de la invisibilidad en una época de confusión, tras el reinado de Augusto, su protector en la sombra. Respetada por su tiempo consagrado a Vesta, su vida pasada había sido zarandeada por la fatalidad. Mi amante desde hacía más de treinta años me sonrió.

Ella era una mujer que guardaba fidelidad a su pasado. Arrogante aún, sensible a la belleza, a la literatura, a la astrología y a la filosofía, independiente y mujer de talento, solía afilar sus uñas contra quien la difamaba y no le importaba la opinión de las patricias envidiosas. La majestuosa dama, de la influyente gens de los Domicios y después de los Balbos, se movía en Roma entre la admiración y el miedo. Livia la respetaba y a ella no le importaba lo que Urbs pensara de su conducta.

—Salutem dat Valeria —la saludé—. Excusa mi ausencia.

—Salve, Tulio, adventu gratulatio. —Me besó apoyándose en el báculo—. Me tenías preocupada. ¿Qué te ha ocurrido?

La patricia me regaló su sonrisa y me invitó a sentarme en el impluvium junto a ella.

—El Senado y la librería me han absorbido, cara Valeria —me excusé.

—A mí un resfriado inclemente me ha tenido en cama varios días. Te he echado de menos, Tulio.

—No sabes lo que lo lamento, aunque observo que estás recuperada.

—Así es. Nada importante. ¿Y Tulia, regresa pronto? He adquirido para ella unos perfumes que han llegado de Alejandría —me dijo afable—. Ella salva mi soledad y añoro su compañía.

—Aún te caen los mechones de cabello por la frente, Valeria —la halagué.

—Siempre te gustó acariciarlos, ¿verdad?

—Sí, y a pesar del tiempo eres la mujer más bella de Roma. Hasta Livia te envidia —dije—. Aún hoy lamento que nunca me aceptases en matrimonio. Eres demasiado libre.

—Amor de por vida y casamiento son dos conceptos contradictorios —dijo—. Los enamorados sois como perros irritados. Solo deseo amigos.

Desde que la conociera en Gades, seguía sintiendo por la domina la

misma atracción, que me llegó a atormentar. Recordaba los pasionales encuentros en aquel mismo lugar.

«Era una mezcla de fuego y dulzura», pensé sin dejar de mirarla.

La domina me clavó su mirada. Me conocía lo suficiente como para preocuparse y vio que yo había llevado conmigo una carpeta gofrada, unos rollos de papiro amarillento que sobresalían de una cánula de cuero y una tablilla de cera de las usadas en las basílicas donde se impartía justicia. Sus ojos embellecidos con antimonio brillaron. Yo exhalé un suspiro de inquietud.

—¿Qué angustia tu corazón, querido Tulio? Te noto preocupado.

—Tengo una herida muy dentro del alma y supura en mi corazón. ¡Tiberio me ha condenado a un exilio de siete años! —le solté de una vez.

—¡¿Qué?! ¡Por Vesta inmortal! —exclamó—. ¡Qué me dices!

Valeria se tapó la cara con las manos, llena de incredulidad.

—Así es, y cuando las fuerzas empiezan a abandonarme me veo abocado a un precipicio. ¡Una desgracia! Figurar en la lista de proscritos por mi cercanía a Julia, al fin ha pasado —dije.

—Tulio, no te lamentes como un niño. Eres un senador de Roma y gozas de la amistad de los próceres. Algo harán —quiso quitarle hierro.

Esbocé una leve sonrisa y le acaricié la mano. Era mi sostén en la vida.

—Solo puedo apelar ante el príncipe. Por eso, cara, puede que pronto veas mi cadáver sobre un túmulo de leña o quemado por el sol del desierto. —Y le mostré la orden sumarísima, que le entregué en la mano.

Tras examinarla, abrió sus bellos ojos desmesuradamente. Asombro. Consternación. Se pasó el papiro de una mano a otra y, cuando concluyó la lectura, soltó una exclamación ahogada.

—¿Sabes cómo llaman los veteranos a ese oasis perdido, Valeria?

—¡No, caro!

—La fosa del vacío. De allí nadie vuelve vivo —le expliqué abatido e ironicé—. Al menos, con su sequedad no moriré de asma.

Valeria no deseaba prolongar mi sufrimiento, por lo que, ruborizada de ira, me apaciguó. Su tono de voz no era iracundo, sino triste:

—¡Que Venus me valga! —resonó su voz apagada—. Veo envidia y cinismo en este mandato. Es justa tu indignación, Tulio.

—¡Es mi fin! Se me imputa de un crimen de Estado. Vivimos días perversos, Valeria.

—Tú has prestado eminentes servicios a la causa de Roma. ¡Esto es intolerable, degradante y descorazonador! —insistió Valeria.

Comprobé que la gata aún arañaba y que poseía fe en mí.

—Augusto era vengativo, pero se dejaba aconsejar, pero con Tiberio es difícil pretender piedad. La alarma crece en mi espíritu como la marea, Valeria. Antes de la fiesta de mi genius he de abandonar Roma cargado de infamia. Y no hacia cualquier sitio, ¡sino al desierto, por Marte!

Nuestras miradas se unieron. La domina se resistía a admitirlo.

—¡Quédate un rato aquí conmigo, te lo ruego! —me alentó—. El gobierno del mundo está en manos de quienes merecen la cicuta. Ese Tiberio es un ser sin alma.

Una sierva nos sirvió copas de vino aromatizado de Campania, territorio infectado de ladrones y salteadores, pero cuna del apetitoso y oloroso massicum. Lo hizo en vasos de cristal, objetos extremadamente caros, mas yo apenas si lo probé. Relaté a Valeria cariacontecido:

—Valeria, con el exilio, mi nombre, el de mi hija Tulia y el de mi familia se eliminarán de los registros públicos de Gades y de Roma. Significará una afrenta para mi sangre. ¡Iré llenando mi cantimplora de legionario de agua del Tíber para el viaje!

—Me resisto a creerlo, aunque estoy acostumbrada a la conspiración. ¿Lo saben Tulia y su marido?

—¡No! Y no podré ni despedirme de ella. No regresa de la Galia hasta primavera.

Valeria vio que el corazón le daba un vuelco. Después alzó la mirada.

—Sé a quién culpar de tu desgracia. Se trata de la reina de esa corrupta colmena del Palatino: Livia, la esposa de Augusto. ¡Esa es la ejecutora de tu ruina, por Afrodita Corintia! La conozco bien —dijo.

—¿Livia? Es posible. Nos gobierna una raza corrompida de ambiciosos que matan por el poder —repuse decaído—. Pero mi temor es real, Valeria. A los que fuimos amigos de Julia la Mayor se nos está arruinando. Ten cuidado tú también, cara.

—Vivimos un reinado en el que bestias transfiguradas en hombres circulan por el Imperio ante la pasividad de los gobernantes, pero a mí no se atreverán a tocarme, te lo aseguro —opinó la anfitriona—. Temen más a Vesta.

—¿Sabes, Valeria? Conozco muchos entresijos de la familia imperial, y Tiberio no lo ha olvidado —repuse serio—. Yo consolé a Julia antes del áspero destierro a Pandataria y creen que fui partícipe de secretos que pueden inculparlos a ellos. ¿Te das cuenta? Ellos me deben más a mí que yo a ellos.

—Para tu descargo, debes saber que la fatalidad dirigida a un solo mortal no existe. Está en la humanidad entera. Es nuestro sino, Tulio querido.

—Lo sé. Libertad y miedo siempre van de la mano —repuse sin

mirarla.

Ella paseó su mirada por mi semblante y sus pestañas aletearon observando la fractura de mi alma. Al momento hizo algo consolador. Me puso su mano en el brazo, y lo apretó con delicadeza. Contuve el aliento y me confesó:

—En los círculos de palacio siempre se aseguró que guardas cartas comprometidas de Julia y temerán que las hagas públicas. O tal vez deseen recuperarlas y conocer qué traición maquinaba.

—Resulta difícil acertar con lo sensato cuando se unen deber y amistad —contesté.

—Livia siempre receló de ti y de Quinto. Fuisteis confidentes de mujeres ilustres de la estirpe imperial. Sabe que Julia estuvo mezclada en conspiraciones que acusarían a la familia gobernante de hoy. Es la desnuda realidad, Tulio —me recordó, y mi inquietud aumentó.

—¿Traicionaría yo a Roma y a la casta que serví? ¡Soy un romano leal!

—Te aseguro que todo lo malo que un ser humano puede inventar para martirizar a otro, Tiberio y Livia son capaces de hacerlo —temió —. El poder destruye, Tulio. Para los Julios y Claudios somos solo miseria.

—Son un saco de víboras que se muerden entre sí —dije con coraje —. Resulta incomprensible esta condena, yo que he sentido el calor y la amistad de Augusto, Mecenas, Agripa, Horacio, Julia y Tito Livio, y que formaba parte del cenáculo en el que cantaban al amor los poetas Propercio y Ovidio.

—Temen o quieren algo de ti, Tulio, aunque es preferible sufrir una injusticia en la vida que cometerla.

Valeria me miró fijamente.

—Aunque te hayan hundido en el fango, eso no debe impedirte ver un trozo de cielo. Creo que puedo ayudarte de alguna manera, Tulio —dijo con gravedad—. Por ti, lo haré. Pero sé sincero conmigo. ¿Es cierto que guardas las cartas de Julia y de sus amantes? Dime la verdad.

Destilé unos segundos de callada reflexión. No debía ocultarle nada.

—Sí, me las confió Phoebe y las guardo en la librería. Nadie sabe de ellas —observé como avergonzado de mi conducta.

Valeria se sonrió.

—¡Lo sabía! Esas cartas son indudablemente el objeto de la sentencia y puede que de tu perdón. ¡Veamos cómo consigo maniobrar con ellas ante Livia!

La miré con estupefacción. ¿Livia? Lo que creía mi gran error, manejado por Valeria podría convertirse en mi salvación dada la inocuidad de las epístolas. ¿Sería posible? Asentí con gesto implorante

y continué:

—¡Sí, cara, lo espero de tu piedad! No tengo ni otro mundo, ni otra vida que tú. Fuera de mi escenario soy un corderillo asustado —le supliqué con voz enojada—. Vengo a implorar tu intervención y te traigo esas cartas reveladoras. Léelas, te lo ruego, y si adviertes alguna prueba de mi inocencia, intercede por mí ante Livia. Nadie puede acceder a su persona, salvo tú. Eres la domina más reverenciada de Roma.

Valeria negó con la cabeza.

—Pero ten en cuenta que Livia es incapaz de ostentar piedad por nadie. No esperes demasiada conmiseración de su corazón de piedra y prepara tu ánimo para lo peor —me advirtió.

Valeria se perdió en sus pensamientos. El hecho era grave. Pero además de encantadora y afectuosa, era ante todo una mujer práctica y deseaba echarme una mano.

—Guarda todo esto con la mayor reserva. En esta batalla no hay honor ni compasión. Esos Claudios no olvidan las ofensas, aunque tu caso es muy inusual. Pero antes te procuraré alguna protección divina con oraciones —dijo.

—¿Crees que servirán en este trance, cara mía? —me mostré incrédulo.

—Vamos a mi santuario —me apremió.

Era reacio a creerla, pero la seguí sin pestañear. Cuando cruzamos el umbral olí a incienso. Se trataba de su oratorio personal que yo ya conocía, donde se adoraba a Baco o Dionisios, Volupia, Angerona, a la Bona Dea y a Vesta, su protectora.

—Aquí rezo hasta que mi señora Vesta tenga a bien convocarme al Hades, que será pronto. Algunos achaques comienzan a torturarme.

Observé la estancia con respeto a través de las espiras del incienso que Valeria arrojó en unas ascuas encendidas. Como yo ya sabía, no era aquel un santuario del ultramundo, ni advertí corazones de ciervo, lenguas de víboras, mantillos de nonato, púas de erizo o corazones de cera traspasados por agujas, como los que solían colgar de las covachas de las magas del Lacio.

Tampoco percibí ningún signo de devoción por lo ultraterreno, salvo una esponja sagrada traída de la isla Elefantina de Egipto para hacer abluciones y la estatuilla ennegrecida de Muta Tácita, que ya conocía, la diosa romana de la oscuridad. Era un lugar de rezos.

La resignación parecía ir ocupando el lugar de mi inquietud, y le dije:

—Esa ralea solo posee una obsesión: que el poder no salga de su seno. Pero Némesis, diosa de la venganza, lo sabe y acabará con esa casta.

Valeria cerró los ojos. En la cámara reinaba el sosiego. De repente,

su rostro se volvió del color del estuco, mientras musitaba una retahíla de preces.

—No tengas aprensión. Solo reza a Tesífone. Puede ser tu valedora y la invoco en trances de la vida graves y peligrosos. Suele someter al Destino.

Alzó la mano y cogió un pellizco de flores secas de espliego y las arrojó al pebetero, produciéndose una gran fumarada. Después exclamó:

—¡Deidad vengadora que gobiernas el implacable designio de los hados y las leyes inmutables que gobiernan a los mortales! ¡A vosotros, Minos y Radamante, jueces de la fatalidad! ¡Oh, diosa Venus, artífice de nuestras lágrimas, mira con rostro complaciente a este hombre abatido, al que el clamor de la injusta desgracia ha caído como un rayo inclemente! Te suplico que prodigues tu compasión sobre su futuro, pues no hay nada más enojoso que un castigo indigno.

Después de un rato casi eterno de plegarias, súplicas e invocaciones, Valeria concluyó sus preces, me asió del brazo, salimos y me condujo de nuevo al triclinium.

—Mi apreciado Tulio, en la festividad de las Fuentes Divinas, he de entregarle a Livia la segunda predicción de su horóscopo anual. Aunque tienen ventaja, todavía da tiempo para suplicar por ti —me alentó—. Lo intentaré.

—Mi ánimo está impaciente, Valeria —admití—. En ti cifro mi confianza.

Le entregué el cilindro de cuero del que sobresalían los rollos de papiro de las cartas que me confiara la malograda Phoebe.

—No te prometo nada, Tulio. Es complejo —dijo y me entregó una bolsita perfumada—. Escucha, al anochecer, lleva estas hierbas a la Puerta Colina y entiérralas junto a este papiro que contiene una súplica a la Bona Dea. Los dioses a veces escuchan las plegarias de sus hijos injustamente agraviados. Esa puerta es sagrada y es frecuentada por ellos —me recomendó, y asentí.

—Que Hermes, el dios de la elocuencia, te colme de persuasión —le deseé.

—Nuestras sandalias pisaron los mismos palacios y caminos, nuestros oídos compartieron demasiados secretos y a bastantes poderosos los miramos directamente a los ojos —me animó—. ¡Confiemos, pero con mesura! —Y con un movimiento de cabeza rápido, afirmó misteriosa—: Creo que es llegado el momento de poner las cartas encima de la mesa y que Roma conozca mi gran secreto, ese que he ocultado durante toda mi vida y que nadie conoce. Espero que sirva para salvarte del exilio. Ya no podrán cortarme la cabeza por mi edad. Además, soy una vestal sagrada.

Durante un instante, Valeria escrutó la angustia de mis ojos. Ella

me había llevado en su corazón toda la vida y había prestado oídos a mis suplicantes palabras.

—Esta es nuestra historia. Pero ¿cuál será su fin?

—Lo ignoro y desconfío, pero lo dictarán el destino y la impenetrable Livia. Vade in pace —me deseó—. Me siento cansada y necesito reposar. Espera mis noticias, y visítame. Tu presencia me es esencial.

Al salir de la domus de Valeria, la triste expresión de mi cara se veía algo más aligerada, pero al contemplar las cúpulas de los templos observé que la ciudad que tanto amaba era para mí un baldío de desesperanza. De pronto, entre el ulular del viento, oí que graznaban unos cuervos posados en las ramas de un sicomoro.

«Diabólico augurio», pensé sobresaltado.

LIVIA DRUSILA

Mientras Valeria Domicia atravesaba la puerta de la domus de Livia, en el Palatino, pensaba en la forma de evitar la confrontación con la emperatriz. Pretendía conseguir mi perdón poniendo en juego sus dotes de persuasión y una prueba capital que guardaba en una bolsa, según me relató después.

Cuando descendió de la litera, su inquietud, lejos de aminorar, se acrecentó. Se jugaba mi vida. La recibió en la puerta un ostio ataviado con el chitón rojo imperial y la condujo al gabinete de Antonio Musa, el médico personal de los augustos, quien se ofreció a acompañarla a la cámara de la emperatriz. Conversando, cruzaron el peristilo del opulento palacio y el cuidado jardín, donde flotaba un balsámico aroma a rosas de Judea.

Estatuas de jaspe de las siete musas lo adornaban y la vestal admiró la excelencia de la talla de Talía, la deidad de la comedia, y también la de la poesía, Eraso. Livia era una dama culta y les rendía culto. El físico, un anciano huraño, la introdujo en una salita de paredes decoradas con escenas mitológicas en tonos ocres y rojos, rogándole que aguardara y se acomodara.

Livia era el símbolo paradigmático de la matrona romana, virtuosa, sufrida, fuerte e implacable. Pero Valeria, que la conocía holgadamente, pensaba que había interpretado su papel a la perfección y que su carácter era en verdad dominante, cauto y frío, hasta el punto de que sus relaciones con Tiberio comenzaban a ser tirantes por su severo carácter e intransigencia.

Sin embargo, los romanos de cualquier lugar la creían una mujer digna de culto y las parejas se casaban ante sus estatuas, distribuidas por todo el Imperio, como símbolo del amor conyugal. Sacerdotisa del templo del divino Augusto, era la mujer más rica de Roma, pues poseía fábricas de ladrillo y mármol en Sicilia, minas en la Galia e inmuebles en Italia, Hispania, Egipto y Asia.

Livia no tardó en comparecer en el aposento, donde diminutos círculos de luz penetraban por las ventanas iluminando el ya ajado pero atractivo rostro de la Augusta. Los anillos que lucía en las manos, el collar etrusco y las ajorcas de los brazos parpadearon. Valeria la saludó y le hizo una reverencia, a la que respondió Livia con un efusivo abrazo y un beso en la mejilla.

De la misma estatura que Valeria, pero diez años mayor que ella, aún conservaba su apostura de reina. Livia representaba la belleza de las mujeres sabinas, rubias, de piel tersa y sonrosada y formas

rotundas, y Valeria la de las dominas latinas, de cabello negro, ojos grandes y oscuros, rostro griego y silueta sensual. Ambas, de facciones antagónicas, eran el paradigma de la belleza madura y de la vieja distinción en Roma desde hacía lustros.

—Salve, domina. ¿He de llamarte Livia? ¿Julia Augusta? —le preguntó.

—El segundo es un nombre dispensado por el Senado que agradezco por la memoria de mi marido. Mis amigos cercanos, y tú lo eres, me siguen llamando Livia —la animó en un tono neutro y precavido.

—Siempre que me hallo en tu presencia me acuerdo de tu madre Aufidia. Siendo yo casi una niña nos visitaba en el templo de Vesta. Has heredado su mirada azul, su piel tersa y su distinguida figura —la halagó.

—Como yo, vivió una larga vida y fue una devota de tu diosa, Valeria.

La Augusta la invitó a vino de Campania y a uvas pasas de Corinto.

—¿Me traes el horóscopo, querida? —preguntó afable.

—Sí, tal como te prometí. Es una época en la que los astros vagan sin morada propia, pero el implacable designio de los mortales sigue estando dentro de las inmutables leyes del firmamento. Canidia, la hechicera de Neápoli, augura maléficas maldades para el reinado de Tiberio, pero está equivocada. Venus protegerá su largo reinado, pero no así el de sus sucesores. Lo aseguran las constelaciones, cara Livia —profetizó Valeria con su dulce voz.

Sin abandonar su porte señorial, la madre del emperador corroboró:

—Ese mismo futuro augura a mi hijo su astrónomo Trásilo. Lo creeré.

Platicaron durante largo rato sobre los últimos acontecimientos vividos en la ciudad, de Augusto y de sus amigos fallecidos. Sin embargo, Livia adivinó que el horóscopo, que había guardado en una caja de marfil, no era sino una excusa, como si otro problema distinto le oprimiera el corazón a la vestal.

—¿Deseabas verme para alguna otra cosa? —preguntó con recato fingido.

Valeria era una mujer de rancio linaje y tenía el respeto de Livia, y por esa razón adoptó la postura de una suplicante.

—Sí, me trae a tu casa otra cuestión que paso a relatarte —contestó, y en concisas palabras le contó el caso de Tulio Vero y su apelable condena al exilio.

Se produjo un incómodo silencio, tras el cual la Augusta se pronunció:

—Aseguran que, en una muestra de debilidad, Vero, a quien mi

marido admiraba, escondió unas cartas de Julia que la inculpaban de traición al emperador y a la República. ¿No es eso cierto? Él se lo ha buscado.

Valeria, con ademán de desconcierto, no dijo nada en aquel instante, sino que introduciendo su mano en la bolsa de cuero que la acompañaba, sacó el atado de los rollos con las cartas cruzadas por Julia con Antonio, y sumisamente dejó que Livia se lo arrebatara de las manos. Livia se arrellanó en el sitial y con una curiosidad inusitada leyó y releyó algunos párrafos, una y otra vez. A la luz titilante de las lámparas y de los haces de luz del exterior, sus pupilas se abrieron con desmesura. Transcurrió un largo rato, casi eterno. Las leyó con regodeo.

—¿Son auténticas, Valeria? —adoptó una rígida afabilidad.

—¿Acaso dudas de mí, Augusta? Que la diosa del fuego me fulmine si miento. Se las entregó la liberta Phoebe antes de ser condenada al exilio, y él, haciendo gala de su lealtad a la casa Iulia, las ocultó por su insignificancia política. Si hubieran atesorado alguna prueba de alta traición se las habría facilitado al emperador de inmediato. Son solo cartas de torpes enamorados.

Livia vaciló. La situación se asemejaba a una lucha entre expertas gladiadoras. Era como si se le hubiera descorrido un velo de los ojos, tras ojear detenidamente las epístolas.

—Sí, ciertamente eso parece. No contienen ningún motivo de delito ni de connivencia para alterar el orden del Estado, es verdad.

—Habéis creado un problema donde no lo había. Vero nunca estuvo involucrado. Un simple guijarro nos desvía el torrente del río —la presionó.

Livia volvió a releerlas para cerciorarse de su inocuidad, y dijo:

—¿Y piensas que, por el hecho de devolverlas, el senador Vero puede salvarse de lo que ha prescrito un tribunal? Ya es demasiado tarde, cara.

El desafío entre las dos damas no había hecho más que comenzar.

—He venido a rogarte clemencia por él, porque el recurso solo puede elevarse al emperador, tu hijo. Vero obró con buena voluntad y es un Corona Cívica, la más alta distinción para un romano valeroso. Advirtió en mi presencia a Julia de sus errores, la protegió y fue leal a tu esposo, que lo nombró senador y le confió la seguridad de Roma. ¿Eso es propio de un traidor?

Livia endureció su expresión, y pasó la mano por su escotadura.

—No creo que pueda hacer nada ante mi hijo. Julia es pasado para él.

La vestal no movió un solo músculo y su impasibilidad dio paso a un gesto de ira mal contenida. Afiló su mirada y del bolso sacó otro documento. Si la lectura de la segunda prueba que portaba no obraba

el milagro, es que el corazón de la Augusta era una roca y tasaba mal las consecuencias que se originarían si ella lo divulgaba, y por Vesta que estaba dispuesta a hacerlo.

Para no estropear el sortilegio del instante, ralentizó sus movimientos. Iba a revelar uno de los secretos capitales de Octavio César. Tal vez el más relevante de su carrera política y que significó la ascensión a la más alta magistratura de la República y de los recientes anales de Roma. Livia estaba exasperada y la miraba inquieta y con enojo. ¿Qué maquinaba la vestal?

—Tal vez lo que te muestre ahora cambie tu forma de percibir el asunto.

Valeria había lanzado su certero dardo con la seguridad de que haría tambalear la seguridad y la arrogancia de la Augusta.

—Recordarás que cuando tu esposo, el político que más ha favorecido a Roma y que diseñó la era de la paz que disfrutamos, se enfrentó a Marco Antonio, tuvo que desenmascarar sus oscuros propósitos en la Curia senatorial leyendo su falaz testamento para que lo declararan enemigo de Roma.

—Sí, cómo olvidarlo. Fue el golpe de audacia que lo encumbró —recordó.

—Pues bien, sabes que el arma de la que se valió para conseguirlo fue substraer el testamento de Antonio, que protegíamos las vestales en nuestro templo, ¿verdad?

—Sí, claro. Yo tengo el mío guardado en ese venerable lugar —asumió.

—Inmunidad que se saltó Octavio, por mor de la paz de Roma y de su propia ambición personal, nada punible en un hombre público.

Livia calló y se removió molesta en su asiento tras el comentario.

—Cierto. La Urbs se jugaba su futuro y muchos romanos su vida y bienes. Yo hubiera hecho lo mismo. Él era cónsul electo y sacerdote de Júpiter. Su potestad y rango le conferían esa autoridad —repuso Livia incluso contrariada.

—Bien, lo acepto, pero habrás de saber que, por aquel entonces, yo era la guardiana de las llaves del Palladium donde se atesoran los testamentos de los romanos más ilustres de Roma, lugar prohibido para cualquier varón.

—Lo sé, pero ¿dónde conduce todo esto, Valeria? No te entiendo.

Livia sabía que algo grave iba a salir de su boca, y que la vestal no era una corderilla entre lobos, sino una mujer firme y con argumentos.

—Préstame mucha atención, Livia —dijo la vestal y Livia tembló.

Lentamente, Valeria se afianzó en su certeza y sus rasgos se distendieron en un gesto triunfal, que aumentó la angustia de una Livia desconcertada y dubitativa. La vestal sonrió con indulgencia y reanudó sin tregua su acoso:

—Verás. El caso es que Emilia, la entonces virgo maxima, me ordenó que le abriera a Octavio César el sacrosanto Palladium para que extrajera de sus anaqueles una copia del testamento del triunviro Antonio. Se lo entregué en sus manos y me ordenó que saliera, pues deseaba encomendarse a la diosa Palas, cuya imagen sagrada protege aquel lugar. Yo obedecí sumisamente, como me correspondía.

—Acción muy devota, cara Valeria. ¿Dónde está el sacrilegio? —ironizó.

Valeria comprobó que la Augusta la observaba atenta, pero perturbada.

—Si en verdad hubiera rezado con contrición, no hubiera existido blasfemia, aunque sí transgresión de un lugar bendecido por la Diosa del Fuego. Pero yo había dejado la puerta entreabierta, pues era mi deber velar por la pureza de las acciones que allí se ejecutaran. Con sigilo, tu marido, que ya lo habría planeado antes, entresacó de su toga una pequeña ampolla de tinta y un cálamo. Y en la página donde se enumeraban las capitulaciones de Antonio añadió otra estipulación, o sea, una frase que antes no existía.

Las pupilas azulísimas de Livia se agrandaron hasta la exageración. Chilló:

—¡Eso no es posible, por la Bona Dea! ¡Mientes, Valeria!

Valeria emitió una irónica sonrisa que desconcertó a la Augusta.

—Digo la verdad, y lo puedes comprobar si así lo deseas. Lo que Octavio ignoraba es que las escribas del templo suelen hacer una segunda copia de los testamentos, por si algún magistrado, tribunal o familiar lo solicita. La copia que llevó al Senado tiene una cláusula más que la otra que aún se halla en los estantes de Vesta. Puedes ir hoy mismo a comprobarlo.

La réplica inmediata de Livia fueron el mutismo y la confusión.

—Bueno, se trató de un ardid político, como él sufrió muchos —lo excusó.

—¡Claro, Livia! Un inocente artificio por el que pudo presentar a Marco Antonio como un peligroso disoluto. Gracias a aquella cláusula, que él añadió subrepticiamente, se erigió en el Senado como el representante de las esencias de una Roma conquistadora y civilizadora de naciones. Y así, tu esposo, romano arrojado, puro y honorable, se presentó como el representante de la unidad indisoluble del Estado y de una nueva Roma purificada por él —adujo Valeria, y Livia se quedó inmóvil, muda.

En los ojos de la Augusta brilló un súbito fulgor. Lo que Valeria había guardado toda su vida en su noble corazón lo soltó sin ambages con toda la firmeza de sus palabras. Hubo un silencio y suspiró. Livia estaba desarmada.

—¿Y llegaste a odiar a mi marido, Valeria?

—Sí, y mucho. Mancilló con su ambición lo que yo más quería, el santuario de Vesta, y me privó de ejercer mi misión sagrada. Si bien es verdad que me protegió con su poder. Yo pude desenmascararlo, pero no lo hice.

Livia abandonó su muro de dignidad.

—¿Lo supo alguien en su momento, Valeria? —dulcificó el tono de su voz.

—Nadie, ni tan siquiera la vestal prima. Solo el divino Augusto y yo. Es el gran secreto de mi vida y me imagino que fue de la suya. ¡Lo juro por Hera!

La altivez de la Augusta había descendido hasta la afabilidad:

—Ahora comprendo por qué Augusto tenía tan buena consideración de ti y te protegía con su velo protector. Pero jamás me dijo nada de esto —repuso.

—Me temía más que me amaba, y sí, encumbró mi vida —reconoció.

—A pesar de eso era un romano temeroso de los dioses, Valeria.

—Y creía en mi discreción. No lo olvides. Yo he cumplido.

Con recelo miró el papel que esgrimía Valeria. Ella velaba por la memoria de su esposo con su inestimable superioridad moral. La mano pulcra pero engarfiada de Livia asió la de la vestal y le preguntó implorante:

—¿Y qué frase fue la que añadió Octavio en el pliego de Antonio?

—Esta, Augusta: Y designo a Cesarión Ptolomeo XV, hijo de Cleopatra y del divino Julio César, rey de Oriente y Occidente —leyó—. Supimos después que esa disposición agregada y falsa fue la que colmó la paciencia del Senado, que declaró enemigo de Roma a Antonio y defensor de ella a Octavio, cuya gloria se inició en aquel mismo instante. La cláusula añadida resultó determinante, Livia, para declarar la guerra a Cleopatra y arruinar la memoria de Antonio.

Visiblemente aterrorizada por tal revelación, Livia se vio decidida a colaborar. Antes tomó el pliego en su mano y reconoció la precisa y ligeramente oblicua letra de su esposo Augusto, muy parecida a la de Antonio. Palideció. Su boca se abría y se cerraba con asombro, como la de un pez atrapado en la orilla. Apartó el pliego con ademán de rabia e impaciencia. El mutismo se prolongó, mientras sopesaba las consecuencias. Livia se encogió de hombros y habló:

—¡Inconcebible, Valeria! Me cuesta trabajo creer que Octavio obrara así.

—La política trae amargos compañeros de viaje. No debes preocuparte. Cosas peores ocurrieron en la época de otros príncipes —la consoló.

El tono triunfal de la vestal había turbado a la Augusta, que confirmó que había sido víctima de una genial maquinación por parte

de la vestal. Carraspeó ceremoniosamente y, solícita, dijo:

—Tu perspicacia no deja de asombrarme. ¿Y me vas a extorsionar con ese secreto, cara Valeria?

Valeria se apresuró a sacarla de dudas. No le interesaba enfurecerla.

—¡Lejos de mí! ¿Quién soy yo para amenazar a la Augusta? Pero favor con favor se paga. Mi boca seguirá cerrada con cien candados si tú, en reciprocidad, y haciendo valer tu autoridad, consigues que el senador Vero sea exonerado de una culpa injusta, dictada solo porque era amigo leal de Julia y guardó unas epístolas irrelevantes conducido por la amistad y la compasión.

Livia era conocida por convencer a cualquiera de lo más arduo. Se contuvo. Observó de reojo a la vestal con turbación, pero quiso escabullirse.

—Tiberio no se halla en la ciudad, e ignoro dónde pueda estar, si en las islas de Baia, en Circeo o en Campania. Te lo prometo por la Bona Dea, Valeria.

—Siento decirte que estoy al tanto de quién gobierna realmente Roma.

Muy contrariada, Livia le dio una réplica oportuna, pero inútil:

—¿Quién es esa persona? Ignoro a quién te refieres —adujo.

—¡Pues a Cocceyo Nerva! —enfatizó Valeria cansada de sus rodeos —. Nadie ignora que tu hijo ha dejado el gobierno de la República al respetado senador, la mente más preclara de Roma. Una palabra tuya, una carta, y Nerva obrará en consonancia con mi recta petición. Tulio Vero es el más fiel de los romanos y ha obrado eminentes servicios a la patria. Sé justa con él, te lo suplico.

El miedo es el más íntimo de los sentimientos, pues se alimenta de la oscuridad, el recelo y la ignorancia de lo que pueda sobrevenir. Livia sabía que Valeria era una mujer de temperamento y que era capaz de destapar aquel escándalo y arruinar la impoluta memoria de Augusto. Además, intuía que había meditado bien aquel paso, dejando incluso una prueba fehaciente a alguien conocido, para preservar la evidencia y su seguridad personal.

¿Se iba a convertir, ella, la encumbrada Livia, en la sacerdotisa de un dios que había mentido y falsificado un documento trascendental para ascender al poder añadiendo una cláusula inventada que haría caer en desgracia a su más acérrimo enemigo, Marco Antonio? Era la permanencia sosegada en el poder de los Julios-Claudios y su credibilidad lo que estaba en juego.

—Tengo que leerlo todo y meditarlo, Valeria. ¿Cuento con tu reserva? —dijo, reconociendo la incómoda verdad revelada por Valeria.

Con una expresión de completa indiferencia, la vestal respondió:

—Cuenta con ella, pero no dilates el asunto, ¡por Cibeles! Piensa que no hay nada más enojoso para los dioses que una acusación indigna. No inflijas un castigo semejante a un senador al que solo consuelan la lectura y los libros y que no ha sido culpable de nada. Se lo debe Augusto, que nos protege desde el Olimpo. Haz gala de tu magnanimidad, Augusta. ¡Lo espero!

A Livia y Tiberio, que habían maquinado una venganza ejemplar sobre los que habían frecuentado a Julia, se les escamoteaba uno: el ocultador de las cartas de amor con Antonio.

Valeria no permaneció más tiempo en la privacidad de la emperatriz. Le dedicó a Livia una respetuosa reverencia, la besó y salió. Era el instante en el que el ocaso preludiaba su declinación y a la vestal Roma le pareció un mágico espejismo dorado. El aire era sutil y flotaba en él el polvo rojizo del otoño.

Solo cabía esperar, a pesar de que la piedad no era una de las virtudes de tan ambiciosa e insensible familia. No obstante, una sonrisa recorrió su hermoso rostro.

Sabía que había vencido.

Me sentí súbitamente agotado cuando Valeria me narró el encuentro con todos los detalles. No pude menos que felicitarla y esperar acontecimientos. Se había conducido con sagacidad, inteligencia y firmeza. Estaba intranquilo, y al salir el sol, a la hora de prima, seguí cumpliendo con el tedioso deber de atender a mis clientes, a pesar de que mi espíritu estaba derrumbado, pues no olvidaba todas y cada una de las frases de la terrorífica sentencia.

Pero debía callar y aguardar noticias del Palatino. La orden de mi destierro, que no revelé ni tan siquiera al senator maius, no había sido expuesta públicamente en el Foro, ni en las Acta Diurna Populi, las comunicaciones diarias, y debía simular serenidad entre los míos.

Impaciente, respetado por el asma, me ocupaba en honrar con una lamparilla a mis antepasados, a los que hacía partícipe de mis cuitas, pues ellos desde el Hades nos protegen. Los dioses son excéntricos, despreciativos y caprichosos y no se preocupan por las aflicciones de los mortales.

Livia no nos contestaba y la posible pérdida de mi libertad y mi reprobación pública habían echado abajo el dique de mi sólido interior, quebrando la impenetrabilidad de mis sentimientos. Nada dije a Quinto, ni a mis amigos del Senado, y esperé con sobresalto el aviso definitivo de la condena.

La amenaza seguía pendiendo con crudeza sobre mi cabeza. La tregua del Palatino no presagiaba nada bueno y me atosigaba. Recibí una nota de Valeria, que me había aconsejado que no abandonara mi vivienda, para no exponerme a algún comentario que pudiera

interferir en la gestión de Livia. Trataba de insuflarme ánimos, pero no la percibí esperanzada.

—Livia se demora, contrariando nuestros deseos. Confía en Vesta.

—La Augusta es el anverso de la moneda de Laverna, diosa de las mentiras y engaños. ¿Podré fiarme de ella, cara Valeria? —contesté afligido.

Con la temible amenaza sobre mí, resollaba impaciente, encerrado en mi casa como un león en su jaula. Nada había dicho a Nausícaa, ni a Cadmo, ni a Servando hasta que el exilio no se hiciera concluyente. Había escapado airoso de otras situaciones delicadas en mi vida, pero el desenlace de aquella no dependía de mí. Si habían relegado al olvido a Julia, como aseguraban, ¿por qué me atormentaban?

Me encerré en mi estudio, apuraba las muchas copas que me traía Nausícaa, comía poco y el insomnio me atenazaba por las noches. Con la barba sombreada de varios días, ni acudía al barbero, ni a los baños. Me sumergí en la lectura de mis viejos tratados, que proporcionaron placidez a mi mente. Es la única arma que poseo en el mundo para serenar mi espíritu, evadirme de mis tristezas y sosegarme rendido al genio de mis autores predilectos: Tito Livio, la elegancia de la palabra, el refinado y sibarita Ovidio, el tímido Virgilio, poeta de espíritu excelso y tan semejante a un campesino del Lacio, y a Horacio, más parecido a un labriego que a un rimador tan sutil.

Sin embargo, mi cerebro se volvió brumoso y caí en un sopor insoportable, carente de ánimo para resistir el suplicio de la espera. Yo había protegido a Julia desde mi atalaya de Nemus, y por esa razón, si los dioses y Livia no lo remediaban, tendría que partir en dos semanas para Egipto.

¿Me era lícito confiar en alguien, si mis amigos más leales habían desaparecido? Tiberio, que aseguraba no amar el poder, seguía purgando la ciudad de adversarios y los nuevos senadores eran aduladores más que padres de la patria. Todos se habían quitado la máscara de histriones, y en el nuevo escenario incluso simulaban haber odiado a Augusto y venerar al hijo de Livia.

—Su nuevo destino le viene demasiado grande a Tiberio —decía Valeria—. Se ha colocado las alas de Mercurio para abandonar Roma y dejarla en manos de dos o tres consejeros de ávidas mandíbulas. Es un cobarde.

—¿Y Livia? ¡Aborrezco a esa mujer! —dije—. ¡Tan altiva, tan arrogante!

—La Augusta prefiere el disfraz de dama benefactora. Pero a mí no me engaña. No siente compasión por nadie. No la tuvo por Julia ni por Augusto.

—Toda maldad oculta florece tarde o temprano. Esa familia acaba

matando a los que aman. ¿Y tendrán piedad de mí? —juzgué.

Mi espera concluyó al fin, con indudable alarma, pues me temía lo peor. Había tenido varios ataques de ansiedad por la tardanza en saber algo, y mi ánimo se exasperaba.

Recibí en mi domus a un mensajero del pretorio, y como estaba visiblemente sobrecogido, apenas si pude contestarle con palabras inconexas. Me jugaba mi suerte futura. Tenía que acompañarlo al Palatino, donde el prefecto, Cocceyo Nerva, me aguardaba en un despacho donde se dirimían las causas de la lex vatia maiestatis, las de alta traición. La llamada no me pareció nada halagüeña, pues hubiera bastado un escrito. Recogí mi capa y seguí al mensajero con cautela.

Cocceyo Nerva era reconocido por su sapiencia en leyes, pero también por su mano dura contra quienes las infringían. Me observó con desdeñosa inspección, como el que vigila a un perro sarnoso. Yo le mantuve la mirada. La suya desprendía circunspección y la mía nerviosismo y miedo.

La figura de Nerva se perfilaba en la silla curul tras una mesa de mármol.

—Vale et tu, prefectus —lo saludé y él me correspondió con un gesto grave.

—Acomódate en ese escaño, senador Vero —me invitó.

Yo segregaba un sudor frío. Mi vida estaba en las manos de aquel magistrado revestido de una impecable toga pretexta, de rostro afilado y severo. Nerva cogió entre sus manos rollizas las doce cartas que Phoebe me había confiado, las balanceó entre los dedos y me espetó sin ninguna consideración:

—Según mis informes eran trece. Luego falta una. ¿Acaso se trataba de un asunto de traición a la Republica y la has quitado de en medio? —preguntó.

Hierático como una esfinge egipcia, me taladró con su mirada. Ignoraba cómo conocía aquel extremo. Sí, una de ellas la había guardado y no se la había entregado a Valeria. Me quedé sin habla, pero reaccioné.

Introduje mi mano en la toga y saqué el rollo de papiro de la decimotercera epístola de Julia. Nerva arrugó la nariz y esbozó una mueca triunfal. Se la entregué y, mordiéndose la lengua, la leyó y la releyó dos veces.

—De modo que la carta número trece es el borrador de una petición de divorcio a su padre Augusto. ¡Curioso! Es evidente que detestaba a Tiberio. Envió a su padre varias, que obran en mi poder —dijo—. La misma verborrea.

—Sí, pero no la llegó a enviar. La aparté porque no tenía ningún sentido. Era un deseo irrealizable de Julia. La augusta Livia lo sabía, y

yo no deseaba agregar un nuevo disgusto a la emperatriz —dije con voz temblorosa.

—Han corrido muchas aguas por el Tíber desde el asunto de la hija de Augusto, y espero que este sea el último capítulo de tan desafortunado tema.

—Todos hemos de dar paso a la reconciliación, por eso intercedí ante Livia. Mi labor con Julia, a petición de Octavio, fue persuadirla, pero sin éxito.

La dureza glacial de su semblante no auspiciaba cambio alguno en el veredicto, e ignoraba si la pena de exilio seguía en pie o no. La mediación de Valeria y de Livia no parecía haber tenido resultado. Yo lo consideraba un ultraje a mi persona, pero Tiberio no me debía nada. Julia había arrastrado en su caída a muchos leales amigos, y yo parecía ser ya uno de ellos.

—Vero, te has convertido en el gran superviviente de la facción Julia.

—Tienes razón, prefecto. Será porque fui recto con Augusto y con la República. ¿Acaso agravié con mis actos la dignidad de los emperadores?

—Se te ha juzgado mal y precipitadamente. No lo parece. Pero nadie cercano a ella sigue con vida o reside en Roma, aunque en verdad, leídas las cartas de Julia, no se te puede acusar de ocultación de documentos graves al Estado, ni de desear socavarlo, el principal cargo por el que se te ha condenado al exilio —afirmó melifluo.

Abracé con desconfianza la contestación de Nerva.

—Así es. Siempre serví al Estado con lealtad y honor, desde el Senado y en la sociedad Nemus, que tú ya conoces, pues la diriges —me defendí.

—Sin embargo, publicar las inmorales obras de Ovidio y de otros poetas despreciables no es conducta honorable, senador. La cueva donde exhalaba su hiel Ovidio era tu librería. Ni Livia ni Tiberio lo han olvidado, ¿comprendes?

Veía que mi prestigio, por uno u otro caso, se había extinguido en Roma. Recelé, pero no cejé en mi propósito de saber qué había decidido sobre mi caso.

—Esos libros a los que te refieres se venden en todas las librerías del Argileto, no solo en la mía. Estoy sufriendo una pesadilla, Nerva —dije—. ¿Ha decidido algo el césar sobre mi recurso?

Nerva poseía una dilatada experiencia en casos semejantes desde su tribunal de la basílica Emilia. Pero parecía que no deseaba salvarme del tormento en el que vivía. Era el perro aullador que servía de vocero al emperador y a Livia.

—He tenido que esperar a que Tiberio me concediese audiencia en su villa de Caserta. Estaba de un pésimo humor y sí, traté de tu

asunto, senador, aunque no se sintió conmovido, créeme —me espetó insensible.

—¿Y bien, magistrado? —lo acucié a sacarme de dudas, y ya no esperaba el perdón deseado a tenor de sus gestos.

—No quiero mentirte, pero no lo conmovió la prueba del testamento de Antonio contra su padrastro. Es más, deseaba que se publicara para desacreditarlo. Augusto y Tiberio nunca tuvieron buena relación —adujo.

En ese instante comprendí que estaba perdido. El desierto me esperaba.

—No obstante, en esos días, providencialmente, alguien más se ha unido a la petición de Livia —dijo Nerva y sentí un escalofrío por la espalda.

Me removí en mi asiento, sin poder controlar mis pulsos.

—¿A mi favor de alguien ajeno a la casa del césar? —me sorprendió.

—Sí, exactamente —dijo llenando el ambiente de misterio—. Fue el ruego personal del general Cornelio Tácito, cercano pariente del césar, y superior del comandante del Castro Pretoria, Quinto Sisena, tu colega de Nemus, además de la carta de Livia lo que lo hizo cambiar de idea.

El nombre de mi hermano Quinto hizo que vacilara. ¿Él? ¿Pero cómo? Yo no le había revelado nada de mi fatal destierro para no comprometerlo.

—¿Sisena sabía de mi caso? —pregunté extrañado.

—Sí, y fui yo quien lo puso en antecedentes dentro de la natural reserva entre iguales, pues he ocupado su puesto en la seguridad del Imperio —repuso, y fue entonces cuando vi mi salvación—. Tiberio recapacitó. No estaba al tanto de tu proeza en África donde alcanzaste la Corona Cívica y le agradó sobremanera, pues le recordó un hecho similar acaecido con su hermano Druso. Él es un militar, un soldado que ama el riesgo, y eso lo hizo tornarse compasivo. Ama a sus legionarios y detesta a los escribanos y leguleyos como yo. La Corona Cívica y la vestal te han salvado del exilio, Vero —admitió.

—Pero esa herida nunca sanará. —Mi cabeza estaba a punto de estallar.

—Tiberio reflexionó, tomó en consideración tu pasado y dictaminó lo siguiente. Escucha —dijo —. Se te exime del exilio en Egipto, pues no se advierte traición en tu conducta. Se ha comprobado que ocultaste pruebas irrelevantes de asuntos que ya se conocían sobradamente, pero con ciertas reservas.

—¡Alabada sea Minerva, la que salió de la cabeza de Júpiter! —exclamé alborozado, hasta el punto de que casi pierdo el equilibrio de mi escabel, liberado de la dura tensión padecida durante semanas.

—Sosiégate, pues hay algo más, y esto no es muy satisfactorio —prosiguió y un escalofrío recorrió mi espalda, pues los tiranos no regalan clemencia.

—Te escucho, magistrado Nerva, y espero la clemencia del césar —dije.

—Este es su dictamen definitivo —habló—. Seguirás siendo senador, pero debes renunciar al rango de curial vicario de los équites illustres que recibiste antes de la muerte de Augusto acogiéndote a una antigua normativa, la Lex Claudia, que exime del cargo a quienes poseen una flota de barcos con la que pueden atacar a la República, aunque estos sean mercantes y aun no siendo el caso. Es mi apoyatura legal.

Reprimí una exclamación de sorpresa y aspiré la humedad de la cámara. Me había liberado de la ignominia del ostracismo fuera de Roma, pero perdía unas prerrogativas que tanto me honraban.

—Además —reanudó su perorata—, dejarás de pertenecer al Consejo del Emperador al estar asociado como dudoso a un caso de alta traición, aunque tu participación no ha sido probada por nadie.

—No está contrastada ni lo estará, Nerva, y tú sabes que jamás traicioné a Roma —insistí—. Fui testigo de reuniones clandestinas y portador de secretos, pero mis labios siempre estuvieron sellados.

—Tiberio te aconseja que cierres por un tiempo tu librería del Argileto.

Me revolvía contra mi condena y por mi rango me atreví a protestar:

—Aseveraba Cicerón: «Corruptissima republicae plurimae lege». —Cuanto más corrupto es el Estado, más leyes decreta—. Nadie está a salvo de una purga, Nerva, ni siquiera tú, pero lo tendré en cuenta.

Lo miré con socarronería y me tomé el contratiempo con filosofía, aunque el cierre de la librería me dolía en lo más insondable del alma. El Cálamo de Hermes era mi mayor logro en Roma, mi afán y mi amado oficio donde acudían los escritores y lectores más insignes de Roma. Era mi vida y yo amaba los libros y los publicaba para placer de los romanos. Recordé a mi maestro Amyntas, que me aseguraba que detrás de cada erudito y creador siempre está la amenaza del destructor, de su fuego y de su espada.

—¡Se han sobreseído tus cargos, Tulio Vero! El princeps senatus ya conoce la decisión de Tiberio. Yo que tú me ausentaría de Roma durante un tiempo a fin de que tu persona no se asocie al nombre de la infausta Julia. Pero solo es un consejo —me advirtió.

La satisfacción y la serenidad de ánimo se reflejaron en mi semblante.

—Deseo expresar mi agradecimiento a Livia, a Tiberio y a ti. Soy deudor de vuestra misericordia. Meditaré tus consejos y seguiré siendo

leal a Roma.

—La orden de tu exilio, que mañana debía ser expuesta en la tabla de las Proscripciones y del Acta Diurna Populi del Foro para conocimiento general, la voy a quemar en tu presencia —dijo, la tomó en su mano y la arrojó a un pebetero de bronce donde ardían algunos granos de sándalo.

Al poco, una llama azulada se alzó al aire y poco a poco el pliego se consumió ante mi rostro tranquilo y el mohín mordaz del magistrado Nerva.

Dos verdugos que lo asistían sacaron el recipiente fuera.

—Domina Valeria Domicia ha sido avisada del fallo por la Augusta, que la respeta. —Y yo asentí. El mérito de mi exculpación era suyo y de mi amigo Quinto, y elevé una oración silenciosa al dios que nos había unido años atrás, Marte Vengador, que también nos salvó de una muerte segura en África.

Tras un instante de vacilación, no supe qué más decir. Mi alma se hallaba tranquila por haberme salvado del terrible destierro que me aguardaba en las arenas de Egipto. Por un capricho del destino no había trascendido a mi familia, y yo mantendría la boca cerrada in aeternum. Explicaría mi abandono del cargo en el Senado por desavenencias con la aristocrática cúpula que lo dirigía y por dedicarme en cuerpo y alma a mi compañía naviera Gadeira, que precisaba de mi atención y esfuerzos.

—De todas formas, la acusación contra mí fue una abominación, Nerva. Resulta una perversidad poner las leyes al servicio del poder, ¿no te parece?

—Ciertamente la conducta de un ser humano para un tribunal puede parecer mentira, como también cierta —manifestó irónico—. Pero ¿dónde se halla la verdad? Debes dar gracias a los dioses por el veredicto exculpador.

La plática había llegado a su fin y aceptaba la sentencia con gozo.

Cocceyo Nerva sabía que había pasado un mal trance y me alentó:

—Senador, la Fortuna hace que unas veces estemos en la cima y otras en el culo del mundo. ¡Ve con los dioses y dale las gracias a Tiberio! —me despidió.

Roma había puesto a prueba al viejo Graeculus y escapado salvo por el borde de un denario. No obstante, pensé que una oculta amenaza sobrevolaba aún mi cabeza. Duplicaría mi prudencia en lo sucesivo. La faccio Liviae no se olvidaría de mí. Estaba firmemente persuadido.

Regresé en una litera a la domus de Valeria, que me abrazó y derramó sobre mis mejillas un llanto suave. Hasta llorando estaba espléndida. A mi vuelta del despacho de Nerva, le narré el encuentro

palabra por palabra y me recomendó que en lo poco o mucho que nos quedara de vida no debía retar más al destino, que posiblemente me había concedido mi última oportunidad.

Una sierva me sirvió una copa de vino de Qyos. Yo aún temblaba.

—Ignoraba que Quinto supiera algo de mi exilio. No quise comprometerlo y se lo oculté, pero, según Nerva, él recomendó encarecidamente a su general, Cornelio Tácito, que intercediera ante Tiberio. Y lo logró. Quinto se ha jugado su prestigio —reconocí.

—Un soldado fue beneficiado por otro soldado y Livia nos ayudó con el firme ruego que llegó a sus manos. ¡Loada sea Vesta, que te ha favorecido!

Una vez más la amistad y la generosidad se habían unido en un prodigio, días antes impensable, porque un amigo es aquel que lo es más en el infortunio.

—¿Qué le revelaste a Livia para obrar el milagro de mi exculpación?

—No debes saberlo, Tulio. Yo me he convertido en la garante de tu seguridad. De conocerlo quizá no vivirías mucho. Puede que te sobrevenga algún daño colateral, así que deja las cosas como están —me recomendó—. Como eres un descreído no has requerido el favor del Señor del Destino, el poderoso dios Cairós, a quien no te has encomendado —me dijo—. Con sus alas, su balanza y sus pies rápidos hubieras sido más avisado.

En verdad no me había confiado a Cairós, el dios de las oportunidades perdidas, tal vez porque creía en la bondad de los seres humanos. A esta deidad, que tiene un largo cabello en la frente, los devotos recomiendan que hay que asirse y no dejar que nos muestre su calva resplandeciente, pues entonces estamos perdidos. Con él contaría en el futuro para subsistir, aunque pensé que era preferible echarme en brazos de Némesis, deidad de la venganza o del olvido.

Valeria me aseguró que había rezado a Vesta y a Juno Salvífica en su santuario. Por eso había peinado su largo cabello, entre negro y gris, en las seis trenzas preceptivas de las vestales, adornándolas con las cintas rojas de la pureza. Se cubría con una túnica clara y parecía no haber pasado el tiempo por ella. Una estola azulada sobre sus hombros y un calzado plateado la hacían parecer a la Sibila de Cumas.

Aún tenía reseca la garganta de mi convulsa entrevista con Cocceyo Nerva. Inmediatamente tomé el recado de escritura y, entre lágrimas de gozo, apresuré una esquela de agradecimiento a Quinto Sisena, que le envié con un esclavo a su domus:

Mañana Valeria y yo celebraremos una cena de agradecimiento a Vesta, Minerva y Marte por mi absolución definitiva, por la que tú tanto has hecho sin yo pedírtelo, signo de tu inapreciable amistad. Te esperamos,

frater. Un amigo fiel es un verdadero bálsamo para la vida, Quinto, y únicamente se le conoce de verdad en las ocasiones inseguras, como esta. Aguardo tu presencia.

Un esclavo de los Sisena trajo a las dos horas una contestación. La leí:

El amigo verdadero, caro Tulio, no es el que complace y adula, sino el que socorre en la desdicha. Y de eso tú sabes mucho. Allí estaré complacido.

SERENITAS

Cuando se ha sufrido un largo período de desesperación, esta se comporta como un narcótico que adormece los peligros. La dejación, tras un lapso tan agitado, acabó por entumecer mis sentidos y llegó a convertirse en una mala costumbre. A decir verdad, me asocié de buen grado a una vida despreocupada y no atendí a los avisos del magistrado Nerva de quitarme de en medio y cerrar la librería. Y eso que en sus palabras de perdón noté un acento de sinceridad. Valeria me recomendó:

—La diosa proveerá, pero puede que tu júbilo sea prematuro, Tulio. Tiberio es un necio de los que tienen la venganza siempre presente. No olvida.

—¿Crees que encontrará un modo de revolverse contra mí de nuevo?

—No tengo respuestas, solo preguntas, pero conozco el proceder de los tiranos. Tal vez lo que desea es que desaparezcas de Roma. Le recuerdas demasiado a Augusto y sus secretos de Estado y a Julia — adujo.

Tal vez consideré el consejo un abuso de autoridad, y yo era un senador de Roma y un ciudadano con derechos. Mal tasado por mi parte. Me acomodé en la domus de Valeria y dejé pasar el tiempo, reflexionando, pensando en Tulia, poniendo en orden mis pensamientos y leyendo. Con Valeria hacía vida marital y me olvidé de mis obligaciones y de cuanto me rodeaba.

Cadmo solía visitarnos por las tardes y paseábamos por la armoniosa calma de la calzada principal, el Clivus Scauri, que tenía la singularidad de estar cubierto de arcos de ladrillo rojo y procurar una fresca sombra al paseante. Caminar con las declinantes luces del ocaso era una experiencia excelsa, con Roma a nuestros pies.

Oreaba una pacífica tarde y un lívido cielo otoñal acompañaba nuestro paseo. Oscurecía y decidimos volver. Cruzamos ante un templete dedicado a Mitra mientras mi liberto Cadmo me explicaba los pagos que había atendido y los beneficios que nos reportaban los dos negocios. A un tiro de piedra de una conocida popina repleta de borrachos que gritaban y jugaban a los dados, vimos a dos individuos sospechosos que se calentaban las manos en una lumbre y nos miraban de reojo insistentemente.

Me sobresalté como picado por un alacrán y me puse en alerta.

Uno llevaba calado un casco de metal y el otro un pañuelo pardo sobre la cabeza y ambos tenían un aspecto patibulario. Parecían

bárbaros, por sus calzones y pellizas de oveja y cuero. Advertimos que estaban armados y una mirada de Cadmo me hizo comprender que nos acechaban. Mis pupilas se reavivaron con el peligro, y más cuando el del casco sacó un cuchillo de la capa y se dirigió hacia mí para rebanarme el cuello, mientras el otro daba un pequeño rodeo, supuse que para darme el golpe de gracia por detrás. Me protegí con la capa.

Pero no contaba con la agilidad y fortaleza de Cadmo, siempre con su glaudius ibero colgado del cinturón, que de un salto se abalanzó hacia el del cuchillo, asestándole un golpe definitivo y mortal en la parte blanda del cuello. El atacante no pudo hacer nada, sino desplomarse sin vida en el suelo, empapado en un reguero de sangre. La convulsa y rápida refriega acabó en un instante. Pude oler su tufo a sudor y vino barato y su aliento fétido. El otro salteador, que no esperaba semejante respuesta del liberto, nos miró asustado y huyó corriendo hacia Porta Capena lanzando improperios. Miré a Cadmo asombrado y agradecido.

—En mi tribu africana, lo primero que nos enseñan tras nacer es a matar.

—Te debo la vida. Parece que alguien está interesado en quitármela.

—¡Malditos sean los perros del Averno! Huyamos de aquí, patrón —dijo—. El que escapa es un conocido esbirro de Pisón y de Marino.

—Son los que mandan en Roma, mientras el gran tirano goza de las dulzuras de Baias. ¡Vámonos!

Al llegar a la domus de Valeria y narrarle lo sucedido, esta opinó:

—Va siendo hora de hacerle caso a Nerva. Iré a mi oratorio a dar las gracias al dios Silvanus, la deidad de montes y arboledas que rige en esta colina.

Compareció la noche y la oscuridad envolvió la villa. Contemplé el firmamento atemorizado, como si en mi temor estuviera a punto de aplastarme. El miedo a veces se petrifica en la mente y yo me noté de nuevo inseguro.

Lucharía como una fiera herida por mi vida, pero ¿valdría la pena?

Suele suceder que cuando la existencia nos concede una moratoria de efímera felicidad, como la que yo disfrutaba junto a Valeria, ciertas adversidades repetidas vienen a estremecernos, como el misterioso ataque de hacía una semana, del que había salido ileso por designio de los dioses y por la eficaz intervención de Cadmo, que me libró de mi asaltante.

En las frías antenonas de noviembre, no podré jamás olvidarlo, el fatal destino rugió ante mi cara de nuevo. Era la hora decimotercera y yo sesteaba. Nubes viajeras acompañaban la tarde y un ojeroso y sucio Servando se presentó en la domus. Jadeaba por la carrera como el

fuelle de un herrero y se aclaró la garganta antes de hablar. Se hallaba fuera de sí:

—¡Domine, la librería del Argileto está ardiendo! —exclamó hipando.

Tenía tiznados las manos y el rostro y observé la desesperación en sus facciones. Como yo, amaba los libros. Con solo su mirada me trasladó sus temores de pérdidas irreparables. Cadmo apareció con mi capa y los tres nos dirigimos apresuradamente a la librería. Cruzamos corriendo la muralla de Servio Tulio, el Pórtico de Livia, los aledaños del templo de Jano y desembocamos sin aliento en el barrio de los libreros, atestado de gente ociosa que veía cómo los bomberos intentaban apagar las llamas, en medio de un terrible espectáculo.

Habían acudido una de las siete cohortes urbanas y los vigiles nocturnos, y vi cómo los dirigía uno de los prefectos de la Urbs, Valerio Corvino, a quien yo conocía. El viejo sistema de hacer una cadena humana ya no se empleaba, y con una sofisticada bomba recogían agua de las dolias, las grandes cubas de agua instaladas en las esquinas, y lanzaban chorros sobre las llamaradas. Pero al ser muy vetustos los edificios del Argileto, el sistema ordenado por el prefecto fue demoler tabiques para procurar cortafuegos y que el incendio no se extendiera al concurrido Foro de Augusto y a las casas colindantes, cuyos vecinos gritaban aterrados. No había ni muertos ni heridos, al parecer.

Sobrecogido, contemplé el desolado Cálamo de Hermes con lágrimas en los ojos y eché a toser a causa del humo que llenaba mis frágiles pulmones. No me había servido de aviso el atentado y mi santuario se quemaba por la perfidia de la asquerosa política en la que me había visto inmerso, y quizá ordenado por los mismos que habían atentado contra mi vida. El proyecto de mis sueños ardía en llamas frente a mis ojos y yo me veía impotente para detenerlo.

—¡Summanus, dios del rayo nocturno, cesa tu ira! —recé desalentado.

Los operarios lanzaban esponjas empapadas con vinagre y el tejado de la librería y del taller de copistas colapsaron, por lo que el fuego dejó de propagarse a los edificios contiguos. El prefecto gritaba y la gente lanzaba exclamaciones de horror cada vez que caía un contrafuerte. Encendieron antorchas de resina y linternas de vejigas, pues el sol se ocultaba. El fuego se amansó y respiramos.

Vi que la librería había sido pasto de las llamas y que no había que lamentar ningún estrago mortal. Los copistas dormían en otro edificio y además se había salvado el obrador de los amanuenses y la tienda de productos de la Bética. Pero mis adorados libros y las valiosas colecciones griegas y latinas, recién llegadas de Corinto y Atenas, se habían consumido en el fuego.

—Querido Servando, la biblioteca de Alejandría ha vuelto a quemarse.

No se difundió el incendio más allá del cobertizo y de la tienda y, como era costumbre, el prefecto quiso comprarme el solar por una miseria, apenas una bolsa de trescientos sestercios y algunos ases de cobre. Para congraciarse conmigo me soltó a la cara la consigna que los distinguía: Ubi dolor ibi vigiles, «Donde existe dolor ahí están los vigiles». Yo le entregué en mano una gratificación de doscientos denarios de plata para que invitara a vino a sus esforzados ayudantes y, en presencia de Senecio Servando, triste y demacrado como yo, le espeté algo que mi maestro ignoraba:

—Corvino, la librería se la traspaso a Servando, que él decida.

Mi maestro de copia me observó con mirada de asombro y repuso:

—Aquí volverá a alzarse otra librería, domine. No hay más que hablar.

—Servando, estoy abatido, pero me das una gran alegría.

—Cada día el cielo nos envía una pérdida o un riesgo, domine, pero yo alzaré otra igual de entre esas cenizas. ¡Lo juro por Zeus!

Antes de abandonar el Argileto con el alma destrozada y angustiado por el desastre, pensé que la decisión y las palabras de Servando habían obrado en mí el milagro de la resurrección del ánimo; y aunque soplaban tiempos contradictorios en mi contra, el Cálamo de Hermes volvería a resurgir de las cenizas y pavesas que ahora arremolinaba el soplo caliente del fuego.

El viento trajo a mis pies un rollo que se había salvado de la quema. Me incliné y lo tomé en mis manos. Era el único superviviente. Estaba caliente por el calor y casi intacto. Se trataba de una copia de la Ética a Nicómaco de Aristóteles. Di gracias a las musas. Lo guardé en mi capa y aún lo conservo como mi tesoro más preciado. No deseaba saber si el fuego había sido provocado, seguramente sí, o fue accidental. No indagaría. No me importaba. Me estaban acorralando mis enemigos y yo no era un corrompido ni un innoble.

De momento allí yacían en una negra amalgama de escombros, agua sucia y chispas incandescentes mis sudores, trabajos y los impagables poemas épicos de Homero, los hechos gloriosos de mi venerado Tito Livio, los versos de Virgilio y Píndaro y la esencia del pensador Platón. Corría la sexta vigilia y volví asqueado la cabeza.

La rabia del dolor me había hecho enmudecer, pues la riqueza inmortal del pensamiento, la poesía y el relato había desparecido ante mis ojos. Desmoralizado, vencido, cabizbajo y resignado, caminé tras la linterna de Cadmo y maldije a los dioses.

Permanecí postrado en la cama más de tres semanas, atendido por una discreta Valeria, a la que escuché recitar conjuros contra el mal.

Las palabras de mis cuidadoras me llegaban confusas. Mi cohibida mirada estaba fija en el infinito y por las noches padecía pavorosas pesadillas sobre una librería imaginaria con una infinitud de libros que un rayo prendía, destruyéndolos todos. Un espasmo de dolor me taladraba las sienes y las órbitas de los ojos, como si un clavo las traspasara, haciendo que me despertara aterrado.

Mi mal no era del cuerpo, sino del alma. Yo seguía con mi ánimo atribulado, oliendo a ceniza mojada, a pesar de que Nausícaa, que se había trasladado al Celio, me lavaba cada día. Así estuve postrado bebiendo las tisanas de la liberta y los caldos de la vestal y pensando en los libros arrasados. Me visitó Quinto Sisena y pasó una semana conmigo. Me recomendó que me fuera al campo una temporada, a respirar el aire vivificante de la montaña.

—No pudieron contigo los garamantas, ¿y van a poder estos déspotas?

—Sé que tengo un aspecto lamentable, Quinto, pero lo superaré —le dije buscando consuelo en el sonido de una voz amiga.

Empecé a restablecerme de mi doliente estado, a pesar de que mi humanidad se había convertido en una amalgama de huesos y pellejos, y fui recuperando mi lozanía habitual. Mi mirada anhelaba seguir viviendo, aunque las pesadillas por los libros destruidos por la piqueta del fuego me abatían hasta la desesperación. Valeria me aconsejó:

—Vivir bajo la amenaza de un puñal escondido y dormir con un ojo abierto no es vida, Tulio. Estos actos claman venganza, pero es mejor retirarse prudentemente. Debemos abandonar Roma por un tiempo.

—No puedo con el recelo continuo. Sí, tal vez sea necesario, cara —dije.

—He pensado una solución, Tulio. Retirarnos a mi villa de Preneste, una casa de campo que me legó mi padre. ¿Qué te parece?

No me declaré hostil a la propuesta. Era razonable y sensato.

—Parece una decisión muy madurada.

—He de proteger tu vida, querido —insistió.

Un fugaz alivio se dibujó en mi rostro. Me complacía y acepté sin rodeos:

—La vida es un repertorio de comedias y de tragedias, y hoy nos toca la segunda. Nunca he vivido fuera de una ciudad, pero iniciaré esa otra existencia errante en la placidez del campo, querida.

—Hemos de partir antes de la estación de las lluvias.

—Me da la sensación de que he de llevar una vida de fugitivo.

Se me ahogó la voz y Valeria dijo palabras de consuelo:

—No, Tulio. Allí, en la soledad, te relegarán de sus celos. Viviremos discretamente y nos olvidarán.

—Bien, Valeria. Primero dejaré todo arreglado con Nausícaa, Servando y Cadmo, y escribiré una carta a Tulia comunicándole nuestra decisión. Se alegrará. Los años pesan. Invitaré a los poetas locales, a Tito Livio, a Quinto e Higinio, a que nos visiten y resucitaremos en tu villa las tertulias de Mecenas y de nuestra recordada Julia —le propuse y aceptó—. Llamaremos a ese círculo El Parnaso de Julia, en memoria de nuestra añorada amiga. ¿Qué te parece?

—¡He visto el rostro del mal y lo apruebo! Allí hasta podemos jurar un voto eterno de unión ante el altar de Hera —me prometió y la abracé.

—Si viviera mi amigo Horacio, ese genio obeso y cascarrabias, se reiría a mi costa, pues me consideraba un hombre de ciudad. ¡Cuántas veces nos recitó su segundo canto de los Épodos, el «Beatus ille». ¡Escucha, Valeria!:

Dichoso aquel que lejos de los negocios,
como la antigua raza de los hombres,
labra los campos paternos con sus bueyes,
libre de toda deuda;
y no se despierta como el soldado al oír la atroz trompeta de guerra,
ni teme ante las iras del mar,
manteniéndose lejos del Foro, de los umbrales soberbios
y de los ciudadanos poderosos.

—Tan grandioso como arisco el amigo de Mecenas —añadió Valeria.

—Cumpliré sus versos al pie de la letra —le sonreí.

Mi apego hacia Valeria era tan férreo como un lazo de sangre.

Amaba su contacto con mis manos, el peso de su cuerpo y estaba atrapado en la profundidad oscura de sus ojos. Había vuelto a tener la necesidad de compartir su lecho, el lugar de nuestros cálidos afectos. Siempre tenía en mi mente su rostro y sentí un irrefrenable deseo de sus caricias.

Preneste está cerca de Roma, a cuatro millas y a media jornada en caballerías, siguiendo la frecuentada vía Latina por donde concurrían jinetes, peregrinos y carros. Era feliz, y pensé: ¿quién puede comparase conmigo?

Valeria rezó a Mercurio y a los lares viales, dioses protectores de los viajes, y me dejé conducir con docilidad. Se agregaron a la comitiva varios esclavos de reconocida lealtad y un archimagirus griego, el cocinero que había guisado para el sibarita Ovidio, amigo al que recordaba con nostalgia y que había tenido menos fortuna que yo,

pues seguía aún en el exilio.

Al llegar, nos recibió un perezoso sol otoñal que lustraba las ramas de los árboles, los sembrados y los tejados del templo de Fortuna Primigenia. Observé que proliferaban las casitas pardas de los labriegos y las lujosas quintas de patricios ricos.

En el santuario solían citarse, según me reveló Valeria, los banqueros de Spoletium y Antium para hacer sus negocios. A mí difícilmente me conocerían por el birrus de viaje, un tabardo de cuero que me cubría por entero, y el petaso de ala ancha de piel de cabritillo. A ella la acompañaban dos gatos persas de níveo pelaje, a los que acariciaba. Asomé la cabeza por entre el cortinaje de la reda, el carro de viaje, y me pareció el lugar ideal para que Roma se olvidara de mí y recuperar mi confianza. La villa de Valeria era un apacible vergel que cuidaban con esmero una pareja de labradores y sus hijos.

Abrazado por los montes Albanos al oeste y las umbrías de un río al sur, la hacienda era un solaz de paz y belleza. Sembrada con geométricas hileras de árboles frutales, ahora sin vida por la estación del otoño, cipreses y olivos, la casa de los Domicios está edificada al estilo del Lacio y pintada en tonos terracotas y ocres, con columnas de pórfido rojo en la entrada y bancales de flores, sarmientos y parras. Es un lugar hermoso, un rincón para saciarse de quietud y reposo y leer y escribir con el sol acariciándome el rostro.

Lucía en el muro un reloj de sol con una varilla de metal dorado que nos indicó el postmeridium. Valeria, tras recoger el saludo preceptivo y la reverencia de los caseros de la heredad, me condujo al larario del atrio donde se veneraban las estatuillas de sus antepasados y luego al impluvium para tomar un refrigero.

Sin demora pasamos a una exedra que ella denominaba Mea Pyrateia, mi fuego sagrado. En el centro se elevaba un altar presidido por Vesta, su protectora, y en él un recipiente de bronce bruñido donde había carbones encendidos y algunas astillas, que ella avivó soplando, alzándose al instante una llama vivaz. Se sintió tranquilizada.

—Una vestal que se precie siempre debe tener una lumbre encendida —me dijo.

Después arrojó oleum sobre las ascuas y rezó una oración. Valeria me producía una inacabable ternura y nada me complacía más que estar a su lado, aunque para mí el mundo se hubiera convertido en un cajón desordenado de sentimientos que intenté cerrar de forma diligente.

Como en los tiempos de felicidad en Gades, vivimos juntos cada plazo que los dioses nos están concediendo en medio de una indolente

despreocupación. ¿Qué queda de la Roma de Augusto, la caput mundi? Me sigue pareciendo una ciudad cada vez más hundida en los vicios orientales, donde el discurso de los puñales, la perfidia y la corrupción siguen siendo normas de acción. Los amantes de los libros y de la filosofía están desacreditados y la gente solo está preocupada por incrementar sus bienes materiales. Perdí la esperanza de platicar con hombres como Mecenas, Horacio, Rufo, Virgilio o Propercio, protagonistas de la época más prodigiosa de la literatura, pues los poetas del momento no igualan las proezas literarias de sus predecesores.

Yo nunca fui un hombre ávido de gloria y Valeria y yo vivimos una existencia irrelevante en la rústica austeridad, lejos de las vanidades y mezquindades de la Urbs. Siempre he pensado que en las ciudades populosas la humanidad se diluye, como parte de su paisaje codicioso, egoísta y despiadado.

En la villa, Valeria y yo seguimos encadenados por una fuerza misteriosa, que quizá se llame amor y respeto, y nos sentimos alentados por el flujo de la vida, como los esposos que nunca habíamos sido. Apreciamos la templanza, el apego y la llaneza de los naturales, a los que tratamos como iguales.

Según ella, aquí tengo garantizada la seguridad, aunque lo más importante es que Tiberio, Livia, Pisón y sus partidarios me hayan olvidado. La dicha y los achaques del cuerpo cobijan nuestra existencia, y Valeria, modesta en sus actos, sigue siendo una matrona agraciada, pues no tiene aún la piel marchita y luce un rostro terso. Aún me sigue concediendo su cuerpo sazonado y todo el aprecio del que es capaz. Necesitábamos nuestro mutuo consuelo y nos lo procuramos.

El vuelo de las alondras, el ladrido de los perros de los pastores y el canto de los gallos nos despiertan acurrucados y abrimos juntos los párpados a la luz. Paseamos por el jardín cada mañana, muy cuidado y adornado con estatuas de jaspe de faunos, silvanos y náyades, y no dejamos de jugar cada anochecer al latrunculi, del que Valeria es una consumada maestra. Algunos días cogemos un paño blanco y una cesta con vino, pan, un cuenco de brevas o higos y queso, y comemos bajo las arboledas.

Las heridas de mi ánimo devastado se han restañado, aunque me hayan dejado un poso de sinsabor por el proceder rencoroso de algunos de mis semejantes. Creo que ya no soy considerado una presa que cazar en el Palatino y mi supuesto crimen maiestatis ha pasado a la indiferencia, porque en realidad nunca existió. Nos siguen rigiendo elevados principios y charlamos de teologías, astrologías, libros y filosofía griega bajo el sol vivificante.

El mundo me ha desilusionado y la nostalgia es lo único que me

resta. El resentimiento, la ira y la venganza son sentimientos que no anidan en nuestros corazones, aunque hemos comprendido que vivir en la proximidad de los opulentos y codiciosos es garantía de infelicidad. Valeria es una inagotable fuente de ocurrencias, y a su lado es difícil hastiarse.

En la aldea de Preneste he alcanzado la serenitas romana, o lo que es lo mismo, la dicha y el disfrute de la vida retirada al lado de una ninfa madura, cuyo corazón solo conoce las sendas del afecto y la comprensión, y eso que siempre fue un espíritu independiente y rebelde. He recobrado mi calma a su lado y también junto a los libros, que he obtenido por centenares y que atiborran los rincones de la casa como mi riqueza más valiosa.

Aunque fui un figurante mudo y obediente, un hombre de espíritu y no de acción, la vida en la capital del Imperio me deparó innúmeras decepciones que aparecieron cuando me dediqué a la política, de la que fui una víctima más, pues es una profesión que induce a la indiferencia y la tiranía para con los demás.

Me he adaptado al campo admirablemente y me resulta muy instructivo observar a los labriegos sembrar, recoger las mieses y frutos, podar y cuidar del ganado, y paso mañanas enteras en las eras y huertos con ellos. Quizá por eso, tras la sentencia del destierro, mi carácter ha vuelto a adquirir en mí su firmeza natural. ¿Ingresé quizá en un lugar que no me correspondía?

Valoro la decisión de Valeria de habernos perdido en este apacible edén que huele a sementeras y leña quemada, que me concede además la oportunidad de reflexionar, leer, escribir poemas y recordar. Por las noches la brisa de los montes Albanos orea un perfume a pinos y observamos las titilantes y silenciosas estrellas, pues aquí no es como en Roma, donde la nocturnidad es una batahola de ruidos de carros, músicas rabiosas y voces de borrachines y vigiles. Solo se oyen nuestras confidencias y el chirriar de los grillos.

Cuando nos visitan los amigos o convocamos El Parnaso de Julia contratamos una orquesta de Preneste que nos ameniza la tarde y la cena con himnos antiguos y cantos amorosos al son de sus cítaras, liras, tubas, tympani y un original órgano hidráulico.

A veces, pocas, vamos a Roma a saludar a Nausícaa, a Quinto, a Cadmo y a Servando en su nueva librería, que ha llamado El Bibliópola de Gades. Admirable, pues puede referirse a mi padre Ulpio o a mí.

La familia es lo más hermoso que existe y visitamos a mi hija Tulia, a cuyo favor ha testado Valeria sus bienes, a su marido y a mi nieto, Tulio Domicio Vero, que según ellos es mi vivo retrato. Me adulan y lo saben, y yo me enorgullezco. Que los dioses y mis antepasados lo cuiden y salvaguarden, pues es el eslabón que me une

a la eternidad.

Tulia y Nero quizá tengan que trasladarse a Oriente, pues mi yerno, prosiguiendo un cursus honorum adecuado, va a ser propuesto como procurador de Macedonia y Acaya, nombre que los romanos impusimos a Grecia. Será beneficioso para mi nieto, que se llena de alegría cuando me ve aparecer.

En esta isla de intimidad, me dedico al ocio de la contemplación, y percibo cuánta razón tenía mi amigo de tertulias, el magno, sencillo y tímido Virgilio Varrón, cuando decía: «El tiempo se nos escapa sin remedio». Tras su muerte he vivido un vacuo y monótono futuro sin poetas de su talla que me han hecho reflexionar sobre el inconmensurable poder de la escritura sobre el espíritu.

Mis cabellos han encanecido, el asma que siempre me afligió se ha estancado y mi piel se asemeja a la corteza de un roble viejo, lo que me acerca a la hora final. Pero, aunque parezca paradójico, la certeza de la muerte me ayuda a la serenidad en esta edad postrera de la vida.

Y es aquí, en la apacible Preneste, donde he tomado conciencia de que son ellos, los libros, los de mi sangre y mi querida Valeria, los que me mantienen apegado a la vida. Vivo un momento de espera y no me canso de admirarla, mientras mis pupilas se reflejan en las suyas.

Mantendré una deuda de por vida con Valeria, la vestal olvidada, la vestal marcada, la que, con su secreto oculto, me ha salvado de la soledad póstuma.

LAS HISTORIAS DEBEN SEDUCIR AL LECTOR, NO POR SUS IDEAS, SINO POR LAS EMOCIONES QUE INFUNDEN, POR SU CARÁCTER SORPRENDENTE Y POR EL SUSPENSE QUE INSPIRAN.